Paul Preston

Idealistas bajo las balas

Corresponsales extranjeros en la guerra de España



Voces periodísticas de primera magnitud, bajo el fuego de la Guerra Civil española. Paul Preston profundiza en el destacado papel que los corresponsales de guerra extranjeros desempeñaron durante la Guerra Civil, la primera guerra moderna que cubrieron grandes figuras del periodismo y la literatura internacional como Ernest Hemingway y John Dos Passos. Con rigor y excelente pulso narrativo, Preston cuenta cómo algunos corresponsales se implicaron activamente en la contienda, participando en conspiraciones y en intrigas amorosas y políticas.



Paul Preston

Idealistas bajo las balas

Corresponsales extranjeros en la guerra de España

ePub r1.0

ugesan64 15.06.14

Título original: *We saw Spain die*
Paul Preston, 2007
Traducción: Beatríz Ansón

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1



A la memoria de Herbert Rutledge Southworth

(1908-1999)
, amigo y maestro

Agradecimientos

Quisiera expresar mi gratitud a todos aquellos que han contribuido a hacer posible este libro. Concretamente, debo dar las gracias a quienes con mucha generosidad me ayudaron a localizar los diarios, las cartas y demás documentos en los que principalmente se basa este libro: al reverendísimo deán Michael Allen y su hija Sarah Wilson, por facilitarme el acceso a los documentos de Jay Allen; a Patrick y Ramón Buckley, por prestarme el material relacionado con su padre; a Charlotte Kurzke, por concederme permiso para utilizar las inestimables memorias inéditas de sus padres, Jan Kurzke y Kate Mangan; a Carmen Negrín, por dejarme acceder a los documentos y fotografías del Archivo Juan Negrín, Las Palmas de Gran Canaria; a Paul Quintanilla, por permitirme acceder a los documentos de Luis Quintanilla; y a David Wurtzel, por proporcionarme el diario y otros documentos de Lester Ziffren.

También me alegra mucho poder dar cuenta de la colaboración de numerosos bibliotecarios que me ayudaron a localizar documentos concretos. Estoy en deuda con el personal del Liddell Hart Centre For Military Archives del King's College de Londres por la condescendencia y el buen humor con que trataron mis rebuscadas peticiones en relación con documentos de Tom Wintringham y Kitty Bowler. Del mismo modo, estoy inmensamente agradecido a Andrew Riley y Sandra Marsh, del Churchill College Cambridge Archives Centre, por su entusiasta colaboración a la hora de localizar la correspondencia entre George Steer y Philip Noel-Baker. Durante muchos años, Gail Malmgreen ha sabido cumplir las peticiones y resolver las preguntas relacionadas con la Colección ALBA de la Biblioteca Tamiment de la Universidad

de Nueva York con una pericia increíble. Kelly Spring, de la Biblioteca Sheridan de la Universidad Johns Hopkins, contribuyó a localizar los documentos de Robles. Natalia Sciarini, de la Biblioteca Beinecke de la Universidad de Yale, hizo lo que pudo y más para ayudarme a buscar datos concretos acerca de Josephine Herbst. Sobre todo, me gustaría dar las gracias a Helene van Rossum, de la Biblioteca de la Universidad de Princeton, por su ayuda y sus inteligentes consejos, que excedían con mucho lo que sus obligaciones le exigían, acerca de la voluminosa documentación de Louis Fischer.

Tengo la fortuna de haber recibido colaboración específica para determinados capítulos. En especial, para el capítulo sobre Mijaíl Koltsov, por el que debo dejar patente mi enorme deuda con Frank Schauff, cuya ilimitada ayuda con los documentos rusos resultó indispensable. Robert Service, Denis Smyth, Ángel Viñas y Boris Volardsky contribuyeron con sus sabios consejos y evitaron que cometiera muchos errores. René Wolf y Gunther Schmigalle me ofrecieron una valiosísima ayuda sobre la vertiente alemana de la carrera de Koltsov. Para el capítulo dedicado a George Steer, me beneficié de la generosa ayuda de Nick Rankin. Para el capítulo sobre José Robles, Will Watson compartió conmigo desinteresadamente sus enciclopédicos conocimientos sobre la estancia de Hemingway en España, y José Nieto, los recuerdos de sus conversaciones con John Dos Passos, Artur London y Luis Quintanilla. Por supuesto, la entusiasta respuesta de Elinor Langer a mis preguntas sobre Josephine Herbst me sirvió de gran estímulo. Para documentarme sobre los cambios de la oficina de prensa de Valencia, me aproveché de las aportaciones de Harriet Ward, la hija de Griffin Barry. También recibí ayuda de David Fernbach acerca del papel que desempeñaron Tom Wintringham y Kitty Bowler. En Madrid, el infatigable Mariano Sanz González fue más servicial que nunca. Por último, para los asuntos relacionados con las Brigadas Internacionales, me dirigí a Richard Baxell y jamás me defraudó.

Por desgracia, son pocos los protagonistas que siguen vivos. De manera que me alegró de forma especial poder contar con los recuerdos de tres personas que estuvieron en España durante la Guerra Civil: sir Geoffrey Cox, cuyas crónicas desde el Madrid

asediado continúan siendo fuentes relevantes para la historia; Adelina Kondratieva, que fue intérprete de la delegación rusa; y Sam Lessor, que combatió con las Brigadas Internacionales y trabajó también para los servicios de propaganda republicana en Barcelona.

Cuatro amigos han sido determinantes para la creación de esta obra. Acabé escribiéndola en primera instancia como consecuencia de una invitación para colaborar en el catálogo de la espléndida exposición sobre los corresponsales extranjeros en España organizada conjuntamente por el Instituto Cervantes y la Fundación Pablo Iglesias. Un viaje a Lisboa para participar en la inauguración de la exposición me puso en contacto con Carlos García Santa Cecilia, el comisario de la misma. Encontrar a alguien que compartía mi entusiasmo por este tema resultó una experiencia muy emocionante y sirvió para convencerme de que no estaba embarcado en una empresa absolutamente disparatada. Will Watson leyó varios capítulos con una mirada cuya precisión era digna de un halcón. Como siempre, Lala Isla ha desbordado cariño y apoyo y le estoy inmensamente agradecido por su detenida y comprensiva lectura de todos los capítulos. Por último, quisiera dar las gracias a Soledad Fox, cuyos generosos consejos acerca de las fuentes y archivos de Estados Unidos me han ayudado tremendamente a encontrar y aprovechar la información. Sin su colaboración en este aspecto, sin sus ánimos y sin sus sabios y generosos consejos sobre el estilo, la estructura y las fuentes documentales, este libro habría sido infinitamente más pobre.

Prólogo

La herida que no cicatrizará

Siendo, pues, ainsí, que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más.

MIGUEL DE CERVANTES

Cuando terminó la Guerra Civil española, Frank Hanighen, que había sido corresponsal en España durante un breve espacio de tiempo, publicó las vivencias de varios de sus compañeros. Señalaba que «antes o después, casi todos los periodistas destinados a España se convertían en alguien distinto al atravesar los Pirineos». «Después de llevar allí una temporada, las preguntas de su director desde la remota Nueva York o desde Londres parecían interrupciones banales. Porque, más que en un mero observador, se había convertido en un participante del horror, la tragedia y la aventura que representa toda guerra»[1]. El viajado corresponsal estadounidense Louis Fischer apuntaba en la misma línea que «muchos de los corresponsales extranjeros que visitaban la zona franquista acababan simpatizando con las tropas republicanas, pero prácticamente todos los innumerables periodistas y demás visitantes que penetraban en la España leal se transformaban en colaboradores activos de la causa. Ni siquiera los diplomáticos y los

agregados militares extranjeros podían disimular su admiración. Solo un imbécil desalmado podría no haber comprendido y simpatizado con ella»[2].

En ese convertirse en lo que Fischer denominó «colaboradores activos de la causa» hay un nexo de unión entre muchos de los escritores y periodistas que llegaron a España y los miles de hombres y mujeres de todo el mundo que viajaron al país para incorporarse a las Brigadas Internacionales. Aquellos voluntarios creían que combatir en defensa de la República española era luchar por la supervivencia misma de la democracia y la civilización ante el ataque del fascismo. Además de las tropas regulares enviadas por Hitler y Mussolini para apoyar a Franco y a los militares rebeldes, hubo un número más reducido de voluntarios que también fueron para luchar por lo que entendían que era la causa del catolicismo y el anticomunismo. Similar espectro y desglose de sentimientos podía encontrarse entre el casi millar de corresponsales que llegaron a España[3]. Junto con los corresponsales de guerra profesionales, algunos de ellos veteranos curtidos en Abisinia y otros cuya valía todavía estaba por demostrar, llegaron algunas de las figuras literarias más sobresalientes del mundo: Ernest Hemingway, John Dos Passos, Josephine Herbst y Martha Gellhorn de Estados Unidos; W. H. Auden, Stephen Spender y George Orwell de Gran Bretaña, y André Malraux y Antoine de Saint-Exupéry de Francia. Algunos fueron en su condición de izquierdistas; otros, bastantes menos, como derechistas, e infinidad de los que pasaron breves períodos en España pensaban trabajar como reporteros de forma puntual.

Sin embargo, como consecuencia de lo que vieron, incluso algunos de los que llegaron sin compromiso previo acabaron abrazando la causa de la República asediada. En su conversión subyacía una profunda admiración por el estoicismo con el que la población republicana resistía. En Madrid, Valencia y Barcelona, los corresponsales fueron testigos del hacinamiento causado por el incesante flujo de refugiados ocasionado por las columnas africanas de Franco y el bombardeo de sus hogares. Vieron los cadáveres despedazados de civiles inocentes bombardeados desde tierra y aire por los aliados nazis y fascistas de Franco. Y vieron el heroísmo de

la gente de a pie que se apresuraba a participar en la lucha para defender el régimen democrático republicano.

No se trataba solo de describir lo que presenciaban. Muchos de ellos reflexionaban sobre las consecuencias que tendría para el resto del mundo lo que sucedía entonces en España. Lo que vieron y los riesgos que corrieron fueron interpretados como un presagio del futuro que aguardaba al mundo si no se detenía al fascismo en España. Sus experiencias les sumieron en una profunda frustración y una ira impotente ante la ciega complacencia de los políticos de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Trataron de transmitir lo que percibieron como la injusticia de abandonar a la República indefensa y obligarla a caer en brazos de la Unión Soviética debido a la adopción de una política de no intervención corta de miras por parte de las potencias occidentales. En palabras de Martha Gellhorn, pensaban que «las democracias occidentales tenían dos obligaciones primordiales: defender su honor ayudando a una joven democracia en peligro y salvar el pellejo combatiendo a Hitler y Mussolini en España en lugar de hacerlo más tarde, cuando el sufrimiento humano ya habría alcanzado cotas inimaginables»[4]. En consecuencia, muchos periodistas se vieron empujados por la indignación a escribir en favor de la causa republicana, algunos a ejercer presión en sus respectivos países y, en unos pocos casos, a tomar las armas para defender la República. Un reducido grupo de hombres llegaron como periodistas y acabaron en las Brigadas Internacionales. Uno de ellos fue el hijo de Ring Lardner, el novelista estadounidense. Jim Lardner vino a España con el fin de informar para el *New York Herald Tribune* y murió combatiendo en la batalla del Ebro[5]. Claud Cockburn, Hugh Slater y Tom Wintringham, todos ellos llegados con acreditaciones del periódico comunista británico *Daily Worker*, abandonaron la labor periodística para incorporarse a las Brigadas Internacionales y participar en los combates. Louis Fischer también se unió a las Brigadas Internacionales. Sin llegar a tanto, muchos de los corresponsales que vivieron los horrores del asedio de Madrid y el ejemplar espíritu de resistencia popular acabaron convencidos de la justicia de la causa republicana.

En algunos casos, como el de Ernest Hemingway, Jay Allen,

Martha Gellhorn, Louis Fischer o George Steer, se convirtieron en partidarios decididos de la República hasta llegar al extremo del activismo, pero no en detrimento de la fidelidad y la sinceridad de su quehacer informativo[6]. De hecho, algunos de los corresponsales más comprometidos redactaron varios de los reportajes de guerra más precisos e imperecederos. Años después, Herbert Southworth, que en aquel entonces escribía para el *Washington Post* y se convirtió en un especialista de primer orden en periodismo y propaganda de guerra, subrayó el papel único desempeñado por los corresponsales en España:

> La Guerra Civil española implicó directamente tan solo a una pequeña parte del planeta, pero atrajo la atención del mundo entero hacia España; por consiguiente, en la prensa que cubrió la guerra española había mayor diversidad de actores e interpretaciones que en la prensa que informó sobre la Segunda Guerra Mundial; así pues, el campo abierto a los propagandistas durante la Guerra Civil fue amplio y variado[7].

Al igual que muchos otros, Fischer descubrió que sentía un profundo compromiso emocional con la República. Al comparar el impacto de la Revolución rusa y el de la Guerra Civil española, escribió en un tono que recordaba a los escritos de otros corresponsales prorrepublicanos:

> El bolchevismo levantó pasiones encendidas entre sus partidarios extranjeros, pero apenas la ternura y el cariño que despertaba la España leal. Los partidarios de los leales amaban al pueblo español y participaban dolorosamente del suplicio de las balas, las bombas y el hambre. El sistema soviético suscitó aprobación intelectual, pero la contienda española hizo aflorar la identificación emocional. La España leal fue siempre el bando más débil, el perdedor, y sus amigos vivían una preocupación tensa y continua por si se le acababan las fuerzas. Solo aquellos que vivieron en España durante los treinta y tres trágicos meses transcurridos desde julio de 1936 hasta marzo de 1939, pueden comprender plenamente la alegría de la victoria y, con más frecuencia, la punzada de la derrota que los avatares de la Guerra Civil ocasionaron a sus millones de participantes desde la lejanía[8].

Frank Hanighen consideraba que «la guerra marcó el comienzo de una nueva etapa, la más peligrosa con diferencia de toda la historia del reportaje periodístico»[9]. Subrayaba los peligros que afrontaban los corresponsales. Durante la guerra murieron al menos cinco y otros muchos resultaron heridos. El día de Nochevieja de 1937, durante la batalla de Teruel, un coche en el que almorzaban cuatro corresponsales fue alcanzado por el fuego de artillería republicano. Bradish Johnson, el periodista de veintitrés años de *Newsweek*, que llevaba en España solo tres semanas, murió en el acto. Richard Sheepshanks, el reportero estrella de Reuters, resultó malherido, como también le sucedió a Edward J. Neil, de Associated Press. Fueron trasladados al hospital de Zaragoza, donde ambos murieron. Solo sobrevivió Kim Philby, de *The Times*, que sufrió una herida leve en la cabeza[10]. En ambos bandos, los corresponsales afrontaban el peligro de los francotiradores, de los obuses y de los bombardeos de la aviación enemiga. En ambos bandos había dificultades para superar el aparato de la censura, si bien lo que en la zona republicana podía ser molesto, en la zona rebelde suponía directamente una amenaza de muerte. En la zona franquista, algunos, como Edmond Taylor, el jefe de la oficina europea del *Chicago Daily Tribune*, Bertrand de Jouvenal, de *Paris-Soir*, Hank Gorrell y Webb Miller, de United Press, y Arthur Koestler y Dennis Weaver, ambos del *News Chronicle*, fueron encarcelados y amenazados con la pena de muerte[11]. Más de treinta periodistas fueron expulsados de la zona rebelde, pero solo uno de la republicana. Al menos uno, Guy de Traversay, de *L'Intransigeant*, fue fusilado, y aproximadamente una docena más de ellos fueron detenidos, interrogados y encarcelados por los rebeldes durante temporadas que oscilaban entre unos pocos días y varios meses.

Se corría el riesgo físico de ser bombardeado por tierra o aire en ambas zonas, si bien la superioridad artillera y aérea rebelde hacía que este riesgo fuera mayor para quienes estaban destinados en la República. Además, el férreo control ejercido sobre los corresponsales en la zona rebelde mantenía a estos alejados del peligro del frente. En la zona rebelde había, claro está, entusiastas de Franco y del fascismo, y no solo entre el contingente nazi y el

fascista italiano. Sin embargo, Francis McCullagh, Harold Cardozo y Cecil Gerahty entre los británicos, y Theo Rogers, William P. Carney, Edward Knoblaugh y Hubert Knickerbocker entre los estadounidenses, representaban una minoría. Muchos de quienes acompañaban a las columnas de Franco se quedaron horrorizados por la barbarie que presenciaron con las columnas rebeldes, como John Whitaker, Webb Miller o Edmond Taylor. Los corresponsales de la zona rebelde sufrían una estrecha vigilancia, y los despachos que publicaban eran escudriñados para detectar cualquier tentativa de sortear la censura. La transgresión se castigaba con el hostigamiento y, en ocasiones, con la cárcel y la expulsión. Por consiguiente, en sus despachos diarios no podían referir lo que habían visto, y lo hicieron únicamente después de la guerra, en sus memorias.

A los corresponsales de la zona republicana se les concedía mayor libertad de movimientos pese a que también tenían que hacer frente a un aparato de censura, aunque mucho menos burdo y brutal que el equivalente rebelde. Sin embargo, dado que la mayor parte de la prensa de las democracias estaba en manos de la derecha, a los corresponsales prorrepublicanos les solía resultar más difícil de lo imaginado publicar sus testimonios. Resultaba irónico que una elevada proporción de los mejores periodistas y escritores del mundo apoyaran la República pero, a menudo, tuvieran dificultades para conseguir que su material se publicara tal como estaba redactado. La prensa del poderoso Hearst y varios diarios como el *Chicago Daily Tribune* mostraban una profunda hostilidad hacia el régimen democrático republicano. Jay Allen, por ejemplo, fue despedido del *Chicago Daily Tribune* por la simpatía que sus artículos suscitaban hacia la República. Además, los grupos de presión católicos utilizaron la amenaza del boicot o de la retirada de la publicidad para que unos periódicos pequeños alteraran su posición sobre España. El doctor Edward Lodge Curran, presidente de la International Catholic Truth Society, alardeaba en diciembre de 1936 de que su poderoso control sobre el presupuesto sustancioso para la publicidad le había permitido modificar la política de un diario de Brooklyn para que dejara de defender a los leales y se mostrara favorable a los rebeldes. Otros periódicos más

liberales estaban sometidos a presiones que impedían la publicación de noticias proleales. A Herbert L. Matthews, el corresponsal meticulosamente sincero del periódico *New York Times*, le acosaban continuamente con telegramas en los que le acusaban de enviar propaganda. Hemingway, que estaba en España para informar para la North American Newspaper Alliance, encontraba a menudo motivos para quejarse de que su material había sido modificado o, sencillamente, no se había utilizado. Igual que él, otros corresponsales, entre ellos Jay Allen y George Seldes, creían que tanto el escritorio del telegrafista como la oficina de guardia del *New York Times* estaban a cargo de militantes católicos profundamente contrarios a la causa republicana que corregían o incluso omitían el material que consideraban favorable a los leales. Según parece, cada vez que Matthews escribía que había «tropas italianas» con los rebeldes, la expresión se sustituía por «tropas insurgentes». Como Matthews trataba de informar de la intervención italiana en favor de Franco, esta coletilla despojaba de sentido a sus despachos[12].

De hecho, Matthews se enorgullecía muchísimo de su trabajo, y su ética personal le obligaba a no escribir nunca una palabra que no creyera fervientemente cierta. En España tendría que soportar la amargura de ver perder al bando que apoyaba.

> Quienes defendíamos la causa del gobierno republicano contra la de los nacionales de Franco teníamos razón. A fin de cuentas, era la causa de la justicia, la moralidad y la decencia … Todos los que vivimos la Guerra Civil española nos conmovimos y nos dejamos la piel … Siempre me pareció ver falsedad e hipocresía en quienes afirmaban ser imparciales; y locura, cuando no una estupidez rotunda, en los editores y lectores que exigían objetividad o imparcialidad a los corresponsales que escribían sobre la guerra … Al condenar la parcialidad se rechazan los únicos factores que realmente importan: la sinceridad, la comprensión y el rigor[13].

En cualquier caso, aquello no mermó su apasionada voluntad comprometida con la verdad, plasmada tal como él la veía: «La guerra también me enseñó que a largo plazo prevalecerá la verdad. Puede parecer que el periodismo fracasa en su labor cotidiana de

suministrar material para la historia, pero la historia nunca fracasará mientras el periodista escriba la verdad»[14].

Escribir la verdad significaba, citando de nuevo a Martha Gellhorn, «explicar que [la causa de la República española] no era una banda de rojos sedientos de sangre ni el efecto de la zarpa rusa». Al igual que Hemingway, Dos Passos, Geoffrey Cox, Willie Forrest, Louis Fischer, Jay Allen, Henry Buckley y George Steer, Gellhorn creía que quienes combatieron y murieron por la República española «sin distinción de nacionalidad, ya fueran comunistas, anarquistas, socialistas, poetas, fontaneros, trabajadores de clase media o príncipes de Abisinia, fueron valientes y generosos, porque España no dio recompensas. Lucharon por todos nosotros contra las fuerzas aliadas del fascismo europeo. Merecían nuestro agradecimiento y respeto y no obtuvieron ninguno de los dos»[15]. Unos cuantos de los que se volvieron partidarios de los leales fueron más allá de escribir meramente la verdad, mucho más allá incluso de sus obligaciones periodísticas. Hemingway donó una ambulancia y prestó consejo a los mandos militares. Fischer contribuyó tanto a organizar los servicios de prensa de la República como a repatriar a brigadistas internacionales heridos. Jay Allen ejerció presión en Estados Unidos en favor de la República, y después se marchó a la Francia de Vichy para ayudar a los refugiados españoles y fue recluido en una prisión alemana. George Steer hizo campaña a favor del gobierno vasco para conseguir que Gran Bretaña facilitara el paso de suministros hacia una Bilbao bloqueada. El ruso Mijaíl Koltsov escribió con tanto entusiasmo sobre el ímpetu revolucionario del pueblo español que, en el clima de las purgas soviéticas, se convirtió en alguien incómodo y fue ejecutado.

Las vivencias en España de algunos de los mejores reporteros del mundo han podido ser reconstruidas en parte a través de sus despachos, cartas, diarios y memorias. Sin embargo, gran parte de sus actividades y de sus relaciones con el aparato de la censura han sido reveladas en las memorias escritas por figuras importantes de las oficinas de prensa republicanas en Madrid, Valencia y Barcelona: Arturo Barea, Kate Mangan y Constancia de la Mora. Lo que escribieron los reporteros extranjeros fue crucial a la hora de conformar la opinión pública de las democracias. A partir de

entonces, el corpus de escritos producido por los corresponsales durante el conflicto español, minado sin cesar por los historiadores posteriores, ha sido verdaderamente «el primer borrador de la historia».

Este libro trata fundamentalmente del valor y el talento de los hombres y mujeres que plasmaron lo que sucedía en España. Expone muchas de las diferencias entre la severa atmósfera de la dictadura militar en la zona rebelde y el hecho de que, superando todas sus dificultades, la República tratara de actuar como una democracia a pesar de la situación de guerra. El redescubrimiento de los corresponsales y de sus escritos tiene una importancia mayúscula en la historia de la Guerra Civil española. El hecho de que hubiera tantos corresponsales que escribieran e hicieran campaña en contra de la política de no intervención subraya hasta qué extremo fue traicionada la República española por las democracias… en su propio perjuicio. Dos tendencias recientes han justificado indirectamente que las potencias occidentales cerraran los ojos mientras Franco destruía el régimen democrático republicano con la ayuda de Hitler y Mussolini. Un grupo de propagandistas profranquistas de España al que se ha dado en llamar «revisionista» y una serie de neoconservadores en Estados Unidos han resucitado la idea de que la República era un satélite soviético[16]. La historia de los radicales estadounidenses, británicos y franceses independientes que combatieron con sus plumas contra la no intervención es un valioso contrapunto de esta miope y poco fundada perspectiva.

La primera parte de este libro intenta transmitir la realidad que vivieron los corresponsales en diferentes momentos y lugares a lo largo de la guerra. En ese sentido, se pone un considerable énfasis en su interacción con el aparato de prensa de ambos bandos. El primer capítulo trata del asedio de Madrid y muestra la cantidad de gente a la que sirvió de inspiración el estoicismo de la población. Es también una historia de riesgos y privaciones, de cómo algunos de quienes se implicaron supieron compaginar el amor y el deber, y de cómo otros trataron de sacarse de la mente los horrores de la guerra entregándose a la juerga más febril. El segundo capítulo se ocupa del famoso caso Robles, que recientemente se ha presentado como

una prueba de que, en cierto modo, la República estaba en las garras del terror soviético, aparte de ser considerado de forma generalizada el detonante del fin de la gran amistad literaria entre Ernest Hemingway y John Dos Passos. El caso Robles se ha utilizado para tratar de mancillar la defensa de la República española, una de las joyas de la corona de la izquierda europea y estadounidense, pero una investigación minuciosa indica que no sucedió del modo en que se ha presentado. El tercer capítulo sigue a los corresponsales hasta Valencia y, posteriormente, hasta Barcelona, cuando la oficina de prensa republicana fue evacuada junto con el resto del gobierno. Se centra bastante más en la vida personal de algunos de los implicados y vuelve a mostrar cómo los asuntos amorosos se veían afectados por la política. El cuarto capítulo trata de la vida de los corresponsales en la zona rebelde y muestra una historia de censura estricta, intimidación física y vigilancia durante las veinticuatro horas del día.

La segunda parte está compuesta por cuatro capítulos biográficos que narran las vidas de los cuatro corresponsales que más lejos llevaron su compromiso político. Dichos capítulos tratan de explicar por qué Mijaíl Koltsov, Louis Fischer, George Steer y Jay Allen se arrojaron con tan pocas reservas a defender la causa de la República y qué efecto produjo eso sobre su vida posterior: Koltsov fue aclamado como un héroe y, a continuación, asesinado por Stalin; Fischer se convirtió en pacifista y profesor universitario y, durante un breve período, incluso fue amante de la hija de Stalin; Steer continuó su lucha antifascista en África e India hasta que murió en la Segunda Guerra Mundial, y Allen quedó desolado por la derrota de la República española, por su experiencia en una cárcel alemana y por la benevolencia estadounidense hacia el fascismo, y se sumió en una depresión que duraría toda su vida.

El libro finaliza con dos capítulos más breves dedicados a hombres que ejercieron de periodistas durante la Guerra Civil española y continuaron escribiendo sobre España. Henry Buckley regresó como corresponsal de Reuters en la España de Franco y fue recibido incluso por el propio dictador. Herbert Southworth, que curiosamente no estuvo nunca en España durante la guerra, fue el hombre cuyos escritos causaron mayor impacto, hasta llegar incluso

a inquietar seriamente a la dictadura de Franco.

Primera parte

Vimos morir a España

1

La capital del mundo los corresponsales en el asedio de Madrid

El 21 de septiembre de 1936, el general Franco tomó una sorprendente decisión que afectaría a todo el curso posterior de la Guerra Civil española. Aquel día, en su vertiginoso avance desde Sevilla hacia Madrid, sus Columnas Africanas habían llegado a Maqueda, en Toledo, desde donde la carretera hacia el nordeste que conducía a la capital se hallaba despejada. Madrid estaba a su merced, pero Franco no permitió que sus tropas se apresuraran a avanzar en busca de una victoria fácil, sino que decidió desviarlas hacia el sudeste para que liberaran el sitiado Alcázar de Toledo. Lo que parecía un error imperdonable, formaba parte en realidad de la orquestación del complejo plan de Franco para hacerse con el control de las fuerzas rebeldes y convertirse en Generalísimo y Caudillo. Desoyendo las advertencias de que estaba desperdiciando una oportunidad irrepetible de arrollar la capital española antes de que sus defensas estuvieran preparadas, Franco había decidido que acumularía un prestigio infinitamente mayor, tanto entre sus camaradas rebeldes como en el plano internacional, si liberaba la guarnición asediada. Por tanto, decidió nutrir su posición política con una victoria emocional y un gran golpe de propaganda en detrimento de una rápida derrota de la República. Cuando sus soldados entraron en Toledo el 27 de septiembre, a los corresponsales de guerra que iban con ellos se les impidió

presenciar la sangrienta matanza provocada por los legionarios y los «regulares indígenas» marroquíes. No tomaron ningún prisionero. Los cadáveres quedaron esparcidos por las angostas calles y formaron riachuelos de sangre. Webb Miller, de United Press, dijo al embajador de Estados Unidos que había visto cadáveres de milicianos decapitados. Cuatro días después, los demás generales de Franco le recompensaban nombrándole Caudillo y jefe del Ejército y el estado rebeldes[1].

Aunque los corresponsales de los periódicos habían sido excluidos, la horripilante historia de lo que sucedió no tardó en salir a la luz. En cualquier caso, durante dos meses y medio los refugiados del sur habían inundado el camino hacia el norte portando espantosas historias de la carnicería llevada a cabo por las columnas africanas cuando saqueaban una ciudad tras otra. Se pretendía que la matanza de Badajoz del 14 de agosto sirviera de advertencia para los republicanos de Madrid de lo que les sucedería si no se rendían. Las noticias de la última muestra del horror de Toledo hicieron correr un estremecimiento de terror por toda la ciudad cuando, tras unos cuantos días de descanso, las fuerzas de Franco reanudaron su ofensiva sobre Madrid. En realidad, el retraso desde el 21 de septiembre hasta el 6 de octubre había dado, sin pretenderlo, un respiro que permitiría ver llegar por fin a Madrid a la aviación y los tanques rusos y a los voluntarios de las Brigadas Internacionales para salvarla. No obstante, en aquel momento la población de la capital esperaba el ataque rebelde con fatídico temor. Los corresponsales de guerra de todo el mundo, ardiendo en deseos de ser los primeros en anunciar la caída de la capital, molestaban continuamente a las autoridades republicanas para pedirles autorizaciones con las que acudir al frente. Uno de los más perseverantes e intrépidos fue Hank Gorrell, de Washington D. C.

Hasta el 14 de septiembre, Gorrell trabajó para United Press en Roma, pero cometió una falta a ojos de las autoridades fascistas. Lo llamaron a comparecer ante el Ministerio de Información de Mussolini y lo «invitaron» a marcharse de Italia por haber informado de una redada policial contra un grupo de la resistencia comunista[2]. Se le asignó como nuevo destino Madrid, adonde llegó una semana más tarde. El 3 de octubre, se dirigió con un colega

español llamado Emilio Herrera al frente que había justo al norte de Toledo, en la localidad de Olías del Teniente Castillo (anteriormente, Olías del Rey), en un coche facilitado por la oficina de prensa republicana. Los detuvieron unos oficiales republicanos. Pese a que Hank tenía pasaporte estadounidense y llevaban un salvoconducto extendido por el Ministerio de la Guerra que les autorizaba a visitar el frente, fueron detenidos cuando le oyeron hablar en italiano. Se les trasladó de nuevo a Madrid escoltados por motoristas, donde fueron interrogados en un cuartel militar situado en el antiguo palacio Real. Como habían respondido satisfactoriamente las preguntas de sus interrogadores, Gorrell fue liberado rápidamente, pero Herrera fue retenido bajo custodia. Según informó Hank a la Embajada de Estados Unidos, «los oficiales que ordenaron mi detención pidieron disculpas efusivamente y me dijeron que, como estaba en posesión de los documentos adecuados, desde ese momento podía continuar camino hacia Cabanas y Olías cuando quisiera. De todas formas, un oficial me aconsejó que solicitara un pase adicional para esa zona de guerra concreta al coronel al mando de las tropas leales de Olías. Yo acepté las disculpas del oficial y le dije que estaba dispuesto a olvidar el incidente».

Al día siguiente, Hank Gorrell regresó al frente de Olías y fue al cuartel general de los leales con el fin de obtener el pase necesario. Antes de que pudiera ver al coronel, a él y su chófer los detuvieron unos milicianos armados. El chófer, Rafael Navarro, de origen filipino, era también ciudadano estadounidense. Sospechosos de ser espías, fueron retenidos durante cuatro horas. A continuación, fueron trasladados al cuartel de la policía de Madrid en un autobús lleno de milicianos y encerrados en una celda sucia y con considerables incomodidades hasta la llegada del jefe de la oficina de prensa republicana del Ministerio de Estado, Luis Rubio Hidalgo, quien hizo posible su liberación. Cuando Gorrell informó sobre aquellas dos detenciones, su queja principal fue que no le habían permitido ponerse en contacto con su oficina ni con la Embajada de Estados Unidos. Sin embargo, sus captores habían informado a Rubio Hidalgo, quien a su vez avisó a Lester Ziffren, el jefe de la oficina de United Press en Madrid, que entonces tenía treinta años.

Ziffren llevaba en Madrid más de tres años, conocía la ciudad y consiguió movilizar al subsecretario del Ministerio de la Guerra, el general José Asensio Torrado. Como resultado, no solo los liberaron y se deshicieron en disculpas formales, sino que también los invitaron a cenar en el Ministerio de la Guerra[3].

¡Qué distinta sería la experiencia de Hank Gorrell tres semanas después en otra visita al frente! El 26 de octubre, Hank salió de Madrid con un coche con chófer facilitado por la oficina de prensa republicana. Mientras el corresponsal merodeaba al otro lado de las líneas al norte de Aranjuez, una unidad de tropas rebeldes abrió fuego sobre él. Fue abandonado allí cuando rechazó la invitación que su chófer le hizo para que saltara al coche y huyera con él a Madrid. Hank se resguardó en una zanja de un tanque Whippet italiano que trataba de darle alcance. Cuando el tanque volcó y su conductor perdió el conocimiento, Hank le ayudó a salir del vehículo, por lo que recibió una recompensa cuando el oficial italiano rescatado intervino para impedir que los marroquíes le ejecutaran. Pero lo que no pudo impedir es que le quitaran todo el dinero, el reloj de oro y los gemelos. Fue conducido a un punto cercano a Seseña, donde se le unieron otros dos corresponsales, el británico Dennis Weaver, del *News Chronicle*, y el canadiense James M. Minifie, del *Herald Tribune* de Nueva York, que también se habían aventurado sin darse cuenta al otro lado de las líneas rebeldes y habían sido apresados.

Las autoridades rebeldes emitieron la noticia de que Gorrell, Weaver y Minifie eran «huéspedes de las autoridades nacionales en espera de su traslado a la frontera». En realidad, su situación era significativamente más desagradable de lo que el comunicado de prensa daba a entender. Los habían trasladado a Talavera, donde tenía su cuartel general el comandante de campo de las columnas africanas, el general José Varela. Fueron interrogados como sospechosos de espionaje y se les dijo en reiteradas ocasiones que iban a ser fusilados. Finalmente, los trasladaron a Salamanca para que el propio Franco tomara la decisión de qué hacer con ellos. Allí, los interrogó con dureza el notorio Luis Bolín, homólogo de Rubio Hidalgo en la zona rebelde. El bravucón Bolín les amenazó con ahorcarlos. Tras otros cinco desagradables días bajo custodia y

después de ser obligados a enviar despachos que dijeran que habían sido tratados cortésmente, los tres fueron expulsados de España. Posteriormente, Gorrell regresó a la zona republicana[4].

Las tres detenciones de Gorrell revelaban que, en ambas zonas, como era de esperar, las tropas próximas al frente estaban nerviosas y predispuestas a emplear la violencia cuando encontraban civiles husmeando que pudieran ser espías. Sin embargo, el contraste entre el trato recibido (las disculpas y la cena por parte de las autoridades de la República y las amenazas de muerte y la expulsión por parte de los rebeldes) en uno y otro frente era representativo de las actitudes de ambos bandos hacia los periodistas. En pocas palabras, el aparato de prensa de la República facilitaba más que impedía el trabajo de los corresponsales. La oficina de prensa de Madrid formaba parte del Ministerio de Estado, y se estableció unos días después del golpe militar en el edificio de trece plantas de la Telefónica, donde estaba la oficina central de la American International Telephone and Telegraph Company (ITT), en plena Gran Vía. Desde allí, los periodistas entregaban sus artículos a los censores antes de poder comunicarlos por vía telefónica a sus periódicos. Por la noche se ponían camas plegables para aquellos que todavía esperaban para enviar sus informaciones. En medio de un ruidoso caos idiomático, los empleados de la ITT, que al principio hacían las veces de censores, tenían que escuchar con gran atención para asegurarse de que lo leído no difiriera del texto censurado. Si los periodistas cambiaban una palabra, cortaban la comunicación de inmediato. Cuando a principios de noviembre las fuerzas rebeldes alcanzaron las puertas de la ciudad, dispuestas a iniciar la ocupación, el edificio de la Telefónica, el edificio más alto de Madrid, se convirtió en blanco diario de la artillería y fue alcanzado en distintas ocasiones. A pesar de los bombardeos, los censores, las telefonistas y los corresponsales se limitaban a seguir trabajando[5].

En los primeros días de la guerra, en Madrid la censura era ineficaz y a veces torpe. Los primeros censores no entendían inglés y los artículos tenían que entregarse traducidos al español antes de que se aprobase su transmisión. No se habían establecido directrices y cada censor ejercía la autoridad según su parecer. Podía ocurrir

que un corresponsal viera cómo permitían la transmisión de uno de sus mensajes mientras la misma noticia, contada por un compañero suyo, era censurada. Los corresponsales leían las crónicas por teléfono y los censores les escuchaban por otra línea, y si lo que decían difería en algo del texto aprobado, cortaban la comunicación apretando un botón. Lester Ziffren describió la situación en la entrada de su diario correspondiente al 23 de agosto de 1936:

> Los aviones rebeldes hicieron su primera incursión en los alrededores de Madrid y bombardearon el aeródromo de Getafe. El gobierno confirmó la noticia en su emisión de las diez de la noche. El censor no permitió la transmisión de ningún despacho que incluyese el texto de esta emisión. Al parecer, había decidido que la noticia era aceptable para el pueblo español pero no para la prensa extranjera. En vista de la situación, informé a mis compañeros de la oficina de París de que utilizasen las emisiones oficiales porque no podía mandar los textos por telegrama fuera de España[6].

La situación de la censura quedó organizada con un criterio más racional a partir de la primera semana de septiembre, cuando se nombró ministro de Estado del gabinete de Largo Caballero a Julio Álvarez del Vayo, un antiguo periodista. Nacido en Madrid en 1891, el cosmopolita Álvarez del Vayo había estudiado con Sydney y Beatrice Webb en la London School of Economics en 1912, y al año siguiente en la Universidad de Leipzig, donde entabló amistad con Juan Negrín. Allí también entró en contacto con Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, cuya biografía escribiría más adelante, *La senda roja* (Espasa Calpe, Madrid, 1934). En 1916 conoció a Lenin en Suiza. Visitó Rusia en varias ocasiones y escribió dos libros acerca del experimento soviético: *La nueva Rusia* (Espasa Calpe, Madrid, 1926) y *Rusia a los doce años* (Espasa Calpe, Madrid, 1929). El 18 de septiembre de 1936 Álvarez del Vayo nombró jefe de censores en la Oficina de Prensa Extranjera y Propaganda del Ministerio a otro reportero experimentado, su amigo Luis Rubio Hidalgo[7]. A partir de ese momento, a los corresponsales les resultó mucho más fácil transmitir sus crónicas. Considerado por muchos un refinado y astuto arribista, Rubio Hidalgo era, según el experimentado corresponsal del *Daily Express* Sefton *Tom* Delmer, «un funcionario

oportunista que hacía lo imposible por tener un aspecto maquiavélico, con un bigotillo fino y negro, una sonrisa arrogante y cínica al hablar, y gafas negras que escondían unos ojos muy tímidos tras la máscara tradicional del conspirador internacional»[8].

Ziffren, sin embargo, afirmó que Rubio había hecho que la censura fuese menos fastidiosa, pues prohibía únicamente las referencias a los movimientos de las tropas, los planes militares o las atrocidades. Aplicaba los mismos criterios para las noticias que se publicaban en el ámbito nacional que para las crónicas que presentaban los corresponsales extranjeros. «La prensa republicana nunca admitió las derrotas, pues su principal función era publicar material que fortaleciese la moral pública». El curtido periodista norteamericano Louis Fischer se quedó estupefacto al enterarse de que la prensa republicana ocultaba la verdad:

> Lo primero que me preguntaron al llegar a Barcelona fue: «¿Hemos perdido Irún?». Hace semanas que Irún ha caído pero el gobierno no lo ha anunciado, y el público tampoco ha sido informado oficialmente de que San Sebastián se ha rendido. Los informes diarios de la Oficina de Guerra están repletos de victorias; las retiradas no se registran. Si se cotejan todas estas emisiones, no se explica cómo es posible que sea el Ejército enemigo, en vez del Ejército republicano, el que esté cada vez más cerca de Madrid[9].

Fischer presionó a su amigo Álvarez del Vayo para que aceptase que era beneficioso para la República que se publicase la verdad. Rubio recibió la autorización de Álvarez del Vayo para dar noticias sobre las derrotas del gobierno después de que este también argumentase que tenía más sentido admitir los hechos inmediatamente en vez de tener que negarlos después, ya que los rebeldes informarían sobre ellos. Por consiguiente, las noticias que se publicaban en el extranjero estaban más cerca de la realidad que las que se publicaban en España. Ziffren escribió con afecto que Rubio Hidalgo había hecho «más manejable y viable» un sistema de censura hasta entonces poco eficaz y burdo[10]. Sin embargo, es muy probable que los cambios que notaba Ziffren se debiesen en realidad al trabajo de otros. No resulta difícil encontrar críticas

contra Rubio Hidalgo de aquellos que querían mejores condiciones de trabajo, alegando que así habría más posibilidades de que escribiesen artículos favorables a la República.

A medida que las columnas rebeldes procedentes del sur se acercaban a Madrid, los problemas de la maquinaria de la censura pasaron a ser una de tantas dificultades a las que se enfrentaba el gobierno republicano. El regreso a la capital de unidades milicianas en retirada hacía que fuese imposible contener las noticias sobre lo que parecía ser una derrota inminente. Los corresponsales se dirigían al sur en coche, en dirección a Toledo, y en los pueblos y aldeas veían a milicianos republicanos desmoralizados e incluso hablaban con ellos. Las historias espeluznantes de las columnas de avanzada de legionarios extranjeros y mercenarios africanos, así como de los aviones alemanes e italianos que les daban cobertura, difícilmente podían mantenerse fuera del alcance de la prensa, aunque Rubio lo intentó por todos los medios. El 10 de octubre, durante una cena, Louis Fischer se quedó horrorizado cuando el corresponsal que más tiempo sirvió en Madrid, Henry Buckley, que escribía para el *Daily Telegraph* y para el *Observer*, le dijo que Rubio había comentado como si nada: «Esperad seis días. Va a cambiar la marea». Fischer observó: «Lo mismo de siempre, esperan que llegue ayuda exterior. También deberían ayudarse a sí mismos imponiendo un poco de organización y disciplina, y generando un poco de energía»[11]. El optimismo de Rubio no convencía a nadie, entre otras cosas porque los rebeldes habían capturado, encarcelado y maltratado a algunos corresponsales. El propio gobierno republicano tenía tan claro que Madrid iba a caer que se marchó a Valencia el 6 de noviembre, dejando la ciudad en manos de una Junta de Defensa montada en el último momento, un paso que dejó a la maquinaria de la censura de prensa sumergida en el caos, al menos durante un tiempo.

Durante las primeras semanas de guerra, antes de que las fuerzas rebeldes llegaran a las afueras de Madrid, algunos periodistas escogieron como residencia el hotel Florida, también en la Gran Vía, pasada la Telefónica. El Florida estaba mucho más cerca del frente, en la esquina de la plaza de Callao, y acabaría convirtiéndose en un blanco visible para el enemigo. Antes de que

esto ocurriese, sin embargo, el hotel vivió varias noches salvajes. Frecuentado por prostitutas, tenía entre sus residentes a jóvenes aviadores, periodistas y una mezcla peculiar de traficantes de armas y espías. Los pilotos solían llevar encima navajas de un tamaño considerable y revólveres todavía más grandes. A la hora de la siesta las prostitutas llegaban sigilosamente y, a partir de entonces, el ruido y el escándalo aumentaban hasta que, a primera hora de la mañana, se producían peleas entre borrachos y los pasillos se llenaban de gente corriendo y gritando. Estas juergas desenfrenadas no sobrevivieron a los peores días del asalto. Una vez que llegaron las columnas rebeldes y el hotel se convirtió en blanco destacado de la artillería, los corresponsales se empezaron a marchar hasta desaparecer por completo[12]. Durante los días más violentos del asedio de las fuerzas franquistas, a lo largo del mes de noviembre de 1936, muchos de los periodistas británicos y estadounidenses dormían en sus respectivas embajadas. Algunos escogieron el hotel Gran Vía, que estaba enfrente de la Telefónica. Cuando pasó lo peor del asalto y el ataque rebelde se había apaciguado, los corresponsales regresaron al hotel Florida y se reanudaron las fiestas.

En la zona republicana en general, pero sobre todo en la capital asediada, los mayores peligros a los que se enfrentaba la gente tenían que ver con los bombardeos y las estrecheces materiales. Como diría Lester Ziffren, «por vez primera en la historia del periodismo, los periodistas sentían la inseguridad y los escalofríos de los residentes de una ciudad asediada, machacados sin piedad día y noche por bombardeos y cañonazos incesantes»[13]. Como el carbón de Asturias no podía llegar a Madrid, en los hoteles casi nunca había agua caliente ni funcionaba la calefacción. Los madrileños adoptaron la costumbre de cenar a las siete y media o las ocho, y «como la cama era el único sitio caliente de la casa, la mayoría de los habitantes se metían en ella a las nueve». La joven periodista inglesa Kate Mangan escribió: «El frío me helaba los huesos. No había calefacción en ningún sitio y aunque dejé de lavarme y me metía en la cama con toda la ropa puesta, nunca entraba en calor y me pasaba la noche entumecida y temblando, así que no dormía nada». Cuando su amiga, la reportera

estadounidense Kitty Bowler, visitó Madrid en diciembre de 1936, hacía tanto frío que los dedos se le quedaban pegados a las teclas de la máquina de escribir[14].

Había muy pocos restaurantes abiertos y los que sí lo estaban tenían muy poco que ofrecer. La mayoría de los periodistas extranjeros comían en un asador que había en el sótano del hotel Gran Vía. Era un restaurante estatal y uno de los pocos abiertos en Madrid. Su clientela estaba compuesta principalmente por policías, soldados, oficiales, periodistas y prostitutas. Lester Ziffren relató que se sentaban a comer «con el abrigo puesto porque no había calefacción, y la carta casi siempre constaba de judías, lentejas, coliflor, sardinas en escabeche de quién sabe cuándo, patatas, pasteles y fruta»[15].

Ya el 28 de septiembre de 1936, Louis Fischer, que había llegado para informar como corresponsal de *The Nation* de Nueva York, anotó en su diario: «Esta noche he tratado de comer algo en el hotel Gran Vía. Prácticamente no tenían nada de lo que pedía. Finalmente, el camarero me ha dicho con amargura: "Fíjese en el menú. Ni carne, ni pollo, ni pescado, ni mantequilla". Era cierto, pero en gran medida todo se debe a los recursos del jefe»[16]. Cada vez más, se esperaba que los corresponsales se procuraran sus propios víveres. Cuando llegó a Madrid en noviembre tras haber sido expulsado en septiembre de la zona nacional, el corresponsal del *Daily Express*, Sefton Delmer, trajo consigo comida desde Francia. «Enorme, corpulento, cosmopolita, nacido en Berlín, pero de sangre irlandesa y australiana», Delmer era un hombre con mucho aplomo y de una enorme ingenuidad. En pleno asedio, acabó alojándose, como muchos otros, en la Embajada británica[17].

Un mes más tarde de la anotación de Fischer, apenas una semana antes de que el gobierno y muchos periodistas abandonaran Madrid, llegó a la capital Geoffrey Cox, el joven corresponsal nuevo del *News Chronicle*, un neozelandés formado en Oxford. Fue seleccionado porque su periódico no quería arriesgarse a perder a otro reportero más famoso cuando cayera la ciudad. Tras comentar con su esposa ese encargo tan peligroso, decidió que tenía que cumplirlo. Al día siguiente, el 28 de octubre, voló a París, donde obtuvo la autorización necesaria de la Embajada española. Mientras

permaneció en la capital francesa, Cox también conoció a uno de los corresponsales mejor informados de todos los que cubrían informativamente la guerra española: Jay Allen, del *Chicago Daily Tribune*. Allen le sorprendió con la predicción de que Madrid resistiría. Desde París, Cox tomó el expreso de Toulouse, donde se embarcó en el vuelo de Air France de la mañana siguiente para cruzar los Pirineos y llegar al aeropuerto de Barcelona. Tres milicianos le enseñaron la imprescindible habilidad de beber vino de un porrón. La siguiente etapa de su viaje lo llevó hasta Alicante. La larga espera en el aeródromo le desquició los nervios y le hizo preguntarse: «Es increíble, ¿qué demonios hago aquí…? ¿Qué hace un neozelandés en el lugar más perdido del mundo? Lamento decir que si hubiera aparecido alguien y me hubiera dicho “Mira, todo este jaleo no merece la pena. Vamos, será mejor que subas al helicóptero y regreses conmigo”, me habría sentido tentado de hacerlo. Pero gracias a Dios, no había forma de salir de allí». Aquella sensación de pavor se vio acrecentada si cabe por el torrente de adrenalina desatado por volar hacia Madrid escasamente cien pies por encima de las montañas. La única defensa contra posibles ataques de aparatos alemanes o italianos consistía en un miliciano apostado junto a la puerta abierta del avión con una ametralladora ligera[18].

Pese a las escalofriantes condiciones del vuelo, Cox llegó sano y salvo a Madrid la noche del 29 de octubre. Se dirigió hacia el hotel Gran Vía, enfrente del edificio de la Teléfonica. En aquella fase de la batalla por la capital pocos corresponsales acudían al hotel Florida de la plaza de Callao. Mientras Cox se registraba en recepción, un caballero inglés menudo, amable y con el pelo rojizo le tendió la mano y se presentó como Jan Yindrich, uno de los corresponsales de la United Press en Madrid. Yindrich le condujo hasta la oficina de la censura del edificio de la Telefónica y le puso al tanto de todo. Cox se enteró enseguida de cuál era la zona del sur de Madrid por la que avanzaban las tropas de Franco. Le sorprendió la libertad de la que gozaban los corresponsales: «Teníamos libertad para acudir donde quisiéramos… o nos atreviéramos». Al contrario de lo que sucedía en la zona rebelde, no había ningún tipo de supervisión por parte de los oficiales del Ejército que impusiera a

los periodistas acudir únicamente a determinadas zonas autorizadas. Una vez que se extendía a nombre del corresponsal la autorización para visitar el frente y que el Ministerio de la Guerra le facilitaba un coche con chófer, podía ir adonde quisiera. No obstante, lo que escribiera y tratara de transmitir estaba sometido a la censura. La consecuencia de semejante libertad de movimientos era que, como les sucedió a Gorrell y Weaver, los corresponsales corrían el riesgo de adentrarse por error en territorio enemigo. Eso le sucedió a Cox en una ocasión cuando viajaba con el corresponsal sueco Barbro Alving, un joven rubio y fornido que firmaba sus artículos con el pseudónimo Bang. En una aldea al sur de la capital escaparon por los pelos de ser apresados por una patrulla de soldados marroquíes[19].

Cox siempre sintió que su mentor en Madrid había sido William Forrest, que en aquella época trabajaba para el *Daily Express*, «un natural de Glasgow menudo y de rostro franco con unos modales apacibles e irónicos». Cox admiraba la capacidad de Forrest para dar colorido a una historia con la habilidosa inclusión de algún detalle pintoresco. Ponía como ejemplo el despacho que Willie empezó con las palabras «Saqué un billete de dos peniques y pude ir al frente en tranvía». Tom Delmer también admiraba a Forrest y lo describía como «un escocés sagaz que se había ganado el respeto de todos por la serenidad con la que se podía dar por sentado que, ya hubiera bombardeos aéreos, cayeran proyectiles, se produjeran asesinatos o llegaran las tropas marroquíes de Franco, se agarraría al teléfono todas las noches para dictar un vivo reportaje del suplicio de Madrid y su millón y medio de ciudadanos». Anteriormente, Forrest había sido subdirector del periódico, pero consiguió convencer al director de que, dada su condición de miembro del Partido Comunista, él conseguiría acceder a lugares vedados para otros reporteros. Y así fue, pero aun con todo sus reportajes destacaban por la objetividad. Además, en 1939 abandonaría el Partido Comunista en protesta por la invasión soviética de Polonia y Finlandia[20].

Pese a la presencia en España de algunos de los mejores reporteros del mundo, muchos de los cuales escribieron posteriormente sus memorias, el registro más gráfico de la

experiencia de los corresponsales durante el asedio de Madrid llegaría de la pluma de un español, el socialista Arturo Barea. En octubre de 1936 ofrecieron a Barea a través de un comunista llamado Velilla, que trabajaba en el ministerio, un puesto en la oficina de prensa. Barea era un hombre modesto y discreto, considerado y absolutamente comprometido con la causa de la República española. En la oficina de prensa tuvo que trabajar con Rubio Hidalgo, a quien muy pronto empezó a considerar un oportunista engreído. Por las noches, Barea trabajaba en el edificio de la Telefónica censurando despachos de prensa. Puede que a las órdenes de Rubio la censura se hubiese relajado un poco, pero a Barea le parecía estricta y dirigida principalmente a la eliminación de todo lo que no fuese una victoria republicana. Aunque el acercamiento de las columnas franquistas era inexorable, en las crónicas solo se podía decir que el avance estaba siendo frenado. Barea consideraba esta forma de proceder «torpe e inútil» y, de hecho, los periodistas británicos, norteamericanos y franceses burlaban el estricto control de la censura con relativa facilidad, mediante la utilización creativa del argot[21]. H. Edward Knoblaugh presumiría más tarde de que «al decir a Londres que “los peces gordos están a punto de salir por patas”, pude adelantarme a los otros periodistas con la primicia de que el gobierno se preparaba para huir a Valencia». Un periodista francés muy altanero que trabajaba para *Le Petit Parisien*, utilizaba tantos trucos que Barea, por lo general afable, se salió de sus casillas y amenazó con detenerle[22].

Con las columnas franquistas cada vez más cerca de Madrid y las calles llenas de escombros y atestadas de refugiados, el trabajo en la Telefónica se convirtió en una pesadilla. Los bombardeos y la artillería golpeaban la ciudad sin descanso. En la tarde del 6 de noviembre, cuando Barea acudió al trabajo, el tableteo de los fusiles se oía muy cerca. Al entrar en la oficina de Rubio Hidalgo, se encontró con que estaban quemando documentos en la chimenea. Rubio le comunicó, con una cortesía que rayaba en la satisfacción, que el gobierno se trasladaba a Valencia. Tras afirmar que la caída de la capital era ya inevitable, con la cara pálida, le dio a Barea la paga de dos meses y le ordenó que clausurara el aparato de la

censura, quemase los documentos que quedaban y salvara el pellejo. Esa noche, Barea siguió trabajando como si no pasase nada y no permitió que un periodista estadounidense enviase un cable informando sobre la caída de Madrid[23].

Casi todos los corresponsales extranjeros estaban convencidos de que la capital no resistiría. En una cena celebrada a principios de noviembre, un total de diecinueve periodistas habían apostado sobre el día en que los rebeldes entrarían en la ciudad. De estos, dieciocho escogieron fechas que entraban en las siguientes cinco semanas y solo Jan Yindrich, por ser distinto de los demás, había apostado que la capital no caería «nunca»[24]. Rubio Hidalgo se alegró de poder marcharse y ofreció a William Forrest un sitio en su coche: «Si me acompañas, serás el único corresponsal británico que salga de Madrid con una crónica que contar. No te preocupes, no te vas a perder nada. A los demás les cogerán los fascistas y no dispondrán de medios de transporte ni de comunicación. En cualquier caso, después de que esta noche se marche el gobierno, no habrá más llamadas telefónicas a Londres ni a París». En realidad, Forrest tenía que ir a Valencia porque quería regresar a Gran Bretaña para unirse a la campaña en defensa de la República. Estaba a punto de presentar su dimisión al *Daily Express*, por lo que aceptó la oferta de Rubio. En Madrid le reemplazó al poco tiempo Sefton Delmer, quien describiría cómo Rubio, que tenía talento para estas cosas, encontró al llegar a Valencia un palacio precioso del siglo XVIII y allí se instaló, rodeado de tapices y brocados, en su nueva e imponente Oficina de Prensa y Relaciones Públicas[25]. La verdad es que los tapices estaban descoloridos y el palacio, destartalado. Cuando, mucho después, a principios de diciembre, Barea fue llamado a Valencia, pensó que el palacio era decadente pero suntuoso, un verdadero laberinto de pequeñas habitaciones abarrotadas de máquinas de escribir, sellos y montones de papel[26].

Rubio también le ofreció a Geoffrey Cox sitio en uno de los coches que partían hacia Valencia, tras mostrarle con ostentación una pistola automática que llevaba en el bolsillo de su elegante traje. De pie, en la acera del hotel Gran Vía, el joven neozelandés se debatía ante un dilema:

> Tenía motivos para argumentar que iba a hacer mejor mi trabajo desde Valencia, pues, aunque fuese testigo de la caída de la ciudad, los censores franquistas nunca me dejarían enviar la crónica, y podía acabar en una cárcel franquista y pasar allí varias semanas. Pero opté por quedarme. Lo hice no tanto por un deseo periodístico de cubrir una noticia importante, sino porque tenía la sensación de que se iba a hacer historia y que yo podría ser testigo de ello.

Esta sería una decisión memorable para el periodista, pues solo él y otros dos periodistas británicos se quedaron en la capital para cubrir el ataque de Franco. De sus experiencias saldrían muchas de las crónicas más importantes que se llevaron a cabo sobre el asedio de Madrid y uno de los libros más importantes de la Guerra Civil española. Esa misma tarde, Cox se dirigió hacia las tropas rebeldes por la carretera de Toledo, junto al informadísimo Henry Buckley, un veterano que había llegado a Madrid en 1930. Fueron testigos de una resistencia feroz que sorprendió a ambos y por primera vez, mientras regresaban al centro a dormir en la Embajada británica, pensaron que lo imposible podía ocurrir y que tal vez Madrid resistiese el asalto[27].

El 7 de noviembre, sin censura en Madrid, algunos corresponsales habían tratado de hacerse con una primicia al transmitir la «noticia» de la caída de la capital. Los artículos de los periodistas que acompañaban a los rebeldes denotaban todavía más imaginación. Y el más imaginativo fue el de Hubert Renfro Knickerbocker, el corresponsal jefe en el extranjero de la cadena de periódicos Hearst. Knickerbocker *el Rojo*, que era como se le conocía a causa de su pelo encendido, era famoso en toda Europa. Se decía que cuando entró en el vestíbulo de un gran hotel de Viena el encargado le saludó diciendo: «Bienvenido, señor Knickerbocker. ¿Tan mal están las cosas?». Ahora presentaba con cierta verosimilitud la noticia apócrifa de «la caída de Madrid», en la que describía la entrada triunfal de los rebeldes en la ciudad, aclamados por los vítores de la multitud y por un perrillo que ladraba alegremente[28]. Algo más contenido era el igualmente famoso veterano británico Harold Cardozo, que acompañaba a las columnas franquistas para el *Daily Mail*. Su ayudante, Frances Davis, recordaba haber visto al gran hombre escribiendo una crónica sobre

la caída de Madrid con espacios en blanco donde más adelante pensaba incluir los detalles de la victoria[29]. El propio Cardozo confesaría tiempo después:

> Corrió como la pólvora la noticia de que la Gran Vía y el gran rascacielos de la Telefónica estaban en manos de las tropas de Varela, que controlaban todo el sector sur hasta el Ministerio de la Guerra. He de confesar que yo estaba seguro de que la victoria no tardaría en llegar y pensaba que los nacionales habían avanzado mucho más de lo que habían hecho en realidad. Después, cuando empezamos a superar la desilusión, mi colega Paul Bewsher dibujó para distraernos un mapa de Madrid en el que mostraba los puntos hasta donde varios corresponsales demasiado confiados habían hecho avanzar a las tropas nacionales. Todos teníamos la culpa, aunque la falta de información fidedigna y la inquietud febril del momento eran excusas válidas[30].

Sin duda, las redacciones de los periódicos de Gran Bretaña y Estados Unidos daban por hecho que Madrid se rendiría. En la tarde del 7 de noviembre, Henry Buckley telefoneó a un periódico dominical londinense para informar de que en el centro de Madrid reinaba la tranquilidad y de que las tropas de Franco estaban atacando la periferia por el otro extremo del río Manzanares. El redactor que había al otro lado del hilo no le creyó, porque había recibido muchos otros informes de que los rebeldes ya estaban dentro de Madrid. Buckley recibió entonces una llamada de un colega de París que le advirtió de que probablemente los franquistas ejecutarían a todos los periodistas que encontrasen en Madrid. Un buen número de ellos ya se había ido pero, motivados por la visión de los ciudadanos de a pie en armas, Buckley y Cox habían decidido quedarse. Como resultado, Cox dio la primicia al mundo entero de la llegada a Madrid de «la Columna Internacional de Antifascistas», tal y como él mismo la describió[31].

En la oficina de prensa, Barea estaba furioso con las «crónicas que se regodeaban con la idea de que Franco estuviese dentro de la ciudad», y le horrorizaba que el mundo pasara por alto lo que él calificaba de «increíble muestra de determinación y espíritu de lucha» del pueblo madrileño. Su indignación estaba dirigida contra Rubio Hidalgo: «Nunca he estado tan sumamente seguro de lo

necesaria que es la censura de guerra como cuando leí esos informes tan mezquinos y falsos y me di cuenta de que en el extranjero el daño ya estaba hecho. La culpa de ese fracaso la tenía el hombre que había desertado». Al darse cuenta de que era necesario algún tipo de control sobre la prensa extranjera mientras Madrid resistiera, Barea desobedeció las órdenes de Hidalgo y sencillamente mantuvo el servicio de la censura en funcionamiento[32].

La mañana del 11 de noviembre, Barea recibió la visita del corresponsal de *Pravda*, Mijaíl Koltsov, que en un principio se puso hecho una furia porque, desde la huida de Rubio Hidalgo y antes de que Barea pudiese montar un sistema alternativo, algunos despachos muy dañinos habían llegado al exterior. La intervención de Koltsov contradecía su estatus como mero corresponsal y reflejaba tanto su carácter enérgico como su posición semioficial en el Comisariado General de Guerra. En cuanto se calmó y escuchó lo que Barea tenía que decir, se lo llevó al Ministerio de la Guerra, donde logró que la recién constituida Junta de Defensa aprobase que la oficina de prensa siguiese en Madrid como parte del Comisariado General de Guerra. Barea estaba muy contento de encontrarse bajo la autoridad del comisario general de Guerra, Julio Álvarez del Vayo, que, de hecho, ya era su jefe en calidad de ministro de Estado. Barea admiraba a Álvarez del Vayo porque había sido el primero de los ministros en regresar a Madrid e involucrarse en la defensa de la ciudad asediada. Suponía en vano que, en la situación de sitio en la que estaba inmersa la capital, la censura de la prensa extranjera no se vería entorpecida por la intervención de la burocracia del Ministerio de Estado, que seguía en la retaguardia en Valencia. Una orden escrita del Comisariado General de Guerra del 12 de noviembre le había hecho albergar esperanzas:

> Debido a la transferencia del Ministerio de Estado a Valencia y a la necesidad indispensable de que el Departamento de Prensa del mencionado ministerio continúe funcionando en Madrid, el Comisariado General de Guerra ha decidido que dicha oficina del Departamento de Prensa dependa a partir de ahora del Comisariado General de Guerra, y que Arturo Barea Ogazón quede a cargo de la

misma, pendiente de enviar informes diarios sobre sus actividades al Comisariado General de Guerra[33].

Su optimismo no duró mucho. Esa misma tarde, Rubio Hidalgo telefoneó desde Valencia y anunció que regresaría a Madrid para resolver el conflicto de autoridad. Barea informó de la llamada al Comisariado de Guerra y le aseguraron que le apoyarían. Cuando Rubio Hidalgo llegó de Valencia, Barea recibió a su antiguo jefe en la oficina de este, sentado junto a su mesa. Cuando le informó sobre las órdenes del Comisariado de Guerra, Rubio se quedó blanco, pestañeó y aceptó ir al ministerio. Allí capeó el temporal de «reprimendas groseras y directas», y luego movió ficha:

> Él era el jefe de Prensa del Ministerio de Estado: el Comisariado de Guerra debía oponerse a cualquier acción desorganizada y disparatada, ya que reconocía la autoridad del gobierno, del que el jefe del Comisariado de Guerra era ministro. La posición legal de Rubio era irrebatible. Se acordó que la Oficina de Prensa Extranjera y Censura de Madrid siguiera dependiendo de él en su calidad de jefe de Prensa. Seguiría las instrucciones del Comisariado de Guerra de Madrid y, a través del comisariado, a las órdenes de la Junta de Defensa. El Departamento de Prensa del Ministerio de Estado seguiría cubriendo los gastos de la oficina de Madrid y los despachos censurados seguirían enviándose a Rubio, que adoptó una actitud cortés y conciliadora. De vuelta en el Ministerio de Estado, habló conmigo sobre los detalles del servicio; las reglas generales de la censura seguirían siendo las mismas, mientras que las instrucciones militares de seguridad me llegarían a través de las autoridades madrileñas.

Pese al aparente acuerdo al que habían llegado, Rubio Hidalgo nunca perdonaría a Barea su iniciativa, pues percibía que, al optar por seguir trabajando bajo el fuego enemigo, les había dejado, a él y al resto de los que habían huido a Valencia, como unos desertores. Barea escribiría más tarde: «Sabía que me odiaba mucho más de lo que yo le odiaba a él»[34].

Cuando Barea se hizo cargo de la censura en el Madrid asediado, todas las actividades se transfirieron por un breve espacio de tiempo al edificio histórico del Ministerio de Estado, situado en la plaza de Santa Cruz, cerca de la plaza Mayor. Esto significaba que

los corresponsales tenían que realizar un arriesgado trayecto, cruzando las calles oscuras que les llevaban de la Gran Vía, donde vivían o estaban sus oficinas, hasta llegar al ministerio, donde sus crónicas eran revisadas por la censura, y de allí al edificio de la Telefónica para enviarlas por teléfono. La operación no tardó en trasladarse otra vez a la Telefónica. Allí, todas las noches, censores, telefonistas y periodistas trabajaban en condiciones penosas, a la luz de las velas, esperando oír en cualquier momento el silbido de los proyectiles de artillería o el estruendo de los bombarderos alemanes e italianos de Franco. Al final, los bombardeos les obligaron a trasladarse una vez más y de forma definitiva al ministerio[35].

La dedicación total de Arturo Barea a la causa republicana acabó incidiendo en su salud debido al exceso de trabajo, las preocupaciones y la precariedad de su posición frente a Rubio Hidalgo. Tenía que compaginar las instrucciones del Comisariado de Guerra en Madrid con las de Rubio Hidalgo en Valencia. Barea dormía pocas horas en un camastro instalado en su oficina y se mantenía activo a base de café, coñac y cigarrillos. La factura que le pasó el exceso de trabajo se advierte en la descripción que Delmer hizo de él: «Un español cadavérico con surcos profundos de amargura alrededor de la boca, acentuados por la luz de las velas. Era la personificación del espíritu español: tenso y desconfiado, siempre dispuesto a sentir el agravio a la patria». Su trabajo resultó más fácil cuando se unió a él como voluntaria Ilsa Kulcsar, una socialista austríaca, bajita y rolliza y no muy atractiva: «Tenía la cara redonda y los ojos grandes, la nariz chata, la frente despejada y una mata de pelo oscuro que casi parecía negro. Era demasiado ancha de hombros y llevaba un abrigo verde o gris, o de algún otro color que la luz violeta volvía indefinido y feo. Tenía treinta y tantos años y carecía de belleza»[36]. Pese a un comienzo tan poco prometedor, las noches en vela que pasaban hablando hicieron que Barea no tardase en enamorarse de ella. Esta sería una de las muchas relaciones amorosas que florecieron durante la guerra y, de hecho, una de las más duraderas.

Ilsa Kulcsar había estudiado económicas y sociología antes de trabajar para el Partido Socialista austríaco durante dieciocho años. Tras el fracaso del levantamiento de Viena en febrero de 1934,

había formado parte de la resistencia austríaca y a continuación había huido con su marido a Checoslovaquia. A España llegó con credenciales de unos periódicos checos y noruegos, pero sin sueldo. Rubio Hidalgo, que apreciaba su capacidad lingüística, había decretado que la oficina de prensa le pagase por sus servicios y ella se lanzó a trabajar con un entusiasmo encomiable. No solo contribuía con su dominio del francés, el alemán, el húngaro, el inglés y otros idiomas, sino que también convenció a Barea de que la censura debía ser más flexible. Ilsa argumentaba que el convencional triunfalismo que imponía la mentalidad militar hacía que las derrotas y las dificultades económicas de la República fuesen inexplicables y sus victorias, irrelevantes. Sin mucha dificultad persuadió a Barea de que, si la prensa publicaba la verdad sobre las dificultades del gobierno, a largo plazo la causa republicana saldría beneficiada[37].

Por iniciativa propia, Arturo e Ilsa relajaron la censura, lo que sirvió para establecer una buena relación con los corresponsales. Les ayudaban a conseguir habitaciones de hotel y cupones para gasolina, y con frecuencia les pedían algún favor a cambio. Arriesgándose a sufrir la cólera de Koltsov y Rubio Hidalgo, permitieron que los corresponsales informasen sobre la redada policial en la abandonada Embajada alemana que aportó pruebas de la connivencia de Alemania con la Quinta Columna franquista. Barea y Kulcsar organizaron entrevistas con miembros de las Brigadas Internacionales, de las que salieron artículos como los publicados por Louis Delaprée, del *Paris-Soir*, Barbro Alving (Bang), del *Dagens Nyheter* de Estocolmo, Herbert Matthews, del *New York Times*, y Louis Fischer, de *The Nation*. Todos ellos escribieron crónicas excelentes y entusiastas pero la más valiosa fue tal vez la de Louis Fischer. Venía de servir como intendente en el cuartel general de las Brigadas Internacionales en Albacete, y era por tanto un observador privilegiado[38].

Para desgracia de Delaprée, su periódico empezó a considerar que sus apasionados artículos eran demasiado favorables a la República e incluso «comunistas», aunque él no era comunista sino un católico poco convencido. Aunque había ido a España a cubrir la zona rebelde, al poco de llegar a Burgos, en el mismo avión que

Sefton Delmer y Hubert Knickerbocker, le habían expulsado por visitar el frente sin escolta. Resulta irónico que casi todas las personas que Delaprée conoció en Madrid consideraran que su periódico era de inclinación fascista. Sin duda, mientras aumentaba el interés del *Paris-Soir* por cualquier noticia que tuviese que ver con Eduardo VIII y la crisis de la abdicación en Gran Bretaña, el periódico dejaba de aceptar los artículos de Delaprée. Ante esta situación, el corresponsal decidió marcharse de España. Geoffrey Cox le describió, la noche del 7 de diciembre de 1936 en el bar Miami de Madrid, vestido con una gabardina, una bufanda roja y un gorro de fieltro gris, y explicando con paciencia a un madrileño desconfiado que no era fascista y que, de hecho, los fascistas le habían expulsado de Burgos. Esa misma noche, Delaprée se había sentado en el camastro de Arturo Barea y le había dicho que, cuando llegase a París, planeaba protestar sobre las actividades del consulado francés a favor de los franquistas. Por desgracia, el aparato de Air France en el que iba de camino a Toulouse el 8 de diciembre fue atacado por un avión desconocido cerca de Guadalajara. Delaprée recibió un impacto de bala en la cadera y en la espalda cuando fueron ametrallados desde abajo. Delmer afirmaría más tarde que Delaprée le había dicho en su lecho de muerte que los republicanos habían atacado su avión por equivocación. Aunque Delaprée no podía entender por qué, Delmer estaba convencido de que el servicio secreto había ordenado el ataque para evitar que un diplomático favorable a la causa franquista llevase a Ginebra informes sobre atrocidades, pero parece que era el único que pensaba así.

Aunque el piloto logró realizar un aterrizaje forzoso en un campo remoto, nadie les socorrió hasta pasadas tres horas. El hospital más cercano no tenía el equipo necesario para ocuparse de sus heridas y se perdió otro día llevando a Delaprée en ambulancia hasta un hospital mejor equipado de Madrid. Murió dos días después, tras recibir los últimos sacramentos y la extremaunción. *Paris-Soir* informó sobre su muerte en grandes titulares y con tributos emotivos. El gobierno francés le otorgó la medalla póstuma de la Legión de Honor. Fue enterrado en París con gran ceremonial. Sin embargo, al cabo de unos días, el diario comunista francés

L'Humanité publicó el último mensaje de Delaprée a su periódico, que fue enviado un día antes de que dejase Madrid. Lo pudieron hacer público porque una copia a carbón estaba en la oficina de Barea, con el sello de la censura republicana. Decía lo siguiente:

> No habéis publicado la mitad de mis artículos. Estáis en vuestro derecho. Pero confiaba en que vuestra amistad me evitaría trabajar inútilmente. Durante tres semanas me he estado levantando a las cinco de la mañana para daros noticias que entrasen en la primera edición. Me habéis hecho trabajar en balde. Gracias. El domingo cojo un avión, a no ser que acabe como Guy de Traversay [un periodista de *L'Intransigeant*, publicación rival del *Paris-Soir*, que había sido asesinado por los rebeldes en Mallorca], lo que estaría muy bien para vosotros, ¿a que sí? De esa forma tendríais vuestro propio mártir. Entretanto, no voy a enviar nada más. No merece la pena. La matanza de cientos de niños españoles es menos interesante que un suspiro de la señora Simpson.

Geoffrey Cox escribió sobre Delaprée:

> Es fácil escribir cosas buenas sobre los muertos, pero Delaprée era un hombre sobre el que uno las hubiese escrito gustoso cuando estaba vivo. No exagero al decir que era una de las mejores personas que he conocido en mi vida: inteligente, humano, alegre, valiente, bien parecido. Se trataba de uno de esos tipos excepcionales que caen bien tanto a los hombres como a las mujeres. Un periodista de primer rango, con una pluma estupenda. Sus descripciones de los ataques aéreos sobre Madrid son un clásico en su género. Muchos hombres abnegados han muerto en la guerra española. El que Louis Delaprée sea uno de ellos no es una de las tragedias menos importantes de esta lucha[39].

Cox tenía razón. Las descripciones de Louis Delaprée sobre el bombardeo de la capital se encuentran entre los escritos más emotivos que se redactaron durante la guerra. Además, como muchos otros corresponsales, lo que vio en España le llenó de indignación contra la ceguera de los arquitectos de la política en los países democráticos.

> Yo solo soy un narrador del horror, un testigo pasivo. Sin embargo, quiero hacer esta observación: el sentimiento más fuerte que he experimentado hasta el día de hoy no es el miedo, ni la ira, ni la compasión, ES LA VERGÜENZA. Estoy avergonzado de ser un hombre cuando el género humano se muestra capaz de masacrar de tal forma a los inocentes. Oh, vieja Europa, siempre ocupada en tus mezquinos juegos y grandes intrigas. Dios quiera que no te ahogues con tanta sangre[40].

Los esfuerzos de Arturo y de Ilsa fueron fructíferos, pero no lograron disminuir la hostilidad de Rubio Hidalgo, que en varias ocasiones intentó apartarlos de sus puestos. Primero, Barea fue llamado a Valencia en diciembre de 1936. Una vez allí, el español se dio cuenta del resentimiento de los que habían huido de la ciudad hacia los que se habían quedado. Se enteró de que Rubio Hidalgo había dicho que le gustaría mandarle a pudrirse en la censura postal de Valencia porque no podía olvidar la usurpación de su mesa de despacho en el ministerio. Ilsa también fue a Valencia, donde estuvo bajo arresto durante un breve período de tiempo porque alguien la había acusado de trotskista por su amistad con el líder socialista austríaco, Otto Bauer. Cuando la pusieron en libertad, la pareja admitió finalmente que querían estar juntos para siempre. Además, después de una entrevista con el mismo Julio Álvarez del Vayo, Ilsa consiguió una conmutación para los dos. Rubio aceptó enviarlos de vuelta a Madrid con Arturo como jefe de la Censura de Prensa Extranjera e Ilsa como segunda de a bordo. Sin embargo, las tensiones entre Valencia y Madrid no disminuyeron. Al final, el proceso de divorcio de su mujer para poder estar con Ilsa, la presión del trabajo y la lucha continua con Rubio pasaron factura a Barea, que tuvo una especie de crisis nerviosa. Ilsa, por su parte, no logró quitarse de encima el estigma de trotskista. En abril de 1937 Arturo e Ilsa recibieron en Madrid la visita del gran novelista estadounidense John Dos Passos, que una noche les ayudó con su trabajo y posteriormente recordaba a «un joven español de aspecto cadavérico y una austríaca rellenita de voz suave». A Barea le gustó Dos Passos por la consideración y el afecto con los que hablaba de las dificultades que atravesaban los campesinos españoles. Dos Passos escribió con afecto acerca de los dos censores:

> Ayer mismo la austríaca regresó y descubrió que un fragmento de un obús había prendido fuego a su habitación y había quemado todos sus zapatos, y el censor había visto destrozada a una mujer que estaba a su lado antes de salir a tomar un bocado para comer. No es de extrañar que el censor sea un hombre nervioso; parece falto de sueño y desnutrido[41].

Al poco tiempo, la ayudante de Rubio, Constancia de la Mora, que era cada vez más importante, recomendó a Barea que se tomase unas vacaciones. En opinión de este, parte del problema se debía a la irritación de Constancia por el hecho «de que nosotros en Madrid actuásemos de manera independiente, sin hacer caso de su autoridad. Alta, pechugona, con ojos grandes y negros, el porte imperioso de una matriarca, la simplicidad de pensamiento de una colegiala y las maneras seguras de una nieta de Antonio Maura, me crispaba tanto como yo debía de crisparla a ella». Estaba claro que ni Barea ni Ilsa podrían volver a sus trabajos en Madrid. En realidad, Constancia de la Mora ya había escogido a Rosario del Olmo como sucesora de Arturo al frente de la Oficina de Prensa Extranjera y Censura. Del Olmo, una «chica pálida e inhibida» según Barea, había sido secretaria de la Liga de Intelectuales Antifascistas y venía recomendada por María Teresa de León, la esposa de Rafael Alberti y amiga de Constancia. De hecho, Rosario se convertiría en una sucesora digna de Barea, trabajando en Madrid con valentía y dedicación hasta el último día del asedio en 1939. Barea, por su parte, fue relegado a la censura de radio y a la retransmisión de algunos comunicados, hasta que finalmente, con la salud rota, se marchó con Ilsa a Inglaterra en 1938[42].

La efectividad de los esfuerzos de Arturo e Ilsa por facilitar la tarea de los corresponsales se advierte en los envidiosos comentarios de sir Percival Phillips, corresponsal del *Daily Telegraph* en la zona nacional. Molesto por la agresiva rigidez de la censura franquista, Phillips informó sobre las experiencias de sus colegas que habían trabajado en la zona republicana, donde el censor solía ser un periodista encantado de recibir a compañeros de Londres y Nueva York: «No es necesario esperar durante tres horas para ser recibido, para que después te digan que tienes que volver al día siguiente: simplemente apareces por la puerta abierta del despacho

y, si el censor está ocupado, te sirves tú mismo una bebida o fumas un puro. A veces incluso te pregunta si puedes echarle una mano o darle algún consejo». Phillips estaba convencido de que «la humildad y la camaradería de los censores rojos es tan irresistible y conmovedora que algunos periodistas británicos han dejado de lado un trabajo bien pagado para poder ayudarles»[43]. Sin duda es cierto que la camaradería que reinaba entre la población asediada movió a muchos corresponsales a trabajar en favor de la causa republicana. Algunos reflejaban sus simpatías en sus escritos, otros regresaban a sus países para presionar en favor de la causa republicana, y un reducido número de hombres abandonaba por completo las labores periodísticas para incorporarse a las Brigadas Internacionales y participar en los combates.

Louis Fischer, uno de los corresponsales más influyentes durante la guerra, fue un buen ejemplo, pues llevó a cabo las tres cosas. Sus artículos para la revista neoyorquina *The Nation* y la londinense *New Statesman and Nation*, tan bien informados y perspicaces, siguen siendo de mucha utilidad para los historiadores de la Guerra Civil española. También sirvió brevemente en las Brigadas Internacionales. Y, sin embargo, su importancia tiene menos que ver con lo que escribía que con lo que hacía entre bastidores. Como había sido corresponsal en la Unión Soviética durante más de una década y media, hablaba ruso y contaba con un conjunto muy variado de contactos de alto rango en Moscú, especialmente en el Comisariado de Asuntos Exteriores. Al mismo tiempo, en Estados Unidos se le consideraba uno de los expertos más importantes en Rusia y su régimen. Ese era el principal motivo de su acceso a los más altos niveles del gobierno en Washington. También tenía trato con muchos personajes importantes del gobierno de España. En Moscú en los años veinte y más tarde, durante una visita a España en 1934, Fischer entabló amistad con el periodista Julio Álvarez del Vayo. En ese viaje de 1934, Fischer también había trabado amistad con el embajador de Estados Unidos, Claude G. Bowers, que a su vez había sido periodista en otro momento, y con otros corresponsales estadounidenses como Lester Ziffren y Jay Allen. Estos le presentaron al doctor Juan Negrín, que por aquel entonces todavía no había irrumpido en el mundo de la política[44]. La

influencia de Louis Fischer en los tres países, por tanto, era considerable.

Cuando Fischer llegó a España a mediados de septiembre de 1936, recuperó enseguida el contacto con Álvarez del Vayo, que apenas dos semanas antes había sido nombrado ministro de Estado y que dos meses después se convertiría en comisario general de Guerra. Álvarez del Vayo intentaba, entre otras muchas tareas urgentes, que los servicios de prensa y propaganda de la República funcionasen con eficiencia. En busca de ayuda más profesional, se dirigió a Fischer, a Willi Münzenberg, jefe de propaganda de la Komintern especializado en actividades antifascistas, y a su segundo de a bordo, Otto Katz, un agente checo de aire misterioso y atractivo al que los amigos y críticos consideraban un «genio de la propaganda». Álvarez del Vayo había conocido a Münzenberg en Berlín a comienzos de la década de 1930, cuando era el corresponsal en Europa central y Rusia de *La Nación*, de Buenos Aires. A finales de 1934, invitó a Willi Münzenberg y a su mujer, Babette Gross, a visitar España, y juntos recorrieron el sur del país[45].

Arthur Koestler diría sobre el políglota Katz que era un «tipo con mucha labia», «moreno y atractivo, con un encanto algo sórdido». «Tenía la generosidad del aventurero y podía mostrarse afectuoso, espontáneo y servicial, siempre y cuando no fuese contra sus intereses». Por su parte, Claud Cockburn le describe como «un hombre de tamaño medio con una cabeza grande y algo cadavérica en la que sobresalían más de lo normal los huesos del cráneo. Tenía los ojos grandes y melancólicos, una sonrisa de una dulzura singular y un aire de misterio; misterio en el que iba a dejar que te adentraras, tú y nadie más, debido a la alta estima y cariño que te tenía». Otto afirmaba haber estado casado con Marlene Dietrich, y con el pseudónimo de André Simone se convertiría en el organizador extraoficial de la operación propagandística de la República en Europa occidental, que contaba con el apoyo económico del gobierno español y de la Komintern. Katz también sería el cerebro que había detrás de la agencia de prensa republicana ubicada en París Agence Espagne, que se creó a principios de 1937[46].

Entre las personas a las que Katz convenció para trabajar en favor de la República estaba el príncipe bávaro católico Hubertus Friedrich de Loewenstein, descendiente de la reina Victoria. El príncipe bávaro escribió un libro defendiendo la causa republicana y acompañó a Katz durante una visita a los obispos católicos de Estados Unidos. El príncipe diría después que aún no se le había quitado «el vértigo que le produjo ver a Otto Katz hacer una reverencia triple y besar el anillo de un cardenal con fama de progresista»[47]. En general, Katz/Simone siempre se mantuvo en la sombra. Pese a la importancia de su papel, se encuentran muy pocos rastros de su presencia en las memorias de la época. Arturo Barea dejó constancia de una fiesta que había organizado para los brigadistas internacionales en el hotel Gran Vía a principios de 1937. Es fácil que fuera durante el mismo viaje en el que Gustav Regler le había conocido en el hotel Florida a mediados de abril de 1937[48]. En octubre de ese año, Fischer se alojó con el presidente del gobierno, Juan Negrín, en su residencia de Valencia, y comentó que allí también estaba Katz, «que dedicaba su talento a la propaganda republicana en el extranjero». La viuda de Willi Münzenberg, Babette Gross, dijo que a lo largo de 1938 el checo estuvo trabajando entre París, Barcelona y Valencia para la Agence Espagne[49]. Pese a la escasez de referencias sobre el papel de Katz, no puede ponerse en duda su participación crucial, aunque algo oculta, en la campaña para presentar el caso republicano a un mundo en el que la mayor parte de la prensa se inclinaba por ser hostil a un régimen que se percibía como «rojo», comunista y peligroso.

Resultaba irónico que, por claras razones económicas, una elevada proporción de periódicos fueran de derechas, y por tanto apoyaran a los rebeldes del Ejército español, mientras que una proporción similarmente elevada de corresponsales apoyaba a la República. Louis Fischer estaba muy lejos de ser el único que combinó un compromiso con la República española con la práctica de un periodismo sincero. Entre los corresponsales que se convirtieron a la causa de la República, pero que siguieron informando con veracidad, están Martha Gellhorn, Jay Allen, Herbert Matthews y Geoffrey Cox, a los que todavía se cita hoy en

día por lo vívido de sus crónicas. William Forrest y Lawrence Fernsworth pertenecen al grupo de los ahora olvidados pero que en su momento fueron muy respetados por sus compañeros. Forrest pertenecía al Partido Comunista, aunque no era nada doctrinario. A Arthur Koestler le había causado muy buena impresión su sentido del humor mordaz, su generosidad y el hecho de que «nunca utilizase palabras como "dialéctico", "concreto" o "mecanicista", y sí usase expresiones como "decencia", "justicia", "eso no estaría bien" y cosas por el estilo»[50]. Forrest, que era escocés, no estaba solo en su compromiso ético con la República. La decencia y la justicia eran importantes para todos estos corresponsales y por eso se sentían identificados con la causa de la República democrática.

Esto ocurría sobre todo entre los veteranos que habían estado en España antes de que estallase la guerra, como Henry Buckley, Jay Allen y Lawrence Fernsworth, todos ellos testigos, y simpatizantes, del proceso impulsado por el nuevo régimen democrático para intentar modernizar una sociedad profundamente represiva. Fernsworth, un hombre distinguido de pelo canoso, había vivido en Barcelona durante una década y escribía para el *New York Times* y el *Times* de Londres. También trabajaba para una publicación semanal jesuita llamada *America*. Según Constancia de la Mora, Fernsworth «conocía Cataluña como muy pocos extranjeros de hoy en día». Se quedó sorprendida de lo poco que ganaba el periodista: «Empezaba a trabajar al amanecer, con frecuencia se pasaba varias horas detrás del volante de la retaguardia al frente y del frente a la retaguardia, y después recorría las calles oscuras hasta nuestra oficina para enviar sus crónicas por teléfono». Como Buckley, Fernsworth era católico practicante. Siempre iba muy arreglado y mostraba una educación impecable, se comportaba a todas horas con una «galantería distinguida». Pese a su exiguo sueldo, era un sibarita y un entendido en vinos. Aun así, su solidaridad con el pueblo español era incuestionable y escribió con mucho sentimiento sobre su desesperada situación durante la Guerra Civil[51].

El compromiso de los corresponsales llamó la atención del novelista alemán Gustav Regler nada más llegar a Madrid en octubre de 1936 como voluntario de las Brigadas Internacionales. Gracias a su amistad con Ilsa Kulcsar y después con Arturo Barea,

Regler entró en contacto con varios periodistas. En un momento dado durante el asedio de Madrid, se encontró con un grupo de reporteros radiantes tras una visita de Julio Álvarez del Vayo: «Apreciaban mucho a los españoles y deseaban que ganase la República. Estaban todos en contra de los embajadores oficiales de sus propios países»[52]. Esto es una generalización considerable, pues los estadounidenses partidarios de la causa republicana sabían que el embajador Claude Bowers compartía sus sentimientos. También había corresponsales estadounidenses que apoyaban a los rebeldes, como Edward Knoblaugh, William Carney y Hubert Knickerbocker, pero preferían buscar trabajo en la zona insurgente. No obstante, es cierto que hubo un número importante de corresponsales que adquirieron un compromiso muy serio con la República. Martha Gellhorn escribió en 1996: «Creía en la causa de la República española como no había creído en nada antes ni creería en nada después»[53]. A Regler le conmovía recordar cómo, en la primavera de 1937, Gellhorn se había adentrado con valentía en tierra de nadie por las afueras de Madrid, y había ayudado a Randolfo Pacciardi, comandante del Batallón Garibaldi de voluntarios italianos, a enrollar vendas para el doctor que atendía a los heridos[54].

Tal vez el ejemplo más paradigmático de que la República conquistaba corazones sea el caso de Herbert Matthews, un periodista alto, demacrado, tímido y melancólico del *New York Times*, que describiría los meses que pasó en la ciudad asediada como los más gloriosos de su vida. En 1938 dejó el siguiente testimonio:

> De todos los lugares del mundo, Madrid es el que más convence. Llegué a esta conclusión nada más llegar, y ahora, cada vez que estoy lejos, no puedo evitar anhelar el regreso. Todos nos sentimos igual, así que esto va más allá de lo personal. El drama, las emociones, el optimismo electrizante, el espíritu de lucha, el valor y la paciencia de esta gente alocada y maravillosa son cosas que hacen que merezca la pena vivir, y dignas de ser vistas en persona[55].

Después de la Segunda Guerra Mundial, escribiría: «En aquellos años vivimos lo mejor de nuestras vidas, y lo que ha venido después

o nos queda por vivir nunca nos hará llegar tan alto. En mi propio campo, nunca he vuelto a realizar trabajos como los que hice en España, ni tampoco espero llegar a igualarlos. Allí dejamos nuestros corazones». Como otros muchos corresponsales, Matthews siempre estuvo orgulloso de haber apoyado a la República:

> Han pasado ya seis años desde que terminó la Guerra Civil española. Desde entonces he visto mucha grandeza y gloria, y muchas cosas y lugares bonitos, y con un poco de suerte, puede que todavía viva otros veinte o treinta años, pero estoy plenamente convencido de que nunca volverá a ocurrir algo tan maravilloso como esos dos años y medio que pasé en España. Y no lo digo solo yo, sino que también lo afirman todos los que vivieron este período junto a los republicanos españoles. Soldado o periodista, español, norteamericano, británico, francés, alemán o italiano, daba igual. España era un crisol en el que la escoria quedó fuera y el oro puro, dentro, que hizo que los hombres quisiesen dar sus vidas con orgullo. Dio sentido a nuestra existencia; nos llenó de valor y fe en la humanidad; nos enseñó el significado del internacionalismo como no lo conseguirá hacer ninguna Sociedad de Naciones o Dumbarton Oaks. Allí aprendimos que los hombres podían ser hermanos, que las naciones y fronteras, religiones y razas, no eran más que atributos externos, y que lo único que contaba, por lo único que merecía la pena luchar, era la idea de libertad[56].

Matthews no estaba solo en su vínculo emocional con Madrid. Vincent *Jimmy* Sheean escribió de forma igualmente conmovedora:

> Madrid, el hongo, el parásito creado por el capricho de un monarca, la extravagancia aristócrata y la ostentación cruel de los nuevos ricos, había encontrado su alma en el orgullo y la valentía de sus trabajadores. Ellos habían transformado el burdel y el escaparate de la España feudal en esta epopeya, y depare lo que depare el futuro de esta lucha contra la barbarie fascista, Madrid ya ha hecho mucho más de lo que le corresponde, y su nombre quedará grabado en la mente de los hombres, a veces con reproche, a veces con reprimendas, a veces como reflejo de la tensión heroica que nuestra especie en la tierra aún no ha perdido. En este lugar al menos, la dignidad de los hombres corrientes se ha mantenido firme ante al mundo[57].

Geoffrey Cox también quedó muy impactado por el progreso social y la solidaridad antifascista de la que fue testigo en la zona republicana:

> Al enfrentarse a un peligro común, Madrid se envolvió en un sentimiento compartido de respeto, tácito pero muy real. La palabra *compañero* tiene un sonido artificial cuando uno disfruta de la seguridad comparativa que existe en Gran Bretaña. En Madrid, farfullada por el centinela que te saludaba con el puño en alto y exclamaba «¡Salud!», era totalmente genuina. Había un ambiente en el que realidades como el talento y la fuerza y, por encima de todo, el valor, contaban para algo, y en el que la vestimenta, el aspecto, el acento y los estudios no importaban a nadie. La mezquindad individual, la ambición, los celos, se habían disuelto hasta cierto punto en un fin común y un peligro también común. [La derrota del asalto de Franco sobre Madrid] nos dio un extraordinario sentido de esperanza, un sentimiento repentino … de que no solo se había eliminado la amenaza del fascismo, sino que, de repente, se abría ante España un futuro realmente maravilloso, resplandeciente y emocionante[58].

Eran muchos los que compartían las esperanzas que había despertado la República en términos de una vida mejor para los desposeídos y como modelo antifascista. Incluso el insensible Sefton Delmer escribió, con cierto reparo, que

> pese a haber sido testigo de la brutalidad y el desprecio hacia la justicia que muestran los rojos, pese a mi antipatía hacia el marxismo como un fraude demagógico, pese a esto y mucho más, me encontré con que me arrastraba la euforia de la negativa de Madrid a abandonar la lucha. Me encontré con que compartía el gozo de los reveses que los rojos infligían en el bando que, sin duda, yo hubiese escogido de haber sido español y haber tenido que escoger por fuerza entre las alternativas igualmente grotescas de Franco y Caballero[59].

La sensación de que la causa de la República española era digna de apoyo estaba unida a la camaradería estrecha que existía entre los corresponsales. Esto fue especialmente cierto entre los que compartieron la experiencia del asedio de Madrid, que acabó transformando a todos en partidarios de la República. Los motivos

quedaron patentes en las palabras de Arthur Koestler, quien sufrió los bombardeos durante la última semana de octubre y los primeros días de noviembre de 1936, y más adelante escribiría:

> Cualquiera que haya vivido el infierno que fue Madrid con el corazón, los nervios, los ojos y el estómago, y luego finja ser objetivo, es un mentiroso. Si los que tienen a su disposición máquinas de imprimir y tinta de imprenta para expresar sus opiniones se mantienen neutrales y objetivos frente a semejante bestialidad, entonces Europa está perdida. En tal caso, más vale que nos sentemos y escondamos la cabeza en la arena hasta que el diablo venga a buscarnos. En tal caso, ha llegado la hora de que la civilización occidental apague las luces[60].

Incluso los que llegaron en la primavera de 1937 sentían lo mismo. Los corresponsales británicos Sefton Delmer y Henry Buckley, que habían estado en Madrid desde los primeros días del asedio, se unieron a los norteamericanos Herbert Matthews, Ernest Hemingway, Sidney Franklin, John Dos Passos, Martha Gellhorn y Virginia Cowles para ver los combates del frente, no desde el hotel Florida, sino desde un edificio de apartamentos demolido en el paseo de Rosales que daba a la Casa de Campo. Hemingway lo describió como «la vieja hacienda», porque le recordaba a la casa de su abuelo en Chicago. Dos Passos la describió así: «La puerta acristalada se abre al vacío; a tus pies, un pozo se extiende lleno de muebles destrozados y ladrillos rotos, y entonces se ve una avenida desolada y más allá, en la otra orilla del Manzanares, se obtiene una magnífica vista del enemigo»[61].

El 10 de abril de 1937, Hemingway se llevó allí al grupo para que contemplara la ofensiva leal. Como era de esperar, Dos Passos se mostró muy aprensivo: «Las líneas cruzan el valle inferior, pero si te sales del paseo te ve perfectamente el enemigo desde las colinas de enfrente, y los moros son tiradores excepcionalmente buenos». Todo estaba tranquilo porque era la hora de comer. A pesar de eso, las marcas de actividad en el piso, los brillos de la luz del sol que se reflejaban en los prismáticos y la cámara de cine de Ivens llamaron la atención de los rebeldes. En su relato novelado posterior, *Ebb Century's*

, Dos Passos describía la escena y retrataba al personaje de Hemingway (George Elbert Warner) como un inconsciente que se atrevía a caminar por el paseo de Rosales a la vista de las líneas rebeldes. Cuando un cabo republicano le advirtió que no paseara en campo abierto si no quería que le disparara el enemigo, respondió: «¡No soy un gallina!», y siguió caminando. Una vez terminada la comida, los rebeldes abrieron fuego. Dos Passos escribió: «Mientras nos abríamos paso para llegar hasta el cobijo de las casas destrozadas, el infierno cayó sobre nosotros. No quiero ni imaginarme cuántos hombres buenos perdieron la vida por acciones bravuconas como esa». Un incidente similar se recoge en el relato del brigadista británico Jason Gurney, quien describe una visita al frente de Hemingway «llena de bonhomía visceral y arrojada». Se apostó detrás del parapeto antibalas de una ametralladora y soltó una ráfaga de balas aproximadamente en la dirección del enemigo. Esto provocó un bombardeo infernal, por lo que tuvo que huir[62].

Si los corresponsales afrontaban peligros durante el día, cuando regresaban al hotel les esperaba la falta de comida. Después de abandonar la Embajada británica, en cuyo salón de baile durmió Delmer en el momento más intenso del asedio de Madrid, se trasladó al hotel Florida, que posteriormente describió como «el hotel más amigable, más divertido y más repleto de aventuras» en el que se hubiera alojado jamás. Allí disponía de dos habitaciones, una interior en la que dormía y un gran salón exterior, soleado pero expuesto al fuego de los proyectiles. Este salón era el que utilizaba para leer, para escribir y para «las juergas», actividad favorecida por el hecho de que había instalado allí quemadores y hornillos eléctricos. También montó un bar en el cuarto de baño, aprovisionado con las botellas que había comprado a unos anarquistas que habían saqueado las bodegas del palacio Real. A menudo recibía la visita de brigadistas internacionales que le ayudaban a dar buen fin a su colección de añadas raras y de incalculable valor[63].

A medida que avanzaba la guerra, los periodistas, al igual que el resto de la población republicana, tuvieron que mendigar de forma cada vez más desesperada en busca de comida y cigarrillos. Las cosas irían empeorando paulatinamente. Cuando Martha Gellhorn

llegó a Madrid el 27 de marzo de 1937, lo primero que comió en el hotel Gran Vía consistió en una minúscula ración de garbanzos y un trozo de pestilente bacalao seco. La novelista estadounidense Josephine Herbst, que llegó en abril de 1937, comentaba: «Aunque nadie dejaba de pensar en la comida, jamás oí a nadie quejarse de la falta de ella o de que algunos de los platos que servían en el restaurante del hotel Gran Vía olieran a mil demonios». El escritor estadounidense John Dos Passos, mucho más famoso que Herbst y que también estuvo allí en esa época, hizo referencia al «apestoso olor de la comida del hotel Gran Vía»[64]. Virginia Cowles, una elegante y acaudalada estadounidense que solía escribir artículos de viajes para la revista *Bazaar*
Harper’s
, llegó a Madrid a finales de marzo de 1937. Era amiga de la familia Churchill. La desaliñada escritora de prosa Josephine Herbst la describía con envidia «vestida de negro, con gruesas pulseras de oro en las delgadas muñecas y con unos diminutos zapatos negros de tacón increíblemente alto»[65]. Su habitación de la quinta planta del hotel Florida, desde la que se dominaba el frente y que se encontraba en la línea de fuego de la artillería de Franco, suscitaba cierto nerviosismo. Dicho nerviosismo se desvanecía de algún modo con el trajín de la vida ordinaria, que brotaba a diario abajo, en la plaza, como «un inmenso decorado cinematográfico abarrotado de extras preparados para interpretar su papel». Virginia Cowles calificaba la comida del hotel Gran Vía como «escasa y en ocasiones apenas comestible», pero no era tan incomible como para disuadir a los hambrientos madrileños de tratar de colarse a través de sus custodiadísimas puertas. Cuando llegó a Madrid, Tom Delmer, con quien trabó amistad en el hotel Florida, le indicó el error que había cometido al no haber llevado consigo comida[66].

Conforme escaseaba la comida, Ernest Hemingway, que había llegado a Madrid en 1937, fue afianzando su popularidad a base de sus inagotables reservas de panceta, huevos, café y tostadas con mermelada y bebidas, entre otras, whisky y ginebra, que almacenaba en su habitación del hotel Florida. Los voluntarios de las Brigadas Internacionales siempre eran bien recibidos y siempre encontraban botellas y comida enlatada en abundancia. Quien

abastecía y reponía sus reservas era su fiel compinche Sidney Franklin, el torero estadounidense, a quien John Dos Passos describió como «un hombre delgado y cetrino, de pelo negro y con la piel que rodeaba los ojos tan oscura que parecía como si tuviera los dos ojos morados». Herbst se refería a él como «un leal amigo y una especie de *valet de chambre*» de Hemingway, «debido en gran medida a sus dotes de gorrón»[67]. La austeridad del hotel Florida era tal que una visita al en todos los sentidos mejor aprovisionado hotel Gaylord, en el que se alojaban los asesores rusos con mayores responsabilidades, se consideraba un raro privilegio. El 25 de marzo de 1937 Ilia Ehrenburg fue allí para visitar al influyente corresponsal de *Pravda* Mijaíl Koltsov. Acudió entusiasmado porque «allí se podía uno calentar y comer bien». En aquella ocasión, en la abarrotada habitación de Koltsov, Ehrenburg reparó en que había un jamón enorme y gran abundancia de botellas, pero se olvidó de ambas cosas cuando le presentaron a Hemingway, el escritor por cuyas obras sentía veneración.

Ehrenburg trató de manifestar efusivamente su admiración al novelista, ya beodo, que estaba infinitamente más interesado por el inmenso vaso de whisky que sostenía. Ehrenburg le preguntó en francés qué estaba haciendo en Madrid y Hemingway le explicó de mala gana en español que estaba allí como corresponsal de la North American Newspaper Alliance. Entonces Ehrenburg le preguntó si tenía que telegrafiarles solo artículos de peso o únicamente noticias (en francés, *nouvelles*). Hemingway se enfadó porque entendió erróneamente que con *nouvelles* se refería a las «novelas». Se incorporó de un salto y agarró una botella con la que trató de golpear a Ehrenburg. Por suerte, le sujetaron antes de que se produjera un derramamiento de sangre[68]. Hemingway tenía cierta costumbre de armar escándalos allí donde fuese. En el verano de 1937, la hermosa corresponsal estadounidense Martha Gellhorn había ido con Hemingway a otra fiesta en la habitación de Mijaíl Koltsov. Le enfadó tener que abandonar la exquisita comida disponible cuando, una vez más, con su grosería característica, Hemingway armó un escándalo. Creyendo que el comandante comunista Juan Modesto había coqueteado con Martha, él le había retado celoso a un duelo de ruleta rusa. Después de que hubieran

dado amenazadoras vueltas uno alrededor del otro, cada uno con un extremo de un pañuelo entre los dientes, fueron separados sin miramientos y se pidió a Hemingway que se marchara, seguido por una hambrienta Martha Gellhorn[69].

Al igual que el edificio de la Telefónica, el hotel Florida se encontraba en la línea de fuego de la artillería nacional, pero Hemingway aseguraba a sus invitados nocturnos que su habitación estaba en un «ángulo muerto» y que, por tanto, era invulnerable. Sin embargo, la habitación de Tom Delmer sí fue alcanzada y sus enseres quedaron hechos pedazos. Dado que durante los bombardeos de la artillería era imposible dormir, todas las noches se convertían en una fiesta en las habitaciones más grandes o en el patio en torno al cual se alzaba el hotel. Además, lo frecuentaban las prostitutas, a quienes Hemingway apodó «whores de combat». Para Gustav Regler, el escritor comunista alemán y comisario de la XII Brigada Internacional, aquello era «un burdel ruidoso». Cedric Salter, que se alojó en el hotel Florida durante la primavera de 1937 mientras escribía para el *Daily Telegraph*, se quejaba de no poder dormir a causa de

> un tenue estruendo procedente de abajo, no muy distinto del que puede oírse en la jaula de los leones del zoológico poco antes de la hora de comer. Desesperado, llamé y pregunté cuál era la causa de aquel extraño ruido. Según me dijeron, aquello eran los aviadores rusos divirtiéndose en el bar. Sí, no había duda, siempre montaban jaleo hasta el amanecer a menos que bebieran más de lo habitual; pues en tal caso podían caer dormidos en el suelo a eso de las cuatro de la madrugada.

Tras haber conseguido conciliar el sueño con la ayuda de unos algodones en los oídos, Salter se despertó cuando una mujer desnuda abrió de golpe la puerta de su habitación y entró corriendo en el cuarto de baño, seguida de un ruso imponente que solo llevaba unos calzoncillos de algodón. No sin cierta dificultad, consiguió convencerles de que se marcharan. Delmer coincidía con Salter: «Hasta las tres o las cuatro de la mañana no se apagaban los gritos, las peleas y el flamenco»[70]. A diferencia de él, los huéspedes más serios recordaban principalmente los esfuerzos del

personal para que las cosas mantuvieran toda la normalidad que fuera posible. El primo de Winston Churchill, Peter Spencer, conocido también por el título nobiliario de vizconde Churchill, estaba con la unidad de asistencia médica británica y solía alojarse en el hotel Florida. Su principal recuerdo de abril de 1937 era el hecho de que «la camarera dejaba toda su planta perfectamente arreglada, aunque el extremo del pasillo estuviera reventado y a través de él se pudiera contemplar medio Madrid»[71].

La mayor parte de los que se alojaban en el Florida intentaban por todos los medios ofrecer un periodismo muy objetivo y sincero. Sin embargo, el grado de objetividad al que aspiraban Matthews, Jay Allen, Henry Buckley, Lawrence Fernsworth, Geoffrey Cox y muchos otros no era universal. Ciertamente, no lo alcanzó Claud Cockburn, un comunista educado en Oxford, fundador y editor del informativo satírico *The Week*, cuyas páginas mimeografiadas lograron exponer las conspiraciones de salón que había detrás de la farsa del apaciguamiento y de la inclinación fascista del «Cliveden Set», una camarilla formada por miembros de las clases altas. Cuando estalló la Guerra Civil, Cockburn se encontraba de vacaciones en Salou, cerca de Tarragona. El Partido Comunista británico le pidió que trabajase de corresponsal para su periódico, el *Daily Worker*. Cockburn acabaría aceptando y escribiría bajo el pseudónimo de Frank Pitcairn, pero solo tras ir primero a Barcelona y después a Madrid. Allí se presentó voluntario al Quinto Regimiento y luchó en la sierra del norte de la capital. Tanto Koltsov como Otto Katz eran de la opinión de que los buenos periodistas servían a la causa con mayor eficiencia detrás de la máquina de escribir que en las trincheras, y, como habían hecho con Arthur Koestler, convencieron a Cockburn de que volviese a sus funciones de corresponsal. Cuando lo hizo, gracias a su estrecha amistad con ambos hombres y su disposición para seguir la línea de partido, Cockburn pasó a recibir con frecuencia información privilegiada[72].

Lo que publicaba Cockburn, sin embargo, no era siempre verídico. En una ocasión célebre, Katz y Cockburn trabajaron juntos durante la ofensiva republicana contra Teruel. Un lote de artillería esperado con urgencia había quedado retenido en la frontera

francesa, y Katz hizo llamar a Cockburn a París y le dijo: «Eres el primer testigo directo de la revuelta de Tetuán». Cockburn, que nunca había estado en Tetuán, le pidió que se lo aclarase, y el checo le explicó que una delegación de comunistas y socialistas franceses intentaba persuadir a Léon Blum de que abriese la frontera. Katz quería que Blum estuviese lo más receptivo posible, y por ello planeaba filtrar una noticia que sugiriese que Franco tenía dificultades. Como se había dado cuenta de que una victoria republicana apócrifa no serviría de mucho, Katz había decidido sacar una noticia que hiciese parecer que el poder de Franco se tambaleaba en el mismo centro de su fortaleza, el Marruecos español. Juntos trabajaron en la invención de una historia sobre una rebelión militar en Tetuán, y para su elaboración se las arreglaron con unas cuantas guías de viajes, como *Guide Blue*, de donde sacaron información para describir las calles y plazas en las que supuestamente había tenido lugar el motín. Completaron el trabajo con «detalles» sobre lugares y protagonistas y, según Cockburn, «lo que salió de todo ello fue una de las crónicas de guerra más sólidas y objetivas escritas jamás». Cuando la delegación se reunió con Blum, este no paró de hablar sobre los titulares de la mañana acerca de la «revuelta de Tetuán», y la frontera se abrió[73].

Otro periodista al que difícilmente se puede considerar objetivo o preciso es Hugh Slater, un apuesto comunista inglés de clase media que se había licenciado en la Slade School of Art. En Londres usaba su verdadero nombre, Humphrey, pero en España había adoptado una versión un poco más proletaria, Hugh o Hugo. Slater había entrado en España con William Forrest en un viejo Rolls Royce blanco. Su objetivo era escribir para *Imprecor* (acrónimo de International Press Correspondence), el periódico de lengua inglesa de la Komintern. El Rolls Royce tragaba gasolina sin parar y «llamaba mucho la atención en el campo de batalla». Durante un tiempo, Forrest y Slater viajaron de Madrid a Toledo todos los días para ver el asedio del Alcázar, pero Slater estaba descontento con su trabajo periodístico. Kate Mangan, que trabajó una temporada como secretaria de Slater en Madrid, dijo: «Hacía tiempo que me había percatado de los celos que sentía Humphry [*sic.*] de los soldados. Suena un poco raro decirlo, pero envidiaba su heroísmo»[74].

Como no quería limitarse a repetir como un loro la línea del partido en *Imprecor*, Slater se unió a las Brigadas Internacionales y fue nombrado comisario político de la batería antitanque del Batallón Británico. Sus camaradas de clase obrera le consideraban con recelo un mero ideólogo de clase media, «afable y ornamental», en palabras de Fred Thomas, y «arrogante en extremo», según Tony McLean. Un informe de la brigada de mayo de 1937 decía sobre él: «No muy apreciado por lo general, debido a supuestas actividades sectarias, etc. Hasta cierto punto esto podría haberse eliminado, pero el comportamiento no favorece un trabajo eficaz con las tropas». Otro informe de una fecha posterior indica que Slater «no cae bien a los hombres. Le consideran un conspirador». Al parecer, sin embargo, el inglés era un estratega militar muy competente, y el 30 de julio de 1937 fue nombrado comandante de la batería antitanque. Tres meses después le ascendieron a capitán y el 8 de abril de 1938 ascendió a jefe de operaciones del Estado Mayor de la XV Brigada. Los informes oficiales de la brigada le describen como «un líder casi sobresaliente pero demasiado preocupado por su propio bienestar, lo que puede tener un efecto negativo en su unidad». Tuvo una fiebre tifoidea muy fuerte y fue repatriado en octubre de 1938. Tras la Guerra Civil española, Slater, desilusionado con el estalinismo, se hizo novelista[75].

Las dificultades a las que se enfrentaban los periodistas que intentaban mantener a un tiempo su compromiso con la causa republicana y con la ética de su profesión, pueden verse en un incidente del frente de Madrid en el que participó Louis Fischer. El estadounidense, que se unió a Cockburn y Koltsov cuando el Ejército de África estaba acercándose a la capital, acababa de publicar un artículo brillante y bastante conmovedor sobre la desmoralización de los milicianos republicanos que intentaban frenar el avance de las Columnas Africanas de Franco. Uno de los temas recurrentes de Fischer era el desequilibrio que había entre las fuerzas bien armadas y entrenadas de los rebeldes, y las fuerzas milicianas de la República, armadas de forma escasa e improvisada y «faltas de formación, experiencia, disciplina y oficiales. Se desintegran bajo las balas». Fischer se lamentaba de haber visto el 25 de septiembre, dos días antes de que cayera Toledo, a milicianos

aterrorizados huyendo de los bombardeos aéreos alemanes sobre la ciudad. Su artículo, con fecha del 8 de octubre, apareció dos semanas más tarde[76]. A los dos días, Fischer coincidió con Cockburn y Koltsov al sur de Madrid.

Al ver a Fischer salir del coche y dirigirse hacia ellos, Koltsov se puso furioso, escupió en el suelo con desprecio y se negó a estrecharle la mano. Cuando el norteamericano preguntó qué había hecho de malo, Koltsov le dijo que acababa de recibir de Moscú el texto de su artículo. Fischer replicó enfadado que se había limitado a informar sobre los hechos: «¿De qué sirve fingir que nuestros milicianos no están desmoralizados y apabullados? ¿Quién me va a creer si vuelvo a repetir la historia de siempre?». Koltsov respondió con sarcasmo: «Los hechos son así, efectivamente. Es asombroso lo perspicaz y sincero que eres». La discusión fue subiendo de tono. «¡Qué duda cabe de que con tu reputación puedes sembrar la alarma y el desaliento! —añadió Koltsov—. Y eso es lo que has hecho, más daño que treinta diputados británicos a las órdenes de Franco. Y aún pretendes que te dé la mano». Cuando Fischer insistió en que los hechos eran los hechos y que los lectores tenían derecho a saber la verdad, Koltsov replicó: «Si fueses un poco más sincero, dirías que lo que te interesa en realidad es tu condenada reputación como periodista. Lo que temes es que, si no eres tú el que saca esto y va otro y lo cuenta, te hará parecer un mal periodista que no puede ver lo que tiene delante de las narices, y que probablemente trabaja para los republicanos. Por eso, como dicen los franceses, has desaprovechado la excelente ocasión que se te presentaba de cerrar el pico». El propio Cockburn coincidía con Koltsov en que el público no siempre tenía derecho a estar informado de la verdad. Cuando su mujer puso en duda este razonamiento, Cockburn le contestó enfadado: «¿Quién le ha otorgado tal derecho? Quizá cuando la gente haya hecho el esfuerzo suficiente para que sus malditos gobiernos cambien de política y los fascistas sean derrotados en España, tenga tal derecho. No se trata de hablar en abstracto. Estamos en una guerra de verdad»[77].

Pese a su arrebato contra Fischer, a Koltsov no le gustaba del todo tener que atenuar lo que escribía según las necesidades políticas del momento, como puede verse en lo que diría otro

corresponsal soviético, Ilia Ehrenburg, años después:

> Es el nombre más importante de la historia del periodismo soviético y se merece la fama que tiene. Sin embargo, aunque llevó el periodismo a un nivel muy alto y demostró a sus lectores que una crónica o un artículo podían ser una obra de arte, él no lo creía de verdad. Más de una vez me dijo con una ironía sardónica: «Otros escriben novelas. Pero ¿qué habré dejado yo cuando muera? Los artículos periodísticos son algo efímero. Ni siquiera son útiles para un historiador, porque en nuestros artículos no mostramos lo que de verdad está pasando en España, solo lo que debería pasar»[78].

Fueron muchos los que demostraron que era posible combinar un alto grado de profesionalidad con una fe apasionada en la República española. Tal fue el caso de Matthews, Fischer, Buckley, Forrest, Cox, Fernsworth y, quizá por encima de todos, Jay Allen. Como Buckley y Fernsworth, Allen llevaba mucho tiempo siguiendo los acontecimientos que tenían lugar en España, primero trabajando desde París en la década de 1920 y luego yéndose a vivir a España a principios de 1934. Allí entabló una sólida amistad con muchas de las figuras más prominentes del Partido Socialista. Su profundo interés en los problemas de la España rural estaba detrás de su comprensión y respeto por los intentos de la República de introducir la educación universal y la reforma agraria. Entre las muchas crónicas importantes que escribió antes y después del golpe militar de julio de 1936, Jay Allen fue el autor de tres de los artículos más relevantes y más citados que produjo la guerra, junto con los reportajes de Mario Neves sobre la masacre de Badajoz y la crónica de George Steer sobre el bombardeo de Guernica. Se trataba de una entrevista en exclusiva a Franco realizada en Tetuán el 27 de julio de 1936, un relato de las consecuencias de la captura de Badajoz por los nacionales y la última entrevista concedida por José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange, justo antes de ser ejecutado. Lo extraordinario de la entrevista con Franco era la afirmación del líder rebelde de que estaba dispuesto a llevar a cabo una matanza para conseguir sus fines[79]. Con su conmovedor relato sobre Badajoz, Jay Allen se ganó el desprecio de los periodistas de derechas de la prensa escrita y la radio de todo Estados Unidos[80].

Uno de los periodistas que proporcionó material difamatorio sobre Jay Allen, William P. Carney, fue uno de los pocos corresponsales defensores de la causa rebelde, que trabajó un tiempo en la zona republicana. Tras pasar en Madrid los primeros meses de la guerra escribiendo para el *New York Times*, había sido reasignado a Salamanca debido a ciertas desavenencias con las autoridades republicanas. En ambas zonas el corresponsal utilizó sus crónicas para beneficiar a los rebeldes y, como resultado de ello, sus compañeros le apodaron «general Bill». De Madrid se marchó primero a París, y desde allí envió al *New York Times* un artículo largo, y antirrepublicano hasta la médula, que fue publicado el 7 de diciembre de 1936 con los siguientes subtítulos: «Desaparece en España cualquier parecido con las formas democráticas de gobierno. 25 000 ejecutados por los radicales. Curas y monjas asesinados». Haciendo caso omiso de la necesidad de cierta forma de censura debido a las condiciones en las que se encontraba la capital asediada, Carney se mostraba escandalizado porque no le habían permitido publicar sus artículos prorrebeldes y afirmaba con falsedad que «cualquier persona que se dedique a la publicación de los acontecimientos está en peligro de ser arrestada como espía e incluso de ser ejecutada sumariamente antes de que pueda demostrar su inocencia». Entre otras dificultades, se quejaba de que un ataque aéreo rebelde hubiese destrozado su apartamento, lo que incrementó de alguna manera su resentimiento contra las autoridades republicanas. En el artículo también culpaba a la República de las muertes de civiles durante los bombardeos de los barrios residenciales de Madrid al citar el siguiente argumento de los rebeldes: «El gobierno se había hecho responsable de todo daño que pudieran sufrir los civiles porque había intentado defender lo que ellos calificaban de una ciudad abierta sin fortificar». En realidad, se quejaba sin ningún reparo de tener que caminar por las calles oscuras debido a las restricciones de iluminación a causa de los bombardeos, así como de tener que esperar su turno para enviar las crónicas por teléfono.

Hay muchos aspectos de sus artículos que, por razones obvias, no eran del gusto de las autoridades republicanas. Entre otras cosas, afirmó que los voluntarios internacionales que habían ido a ayudar

en la defensa de Madrid eran casi todos rusos y que, «durante un tiempo, Rusia estaba al mando de la situación en España en todo lo que tuviera que ver con la resistencia del gobierno de Madrid al movimiento insurgente del general Franco». También dijo que el embajador ruso, Marcel Rosenberg, había seleccionado a dedo el gobierno de Largo Caballero y que presidía él mismo los consejos de ministros. Se quejaba de que el personal del aparato de censura de la prensa extranjera incluyese a un ruso y a una socialista austríaca, en alusión a Ilsa Kulcsar. Hizo caso omiso del hecho de que era bastante difícil encontrar, en medio de una ciudad asediada, a personas capaces de leer tanto lenguas europeas occidentales como orientales. Con todo esto Carney pretendía generar antipatía hacia la República entre el público estadounidense. También describió con detalle cómo los rebeldes podían tomar la capital calle a calle. Estos datos probablemente pasaron desapercibidos para la gran mayoría de los lectores del *New York Times*, pero pudieron ser de utilidad para los rebeldes. Todavía más delicada era la información que daba sobre las defensas antiaéreas de la ciudad.

> Han colocado en los tejados de todos los ministerios y los edificios altos del centro de la ciudad ametralladoras y cañones antiaéreos que disparan proyectiles de medio kilo, tan inútiles como ridículos. Tal es el caso de la estructura de Bellas Artes en la calle Alcalá, la arteria principal de Madrid, y del palacio de la Prensa en la Gran Vía. En la plaza de Callao han montado baterías de cañones de 150 mm, justo enfrente del palacio de la Prensa, y en una de las esquinas del Retiro, el gigantesco parque público de la ciudad; cerca del Museo del Prado, el observatorio y el Ministerio de Obras Públicas.

Describía con viveza y exactitud las terribles condiciones de la ciudad hambrienta, sin luz ni calefacción, y con frecuencia sin refugio, pero, sin embargo, dejaba claro que este sufrimiento era fruto de la «feroz determinación, orquestada por el proletariado, de defender la ciudad hasta la muerte». Carney se refería en términos despectivos a la gran movilización del pueblo para defender la ciudad[81].

El artículo también incluía detalles de las actividades de los

pelotones de ejecución extrajudiciales que se habían formado por cuenta propia, aunque admitía que sus encuentros con los mismos siempre habían finalizado con una disculpa por parte de las autoridades. Dada la riqueza de la información que proporcionaba sobre la persecución de curas, monjas y derechistas, *Catholic Mind* reimprimió estos artículos tan inequívocamente pronacionalistas en forma de panfleto, con los subtítulos «España sin gobierno democrático», «La intervención de Rusia en la Guerra Civil española» y «Asesinato y antirreligión en España»[82].

Según Constancia de la Mora, que acabó al mando de la oficina de censura de la República, a Carney le habían dado todo tipo de facilidades para viajar por la zona republicana, «pese a que se sabía que tenía tendencias y amigos fascistas»[83]. En su artículo, Carney se había quejado de que «la censura que había en Madrid, tanto de la prensa española como de los corresponsales extranjeros, encajaba mucho más con las ideas soviéticas que con las costumbres de un régimen democrático. Todos los despachos transmitidos por teléfono y telégrafo tenían que pasar antes por el censor, cuyas objeciones eran de tal naturaleza que era necesaria una adhesión total a la política del gobierno o la eliminación de todo comentario crítico sobre la situación de Madrid». Carney parecía ignorar el hecho de que tales restricciones eran lo habitual en tiempos de guerra. El hecho de que el único «castigo» para los periodistas que se saltaban las reglas fuese la eliminación de la parte ofensiva del artículo, hacía insostenible su afirmación de que estas restricciones eran de estilo soviético. Cuando llegó a la zona nacionalista, donde las transgresiones de la censura solían acabar en amenazas de muerte, encarcelamiento o expulsión, el sistema le pareció ejemplar, lo que quizá se debiese al hecho de que sus crónicas eran tan obviamente favorables a la causa rebelde que Carney nunca tuvo problemas.

Los periodistas intentaban con frecuencia burlar la censura en ambas zonas, aunque las consecuencias si les descubrían eran mucho más graves en el lado rebelde. El truco más habitual, como apuntarían Edward Knoblaugh y Virginia Cowles, era la utilización de un argot incomprensible. Frederick Voigt, el corresponsal berlinés del *Guardian* de Manchester, intentó una treta distinta.

Llegó a Madrid en una visita relámpago a finales de abril de 1937, precedido por la leyenda de que la Gestapo había puesto precio a su cabeza. Como también se le consideraba un confidente del ministro de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, se encomendó a Gustav Regler para que le llevase de visita por todas las trincheras de las afueras de Madrid. Voigt dejó en evidencia sus prejuicios al expresar su sorpresa ante el hecho de que el Ejército republicano contase con algún tipo de organización[84]. Su antirrepublicanismo se hizo aún más evidente durante una conversación con Hemingway. La mañana después de la llegada de Voigt al hotel Florida, Hemingway le preguntó sobre sus impresiones iniciales. Sin duda bajo la influencia de lo que había leído en la Alemania nazi, Voigt le contestó: «El terror está muy presente. Hay pruebas de ello por todas partes. Aparecen miles de cadáveres». Cuando Hemingway le preguntó dónde los había visto, Voigt contestó que, aunque aún no había salido a la calle, los cuerpos estaban por todas partes.

Hemingway, al que Voigt ya le había causado recelos por la forma en que intentaba disimular su calvicie con largos mechones rubios arreglados con cuidado sobre la calva, le explicó con detalle que la República había hecho un gran esfuerzo por imponer el orden y que, aparte de las ejecuciones por espionaje, «hacía meses que Madrid estaba tan a salvo y protegida del terror como cualquier capital europea». Esto resultaba algo exagerado, aunque sin duda era cierto que se habían hecho grandes avances y que las calles no estaban llenas de cadáveres, como sugería Voigt. A Hemingway le entraron ganas de pegarle un puñetazo, pero se controló porque no quería corroborar la obsesión de Voigt con el terror y porque estaban en la habitación de Martha Gellhorn. Sin embargo, ese mismo día, Voigt entregó a Martha un sobre para que lo enviase desde Francia, pues sabía que estaba a punto de regresar a Estados Unidos junto con Ernest. Le dijo que el sobre contenía una copia carbón de un reportaje ya censurado sobre Teruel y que quería asegurarse de que llegase al *Guardian*. Cuando Martha se lo contó a Ernest, este insistió en que se lo llevasen a Arturo Barea, a la oficina de censura, donde se descubrió que el sobre contenía un artículo que denunciaba el «hecho» de que miles de cadáveres de las

víctimas del horror estaban apilados por las calles de Madrid. Hemingway comentó: «Dejaba como mentirosos a todos los corresponsales sinceros de Madrid. Y este tipo lo había escrito sin moverse de su hotel el primer día que había llegado. Lo más horrible del asunto es que la chica a la que se lo había confiado podría, según las normas bélicas, haber sido ejecutada por espía si lo hubiesen encontrado entre sus papeles al salir del país»[85]. Fueran cuales fuesen las «normas bélicas», hubo muy pocos casos de periodistas hostiles encarcelados, y mucho menos ejecutados, por la República.

Si bien el gobierno republicano debía ejercer algún tipo de control sobre los reportajes que se enviaban a los periódicos extranjeros, los corresponsales en la zona leal parecían tener bastante libertad de movimientos. El australiano Noel Monks, un católico devoto, se quedó muy afectado por lo que vio en Guernica, los muertos, los moribundos y los refugiados. Tiempo después escribiría:

> Aviones, bombas, balas, fuego. En veinticuatro horas Franco iba a tachar a aquella gente, hundidos en el horror y sin un lugar en el que guarecerse, de mentirosos ante el mundo entero. Los supuestos «expertos» británicos llegarían a Guernica meses después, cuando el olor a carne humana quemada había sido sustituido por el combustible esparcido aquí y allá entre las ruinas, y emitirían un juicio rimbombante: «Guernica fue incendiada por los rojos». Lo que me gustaría contestarles no se puede imprimir. A mí no me acompañó a Guernica ningún funcionario gubernamental. Anduve con libertad entre las ruinas y los supervivientes. Regresé en coche a Bilbao y tuve que despertar al telegrafista a las dos de la mañana para enviar mi mensaje. Se había levantado la censura. El hombre que envió mi crónica urgente no sabía inglés. Si los «rojos» hubieran destruido Guernica, yo, por ejemplo, podría haber destapado esa historia sin que se enterasen. ¡Y lo hubiese hecho de haber sido verdad[86]!

Guernica fue el tema de uno de los artículos periodísticos más importantes escritos durante la Guerra Civil española. Fue obra de George Lowther Steer, enviado especial del *Times* adjunto a las fuerzas republicanas en Bilbao durante la primavera de 1937. La

noche del 26 de abril estaba en la capital vizcaína con Noel Monks cuando llegaron noticias de que Guernica había sido bombardeada. Juntos fueron a la ciudad en llamas y hablaron largo y tendido con los supervivientes. El artículo de Steer, que fue publicado el 28 de abril en el *Times* y el *New York Times*, era objetivo y libre de todo sensacionalismo. Sin este, y sin los artículos de Noel Monks, Christopher Holme, de Reuters, y Mathieu Corman, del parisiense *Ce Soir*, la verdad probablemente hubiera quedado sepultada bajo el espeso manto de desinformación tejido por el jefe de prensa rebelde, Luis Bolín, y mantenido por el régimen de Franco durante los treinta y cinco años siguientes[87].

Pese a todos los esfuerzos de Arturo Barea, Ilsa Kulcsar y, más adelante, Constancia de la Mora y Rosario del Olmo, por facilitar la recopilación de información en la zona republicana, la vida de los corresponsales era muy dura y con frecuencia peligrosa. En la última semana de mayo de 1938, Vincent Sheean, del *New York Herald Tribune*, llegó desde Valencia a un famélico y hambriento Madrid cargado con una maleta llena de latas de sardinas, atún, jamón y mantequilla. En el hotel Victoria de la plaza del Ángel, al lado de la Puerta del Sol, se encontró con que solo se servía bacalao seco algo pasado y lentejas. El hotel era bombardeado con frecuencia, así que los demás residentes, como Willy Forrest, le instaron a hacer caso omiso del fuego de ametralladora que se oía desde su habitación. La situación era apenas tolerable para los que, como Sheean, estaban de paso como invitados célebres. Sin embargo, la sucesora de Arturo Barea como jefa de la oficina de prensa de la capital, Rosario del Olmo, pese a que Constancia de la Mora le había ofrecido trabajo en la oficina de Barcelona, se había negado a abandonar la ciudad porque Madrid era su casa. Sheean recuerda a Rosario «discreta, severa y rectilínea como una profesora de escuela con un montón de niños obstinados y difíciles, pero con un objetivo tan claro que ninguna dificultad podía afectar a su certeza interior». Le habían contado que en varias ocasiones se había desmayado por desnutrición. Geoffrey Brereton, que escribía para el *New Statesman and Nation*, rindió homenaje a los esfuerzos de Rosario para que los periodistas recibieran alimentos en el hotel Victoria, aunque fuese carne de caballo[88]. Para aquellos como

Rosario del Olmo que se quedaron en Madrid y vivieron el largo asedio de la ciudad, los efectos psicológicos de la experiencia serían duraderos. Barea nunca recuperó la salud y Lester Ziffren relató más adelante una experiencia común:

> Durante la guerra me había acostumbrado a la falta de comida, los bombardeos diarios, la ausencia de calefacción y agua caliente. El cuerpo se iba amoldando al deterioro de la situación. Pero después de llegar a Francia experimenté una reacción física muy fuerte. Veía a la gente vivir la vida con calma, comiendo con tranquilidad y tanto como querían, sin miedo a las bombas ni las balas. Cuando me preguntaban sobre España, me sentía abatido y acongojado. Empecé a tener pesadillas. Soñaba con cosas horribles. Me despertaba varias veces a lo largo de la noche con un sudor frío. Si conseguía dormir cuatro horas tenía suerte. Estas eran las secuelas de haber vivido un verdadero infierno en una ciudad que había sobrevivido días y noches como no ha tenido que soportar ninguna otra ciudad en la historia[89].

Probablemente, el último corresponsal en irse de Madrid fue O'Dowd
Gallagher, del *Daily Express*. Se trataba de un medio irlandés, medio sudafricano, dado a la bebida y siempre desaliñado y sin afeitar, que había demostrado que una total indiferencia hacia el aspecto personal no era un impedimento para atraer a montones de mujeres. Sobre esto Randolph Churchill se quejó en una ocasión a Geoffrey Cox: «¿Por qué un tipo tan mugriento como él, sin un duro, consigue conquistar a toda mujer que se propone y yo, que lo tengo todo, no me camelo a una sola?»[90]. Gallagher se tomó una copa de jerez con el general Miaja dos días antes de que los franquistas entrasen en Madrid. Se había quedado en la capital con la idea de escribir sobre la desesperada defensa de la ciudad. Al final acabó escribiendo sobre las escenas de júbilo de los derechistas de la ciudad cuando la Quinta Columna salió a las calles. Esa mañana, le despertaron los gritos de «¡Franco! ¡Franco!», que provenían de la calle donde estaba su apartamento. Tras vestirse a toda prisa, se lanzó por las calles abarrotadas de camino a la oficina de la prensa. Se la encontró casi desierta, con un solo censor, una mujer, quizá la misma Rosario, que aprobó sus primeros boletines.

Al mediodía, la mujer también había huido y Gallagher puso en sus crónicas el sello oficial y falsificó su firma[91]. Mientras un torrente de refugiados republicanos abandonaba la capital hacia la costa mediterránea, Gallagher envió una crónica sobre las escenas de júbilo que empezaba con las siguientes palabras: «Madrid, tras dos años y medio de asedio, se ha rendido, y esta noche ha quedado bajo el control total del general Franco»[92]. Poco después, le apresaron unos oficiales de prensa nacionales que le dijeron que tenía suerte de que no le ejecutasen y le expulsaron de España[93]. De esta forma decepcionante y triste se puso fin al esfuerzo colectivo de los periodistas extranjeros que habían compartido las vicisitudes de la ciudad asediada.

2

La generación perdida se fragmenta: Hemingway, Dos Passos y la desaparición de José Robles

«Amanece: me despierto temprano de repente al oír dos fuertes ruidos sordos. Empieza el bombardeo, seguido de inmediato por un estrépito: casas desplomándose de golpe con la fuerza de un muro de agua, voces en el vestíbulo, puertas que se abren, voces hablando a gritos, más voces mientras el bombardeo prosigue». Josie Herbst estaba aterrorizada, le temblaban las manos mientras trataba de encontrar su ropa. Se dio por vencida, se cubrió con una bata y salió al pasillo en el que, en medio de la oscuridad, se arremolinaban otros huéspedes. Todavía estaba medio oscuro y los parranderos del hotel Florida habían dormido poco cuando, a las seis de la mañana del jueves 22 de abril de 1937, les despertó un bombardeo de artillería. Solo unas pocas horas antes había terminado su habitual jarana nocturna por una malhumorada queja de Antoine de Saint-Exupéry, el corresponsal del diario *L'Intransigeant* de París. Según Tom Delmer, «a medida que la gente fue saliendo de sus habitaciones para buscar protección en el sótano, fueron quedando al descubierto toda clase de relaciones, entre ellas la de Ernest [Hemingway] con Martha [Gellhorn]». Martha iba «en pijama, despeinada, con un abrigo encima» e intentando poner buena cara a las malas circunstancias. Josie la vio con Virginia

Cowles «yendo al cuarto trasero del rincón entre carcajadas pícaras».

Saliendo de las habitaciones de los corresponsales y los brigadistas internacionales se escabullían decenas de prostitutas «chillando con voces estridentes como pájaros», según escribió Martha en su diario. Despierto por el ruido, John Dos Passos decidió afeitarse primero porque «un hombre se siente seguro afeitándose, olisqueando el leve y acostumbrado aroma del jabón de afeitar habitual». Salió con su albornoz de cuadros y vio aparecer a hombres y mujeres «en diferentes estadios de desnudez» arrastrando maletas y colchones hacia los cuartos traseros. Uno de los camareros del restaurante salía de una habitación tras otra con el brazo en torno a «una joven distinta que se reía nerviosamente o gimoteaba. Gran exhibición de despeinados y lencería». Bastante ofendida porque nadie reparara en ella, una Josie con muy poco estilo regresó a su habitación y se vistió cuidadosamente empezando por unos calcetines rojos. Cuando reapareció, Ernest Hemingway le preguntó cómo estaba. Al descubrir que casi se había quedado sin voz, dijo solo «bien» en un tono ligero, aunque se dijo para sí: «Pero no vine aquí a morir como una rata en una ratonera». «Las bombas parecen arremeter directamente contra la habitación. Parece que están arrancando la fachada del hotel. En cualquier momento se espera un alarido terrible y ver caer piedras y yeso».

Pese al caos, los huéspedes ofrecieron una demostración de serenidad mientras duró el bombardeo. Hemingway se mostraba «fanfarrón y jovial». Dos Passos volvió a meterse en la cama durante una hora y luego apareció completamente vestido, «muy sereno y descansado»; Saint-Exupéry («aparece un caballero francés con un pijama azul») se plantó en lo alto de las escaleras con una cesta de pomelos y hacía una reverencia a todas las mujeres que pasaban mientras preguntaba: «Voulez vous une pamplemousse, Madame?». Finalmente, la acción combinada del torero ayudante de Hemingway, Sidney Franklin, Claud Cockburn y Josie Herbst consiguió poner en marcha el café. El bombardeo continuaba sin cesar y las explosiones del exterior sonaban como si se produjeran en el interior del hotel: «Grandes obuses alemanes de seis pulgadas destrozaban literalmente la calle, arrancaban el pavimento». El

apunte garabateado y desordenado del diario de Josie recogía las tentativas de los corresponsales de implantar algún tipo de normalidad en medio de lo que parecía su destrucción inminente:

> El francés de los pomelos reapareció vestido de traje pero con más pomelos, apremiando sin cesar a las más adormiladas y aturdidas huéspedes, por lo general bien educadas, a que se movilizaran. Coburn [*sic*.], Klein, el francés, Dos y yo tomamos café en la habitación de Coburn [*sic*.]. Preparativos: 2 tostadas compartidas con los bordes quemados, el pan desmigado se resiste y el café bebido se agradece. Bombardeo pam, pam. Vamos a habitación de H. Las chicas se han ido. Las chicas [profesionales] se aglomeran en los vestíbulos. Cuando el bombardeo amaina, parece que 60 putas salen de una habitación. Más café en la habitación de Hem y después otra tanda más[1].

Cuando terminó el bombardeo, uno tras otro, Hemingway, Willie Forrest, Dos Passos, Josie Herbst y los demás corresponsales, salieron a merodear para ver los daños de la plaza de Callao. En ese momento, el sol abrasaba y ya había obreros arreglando el pavimento. Josie regresó al hotel y vio que casi había vuelto a la normalidad, aunque parecía lúgubre bajo la deslumbrante luz del exterior y tenía una gruesa capa de polvo gris sobre todo el mobiliario. Tras mantener bajo control sus emociones durante la espeluznante experiencia matutina, todo el mundo estaba ahora susceptible y en vilo. Hemingway hablaba con Cockburn pero, al ver a Josie, le preguntó por qué rezongaba tanto. Ella contestó que estaba cansada y que no le apetecía seguir jugando a ser exploradora. Aquello dio pie a que Hemingway la invitara a su habitación para tomar una copa. Mientras estaban por allí alguien irrumpió de forma espectacular, según recordaba Josie casi de pasada cuando escribió en su diario aquella noche: «Entra Dos. Se ha enterado: Robles ejecutado. Quiere investigar. Discute con Hem. los riesgos de que Dos investigue. R. mala persona sometida a juicio justo; revela secretos militares»[2].

Las dos líneas de este críptico apunte del diario contienen el esqueleto de una historia sobre la que correrían ríos de tinta durante los setenta años posteriores. En dicha historia participaban John Dos Passos, Ernest Hemingway, Martha Gellhorn y Josephine

Herbst, todos ellos estrellas de diferente relevancia en el firmamento literario estadounidense. Con sus muchos cabos sueltos, lo ocurrido acabaría por considerarse la última gota, cuando no el elemento clave, de la ruptura de una de las amistades literarias más famosas de Estados Unidos, la de Hemingway y Dos Passos. Más recientemente, ha sido aceptada y esgrimida como «prueba» de que la República española, de la que los cuatro fueron entusiastas incondicionales, se había convertido sencillamente en un reducto del estalinismo más brutal[3]. Sin embargo, a pesar de todo esto, en el corazón de esta historia había un personaje central cuyo papel continúa siendo un enigma: Robles, el hombre de cuya muerte acababa de ser informado Dos Passos.

José Robles Pazos era el traductor de las novelas de John Dos Passos al español. El joven escritor estadounidense había conocido a este español alto y moreno de diecinueve años la mañana de un domingo de 1916 en un tren que iba de Madrid a Toledo, y juntos visitaron los tesoros artísticos de la ciudad. Dos Passos quedó embelesado por la visión cínica que Robles tenía de la vida y le admiraba porque era «un hombre con una mentalidad poderosa, escéptica e inquisitiva». Se hicieron muy buenos amigos. Robles se estableció más adelante en Estados Unidos y enseñó literatura española en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore. En 1936, como hacía todos los años, llevó a su familia a pasar el verano a España[4]. Aunque Robles procedía de una familia monárquica reaccionaria, cuando estalló la Guerra Civil decidió quedarse y trabajar para la República. La mayoría de los comentaristas del caso siguen a John Dos Passos cuando afirma que, dado que Robles sabía ruso, fue reclutado como intérprete del general Vladimir Gorev, agregado militar soviético y responsable en el país del GRU (siglas del Glavnoe
Razvedyvate'lnoe
Upravlenie, el Servicio de Inteligencia Militar Soviético), que llegó a Madrid a finales de agosto de 1936. A Robles se le otorgó el rango de teniente coronel y una considerable responsabilidad en el seno del Ministerio de la Guerra[5]. Louis Fischer, que gozaba de acceso a los más altos niveles tanto del ministerio como de los rusos destinados allí, se refería a Robles como el «asesor» de Gorev. Creía

que «Gorev confiaba en él. Robles tenía un rostro sincero y delicado, una cara amable, y parecía el típico idealista desinteresado». También recordaba que cuando el agregado militar estadounidense, el coronel Stephen O. Fuqua, llegó al ministerio para obtener información actualizada sobre la situación militar, «Gorev ordenó a Robles que le atendiera»[6].

El hecho de que a Robles le asignaran un puesto tan delicado como el de intérprete del jefe en España de la inteligencia militar soviética y le otorgaran un rango tan elevado, resulta extremadamente desconcertante y sin duda significativo. Al fin y al cabo, el grupito inicial de rusos de alto rango había llegado acompañado de unos veinticinco intérpretes absolutamente leales, y seguramente no tenía por qué reclutar intérpretes en el país. En el transcurso de la guerra fueron enviados a España más de doscientos intérpretes rusos. Por lo general, no eran ni suficientes en número ni, en algunos casos, hablaban español con la suficiente fluidez. Sin embargo, Moscú insistía con intransigencia en que solo se permitiera trabajar como intérpretes a los nacidos en la URSS o a los comunistas extranjeros leales formados en dicho país, especialmente en el caso de los asesores de más alto nivel. Como esto significaba excluir del grupo de potenciales intérpretes a prácticamente todos los españoles, el hecho de que Robles fuera designado intérprete del comisario jefe de la GRU era, cuando menos, bastante poco probable. Gorev disponía de todos los intérpretes que necesitaba dentro de la plantilla del GRU. Al principio ocupó el puesto Paulina Abramson y después Emma Wolf, que era una capitana del GRU[7]. Fuera lo que fuese lo que Robles hacía para los rusos, casi con total seguridad no era ejercer de intérprete.

Según su amigo íntimo, el novelista Francisco Ayala, en la época en que fue detenido, Robles sí que trabajaba como traductor en el departamento de mensajes cifrados de la Embajada de Rusia[8]. Si ya tiene poco sentido que los rusos situaran en un cargo tan delicado y de tanta responsabilidad como el de intérprete del comisario jefe de la GRU a alguien que en teoría era solo un académico prorrepublicano procedente de una universidad estadounidense, tiene aún menos sentido que se otorgara a una

persona así acceso a los libros de claves soviéticos. ¿Por qué iban a ofrecerle alguno de esos dos puestos a un hombre como Robles, que al parecer había aprendido ruso para poder leer novelas del siglo XIX en su lengua original pero no había vivido jamás en Rusia y ni siquiera había estado allí de visita? Podría darse el caso, como sugiere Fischer, de que Robles fuera valioso por tratarse de un individuo muy presentable que hablaba un inglés excelente[9]. Sin embargo, dejando al margen el detalle de que Gorev también hablaba inglés, la posible utilidad de Robles como anglófono no resuelve la cuestión de su «fiabilidad» política para los rusos. Y menos aún resuelve el todavía más misterioso asunto de su rango. Muchos comunistas absolutamente leales que sobresalieron en el campo de batalla tuvieron que esperar meses antes de ser ascendidos. Para que Robles se encontrara en semejante situación, era necesario que contara con muchas más credenciales comunistas de lo que hasta el momento se le suponían. Lo que es mucho más probable es que Robles fuera un oficial de enlace entre el general Miaja, el ministro republicano de la Guerra, y Gorev (en su calidad de agregado militar soviético). Así opinaba el agregado militar estadounidense, el coronel Stephen Fuqua, quien describió a Robles como «un socialista muy ardiente con inclinaciones comunistas»[10]. Eso, como es lógico, le habría dado acceso a un material extremadamente delicado. De hecho, dado que la situación internacional obligaba a la República a restar importancia a su dependencia de la ayuda soviética, todo conocimiento de las actividades rusas era delicado.

Otro misterio acerca de José Robles era su relación con su hermano menor. El joven capitán Ramón Robles Pazos, de treinta y siete años, era un oficial del Ejército conservador, incluso reaccionario, que había forjado su carrera en el brutal Ejército de África colonial. En 1936, formaba parte del personal docente de la Academia de Infantería alojada en el Alcázar de Toledo[11]. Al estallar la guerra se encontraba en Madrid, y el 21 de julio trató de unirse a sus camaradas, que habían secundado la rebelión y se habían atrincherado en el alcázar. Fue detenido en Getafe, al sur de la capital, y llevado a una checa del paseo de las Delicias de Madrid. Tras permanecer detenido únicamente unas horas, le

pusieron en libertad con la orden de presentarse en el Ministerio de la Guerra. El hecho de que no hubiera permanecido encarcelado o no hubiera sido fusilado era algo extremadamente inusual, a menos que su rápida liberación se debiera a la intervención de su hermano José. Si fue así, ello indicaría, o bien que José ya gozaba de una extraordinaria influencia en los primeros días de la guerra, o bien que convenció de algún modo a los captores de Ramón de que él podría convertirlo a la causa republicana. A continuación, Ramón sobrevivió tres meses en Madrid pese a que continuaba negándose a servir a la República. Esto vuelve a indicar el ejercicio de una influencia considerable por parte de alguien, es de suponer que de José.

Sin embargo, un inevitable efecto colateral fue el aumento de ciertas sospechas en torno a José Robles por proteger a un traidor declarado. Ramón volvió a ser detenido el 16 de octubre de 1936 acusado de negarse a prestar servicio militar para la República y fue encarcelado en la cárcel Modelo. Permaneció allí durante la evacuación y posterior matanza de presos derechistas del 7 de noviembre. Las víctimas principales de aquella operación fueron oficiales del Ejército que querían unirse a los rebeldes, cuya conquista de Madrid se suponía inminente. Pero Ramón quedó indemne. Esta curiosa historia solo puede explicarse atendiendo al tipo de influencia que podría ejercer alguien con poder en el Ministerio de la Guerra, alguien como José Robles. El 17 de noviembre trasladaron a Ramón a la prisión próxima a la plaza de toros de Las Ventas, donde permaneció hasta su juicio, el 26 de enero de 1937, por «desafección al régimen». Como, según parece, se retractó de su negativa a servir en las fuerzas republicanas, fue puesto en «libertad provisional».

Era inevitable que la venturosa existencia de Ramón Robles levantara sospechas de que su hermano José estaba en contacto con la Quinta Columna franquista. Los rusos veían la calamitosa situación de la República con cierta paranoia, impresionados por el grado de desorganización e incluso traición en las más altas esferas del Ejército y la administración. Dadas las continuas acciones de sabotaje de los quintacolumnistas rebeldes en Madrid, era un asunto al que ellos y los incipientes servicios de seguridad de la propia

República eran enormemente sensibles. En consecuencia, aunque las sospechas fueran falsas, al proteger a su hermano, José Robles ponía su propia vida en peligro. El más leve indicio de que jugaba a dos bandas habría bastado para que el NKVD (Comisariado Popular de Asuntos Internos) le eliminara, y eso explicaría sin duda su detención en diciembre[12]. A Dos Passos le dirían posteriormente que Robles murió a manos de una «sección especial». Esta podría haber sido una unidad conocida como «Brigada Especial», que se había creado en España con la colaboración del departamento del NKVD llamado Administración de Operaciones Especiales. Uno de sus principales agentes era el lituano hispanohablante de veintitrés años Iosif Romualdovich Grigulevich, que más tarde participaría en los primeros intentos de asesinar a Trotsky. Una de las actividades de la Brigada Especial era erradicar la Quinta Columna[13].

De hecho, José llevaba un mes en prisión cuando Ramón consiguió que le liberaran retirando su oposición a servir a la República. Sin embargo, lejos de unirse al Ejército Popular como había jurado hacer, el 28 de enero de 1937 Ramón se refugió en la Embajada de Chile hasta que, tres semanas después, consiguió trasladarse a la Embajada de Francia, en la que permaneció hasta enero de 1938. Luego, con la ayuda de las autoridades francesas, logró ser evacuado a Francia. La deserción de Ramón no debió de ayudar mucho en el caso de José y es fácil que incrementara las sospechas sobre la naturaleza de los contactos entre ambos hermanos. En el mejor de los casos, tal vez a Ramón solo le impulsara el deseo de llegar por fin a la zona rebelde. En el peor, sin embargo, puede que se viera obligado a esconderse en las embajadas chilena y francesa por miedo a que, si interrogaban a José, este revelara la verdadera naturaleza de dichos contactos. Ciertamente, no hay nada en la carrera posterior de Ramón que haga pensar que sus conversaciones con José giraban en torno a la ayuda a la República. Tras algunas aventuras extremadamente complicadas, llegó a la zona rebelde, procedente de Francia, en mayo de 1938. Una vez realizada la investigación habitual sobre sus actividades en zona republicana, fue incorporado a las fuerzas nacionalistas con el rango de comandante, un ascenso con efecto retroactivo desde el 10 de diciembre de 1936. Dado que había

servido en África, se le entregó el mando de una unidad de mercenarios marroquíes (Fuerzas Regulares Indígenas). Otras investigaciones posteriores de su función en el seno de la República arrojaron informes favorables de los quintacolumnistas acerca de su compromiso absoluto con la causa rebelde («Manifiestan conocer al mismo, constándoles que es persona de ideas completamente afectas al Movimiento Nacional»). Se le ascendió a teniente coronel y fue condecorado en varias ocasiones. En 1942 combatió en Rusia como voluntario de la División Azul, las fuerzas enviadas por Franco para ayudar a Hitler. A partir de entonces, gozó de una carrera militar destacada y fue ascendido a general de brigada en 1952 y a general en 1957, y al más alto rango del Ejército español, el de teniente general, en 1961[14].

El hecho de que José Robles hubiera podido tener algo que ocultar acerca de sus vínculos con su hermano puede inferirse a partir de dos cartas que escribió en el otoño de 1936. Dichas cartas, dirigidas a su amigo y jefe del departamento de la Universidad Johns Hopkins, el doctor Henry Carrington Lancaster, hacen pensar que su lealtad a la República no era toda la que Dos Passos y otros comentaristas posteriores han dado por supuesto. Ambas estaban escritas en francés, lo cual puede no ser relevante, dado que la especialidad de Lancaster era el francés. Pero, por otra parte, resulta extraño, dado que Lancaster era estadounidense y Robles hablaba inglés con absoluta fluidez. Por consiguiente, es posible que con el mero hecho de escribir a Lancaster en francés Robles estuviera enviándole algún mensaje convenido con anterioridad. Ambas cartas fueron enviadas desde el cuartel general ruso en el hotel Palace.

En la primera, sin fecha pero con matasellos del 20 de octubre de 1936, Robles dejaba bastante claro que quería marcharse.

> Lo único que me hace falta en este momento es una carta tuya, escrita en papel con membrete, diciendo que necesitas que vuelva tan pronto como sea posible. No necesito dinero, pero sería prudente depositar mi cheque en el National City Bank de Nueva York. Tiene una sucursal aquí. Creo que podría suceder cualquier cosa. Mi esposa ya no está aquí y es posible que en determinado momento yo tenga que marcharme. Esa es la razón por la que me gustaría poder

> disponer de algo de dinero. Hasta pronto. ¡¡Tendré tantas cosas que contarte!!

La segunda, también sin fecha y de la que no nos ha quedado el sobre, manifestaba con más rotundidad aún los deseos de Robles de marcharse:

> Ojalá fuera yo el que llegara en lugar de esta carta, pero por el momento no hay salida. En todo caso, no creas las exageraciones de la propaganda fascista. Aquí estamos bien y las cosas se arreglarán. Espero que mi caso se resuelva dentro de unos cuantos días. Te escribiré pronto, pero probablemente no desde Madrid. Gracias por tu preocupación, pero no tengo problemas económicos. No necesitamos el cheque. Más adelante te diré adónde enviarlo. Pese a la situación, ocupo el tiempo con las fichas del M. L. N. [Modern Language Notes]. Te las daré[15].

Sin la fecha de la segunda carta es imposible saber si fue escrita antes o después de su detención. La insinuación de que su siguiente carta no provendría de Madrid indica que la carta debió de ser escrita a finales de octubre o principios de noviembre, justo antes de la evacuación del gobierno a Valencia. En ese caso, la expresión «que mi caso se resuelva» significaría que Robles esperaba autorización para dejar el Ministerio de la Guerra y el servicio a los rusos. En el improbable caso de que la carta fuera escrita en una fecha posterior a su detención, la expresión se referiría a su arresto e implicaría que no creía que corriera verdadero riesgo, sino que era víctima de un simple malentendido que sería capaz de esclarecer. Sin embargo, es mucho más probable que fuera escrita antes, dado que fue enviada desde el hotel Palace y que todavía estaba en situación de poder ocuparse preparando el material para una publicación académica.

Cuando el gobierno se trasladó a Valencia, Gorev permaneció en Madrid durante todo el asedio, pero Robles formó parte del personal evacuado y no tardó en convertirse en miembro asiduo de la tertulia del famoso café Salón Ideal. Un día de principios de diciembre, le dijo al agregado militar estadounidense, el coronel Stephen Fuqua, que «tenía que marcharse de Madrid porque lo perseguía algún ignorante que lo había denunciado». Es poco

probable que así fuera, y más bien parece que el propio Robles se estaba preparando el terreno ante una posible denuncia. Otro asiduo del Salón Ideal era el novelista Francisco Ayala. «Cierto día» (Ayala no menciona la fecha en sus memorias), Robles no apareció después de comer, como solía hacer. Aquella misma noche muchos vieron ir frenéticamente de un café a otro, preguntando si alguien había visto a su marido, a la mujer de Robles, una mujer menuda y morena llamada Márgara Fernández de Villegas, acompañada por sus dos hijos. Según parece, un grupo de hombres de paisano lo había detenido la noche anterior en su propia casa. Se cree que les acompañó sin replicar. En la Embajada soviética le dijeron a Márgara que nadie sabía nada. Sin embargo, muy pronto descubrió que le habían acusado de traición y le habían llevado a la cárcel de Extranjeros que se encontraba a orillas del río Turia. Allí consiguió visitarle en dos ocasiones y le dijo a la hija de ambos que se paseara por la acera de la calle para que él pudiera verla. El propio Robles le dijo que no se preocupara, que se había producido un malentendido y que pronto se aclararían las cosas[16].

Las visitas debieron de producirse después del 6 de enero de 1937, puesto que aquel día el hijo de Robles, Francisco (Coco), escribió a Henry Lancaster, amigo de su padre y jefe del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad Johns Hopkins:

> A causa de un malentendido y quizá por sentimientos personales de individuos con los que trabajaba, mi padre, José Robles, ha sufrido un contratiempo muy desagradable. En su momento trabajó en el Ministerio de la Guerra y, más recientemente, en la Junta de Defensa de Madrid. Debido a los planes de determinadas personas se vio obligado a venir a Valencia, donde se puso a trabajar para la Embajada soviética. Allí fue detenido siguiendo órdenes procedentes de Madrid. Nadie, ni siquiera el ministro de Gobernación o la Embajada soviética, ha sido capaz de encontrar una razón concreta para su ridícula detención. Ya lleva detenido casi un mes.

Esto situaría la fecha de la detención un par de días antes o después del 9 de diciembre. Como la familia se estaba quedando sin dinero, a continuación Coco solicitaba ayuda económica de la

universidad y añadía que le enviaran lo que pudieran de forma que fuera innecesaria la firma de José Robles: «Está incomunicado. No hemos podido entrar en contacto con él de ningún modo»[17].

En Valencia corrían todo tipo de rumores sobre la desaparición de Robles. Algunos decían que había sido detenido acusado de espionaje y fusilado en la Embajada soviética. De todas las razones aducidas sobre su misteriosa muerte, a la que más crédito se otorgaba era a la de que, en una conversación de café, había dejado escapar algún dato militar reservado que solo habría podido saber a través de su acceso privilegiado a telegramas en clave. Eso es lo que creía Ayala, y Louis Fischer también oyó esos mismos rumores. De hecho, la singular combinación de acceso a la jerarquía rusa en España y a los más altos cargos del gobierno español por parte de Fischer confieren cierta credibilidad a sus comentarios sobre el caso, redactados después de que rompiera todos sus vínculos con el comunismo. Fischer escribió:

> No fue fusilado por el gobierno, y ni siquiera sé si fue fusilado, pero desapareció por aquella época sin dejar rastro. La gente afirmaba que lo habían sacado clandestinamente de España contra su voluntad para llevarlo en barco a Rusia. Los rumores decían que había hablado demasiado y que había revelado secretos militares en algún café de Madrid. Si aquello hubiera quedado demostrado, podría haber supuesto su devolución al gobierno español para ser juzgado, pero no hubiera bastado para «darle el paseo»[18].

Louis Fischer no tenía por costumbre reproducir rumores simplemente para rellenar páginas. Hacía gala de una estricta ética periodística, además de contactos muy importantes. Dichos contactos le hablaban sin inhibiciones porque confiaban en que jamás revelaría más de aquello con lo que ellos se encontraran cómodos. Por tanto, este pasaje adquiere considerable relevancia. Su aseveración de que el gobierno español no estaba implicado tiene cierto peso. Era amigo íntimo de varios ministros, entre ellos Julio Álvarez del Vayo, que en aquel momento era ministro de Estado y comisario jefe para la Guerra. Si coincidimos con Fischer en que el gobierno republicano quedaba descartado como sospechoso, la indicación de que Robles fue asesinado por los rusos

es doblemente significativa. Unida a la sospecha de que, para alcanzar la posición que ocupaba, Robles necesitó estrechos contactos con los servicios de seguridad rusos, podría explicar bastante bien por qué, en esta etapa relativamente temprana de la guerra, no tuvieron ningún reparo en eliminarlo. Dicho de otro modo, le consideraban uno de los suyos y no un mero empleado español. Las preguntas sobre Robles planteadas por el autor a un hasta entonces amable miembro del equipo de Gorev de aquella época, que era intérprete del GRU durante la Guerra Civil y que estaba al tanto del caso, toparon con una brusca negativa a realizar declaraciones.

Lo que acabaría por dar notoriedad al caso Robles fue el interés que se tomó en él John Dos Passos. Dos Passos llegó a España el 8 de abril de 1937, en un viaje que posteriormente describió como «típico de la confusión de los liberales estadounidenses bienintencionados que tratan de ser útiles para el mundo». Desde el estallido de la guerra había trabajado con «varios amigos» para hallar formas de persuadir a la administración Roosevelt de que levantara el embargo con el que impedía a la República española comprar armas. Habiéndose decidido que un documental sobre la Guerra Civil contribuiría a que la opinión pública respaldara la campaña, ahora iba camino de Madrid, donde pretendía encontrarse con Ernest Hemingway y el director holandés Joris Ivens para rodar la película *Tierra de España*. Dos Passos pretendía que Pepe Robles fuera su primera escala: «Sabía que, con sus conocimientos y su buen gusto, sería el hombre más útil que había en España para los fines de nuestro documental». Al llegar a Valencia se dirigió a la oficina de prensa de la calle Campaneros. En la esquina de una calle cercana, el periodista estadounidense Griffin Barry le presentó a Dos Passos a Kate Mangan, quien le recordaba como «amarillo, pequeño y con gafas»[19].

Según recordaría Dos Passos mucho después, cuando llegó a la oficina de prensa y empezó a preguntar por Robles, «los rostros adoptaban una extraña expresión de apuro. Tras el apuro había miedo. Nadie me dijo dónde podía encontrarle. Cuando por fin hallé a su esposa, me lo contó. Lo había detenido una u otra sección secreta y le retenían en espera de juicio». Márgara le pidió que

tratara de averiguar lo que le había sucedido a su marido utilizando su influencia como novelista de fama internacional identificado con la causa de la República. Empezó a hacer preguntas en un esfuerzo por descubrir de qué había sido acusado Robles. Si hubiera sido la Brigada Especial de Grigulevich la que había detenido a Robles o alguna otra sección de la policía secreta, ya fuera rusa o española, ninguno de los funcionarios a los que visitó lo habría sabido. Sin embargo, Dos Passos consideraba que su ignorancia era solo fingida y, por tanto, profundamente siniestra: «Otra vez la decepción, la mirada de miedo, el temor por sus vidas en los rostros de los funcionarios republicanos». Tratando de valerse de una historia con la que engatusarle, «la impresión general que los superiores de Valencia trataron de ofrecer era que, si Robles estaba muerto, había sido debido al secuestro y fusilamiento por anarquistas “incontrolados”»[20].

No mucho después de la detención de Robles, en algún momento de enero, su familia había sido desalojada de su apartamento, algo que parecía lejos de ser una coincidencia. En una Valencia atestada de gente, Robles disponía de un piso decente únicamente debido a su rango militar y a su cargo en el Ministerio de la Guerra. Para pagar el alquiler del sórdido apartamento al que tuvieron que mudarse, Coco Robles había conseguido empleo en la oficina de prensa. Márgara le dijo a Dos Passos que la última vez que había visto a su marido había sido «en manos de un grupo comunista de la policía secreta de Valencia» a finales de enero de 1937[21]. A continuación, Robles fue trasladado desde la cárcel a orillas del Turia a Madrid, donde presumiblemente fue ejecutado. El 9 de abril, al día siguiente de que Dos Passos llegara a Valencia, a Coco le dijeron que su padre estaba muerto. Su informante era su jefe inmediato en la oficina de prensa y propaganda, Liston Oak, el responsable del boletín diario de noticias en lengua inglesa. Oak, sombrío y obsesivo, era miembro del Partido Comunista estadounidense, pero estaba desarrollando cierta simpatía hacia el antiestalinista POUM[22]. Quienes trabajaban con Coco en la oficina de prensa quedaron horrorizados por las noticias sobre su padre. En aquella época, quien más expresó su indignación fue la categórica estadounidense Milly Bennett. Una colega inglesa, Kate Mangan,

intentó explicar posteriormente en sus memorias qué le había sucedido a Robles: «Se había visto “implicado” en un tema de máximo secreto. Lo que le sucedió nunca dejó de ser un misterio, era inexplicable, pero se filtró pese a los esfuerzos por acallarlo realizados por parte de nuestros amigos comunistas»[23].

Por irónico que resulte, uno de «nuestros amigos comunistas» que no solo no acalló el asunto, sino que fue decisivo a la hora de darle notoriedad, fue aquel compungido manojo de nervios y contradicciones políticas: Liston Oak. Su papel en el caso Robles y el posterior distanciamiento entre Dos Passos y Hemingway fue considerable. Procedía en primera instancia de su contacto con Coco Robles y, por lo tanto, con Dos Passos. Cuando Dos Passos fue a la oficina de prensa el 9 de abril y Coco Robles le contó lo que había dicho Oak sobre la muerte de su padre, ambos decidieron creer que se trataba de un mero rumor. De hecho, Coco, su hermana y su madre seguirían creyendo durante bastante tiempo que José Robles estaba vivo. El 20 de abril Coco escribió a Henry Lancaster para informarle: «De mi padre no hay noticias concluyentes. Hay quien dice incluso que está en libertad y en uno de los frentes de Madrid. No me inclino a creerlo. Todo este asunto sigue envuelto en un gran misterio. No sabemos qué pensar ni qué es lo próximo que tenemos que esperar». Luego, a finales de abril o principios de mayo, Maurice Coindreau se enteró por Márgara de que «durante más de un mes no ha tenido noticias de su marido, de quien ella cree que todavía está en Madrid, aunque no puede comprender por qué no se comunica con ella». Coindreau era el padrino de la hija de Robles, Margarita (Miggie), y el traductor al francés de Dos Passos. Nada menos que el 17 de julio Coco escribió al doctor Lancaster diciendo que todavía seguían sin noticias de su padre[24].

Entretanto, el 9 de abril, Dos Passos quedó profundamente afectado al encontrar a Márgara exhausta, con el rostro demacrado y viviendo en un bloque de pisos sórdido y mugriento, y al escuchar su desesperada petición de que tratara de averiguar qué le había sucedido a José. En su calidad de visitante extranjero distinguido, Dos Passos se alojaba en el hotel Colón, que había sido rebautizado como «Casa de Cultura» y se reservaba para los intelectuales, artistas y escritores desplazados o de visita. En el lugar se le conocía

como «Casa de los Sabios», aunque Kate Mangan la consideraba «una especie de zoo para intelectuales»[25]. Ya de regreso en Estados Unidos, Dos Passos escribió que volvió a su habitación y dio vueltas a lo que le había contado Márgara.

> Es noche serena en la Casa de los Sabios. Tumbado en la cama es difícil no pensar en lo que uno había oído durante el día acerca de unas vidas atrapadas en un enredo, de unos prisioneros hacinados en habitaciones viciadas a la espera de ser interrogados, de una mujer con hijos apenas capaz de pagar por un piso barato y sin ventilación mientras espera a su marido. Le han dicho que no es nada, que solo se lo llevaron para interrogarle, que deben esclarecerse ciertos asuntos, que es tiempo de guerra, que no hay por qué alarmarse. Pero han pasado los días, los meses, y ninguna noticia. La cola en la comisaría, las llamadas a amigos influyentes, el terror que paulatinamente va rompiendo en pedazos a la mujer.

A continuación imaginaba lo que le había sucedido a su amigo:

> Y el hombre que camina resuelto para ser juzgado en un consejo de guerra por su propio bando. El tono coloquial del procedimiento. Una broma o una sonrisa que vuelve a permitir que la sangre fluya por las venas con facilidad, pero el paulatino y gélido reconocimiento del centenar de modos en que un hombre puede ser culpable, el comentario que dejaste caer en un café y que alguien anotó, la carta que escribiste el año pasado, la frase que garabateaste en un bloc de notas, el hecho de que tu primo milite en las filas del enemigo, y el extraño sonido que tus propias palabras producen en tus oídos cuando se citan al leer los cargos. Te ponen un cigarrillo en la mano y sales andando al patio para enfrentarte a seis hombres que no has visto jamás. Apuntan. Esperan la orden. Disparan[26].

Aquellas palabras fueron escritas meses después. En aquel momento, Dos Passos todavía no estaba seguro del destino de su amigo, pero temía lo peor. Aprovechándose de su fama, había ido al Ministerio de Estado y había solicitado ver al propio ministro. Sus artículos posteriores dejan ver que, si bien se había presentado sin cita previa, le disgustó que le dijeran que el ministro no podía recibirle hasta el día siguiente. Julio Álvarez del Vayo, el ministro de Estado y responsable máximo de la maquinaria de prensa y

propaganda, era en realidad un hombre increíblemente ocupado. El gobierno estaba sumido en unas considerables divergencias internas. La República luchaba por defender su vida, sus fuerzas estaban exhaustas tras las batallas del Jarama y Guadalajara, y se enfrentaba a un ataque masivo en el País Vasco. Del Vayo era comisario de Guerra además de ministro de Estado. En su condición de ministro tenía que abordar el problema más difícil de la República: la política de no intervención de los gobiernos británico y francés que la privaban de la posibilidad de comprar armas con las que defenderse. Inevitablemente, no lo dejó todo para ver a Dos Passos, pero, pese a sus miles de ocupaciones, Álvarez del Vayo se las arregló para sacar tiempo y verle al día siguiente. En cuanto a lo ocurrido con Robles, «manifestó ignorancia y apatía». No resultaba sorprendente y casi con certeza era la verdad. Sin embargo, prometió tratar de averiguar lo que había sucedido[27]. Aunque Dos Passos nunca perdonaría a Álvarez del Vayo por lo que él consideró desaires y ambigüedad por su parte, no hay razones para pensar que el ministro de Estado tuviera que saber algo acerca del destino de un funcionario que trabajaba en el Ministerio de la Guerra con el representante del GRU ruso.

A partir de entonces, Dos Passos fue a Madrid para trabajar en la película *Tierra de España* y, si era posible, proseguir con sus investigaciones sobre el destino de Robles. Para hacerlo, se benefició de dos ventajas: su fama como novelista aclamado en todo el mundo y su conocimiento previo del jefe del contraespionaje republicano (el comisario general de Investigación y Vigilancia), Pepe Quintanilla. Conocía a Pepe a través de su hermano Luis, un célebre artista republicano y uno de sus amigos más antiguos y cercanos en España. Pepe y Luis eran también buenos amigos de Hemingway, que iba a sentirse tremendamente contrariado por los esfuerzos de Dos Passos para averiguar lo que le había sucedido a Robles. Puede que hubiera cierta tensión entre ambos acerca de la orientación que debía adoptarse en *Tierra de España*. Hemingway prefería centrarse en los logros militares de la República, mientras que Dos Passos deseaba subrayar más el sufrimiento de la gente de a pie y las esperanzas despertadas por la revolución social. Sin embargo, esa no fue la gota que colmó el vaso. Es más probable que

Dos Passos empezara a sentirse incómodo y a desconfiar de la creciente influencia de los comunistas en el seno de la República en sus esfuerzos por imponer el orden. Por el contrario, Hemingway consideraba que sus actividades representaban una contribución esencial para organizar un esfuerzo bélico eficaz.

Cuando Dos Passos llegó al hotel Florida de Madrid, todo lo que hacía y decía parecía provocar el desprecio de Hemingway. No había conseguido llevar nada de comida. Hubo también cierta fricción derivada del hecho de que Dos Passos y su esposa Katy fueran amigos íntimos de la esposa de Hemingway, Pauline. Dos Passos no podía disimular su incomodidad al ver que Ernest mantenía una ostensible aventura amorosa con Martha Gellhorn[28]. En su descripción tenuemente novelada, Dos Passos escribió de Martha lo siguiente: «No cabe duda de que a ella no le gusta Jay [Dos Passos] más de lo que ella le gusta a él»[29]. Su amiga común, Josephine Herbst, sería una observadora privilegiada de la ruptura de la relación entre Hemingway y Dos Passos. En su diario anotó que Hemingway solía realizar comentarios peyorativos sobre la esposa de Dos Passos, Katy, irritado por que fuera tan buena amiga de Pauline. Su enfado también se reflejaba en las quejas de que Dos Passos «no tenía agallas» y «no tenía cojones»[30].

Con el fin de explicar la fricción entre ambos, Josephine Herbst escribió posteriormente que Hemingway estaba decidido a ser «*el* cronista de guerra de su época» y que «parecía suscribir de forma ingenua los aspectos más simples de las ideologías vigentes en el mismo instante en que Dos Passos las ponía imperiosamente en entredicho». También podía ser que, como se hacía pasar cada vez más por un sabio veterano de guerra, le molestaba que Dos Passos supiera qué pocos combates había presenciado en realidad. O quizá simplemente estaba enfadado porque Dos Passos no compartía su puro disfrute de la guerra. Josie señalaba que había en Hemingway «una especie de derroche de magnificencia en el Florida, una generosidad crepitante cuya cara oculta era cierta especie de mezquindad. Era roñoso con sus sentimientos hacia cualquiera que quebrantara su código, aun cuando fuera brutal; pero es justo decir que Hemingway no fue nunca otra cosa que fiel al código que estableció para sí mismo». De todos modos, no se trataba solo de

que Dos Passos fuera lo menos parecido a un ser ostentosamente machista. Más bien, el asunto clave era la irritación de Hemingway por las insistentes preguntas de su amigo sobre Robles. Josie podía percibir cómo crecía la irritación entre ambos: «Hemingway estaba preocupado porque Dos Passos hacía preguntas incisivas y, en caso de persistir, podía meter en problemas a todo el mundo. "Al fin y al cabo —advertía él—, esto es una guerra"», mientras que Dos Passos se negaba a creer que su amigo pudiera ser un traidor[31].

En su versión novelada, Dos Passos aporta el aroma de sus discrepancias sobre Robles. George Elbert Warner (el personaje inspirado en Hemingway) preguntaba al héroe (Jay Pignatelli) por qué parecía preocupado: «Si es por la desaparición de ese profesor compañero tuyo, no lo pienses … Todos los días desaparece alguien». En cuanto Sidney Franklin (en la novela, Cookie) abandonaba la habitación, Hemingway gritaba al oído de Jay: «No metas las narices en ese asunto de Echevarría [Robles] … ni siquiera delante de Cookie. Cookie es el tipo más recto del mundo, pero podrían emborracharlo una noche. La Quinta Columna está por todas partes. Imagínate que tu querido doctor se largó y se pasó al otro bando». Cuando Jay replicó diciendo que la lealtad de Echevarría/Robles era inquebrantable, la novia de Warner, Hilda Glendower (Martha Gellhorn), supuestamente intervino «como una ráfaga de aire frío» diciendo: «Tus preguntas ya nos han causado suficientes problemas»[32].

Aparte de *Ebb Century's*, la fuente más utilizada sobre las discrepancias entre Dos Passos y Hemingway acerca de Robles es el relato autobiográfico de Josephine Herbst *The Starched Blue Sky of Spain*, aunque su diario inédito contiene importantísimas discrepancias con su libro. Josie Herbst había llegado a Valencia aproximadamente una semana antes que Dos Passos. No había ido a España como corresponsal plenamente acreditada de algún periódico, sino que, según su biógrafa, Elinor Langer, dada su condición de izquierdista de toda la vida, Josie quería poder vivir los acontecimientos revolucionarios en primera fila. Según Stephen Koch, era una agente de confianza de la Komintern y «había sido enviada a España para contribuir a

supervisar y controlar a las estrellas literarias norteamericanas de Madrid». Con ese fin, afirmaba Koch, la había invitado «la oficina de propaganda de la República» para hacer programas de radio. Es muy improbable que ella ejerciera la siniestra función que le atribuye Koch. De hecho, sus apuntes personales no revelan el menor interés por las posiciones políticas de ninguno de los que aparecen. Sin embargo, ciertamente hizo al menos un programa de radio «desde un profundo sótano de Madrid». También es cierto que había partido hacia España precipitadamente, sin haber conseguido recibir ningún encargo firme de periódico alguno, sino con poco más que las manifestaciones vagas del interés de los directores de las revistas, según las cuales estaban encantados de examinar artículos que tuvieran «interés humano» u ofrecieran «la perspectiva de las mujeres». Sin embargo, parece que escribió a Otto Katz, a quien había visto brevemente en París años atrás, para informarle de su viaje y para pedirle consejo acerca de cómo llegar a España. Su esposa, Ilse, le contestó ofreciéndose a ayudar a Josie en caso de dificultad[33].

Por tanto, pese a su falta de credenciales periodísticas, pero gracias a su fama de escritora, entonces todavía vigente aunque hoy un tanto olvidada, se le facilitó una carta de presentación para Álvarez del Vayo en la oficina de prensa republicana de París, la Agence Espagne de Otto Katz. Si es que ciertamente la recibió en Valencia, Álvarez del Vayo debió de desviarla rápidamente a la oficina de prensa. Allí no se le proporcionó nada que pudiera acercarse al trato privilegiado que podría haber esperado si era realmente una importante agente de la Komintern en una misión respaldada personalmente por el ministro de Estado. En realidad, la hicieron esperar como correspondía a alguien sin credenciales periodísticas adecuadas. La corresponsal se quejaba: «En la oficina de prensa me habían asegurado que podría ir a muchos sitios, pero quedé relegada durante días preguntándome ¿adónde voy?»[34].

En la narración autobiográfica publicada sobre su experiencia en España, afirma que alguien le dijo con carácter estrictamente confidencial que Robles había sido fusilado por espía. No dice quién se lo contó. Koch ha señalado que la «autoridad» en cuestión era Julio Álvarez del Vayo, que supuestamente recibió a Herbst para

mantener una larga conversación cuando ella le entregó su carta de presentación de la Agence Espagne, si bien no hay pruebas de ello. De hecho, Josephine Herbst no dice que se lo revelara ninguna autoridad. Sin embargo, en una carta dirigida a Bruce Bliven del *New Republic*, escribió: «Mi informante no era un “simpatizador comunista estadounidense” sino una persona española *con gran responsabilidad* [añadido a mano] y me dijeron que había trabajado en el Ministerio de la Guerra. Además, se han encontrado documentos en su poder que demuestran, o parecen demostrar, que estaba íntimamente relacionado con el bando franquista». Esto descartaría a Liston Oak, a quien habría conocido cuando visitó la oficina de prensa para concertar su traslado a Madrid. Por otro lado, hacía pensar en Constancia de la Mora, a quien casi con total seguridad conocía también. Quienquiera que fuese su informante, le dijo que debía jurar guardar el secreto del mismo modo que alguien «de más arriba» le había hecho jurar el secreto a él. Por sí solo, esto descarta a Álvarez del Vayo, puesto que la única persona «de más arriba» para el ministro de Estado era el presidente Francisco Largo Caballero, y es inconcebible que este anticomunista con nobles principios morales estuviera implicado en el encubrimiento de un aparente asesinato de los rusos. La razón de todo este secretismo era, según le dijeron a Herbst, que las autoridades «empezaban a preocuparse por el afán de Dos Passos y temían que pudiera ponerse en contra de ellos si descubría la verdad, confiaban en impedir que averiguara nada mientras estaba en España». Esto convierte en mucho más probable que la información naciera en la oficina de prensa. Por otra parte, no explica por qué decírselo a Josie aumentaba las posibilidades de alejar la noticia de Dos Passos[35].

Una vez en Madrid, las autoridades militares de la capital le extendieron a Josie un salvoconducto fechado el 3 de abril de 1937[36]. Dado que Dos Passos no llegó a Valencia hasta el 8 de abril, esto significaría que ella había indagado acerca de Robles aproximadamente una semana antes de su llegada. Como sugiere Elinor Langer, tal vez Josie preguntara de manera inocente por Robles simplemente porque Dos Passos le había dado su nombre como el de alguien a quien debía conocer. En su narración publicada, su informante decidió descargar sobre Josie el peso de

las investigaciones de las autoridades acerca de Dos Passos y el caso Robles solo porque, según le dijeron, se sabía que Dos Passos era un viejo amigo de ella. Si el informante era Constancia de la Mora, sin duda quien podría haberle hablado de esa amistad era Liston Oak, un camarada izquierdista estadounidense y conocido común de Dos Passos y Josie. Pero, por muy amigos que fueran, ni en su versión publicada ni en la inédita recogía Josie haberle hablado a Dos Passos sobre el caso, si bien es extremadamente improbable que él no le hubiera confiado sus inquietudes sobre Robles.

Todas las descripciones posteriores del caso Robles y de su perjudicial impacto sobre la amistad entre Hemingway y Dos Passos han seguido el ejemplo de la descripción de Josephine Herbst publicada en 1960. Esa versión dice lo siguiente: a pesar de que había jurado mantener el secreto, Josie decidió contárselo a Hemingway. Ella dice que él sacó el tema primero, después del bombardeo de artillería tan espeluznante que sacudió el hotel Florida al amanecer del 22 de abril. Justo después de que ella le hablara con brusquedad, cansada e irritada, y dijera que no le apetecía seguir siendo una exploradora, él la invitó a su habitación para tomar un coñac, no tanto para consolarla como para instarle a que le dijera a Dos Passos que dejara de remover el caso Robles: «Aquello iba a despertar sospechas sobre todos nosotros y a meternos en problemas. Esto es una guerra». Él la informó de que Pepe Quintanilla, el «jefe de la Sección de Justicia», ya le había dicho a Dos Passos que Robles todavía vivía y que tendría un juicio justo. A continuación dijo que Quintanilla era «un tipo fenomenal» y que ella debería conocerle. Al principio ella estaba un tanto cohibida por la promesa que había hecho de mantener el secreto, y algo indignada por el miedo de Hemingway a que las insistentes preguntas de Dos Passos estuvieran alimentando el malestar entre los huéspedes del hotel Florida. Sin embargo, ante la desenvuelta confidencia de Hemingway acerca del buen final del caso Robles, ella soltó por fin lo que sabía.

Herbst se retrata a sí misma indignada por lo que parecía demostrar la ambigüedad de Pepe Quintanilla, aunque sus recuerdos podrían estar influidos por un encuentro posterior con él: «No podía creer que Quintanilla fuera tan buen tipo si era capaz de

mantener a Dos Passos en una angustiosa ignorancia o si las pruebas eran tan contundentes como para no admitir contradicción. Yo sentía que había que decírselo a Dos, no porque él pudiera hacer recaer sobre nosotros algún peligro, sino porque ese hombre estaba muerto». Por tanto, reveló que Robles había sido fusilado por espía: «Quintanilla tendría que habérselo dicho a Dos Passos». Al oír esto, según parece, a Hemingway no le costó aceptar que Robles era un espía fascista. Josie insistía en que se le dijera a Dos Passos de tal modo que la información no pareciera proceder de ella y urdió una solución bastante peregrina y tortuosa para salvaguardar su promesa de mantener silencio, si bien apenas se parece a la idea cruel y siniestra que imaginó Stephen Koch en su libro sobre el tema. Herbst propuso que Ernest le transmitiera la mala noticia, pero que dijera únicamente que se lo había dicho «alguien de Valencia que estaba de paso por allí pero cuyo nombre no debía revelar». Hemingway, que se contentó con admitirlo sin poner en cuestión que Robles fuera culpable de espionaje, aceptó aparentemente «con demasiada presteza; no creo que dudara ni un instante de que Robles era culpable si Quintanilla lo decía». Y tenían una oportunidad inminente de decirle a Dos Passos lo que habían planeado, porque aquel mismo día todos los corresponsales iban a asistir a una comida de celebración en el cuartel general de la XV Brigada Internacional[37].

Ahora bien, se da efectivamente el caso de que en la mañana del 22 de abril, cuando se afeitaba con tranquilidad y parecía estar muy descansado, Dos Passos todavía alimentaba la esperanza de que Robles estuviera vivo. Había hecho preguntas en la Embajada de Estados Unidos y le habían dicho que Robles había sido visto con vida por el agregado militar estadounidense, el coronel Stephen Fuqua, el 26 de marzo[38]. No obstante, a media mañana del 22 de abril quedaban pocas esperanzas. El encuentro entre Josie y Hemingway en torno a una copa de coñac no se produjo tal como se describe en *The Starched Blue Sky of Spain*. Lo que Josie escribió en su diario en aquella época tiene mucho más sentido: «Entra Dos. Se ha enterado: Robles ejecutado. Quiere investigar. Discute con Hem los riesgos de que Dos investigue. R. mala persona con juicio justo; revela secretos militares». Por consiguiente, no hubo necesidad de

una trama tortuosa para resolver cómo decirle a Dos Passos que Robles estaba muerto. Por otra parte, sí que había necesidad de explicarle por qué había sucedido, para con ello evitar quizá que siguiera removiéndolo todo. Es razonable suponer que Dos Passos dejó la habitación cuando Josie y Hemingway empezaron a discutir los «riesgos de que Dos investigue». Si Hemingway estaba en lo cierto y Robles era una «mala persona», había tenido un juicio justo y había sido declarado culpable de revelar secretos militares, entonces eso era lo que había que decirle a Dos Passos. En una carta escrita en junio de 1939, Herbst le contaba a Bruce Bliven, del *New Republic*: «Siempre me ha parecido, igual que me lo pareció entonces, que era un trágico error no proporcionarle a Dos las pruebas que hubiera sobre el caso y sobre la muerte»[39]. Esto no indica que ella quisiera que le dijeran que Robles estaba muerto (al fin y al cabo él ya lo sabía), sino que le informaran del proceso que había desembocado en su arresto y ejecución.

Aquel mismo día, la prolongada comida festiva tuvo lugar en un castillo que en otro tiempo había pertenecido al duque de Tovar, cerca de El Escorial. La fiesta se convocaba para celebrar la incorporación de la XV Brigada Internacional al Ejército republicano. Fue allí donde iban a decírselo a Dos Passos. Pero ¿decirle qué? Él ya sabía que Robles había muerto, pero no en qué circunstancias. Es muy probable que su informante de aquella mañana fuera Pepe Quintanilla. En calidad de comisario general de Investigación y Vigilancia, él era una de las poquísimas personas cuya posición le permitía saber lo que había sucedido e incluso conocer la existencia de Grigulevich y de la Brigada Especial. Además, y como hermano del amigo íntimo de Dos Passos Luis Quintanilla, Pepe era la única persona enterada dispuesta a hablar con él. En 1939, Dos Passos escribió que, apesadumbrado, «el entonces jefe del servicio de contraespionaje republicano» (Pepe Quintanilla) le había hablado de la muerte de Robles a manos de una «sección especial». En su novela posterior, Dos Passos se inventa una fiesta en la que Juanito Posada (Pepe Quintanilla) le dice: «Han fusilado a ese hombre». Cuando Jay Pignatelli (Dos Passos) pregunta por qué, Juanito Posada contesta: «¿Quién sabe? Vivimos unos tiempos terribles. Para superarlos, no tenemos más

remedio que ser terribles»[40]. Aunque el momento y el lugar son diferentes en la novela, no hay duda de que fue Pepe el que reveló que Robles había sido fusilado y que lo hizo la mañana del 22 de abril. El tono en la explicación de Pepe de que se sabe muy poco hace pensar en cierto deseo de herir a Dos Passos lo menos posible. Años más tarde, Luis Quintanilla le dijo a un amigo de Nueva York que Robles había sido detenido porque se sabía que había facilitado información confidencial a la Quinta Columna. Para amortiguar el golpe, Pepe se abstuvo de contarle a Dos Passos que su amigo era un espía fascista. Eso es seguramente lo que Josie Herbst y Hemingway decidieron contarle. Si había algo que lograra que Dos Passos dejara de hacer preguntas delicadas y poner en evidencia tanto a sí mismo como a ellos, sin duda sería eso[41].

Fuera lo que fuese lo que Hemingway dijo a Dos Passos, se cree que lo hizo de la forma más brusca y menos delicada posible. Según su biógrafo, Townsend Ludington, Dos Passos quedó muy afligido por «los modales ásperos y el hermetismo, que le parecieron una especie de traición»[42]. Lo que sucedió aquel día en la fiesta de la XV Brigada se ha considerado de forma extendida la culminación de la ruptura de la relación entre Hemingway y Dos Passos. De hecho, Dos Passos escribió en su novela: «La fiesta de la XV Brigada me rompió el corazón». Pero en la descripción de los hechos que escribió en aquel momento, «The Fiesta at the Fifteenth Brigade», no hacía ninguna mención a ningún encontronazo con Hemingway. Tampoco lo hace Josephine Herbst en su diario, donde únicamente dice que él y Dos Passos se sentaron juntos en la comida. En la versión publicada, Herbst refiere solo la agitación de Dos Passos ante el hecho de que Hemingway no revelara la identidad de ese «alguien de Valencia que estaba de paso». Obviamente, no podía porque ese «alguien» era una invención de Josie. Sin embargo, en la carta que le envió a Bruce Bliven en 1939 escribió: «Debería recordarse que Dos odiaba todo tipo de guerra y que en Madrid no solo sufrió por el destino de su amigo, sino por la actitud de determinadas personas que vivían al margen de la guerra y que parecían tomársela como un deporte. Le daba mucho asco».

Según Stephen Koch, lo que Josie y Hemingway planearon hacer en el almuerzo de la Brigada Internacional era humillar

públicamente a Dos Passos, ponerle en evidencia en público como amigo de un espía fascista: «Ella le había facilitado silenciosa y discretamente el arma precisa que sabía que buscaba. Y luego, igual de silenciosa y discretamente, le había mostrado cómo emplearla»[43]. No hay pruebas de ningún tipo que justifiquen esta afirmación. Lo que quiera que Hemingway dijera a Dos Passos, se lo dijo con tranquilidad mientras conversaban. No hay ninguna mención a esta malicia en ninguna de las versiones de Josie. Y hay buenas razones para pensar que, si hubiera habido malicia premeditada, ella lo habría manifestado así en su diario, porque Josie Herbst no estaba exenta de una cara desagradable, aunque no se centraba en los enemigos de la Komintern sino en las mujeres más guapas que recibían más atenciones que ella. Mientras esperaba el coche para ir al almuerzo, miró a la atractiva Martha Gellhorn con aversión: «Las putas insistentes como M. lo consiguen casi todo con lo que tienen. No en la cabeza, en las bragas. Juega a todo. Lo consigue todo. Nunca dice el nombre de nadie. Estúpida lengua insustancial». Cuando llegaron a la fiesta, dirigió su veneno hacia María Teresa León, la sensual esposa rubia del poeta Rafael Alberti que era el centro de toda la atención masculina: «Marie T., con broche y pendientes de coral, pañuelo, muy enérgica y exuberante». A Josie le irritaba ver a María Teresa, gorjeando trivialidades como un pajarillo cantor, rodeada de hombres que la admiraban. El hecho de que le prestaran menos atención a ella que a la hermosa y famosa mujer, es con diferencia la mayor preocupación plasmada en la descripción que hace Josie de la fiesta[44].

El papel que desempeñó Quintanilla en el caso Robles se limitó casi con toda seguridad a informar a Dos Passos de la ejecución y a proporcionarle una versión aséptica de cómo se había producido. Sin embargo, parece que por asociación ha adquirido cierta aura de culpabilidad en el asunto. Esta imagen de Pepe Quintanilla como monstruo que encarnaba los servicios de seguridad republicanos procede de las descripciones que hacen Josie Herbst y Virginia Cowles de una comida con él y con Hemingway ocurrida el 28 de abril. Debido al relato publicado por Josie, y también a que Hemingway le retratara como Antonio, el jefe de seguridad «de labios finos» en el segundo acto de *La Quinta Columna*, Quintanilla

se consagró, según las palabras de Carlos Baker, como «el verdugo de labios finos de Madrid». Una semana después de la fiesta de la XV Brigada, Hemingway, Virginia Cowles y Josephine Herbst estaban comiendo en el restaurante del hotel Gran Vía. Virginia se fijó en «un hombre de aspecto meticuloso vestido de gris perla de la cabeza a los pies. Tenía la frente alta y los dedos largos de un intelectual, y llevaba unas gafas de concha que le conferían un aire reflexivo. Al reparar en su interés, Hemingway no pudo resistir alardear de sus contactos y su conocimiento de los entresijos y dijo con dramatismo: “Ese es el jefe de los verdugos de Madrid”, e invitó a Pepe a sumarse a ellos. Lo hizo con la condición de que le dejaran pagar otra jarra de vino».

Pepe les obsequió con historias de los primeros días de la guerra, cuando los imprudentes madrileños habían tomado al asalto el cuartel de la Montaña en el que los rebeldes se habían hecho fuertes. Mientras Quintanilla hablaba, empezaron a llover obuses y él contaba con frialdad las explosiones mientras servía vino, una, hablaba, después, dos, tres, cuatro… Antes de que llegara a diez, empezó a respirarse el miedo en el ambiente. A medida que el vino fue corriendo con mayor libertad, Pepe siguió contando, ahora enrojecido y cada vez más borracho. Sin embargo, cuando Hemingway presionó a Pepe para que hablara de la lucha contra la Quinta Columna, el ambiente se volvió aún más tenso. Hemingway sonreía y a las mujeres se les ponían los pelos de punta mientras él les hablaba de un oficial que se lo hizo encima «acurrucado en un rincón» y después «tuvieron que sacarlo a la calle y fusilarlo como a un perro». Sin embargo, cuando dos soldados y una joven caminaban del brazo por el medio de la calle en dirección al lugar del que procedían las bombas, un frenético Quintanilla trató de detenerlos con preocupación.

Cuando Hemingway dijo que quería regresar porque estaba preocupado por «la rubia» (Martha), Quintanilla no quiso escuchar e insistió en que esperaran a que pasara el peligro. Pidió coñac y empezó a flirtear escandalosamente con Virginia, cosa que no consiguió granjearle el cariño de Josie, que se preguntaba agriamente cómo conseguía la señorita Cowles bajar hasta el restaurante desde el Florida por una Gran Vía llena de escombros

esparcidos con unos tacones tan altos. Quintanilla decía que se iba a divorciar de su esposa, que se iba a casar con Virginia y que su esposa cocinaría. En aquel momento, todos se rieron; pero, retrospectivamente, Virginia Cowles solo recordaba lo que ella consideró que era el sadismo de «sus ojos brillantes de color marrón veteado». Cuando abandonaron el restaurante, Hemingway le dijo a la mujer: «Recuérdalo bien: él es mío». Así enseñaba sus cartas, revelando que consideraba a Pepe una presa con la que alardear de su posición privilegiada a la vez que una fuente de información exclusiva, e incluso su personaje en un relato corto o en una obra de teatro. Posteriormente utilizó la conversación sobre la muerte de los derechistas en su obra *La Quinta Columna*, en la que caracterizó a Pepe como «Antonio»[45].

Este espeluznante almuerzo tuvo lugar después de que un afligido Dos Passos hubiera abandonado Madrid. Pasó algún tiempo en Fuentidueña del Tajo, un pueblo en el que quería rodar un proyecto de regadío para el documental *Tierra de España*. Luego volvió una vez más a Valencia para decirle a Márgara Fernández de Villegas lo que había averiguado y tratar en vano de obtener algunas respuestas de Julio Álvarez del Vayo. El ministro seguía sin saber nada, pero al menos prometió obtener un certificado de defunción para que Márgara pudiera cobrar el seguro de vida de José[46]. El hecho de que no cumpliera su promesa abrió una herida en Dos Passos que tardaría años en cicatrizar. Sin embargo, en una carta a Claude Bowers de la época, comentaba: «Como no ha llegado nada de Del Vayo imagino que se ha olvidado del tema. Lo cierto es que lleva tantas cosas entre manos que no me extraña que se olvide de los insignificantes detalles personales»[47]. Lo que ocurrió fue que destituyeron a Del Vayo como ministro de Estado a mediados de mayo de 1937 y fue incapaz de cumplir su promesa. Si Dos Passos informó a Márgara Fernández de Villegas de lo que le habían dicho, ni ella ni sus hijos decidieron creerle. Las cartas escritas por Coco muestran que siguieron manteniendo la esperanza durante más de dos meses y medio después de la marcha de España de Dos Passos. A finales de abril, Dos Passos partió hacia Francia, deteniéndose en el camino unos cuantos días en Barcelona.

Quien también estaba en la capital catalana era Liston Oak, que

llevaba algún tiempo tratando de deshacerse de su empleo de Valencia aduciendo problemas de salud. En abril había pasado una temporada en Madrid, donde hizo averiguaciones sobre la posibilidad de abrir allí un despacho. Fue fotografiado en dicha ciudad con Hemingway y Virginia Cowles a mediados de abril. Dada la camaradería reinante entre los corresponsales del hotel Florida, es muy probable que viera también a Dos Passos. Nervioso por los continuos bombardeos, regresó a Valencia. Se quedó allí lo bastante como para recoger sus pertenencias y partir hacia Barcelona diciéndole a su jefa, Constancia de la Mora, que se trataba solo de una breve visita. No está claro si planeó quedarse allí dada su creciente simpatía hacia el POUM o si ya tenía la intención de regresar a Estados Unidos. En la oficina de prensa de Valencia tardaron varias semanas en descubrir que no volvería[48].

En Barcelona, Dos Passos visitó el cuartel general del POUM y habló con Juan Andrade y Andreu Nin[49]. Según su relato novelado, en el vestíbulo de su hotel también se topó con George Orwell,

> un inglés larguirucho con el brazo en cabestrillo. Llevaba un uniforme gastado. En una gorra extranjera apretada y caída hacia un lado se apelmazaba una abundante mata de pelo negro ondulado. Su rostro alargado con arrugas muy marcadas en las mejillas se distinguía por un par de ojos negros excepcionalmente rasgados. Ofrecían una mirada a la lejanía, como los ojos de un marinero … Una extraordinaria actitud de relajación se posó sobre él cuando se dio cuenta de que hablaba con un hombre sincero. En todas las semanas transcurridas desde que aterrizara en aquella horrenda Casa de la Cultura de Valencia no se había atrevido a hablar con franqueza a nadie. Al principio tenía miedo de decir algo que pudiera poner en peligro sus oportunidades de sacar del país a Ramón [José Robles] de forma clandestina, y después tenía miedo de que alguna palabra suya mal interpretada pudiera entorpecer la posibilidad de que Amparo [Márgara] se marchara con los niños[50].

Aunque su idea de sacar clandestinamente de España a José Robles y a su familia era absolutamente inventada, no hay razón alguna para dudar de que Dos Passos se encontró con Orwell. Este dato se confirma en otros lugares, si bien deberíamos señalar que,

en la novela, él sitúa este encuentro durante las Jornadas de Mayo, fecha en que en realidad él ya había abandonado Barcelona. Dieciocho años más tarde, en su relato de los hechos, Dos Passos escribió en términos similares acerca de Orwell:

> Su rostro tenía un aspecto demacrado por la enfermedad. Supongo que ya padecía la tuberculosis que posteriormente acabaría con su vida. Parecía inexpresivamente agotado. No hablamos mucho rato, pero recuerdo la sensación de calma, de alivio de la tensión que sentía al estar hablando por fin con un hombre sincero. Los funcionarios con los que había hablado las semanas anteriores eran en su mayoría unos papanatas, o se engañaban a sí mismos, o trataban, a conciencia, de ocultarme la verdad[51].

El drama en torno al caso Robles se vio intensificado una vez más por Liston Oak. Una noche, este visitó a Dos Passos en su hotel de Barcelona y le afirmó que huía de los servicios de seguridad después de haber sido acusado de trotskista. Es más que probable que Oak hubiera acabado por sentirse incómodo por las posibles consecuencias de su salida furtiva del Partido Comunista estadounidense para aproximarse al antiestalinista POUM. Aquello sin duda guardaba relación con sus continuas quejas acerca de su salud. Sin embargo, esto guarda cierta distancia con la aseveración hecha por Koch de que «Liston también estaba enfermo del espíritu. En lo más hondo de su alma había un hedor a miedo y a odio»[52]. Quizá Liston Oak estaba «enfermo de pánico», pero dramatizaba las circunstancias de su paulatino alejamiento del servicio de prensa republicano cuando decía que se había salvado por los pelos gracias a que descubrió que habían informado de que era políticamente inestable. Lo que en realidad sucedió es que había ido a Barcelona y había entrado en contacto con Andreu Nin, el dirigente del POUM. A finales de abril escribió un artículo en el que mencionaba su reunión con Nin y simpatizaba con el punto de vista del POUM según el cual la guerra no podía ganarse si se aplastaba la revolución. El artículo fue escrito antes de los Sucesos de Mayo de 1937 y la desaparición de Nin, pero no se publicaría en Londres hasta más adelante, a mediados de mayo. George Orwell lo leyó en el hospital tres semanas más tarde y le pareció «muy bueno y muy

ponderado»[53]. Al haber trabajado en la sección de lengua inglesa de la oficina de prensa de la República, a Oak no pudo habérsele escapado que la publicación del artículo se consideraría un acto de subversión, dada la oposición del POUM a la política del gobierno de conceder prioridad al esfuerzo de guerra antes que a la revolución.

En todo caso, es posible que, una vez en Barcelona, al ya timorato Oak le hubiera sorprendido el espanto a causa de algún encuentro casual con un agente ruso al que había conocido en Nueva York con el nombre de George Mink. En realidad se llamaba Mink Djhordis y había nacido en Lituania. Se decía que estuvo estrechamente ligado a Solomon Abramovich Lozovsky, el jefe de la Profintern, la internacional sindical soviética. Según los testimonios ofrecidos en el Comité de Actividades Antiamericanas, era un funcionario en activo al servicio de la inteligencia militar soviética. Pese a que Mink era taxista en Filadelfia y absolutamente ajeno a los asuntos navales, Lozovsky había utilizado su influencia para ascenderlo a un puesto importante en el Sindicato Industrial de Trabajadores de la Marina. Fue detenido en Copenhague en 1935 y encarcelado durante dieciocho meses cuando la policía descubrió material de espionaje en su habitación. También se le vinculaba con asesinatos políticos en Alemania y España. Se ha sugerido que fue uno de los asesinos del desertor soviético Ignace Reiss en Suiza[54]. Mink, que no conocía el giro de Oak hacia el comunismo antiestalinista, le invitó a tomar una copa y le informó de que, al cabo de pocos días, los comunistas planeaban emprender acciones contra el POUM y los anarquistas de Barcelona. Oak, ya nervioso, entró en la fase de pánico y dio por hecho que él se encontraría entre los perseguidos[55].

Atendiendo a las súplicas atemorizadas de Oak, Dos Passos le cobijó en su habitación de hotel y después lo sacó de España en calidad de «secretario personal». En *Ebb Century's*, Dos Passos retrata a Oak como «Don Carp» («Don Quejica» y «Don Capo»), lo cual hace pensar tanto en sus incesantes lamentaciones como en el hecho de que había en él algo sospechoso. En esa versión escribió: «Pensé que Carp era un miembro recalcitrante del

partido, pero resultaba que el pobre se había asociado con algún disidente de Wisconsin»[56]. De vuelta en Valencia, Kate Mangan escribió que «se había filtrado que Liston estaba confraternizando con el POUM en Barcelona. Se marchó poco antes de la rebelión de mayo en aquella ciudad, un tanto apurado, según teníamos entendido, porque la policía le seguía la pista. Fue mucho después cuando supimos por informaciones llegadas de Estados Unidos que había hecho una virulenta propaganda escrita y verbal contra la República española y la guerra, y que utilizó su posición de "empleado en un puesto de responsabilidad en el gobierno" para otorgar autoridad a sus afirmaciones». Puede que Kate se refiriese a la información procedente de Kitty Bowler, que el 22 de junio escribió a Tom Wintringham diciendo que a un amigo izquierdista de Nueva York le habían llegado noticias del «asunto Liston»[57].

Que Oak escribiera un artículo favorable al POUM en circunstancias de guerra hizo sin duda muy difícil que mantuviera su empleo en la oficina de prensa de Valencia. Incluso podría haber llamado la atención de la policía secreta. Sin embargo, la idea de Koch de que Oak temía que el NKVD utilizara su «escuadrón de élite para asesinatos de extranjeros, la Oficina de Operaciones Especiales», para perseguirle sin cesar hasta los confines de la Tierra no concuerda con el hecho de que, al regresar a Estados Unidos, Oak siguiera publicando numerosos artículos proanarquistas y a favor del POUM que contenían críticas feroces a la política comunista. Hasta el propio Trotsky citaba de forma bastante menos que favorable las críticas de Oak hacia Stalin en un artículo titulado «Stalinism and Bolshevism», escrito el 28 de agosto de 1937. En otros lugares, como en un artículo titulado «Their Morals and Ours», Trotsky escribió que «hasta hace poco Liston Oak gozó de tanta confianza de la Komintern que esta le encargó la dirección de la propaganda de la España republicana en lengua inglesa. Como es lógico, aquello no supuso ningún obstáculo para que, una vez hubo renunciado a su puesto, renunciara igualmente al abecedario marxista»[58]. Lo más sorprendente de todo es que, a pesar de ser un hombre aterrorizado por los sicarios rusos en general y por George Mink en particular, en uno de sus artículos posteriores escribió: «Conocí a George Mink, un comunista estadounidense que presumía

de haber intervenido en la organización de la GPU española y que me ofreció un empleo: señalar a los camaradas “indignos de confianza” que entraban en España para luchar contra el fascismo, como los miembros del Partido Laborista Independiente británico (ILP) y del Partido Socialista estadounidense»[59].

Una vez cruzada la frontera española, Oak y Dos Passos continuaron su viaje a Estados Unidos. Mientras Dos Passos y su esposa esperaban el tren que enlazaba con el barco, Hemingway acudió a la estación para despedirlos. El placer que estos sintieron ante este inesperado privilegio se enfrió enseguida cuando vieron que «su rostro era un nubarrón». Hemingway le preguntó qué tenía previsto hacer con el asunto Robles, a lo que Dos Passos contestó: «Diré la verdad tal como la veo. Ahora mismo tengo que ordenar mis ideas. Vosotros intentáis creer que se trata de un caso aislado. No es así». Cuando Hemingway intentó aducir las circunstancias de la guerra, Dos Passos preguntó: «¿Qué sentido tiene librar una guerra para defender las libertades civiles si destruyes las libertades civiles en el proceso?». Un Hemingway enfurecido bramó: «¡A la mierda las libertades civiles! ¿Estás con nosotros o contra nosotros?». Cuando Dos Passos se encogió de hombros, Hemingway levantó el puño como si fuera a golpearle y le amenazó diciendo: «Esta gente sabe cómo convertirte en agua pasada. Les he visto hacerlo. No les costaría nada repetir lo que ya han hecho». Katy contestó: «¿Por qué, Ernest? No he oído en mi vida una canallada tan oportunista como esa». Si eso no terminó del todo con una gran amistad, sí fue el principio del final[60].

Cuando Dos Passos llegó finalmente a Nueva York, vio a Maurice Coindreau y le dijo lo que creía que le había sucedido a su amigo. Coindreau escribió a Henry Lancaster, el jefe del departamento de Robles en la Universidad Johns Hopkins:

> Las noticias que me dio son infinitamente lamentables y *absolutamente ciertas*, puesto que él mismo estuvo en Valencia y en Madrid y recabó esta información de primera mano. José Robles fue fusilado en algún momento del invierno. La última vez que Márgara le vio fue en enero, en la cárcel. (Por tanto, con independencia de la cantidad de negativas que envíe el gobierno, miente con todo descaro). Él le dijo que iban a trasladarlo a Madrid. Jamás volvió a

> saber de él desde entonces. Dos Passos no pudo averiguar si fue fusilado en Valencia o en Madrid, si fue juzgado o simplemente ejecutado.

Por asombroso que resulte, la carta terminaba con la siguiente petición:

> ¿Serías tan amable de no mencionar *a nadie* que fue Dos Passos quién dio la noticia? Tiene muchos contactos en el Partido Comunista y podría meterse en problemas si se enteraran de que ha revelado lo que ha hecho el gobierno español con un catedrático estadounidense que jamás en su vida se había interesado lo más mínimo por la política, ni de un bando ni de otro[61].

Parece como si la desdeñosa advertencia de Hemingway hubiera surtido efecto. Durante la primavera y el verano de 1937, Márgara estuvo desolada y enferma. Cuando finalmente aceptó que José estaba muerto, escribió a Esther Crooks, una amiga de Baltimore: «Me siento tan aplastada y tan triste que a duras penas vivo. Me he quedado como un ser lamentablemente incompleto, incapaz ya de hacer nada». A su dolor se sumaba la preocupación por su situación económica y la necesidad de obtener un certificado de defunción con el propósito de cobrar el seguro de vida de José. Márgara escribió a la señorita Crooks sobre la situación en que se encontraba: «Hasta ahora, como en lo ocurrido no ha intervenido el gobierno, todo sigue envuelto en el mayor misterio. Nadie puede justificar lo ocurrido ni nadie quiere confesar una equivocación. La situación interna es tan complicada, tan cambiante y tan compleja que hasta que esto haya terminado va a ser difícil conseguir nada»[62].

Curiosamente, pese a la ejecución de Robles, su familia continuó siendo fiel a la República y se quedó en España, aun cuando para ellos habría sido relativamente fácil volver a Estados Unidos. En cartas dirigidas a Esther Crooks y Henry Lancaster, Márgara dejaba claro que no culpaba a la República. Según escribió a la señorita Crooks: «La cosa es tan incomprensible todavía para nosotros que yo a veces creo que va a llegar el momento del despertar de esta pesadilla. No sabemos todavía nada en concreto de lo ocurrido, salvo el hecho de que el gobierno no ha tenido nada que ver con el

asunto. El odio o una fatal equivocación parecen la única explicación. Y había trabajado tanto y con tanto entusiasmo por la causa». También escribió en términos similares a Henry Lancaster: «Para nosotros todo ha sido incomprensible. Su lealtad al gobierno era absoluta. Lo ha dado y lo ha arriesgado todo, por ayudar a una causa, para nosotros tan justa, con tal generosidad que solamente una fatal equivocación o acaso una venganza personal puedan ser la única explicación». Coco siguió trabajando en la oficina de prensa de Valencia y Miggie trabajaba en un laboratorio fotográfico para el Ministerio de Propaganda. Y, cuando hubo recuperado las fuerzas, Márgara también empezó a trabajar en la oficina de prensa[63].

No mucho después de que Dos Passos abandonara España, la oficina de prensa recibió la visita de Elliott Paul, el novelista estadounidense que acababa de terminar su libro sobre la represión en Ibiza. Constancia de la Mora asignó a Coco Robles la tarea de acompañarle de viaje a Madrid. Aquel novelista de mediana edad y el joven se hicieron buenos amigos durante el viaje. En una de sus conversaciones nocturnas sobre literatura, Elliott Paul nombró a Dos Passos y dijo: «No sé qué le ha pasado a Dos Passos. Le vi en París y ya ni siquiera se interesa por España; dice que no le importa. No habla más que de cierta historia acerca de un amigo suyo fusilado por espía, un profesor colega suyo de la Johns Hopkins». Con inmensa tristeza, pero también con marcada firmeza, Coco contestó: «Espero que eso no le haga perder al señor Dos Passos su interés por la lucha contra el fascismo en España. El hombre al que se refería era mi padre»[64].

Coco se trasladó con el resto del personal de la oficina de prensa cuando la capital fue desplazada de Valencia a Barcelona en noviembre de 1937. Había tratado de ingresar voluntariamente en el Ejército republicano en varias ocasiones, mintiendo para ello sobre su edad. En 1938 lo consiguió por fin. Se alistó en una unidad de guerrilleros, fue apresado en su primera misión y pasó muchos años en una cárcel franquista. Su hermana Miggie ingresó en el movimiento Juventudes Socialistas Unificadas y participó en las visitas para levantar la moral de las unidades de las Brigadas Internacionales en el frente de batalla y en una gira propagandística por Estados Unidos. Cuando el gobierno se trasladó de Valencia a

Barcelona, Márgara Villegas también pasó a trabajar en la oficina de prensa con Coco y Constancia de la Mora. La familia Robles trabó amistad no solo con Constancia, sino también con Julio Álvarez del Vayo, pese a la reiterada creencia de que este último había mentido deliberadamente acerca del destino de José Robles. Márgara solía tomar el té con Luisi, la esposa suiza de Álvarez del Vayo, y con María Mijailova, la exesposa de Juan Negrín, que era rusa.

Ignacio Martínez de Pisón ha sugerido que las atenciones de Álvarez del Vayo hacia aquella familia nacían de la culpa. Sin embargo, es perfectamente posible que no supiera con exactitud qué le había sucedido a Robles: si había sido detenido, encarcelado y ejecutado por una sección especial bajo el mando de los rusos, y menos aún si había sido la unidad a las órdenes de Grigulevich. Es también posible, por supuesto, que congeniara con la familia precisamente porque había sido incapaz de hacer algo para impedir el asesinato de Robles, lo cual no tiene por qué significar que fuera cómplice del mismo. También se ha sugerido que las acciones tanto de Coco como de Miggie nacían del deseo de demostrar de algún modo, mediante su lealtad a la República, que su padre era inocente. Tal vez, pero también podrían hacerse otras interpretaciones. Las cartas de Márgara a Esther Crooks y a Henry Lancaster dejan claro que la familia estaba convencida de que lo que le había sucedido a José Robles no tenía absolutamente nada que ver con Constancia de la Mora o con Julio Álvarez del Vayo. Hay muchas posibilidades de que llegaran a temer que hubiera razones fundadas para las medidas tomadas contra Robles. A propósito de eso, Constancia escribió: «Lo que no podía perdonar Dos Passos, podían comprenderlo la esposa y los dos hijos de aquel hombre». Kate Mangan, que trabajaba con Coco, le recordaba «triturado y maltrecho, tan apenado que jamás hablaba de ello». Josie Herbst escribió en 1939: «Algunos meses después del fusilamiento de Robles vi a su hijo en Valencia a mi salida de España. Estaba en la oficina de prensa y propaganda de Rubio y me consta que ya creía, o decía creer, en las pruebas que inculpaban a su padre». El compromiso colectivo de la familia con la República permaneció firme, cosa que habría sido de todo punto inexplicable si hubieran guardado algún rencor a Álvarez del Vayo o a algún

otro prominente político republicano[65].

Paradójicamente, cuando Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial tras el ataque a Pearl Harbor, a Josie Herbst se le adjudicó un empleo en Washington en la Oficina del Coordinador de Información, una agencia de inteligencia y propaganda semiindependiente dirigida por el coronel William J. Donovan. Su trabajo consistía en elaborar guiones de radio para retransmisiones propagandísticas hacia Alemania. Sin embargo, muy pronto apareció en la pantalla de radar del Comité de Actividades Antiamericanas, que investigaba sobre la idoneidad de quienes contribuían a los esfuerzos de guerra. Se criticaba a muchos antifascistas por su apoyo a la República española, y de la noche a la mañana, el 21 de mayo de 1942 fue destituida de su puesto. Las circunstancias continúan siendo un misterio. La investigaba el FBI, como a la mayor parte de la gente que, igual que ella, tenía acceso a información confidencial. Se elaboró un amplio informe basándose en una serie de comentarios contradictorios procedentes de diferentes fuentes, entre ellas, una particularmente virulenta de una amiga de Josie, la novelista Katherine Anne Porter. Llegado el momento, se descubriría que el falso testimonio de Porter no era el problema. En realidad, el informe final del FBI limpiaba el nombre de Herbst de antiamericanismo. Se descubriría que la habían echado siguiendo instrucciones de Bill Donovan debido a sus anteriores simpatías hacia la Unión Soviética y a su apoyo a la República española. Sus colegas protestaron contra los «métodos autoritarios» y el modo antidemocrático en que se le había negado la oportunidad de defenderse[66]. En tiempos de guerra, en una democracia sucedían este tipo de cosas, algo que olvidaron quienes se escandalizaron por el trato dispensado a Liston Oak, cuya traición a la República española superaba con creces cualquier cosa que hubiera hecho Josie Herbst.

Dos Passos mantuvo el contacto con Márgara Villegas y trató de hacer lo que pudo por la familia, sobre todo en lo relativo a intentar cobrar el seguro de vida de Robles. Según parece, le dio muchas vueltas a la cuestión y fue claramente una de las cosas que le inclinó aún más hacia la derecha. En un principio era prudente con lo que escribía sobre el caso Robles, como podía esperarse a la luz

de la advertencia que hizo a Maurice Coindreau para que mantuviera su nombre al margen de toda discusión pública del mismo. No obstante, sí escribió un artículo titulado «Farewell to Europe» («Adiós a Europa») en el que presentaba a los comunistas de España aplastando las libertades individuales y locales con «una maquinaria de poder tremendamente eficaz y despiadada». Se publicó en julio de 1937 en la revista *Common Sense* y suscitó airadas respuestas críticas de algunos de sus amigos. Los seis meses siguientes fueron testigos de cómo la posición anticomunista de Dos Passos se volvía más explícita. En diciembre de 1937 publicó otro artículo en *Common Sense* titulado «The Comunist Party and the War Spirit: A Letter to a Friend Who Is Probably a Party Member» («El Partido Comunista y el espíritu de guerra: carta a un amigo que probablemente esté afiliado»). En él iba más allá de su feroz orientación antisoviética general para formular críticas frontales al gobierno republicano español. Se refería a la «voluntad de gobernar» y a la «intolerancia ciega» del Partido Comunista y pasaba a afirmar que, «cuando obtuvo poder, se dispuso a eliminar físicamente o de cualquier otro modo a todos los hombres con posibilidades de liderazgo que no estuvieran dispuestos a ponerse a sus órdenes»[67].

Durante el año siguiente, en permanente escasez de dinero, decidió recopilar algunos artículos ya publicados más algunas obras recientes, todas ellas sobre España. El libro resultante, *Viajes de entreguerras*, contenía material en el que aparecían de forma anónima Robles y Márgara Villegas, respectivamente, como «el hombre que caminaba resuelto para ser juzgado en consejo de guerra por su propio bando» y «la mujer» que esperaba a su marido. También ofrecía una descripción de la fiesta de la XV Brigada, en la que no mencionaba la conversación que mantuvo con Hemingway, pero sí describía al general «Walter» formado en la URSS, el polaco Karol Swierczewski, que posteriormente sería retratado como «Goltz» en *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway[68]. Quien manifestó la indignación más feroz fue Hemingway, que envió un cable desde un trasatlántico:

> Cuando decidas traicionar por dinero mientras tipos mejores que

> tú siguen combatiendo, hay una guerra con la que siempre podrás mercadear en algún sitio, pero si incorporas tus andanzas en un libro, por favor comprueba y averigua que Walter es polaco, no ruso STOP Entretanto agradeceríamos un pago simbólico por alguno de los préstamos que has utilizado en la famosa trilogía de éxito saludos Hem.

El telegrama iba seguido de una carta en la que, tras disculparse por el tono «baboso» del cable, manifestaba su indignación por algunos detalles del libro y por los artículos de Dos Passos que efectivamente acusaban al gobierno republicano español de Juan Negrín de ser títere de los rusos:

> El único problema de esto, Dos, es que Walter es polaco. Igual que Lukácz era húngaro, Petrov búlgaro, Hans alemán, Copis yugoslavo, etcétera. Lo siento, Dos, pero no conociste a ningún general ruso. La única razón que se me ocurre para que ataques, por dinero, al bando en el que se supone que siempre estuviste es un deseo irreprimible de contar la verdad. Así que, ¿por qué no contar la verdad? La cuestión es que no encuentras la verdad en diez días ni en tres semanas, y esta guerra lleva mucho tiempo alejada de la dirección de los comunistas[69].

Como no podía ser de otro modo, tuvo que pasar una década para que Dos Passos y Hemingway se reconciliaran en La Habana en septiembre de 1948. Antes, se encontraron en 1938 en Nueva York en la casa de un amigo común, Gerald Murphy. Tras una conversación con Hemingway en la terraza, Dos Passos entró en la casa y le dijo a Murphy: «Durante mucho tiempo crees que tienes un amigo y luego resulta que no lo tienes»[70]. Dos Passos siguió culpando a Álvarez del Vayo de no ayudarle a averiguar el destino de Robles. Sin embargo, no se manifestó explícitamente en público sobre el caso hasta julio de 1939, cuando escribió una descripción bastante comedida en forma de carta al *New Republic* en respuesta a una reseña muy negativa firmada por el crítico Malcolm Cowley de su novela *The Adventures of a Young Man*. En ella, Cowley afirmaba que Robles había sido detenido por espía fascista debido a pruebas condenatorias. La respuesta de Dos Passos dejaba ver que todavía se aferraba a lo que Pepe Quintanilla le había dicho y también

escribió:

> Simplemente, es muy probable que Robles, igual que muchos otros que eran conscientes de la sinceridad de sus propósitos, fuera víctima de una artimaña. Por una parte, mantuvo varias entrevistas con su hermano, que estaba preso en Madrid, para tratar de convencerlo de que se uniera al Ejército leal. Mi impresión es que la artimaña en su caso obtuvo la fuerza necesaria para urdirse porque los agentes secretos rusos creían que Robles sabía demasiado sobre las relaciones entre el Ministerio de la Guerra español y el Kremlin, y aquello, desde su muy singular punto de vista, no era políticamente seguro. Como suele suceder en estos casos, es probable que influyeran las animadversiones personales y las enemistades sociales.

Dos Passos envió una copia al editor de la antiestalinista *Partisan Review*, el crítico radical Dwight Macdonald, acompañada de una carta en la que decía: «En buena medida subestimé el estúpido modo en que Del Vayo me mintió sobre la forma en que murió Robles»[71].

Con el paso de los años, las opiniones de Dos Passos se volvieron aún más inflexibles. A mediados de la década de 1950 se había desplazado mucho más a la derecha. En 1956 publicó una selección de artículos con un comentario. Cuando escribía sobre el asunto Robles, presentaba a los rusos como los atroces conquistadores de la República española. Describió que sus indagaciones sobre la desaparición de su amigo suscitaban «la decepción, la mirada de miedo, el pánico por sus propias vidas», lo cual era sin duda una exageración. Escribió que había guardado silencio a su regreso de España a Estados Unidos porque «uno no quería ayudar al enemigo, sumarse a la inmensa propaganda contra la República española fomentada por tantos intereses distintos»[72]. En el clima de la Guerra Fría parece haber olvidado que le pidió a Maurice Coindreau que no dijera nada sobre su participación en el asunto Robles para que no se deteriorara su relación con el Partido Comunista. No era sincero al afirmar que había permanecido en silencio para no dañar a la República española. En su obsesión por preservar su reputación de integridad y discreción, también parece haber olvidado sus artículos de la revista *Common Sense* y de *Viajes de entreguerras*. En la década de 1970, ya no había ningún tipo de miramientos. En su

novela *Ebb*
Century's
da rienda suelta a su ira contra Hemingway, Martha Gellhorn, Sidney Franklin y Julio Álvarez del Vayo, al que retrata como «Juan Hernández del Río»[73]. Sin embargo, algunos años antes, mientras participaba en la campaña presidencial de 1964 del senador Barry Goldwater, Dos Passos le dijo a uno de sus camaradas empleados en la campaña, que era español y se preocupaba mucho por la Guerra Civil, lo que le habían dicho en aquella época, quizá en la fiesta de la XV Brigada. Contó que, en realidad, habían detenido a Robles con un sobre que estaba a punto de entregar a la Quinta Columna y que contenía información confidencial sobre la ayuda rusa a la República. Aquello, como es lógico, jamás se reflejó en ninguna de las declaraciones públicas de Dos Passos. En la misma línea, a principios de los años sesenta, Gustav Regler, mucho después de haberse vuelto contra el Partido Comunista, le dijo a Josephine Herbst que Robles era «una manzana podrida»[74].

3

Amor y política: Valencia y Barcelona

Se había conseguido repeler el primer ataque a Madrid de noviembre de 1936. Las subsiguientes tentativas rebeldes de cercar la ciudad, que culminaron en la batalla del Jarama, también habían fracasado. Tras la victoria republicana de marzo de 1937 en Guadalajara, los objetivos de los rebeldes cambiaron. La capital dejó de ser el blanco principal y Franco adoptó la estrategia de reducir el territorio republicano por partes, empezando por el norte. En consecuencia, al empezar la primavera de 1937, el interés de los corresponsales se trasladó de Madrid a Valencia. Como es lógico, siempre habría corresponsales y escritores impacientes por visitar la heroica ciudad, pero para obtener las autorizaciones y pases reglamentarios tenían que solicitarlos a la oficina de prensa de la nueva capital. El desplazamiento del centro de gravedad hacia Valencia quedó subrayado tras la constitución del gobierno de Juan Negrín el 16 de mayo de 1937. Barea era el hombre del pasado. Rubio Hidalgo recuperó su antigua relevancia, pero pronto quedaría eclipsado por una figura de importancia perdurable, la alta e imponente Constancia de la Mora, que, irónicamente, había estado casada con el hermano del jefe de prensa de Franco, Luis Bolín.

Louis Fischer la había conocido en abril de 1936 en casa de Julio Álvarez del Vayo, el periodista socialista que durante algún tiempo había sido embajador de la República en México. A Fischer le impresionó mucho la belleza de Constancia al estilo Modigliani. Para entonces, ella ya se había divorciado de Bolín y se había

casado con Ignacio Hidalgo de Cisneros, que había sido agregado militar de la República en Roma y, durante la guerra, sería jefe de las Fuerzas Aéreas. Más adelante escribió: «Era una española bien parecida y sombría, que se rebelaba contra su educación aristocrática y católica, y regentaba una tienda de antigüedades y arte popular enfrente de las Cortes». La tienda, conocida como Arte Popular, pertenecía a Zenobia Camprubí, la esposa del poeta Juan Ramón Jiménez. Cuando estalló la guerra, Constancia trabajó cuidando niños refugiados. A principios de 1937, Jay Allen y el poeta Rafael Alberti la habían convencido para que solicitara un puesto en la Oficina de Prensa Extranjera de la República en Valencia, que se hallaba bajo la autoridad del Ministerio de Estado. De la Mora le pidió a Louis Fischer que hablara en su favor a Álvarez del Vayo, que todavía era ministro de Estado en el gabinete de Largo Caballero. Constancia, con su conciencia política, casada con el jefe de las Fuerzas Aéreas de la República, Ignacio Hidalgo de Cisneros, y con su inglés, francés y alemán perfectos, era la candidata ideal[1].

Una vez contratada para el puesto que Barea había ocupado antes que ella, no le impresionaron las instalaciones escogidas por Rubio Hidalgo:

> A las oficinas se llegaba subiendo tres tramos de escalera de madera antigua, y eran un conjunto de salas con aspecto de granero y el suelo lleno de papeles desparramados, macabras paredes con la pintura desconchada, mesas y sillas viejas cubiertas de carteles rotos, papel carbón y ejemplares de periódicos polacos, suizos, alemanes, británicos y franceses.

Aún menos le impresionó el propio Rubio, que

> vivía como un topo metido en la Oficina de Prensa Extranjera. Su despacho estaba prácticamente a oscuras. Todas las persianas estaban bajadas. La única luz solar que entraba era la que se filtraba por las grietas de la puerta. Una lámpara de escritorio oscura y cubierta formaba un fantasmagórico charco verde en la penumbra. En mitad de esta oscuridad se sentaba el señor Rubio, medio calvo, con bigotillo, un rostro pálido y demacrado y gafas oscuras[2].

A nadie que trabajara con Rubio parecía impresionarle el hombre. Kate Mangan, que trabajó con él en la oficina de prensa, recordaba:

> Nunca llegaba a la oficina hasta por la tarde, se quedaba allí hasta la madrugada y hacía que le llevaran la cena y bandejas de café solo a su despacho. Rubio era pálido y calvo, y su apariencia era un tanto siniestra porque tenía unos ojos muy delicados y llevaba siempre gafas oscuras. La única luz que entraba en su oscuro despacho era la que procedía de las grietas de la puerta, de la lámpara del escritorio y del reflejo de su calva resplandeciente.

John Dos Passos le describe sentado «como un búho, con unas gafas enormes». Al principio, Rubio trató a Constancia de la Mora con condescendencia y la destinó a la oficina de la censura. Allí aprendió que los reporteros podían decir lo que quisieran siempre que fuera cierto y no revelaran información militar confidencial. En consonancia con ello, su labor iba a consistir en filtrar rumores exagerados, mentiras y mensajes militares codificados. En la oficina de prensa fue donde conoció a la sofisticada futura actriz Gladys Green, que más adelante se casaría con Burnett Bolloten, quien en aquella época era un corresponsal procomunista de United Press y pasaba por la oficina a diario[3].

Como consecuencia de las maquinaciones de Rubio Hidalgo, Barea quedó reducido a censor de la radio. En el verano de 1937, señaló que Constancia de la Mora «prácticamente había asumido el control del Departamento de Censura de Valencia y no le caía bien Rubio, que era una administradora eficiente, una mujer de mundo que se había unido a la izquierda por decisión propia, y que había mejorado enormemente la relación entre la oficina de Valencia y la prensa»[4]. Aunque a los corresponsales la censura les resultaba infinitamente menos incómoda que en la zona rebelde, de vez en cuando había discrepancias. Vincent *Jimmy* Sheean, del *New York Herald Tribune*, consideraba un error que la censura no permitiera nunca que los periodistas nombraran la fábrica de municiones de Sagunto. La lógica de los censores era incontrovertible, pero los frecuentes bombardeos de Sagunto ponían en evidencia que los rebeldes ya conocían la existencia de la fábrica. Pese a las

incursiones diarias de los bombarderos, los trabajadores de la industria de la ciudad habían decidido seguir en sus puestos. Milagrosamente, las bombas no habían caído sobre la fábrica y sí que habían destruido las casas que la rodeaban, pero los trabajadores sabían que un impacto directo sobre la fábrica de explosivos haría saltar en pedazos toda la zona, pese a lo cual rechazaban las oportunidades de marcharse. Sheean pensaba que los censores habían desperdiciado una gran oportunidad de dar publicidad al heroísmo de los trabajadores[5].

La ascensión de Constancia de la Mora hasta llegar a dominar la oficina de prensa no careció de dificultades. En octubre de 1937 tuvo que superar una grave crisis. Un día, Louis Fischer se topó con ella en una calle de Valencia. Sorprendido al ver a la famosa adicta al trabajo lejos de su escritorio y con aspecto alterado, le preguntó qué había sucedido, a lo que ella replicó amargamente: «Me han despedido… Prieto me ha despedido». El motivo era que este, como ministro de Defensa, había firmado un decreto por el que se pretendía limitar la capacidad de los comunistas de ganar prosélitos en las Fuerzas Armadas. Pese a que el decreto solo debía aplicarse en España, Constancia había censurado informaciones de corresponsales extranjeros para que no perjudicaran al Partido Comunista. Kate Mangan comenta de forma tangencial que Constancia se encontraba «bajo un nubarrón político temporal». La reacción de Prieto era comprensible, puesto que Constancia estaba censurando a su propio gobierno. Había telefoneado a José Giral, el ministro de Estado del que dependía ahora la oficina de prensa, y Giral la había destituido.

Poco después de verla, Fischer volvió a la Presidencia, donde se alojaba temporalmente junto con Otto Katz. Después de comer le dijo a Negrín: «Hoy Prieto ha hecho una tontería enorme». Cuando se lo explicó, Negrín exclamó: «Yo la habría mandado a la cárcel». Fischer admitió que la conducta de Constancia era imperdonable, pero que, al mismo tiempo, aquella mujer era insustituible en el departamento de prensa: «Todos los visitantes y periodistas extranjeros están encantados con ella y nadie haría su labor de forma medianamente parecida a la suya». Negrín se encogió de hombros, le dijo que dependía de Prieto y recomendó a Fischer que

fuera a verlo. Fischer concertó una cita con él y al final de la conversación planteó el asunto. Prieto contestó que Constancia era en esencia demasiado prepotente: «Es una Maura, y como su célebre abuelo, don Antonio Maura, primer ministro de España, es ruda y a veces histérica. Es su forma de ser». Y a continuación imitó su aire de desdén, con ademanes bruscos y despectivos. Al final, Prieto dijo que le parecía bien que decidiera Negrín, y Negrín dijo que hablaría con Giral.

Fischer preguntó si serviría de algo que todos los corresponsales extranjeros formularan una petición en favor de ella. A primera hora de la mañana, «un corresponsal bastante joven de United Press» (casi con total seguridad, Burnett Bolloten) había recogido firmas, pero Fischer le había aconsejado que se detuviera porque, según su experiencia en Rusia, el apoyo de los reporteros extranjeros podía perjudicar a un funcionario. Cuando Negrín dijo que pensaba que una petición podría ser útil, el propio Fischer firmó e instó a Bolloten a conseguir que también firmaran los demás corresponsales, incluidos Ernest Hemingway y Herbert Matthews. Pocos días después, Constancia estaba de vuelta en su puesto. Sin embargo, como Bolloten le había hablado de las reticencias iniciales de Fischer para firmar la petición, pero no de los posteriores esfuerzos realizados en su defensa, ella se enfadó y le culpó en parte de que la hubieran despedido. Aunque afirmó que aceptaba sus explicaciones de que él había presionado para que la restituyeran en su cargo, nunca le perdonó y se negó a volver a dirigirle la palabra[6].

Cuando el gobierno se trasladó de Valencia a Barcelona en noviembre de 1937, la Oficina de Prensa Extranjera se vio obligada a compartir edificio con el Departamento de Propaganda del Ministerio de Estado. Se decía que Luis Rubio Hidalgo estaba molesto por lo que percibía como una pérdida de independencia y relevancia. Sin embargo, fue escogido para ir a París como jefe de la agencia de noticias de la República española, la Agence Espagne. Una vez perdonada por su enfrentamiento con Prieto, Constancia de la Mora fue nombrada directora de la Oficina de Prensa Extranjera[7]. Aquellos cambios parecían haberse producido como consecuencia de un informe elaborado por Louis Fischer para

Negrín sobre los fallos de propaganda de la República[8]. La cabeza pensante que se ocultaba tras la Agence Espagne era el brillante propagandista de la Komintern Otto Katz. Kate Mangan le conocía por las visitas de este a Valencia, donde utilizaba el pseudónimo de André Simon. Posteriormente, Kate recordaría: «Aunque ya no era joven, era un hombre encantador, un ingenioso propagandista asombrosamente bueno para congraciarse con los tipos más dispares y utilizarlos con fines propagandísticos sin que ellos lo advirtieran»[9].

El informe de Fischer, elaborado probablemente tras consultar con Katz, fue crucial. Como revelan sus artículos, muy sentidos pero con análisis muy perspicaces, Fischer creía que lo mejor que un periodista podía hacer por la República era escribir con toda la precisión que los tiempos de guerra le permitieran. Jay Allen le había presentado a Negrín antes de la guerra. Ahora, se veía arrastrado cada vez más cerca del presidente mientras trataba de materializar su postura, según la cual la supervivencia de la República exigía un cambio de la política exterior de las democracias y que, a su vez, dependía de que se consiguiera que las opiniones públicas británica, francesa y estadounidense ejercieran presión sobre sus dirigentes políticos para que abandonaran la estrategia de la no intervención. Curiosamente, Katz había estado con Fischer en octubre de 1937 cuando este acompañó a Negrín durante una visita al hospital de las Brigadas Internacionales de Benicàssim. Fischer guio a Negrín por el hospital en el que, entre los heridos, le presentó al veterano inglés Tom Wintringham, a quien ya conocía tanto de la época en que este había sido intendente de las Brigadas Internacionales como a través de la joven corresponsal estadounidense Kitty Bowler[10].

No mucho tiempo después, el 9 de noviembre de 1937, Fischer escribió a Negrín desde París en unos términos que revelaban cuán estrecha se había vuelto su colaboración:

> Tanto en París como en Londres la impresión general es que nuestra situación militar es pésima y que Franco vencerá pronto … Un método eficaz para contrarrestar esta tendencia consiste en ofrecer una exposición correcta y optimista de nuestra situación militar. Aparte de los comunicados oficiales del mando, secos y fríos,

> llega poco al extranjero sobre la situación militar republicana. Propongo lo siguiente:
>
> 1) Elaborar un informe global semanal sobre la situación militar redactada, por ejemplo, por Cruz Salido o algún otro buen periodista. Debe publicarse en la Agence Espagne y entregarse simultáneamente a todos los corresponsales extranjeros en España …
>
> 2) De vez en cuando, cuanto más a menudo mejor, Prieto, Rojo o usted deberían recibir a uno o varios periodistas extranjeros y hablarles de nuestra situación y perspectivas militares. El mundo recibe muy pocas noticias de la España republicana.
>
> 3) Los periódicos continúan quejándose de que sus corresponsales no pueden acudir al frente. No pueden enviar a sus representantes a un país en guerra sin tener la garantía de que dichos representantes podrán pisar el escenario de los combates. Por estos y muchos otros asuntos, es esencial que usted cuente en su oficina con un departamento de prensa extranjera … Es también muy necesario aprovecharse al máximo de los recursos radiofónicos españoles. No están bien explotados. Debería usted tener un director de radio en su cancillería. De vez en cuando es importante animar a corresponsales y personas de peso del ámbito político a que visiten España. Creemos, por ejemplo, que en relación con la caída de los sentimientos favorables hacia nosotros, un grupo de periodistas franceses y británicos deberían mantener con usted una entrevista especial[11].

Fischer decía lo que en realidad ya sabían las trabajadoras más perspicaces de las oficinas principales de prensa de Madrid y Valencia, Ilsa Kulcsar y Constancia de la Mora. Ellas habían llegado rápidamente a la conclusión de que el mejor modo de contrarrestar la propaganda derechista contra la República era «brindar a los corresponsales extranjeros todas las oportunidades que podamos para que presencien la verdad, y a continuación todas las facilidades posibles para que escriban sobre ella y la transmitan al extranjero». Al igual que había hecho Ilsa antes que ella, Constancia descubrió que la política de facilitar contactos con altos funcionarios oficiales y visitas a los frentes de batalla ofrecía compensaciones, pese a que de vez en cuando hubiera contratiempos. Uno de ellos fue el relativo a William Carney, del *New York Times*, que en 1936 había revelado detalles sobre los

emplazamientos de cañones republicanos para dar ventaja a sus amigos franquistas. Otro tenía que ver con el distinguidísimo corresponsal del *Daily Express*, Sefton *Tom* Delmer. Expulsado en septiembre de 1936 por los nacionales porque consideraban que sus reportajes no eran lo bastante favorables a su causa, Delmer pasó a representar a aquel periódico en la zona republicana. Aunque los demás periodistas le tenían una alta consideración y rendían homenaje a su capacidad para conseguir una historia llamándolo en broma «Seldom Defter» («Difícil de mejorar»), en la oficina de prensa republicana se le consideraba hostil a la República.

De hecho, a Delmer solo le preocupaban las posibles consecuencias para los intereses británicos, y le dijo a Virginia Cowles que «la gente de por aquí es menos peligrosa para Gran Bretaña». Ella le describió como un ser razonablemente comprensivo con la República[12]. No obstante, según Constancia de la Mora, «en la Oficina de Prensa Extranjera a nadie le gustaba Sefton Delmer y todo el mundo desconfiaba de él». Según De la Mora, la antipatía que despertaba se debía en gran medida a que solo fingía apoyar a la República, aunque puede que la reticencia de la censora se debiera también a su propio esnobismo:

> Siempre se presentaba en mi despacho con ropa vieja y raída, camisas sucias, zapatos con restos de barro y pantalones tiesos de grasa. Nos parecía que su extraño atuendo era un insulto, porque sabíamos que en Londres era algo parecido a un dandi. Madrid, Valencia y Barcelona eran ciudades absolutamente civilizadas, aunque fueran españolas. Delmer siempre hablaba y se comportaba como si los españoles fueran alguna tribu de salvajes extraña e ignorante enzarzada en una especie de contienda absurda y primitiva librada con arcos y flechas.

Veinte años después, Delmer reconocería que solía llevar «unos pantalones de franela raída y encogida muy sucios y una chaqueta de piel marrón con manchones encima de una camisa caqui». En respuesta a Constancia afirmaba con orgullo: «Me gustaba mi indumentaria, pero chocaba con los prejuicios burgueses de algunos comunistas. Les resultaba particularmente espantoso que me vistiera únicamente con camisa y pantalones cortos»[13].

De todas formas, el aire desdeñoso y superior con el que Delmer generaliza sobre los españoles en sus memorias respaldaba en gran medida la opinión de Constancia de la Mora. En ellas habla de «la asombrosa mezcla de exaltación, fatalidad y gusto por la destrucción pura que conformaba su actitud ante la vida y la muerte»[14]. Sin embargo, Geoffrey Cox, que admiraba mucho el espíritu independiente de Delmer, creía que lo que había irritado a Constancia era probablemente su actitud en apariencia frívola y burlona[15]. De todos modos, otra razón importante que explicaría su desagrado por Delmer eran sus esfuerzos para eludir la censura. Sam Russell, un joven comunista británico que había recibido la baja de las Brigadas Internacionales por invalidez y que regresaba a España para retransmitir en inglés desde Barcelona, recordó un feroz enfrentamiento entre los dos. Mientras el gobierno residía en Valencia, Delmer había escrito una serie de artículos que Constancia le impidió transmitir. Él la sorteó y los hizo llegar a Londres a través de un buque de guerra británico que patrullaba el litoral español. Después regresó a Gran Bretaña, pero posteriormente solicitó en Londres un visado para la República española, lo obtuvo y regresó a España. Acudió a la oficina de prensa de Barcelona para ver a De la Mora con el fin de obtener las autorizaciones necesarias. Sam estaba allí cuando Delmer entró en el despacho de la censora, y a través del fino tabique pudo oír cómo ella le insultaba. Según parece, el repertorio de obscenidades de Constancia en inglés, aprendidas en sus tiempos de novicia en Irlanda, hicieron temblar las paredes. No le quedaba otra opción que darle los permisos a Delmer, pero jamás le perdonó su engaño[16].

No obstante, por lo general Constancia era mucho más amable y estaba más dispuesta a ayudar a los periodistas de lo que jamás lo había estado Rubio Hidalgo. Según parecía, este tenía fobia a los periodistas y los mantenía a distancia haciendo que su sombría oficina fuera lo menos acogedora posible. Las solicitudes de pases o cupones de gasolina para visitar el frente tenían que esperar varios días para recibir respuesta. Consciente de que la rudeza de Rubio estaba llevando a que los corresponsales, irritados, empezaran a hacer comentarios sobre la ineficacia de la República, Constancia propuso que se ayudara a los reporteros en lugar de ponerles trabas.

Rubio se alegró de que le ahorraran la tarea de reunirse con los corresponsales y dejó que Constancia se enfrentara a ellos, y se dispuso a hacerlo con entusiasmo, buscando sitio para ellos en una Valencia abarrotada de gente y organizando transportes y entrevistas: «Yo sabía, como todos, que la causa de la República dependía de que el mundo conociera los hechos». Les consiguió autorizaciones y gasolina para los vehículos con el fin de que pudieran tener acceso a los hechos por su propia cuenta[17].

A De la Mora le impresionó la determinación de corresponsales como Herbert Matthews para verificar los hechos tal cual eran, así como su saludable desconfianza ante la versión oficial.

> Acabé admirando profundamente esta pasión por los hechos. Al principio me irritaba, supongo que porque veía que no me creían. Pero acabé por comprender que, al fin y al cabo, ese era el modo de conseguir que los hechos se publicaran: que los corresponsales que los enviaban estuvieran convencidos de su exactitud porque los habían obtenido ellos mismos. No puedo evitar sonreír cuando escucho historias acerca de cómo «influíamos» en los corresponsales extranjeros. Y ahora, como es lógico, cuando se vuelve la vista atrás para valorar la cobertura informativa que hacían, uno percibe que si erraron se debió únicamente a que contaron de menos.

Pese a la estrecha amistad con Jay Allen, Henry Buckley, Burnett Bolloten y otros, probablemente fuera Herbert Matthews quien más cariño despertara en Constancia de entre todos los corresponsales. Así lo demuestra sin duda la afectuosa descripción que hace de él:

> Matthews, un hombre alto, enjuto y desgarbado, era uno de los hombres más tímidos e inseguros de los desplazados a España. Solía venir todas las tardes, siempre vestido con unos pantalones de franela gris, tras haber realizado arduas y peligrosas incursiones en el frente, para enviar su crónica por teléfono a París, desde donde se remitía por cable a Nueva York … No se acercaba a nosotros durante meses salvo para transmitir por teléfono sus crónicas; por miedo, supongo, a que pudiéramos influir en él de algún modo. Era muy prudente; solía dedicar días a rastrear un simple hecho: cuántas iglesias había en tal o cual pueblo, o cuáles eran los logros del programa agrícola del gobierno en tal o cual región. Finalmente, cuando descubrió que jamás tratábamos de proporcionarle la

> información, hasta el punto de no ofrecerle siquiera el comunicado de prensa más reciente a menos que él lo solicitara de manera expresa, se relajó un poco. Matthews tenía coche propio y lo utilizaba para ir al frente con mayor frecuencia que cualquier otro reportero. Teníamos que venderle gasolina de nuestro restringido almacén y siempre agotaba su cuota mensual. Entonces se acercaba a mi escritorio, muy tímidamente, para suplicar un poco más. Y siempre tratábamos de conseguirle algo: tanto porque nos gustaba y le respetábamos como porque no queríamos que al corresponsal del *New York Times* le faltara gasolina para comprobar la veracidad de nuestro último boletín informativo[18].

De la Mora se refería al hecho de que la oficina de prensa de Valencia no solo censuraba el trabajo de los corresponsales extranjeros, sino que les facilitaba diariamente una nota de prensa sobre el progreso de la guerra.

Según Louis Fischer, Constancia «fue un éxito. Conocía el idioma y la psicología de los extranjeros, y a los corresponsales les caía bien». Philip Jordan, del *News Chronicle*, escribió: «Nadie era tan amable como Constancia ni se tomaba tantas molestias para hacernos la vida más fácil»[19]. Peter Spencer, el vizconde Churchill (primo de Winston), pasó casi dos años en España con un grupo británico de atención médica conocido como Spanish Medical Aid. Posteriormente ofreció una descripción de los prejuicios de los periodistas extranjeros y de su reacción cuando trataban a Constancia de la Mora. Solían llegar, afirmaba con un considerable exceso de generalización que acaso contuviera algún rasgo autobiográfico, profundamente decepcionados de antemano por las deficiencias de los transportes existentes. En consecuencia, vivían

> en un estado de ira y rencor, resueltos a no aguantar ninguna tontería de los papanatas que gestionaban las cosas. Lo que no sabían, porque la prensa de la mayoría de los países no había conseguido informar de ello, era que algunos de los cerebros más inteligentes de España resolvían los asuntos en el bando gubernamental: gente culta, viajada, muchos de ellos eminencias en sus respectivas profesiones … [Entre ellos, Spencer otorgaba el puesto de honor a] la jefa de la Oficina de Prensa Extranjera en la persona de Constancia de la Mora, la esposa llamativamente hermosa y brillante de un exagregado militar. Constancia era

> portadora de la inconfundible aura del mundo social y diplomático de París, Nueva York y Londres. Hacía gala también de una inteligencia considerable y era lingüista. Cuando conducían ante su presencia a un extranjero, con frecuencia este reparaba de repente en que llevaba el mentón sin afeitar antes de pensar en las quejas que iba a formular[20].

Un tributo similar a la exigencia de habilidades diplomáticas en la oficina de prensa procede de las memorias de Kate Mangan, quien escribió:

> Solía haber una desagradable diferencia entre los modales de nuestros visitantes y los de sus anfitriones. Algunos de nuestros visitantes eran extremadamente proletarios, rudos y poco refinados; los anfitriones eran todos corteses y educados para lo que era habitual en la Sociedad de Naciones de Ginebra. Muchos de los españoles y la mayoría de quienes ocupaban puestos de gobierno debieron de parecer a nuestros invitados unos liberales decepcionantemente comedidos.

Ciertamente, no todos los corresponsales eran tan educados y cautelosos como Herbert Matthews. Kate Mangan recordaba haber tenido que hacer frente a impacientes exigencias de información por parte de Lillian Hellman, la dramaturga estadounidense de treinta y dos años, guionista de Hollywood y amante de Dashiell Hammett. Aunque no era comunista, la compañera de viaje Hellman se encontraba en el país para participar en el rodaje de la película *Tierra de España*, dirigida por el comunista holandés Joris Ivens con guión de Ernest Hemingway y John Dos Passos, así como para escribir sobre el Batallón Abraham Lincoln de la XV Brigada Internacional. Aunque contribuyó a recaudar fondos en Estados Unidos para la República española, durante su estancia en Valencia, Hellman «no mostraba indulgencia alguna ante el carácter precipitado y provisional de todo, ni ante la guerra». Otro autor destacado que dejó una impresión menos favorable fue Ilia Ehrenburg, a quien Kate recordaba como una «rata vieja y gris»[21].

Lo que sucedía en la oficina de Valencia y sus alrededores era radicalmente opuesto a lo que caracterizaba a la oficina del Madrid sitiado. Valencia, a centenares de kilómetros del frente de batalla,

apenas vivía el miedo y en absoluto la euforia de la capital. Se desconocían las cuestiones de vida o muerte que planteaban los obuses rebeldes que silbaban camino del edificio de la Telefónica. Las incursiones diarias de los bombarderos no llegaron a Valencia hasta más adelante, y nunca fueron tan intensas como las de Madrid o Barcelona. Philip Jordan llegó allí justo después de la Navidad de 1936. Posteriormente, escribió con cierta amargura que cuando llegó «pensaba que Valencia formaba parte de la guerra y aquello me exaltaba», pero «no me enteré de lo poco que en realidad estaba haciendo por Madrid la apartada Valencia hasta que lo descubrí por mí mismo»[22].

Stephen Spender visitó la oficina de prensa a principios del verano de 1937 y posteriormente recordaba: «Valencia ofrecía un aspecto mucho más normal que Madrid. Solo las noches de luna llena, que, como si de unos resplandecientes reflectores se tratara, exponía los muros de color hueso de los palacios al minucioso instrumental de observación de los bombarderos, parecía de verdad una ciudad habitada por la guerra»[23]. Similar comentario apareció en un artículo de la periodista estadounidense Elizabeth O. Deeble, que firmaba sus artículos como E. O. Deeble porque los editores eran reacios a aceptar artículos escritos por mujeres. El asunto hizo tanta gracia a sus amigos que acabaron llamándola simplemente Deeble. La periodista escribió acerca del hecho de que a finales de 1936 nadie hubiera visto ningún bombardero enemigo. Por otra parte, la ciudad estaba abarrotada de refugiados,

> gente desgraciada cuyos pobres hogares han dejado de existir, que todavía cargan con sus posesiones terrenales a sus espaldas, y que continúan afluyendo a Valencia a todas horas. De no ser por la extraordinaria eficiencia con la que se les alimenta, se les viste, se les acomoda y se les envía de nuevo a ciudades y pueblos cercanos, ciertamente habría un grave problema, ya que esta ciudad de 400 000 habitantes ha recibido a lo largo del último mes a casi un millón de forasteros de una u otra naturaleza[24].

Los problemas cotidianos más acuciantes para los corresponsales

extranjeros eran la imposibilidad de encontrar una habitación de hotel y de conseguir un medio de transporte para visitar Madrid. Resolver estas dificultades era una de las tareas que asumía la oficina de prensa y propaganda. La calidad de la vida cotidiana en Valencia, en lo tocante a seguridad y acceso a alimentos, permitía a veces olvidarse de que había una guerra declarada. Philip Jordan se las arregló para conseguir una habitación en el majestuoso hotel Victoria, hasta que descubrió que sus compañeros eran unos buitres:

> Hombres de armas, la mayoría de ellos alemanes, surgidos de todos los lugares imaginables, espías, rameras, más espías, buscadores de empleo, propagandistas, intelectuales venidos a menos que nunca habían sido adecuadamente apreciados en sus países de origen, aviadores borrachos, personas expulsadas del servicio… todo tipo de gentuza que intentaba sacar tajada de una ciudad en la que había dinero fácil porque la guerra todavía era joven.

Jordan esperaba encontrar el ambiente heroico del Madrid sitiado, y quedó decepcionado al no encontrarlo: «Mi idea de la guerra no era la de una fiesta permanente, si bien así parecía ser en Valencia»[25]. Nada menos que en mayo de 1938, Vincent *Jimmy* Sheean escribió: «Valencia era un lugar agradable. Allí había gran cantidad de comida en primavera, ya que la cosecha de frutas y verduras había sido excelente en la fértil llanura litoral de la que es capital. En el hotel Metropole comíamos dos veces al día carne y alguna verdura (coliflor o algo por el estilo), a lo que seguían unas naranjas». Según Sheean, en aquella época había incursiones aéreas a diario, pero se concentraban en el barrio portuario y «mientras yo estuve allí no llegaron al centro de la ciudad en ningún momento». Señalaba la ausencia de ambiente de guerra y que la mayor parte de las cosas se podían comprar en las tiendas[26].

Sin embargo, una cuestión que nublaba el horizonte para la oficina de prensa y propaganda era la necesidad de vigilancia y el clima de intriga que se derivaba de modo inevitable de la necesidad bélica de controlar estratégicamente la información en la capital. Es posible obtener una instantánea vívida de gran parte de lo que sucedía gracias a las memorias y cartas que nos han dejado

diferentes personas que trabajaron en la oficina de prensa de Valencia o que colaboraron con ella. Entre todas son únicas las memorias de Kate Mangan, que estuvo empleada allí entre principios y mediados de 1937. Nacida en 1904 con el nombre de soltera de Katherine Prideaux Foster, era una modelo y artista muy hermosa que había estudiado en la Slade School of Art del University College de Londres y que también había trabajado como maniquí. Se casó con el escritor izquierdista estadounidense de origen irlandés Sherry Mangan en 1931. El matrimonio no fue feliz, en parte debido a las limitaciones económicas, pero también porque él estaba celoso de los deseos de Kate de escribir. Tras enamorarse de Jan Kurzke, un alemán que había llegado a Londres huyendo de los nazis, se divorció de Sherry Mangan en 1935, aunque siguieron manteniendo la amistad. Jan Kurzke había combatido voluntariamente con las Brigadas Internacionales y ella se marchó a España en octubre de 1936 con la esperanza de estar con él[27]. Al principio encontró trabajos ocasionales como intérprete en Barcelona, y después ejerció de secretaria de un viejo amigo de Londres, Hugh/Humphrey Slater, con quien había estudiado en la Slade School of Art[28]. A través de Hugh Slater conoció a Tom Wintringham, el veterano comunista británico que muy pronto sería comandante del Batallón Británico de las Brigadas Internacionales, si bien oficialmente había acudido a España como corresponsal del periódico del CPGB (Partido Comunista de Gran Bretaña), el *Daily Worker*. Por mediación de ambos acabó por conocer a «una joven estadounidense menuda y vivaracha» llamada Katherine *Kitty* Bowler (en las memorias de Kate Mangan, Louise Mallory). Kate Mangan se vería finalmente compartiendo una habitación de hotel con ella y «arrastrada al torbellino vital de Louise [Kitty]», lo cual la llevaría a trabajar en la oficina de prensa de Valencia[29].

Kitty Bowler era una periodista de izquierdas independiente y con ambiciones que procedía de una familia rica estadounidense y que se había convertido en amante de Wintringham no mucho después de conocerle en Barcelona en septiembre de 1936. Su periódico local de Plymouth, en Massachusetts, la describía como «de estatura inferior a la media, esbelta, con grandes ojos castaños y una melena corta alborotada, no muy diferente de la de Amelia

Earhart»[30]. Además de ser una mujer joven con una energía inagotable, extremadamente guapa y con un aire malicioso, era también ambiciosa pero estaba profundamente comprometida con la causa del Frente Popular. Anteriormente había estado en Moscú, donde había mantenido una relación con el afamado corresponsal proestalinista que el *New York Times* había destinado allí, Walter Duranty[31]. Kitty había llegado a España con la recomendación del partido comunista de Estados Unidos y con un encargo poco importante del *Press*
People's
de Nueva York, pero con una feroz determinación de hacerlo bien. Como consecuencia de ello, el partido comunista catalán, el Partit Socialista Unificat de Catalunya, le había procurado alojamiento y manutención[32]. Sin embargo, su habitación de hotel fue requisada para alojar a una familia de refugiados. Deambuló «triste y desconsolada» hasta el café Rambla, donde encontró una mesa en torno a la cual se reunía un grupo de ingleses que, para el asombro de los catalanes, llevaban pantalones bombachos. «Yo observaba al grupito que ocupaba la mesa del rincón igual que las personas abandonadas de los cuentos que se asoman a través de un cristal esmerilado para ver a una familia feliz reunida en torno a la chimenea». Ellos la miraron con frialdad cuando se aproximó hacia ellos «tímida pero desesperadamente». En el momento en que iba a dar media vuelta para marcharse, «un hombre calvo de voz suave me tocó el brazo y dijo: "Únete a nosotros"»[33].

Era Tom Wintringham. Aunque difícilmente podía decirse que Wintringham fuera atractivo (se estaba quedando calvo, llevaba gafas y ya estaba casado), tenía un aire romántico. Ella quedó embelesada por su fértil conversación, sus modales amables y su sentido del humor. Inmediatamente entablaron amistad. En un principio, Kitty estaba encantada sobre todo por haber encontrado a alguien con la influencia y los contactos necesarios para ayudarla a reunir información para sus artículos, pero se enamoraron rápida y apasionadamente. Poco después, Tom escribió una descripción de cómo había nacido la relación, descripción que posteriormente omitió en sus memorias de la Guerra Civil española:

> Ella llevaba en Barcelona pocos días cuando apareció de repente en el café Rambla y vio una conmovedora selva de rodillas desnudas, algunas de las cuales quedaban casi a la altura de sus ojos, dado que los ingleses pueden ser increíblemente altos. Era la primera unidad médica británica, que llevaba pantalón corto: y con ella, acompañándola de forma ambigua, había un periodista calvo cuyo nombre conocía por haberlo visto en un libro que había leído en Estados Unidos.

Tras un viaje a un Madrid aterrorizado, solitario y oscuro, Kitty regresó sintiéndose «perdida, pequeña y asustada», pero el recibimiento que él le dio la confortó.

> Luego todo sucedió deprisa, pero no demasiado: algunas comidas juntos, café y coñac en el café Rambla, donde los amables camareros supieron lo que sucedía al menos tan pronto como ellos dos e indicaban al recién llegado con un gesto o una mano levantada dónde podía encontrar al otro. Después de aquello quedaba volver a su habitación de hotel, «en el quinto pino», siguiendo las vías del tranvía en la oscuridad. A ella le gustaba tener compañía en ese solitario paseo y él lo recorrió con ella tres veces antes de darle un beso de buenas noches.

Muy pronto, justo antes de partir hacia el frente para unos cuantos días, él se le declaró «nervioso y con voz entrecortada, sin perjuicio de otros intereses que cualquiera de los dos pudiera tener en personas que estuvieran a dos o a seis mil kilómetros de allí». Mientras él estuvo fuera, ella empezó

> a pensar que estaba enamorada de él (y él no pudo pensar en otra cosa). Y un día antes de lo que ella esperaba, él regresó y la encontró desbordante de ternura, cálida y llena de humanidad. Alguien alojado en una habitación de la planta inferior roncó como un oso durante toda la noche. Ellos se pasaron la noche escuchándolo y se rieron mucho, pero no por eso: se reían porque había finalizado la soledad y la tensión, para su alivio y felicidad[34].

Kitty no estaba afiliada al Partido Comunista de Estados Unidos, pero pertenecía a la Liga contra la Guerra y el Fascismo, así que se lanzó a la labor de propagar la causa republicana. Trabajó de forma voluntaria para el departamento de propaganda de la Generalitat de

Catalunya. Consciente de que la cantidad relativamente pequeña de noticias sobre Cataluña que llegaban a Estados Unidos se teñía mucho para dar la impresión de caos y desorden de inspiración anarquista, convenció al recién creado Comissariat de Propaganda catalán para que enviara periódicamente fotografías a bastiones izquierdistas estadounidenses como *Fight, The New Masses* y el periódico comunista oficial, el *Daily Worker*. Creado el 3 de octubre de 1936 bajo la dirección de Jaume Miravitlles, amigo íntimo del presidente Lluís Companys, el Comissariat fue el primer organismo estatal de la zona republicana que ejerció cierto control centralizado sobre los medios de comunicación. La carta que Kitty envió a Joe North, el editor, informándole al respecto y pidiéndole que remitieran ejemplares del periódico a la Generalitat, a ella misma y al PSUC, revela tanto sus esfuerzos como su afán de reconocimiento: «Estarían muy agradecidos si recibieran regularmente un ejemplar en la sede principal del PC. Les complació mucho que consiguiéramos que se les enviara de forma periódica el *English Worker*». Con cierta timidez, añadía: «No me haría ningún daño que mencionara el hecho de que yo le sugerí que lo enviara». A continuación exponía que «aquí colaboro muy estrechamente con Al Edwards y Tom Wintringham. Ambos se esfuerzan mucho en otros aspectos, de modo que yo hago la mayor parte del trabajo sucio de publicar propaganda y artículos para la prensa burguesa»[35].

Por tanto, sin albergar la menor duda acerca de su lealtad política, Tom estaba encantado de dejarla actuar como una especie de secretaria y mensajera, cosa que pronto les comportaría a ambos graves problemas. De hecho, su relación y las actividades que ella realizó en nombre de él la llevarían a ser una de las pocas corresponsales que fueron detenidas en la zona republicana y, posteriormente, expulsadas de ella. Kitty no tardó en escribir con asiduidad y enviar artículos a un amigo de Nueva York, el dramaturgo Leslie Reade, con la esperanza de que él pudiera colocarlos. Cuando no era capaz de encontrar algún lugar en el que pagaran por ellos, tenía autorización para facilitárselos a revistas de izquierdas como *Fight, The New Masses* o el *Daily Worker*. También escribía artículos con la ayuda de Tom, y los publicaba firmados por

ella en la prensa británica y con firma de él en el *Daily Worker* de Londres[36]. También con su ayuda, obtuvo permiso para viajar al frente de Aragón en octubre y para visitar el hospital de las Brigadas Internacionales de Grañén, en Huesca, donde trabajó durante un breve período como enfermera. Asimismo, Kitty escribía sus propios artículos, briosos y coloridos, para el *Manchester Guardian* y el *Daily Herald*, que redundaron en su beneficio para trabar unas buenas relaciones con diferentes grupos izquierdistas de Cataluña, algo que posteriormente se utilizaría contra ella[37]. De hecho, un indicio de cómo la relación acabaría siendo políticamente perjudicial para él es que, poco después de conocer a Kitty, Tom fue objeto de un informe hostil elaborado por dos antiguos amigos, Sylvia Townsend Warner y Valentine Ackland. Estos escribieron a la oficina central del CPGB: «Dedica mucho tiempo a asuntos personales y otras cuestiones colaterales al periodismo»[38].

Esta impresión se confirmó a principios de noviembre de 1936. Kitty se había marchado a Londres con la esperanza de recibir algunos encargos de artículos periodísticos. Tuvo éxito porque el *Manchester Guardian* aceptó que fuera ella quien sustituyera a su corresponsal habitual en Barcelona, su amiga Elizabeth Deeble. Sin embargo, Tom había aprovechado para enviar algunos mensajes a Londres a través de ella. Para hacer llegar uno de ellos, Kitty debía ir a la oficina central del CPGB en King Street para tratar de convencer al secretario general, Harry Pollitt, de que enviara más voluntarios a España. La elección de Kitty como emisaria fue algo poco prudente, no solo porque Wintringham estaba casado con una honorable mujer marxista, Elizabeth, sino también porque tenía una amante en Londres con la que había tenido un niño que llevaba su apellido. La mujer, Millie Wintringham, era otra funcionaria del partido (casada) que casualmente había trabajado en King Street y era amiga de Harry Pollitt. Generaba confusión el hecho de que, aunque nunca se casaron, Millie se cambiara el apellido legalmente por el de Wintringham.

En este contexto, la llegada de la perfumada, desinhibida y voluble Kitty a las oficinas del partido en King Street por fuerza debió de ser escandalosa. Kenneth Sinclair Loutit, que dirigía la Unidad Médica Británica, recordó posteriormente que

> todavía no se había inventado la tela de algodón que no necesitaba plancharse, pero Kitty, a pesar de su ropa rozada, siempre estaba muy guapa y olía bien … [Kitty], que en realidad iba a hacer un encargo de parte de Tom y en aquella época estaba locamente enamorada de su misterioso hombre, volvió a Londres a toda prisa y llegó a Victoria Station sucia y polvorienta. Fue directamente al hotel
> Brown's
> , se bañó, se puso su último vestido medianamente limpio, dio la vuelta a la manzana hasta llegar a la peluquería de Elizabeth Arden, se arregló el pelo, se compró en Wetheralls una gabardina reversible muy práctica, volvió al hotel para recoger su maletín y llegó en taxi a la oficina central del CPGB en King Street antes de las once de la mañana. Entró fresca como una rosa, tan resplandeciente como un billete nuevo de un dólar y en la sucia entrada dejó a su paso una inusual nube de fragancia de Elizabeth Arden.

Harry Pollitt no estaba allí, pero uno de los otros camaradas mojigatos que la vieron comentó posteriormente que llegó «oliendo a burdel y vestida como para ir a las carreras». Al mostrar entusiasmo por lo que había visto en Barcelona y en el frente de Aragón, donde se había mezclado con anarquistas y con el POUM, se convirtió de inmediato en sospechosa de ser «una zorra burguesa» con orientaciones trotskistas. Cuando presionó a un Pollitt claramente poco interesado por la necesidad de enviar más voluntarios, este respondió con brusquedad acusando a Wintringham de cobarde y sugirió que diera ejemplo «muriendo como Byron»[39].

El espíritu mujeriego de Wintringham ya había debilitado su posición en el seno del CPGB. Su hermana Margaret escribió a Kitty apuntando que los camaradas de España se referían a «Tom y a sus aventuras en tono burlesco» y que daban pie a comentarios despectivos hacia él[40]. El comunista británico enormemente influyente Ralph Bates escribió de su puño y letra a Pollitt en diciembre de 1936 para quejarse:

> Aquí todo el mundo está muy decepcionado con el camarada Wintringham. Ha hecho gala de ligereza llevando al frente de Aragón a una mujer que no es del partido, en la que ni los

> camaradas del PSUC ni los del CPGB tienen ninguna confianza. Entendemos que se confiaron verbalmente a dicha persona algunos mensajes para el partido en Londres. Se nos pide que enviemos mensajes a Wintringham a través de ella en lugar de a través de las oficinas del partido. El partido ha castigado a otros miembros por dar ejemplos de frivolidad mucho menos graves que estos[41].

Pollit nunca renunció a su convicción de que Kitty era una espía. Cuando Wintringham le preguntó en 1937 por qué pensaba que lo era, Pollitt contestó con un «soy capaz de olerlas» y recomendó que Tom transfiriera sus actividades a «esas damas españolas»[42].

A su regreso de Inglaterra, la segunda semana de noviembre, Kitty consiguió un empleo para retransmitir a Estados Unidos programas de radio para el servicio informativo en lengua inglesa del PSUC de Barcelona[43]. También consiguió afiliarse al sindicato socialista, la Unión General de Trabajadores, y estableció contacto con el periódico socialista *Verdad*, que posteriormente se convertiría en *Adelante*. Gracias a todo ello, le resultó mucho más fácil recabar información para sus artículos. Trabajó mucho en nombre de Luis Rubio Hidalgo para que la Federated Press de Nueva York aceptara informaciones del servicio de prensa republicano, llegando incluso al extremo de tratar de recaudar fondos para pagar los carísimos cables internacionales. En diciembre escribió a Wintringham: «Acabo de enterarme de un asunto candente, lo llevo siguiendo varios días y… ¡ale-jop!, me he convertido en la niña mimada del departamento de censura». Sus contactos con Tom Wintringham y Hugh Slater la vieron llegar a Madrid, en diciembre de 1936, en un coche facilitado por el periódico socialista *Claridad*. Aprovechó el viaje para obtener material para un reportaje sobre cómo pasaban la Navidad y el Año Nuevo las Brigadas Internacionales. Hacía tanto frío que los dedos se le quedaban pegados a las teclas de la máquina de escribir[44].

Después de regresar a Valencia, el 21 de enero de 1937 se produjo un incidente que sirvió de munición para aquellos miembros del partido indignados por la relación de Tom con Kitty. Las ametralladoras Colt utilizadas por el Batallón Británico se encasquillaban constantemente y Tom le pidió a Kitty que hablara con dos expertos artilleros de Valencia sobre cómo resolver el

problema. Una vez que recogió la información solicitada, no consiguió hablar con Tom porque los teléfonos no funcionaban. Así pues, las autoridades del partido en Valencia propusieron que la llevara ella en persona al cuartel general del Batallón Británico en Madrigueras, al norte de Albacete. Kitty partió de forma un tanto irresponsable, puesto que sabía que los periodistas que no eran miembros del Partido Comunista no eran bien recibidos. No obstante, complacido con la presencia de esta joven bonita y vivaracha en su despacho, el comandante británico Wilfred McCartney, «en broma o como un cumplido, extendió y firmó una orden del batallón» mediante la cual la nombraba «instructora de ametralladoras Colt» del batallón y la invitaba a quedarse algunos días. Al día siguiente de su marcha, su compañera de habitación, Kate Mangan, fue interrogada por miembros de los servicios de seguridad sobre el paradero de Kitty. Registraron la habitación y requisaron sus documentos personales. Un misterioso individuo (al que ella llama Selke en sus memorias) informó a Kate de que iban a expulsar a Kitty de España[45].

Sin conocimiento de Kate y en mitad de su segunda noche en Madrigueras, McCartney despertó a Kitty, que dormía en la habitación de su pensión, y le dijo que habían llegado dos hombres para detenerla y llevarla a Albacete. El comandante exigió que le devolviera el documento con la orden del batallón. Según su propio relato posterior, ella se refería a los dos hombres que la detuvieron en Madrigueras con los nombres de «Tweedledee y Tweedledum» («Hernández y Fernández»). «Eran dos hombres diminutos exactamente iguales que llevaban dos grandes abrigos y unas gorras enormes con visera y orejeras que se abotonaban detrás, en la coronilla. Se quitaban la gorra de vez en cuando, pero el abrigo jamás. Uno era polaco y el otro, húngaro. Tweedledee hablaba francés y alemán y era amable. Tweedledum también hablaba algo de inglés y estaba convencido de que yo era una peligrosa sirena». En Albacete la interrogó el jefe de las Brigadas Internacionales de la Komintern André Marty, con aspecto de matón: «Detrás de un escritorio con tapa móvil había sentado un anciano con unos bigotes de morsa de primera categoría. Se había echado un abrigo apresuradamente por encima del pijama. No es de extrañar que

tuviera sueño y estuviera irritable. Me recordaba a un mezquino burócrata francés». Marty era algo más que irritable, era un carnicero paranoico. Le devolvió toda la documentación española tirándosela encima, incluido el carnet de la UGT[46]. Según el relato que Tom hizo posteriormente a Victor Gollancz, se debía a que él «consideraba que los españoles eran una raza atrasada incapaz de juzgar políticamente a una extranjera». Marty «tenía la opinión, muy propia de los franceses, de que las mujeres que viajaban sin sus maridos (a él le acompañaba su esposa) lo hacían sin ninguna buena intención». La acusó de ir a Madrigueras sin la autorización necesaria, de entrar en unas instalaciones militares, de interesarse por el funcionamiento de las ametralladoras y de haber visitado Alemania e Italia en 1933. Para Marty, todo aquello representaba una prueba indudable de que era una espía trotskista. Pese al hecho de que era estadounidense, estaba acreditada y era corresponsal del *Manchester Guardian*, estaba dispuesto a que la fusilaran de inmediato[47].

Kitty fue interrogada en francés durante tres días y tres noches por varios relevos de interrogadores. Uno de ellos era un compinche de Marty llamado Bill Neumann. Al registrar su equipaje, Neumann había descubierto, metido entre las páginas de un libro, un poema que le había escrito Wintringham. Neumann suponía que se trataba de un código y era una prueba de que era una espía, opinión que compartía Marty. Neumann había visitado Madrigueras y había tratado de que el cocinero del campamento informara sobre Wintringham. También había hablado con el propio Wintringham y le había dicho que debía «apartarse de esta joven». «Ese no es modo —escribió un enfurecido Tom en una de las tentativas realizadas en aquel momento para limpiar el nombre de ella— de hablar de una camarada simpatizante del partido que desarrolla su trabajo como periodista en la gran prensa liberal». Cuando Kitty explicó a uno de sus interrogadores que se encontraba en Madrigueras debido a su relación con Tom, replicó bruscamente que aquello era mentira y que no podía estar enamorada de él porque no tenía ni pelo ni dientes. Las cartas de Kitty le habían sido arrebatadas a él y utilizadas contra ella por considerarse material comprometedor[48]. De hecho, según el brigadista que trabajaba en los servicios de

propaganda de la República, Sam Russell, la jovial facilidad de Kitty para entablar conversación con todo aquel que conocía justificaba que fuera seguida por los servicios de seguridad. Un informe escrito en español sobre el interrogatorio de Kitty y las preguntas de Neumann a Tom fue enviado a Harry Pollitt. Cuando Russell se lo tradujo, Pollitt estalló en una carcajada y dijo: «El problema de Tom es que ha ido por la vida con la polla por delante»[49].

Mientras ella todavía se encontraba bajo custodia, Tom estaba al tanto de lo que sucedía y no se le permitía verla, pero se las arregló para escribirle. La angustia que sufría por el destino de Kitty quedaba atemperada por su disciplina de partido:

> La amplitud y la gravedad de la investigación parecen deberse a la difusión de la descripción de una espía, descripción que se parece a la tuya. Espero que te des cuenta, cuando todo haya pasado, de que es necesario realizar este tipo de tareas. Pero, querida mía, detesto pensar que en este momento estás sometida a presión. Impresionaste a Marty por ser «muy, muy fuerte, muy aguda, muy inteligente». Aunque se pronunciaron para mostrar la desconfianza hacia ti (las mujeres periodistas deberían ser débiles y estúpidas), sentí un arrebato de orgullo al oír estas palabras[50].

Kitty quedó en libertad un tanto traumatizada, aunque, con la ayuda de Wintringham, recuperó muy pronto su optimismo habitual[51].

Cuando llegó a Valencia, bromeó con Kate sobre su experiencia y sonreía mientras decía: «¡Chist! He estado en chirona. Al principio me divertí mucho y vi bastante a Tom, lo cual no está mal. Ahora todos los de las Brigadas llevan uniforme y boina. Cuanto más importantes son, más grande es la boina y más sobresale, y las llevan con un estilo muy personal. Me interrogó André Marty, el comandante en jefe, y la suya es como una pagoda». Sin embargo, cuando descubrió que habían registrado su habitación y habían requisado sus documentos, se derrumbó y se echó a llorar. Además, pese a las cartas y los informes que Tom remitió a Albacete en su defensa, continuó siendo objeto de vigilancia policial. La investigación se prolongó y fue condenada a ser expulsada de España. Extrañamente, ya fuera debido a la ineficacia burocrática o

a su condición de corresponsal extranjera, la orden no fue ejecutada hasta julio de 1937[52].

Además, resultó que a Kitty no le llegó la orden de expulsión. Como consecuencia de un tiroteo accidental sucedido el 6 de febrero de 1937, McCartney fue sustituido como comandante del Batallón Británico por Tom Wintringham. Una semana después, en la batalla del Jarama, Tom fue herido en una pierna. Kitty acudió a todo correr junto al lecho de Wintringham. Lo encontró delirando y con una fiebre altísima. Como ninguna autoridad dentro de las Brigadas Internacionales mostraba el menor interés por Tom, Kitty fue al despacho de Largo Caballero y, con la ayuda de dos amigos, el periodista estadounidense Griffin Barry y el diletante británico Basil Murray, intimidó a su secretaria para que llamara a un especialista amigo íntimo de Negrín, el doctor Rafael Méndez, que diagnosticó tifus. Entretanto, la familia de Tom había ejercido presión para que el Comité del Spanish Medical Aid enviara una enfermera, la temible Patience Edney, que, junto con Kitty, sin duda le salvó la vida. Con ayuda del doctor Méndez, Kitty consiguió que trasladaran a Tom a una habitación individual del hospital militar Pasionaria de Valencia, donde Patience descubrió que también estaba aquejado de septicemia, cosa que resolvió con una operación improvisada. Kitty también consiguió que examinara a Tom el doctor Norman Bethune, el distinguido médico canadiense al que ella había entrevistado por su experiencia durante la retirada de Málaga. A partir de entonces, ella lo atendió hasta que estuvo en condiciones de reincorporarse a su unidad. Sus amigos comunes consideraban que Kitty «le había mantenido aquí, en la Tierra, a base de pura fuerza de voluntad y trabajo»[53]. En algún momento de abril, Hemingway, acompañado de Martha Gellhorn, visitó a Tom en el hospital. Como Kitty apenas se apartaba de la cama de Tom, podemos suponer que estaba presente y que consiguió renovar su relación con su antigua compañera de clase de Bryn Mawr, el centro universitario femenino de Nueva Inglaterra[54].

De nuevo en Valencia para estar cerca del hospital, Kitty había retomado su amistad con Kate Mangan, que se había trasladado allí a finales de 1936, pese a que había una leve tensión entre ambas acerca del trato que debía dispensarse a Tom. Los dos amigos de

Kate, Griffin Barry y Basil Murray, habían tratado de organizar con la Embajada británica la repatriación de Tom a bordo de un buque hospital. Kitty se oponía a ello porque sabía que si Tom hubiera estado consciente se habría negado a marcharse, pero también porque sabía que la sola petición a las autoridades británicas le causaría problemas con la dirección del Partido Comunista. En un informe que Kitty redactó para Peter Kerrigan escribió que, como consecuencia de su oposición a la idea, «Kate Mangan, miembro del partido español, me acusó de ser despiadada diciendo que si el camarada Wintringham no era trasladado al buque hospital seguramente moriría». Llegado el momento, la Embajada británica se negó, pero el incidente acabó ocasionando tales apuros a Tom que Kitty se sintió obligada a redactar aquel informe[55]. Tras haber interrumpido sus labores periodísticas mientras cuidaba de Tom, Kitty precisamente volvía a situarse como corresponsal cuando el 2 de julio se presentó ante las autoridades de Valencia para obtener un pase con el que ir a Madrid. Cuando se comprobaron los archivos, se descubrió que había una orden fechada en enero de 1937 para que se la expulsara de España. Desolada por tener que abandonar la causa española, a la que estaba tan entregada, y todavía impresionada, escribió a Tom que «esto no ha arruinado mi amor por ti ni por España; solo siento un odio profundo hacia las estupideces, las crueldades y la burocracia de la vida»[56].

La frustración de Kitty no degeneró nunca en amargura. Si hubiera tenido alguna intención de vengarse o, simplemente, de aprovecharse de algún modo de la experiencia, no habría tenido problemas para vender su historia a una prensa que tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos estaba hambrienta de relatos anticomunistas. Tal como Tom explicó posteriormente al editor de Victor Gollancz,

> cuando algún país detiene o expulsa a un periodista, este suele considerar que la historia de su experiencia es digna de publicación. Kitty no deseaba dar ninguna publicidad a sus experiencias, ya que pensaba que el antifascismo era más importante que cualquier perjuicio personal. Y hasta el estallido de esta guerra ambos ignorábamos las querellas políticas y personales que se destapaban propagadas por los camaradas. En este país todavía quedaba alguna

> esperanza de un Frente Popular y esos camaradas constituían un factor esencial para avanzar en dicha dirección.

Retrospectivamente, no obstante, concluía entristecido que «la decisión tomada por Harry Pollitt y otros de tratar a Kitty como si fuera una espía fascista, de rechazar toda investigación sobre su trabajo en Estados Unidos o España, y de excluirme a mí del PC porque no obedecía la orden de abandonar a la mujer con la que iba a casarme … Ahí las cosas tenían raíces políticas además de personales». Lo que quería decir era que el sectarismo impedía a la dirección comunista británica considerar al Frente Popular como algo más que una táctica a corto plazo y explicaba su incapacidad «para creer en el Frente Popular como algo auténtico y humano»[57].

Un legado importante del tiempo que pasó Kitty en España fue su amistad con Kate Mangan. Esa amistad había sobrevivido a sus discrepancias sobre el buque hospital, en buena medida gracias a toda la ayuda que Tom y ella habían brindado a Kate en sus esfuerzos por conseguir que trataran al herido Jan Kurzke. Kitty había convencido a Norman Bethune de que examinara a Kurzke, y le visitaba continuamente en el hospital, mientras que Tom le enviaba comida y cigarrillos y más adelante contribuyó a gestionar que las autoridades de la brigada autorizaran su regreso a Gran Bretaña[58]. Gracias a la amistad entre las dos mujeres, podemos reconstruir gran parte de lo que sucedió en la oficina de prensa y propaganda de Valencia.

Cuando Kate Mangan se puso a escribir sus memorias tras la guerra de España, retrató a Kitty Bowler como una neoyorquina típica, infinita y agotadoramente desbordante de energía, segura de sí misma e indiscreta, pero también reflexiva y muy dispuesta a ayudar. Fue gracias a Kitty que Kate acabó en la oficina de prensa y consiguió por tanto ofrecer su singular perspectiva de las personas que trabajaban allí. Kitty confiaba en vano en conseguir un empleo como redactora en la oficina de prensa de Valencia. El problema era en gran medida que estaba demasiado ocupada cuidando de Tom, aunque quizá influyó también que todavía pendían sobre ella las sospechas. El puesto recayó en una periodista estadounidense

mucho más experimentada, Milly Bennett. Pese a su falta de éxito, Kitty sugirió a Kate que quizá pudiera conseguir un cargo menos importante como secretaria y traductora si hablaba con «su amigo» Liston Oak, el relativamente famoso izquierdista estadounidense que dirigía el boletín en lengua inglesa elaborado por la oficina de prensa de Valencia. Oak era un individuo un tanto gris y depresivo. En realidad, según Kate, «al igual que ocurría con la mayoría de la gente que Louise [Kitty] me presentó, Liston Oak no era amigo suyo de verdad»[59]. Quizá no eran amigos (Oak parecía haber hecho pocos en España), pero Kitty ciertamente conocía a Oak. En una carta que le envió a Kitty a principios de noviembre de 1936 Tom escribió: «¿Harías el favor de decirle a Oak que tenía la intención de verle a su regreso pero que, como sabes, no pude?». Más adelante, el 27 de enero de 1937, Kitty escribió a Tom anunciándole la llegada al hotel Inglés de Valencia de «una muchedumbre de gente nueva que giraba en torno a Liston. Un curioso transplante de la izquierda británica y estadounidense. Hablando, hablando, parece extrañamente fuera de lugar en esta vida». No quedaba claro si este último comentario era una referencia a Liston Oak o a la multitud de recién llegados[60]. Animada por Kitty, y equipada con una carta de presentación de Hugh Slater, a finales de diciembre de 1936 Kate fue a ver a Liston Oak, quien la contrató.

Cuando finalmente consiguió reunirse con él en su lúgubre habitación de hotel, a Kate le pareció que ese Liston Oak, «bastante pedante y a menudo melancólico», decididamente no era tan impresionante. Le describió como «un estadounidense alto, de aspecto distinguido y mediana edad, con gafas y pelo canoso rizado que le cubría la nuca. Solía llevar una boina caída muy grande». Algo en el larguirucho e hipocondríaco Oak suscitó las sospechas de Kate: «Liston era un personaje camaleónico. Siempre me pareció irreal, un imitador, aunque no lo supe hasta después de que hiciera de las suyas». Sus ideas políticas eran de orientación libertaria. Manifestaba su interés tanto por la FAI como por el POUM, y mantuvo acaloradas conversaciones con el sociólogo austríaco Franz Borkenau, que pasó por Valencia cuando investigaba para su libro *El reñidero español*. Sin embargo, a Kate le parecía que «hasta el trotskismo de Liston era poco verosímil»[61]. En abril de 1937 debió

de encontrar alguna razón para modificar esa opinión. «Era el personaje más peligroso de todos: un excomunista. No sé si le habían expulsado del partido o se había marchado él. En apariencia, sus antiguos socios no lo sabían, porque había llegado a España con unas referencias escritas irreprochables para lo que era habitual en un izquierdista»[62]. Según el escritor estadounidense Stephen Koch, Liston Oak era un estalinista que antes de llegar a España había estado en Moscú, donde le habían ofrecido empleo en un periódico de lengua inglesa dirigido a visitantes extranjeros, el *Moscow Daily News*. Sin embargo, antes de aceptar el puesto estalló la Guerra Civil española e hizo que Louis Fischer intercediera en su nombre para obtener trabajo en la República española. Pese a que no sabía hablar español, las «referencias escritas irreprochables», unas recomendaciones del Partido Comunista estadounidense y otras de Fischer, consiguieron que fuera aceptado. La explicación de Kate sobre la razón por la que Oak estaba en España era bastante menos siniestra: «Cuando descubrí que su segunda esposa le había abandonado, supuse que había venido a España para olvidarse de ello». Sin embargo, Kate también comentó el hecho de que llevaba una carta de presentación dirigida a alguien a quien en el manuscrito de ella se nombra como «Kellt, el antiguo jefe del departamento del extranjero». Es difícil identificar a ese Kellt. Como Kellt no hablaba inglés, debemos descartar como candidato a Otto Katz, que sí lo hablaba[63].

En la oficina de prensa Kate también conoció a Coco Robles, el hijo de dieciséis años de José Robles Pazos, cuya historia aparece en el capítulo anterior. Educado en Baltimore, donde su padre era profesor de la Universidad Johns Hopkins, Coco hablaba un inglés americano perfecto además de francés, español y algo de ruso. Kate le recordaba como «un chico de dieciséis años desgarbado, con la tez oscura, los dientes muy blancos y grandes y unos ojos de color gris claro con largas pestañas». Constancia de la Mora consideraba que era «uno de los chicos más inteligentes, capaces y con el carácter más dulce que he conocido»[64]. Kate, Coco y Milly Bennett peinarían las informaciones de la prensa y las agencias de noticias republicanas en busca de historias que pudieran traducirse y ofrecerse a los periodistas extranjeros. También tradujeron discursos

de políticos republicanos como Dolores Ibárruri o ministros del gobierno[65]. Una de las cosas que con toda probabilidad impresionó más a Kate fue hasta qué punto las autoridades republicanas no escatimaban ningún esfuerzo para facilitar las visitas de periodistas, escritores y políticos extranjeros: «El gobierno español es elogiosa e igualmente cortés con todos, auténticos y falsos, y contamos con toda clase de personajes; desde la estrella de cine Errol Flynn, que vino aquí en busca de publicidad y escenificó una falsa salvación por los pelos en Madrid, hasta el deán de Canterbury, que de verdad se salvó por los pelos en Durango»[66].

La californiana Milly Bennett (Mildred Bremler), a quien Kate se refiere en sus memorias como Poppy, quizá no tuviera una belleza deslumbrante, pero sí una sed de vida que le garantizó un continuo suministro de amantes. Kate la describe como alguien

> extremadamente popular entre los hombres y que siempre conseguía un romance. Es probable que se debiera a que era cariñosa, una persona auténticamente buena y también una compañía muy entretenida. Fue una reportera de primera clase y muy conocida por ello; y, de no haber sido por el hecho de simpatizar con la izquierda, si bien no pertenecía a ningún partido político, habría ganado un buen montón de dinero. En el pasado ya había ganado mucho. Únicamente sus opiniones de izquierdas y sus aventuras amorosas, que la convertían en una especie de canto rodado, se interpusieron en su camino. Había estado en todas partes, en Honolulu, en Shanghai, en Moscú, y nunca le faltó trabajo porque era muy competente.

Milly había informado de la Revolución china de Chiang Kaichek. Se desplazó a Moscú en 1931 y trabajó para el *Moscow Daily News*, además de ser corresponsal a tiempo parcial para el *New York Times* y la revista *Time*. Se hizo muy amiga de Robert Merriman, el futuro comandante del Batallón Lincoln de las Brigadas Internacionales, y de su esposa Marion, a quien había conocido en Moscú a principios de 1935. Marion recordaba: «Yo habría dicho que Milly estaba “loca”, por decirlo de alguna manera. Era una extravertida incontenible que no conocía límites y cuya curiosidad le exigía ir detrás de prácticamente todo aquello que se le ocurría». En aquella época Milly trabajaba con Anna Louise

Strong, que era codirectora del *Moscow Daily News*, pero no se quedó allí mucho tiempo[67].

Según Marion Merriman, «Milly Bennet era una nómada que no dejaba de moverse, de un continente a otro, de una guerra a otra, de un empleo a otro, recogiéndolo todo en cualquier periódico que estuviera dispuesto a pagarle». Adondequiera que fuera, como señalaba Kate Mangan, gozaba de gran popularidad entre los hombres. Marion escribió:

> Milly era una mujer fea, pero estaba dotada de una figura extraordinaria. No vestía de un modo particularmente atractivo, sino que prefería llevar camisas y blusas de trabajo propias del desaliñado negocio del periodismo. Pero su figura bien contorneada la convirtió en el blanco de más de un hombre con la mirada alegre. Tenía treinta y nueve años, aunque aparentaba menos. Su rostro reflejaba sus viajes, con los rasgos muy marcados y toscos. Se la consideraba «uno de los chicos» en la oficina del periódico y en las barras de las cafeterías en las que se reunían los periodistas, una multitud entre la que había pocas mujeres.

En aquella época, Milly vivía con un bailarín de ballet ruso. Cuando Marion le preguntó a uno de los corresponsales en Moscú por el secreto del atractivo que Milly representaba para los hombres, este le contestó: «“¿Has bailado alguna vez con ella? No, claro que no”, añadió con un guiño que hacía pensar que el encanto de Milly no residía estrictamente en su capacidad para recopilar y redactar las noticias». Sefton Delmer guardaba recuerdos similares, aunque menos cariñosos, de la mujer. En una descripción desmesuradamente exagerada escribió:

> Siempre estaba haciendo el payaso, gesticulando, burlándose de sí misma y comportándose como una buena colega, cosa que era comprensible. Porque Milly, que lucía una mata de pelo fuerte y áspero, un rostro cetrino y unas gafas de culo de botella sobre el grueso tocón de la nariz, tenía uno de esos torsos anchos con las piernas cortas que por lo general ignoran los varones de nuestro hemisferio cuando cortejan.

Milly no era, en todo caso, una mosquita muerta. «Bebía whisky como el mejor de los corresponsales cuando podían conseguirlo, y

vodka durante buena parte del resto del tiempo. Milly gustaba a todo el mundo y todo el mundo la respetaba. Era una profesional».

Si nos basamos en los comentarios que hizo a Merriman en muchas conversaciones acaloradas, quedarían pocas dudas de que Milly Bennett no era comunista. Era tremendamente crítica con el sistema soviético y absolutamente escéptica con la versión oficial de su inexorable progreso. Cuando estalló la Guerra Civil española, quiso ir tras un antiguo amante, Wallace Burton, que se había marchado para enrolarse en las Brigadas Internacionales. Con cierta dificultad, Milly consiguió convencer a sus jefes rusos para que la nombraran corresponsal en España. Burton murió en el campo de batalla, pero Milly se quedó para escribir de vez en cuando artículos para el *Times* de Londres, la Associated Press y la United Press. También trabajó en la oficina de prensa y propaganda de Valencia, se enamoró de un brigadista sueco llamado Hans Amlie y contribuyó, además, a reunir material para *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway[68].

Aunque Milly no era comunista, tuvo problemas con uno de los corresponsales más de derechas. Kate escribió sobre un acto al que asistió y en el que el presidente de la República, Manuel Azaña, pronunció un discurso:

> Un periodista estadounidense muy alto me izó para que yo pudiera ver por encima de todas las cabezas. Hank, el estadounidense, era amigo de Poppy y solía llevarnos a tomar una cerveza o nos invitaba a algún cóctel en su apartamento. Cuando se marchó de España escribió un libro a favor de Franco en el que decía que Poppy era una agente roja enviada directamente por la Komintern y nos reímos mucho con eso, pero quizá hubo gente que se lo creyó[69].

El periodista en cuestión era H. Edward Knoblaugh y el libro, *Corresponsal en España*. Lo que en él afirmaba resultó enormemente perjudicial. Todo en Knoblaugh hacía pensar en una considerable inestabilidad política y ambigüedad moral. Otros corresponsales le apodaron Doaks. Sobre el trabajo desarrollado por Poppy y Kate

escribió lo siguiente:

> Dos veces al día recibía en mi despacho de Valencia una inmensa pila de material procedente del Ministerio de Propaganda. Raras veces utilizaba algo de este material sin verificarlo minuciosamente, pero a veces era imposible comprobarlo. Uno de los artículos que sí utilicé ejemplifica la gran habilidad alcanzada por la maquinaria propagandística en el lapso de unos pocos meses. Se trataba de una historia escrita por Milly Bennett, una de las jóvenes redactoras estadounidenses con más talento de la nómina gubernamental, en la que se describía la evacuación de Málaga. Mi oficina había solicitado urgentemente que cubriera la información de la situación de Málaga, pero el gobierno, negando toda posibilidad de que Málaga cayera, no proporcionaba coches a los corresponsales que desmintieran su afirmación. La historia, escrita por la empleada del Ministerio de Propaganda, una joven con mucho talento recién salida de siete años de formación en Rusia, era una «entrevista fantasma» que citaba al doctor Norman Bethune, un canadiense jefe de una unidad de transfusión sanguínea que trabajaba para la España leal, sobre las vivencias que ella le atribuía entre los refugiados que huían de Málaga. Su «entrevista», bien escrita, refería la «inconcebible atrocidad de los bárbaros invasores», las «innumerables escenas de horror creadas por los extranjeros» y la «terrible tragedia de los incontables millones de personas obligadas a huir de sus hogares». No mencionaba, claro está, que quienes «obligaban» a huir eran los propios leales. Tal como sucedió posteriormente en Bilbao, muchos de los que no querían marcharse fueron ejecutados por «contrarrevolucionarios». Aunque lo hubiera mencionado, no habría sido capaz de enviarlo. No tenía ninguna duda de que, ciertamente, había mucho sufrimiento entre los hambrientos malagueños que se esforzaban por huir hacia el este por la carretera de Almería. Había visto ya algunas de las penurias que sufrían los refugiados en otras partes de España. No tenía ningún modo de ir allí para cubrir la información yo mismo, de modo que utilicé este artículo ya elaborado recortando parte de la propaganda más obvia con la que la historia estaba salpicada, pero dejándolo bastante completo[70].

De hecho, el episodio al que se refiere Knoblaugh fue absolutamente real. Su cinismo cruel contrastaba con la actitud de Lawrence Fernsworth, que acudió con Kate Mangan a cubrir la retirada y quedó profundamente conmovido por la angustia

resignada de los refugiados[71].

No todos los que trabajaban en la oficina eran tan eficientes como Milly Bennett. Curiosamente, en una carta dirigida a Kitty Bowler, Elizabeth Deeble escribió que Kitty habría desempeñado aún mejor que Milly esa labor en la oficina de prensa. La envergadura del trabajo que se esperaba de un empleado de prensa y propaganda puede deducirse de la carta de Deeble. Además de su tarea periodística para el *Manchester Guardian* y el *Washington Post*, trabajaba como una especie de equivalente de Liston Oak en el Comissariat de Propaganda catalán de Jaume Miravitlles. Como jefa de la sección inglesa de allí, era

> directora (y escribo prácticamente la totalidad) del boletín de propaganda en lengua inglesa con Miravitlles (con razón lo llaman «maravillas», pues las hace); realizo la mayoría de las traducciones al inglés y superviso el resto para él, Companys, etc.; traduzco al español todas las cartas que llegan en inglés, y traduzco las réplicas españolas o catalanas de nuevo al inglés; hago tareas de intérprete para todos los visitantes británicos y estadounidenses; represento aquí a la Agence Espagne; colaboro con el boletín religioso; estoy tratando de escribir un libro sobre España en los pocos segundos libres que tengo; sigo la pista de toda la prensa británica y la mayor parte de la francesa, además de la prensa diaria española, y cada dos por tres me marcho a los desfiles o me dejo fotografiar por el bien de la causa.

Todo esto lo relataba sin quejarse. «¡Ojalá pudiera quedarme sin dormir o sin comer, pero me resulta imposible! De esta forma, escribo unas cinco o seis mil palabras al día en varios idiomas, algunas originales, y encuentro tiempo para afanarme a hacer también otras cosas»[72].

En Valencia, Liston Oak no debía de trabajar a ese ritmo. De hecho, se ausentaba a menudo de la oficina y, cuando estaba allí, llamaba la atención por su falta de tacto diplomático con los escritores visitantes. Por ejemplo, trabó una floja relación con el famoso poeta W. H. Auden, que había llegado creyendo que podía servir a la causa de la República trabajando en la oficina de prensa y propaganda. Oak adoptó una «actitud violentamente hostil» que nacía de los puros celos. Rubio encargó a Auden que tradujera un

discurso de Azaña, cosa que hizo con tanta elegancia e imaginación, a juicio de Kate Mangan, que mejoró el original. Finalmente, Auden acabó exasperado con la política y las intrigas de Valencia y solicitó por voluntad propia marcharse al frente como camillero[73].

Como ya se ha visto, Liston Oak se vio implicado tangencialmente en el escándalo que rodeó a la muerte de José Robles Pazos y sus consecuencias. Casi con toda seguridad, fue Oak la primera persona que le dijo a Coco Robles que había oído que su padre estaba muerto. Aquello fue el 9 de abril, al día siguiente de que John Dos Passos llegara a Valencia y visitara la oficina de prensa para obtener salvoconductos y organizar lo relativo a su viaje a Madrid. Debían de haberse conocido antes, pero retomar el contacto desempeñaría entonces cierto papel en la deriva de Dos Passos hacia el anticomunismo. Al cabo de tres semanas, Oak estaría en Barcelona suplicándole a Dos Passos que le ayudara a salir de España. La razón de aquel pánico ostensible era que había sido cada vez más indiscreto acerca de sus contactos con el POUM. Sin duda, los vínculos con una organización que los rusos consideraban trotskista no servirían para mejorar su posición como empleado del Ministerio de Estado.

De todos modos, la seguridad de su puesto de trabajo no debía de ser la prioridad de Liston Oak. Según Kate Mangan, Oak ya había manifestado el deseo de salir de Valencia: «Liston empezaba a impacientarse en su puesto, estaba perdiendo interés y descargándose de sus obligaciones cada vez con mayor frivolidad. Se quejaba cada vez más de su reumatismo. Decía que su salud se resentía con el clima húmedo de Valencia». Se desplazó durante un breve plazo a Madrid y habló con vaguedad de abrir una oficina allí. Sin embargo, pareciéndole demasiado peligrosa la capital sitiada, regresó a Valencia. De todos modos, muy pronto partió hacia Barcelona afirmando que iba únicamente a hacer una visita. Constancia de la Mora señaló que el clima allí era aún más húmedo y frío. En cualquier caso, a Kate le parecía que Liston se sentiría más a gusto en Cataluña debido a su simpatía hacia el POUM. Además, nunca dimitió formalmente de su cargo en la oficina de prensa. Rubio Hidalgo tenía una opinión muy favorable de Oak y daba por supuesto que volvería enseguida. La oficina de Valencia

siguió enviándole copias de sus notas de prensa y le encargó que escribiera artículos sobre la situación económica catalana. Cuando dejó de responder a cualquier tipo de comunicación procedente de allí y no se materializó ningún artículo, «por fin nos dimos cuenta de que había desertado de su puesto». Milly Bennet señalaba: «Es muy propio de él abandonar una tarea en cuanto la ha empezado. Toda su vida ha sido un fracaso»[74].

La marcha de Liston Oak apenas afectó al funcionamiento de la oficina de prensa. A la reorganización expuesta en el informe de Fischer sobre la insuficiencia de propaganda de la República le quedaban todavía seis meses para aparecer. El verano y el principio del otoño de 1937 fueron testigos de algunas victorias pasajeras de la República, como los éxitos iniciales de Brunete y Belchite, pero también atestiguaron la desastrosa pérdida del norte. Pese a la paulatina erosión del territorio, en Valencia la moral seguía siendo alta. El traslado de la oficina de prensa a Barcelona, junto con el resto del gobierno, coincidió con una reorganización de los recursos republicanos que parecieron dar fruto con la toma inicial de Teruel el 8 de enero de 1938. Sin embargo, la pérdida de la ciudad el 21 de febrero abrió camino a un inmenso avance de los rebeldes, que llegó al mar el 15 de abril y, por tanto, dividió en dos partes la zona republicana. El final estaba a la vista, pero Negrín seguía decidido a continuar combatiendo y se negaba a creer que las democracias pudieran continuar ciegas a la amenaza del Eje. La mayoría de los corresponsales compartían su optimismo y su compromiso.

Aun cuando la situación se volvía cada vez más deprimente para la República, no hubo ningún endurecimiento de la censura ni de las condiciones de trabajo para los corresponsales, aparte de las penurias que tenían que compartir con el resto de la población. En Barcelona había poca comida, nada de agua caliente para ducharse, pocas posibilidades de utilizar transporte público y cada vez más escasez de medicamentos imprescindibles[75]. Los bombardeos sobre la capital catalana crecían en intensidad y la superioridad numérica de Franco se hacía presente en el frente de modo cada vez más peligroso. En marzo de 1938, Hemingway, Jim Lardner (otro joven corresponsal hijo del novelista Ring Lardner) y Jimmy Sheean visitaron la oficina de prensa situada en la amplia avenida Diagonal

de Barcelona. Al igual que la mayoría de los demás edificios de la ciudad, las ventanas estaban atravesadas por tiras de papel engomado para impedir que se astillaran con la onda expansiva de las bombas. Constancia de la Mora reservó habitaciones de hotel para Sheean y Lardner. Pese al avance de los rebeldes en Aragón y los atroces bombardeos sufridos recientemente por Barcelona, Sheean encontró a Constancia de la Mora tan jovial y atareada como siempre. Cuando a mediados de abril los rebeldes penetraron hasta el Mediterráneo, Jimmy Sheean tuvo una grata sorpresa al percibir el respeto que suscitaban las credenciales emitidas por la oficina de Constancia en ambas partes de la zona republicana. Su trabajo chocó con pocas restricciones:

> En una ocasión marché al frente para pasar tres o cuatro días por mi cuenta (sin hacer caso del consejo del agregado de prensa local) y nunca tuve ningún problema importante. Los jóvenes que conducían camiones con alimentos o municiones siempre estaban dispuestos a llevarme; los mandos militares se mostraban afables y ofrecían mucha información; siempre encontré un lugar donde dormir y una manta con que taparme.

Bajo la fiereza de los ataques rebeldes, «los republicanos tendían a suponer que cualquiera que apareciera por el frente era un amigo. Jamás supe de una guerra en la que un extranjero perdido pudiera deambular con tanta libertad, ni siquiera con acreditaciones de prensa». Lejos de sentirse amenazado, sensación habitual entre los corresponsales de la zona nacional, Sheean y los demás se sintieron invitados a compartir las precarias raciones de los soldados[76].

A mediados de 1938, cuando la situación de la República empeoraba dramáticamente, Cedric Salter, que había trabajado en España tanto para el *Daily Telegraph* como para el *News Chronicle*, quería conseguir trabajo para representar al *Daily Mail*. Como el periódico de lord Rothermere llamaba la atención por sus opiniones obstinadamente profascistas, parecía improbable que quisieran tener un corresponsal en España o menos aún que las autoridades republicanas lo autorizaran. Sin embargo, Bill Williams, el corresponsal de Reuters, convenció a Salter de que probara suerte. La primera parte de la operación consistiría en convencer a la

oficina de prensa republicana de que sería infinitamente beneficioso para la República que existiera algún reportero relativamente objetivo en el, hasta la fecha, franquista hasta la médula *Daily Mail*. La segunda parte de la operación consistiría en persuadir al director del *Daily Mail* de que la inevitable caída de la República contada desde dentro supondría una fabulosa serie de reportajes de la que ellos serían incapaces de informar, dado que no tenían ningún corresponsal para hacerlo tal como estaban las cosas.

Así pues, Salter fue a ver a Constancia de la Mora, a quien calificó de «la dictadora del Departamento de Prensa Extranjera». Aunque él sospechaba que De la Mora estaba comprometida con el Partido Comunista, la respetaba profundamente. «Pocas personas, y ninguna otra mujer, me han impresionado anteriormente debido a esa actitud mental enérgica que latía en ella. Tenía treinta y tantos años, modales y vestimenta un poco masculinos y muy buen gusto para escoger secretarias bonitas. Todo lo que hacía y decía era discretamente eficiente, desapasionado y clarividente». Él fue quien expuso que podría ser útil para la causa republicana contar con una voz en el *Daily Mail*. De la Mora le concedió su aprobación, si bien no sin dejar claro que sabía que a él le motivaba la necesidad de conseguir otro trabajo después de que le reemplazaran por William Forrest como corresponsal del *News Chronicle*: «Siempre dejé que Constancia creyera que iba al menos tres pasos por delante de mí». Una vez obtenida la autorización, Salter se apresuró a ir a Londres y convenció al *Daily Mail* de que le contratara como su primer, último y único corresponsal en la España gubernamental. Comenzó su labor informativa acerca de los últimos días de la República a principios de junio de 1938[77].

Cuando Willie Forrest regresó a España, impresionó por su valentía a todos los que le conocieron. Según Cedric Salter, Forrest jamás dio muestras de la menor preocupación por el peligro, «paseándose con despreocupación mientras las balas silbaban desagradablemente cerca, y sin molestarse siquiera en agacharse». Al parecer, el único indicio de que se percataba del peligro era que su acento escocés se marcaba de un modo llamativo. Durante uno de los bombardeos de

artillería más famosos que afectaron al hotel Florida, ocurrido el 22 de abril de 1937, Josephine Herbst le describió como un hombre con rostro de cordero, «que se comportaba muy bien y con un aspecto grisáceo». Sin embargo, fueron sus reportajes delicados y realistas los que impresionaron tanto o más que su valentía. Cuando Willie estuvo en Madrid durante los peores días del asedio, Geoffrey Cox reconoció su asombrosa capacidad para recoger en sus artículos la intensidad del instante. Pero no todos los periodistas estaban tan impresionados como Cox. Ciertamente, no lo estaba la intérprete de Willie, Kajsa, una bailarina sueca a quien el principio de la guerra había sorprendido en Barcelona y que, después de trabajar una temporada de enfermera, consiguió empleo en la oficina de prensa. Sin valorar todo lo que trabajaba, se quejó a Herbst de que Willie «siempre quiere saber cosas irrelevantes». Sin embargo, Constancia de la Mora compartía el aprecio de Cox por Forrest y le consideraba,

> en todos los aspectos, uno de los mejores corresponsales de los que informan sobre la guerra. Tenía un fino sentido del humor escocés que hacía aflorar en los momentos más difíciles. Jamás le vi nervioso o preocupado. Jamás le oí quejarse. Los bombardeos nunca le hacían temblar, las derrotas nunca debilitaban su fe en el pueblo español. Conocía España a fondo y empleaba ese conocimiento para dar a sus despachos un tono informativo y una facilidad de comprensión que pocos reporteros alcanzaban. Se desplazaba lentamente por Valencia y Barcelona, en apariencia sin tener nunca prisa, jamás preocupado. Pero sus informes llegaban siempre a tiempo y contenían siempre más datos que los de muchos reporteros que levantaban enormes polvaredas, creaban problemas y no conseguían nada con sus molestias[78].

Reconociendo la valentía de algunos de los corresponsales, un veterano brigadista internacional, Bernard Knox, señalaba que la única diferencia esencial entre un reportero de guerra y un soldado es que uno puede ir de un lugar a otro cada vez que quiera, mientras que el otro debe quedarse donde se le ordene[79]. Sin embargo, algunos corresponsales en la zona republicana se encontraron cada vez más en situaciones peligrosas, decidieron quedarse y a menudo demostraron un valor que excedía con mucho

al de sus obligaciones profesionales inmediatas. Cedric Salter subrayaba en particular el valor físico de Herbert Matthews y afirmaba que, mientras que en condiciones normales solía mostrarse irascible, bajo el fuego se convertía en «uno de los hombres más amables, educados y considerados. Cuando las cosas pintaban francamente mal, podía caminar haciendo algún gesto amable y sonriendo con simpatía a todo el que viera. Me formé la impresión de que, únicamente bajo circunstancias auténticamente peligrosas, se encontraba de verdad en paz consigo mismo y con sus congéneres»[80]. Las situaciones en las que se ponía a prueba el valor de los corresponsales no escaseaban.

Herbert Matthews, Jimmy Sheean, Robert Capa y Willie Forrest fueron algunos de los últimos corresponsales en abandonar Cataluña antes de que los franquistas alcanzaran la frontera francesa. Sheean, Matthews, Buckley y Hemingway participaron en una espeluznante travesía por el Ebro en una barca que casi quedó destrozada al chocar contra unos espinos. Se salvaron gracias a la fuerza bruta y la impetuosidad de Hemingway[81]. Después siguieron la retirada del Ejército republicano desde Tarragona a Barcelona mientras era bombardeado y despedazado. Matthews describió la aterradora escena mientras riadas de refugiados recibían los impactos de los bombardeos cerca de El Vendrell: «Los cuatro corresponsales y nuestro chófer, así como todos los demás en esa zona, sufrimos el infierno que la guerra moderna lleva a todo el mundo sin excepción»[82].

La noche del 24 de enero de 1939, Constancia de la Mora entró en la sala de prensa del hotel Majestic y anunció con dramatismo que, a la medianoche del día siguiente, saldrían los últimos coches para evacuar a los corresponsales que quedaban. Se despidió con solemnidad estrechando la mano de todos y cada uno de ellos. Al día siguiente, William Forrest y O. D. Gallagher, del *Daily Express*, cargaron su equipaje y partieron. Cedric Salter, a salvo porque sabía que era poco probable que el Ejército franquista de ocupación molestara a un reportero del derechista *Daily Mail*, se quedó para ser el último corresponsal británico en Barcelona. Consiguió congraciarse rápidamente con los vencedores y envió una crónica presencial de la caída de la ciudad[83]. Tras cruzar la frontera

francesa, Gallagher se las arregló de algún modo para llegar a Madrid, donde sería el último corresponsal que quedara cuando los franquistas tomaron la capital.

Cuando cayó Barcelona, el gobierno de Negrín se estableció en el castillo de Figueres, al norte de Girona. Matthews entrevistó al presidente, que reafirmó su decisión de seguir combatiendo. Matthews quedó profundamente impresionado por los esfuerzos que se llevaban a cabo para abordar los problemas que planteaban los refugiados hambrientos que dormían en las calles de Figueres expuestos a los bombardeos rebeldes[84]. Después de la última sesión de las Cortes celebrada en territorio español, Negrín permaneció en el castillo de Figueres hasta que las últimas unidades del Ejército republicano hubieron atravesado la frontera el 9 de febrero. En torno al patio, se habilitó una sala con el nombre de «Consejo de Ministros» escrito torpemente con tiza en la pared, junto a la puerta. La plaza del pueblo, cerca de la que se había instalado la oficina de prensa y propaganda en una casa requisada, estaba abarrotada de refugiados. Luisi, la esposa de Álvarez del Vayo, distribuía alimentos para el personal y los periodistas que quedaban. La situación era caótica, había mucho ruido en la oficina, estaba sucia y rebosaba las veinticuatro horas del día de reporteros que llegaban y se marchaban camino de la frontera francesa. Todo aquel que remotamente hubiera tenido algo que ver con el Ministerio de Estado o tuviera algún pariente que en algún momento hubiera trabajado allí, iba a aquel apartamento donde se había instalado la oficina de prensa. Los corresponsales y los funcionarios del gobierno permanecían juntos compartiendo la poca comida que pudiera conseguirse y durmiendo en el suelo. Era un símbolo de la solidaridad que había nacido entre muchos de los reporteros y la República.

Sheean atravesó la frontera con el ánimo más deprimido que pueda imaginarse y envió su última crónica de guerra desde Perpiñán. Igual que Herbert Matthews, Henry Buckley, Jay Allen, Ernest Hemingway, Martha Gellhorn, Louis Fischer, Willy Forrest…, igual que tantos otros corresponsales extranjeros, Jimmy Sheean había acabado vinculándose emocionalmente a la República española. Habían sido infundidos del espíritu con el que la

población republicana combatió en unas condiciones sumamente adversas. Habían compartido parte de sus penurias y se marchaban sabiendo que, como no se había frenado el fascismo en España, sus agresiones se dejarían sentir ahora en Francia, Gran Bretaña y, finalmente, Estados Unidos. Al cabo de cinco semanas, Hitler entró en Praga y Neville Chamberlain declaró que estaba indignado y que no confiaría en absoluto en la palabra del Führer. Todos ellos, Fischer, Matthews, Allen, Sheean, habían repetido de forma insaciable que la pasividad de las democracias estaba allanando el camino de la victoria fascista. Ahora, no sin cierta amargura, escribía Sheean: «Este extraño y tardío despertar del primer ministro no tiene valor alguno en la balanza de la historia, y servirá de poco para impedir siquiera que sus coetáneos perciban el verdadero valor de un hombre que ha puesto sistemáticamente los intereses de su propia clase y condición por encima de los de su país o de los de la propia humanidad»[85].

Herbert Matthews, Willy Forrest y William Hickey, del *Daily Express*, atravesaron la frontera para enviar reportajes pero regresaron a España, si bien tendrían que abandonarla poco después. Al día siguiente, Matthews escribió su último despacho. Había presenciado escenas desgarradoras de enfermos y heridos atravesando la frontera para ser arrojados a unos campos de concentración creados con toda rapidez y absolutamente antihigiénicos[86]. Volvió la vista atrás sobre su trabajo de los últimos dos años, durante los cuales había escrito con sinceridad mientras confiaba en una victoria republicana:

> Muchos se burlaron de lo que había contado, de la historia de valentía, tenacidad, disciplina y nobles ideales. Los despachos que describían la crueldad de los franceses y el cinismo de los británicos habían sido criticados y negados. En el fondo, yo también estaba vencido, enfermo y, de algún modo, traumatizado por la guerra, como debe de ocurrirle a cualquier persona que soporta la tensión de siete semanas de riesgos incesantes, llegado el final de una campaña de dos años. Durante algunos años estuve aquejado de una especie de claustrofobia, provocada por haber quedado atrapado, como en un torno, en un refugio de Tarragona durante uno de los últimos bombardeos. De modo que estaba deprimido física, metal y

moralmente … Pero ¡menudas lecciones aprendí! Valían mucho. Aun entonces, abatido y desanimado como estaba, algo silbaba en mi interior. Al igual que los españoles, había librado mi guerra y había perdido, pero no podrían convencerme de que había dado un mal ejemplo[87].

4

La zona rebelde: intimidación en Salamanca y Burgos

A Kate Mangan, que trabajaba en el gabinete de prensa republicano en Valencia, le sorprendió mucho hasta qué punto sus colegas trataban de facilitar el trabajo a los periodistas extranjeros[1]. En cambio, en la zona rebelde los únicos corresponsales que recibían tantas atenciones eran los que procedían de la Italia fascista, la Alemania nazi y Portugal. Este hecho era un reflejo no solo de la mentalidad militarista predominante, sino también del personal seleccionado para supervisar las relaciones con la prensa extranjera. A los pocos días de llegar a Sevilla, anticipando su futura eminencia, Franco montó un servicio de prensa y propaganda. El Gabinete de Prensa quedó establecido el 9 de agosto, con el periodista monárquico Juan Pujol Martínez como director y con Luis Antonio Bolín como encargado en la práctica del trato con los periodistas. Pujol era el candidato del general Sanjurjo. El periodista había participado en la preparación del golpe militar frustrado del general en agosto de 1932, y había estado con él en Lisboa poco antes de que muriese en un accidente aéreo[2]. Pujol había trabajado para *ABC* antes de ser nombrado director de *Informaciones*, en el que aceptó ayuda económica del Tercer Reich a cambio de artículos favorables a los nazis y ferozmente contrarios a los judíos, entre ellos, uno del propio Hitler titulado «Por qué soy antisemita». También abrió las páginas del periódico a líderes

falangistas y otros simpatizantes fascistas españoles. Pujol pertenecía a la Confederación Española de Derechas Autónomas y era diputado de las Cortes por las islas Baleares. Tenía como segundo de a bordo a Joaquín Arrarás, miembro del grupo monárquico ultraderechista Acción Española, así como amigo íntimo y primer biógrafo del Generalísimo. El 24 de agosto, el gabinete pasó a denominarse Oficina de Prensa y Propaganda. Bolín, que fue corresponsal de *ABC* en Londres, había despertado el interés de Franco por su papel en la contratación del *Dragon Rapide* que se había utilizado para transportar al líder rebelde de las islas Canarias a Marruecos. Bolín se ocupó sucesivamente de las Oficinas de Prensa Extranjera de Sevilla, Cáceres y Salamanca, y participó durante los asaltos a Málaga y Bilbao[3]. No deja de ser curioso que, en la zona republicana, el homólogo de Bolín acabase siendo su cuñada, Constancia de la Mora.

Cuando el general José Millán Astray, fundador de la Legión Extranjera Española, llegó a Sevilla, Franco le reclutó de inmediato para propagar su causa por la zona nacionalista. En el palacio de Yanduri de esa ciudad, le instalaron cerca de Franco junto a sus más estrechos colaboradores[4]. Millán Astray se dedicó a proclamar sin respiro la grandeza del futuro Caudillo. A Franco le complació tanto la adulación que, en el frío otoño de 1936, decidió reemplazar al menos carismático Pujol por su antiguo mentor. Millán Astray se convirtió en el nuevo jefe oficial de la ampliada Oficina de Prensa y Propaganda, ubicada de forma improvisada en el Instituto Anaya, un viejo palacete que acogía la Facultad de Ciencias de la Universidad de Salamanca[5].

A principios de agosto, varios corresponsales acompañaron a las columnas del Ejército de África durante la primera parte de su avance desde Sevilla a Madrid. Sin embargo, no tardó en establecerse un control más estricto, pues las matanzas que el Ejército dejaba a su paso no eran algo que los rebeldes quisieran divulgar en la prensa internacional. Por lo tanto, primero bajo la autoridad general de Pujol y luego bajo la de Millán Astray, la responsabilidad de controlar a los corresponsales extranjeros recayó en Luis Bolín. A los que le conocían como un monárquico anglófilo les desconcertó encontrarlo en Salamanca ostentando el título de

capitán y compartiendo residencia con otros miembros de alto rango del cuartel general de Franco en el palacio de Monterrey, cedido por el duque de Alba. Apenas se dignaba a hablar con sus viejos amigos. Tras haber sido nombrado capitán honorario de la Legión Extranjera, en recompensa por haber acompañado a Franco en su viaje, había empezado a vestirse de legionario. Con pantalón de montar y botas altas, que golpeaba con una fusta, se pavoneaba amenazante por la sala de prensa fulminando con la mirada a los periodistas allí congregados a la espera de salvoconductos o cualquier otra documentación. Aunque los otros oficiales de la Legión le veían como un personaje algo cómico, dado que no sabía nada de asuntos militares, él ejercía su autoridad espuria obligando a los corresponsales a formar filas como si fuesen soldados bajo sus órdenes y luego caminaba entre ellos amenazador, con cara de pocos amigos[6]. Durante la campaña de Málaga, Noel Monks, del *Daily Express*, se quedó escandalizado ante la crueldad de Bolín: «Cada vez que veíamos una patética pila de "rojos" recién ejecutados, con las manos atadas a la espalda —por lo general detrás de alguna casa de labranza en un pueblo recién ocupado—, escupía a los cuerpos y les llamaba "sabandijas"»[7].

Según sir Percival Phillips, corresponsal del *Daily Telegraph*, Bolín «logró que los corresponsales británicos y estadounidenses lo odiaran como a la peste»[8]. En general, todos los periodistas extranjeros le detestaban y temían, en parte porque solo les dejaba visitar el frente con escolta militar, pero sobre todo porque, cada dos por tres, amenazaba con ejecutar a alguno de ellos. La censura prohibía toda mención sobre las atrocidades cometidas por los nacionalistas, o sobre la presencia cada vez mayor de alemanes e italianos en su zona. Tres días después de la matanza del 14 de agosto de 1936, el cámara René Brut, de los noticiarios Pathé, llegó a Badajoz y filmó montones de cuerpos apilados. Fue arrestado en el hotel Sevilla el 5 de septiembre y encarcelado durante varios días. Bolín amenazó con ejecutarle, y solo se salvó de la muerte porque Pathé envió una copia amañada del documental al cuartel general de Franco[9].

La edición parisiense del *New York Herald Tribune* publicó una descripción de la matanza de Badajoz basada en una crónica de la

agencia de noticias United Press. La firmaba Reynolds Packard, un periodista de UP, pese a no ser el autor de la noticia. Cuando el *Manchester Guardian* hizo referencia al artículo original en enero de 1937, Bolín mandó llamar a Packard a Salamanca para amenazarle de muerte. Aterrorizado, Packard envió un cable a Webb Miller, jefe de la oficina europea de United Press en Londres, suplicándole que informase a Bolín de que él no había escrito el artículo en cuestión, cosa que este hizo. En otra ocasión ocurrió un incidente parecido y Bolín solicitó lo mismo al representante de la Havas Agency en la España nacional, Jean d'Hospital. Tanto United Press como la Havas Agency dijeron que los autores de los cables enviados no eran ni Packard ni D'Hospital, pero no negaron la veracidad de la información. Bolín pasó las repuestas al comandante británico Geoffrey McNeill-Moss, defensor entusiasta de la causa franquista, que las utilizó para «demostrar» que los informes de la matanza de Badajoz eran falsos[10].

En la tercera semana de agosto de 1936, el barón Guy de Traversay (algunas veces escrito «Traversée»), corresponsal de *L'Intransigeant*, periódico francés de centro derecha, fue ejecutado por los rebeldes en Mallorca. Traversay había viajado con las expediciones republicanas que habían intentado retomar la isla a mediados de agosto. Llevaba cartas credenciales de la Generalitat catalana firmadas por Jaume Miravitlles, que más tarde sería nombrado jefe del Comissariat de Propaganda. Al ser capturado, Traversay se identificó como periodista. Cuando los oficiales rebeldes vieron los documentos firmados por Miravitlles, dudaron un instante pero, finalmente, le ejecutaron. El escritor católico francés Georges Bernanos tuvo que identificarle y se quedó horrorizado al encontrarse frente al cadáver ennegrecido y brillante de Traversay, que había sido rociado con gasolina e incinerado en la playa junto a los cuerpos sin vida de otros muchos prisioneros republicanos[11].

El 25 de septiembre de 1936, cuando las columnas africanas que avanzaban hacia Madrid se desviaron de Maqueda a Toledo, Webb Miller, de United Press, fue arrestado en Torrijos. Se había

interceptado un telegrama de su oficina en el que se pedía al periodista que investigase los rumores que circulaban sobre un complot para asesinar al general Mola. Los censores entendieron mal el significado de «
RUMORES
COMPLOT ASESINAR GENERAL
MOLA
», y lo identificaron con una orden para que él mismo perpetrase el asesinato. Al parecer, antes de su llegada a Torrijos, un hombre que decía ser corresponsal había sido ejecutado como sospechoso de participar en el complot. Sin llevar a cabo ningún tipo de investigación, las autoridades militares rebeldes se disponían a fusilar a Miller cuando apareció el oficial de prensa de su grupo, el capitán Gonzalo Aguilera y Yeltes, que había estudiado en Inglaterra. Después de que informaran a Webb Miller de que le iban a fusilar, el hombre sudó la gota gorda hasta que Aguilera logró resolver el malentendido[12].

También fue Bolín el encargado de prohibir la entrada de los corresponsales en Toledo durante los dos días del baño de sangre que tuvo lugar tras la ocupación de la ciudad manchega el 27 de septiembre de 1936. A modo de excusa, se les dijo que la situación se había vuelto «demasiado peligrosa». Los periodistas sabían muy bien que los nacionales no querían que dejasen testimonio de las atrocidades que estaban ocurriendo, pues en otras ocasiones no les había importado exponerlos a situaciones de combate[13]. Así pues, tuvieron que arreglárselas con el material propagandístico que les entregó Bolín. Así se explica, por ejemplo, la historia apócrifa que publicó el *Daily Mail* el 30 de septiembre de 1936, en la que el autor, Harold Cardozo, relataba cómo el 23 de julio las autoridades republicanas llamaron por teléfono al coronel José Moscardó, comandante rebelde del Alcázar, para informarle de que, si no se rendía, su hijo sería ejecutado. Según afirmaba el artículo, nada más negarse Moscardó, los republicanos cumplieron su amenaza. En realidad, Luis Moscardó sería asesinado junto con otros prisioneros el 23 de agosto en represalia por un bombardeo nacionalista[14].

El 26 de octubre de 1936, Dennis Weaver, del *News Chronicle*, y el canadiense James M. Minifie, del *Herald Tribune* neoyorquino,

salieron de Madrid para recorrer el frente en un coche facilitado por el servicio de prensa republicano, con chófer y un marinero retirado de pelo canoso como escolta. Weaver solo llevaba una semana en Madrid y ya había pasado por la espeluznante experiencia de encontrarse agazapado en una cuneta mientras su coche era ametrallado por la aviación rebelde. En el trayecto de El Escorial a Aranjuez, unos soldados del Ejército Africano les dieron el alto cerca de Seseña. Al chófer y al marinero les ejecutaron en el acto. A los periodistas les maltrataron y amenazaron, y luego les llevaron al cuartel del general Varela, donde se encontraron con Henry T. Gorrell, de United Press, capturado en circunstancias similares. Les interrogaron y les acusaron de espías, y después les encerraron y les repitieron varias veces que iban a acabar frente al pelotón de fusilamiento, lo que incrementó sus temores, y más aún cuando vieron un camión de prisioneros cargado de mujeres y adolescentes aterrorizados que aparentemente llevaban a ejecutar. Al final trasladaron a los periodistas a Salamanca para que Franco en persona decidiese sobre su suerte. Una vez allí, Luis Bolín les interrogó por separado y amenazó con ahorcarles a todos. Weaver averiguó más tarde que el mismo día en que les capturaron, Bolín se había negado a concederle un permiso a su periódico, el *News Chronicle*, para enviar a un corresponsal a la zona franquista, diciendo que «mal le iba a ir al representante del *News Chronicle* que encontrase en territorio franquista». Tras cinco días bajo custodia, Weaver, Minifie y Gorrell fueron expulsados de España por la frontera francesa[15].

El *News Chronicle* siempre se había mostrado favorable a la causa republicana, y por ello recibió la negativa rotunda del representante de Franco en Londres a su primera solicitud de permiso para enviar un corresponsal acreditado a la zona insurgente. Sin embargo, a finales de octubre de 1936, su director Gerald Barry decidió aprovechar la presencia de uno de sus periodistas en Francia, el joven neozelandés Geoffrey Cox, para intentarlo de nuevo. Cox fue en tren hasta San Juan de Luz, pueblo fronterizo muy popular entre los diplomáticos y los franquistas adinerados como destino vacacional. En el bar Vasco, hormiguero de espías y traficantes de armas, entró en contacto con un irlandés

que era el agente local de Franco y que aceptó transmitir la solicitud de su periódico, no sin antes advertirle: «Difícilmente te dejarán entrar y, si lo hacen, ándate con cuidado. Detestan al *News Chronicle*, y como tengas el menor desliz, te puedes encontrar entre rejas, aunque solo sea como escarmiento para que tu periódico se porte mejor». Mientras esperaba una respuesta favorable, y teniendo presente la dura advertencia del irlandés, Cox contactó con la Embajada británica para cerciorarse de su ayuda si acababa en una cárcel franquista. El embajador, sir Henry Chilton, un hombre pedante y ufano, admirador incondicional de Franco, había trasladado la embajada a una residencia de San Juan de Luz, donde se quedaría hasta su jubilación a finales de 1937, en vez de regresar al Madrid republicano. Chilton no mostró la menor comprensión ante la posible situación de Cox y comentó irritado: «A lo largo de toda mi carrera diplomática nunca he oído algo semejante. Viene usted aquí y me dice que está a punto de entrar en un país extranjero y que su actuación allí va a ser tal que puede ir a parar a la cárcel, y que espera que entonces le saquemos. Si cumple con la ley —y yo espero que cualquier ciudadano británico cumpla la ley allá a donde vaya—, no le pasará nada». Cuando Cox se quejó de que la interpretación de la ley de los generales rebeldes probablemente era algo arbitraria, Chilton le ignoró diciendo: «Conozco a estos generales. Se comportarán bien. Si usted no lo hace, no cuente con nuestra ayuda». Al final la opinión del embajador resultó irrelevante, pues Burgos rechazó la solicitud tres días después. Sin embargo, Cox se encontró en Madrid al poco tiempo, irónicamente, gracias al arresto de Weaver[16].

La inminente caída de la capital española obligó a Gerald Barry a mandar otro corresponsal a la ciudad asediada para cubrir el que a todas luces se consideraba el último ataque victorioso de Franco. En vista de la animadversión de Bolín y el Generalísimo hacia el *News Chronicle*, Barry estaba convencido de que quienquiera que fuese enviado se enfrentaría en el mejor de los casos a ser expulsado o encarcelado, y en el peor, a la muerte. Por lo tanto, era reacio a mandar a la capital a uno de sus periodistas estrella, como Philip Jordan o Vernon Bartlett, y decidió escoger a alguien más prescindible, el joven y entusiasta Geoffrey Cox. La tarde del martes

27 de octubre de 1936, el director asomó la cabeza por la puerta de la redacción de Londres y dijo: «Me temo que te ha tocado, Geoffrey. Seguimos sin noticias de lo que le ha pasado a Denis, así que te tienes que marchar a Madrid de inmediato»[17]. Así pues, la hostilidad de las autoridades franquistas hacia los periodistas extranjeros llevó hasta la capital española a un corresponsal joven y brillante, cuyos escritos consiguieron el apoyo de muchos a la causa republicana.

El mismo día del arresto de Weaver, pero algo más tarde, dos empresarios ingleses que estaban en Madrid salieron a dar una vuelta en coche y se toparon también con los nacionalistas. Fueron arrestados y brutalmente interrogados por Bolín. Uno de ellos, el capitán Christopher Lance, más adelante apodado el Pimpinela Español por sus proezas al organizar la huida de varios nacionalistas, describiría a Bolín como «altanero, sarcástico y despectivo … sin duda el individuo más desagradable que he conocido nunca»[18]. A finales de noviembre de 1936, Alex Small, del *Chicago Tribune*, fue arrestado en Irún. El comandante militar anunció que le iban a ejecutar por haber publicado un artículo en el que vaticinaba que Madrid resistiría la ofensiva rebelde. Según Arthur Koestler, la orden de fusilar a Small provenía directamente de Bolín. Small se salvó gracias a las vehementes protestas de un colega norteamericano[19].

En febrero de 1937, el periódico francés de derechas *Le Figaro*, defensor a ultranza del general Franco, informó sobre un caso similar en el que estaba involucrado Henri Malet-Dauban, corresponsal de la Havas Agency. Malet-Dauban llevaba cinco semanas en España y, durante ese tiempo, todos sus artículos habían sido claramente favorables a la causa rebelde. Hablaba muy bien español y en una ocasión había trabajado como secretario de Eduardo Aunós, que además de pertenecer al grupo de extrema derecha Acción Española, había sido ministro con Primo de Rivera y volvería a serlo con Franco. Pese a sus credenciales, Malet-Dauban fue arrestado a finales de enero de 1937 en su hotel de Ávila. Registraron su habitación y supuestamente encontraron documentos comprometedores que luego usaron para acusarle de espionaje. Fue encarcelado e incomunicado, sin derecho a contactar con nadie. Al

corresponsal jefe de Havas, Jean
d'Hospital
, se le prohibió informar sobre la noticia, así como abandonar la zona rebelde. A pesar de todo,
D'Hospital
logró contactar con *Le Figaro* a través de M. Perret, de *Le Journal*, y de M. de Lagarde, de *Action Française*, publicación aún más radical en su defensa de la causa rebelde. Ambos periodistas habían estado en Ávila y expresaron su temor a que Malet-Dauban fuese fusilado, si es que no estaba ya muerto.
D'Hospital
escribió a Franco pidiendo información y solo le dijeron que su colega era sospechoso de espionaje. Aunque Bolín hizo todo lo que estuvo en su mano para evitar que los periodistas hablasen del caso,
D'Hospital
logró enviar al exterior la noticia de que el juicio era inminente y de que se temía que a su colega le condenasen a la pena de muerte. Al final, Malet-Dauban pasó cuatro meses en la cárcel antes de que el gobierno vasco lograse su liberación en un intercambio de prisioneros realizado en los últimos días de mayo de 1937[20].

El caso de Arthur Koestler fue uno de los ejemplos más dramáticos del maltrato de corresponsales en la zona rebelde. Entre 1934 y 1936, Koestler había trabajado esporádicamente para Willi Münzenberg, el genio de la propaganda de la Komintern. Tras el golpe militar en España, le pidió ayuda para entrar en el país e incorporarse a las Brigadas Internacionales. Cuando Münzenberg se enteró de que Koestler tenía pasaporte húngaro y un pase de prensa del periódico conservador de Budapest *Pester Lloyd*, le sugirió que utilizase sus credenciales «semifascistas» para infiltrarse en la zona rebelde y recoger información sobre la intervención alemana e italiana a favor de Franco. Si conseguían pruebas de que Hitler y Mussolini se saltaban a la torera la política de no intervención de los gobiernos de Francia y Gran Bretaña, podrían dar un golpe propagandístico importante. En realidad, el pase de prensa húngaro de Koestler tenía poca validez, ya que se lo había entregado un director caritativo para facilitarle la vida como exiliado en París. Sin embargo, Münzenberg, Otto Katz y Koestler dieron por hecho

que en el cuartel general de Franco no comprobarían sus credenciales. Aun así, como sabían que un modesto periódico húngaro difícilmente podía permitirse enviar un corresponsal a España, Katz hizo gestiones para que Koestler también estuviese acreditado por el diario londinense liberal *News Chronicle*. De camino a Sevilla, Koestler paró en Lisboa y allí descubrió que su pasaporte había caducado. A raíz de una visita al cónsul húngaro, que estaba casado con una aristócrata portuguesa de fuertes convicciones derechistas, fue introducido en el círculo local de partidarios de Franco, que supusieron que Koestler era uno de los suyos. Como resultado de ello, se fue de Lisboa con dos documentos que le abrieron las puertas de la guarida del sanguinario virrey de Andalucía, el general Gonzalo Queipo de Llano: una carta de presentación del embajador oficioso de Franco en Lisboa y líder de la católica CEDA, José María Gil Robles, y un salvoconducto firmado por Nicolás, el hermano del Generalísimo, que describía a Koestler como «un buen amigo de la revolución nacional»[21].

El viaje de Koestler fue todo un éxito en cuanto a la recopilación de información dañina para la causa rebelde. En Lisboa ya había obtenido pruebas contundentes de la ayuda oficial de Portugal a Franco, y en Sevilla, Koestler vio a muchos aviadores alemanes con una pequeña cruz gamada entre las alas de piloto del mono de las Fuerzas Aéreas españolas. Más espectacular fue la entrevista en exclusiva que le concedió Queipo de Llano. El general repitió sin problema ante Koestler el mismo tipo de comentarios machistas virulentos de los que estaban plagadas sus emisiones radiofónicas diarias.

> Pasó unos diez minutos describiendo con una verborrea constante, y en ocasiones muy subida de tono, cómo los marxistas rajaban la barriga de las mujeres embarazadas y destrozaban los fetos; cómo habían atado a dos niñas de ocho años a las rodillas de su padre, las habían violado, rociado de gasolina y prendido fuego. Y así siguió con una historia tras otra, sin cesar: una demostración clínica perfecta de psicopatología sexual[22].

Sin embargo, durante su segundo día en Sevilla, un periodista alemán que sabía que era comunista le reconoció en el vestíbulo de

un hotel y alertó a unos aviadores. Poco después, un oficial alemán le pidió la documentación. Koestler intentó salir del apuro exigiendo a voz en grito que telefoneasen a Luis Bolín, que justo entonces irrumpió en el vestíbulo, ese «oficial alto, de cara enjuta y actitud seria, de ascendencia escandinava, que ya se había hecho famoso por sus groserías con la prensa extranjera». Cuando el periodista húngaro, siguiendo con la farsa, exigió que el oficial alemán se disculpase, Bolín cortó la discusión y dijo furioso que no le interesaba su absurda pelea. Koestler aprovechó la oportunidad para salir del hotel haciéndose el «indignado», y en cuanto pudo se marchó a Gibraltar. Con el tiempo averiguaría que una hora después de su partida se había expedido una orden de arresto contra su persona y que, por lo visto, Bolín había jurado que le mataría «como a un perro rabioso si conseguía ponerme las manos encima»[23]. El deseo de Bolín de castigar a Koestler debió de intensificarse con la publicación el 1 de septiembre de su impactante descripción de la Sevilla rebelde, gobernada por el trastornado Queipo de Llano y atestada de oficiales nazis.

Para desgracia de Koestler, cinco meses después Bolín consiguió ponerle las manos encima. De hecho, Bolín obtuvo una cierta fama internacional con motivo del arresto y maltrato de Arthur Koestler poco después de la toma de Málaga por los nacionales en febrero de 1937. Koestler había pasado el intervalo entre Londres, París y Madrid, trabajando con Münzenberg y Katz en la propaganda prorrepublicana. En las capitales británica y francesa, había colaborado con la Comisión Investigadora de Presuntas Infracciones del Pacto de No Intervención en España. La idea de la comisión se le había ocurrido a Willi Münzenberg, y Otto Katz la utilizaba como medio publicitario para la causa republicana. Se esperaba que, al exponer la magnitud de las infracciones nazis y fascistas del pacto, quedara de manifiesto lo absurdo de la política exterior británica y francesa que negaba a la República española los derechos que le garantizaba el ordenamiento internacional. En octubre de 1936, Katz también se había ocupado de que Julio Álvarez del Vayo invitase a Koestler a Madrid para examinar los papeles de ciertos políticos de derechas que habían abandonado la capital. Su objetivo era obtener pruebas de que la Alemania nazi había estado

involucrada en la preparación del golpe militar. A principios de noviembre, Koestler dio su trabajo por concluido. Con las tropas franquistas a las puertas de la ciudad, estaba ansioso por marcharse antes de la llegada de Bolín.

Las maletas de documentos que Koestler se llevó a París demostraron la existencia de una red de influencia nazi en los medios de comunicación españoles, pero no probaron la participación alemana en el golpe militar de Franco. El material descubierto se incluyó en el libro de Otto Katz titulado *The Nazi Conspiracy in Spain*. En París, Münzenberg persuadió a Koestler para que escribiese un tratado sobre los orígenes de la Guerra Civil, el papel de Hitler y Mussolini y las atrocidades cometidas por los rebeldes. El húngaro se alojó en el apartamento de Otto Katz y se puso a escribir con rapidez. En enero de 1937 se publicó el libro, que incluía una serie de fotografías espeluznantes, con el título *ensanglantée*
L'Espagne
en francés y *Menschenopfer Unerhört* en alemán. Una edición abreviada acabaría apareciendo en inglés como la primera parte de *Spanish Testament*. En su autobiografía, escrita en una época en la que Koestler era un feroz anticomunista, renegaría del libro por parecerle demasiado propagandístico, aunque las atrocidades que relataba han sido corroboradas por investigaciones posteriores[24].

Una vez terminado el libro, Otto Katz y la agencia de noticias republicana Agence Espagne encargaron a Koestler cubrir la guerra en el frente sur. El 15 de enero de 1937, acreditado por el *News Chronicle*, se fue con Willy Forrest a Valencia y allí estuvieron con Mijaíl Koltsov. Nueve días después, Koestler se marchó a Málaga. Cuando las fuerzas rebeldes entraron en la ciudad asediada, el periodista húngaro decidió quedarse con la esperanza de lograr una primicia sobre la predecible masacre. Se había hecho amigo de sir Peter Chalmers-Mitchell, un zoólogo inglés jubilado cuya casa de campo en las afueras de la ciudad lindaba con la del tío de Luis Bolín, Tomás, a cuya familia había acogido. Pese a este acto de amabilidad con su tío, Luis Bolín estaba empeñado en arrestar a Chalmers-Mitchell porque el 22 de octubre de 1936 había publicado una carta en *The Times* denunciando las atrocidades de los

insurgentes.

El 9 de febrero las tropas rebeldes llegaron a la casa de Chalmers-Mitchell con Bolín, que reconoció a Koestler y le arrestó de inmediato con tal agresividad que el periodista creyó que le iban a ejecutar allí mismo. Después le llevaron a un lugar donde un exaltado grupo de soldados rebeldes estaba fusilando a unos hombres. Luego pasó cuatro días en una prisión de Málaga antes de ser transferido a la cárcel central de Sevilla, y allí pasó tres meses incomunicado. Solo se salvó porque las autoridades británicas intervinieron en favor de sir Peter Chalmers-Mitchell y esto hizo creer a Bolín que Koestler también contaba con la poderosa protección británica y que su ejecución provocaría un incidente internacional. Durante el tiempo que estuvo en la cárcel, del 12 de febrero al 14 de mayo, Koestler pasó las noches acechado por los ruidos de los prisioneros que sacaban de las celdas para ser ejecutados. Nunca se le informó oficialmente, pero había sido condenado a la pena capital por espionaje. En el corredor de la muerte, antes de conseguir desarrollar una técnica para dormir durante esas horas cruciales de la noche, Koestler contó noventa y cinco ejecuciones. El jueves 15 de abril de 1937, el celador abrió su puerta por equivocación antes de llevar al paredón a los ocupantes de las celdas contiguas. En otra ocasión, le visitó una delegación de falangistas que le informó de que iba a ser sentenciado a muerte, pero que podía reducir la condena a cadena perpetua si hacía una declaración a favor del general Franco. Vaciló unos instantes y luego se negó.

Entretanto, sir Peter Chalmers-Mitchell había logrado llegar a Inglaterra, donde informó al *News Chronicle* de la terrible situación de Koestler. El periódico publicó la noticia de su captura el 15 de febrero. Su mujer, Dorothy, puso en marcha una campaña para pedir su liberación. Con la ayuda de Otto Katz, consiguió organizar una oleada de artículos en periódicos, peticiones al Foreign Office para que interviniese y cartas y telegramas de protesta a Franco, algunos de ellos de diputados conservadores y clérigos. Winston Churchill escribió sobre su caso al Foreign Office. H. G. Wells mandó un cable a Franco rogándole clemencia. Katz logró que la periodista Shiela Grant Duff fuese a Málaga para intervenir en favor

de Koestler, aunque no sirvió para nada. El Consulado británico recomendó a la periodista que no se inmiscuyese, pues su interés no ayudaría a Koestler y, en cambio, le causaría muchos problemas a ella. Mijaíl Koltsov le comentó a Gustav Regler: «Sabemos dónde está. Hemos montado una buena en el Partido Laborista británico y en el Foreign Office. Los cables están que arden. Nadie se olvida de él. Somos los únicos que podemos movilizar a todo el mundo por un solo hombre. Al mismo tiempo, nadie sabe que somos nosotros los que estamos detrás de todo. Eso es otra de las cosas que solo nosotros podemos hacer». En cuanto a la campaña internacional, tanto Koestler como Regler reflexionarían más tarde sobre la contradicción de que no se montasen al mismo tiempo campañas similares a favor de los viejos bolcheviques que eran inmolados en las purgas de Moscú[25]. El profesor José Giral, ministro de Estado del nuevo gobierno de Negrín, se interesó por el caso y consiguió que el doctor Marcel Junod, de la Cruz Roja Internacional, organizase un intercambio entre Koestler y la hermosa mujer del capitán Carlos Haya, el as de la aviación rebelde. La señora en cuestión no estaba en la cárcel, sino bajo vigilancia en el hotel Inglés de Valencia[26].

Seis semanas después de su triunfo en Málaga, los rebeldes sufrieron la humillante derrota de Guadalajara, y a continuación, intentaron reducir por todos los medios la cobertura periodística del acontecimiento. Muchos corresponsales, al ver lo que estaba ocurriendo con los periodistas que se consideraban contrarios a la causa rebelde, intentaron esquivar la censura no incluyendo su firma en los artículos. Nada más llegar noticias sobre la derrota aplastante de los italianos en Guadalajara, Noel Monks se había dirigido en coche a la frontera francesa y había enviado su crónica por teléfono, insistiendo en que omitiesen su nombre. Para su desgracia, no le hicieron caso. Fue arrestado en Sevilla, donde, por casualidad, Franco se encontraba de visita con Bolín. Furioso, Bolín amenazó a Monks en un perfecto inglés de Oxford: «Has metido la pata, Monks. Eludir la censura equivale a espiar, y los espías duran poco en este país». Mientras Bolín despotricaba contra los periodistas que, según él, no merecían «ni siquiera una bala», llevaron a Monks a ver a Franco en persona. El barrigón líder de los

rebeldes, «la figura menos militar que había visto en mi vida», le observó con severidad y golpeó la mesa con el puño repitiendo en español que había que ejecutar al australiano. Cuando Bolín anunció que le iban a llevar al pelotón de fusilamiento, Monks protestó: «No podéis ejecutarme. Soy británico». Bolín tradujo el comentario y Franco se rio a carcajadas. Al final, Monks fue expulsado de la España nacionalista por cometer el pecado de mencionar la presencia de fuerzas italianas y alemanas en la zona rebelde y, por tanto, negarse a ser «cómplice del engaño de Franco al mundo entero de que su revuelta contra el gobierno democrático de España era un asunto totalmente español, frente a una pandilla de matones bajo el mando de Moscú»[27].

Durante las últimas etapas de la marcha hacia Madrid de las Columnas Africanas de Franco, se había montado una oficina de prensa en Talavera de la Reina, poco después de su ocupación, ocurrida el 3 de septiembre. La dirigía Pablo Merry del Val, un *playboy* aristócrata que pertenecía a la Falange y que había trabajado brevemente como corresponsal en París de *El Debate*. Merry del Val había estudiado en Stoneyhurst, un elitista colegio jesuita en el noroeste de Inglaterra, durante el período en que su padre fue embajador en Londres. Por tanto, hablaba inglés muy bien, con acento aristocrático. Peter Kemp, uno de los pocos voluntarios británicos que luchó a favor de Franco, admiraba mucho a Merry del Val. De él dijo que parecía tener todavía esa «actitud seria y el aspecto austero de un delegado de curso veterano que se enfrenta a un gamberro de primero de bachillerato; se hizo muy amigo mío y le estaré eternamente agradecido por su enorme amabilidad, aunque nunca conseguí quitarme de encima la sensación de que, en cualquier momento, me iba a decir que me inclinase para darme unos azotes»[28].

Millán Astray continuó siendo el jefe de la maquinaria de prensa y propaganda rebelde durante el avance hacia Madrid. Sin embargo, el 12 de octubre de 1936, su comportamiento durante la celebración del aniversario del descubrimiento de América provocó la indignación internacional hacia la causa insurgente. Millán Astray había tenido un encontronazo con el rector de la Universidad de Salamanca, el filósofo de fama mundial Miguel de Unamuno. Su

intervención histérica había hecho que Unamuno pronunciase unas palabras que darían la vuelta al mundo: «¡Este es el templo de la inteligencia! ¡Y yo soy su supremo sacerdote! Vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Yo siempre he sido, diga lo que diga el proverbio, un profeta en mi propio país. Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta; pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha»[29]. Según Franco, Millán Astray se había comportado como debía al discutir con Unamuno[30]. Es más, el propio Franco había recomendado a Millán Astray que tomase como asistente al trastornado adulador Ernesto Giménez Caballero, autoproclamado fundador del surrealismo español y autor de un libro muy admirado por el Generalísimo, el extraordinario panegírico del misticismo fascista *Genio de España*. Pese a todo, hasta el propio Caudillo debió de darse cuenta de que tenían que actuar con más rigurosidad que la exhibida por Millán Astray y Giménez Caballero.

Por consiguiente, el 24 de enero de 1937, la Oficina de Prensa y Propaganda se convirtió en la Delegación para Prensa y Propaganda, bajo la dirección de Vicente Gay Forner, profesor de la Universidad de Valladolid y virulento antisemita. Gay, con el pseudónimo Luis de Valencia, había publicado en *Informaciones* artículos casi ilegibles en los que defendía con entusiasmo la causa nazi. Además, el Ministerio de Propaganda de Goebbels había ayudado a financiar sus escritos nazis, entre ellos el libro *La revolución nacional-socialista*. Gay escogió como segundo de a bordo a Ramón Ruiz Alonso, exdiputado de la CEDA por Granada, a quien se ha acusado de ser el responsable del asesinato de Federico García Lorca. Debido a su falta de dotes diplomáticas y a su poca coherencia ideológica, Gay se ganó en poco tiempo la animadversión de la mayoría de los grupos clave de Salamanca. En abril de 1937, Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco y en la práctica su factótum político, le reemplazó por el comandante e ingeniero militar Manuel Arias Paz, aduciendo de forma insólita que este último había fabricado un transmisor de radio en La Coruña. Arias Paz actuó más bien como hombre de paja, y la verdadera tarea de organizar la propaganda nacionalista recayó en el

intelectual monárquico Eugenio Vegas Latapié[31].

El contacto diario con los periodistas quedó en manos del capitán Gonzalo Aguilera y Yeltes, que también era fruto del colegio Stoneyhurst. Para los periodistas que simpatizaban con los rebeldes, el inglés de Oxford de estos hombres daba mayor credibilidad a la propaganda que les pasaban sobre las atrocidades. Los demás corresponsales, sobre todo los norteamericanos, solían mostrarse mucho más escépticos, especialmente respecto a Aguilera. El capitán era un latifundista profundamente reaccionario, con tierras en Salamanca y Cáceres, que les decía a los periodistas que los problemas de España eran resultado de la intromisión en el orden natural que había supuesto el sistema de alcantarillado[32]. Aprovechando las condiciones ventajosas para la jubilación voluntaria de los decretos del 25 y 29 de abril de 1931, promulgados por Manuel Azaña poco después de llegar al Ministerio de la Guerra, Aguilera había dejado el Ejército en protesta por el juramento de lealtad a la República que se exigía a los oficiales[33]. Al estallar la guerra, Aguilera salió de su retiro y se alistó como voluntario en el Ejército nacionalista. Le asignaron de manera informal al Estado Mayor del general Mola, comandante del Ejército del Norte. Como hablaba con fluidez inglés, francés y alemán, se le encomendó la tarea de supervisar los movimientos y el trabajo de los corresponsales de la prensa extranjera, actuando en ocasiones como guía y en otras como censor[34]. Cuando el Ejército del Norte dirigido por Mola entró por fin en contacto con las Columnas Africanas de Franco a principios de septiembre, Aguilera ya se había trasladado al sur para encargarse de los corresponsales que acompañaban a las tropas durante lo que quedaba de su marcha hacia Toledo y Madrid[35].

A diferencia de otros oficiales de prensa que se sentían responsables de la seguridad de los corresponsales que tenían asignados, Aguilera operaba según el principio de que los periodistas que tuviesen que asumir riesgos para conseguir una noticia podían contar con su ayuda, siempre y cuando el resultado final fuese una crónica favorable a los nacionales. Solía llevar a sus «pupilos» a primera línea de combate y, con ellos, se enfrentó a «bombas, balas y obuses»[36]. Por encima de todo, los periodistas de

la zona nacional se quejaban de que se les negase el acceso a las verdaderas noticias, pues se daba por hecho que se limitarían a publicar partes anodinos. Esto ocurría con mayor frecuencia cuando los resultados no favorecían a los rebeldes, especialmente si los periodistas tenían fama de «independientes». Incluso los que eran de confianza sufrían retrasos humillantes en la entrega de los salvoconductos para realizar visitas con escolta al frente[37]. Por lo tanto, no es de sorprender que Aguilera estuviese muy bien considerado entre los periodistas de derechas que le conocían, ya que el capitán estaba dispuesto a llevarlos a zonas peligrosas cerca del frente y a utilizar su influencia con los censores para que autorizasen sus artículos[38].

Uno de los corresponsales que más apreciaba a Aguilera era Sefton Delmer, del *Daily Express*. Los nacionales le habían recibido con los brazos abiertos porque se decía que era amigo personal de Hitler. Hablaba alemán con soltura y había acompañado al Führer en sus giras electorales. También era bien sabido que Delmer estuvo con Hitler cuando este inspeccionó las ruinas del Reichstag después del incendio de febrero de 1933. El periodista no ocultaba su admiración por el líder alemán[39]. Sin embargo, en septiembre de 1936, Aguilera expulsó a Delmer de la España nacional aduciendo que uno de sus artículos contenía información que podía ser utilizada por el enemigo y que «ridiculizaba intencionadamente a las Fuerzas Armadas españolas». La crónica en cuestión relataba el ataque aéreo de un viejo DC3 republicano sobre Burgos. Delmer explicaba que un pequeño avión británico en el que viajaba Hubert Knickerbocker había aparecido por casualidad en pleno bombardeo y se había convertido en objetivo de las baterías de fuego antiaéreo de Burgos al ser confundido con un aparato enemigo; pese a todo, había logrado aterrizar sin sufrir ningún daño. Aguilera le dijo a Delmer, mientras se tomaban una copa, que su artículo «no solo anima a los rojos a atacar Burgos de nuevo, sino que además hace parecer incompetentes a nuestros efectivos antiaéreos».

Al capitán le caía bien Delmer, así que le confesó que personalmente le importaba un comino lo que el periodista hubiese dicho de la Artillería, pues él pertenecía a la Caballería. También le dijo que, en realidad, la culpa del incidente la tenían unos agentes

alemanes que habían pedido que se deshiciesen de él porque sospechaban que trabajaba para los servicios secretos británicos[40]. Tras ser expulsado de la zona nacional, Sefton Delmer pasó a representar al *Daily Express* en la zona republicana. Aunque los corresponsales que conocían a Delmer consideraban que se trataba de un periodista independiente hasta la médula y muy inteligente, en la oficina de prensa republicana recelaban de él. En sus memorias siempre se refiere a los republicanos como «rojos» y a Aguilera como «el querido Aggy». Además, una vez finalizada la Guerra Civil española, entablaría amistad con el capitán en Londres[41].

Harold Cardozo, periodista del *Daily Mail* y defensor a ultranza de la causa nacional, era una especie de líder entre los corresponsales británicos y estadounidenses: no en vano le llamaban el Comandante[42]. Edmund Taylor le describió como un «hombre templado y valiente, y un compañero de viaje alegre si se deja a un lado la política»[43]. Sin embargo, pese al entusiasmo que Cardozo mostraba por los oficiales franquistas y lo amigo que era de algunos de ellos, siempre hubo cierta tensión entre Bolín y él. Según sir Percival Phillips, Bolín disfrutaba acosando y humillando a los corresponsales en general, pero contra Cardozo exhibía una crueldad especial. Phillips estaba convencido de que Bolín «trataba a los hombres del *Mail* como si fueran porquería adherida a las suelas de sus botas» porque el periódico había rechazado los artículos que le envió durante su estancia en Londres. Cardozo nunca se esforzó en disimular su opinión sobre las crónicas de Bolín: eran una «asquerosidad» y por eso no los habían publicado. Sin llegar a mencionar su nombre, se quejaba de que la censura de prensa del bando rebelde era muy rigurosa incluso con periodistas como él, que «apoyaban el movimiento en cuerpo y alma». La frustración que sentía por los obstáculos burocráticos a los que se enfrentaban incluso los «corresponsales de guerra responsables», le llevó a comentar con envidia que en Madrid y Valencia los cables «se transmitían con poca censura y menos retraso». Cardozo no era el único que pensaba así. Nigel Tangye, defensor empedernido de los nazis y corresponsal del *Evening News*, periódico hermano del *Daily Mail*, mantenía una estrecha relación personal con Bolín, pero

también terminó harto del trato despectivo que daba a los periodistas[44].

En la misma tónica, Phillips comentó: «En el otro bando se trata mucho mejor a los corresponsales. He conocido a muchos hombres que están en Barcelona y Madrid, y me han dicho que, pese a la terrible confusión que reina, siempre les tratan como a hermanos»[45]. La diferencia entre las dos zonas radicaba en que los militares rebeldes no tenían tiempo para los periodistas. Según Phillips, los oficiales que se mostraban amables con los corresponsales se encontraban con la reprimenda de los censores o de sus propios superiores. «Nunca me he sentido tan aislado en un ejército. No puedo hacer contactos. Parece que existe una política intencionada para impedir que los corresponsales británicos y estadounidenses establezcan contactos». En una ocasión, mientras charlaba con un oficial que hablaba inglés, un miembro de la Delegación para Prensa y Propaganda se acercó y amonestó al hombre, que no volvió a entablar conversación con Phillips. El ambiente, por tanto, era muy frío: «Entras en una habitación llena de oficiales, pero el censor de prensa, que está contigo, se olvida a conciencia de presentártelos, y los pocos que por casualidad conoces te dan la mano con frialdad y se dan la vuelta, sin cruzar palabra». Un oficial le contó que «todos los generales habían suplicado al Caudillo que echase del país a los corresponsales hasta que hubiese terminado la guerra», y otro le dijo a F. A. Rice, pese a ser corresponsal del conservador *Morning Post*, que en la zona nacional había «demasiados periodistas»[46].

Randolph Churchill, que representaba al *Daily Mail*, se hizo eco de la envidia que sir Percival sentía por los servicios de prensa republicanos. En marzo de 1937, consciente de que Bolín era muy amigo de Arnold Lunn, un británico del Partido Conservador, le comentó: «Ojalá volvieses a Salamanca y le dijeses a esa condenada gente de la Oficina de Prensa que está perdiendo la guerra con su ridícula censura. Los rojos ganan en todo lo que se refiere a la propaganda. Dejan a los corresponsales ir adonde quieran y, por lo tanto, la prensa envía a casa excelentes noticias humanas del frente». Exageraba, sin embargo, cuando protestó de que «en Salamanca están más interesados en cargarse noticias que en

cargarse rojos». En cuanto a los defectos de Bolín como propagandista, sir Percival Phillips dijo: «Más que un propagandista es un “obstaculista”: tiene especial talento para obstaculizar la salida de las noticias al exterior»[47]. La actitud militar hacia los periodistas en la zona nacional se refleja en el comportamiento del general Millán Astray mientras estuvo a cargo de la Oficina de Prensa y Propaganda en Salamanca: todas las mañanas llamaba con un silbato a los periodistas que no estaban en el frente y les hacía formar filas para escuchar su arenga diaria. Bolín, obviamente, sentía una gran admiración por Millán Astray[48].

Según sir Percival Phillips, los oficiales de prensa subalternos que tenían que acompañar a los corresponsales eran

> jóvenes nobles o diplomáticos, peleles amables en su mayoría, a los que Bolín gobierna con mano de hierro. Les llama a cualquier hora del día o de la noche, para regañarles u ordenarles algo, pero nunca para aconsejarles, y como resultado de este adiestramiento, jamás expresan opinión alguna, ni siquiera sobre el tiempo, por si un corresponsal envía un cable diciendo que tal y cual opiniones circulan en el «cuartel general» o «en círculos bien informados» o entre «portavoces del Caudillo». Nos mantienen lo más alejados posible de los oficiales, como apestados, y nos limitan a los informes de prensa oficiales y a las edificantes pero monótonas historias de valor falangista que cada día llenan los periódicos españoles.

Los oficiales de prensa ejercían tal control sobre los corresponsales que estos empezaron a comportarse como un «montón de colegialas con su maestra, o como un grupo de turistas arrastrados de un lado a otro por un guía de la agencia Cook»[49].

Tan estricta era la censura que los periodistas más críticos de la zona rebelde llegaron a ponerse en situaciones de verdadero peligro para engañar a los censores, como hizo en su día Noel Monks llevando o enviando sus crónicas a Francia[50]. Otro ejemplo fue el caso de la joven periodista norteamericana Frances Davis, que se granjeó el afecto de Harold Cardozo al ofrecerse a sacar del país sus artículos no censurados y los de Edmond Taylor, John Elliott y Bertrand de Jouvenal. Lo podía hacer porque había logrado obtener los salvoconductos necesarios gracias a su belleza etérea y aparente inocencia. A raíz de esto, consiguió trabajo en el *Daily Mail* como

ayudante de Cardozo, y pasó las crónicas escondidas en la faja[51]. Para mantener las apariencias, Edmond Taylor escribía varios artículos, unos para su periódico y otros para Aguilera. Sin embargo, en ciertas ocasiones no podía resistir la tentación de incluir material polémico en las versiones que entregaba al capitán. En la sala de prensa se puso un aviso que informaba a los periodistas de que estaba prohibido referirse a los rebeldes como «rebeldes» o «insurgentes», y a los republicanos como «leales», «gubernamentales» o «republicanos». Los únicos términos permitidos eran «fuerzas nacionales españolas» o «nacionales» y «rojos»[52]. El capitán Ignacio Rosales, un millonario barcelonés tan racista como Aguilera, era uno de los censores, y cuando veía en alguno de los despachos la palabra «rebelde», reaccionaba con violencia gritando: «Ejército "patriota", Ejército "nacional", Ejército "blanco". ¡Todo el que utilice el término "rebelde" perderá sus salvoconductos y tendrá que abandonar el país!». A Tubby Cohen, un fotógrafo estadounidense, Rosales le amargó la existencia porque era judío; se negó a concederle salvoconductos y fue haciendo comentarios sobre su «asqueroso nombre»[53].

Los censores examinaban las publicaciones extranjeras en busca de artículos hostiles a los insurgentes. Muchos periódicos británicos y estadounidenses ejercían la autocensura eliminando cualquier referencia a la ayuda que prestaba el Eje a las fuerzas franquistas, pues de lo contrario el castigo no se hacía esperar. Karl Robson fue expulsado de la zona rebelde porque su diario, el *Daily Express*, había publicado un editorial con la palabra «rebeldes», pese a que él no era el autor[54]. Aguilera todavía estaba a cargo de la censura en Burgos cuando mandó detener a F. A. Rice el 11 de septiembre de 1936. El periodista había escrito dos artículos que, según el capitán, mostraban «una actitud poco respetuosa» hacia él y su causa. El primero trataba sobre la educación inglesa de Aguilera y el segundo utilizaba las palabras «terror insurgente» en referencia al ataque rebelde contra Irún del 1 de septiembre de 1936. Este último no había pasado por la censura rebelde porque Rice lo había enviado desde Francia. Aguilera le recordó las serias consecuencias a las que se enfrentaban los periodistas que se referían a los rebeldes como «insurgentes» y a los republicanos como «leales» o «tropas

gubernamentales» en vez de «rojos». A continuación le dijo que escogiese entre irse de España o quedarse bajo estricta vigilancia y sin permiso para cruzar la frontera, lo que evitaría que se saltase la censura franquista. Rice decidió marcharse. Su periódico, el *Morning Post*, mencionó la expulsión del corresponsal en un editorial: «El hecho revela *urbi et orbi* que toda noticia que salga de fuentes derechistas pertenece al reino de la propaganda más que al reino de los hechos»[55].

En general, los corresponsales que estaban en la zona nacional sabían que solamente los representantes de publicaciones alemanas, italianas y portuguesas podían esperar un trato privilegiado. A cambio, estos periodistas escribían el tipo de artículos que complacían a los rebeldes, plagados de alabanzas sobre el heroísmo nacional y relatos horribles acerca de las atrocidades «rojas». Un buen ejemplo de esto era Curio Mortari, corresponsal de *La Stampa* de Turín y primer periodista en obtener un salvoconducto del cuartel general de Franco en Marruecos. Mortari acompañó a las columnas rebeldes en su sangriento avance de Sevilla a Badajoz. Sus crónicas sobre la actuación del Ejército, escritas con considerable admiración, justificaban ampliamente la confianza de los rebeldes en el periodista italiano[56]. Con frecuencia, los artículos publicados en la prensa portuguesa desvelaban mucha información. Por ejemplo, una crónica admitía que muchos de los refugiados que habían huido por la frontera de la matanza de Badajoz habían sido devueltos por la Policía portuguesa al Ejército español. Todavía más significativo era lo que decían los artículos sobre la posición privilegiada de los periodistas portugueses. El corresponsal de *Diário da Manhã*, que cubría las actividades represivas de la brutal Columna Castejón, escribió: «Sigo las operaciones junto al comandante de la columna». En Sevilla, el 7 de agosto, durante una de sus famosas emisiones radiofónicas, el líder rebelde de la zona, el general Gonzalo Queipo de Llano, tras dar la bienvenida públicamente a un grupo de periodistas portugueses, presentó en antena a Félix Correia, del *Diário de Lisboa*, y después le pasó el micrófono. Correia también fue invitado al cuartel general de Franco, en el magnífico palacio de la marquesa de Yanduri, y una vez allí el Caudillo le concedió una larga entrevista. El portugués

devolvió el favor a su anfitrión con un largo y adulador artículo en el que describía «su simpatía radiante», le describía como un hombre «de mediana altura» y equiparaba su patriotismo con el de Hitler[57].

En otra ocasión invitó a Leopoldo Nunes, de *O Seculo*, a que le acompañase durante un viaje a Córdoba, y se pasaron las dos horas del recorrido en coche charlando tranquilamente. La afinidad que se estableció entre ellos hizo que un comprensivo Nunes fuese más allá que algunos de sus colegas. A finales de agosto de 1936, el corresponsal portugués condujo desde Ayamonte, en Huelva, hasta Riotinto, donde los mineros socialistas todavía resistían frente a los rebeldes. Nunes dijo que se había perdido, logró hacer varias entrevistas y se marchó sin que le pusiesen trabas. A continuación, se desplazó hasta Sevilla, donde informó al general Queipo de Llano de la situación, número y armamento de los mineros. El 27 de agosto, Nunes publicó un artículo en *O Seculo* alabando la operación militar que había aplastado la resistencia de los mineros. Esa misma tarde, un satisfecho Queipo de Llano invitó al «distinguido periodista portugués», don Leopoldo Nunes, a hablar en su programa de radio. Nunes declaró que la Guerra Civil española era «una lucha entre un ejército glorioso, apoyado por patrióticas milicias, y una manada de monstruos, que nada tienen en común con la especie humana, porque lo mismo asesinan a hombres no combatientes que a mujeres y niños, huyendo luego, como alimañas cobardes, ante los soldados del Ejército nacional»[58].

El 26 de febrero de 1937, el cuartel general de Franco emitió una orden dirigida a los ejércitos del Norte y del Sur:

> Aparte de los periodistas italianos provistos de salvoconductos expedidos por este Cuartel General, solo los periodistas alemanes y españoles que además de ese documento posean una autorización especial para visitar el sector del dicho mando de V. E. podrán hacerlo. Los de otras nacionalidades tendrán necesidad de ir acompañados por un oficial de Prensa con salvoconducto que acredite su calidad además de poseer los requisitos anteriores. No se permitirá la estancia en el sector de cualquier periodista sin estos requisitos[59].

Al parecer, los corresponsales italianos y alemanes tenían instrucciones de evitar todo contacto con los periodistas de Gran Bretaña y Estados Unidos[60]. Resulta irónico que la libertad otorgada a los italianos por parte de las autoridades a cargo de la censura les causase problemas en alguna ocasión. Indro Montanelli estaba con las fuerzas italianas cuando entraron en Santander en agosto de 1937. En el artículo que mandó a *Il Messagero* dijo que el avance sobre la ciudad había sido «un desfile relajado con un solo enemigo, el calor». Montanelli no se había enterado de que la postura oficial de los comandantes italianos era que la conquista de la ciudad había ocurrido tras una batalla muy reñida y sangrienta, con la que se vengaba la derrota de Guadalajara. Dispuestos como estaban a repartir medallas y ascensos a partir de la versión oficial de los hechos, exigieron indignados que se retirase a Montanelli[61].

En cuanto a los corresponsales de los países democráticos, no a todos se les trataba con la misma dureza. Había algunas excepciones, sobre todo varios militares británicos de extrema derecha y católicos. Arnold Lunn, católico y prominente miembro del Partido Conservador, era un hombre profundamente reaccionario y antiguo alumno de la célebre Harrow School. Al llegar a España recibió una calurosa bienvenida por parte de su viejo amigo Luis Bolín, compañero de los almuerzos de la revista de ultraderecha *English Review* en Londres. Lunn se mostró comprensivo con las dificultades de Bolín para organizar la censura y reconoció la «ingrata tarea» del español, que «debía actuar como intermediario entre la Comandancia Militar, cuyo trabajo era ganar la guerra, y los periodistas, cuyo trabajo era informar sobre esta. Durante mi viaje por España, desde Irún a Algeciras, el capitán Bolín y sus colegas tuvieron conmigo todo tipo de atenciones». A Lunn le parecía perfectamente aceptable que los militares españoles quisieran evitar por todos los medios que los periodistas viesen algo comprometedor para sus aliados alemanes e italianos. Más adelante escribió: «A los alemanes, por ejemplo, que están probando sus nuevas defensas antiaéreas, les irrita especialmente la proximidad de los periodistas franceses, pues se sospecha que algunos de ellos son espías del gobierno francés, y uno en concreto ha sido arrestado por este motivo»[62].

Otro periodista inglés que había recibido un trato relativamente favorable era el corresponsal de aviación del *Evening News* de Londres, Nigel Tangye. Las entusiastas cartas de recomendación que traía de la Embajada en Londres del Tercer Reich y de otros contactos alemanes hicieron las delicias de Bolín. Por ese motivo, pusieron a disposición de Tangye un coche con chófer y le permitieron desplazarse, cámara en mano, sin escolta militar, lo que era un privilegio poco habitual. Sin embargo, el contacto directo con la realidad no hizo mella en la asombrosa ignorancia del corresponsal. Además, aunque sus artículos estaban llenos de falsedades favorables a los rebeldes, Tangye no se libró de los mismos retrasos frustrantes que sufrían el resto de los corresponsales. El periodista afirmó, en relación con los mercenarios marroquíes que luchaban con los rebeldes, que el sultán había enviado «a gran parte de su magnífico ejército a España, además de a su propio guardaespaldas». En parte, decía estas cosas porque creía erróneamente que Franco «hablaba árabe con soltura». Tangye también aseguró que la Iglesia católica no había tomado partido en la guerra hasta que la profanación de iglesias y el asesinato de curas la forzaron a apoyar la causa franquista. Todavía más extraña sería su afirmación de que el trotskista POUM había ganado importancia gracias a la ayuda soviética[63]. Pese a todo, las dificultades de Tangye con la censura rebelde no tenían nada que ver con su ignorancia, sino que eran algo común a todos los corresponsales.

Por eso, tras la derrota de Guadalajara, las autoridades militares italianas empezaron a instruir a la prensa extranjera y a llevar a los periodistas a visitar los sectores italianos del frente de Bilbao. También poseían un servicio especial de correo para trasladar los informes del frente a San Juan de Luz. De esta forma, los mensajes tardaban entre ocho y doce horas menos en llegar a Londres y Nueva York que aquellos que tenían que pasar por la censura franquista. El comandante Manuel Lámbarri, de la Oficina de Prensa en Vitoria, amenazó a Reynolds Packard, de United Press, con la expulsión inmediata de la zona insurgente si visitaba el frente con los italianos. «Ya va siendo hora de que os deis cuenta de que esta es una guerra española. Si necesitamos un poco de ayuda del

exterior no es culpa nuestra. El otro lado también la tiene. Pero no pararemos hasta que veáis esta guerra desde una perspectiva española». Más difícil sería para los censores rebeldes romper la estrecha relación que el corresponsal del *New York Times*, William P. Carney, defensor a ultranza de la causa franquista, había establecido con los oficiales de prensa italianos[64].

El trato que recibiría John Whitaker sería mucho más siniestro, pues Aguilera sospechaba, con razón, que el periodista era contrario a la causa nacional. Durante la etapa final de la marcha del Ejército franquista sobre Madrid, Whitaker visitaba el frente sin escolta. Una noche, a altas horas de la madrugada, Aguilera se presentó en su alojamiento con un agente de la Gestapo y amenazó con fusilarle si volvía a acercarse a primera línea de combate sin un miembro de su personal. «La próxima vez que estés solo en el frente y te encuentres bajo fuego cruzado, te dispararemos nosotros. Diremos que caíste en una acción enemiga. ¡Entérate bien!»[65].

Hubo, por supuesto, un pequeño número de periodistas que nunca tuvieron problemas con el aparato de censura gracias a su entusiasmo por la causa nacionalista. Cecil Gerahty, del *Daily Mail*, fue uno de ellos. Nunca había ocultado su oposición radical a la República y, por lo tanto, estuvo encantado de saber que el general Queipo de Llano quería que «diese una breve charla en la radio para los muchos oyentes ingleses que había no solo en España sino también en Gibraltar y Marruecos». Tras varias copas de jerez, Gerahty dio un discurso que, según afirmaría más tarde, hizo que al locutor se le saltasen las lágrimas. Entre las alabanzas que dedicó a los rebeldes, proclamó: «Por favor, recordad que España no lucha para que se puedan escribir buenas crónicas sobre una serie de victorias espectaculares. Unos elementos extraños han sembrado malas hierbas en sus jardines y hay que arrancar esas malas hierbas». Supuestamente, Queipo de Llano se emocionó tanto que hizo que tradujesen el discurso y lo repitió en su programa al día siguiente. O el jerez nubló la memoria de Gerahty, o los medios de comunicación de los nacionales decidieron no mencionar al general citando sus palabras, porque en la prensa de Sevilla no aparece el discurso[66].

El deseo de Gerahty de complacer a sus anfitriones lo superó con

creces F. Theo Rogers, un católico de Boston que había servido en las guerras de Estados Unidos contra España en Cuba y en las Filipinas. Durante ambos conflictos, Rogers había entablado amistad con Theodore Roosevelt. Después, como periodista, acabó siendo director del *Philippines Free Press* y se hizo muy rico. En la primavera de 1936 salió de las Filipinas para pasar unas largas vacaciones en España, donde tenía muchos amigos entre la aristocracia y el Ejército. En 1937 apareció *Spain: A Tragic Journey*, fruto de sus observaciones durante este período. El libro, que lucía el prólogo entusiasta de Theodore Roosevelt, era una denuncia feroz de la República y un canto de alabanza a los rebeldes. Entre otras cosas, Rogers afirmaba que la campaña electoral del Frente Popular la había financiado Moscú y que la victoria se había conseguido «con influencias terroristas» y un «fraude electoral enorme». En realidad, la violencia y el fraude electoral los había llevado a cabo la derecha. Rogers también repitió la absurda historia de que existía un complot comunista para imponer un gobierno soviético en España, y presentó el levantamiento militar como una reacción contra el «gansterismo» del gobierno republicano.

En cuanto a la intervención extranjera durante la guerra, Rogers afirmó que era «totalmente cierto» que «había regimientos enteros de rusos, dirigidos por oficiales rusos, luchando por el gobierno de Madrid», tal y como habían afirmado sus amigos españoles. Como contraste al comentario sobre los soviéticos, Rogers escribió: «He viajado por toda la España blanca. No he visto nunca a un soldado u oficial italiano. Habré visto como mucho a 150 alemanes, todos ellos vinculados a la Legión Extranjera en calidad de técnicos». También alabó el apoyo de Hitler a Franco, alegando que el Führer «teme lo que el comunismo pueda hacer con nuestra civilización». Según Rogers, la vida en la España republicana estaba inmersa en una oleada constante de terror, asesinatos, violaciones y robos. De las ejecuciones en masa y el terror de la zona rebelde no decía nada. Afirmó, sin embargo, que durante sus extensos viajes por la España blanca no había visto «ninguna muestra de desorden, ninguna señal de muchedumbres desorganizadas». Su opinión de la represión franquista era aséptica en extremo. No había sido testigo de violencia alguna, solo unas pocas ejecuciones, «pero por lo

menos había un juicio, aunque fuese sumario». Su relato sobre lo que ocurría cuando los franquistas tomaban una ciudad era de lo más ingenuo: «Se indica a los obreros que vuelvan a sus tareas diarias. Puede que hasta ese momento hayan estado con los rojos. Ahora deben olvidarse de la política y la guerra. Lo que cuenta es su presente y su futuro, no su pasado». Llegó a decir que había encontrado «obreros que estaban de acuerdo con las ejecuciones ordenadas por las fuerzas blancas».

Cuando se publicó el libro de Rogers, el padre Francis Talbot, un jesuita importante, escribió un prefacio en el que expresaba su esperanza de que *Spain: A Tragic Journey* sirviese «para desilusionar a todo estadounidense que aún crea en el burdo mito de la democracia española que se profesa y practica en los territorios a los que llaman “leales”». A continuación, el jesuita afirmaba que las conclusiones del libro culpaban a los republicanos de «derogar los derechos fundamentales, violar todas las libertades y crear un reino de terror y caos. Y ratifican que la España nacional lucha por la ley, el orden, la cultura, la justicia»[67].

Aunque no estuviese exactamente al mismo nivel que Rogers, William P. Carney, del *New York Times*, demostró ser otro defensor entusiasta de la causa rebelde. En los círculos de la prensa neoyorquina se le apodaba «el agente de prensa del general Franco en nómina de *The Times*»[68]. Hasta cierto punto, se había labrado el camino al escribir un artículo de despedida de la zona republicana muy crítico, que luego publicó como panfleto en Estados Unidos, con lo que logró que la opinión del mundo católico norteamericano se inclinase a favor de Franco. Constancia de la Mora afirmaría más adelante que, como recompensa por revelar los detalles exactos de los emplazamientos de artillería en Madrid, los rebeldes entregaron a Carney al abandonar este la capital un «uniforme fascista de excelente calidad». De la Mora también alegó que, después de la Guerra Civil, Carney envió una carta al cardenal Gomá, primado de España, dándole la enhorabuena por la «victoria gloriosa» de Franco[69]. A raíz de esto, Carney intentó demandar a De la Mora por daños y perjuicios. Su abogado no debatió la afirmación sobre las defensas antiaéreas, porque no podía hacerlo, pero argumentó con poca convicción que Carney «no era fascista, nunca había

tenido en su posesión un uniforme fascista y, ciertamente, nunca se había puesto uno», y que en la carta no daba la enhorabuena a Gomá por su victoria gloriosa, sino por la salvación del catolicismo en España gracias a la victoria de Franco[70]. El 18 de mayo de 1937, el embajador estadounidense, Claude Bowers, informó al Departamento de Estado de Estados Unidos de que la estación de radio italiana en Salamanca había ofrecido a los corresponsales de guerra hasta diez mil liras por discursos propagandísticos. William Carney estaba entre los que habían aceptado la propuesta y, de acuerdo con las condiciones impuestas, terminó su charla con el grito franquista: «¡Arriba España!»[71]. No hay que olvidar que Carney sería condecorado después de la guerra por la católica Orden de los Caballeros de Colón de Estados Unidos, y se convertiría en propagandista de la Guerra Fría al servicio del gobierno estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial[72].

En cualquier caso, una vez llegó a la zona nacional, Carney continuó con la actitud del polémico artículo de Madrid, manipulando las noticias en favor de los rebeldes y contra la República. El día en que se destruyó Guernica, por ejemplo, envió un telegrama de tono triunfal al *New York Times* para informar con euforia sobre la captura de Eibar y Durango. La versión que dio sobre las fuerzas vascas era terriblemente exagerada, y entre otras cosas mencionaba la existencia de abundante artillería moderna y una fuerza aérea de cien aviones, cuando en realidad casi no llegaban a los diez[73]. Después del bombardeo de Guernica, se sumó enseguida a las filas de los profranquistas que argumentaban que la ciudad había sido dinamitada por los propios vascos, y tras visitarla, escribió: «La mayor parte de la destrucción podría ser el resultado de incendios y explosiones con dinamita». También citó con aprobación la calumnia rebelde de que uno de los principales testigos del bombardeo, el padre Alberto Onaindía, era «un joven cura apartado del sacerdocio»[74].

El 22 de julio de 1937, Carney entrevistó al piloto estadounidense Harold Dahl, capturado tras tirarse en paracaídas sobre Brunete. Pese a que Dahl había sido víctima de duras amenazas, Carney le citó diciendo que le habían tratado con «amabilidad y consideración» y «exquisita cortesía». El grueso del

artículo intentaba dar la impresión de que las Fuerzas Aéreas republicanas estaban totalmente controladas por los rusos[75]. No fue la única vez que Carney inventó detalles en sus artículos. En diciembre de 1937, cuando los republicanos aún luchaban por defender la recién capturada Teruel, los rebeldes emitieron un comunicado afirmando que ya lo habían reconquistado, en lo que resultó ser una muestra de excesiva confianza. Carney publicó el comunicado y añadió varias pinceladas de lo más imaginativas sobre el recibimiento de la población a los soldados franquistas con aclamaciones de júbilo y saludos fascistas. Herbert Matthews no se creyó la historia y realizó junto a Robert Capa un peligrosísimo viaje de tres días de Barcelona a Teruel. Al llegar y ver que la ciudad seguía en manos republicanas, escribió un artículo con una crítica implícita a Carney:

> Los rebeldes nunca llegaron a la ciudad, nunca entraron en contacto con la guarnición ni los refugiados en los sótanos de Teruel, nunca capturaron a ningún oficial del cuartel general del gobierno y, en conclusión, nunca amenazaron de verdad a la capital de provincia que sigue bajo el mando firme del gobierno. Está demostrado que, para asegurarse de que cualquier cosa en esta guerra es cierta, uno tiene que ir en persona y verlo con sus propios ojos[76].

Tras leer el artículo de Matthews, Jay Allen telegrafió a Hemingway: «INFORMA MATTHEWS SU MATERIAL GRAN IMPRESIÓN TODOS. CARNEY METIDO BUEN LÍO SUS IDEAS AHORA OBVIAS»[77].

A principios de abril de 1938, Carney y otros periodistas, entre ellos Kim Philby, visitaron el campo de concentración de la academia militar de Zaragoza, donde se encontraban los miembros capturados de las Brigadas Internacionales. Uno de los brigadistas estadounidenses, Max Parker, dijo que no hablaría con ellos mientras Carney estuviese presente, pues estaba convencido de que era un propagandista de Franco. Carney no se dio a conocer entre el grupo de periodistas, y más adelante publicó un relato de la visita

que no tenía nada que ver con la penosa realidad de los prisioneros. Citaba con aprobación al teniente coronel Lorenzo Martínez Fuste, jefe del cuerpo jurídico de Franco, que estaba a cargo de la supervisión de las sentencias de muerte: «A los extranjeros se les trata igual que a los prisioneros españoles». Lo que no mencionaba Carney es que esto significaba hacinamiento, inanición, palizas, ejecuciones y enfermedades tanto para los voluntarios internacionales como para los republicanos españoles. El periodista también afirmaba que los prisioneros estaban encantados con el trato que recibían, impresionados con lo bien que les daban de comer y convencidos de que las condiciones de su cautiverio eran mucho mejores que las condiciones que tenían cuando luchaban para la República. Parker revelaría más adelante que Carney había falsificado las entrevistas utilizando los documentos de los prisioneros que le facilitaron los franquistas. En el mismo artículo, Carney también incluía otra falsedad sobre cómo el Comité Norteamericano de Ayuda a la Democracia Española reclutaba voluntarios, una aserción que dañaría los esfuerzos posteriores de la organización para recaudar fondos. Más adelante informó erróneamente de que el cónsul de Estados Unidos, Charles Bay, había afirmado que el Departamento de Estado no iba a hacer nada para ayudar a los voluntarios estadounidenses condenados a muerte por los franquistas. Tuvo que publicar una retractación, pero su intención de debilitar la campaña de reclutamiento ya había quedado patente[78].

Carney se sentía como en casa en la zona rebelde. Tras visitar el improvisado campo de concentración franquista ubicado en el monasterio abandonado de San Pedro de Cardeña, a diez kilómetros de Burgos, Carney escribió una crónica el 9 de julio de 1938 que decía mucho de su sentido de la ética. Entre los prisioneros que vivían hacinados en el campo había un número importante de brigadistas internacionales, a los que se sometía regularmente a palizas y torturas. Cuando los carceleros ordenaron a los estadounidenses que se dirigiesen a la zona de reunión para ser entrevistados por Carney, estos llamaron de inmediato al brigadista irlandés Bob Doyle, que acababa de recibir una paliza terrible, para sustituirlo por uno de ellos y unirse a otra víctima de la tortura, Bob

Steck. Carney interrogó a los prisioneros, exigiendo información sobre quién les había dado los fondos para ir a España y cuántos pertenecían al Partido Comunista. Los prisioneros estaban convencidos de que Carney estaba intentando recopilar material para mancillar la reputación de los brigadistas en Estados Unidos. Los portavoces de los norteamericanos, Lou Ornitz y Edgar Acken, periodista también, contestaron que eran todos antifascistas y que no sabían cuántos comunistas había entre ellos. Le informaron sobre las atroces condiciones en las que vivían y las palizas que recibían, pero Carney se mostró escéptico sobre las denuncias de brutalidad y se negó a visitar sus dependencias. Ante esto, los brigadistas llevaron a la sala a Doyle y Steck y les levantaron la camisa para que viese los largos verdugones en carne viva que tenían en la espalda.

La turbación de Carney fue manifiesta. Ornitz le dijo entonces que, si de verdad quería ayudar a los prisioneros, debía informar al Departamento de Estado sobre las terribles condiciones en las que se encontraban. Pero, en lugar de eso, Carney informó al jefe de la prisión; Ornitz recibió una paliza y sufrió la reducción de su ración de alimentos. El periodista publicó un artículo fraudulento en el *New York Times*, en el que describía el campo en términos idílicos y afirmaba que los prisioneros tenían suficiente espacio y buena comida y agua. Según Carney, cualquier forma de maltrato que pudiera tener lugar, siempre ocurría en respuesta al comportamiento subversivo de los prisioneros. Sin embargo, la publicación de sus nombres hizo que fuese imposible que los franquistas les ejecutasen por las buenas[79]. El prisionero y dibujante Jimmy Moon satirizó el artículo de Carney en el boletín de noticias clandestino del campo, el *San Pedro Jaily News*, con una caricatura en la que se veía a los cautivos pasando el rato, leyendo y pescando en el río, mientras una enfermera voluptuosa atendía a los heridos[80].

Carney fue testigo del intercambio de catorce brigadistas el día 8 de octubre de 1938. Al otro lado del puente internacional de Hendaya esperaba a los prisioneros David Amariglio, el representante de los Amigos de la Brigada Abraham Lincoln. Su misión era organizarles el pasaje de vuelta con los fondos que Louis

Fischer le había entregado de los haberes cedidos por el gobierno de Negrín. Según Claude Bowers, que también estaba presente, trataron a Carney con amabilidad, pese a tenerle «una aversión horrible». Sin embargo, le reprocharon las mentiras descaradas que había escrito en la crónica sobre San Pedro.

> Lo aceptó sin demasiado interés. Con todo descaro, nos dijo que había mentido «porque era la única forma de hacer llegar el artículo al exterior»; otra falsedad, dado que lo podría haber mandado desde Francia. Su afirmación rotunda de que, según nuestra propia admisión, habíamos sido reclutados por el Partido Comunista o por el Comité Norteamericano, era del todo absurda. Durante la entrevista no se había tocado el tema y la realidad era muy distinta.

La versión de Carney sobre los hechos no dice nada de que cuestionasen su ética, pero hace especial hincapié en que Amariglio era comunista y los Amigos de la Brigada Abraham Lincoln, una organización tapadera de los comunistas[81].

Carney fue uno de los corresponsales británicos y estadounidenses que mejor relación mantuvo con el aparato de censura rebelde. Muy distinto sería el caso de Hubert Knickerbocker, un periodista pelirrojo de fama mundial que, a través de sus artículos en el grupo de prensa Hearst, había ayudado mucho a la causa franquista. Pese a todo, Knickerbocker fue arrestado durante la campaña contra el País Vasco en abril de 1937[82]. El incidente en cuestión colocaría a Aguilera y a sus superiores, en una situación muy embarazosa. Claude Bowers, el embajador estadounidense, informó a Washington sobre los antecedentes del enfrentamiento entre Knickerbocker y las autoridades rebeldes:

> El general Franco es cada vez más intolerante con los corresponsales de guerra que acompañan a su Ejército. Al empezar el ataque contra Málaga, no los dejó entrar. Estos hombres llevaban meses con él y habían escrito artículos de lo más favorables a la causa franquista. Si alguno merecía su aprobación era Knickerbocker. Hace cinco meses yo le veía con frecuencia, y ya entonces consideraba que la victoria de Franco era inevitable e inminente. Regresó a Estados Unidos hace tres meses y ahora le han

> enviado de vuelta otra vez. Le he visto dos veces en mi casa de San Juan de Luz. Estaba esperando un permiso para cruzar la frontera y volverse a unir al Ejército. Le acaban de informar de que «no puede continuar con su viaje a España». La única explicación que puede dar uno a esta negativa es que hay algo en las circunstancias presentes que el general Franco no quiere que se pregone por el mundo. Knickerbocker se ha quedado estupefacto con este cambio de actitud[83].

Pese a que le habían prohibido adentrarse en España, el intrépido Knickerbocker atravesó la frontera una semana más tarde. Le atraparon y encarcelaron en San Sebastián durante treinta y seis horas, y no le soltaron hasta que su amigo y compañero de profesión, el periodista Randolph Churchill, montó un gran escándalo. A continuación le expulsaron del país. Knickerbocker estaba convencido de que lo ocurrido se debía a una denuncia del capitán Aguilera, y su venganza fue devastadora. El 10 de mayo de 1937, el periodista pelirrojo publicó en el *Washington Times* un artículo en el que se limitaba a describir el tipo de sociedad que los militares rebeldes planeaban establecer en España, basándose en las opiniones antisemitas, misóginas y antidemocráticas de Aguilera, y en especial, en su afirmación de que «vamos a ejecutar a cincuenta mil personas en Madrid. Y no importa adónde intenten escapar Azaña y Largo Caballero (el presidente del gobierno) y el resto, pues, aunque tengamos que estar años buscándoles por el mundo entero, les atraparemos y mataremos a todos y cada uno de ellos». El 11 de mayo de 1937, Jerry J.
O’Connell
, de Montana, citó largo y tendido el artículo de Knickerbocker en el Congreso de Estados Unidos. Con el bombardeo de Guernica tan fresco en la mente de todos, la acción del corresponsal tuvo que ser un duro golpe propagandístico para los franquistas.

El artículo planteaba una pregunta hipotética sobre el tipo de sociedad que Franco establecería si ganaba la guerra, y la contestaba usando las palabras de Gonzalo Aguilera, convertido en el imaginario comandante Sánchez. En él, Aguilera decía:

> No es solo una guerra de clase, también es una guerra de razas.

> No lo entiendes porque no te das cuenta de que en España hay dos razas: una raza esclava y una raza gobernante. Los rojos, desde el presidente Azaña hasta los anarquistas, son esclavos. Nuestra obligación es devolverles al lugar que merecen —o sea, colocarles las cadenas otra vez, si prefieres decirlo así—. La culpa de esta guerra la tiene el sistema moderno de alcantarillado. Sin duda, porque si a la selección natural no le hubiesen puesto trabas, habría acabado con la mayoría de las alimañas «rojas». Azaña es un ejemplo típico. Probablemente hubiese muerto de parálisis infantil, pero le salvaron las malditas cloacas. Tenemos que acabar con las cloacas.

Al parecer, la victoria de F. D. Roosevelt en las elecciones presidenciales tuvo varios días afligido a Aguilera, que comentó al respecto: «De lo que no te das cuenta es de que cualquier demócrata estúpido, o como quieran llamarse, se presta a ciegas a los fines de la revolución “roja”. Los demócratas sois todos siervos del bolchevismo. Hitler es el único que sabe reconocer a un “rojo” cuando lo ve». Su expresión favorita era: «¡Échales y mátales!». Quería abolir los sindicatos y castigar la afiliación a estos con la pena de muerte. Para los obreros industriales, Aguilera defendía la administración paternalista de los dueños de las fábricas, y para los campesinos, una servidumbre benevolente. También opinaba que la educación tenía efectos perniciosos, como recoge Knickerbocker: «Debemos destruir la prole de escuelas “rojas” que la llamada “república” instaló para enseñar a los esclavos a rebelarse. A las masas les basta con leer lo suficiente como para entender órdenes. Debemos restaurar la autoridad de la Iglesia. Los esclavos la necesitan para que les enseñe a comportarse». Su opinión sobre las mujeres no había cambiado mucho de lo que en su día ya expresó ante Whitaker: «Es deplorable que las mujeres voten. Nadie debería votar, y mucho menos las mujeres». Los judíos eran «una peste internacional» y la libertad, un «engaño utilizado por los “rojos” para tomar el pelo a los supuestos demócratas. En nuestro estado, la gente tendrá libertad para callarse la boca»[84].

Otro corresponsal que parecía simpatizar con los rebeldes era Harold A. R. Philby, apodado Kim por el héroe de un cuento de Rudyard Kipling sobre un espía. Como Knickerbocker, Kim acabaría perjudicando a la causa rebelde, pero de forma muy distinta. Le

recibieron con los brazos abiertos porque era el corresponsal del *Times*, y además había sido recomendado por la Embajada alemana de Londres. Correspondió a su confianza escribiendo artículos favorables a la causa rebelde que deleitaron a sus anfitriones, pero la verdad es que Philby era un espía ruso. Edith Suschitzky, una cazatalentos del NKVD, le había reclutado en Londres en el verano de 1934. Suschitzky estaba casada con el doctor Alex Tudor Hart (que más adelante serviría en los servicios médicos de las Brigadas Internacionales en España) y era amiga de la mujer austríaca de Philby, Litzi Friedman. Philby recibía una instrucción paternalista por parte de su «controlador» o agente a cargo de su caso, Arnold Deutsch, que trabajaba a las órdenes de Aleksandr Orlov, jefe de la «sección» del NKVD en Londres y que más adelante desempeñaría un papel crucial en la Guerra Civil española. Como Philby era conocido por sus tendencias izquierdistas, para que pudiese ser reclutado por el Foreign Office o los servicios secretos británicos tenían que enterrar su pasado. Con este fin se le puso a trabajar en una pequeña revista llamada *Review of Reviews*, donde se afanó en labrarse una imagen de hombre sin convicciones políticas aunque algo liberal[85].

Este empleo le sirvió de trampolín para conseguir trabajo en la *Anglo-Russian Trade Gazette*, una publicación que llevaban unos hombres de negocios ingleses con intereses comerciales en la Rusia prerrevolucionaria, y que, a ojos de Moscú, estaban vinculados a los servicios secretos británicos. Como no había ninguna posibilidad de que los rusos les devolviesen el dinero, la *Gazette* se iba al garete y sus propietarios decidieron convertirla, con el apoyo del Tercer Reich, en una publicación angloalemana. Philby fue nombrado director y también pasó a formar parte de la Fraternidad Angloalemana, una organización formada por hombres de negocios, miembros del parlamento y personajes de la alta sociedad afines a la causa nazi, a los que Churchill se refería burlonamente como la «brigada Heil Hitler». Esto no solo aumentó la credibilidad de Philby, sino que también le permitió recoger información para Moscú sobre la magnitud del apoyo británico a Hitler. Orlov, que acababa de ser desenmascarado, abandonó Londres y fue reemplazado por Theodore Mally, de origen húngaro. Justo cuando

Philby estaba a punto de ser despedido por el Ministerio de Propaganda alemán por no haber adoptado aún una línea claramente pronazi, fue informado por sus controladores rusos de que iba a ser enviado a España, haciéndose pasar por un periodista pronazi en la zona rebelde: «Me dijeron que, además de recoger información, era primordial que en este viaje adquiriese buena reputación y me estableciese como periodista para obtener un trabajo todavía más importante». Se esperaba que recopilase datos para los rusos sobre las aportaciones políticas y militares de los alemanes e italianos al esfuerzo bélico franquista, y que eso mismo le llevase a ser fichado por los servicios secretos británicos como posible «topo» o informante[86].

La tapadera de Philby era la de un periodista independiente, y con este fin había logrado la acreditación del *Evening Standard* londinense y de una revista alemana llamada *Geopolitics*. A través de la Embajada de Alemania, entró en contacto con el duque de Alba, que era el agente diplomático de Franco en Londres. El duque le proporcionó cartas de recomendación, una de ellas dirigida a Pablo Merry del Val, que por aquel entonces estaba a cargo de la censura en Talavera de la Reina. Más adelante Philby escribiría:

> Mi misión inmediata consistía en obtener información de primera mano sobre todos los aspectos del esfuerzo bélico fascista. Después, el plan era transmitir en persona la mayor parte de esta información a contactos soviéticos ubicados en Francia y, más ocasionalmente, en Inglaterra. Pero, para las comunicaciones urgentes, me habían dado un código y una serie de direcciones tapadera fuera de España. Antes de irme de Inglaterra, habían escrito las instrucciones sobre el uso del código en un trocito de una lámina que parecía papel de arroz y que normalmente llevaba en el bolsillo pequeño de los pantalones.

Pero, además, Philby tenía que encontrar la manera de introducirse en el cuartel general de Franco e informar sobre todo lo relacionado con los controles, el personal y las posibles lagunas de seguridad, con el objetivo de facilitar un intento de asesinato contra el Caudillo. El 3 de febrero de 1937, Philby salió de Londres camino a Sevilla. Al principio fue informando a sus contactos rusos sobre la situación militar, las entregas de armamento, el

movimiento de tropas y la posición de los aeródromos. Estos datos se transmitían entonces a los republicanos[87].

Aunque nunca se descubrió la tapadera, en abril de 1937 Philby estuvo a punto de terminar frente al pelotón de fusilamiento en Córdoba, adonde había ido tras ver un cartel que anunciaba una corrida de toros. La oportunidad de combinar una visita a la plaza con un viaje al frente este de la ciudad había sido demasiado tentadora para Philby. Por desgracia, no le habían informado de que necesitaba un salvoconducto especial para entrar en lo que era una zona militar restringida. La Guardia Civil le arrestó en medio de la noche y le llevó a su cuartel general. Registraron minuciosamente su equipaje y le interrogaron. Philby temía que descubriesen los códigos secretos al revisar su ropa. Cuando le pidieron que se vaciase los bolsillos, se le ocurrió tirar la cartera a la mesa y, mientras los interrogadores se lanzaban sobre ella, logró hacer una bola con el papel en el que estaban escritos los códigos y tragársela[88].

Philby regresó a Londres en mayo de 1937. Tras dar parte, sus controladores decidieron recomendar que se le eximiese de participar en la trama para asesinar a Franco. A cambio, le ordenaron que se las arreglase para encontrar trabajo como corresponsal de alguno de los periódicos importantes, para así acercarse a los servicios secretos británicos. Gracias a su padre, Harold St. John Bridger Philby, un arabista muy influyente, el *Times* le contrató el 24 de mayo como sustituto de James Holburn, que había cubierto la campaña del País Vasco. A finales de junio de 1937, tras volver a visitar la Embajada de Alemania, Philby llegó a España, donde su conexión con Joachim von Ribbentrop pagaría dividendos. Las recomendaciones que traía deslumbraron a Bolín, que concluyó que Philby era «un tipo decente cuyos informes inspiraban confianza porque era muy objetivo» y todo un «caballero», opinión que compartía con Merry del Val. La Nochevieja de 1937, durante la batalla de Teruel, Philby sobrevivió a los disparos de la artillería republicana contra el coche en el que iba con otros tres corresponsales, que perecieron en el ataque. La Cruz Roja del Mérito Militar con la que fue condecorado por el propio Franco respondía tanto a la brecha que se hizo en la cabeza

como a la importancia que había adquirido. A partir de entonces, Philby cubrió la ofensiva de las tropas franquistas desde Teruel hacia el mar, y luego la batalla del Ebro. Fue uno de los primeros corresponsales que entró en Barcelona con las fuerzas de ocupación, lo que fue para él una experiencia muy dolorosa, «el peor momento de mi vida»[89]. Más tarde afirmaría: «Resultar herido en España ayudó inmensamente a mi carrera, como periodista y como espía; eso es innegable. Se me abrieron todo tipo de puertas». Pese a todo, no es descabellado pensar que Philby infligió más daño al esfuerzo bélico franquista que los corresponsales que intentaban saltarse la censura enviando sus crónicas desde Francia.

Si se hubiera llegado a descubrir el verdadero objetivo de Philby, Bolín se habría encontrado en una situación un poco humillante, dada la calurosa bienvenida que había dado al espía. En cualquier caso, al capitán le quedaba poco tiempo como jefe del servicio de prensa rebelde, cargo que venía ostentando desde la salida de Millán Astray y la transformación, en enero de 1937, de la Oficina de Prensa y Propaganda en la Delegación para Prensa y Propaganda, bajo el mando de Vicente Gay. Bolín también había sobrevivido a la sustitución de Gay por Manuel Arias Paz. Sin embargo, su fracaso al desmentir el bombardeo de Guernica fue su perdición[90]. Además, el furor que causó la destrucción de la ciudad vasca coincidió con la puesta en libertad de Arthur Koestler y con la publicidad hecha sobre su arresto y el papel de Bolín en todo el asunto.

Alarmado por lo perjudicial que era todo eso para la causa nacionalista, el marqués del Moral, Frederick Ramón Bertodano y Wilson, coordinador angloespañol de la propaganda profranquista en Londres, se dirigió a toda prisa a Salamanca para avisar al Caudillo. Bertodano, como otros simpatizantes nacionalistas, se había creído la historia de los dinamiteros vascos, pero le preocupaba el daño que los informes sobre el bombardeo estaban causando a los nacionales. Le suplicó a Franco que se llevase a cabo una investigación para que saliese a la luz la «verdad» de lo ocurrido. Lógicamente, el Generalísimo se negó y se limitó a prometer que renovaría las declaraciones que habían hecho en su momento utilizando otras formas. Sin embargo, el marqués del

Moral, junto con otro propagandista franquista, el británico Arthur Loveday, se reunió con Manuel Arias Paz, que acababa de ser nombrado delegado de Prensa y Propaganda, y le convenció de que Bolín estaba perdiendo el apoyo de corresponsales británicos que, en realidad, eran favorables a la causa nacional. Es posible que la presión que ejercieron entre los tres fuese suficiente como para que Franco destituyese a Bolín, reemplazado de inmediato por Pablo Merry del Val, que el 18 de mayo había ascendido de jefe de prensa del frente en Madrid a jefe de relaciones con la prensa extranjera en Salamanca y Burgos. A partir de entonces, el trato a los corresponsales mejoró un poco, e incluso el mismo Franco llegó a recibir a un grupo de ellos el 15 de julio de 1937, para informarles de que la censura en su España era mucho más suave que en la zona republicana. Bolín fue nombrado «enviado especial de la Delegación en Gran Bretaña, Países Escandinavos y Estados Unidos», puesto en el que tenía que ejercer presión sobre políticos y medios de comunicación. En febrero de 1938, fue nombrado jefe del Servicio Nacional de Turismo, y pasó a ocuparse de organizar visitas turísticas a los lugares de interés en la zona rebelde[91].

El trato que recibió el primer periodista en llegar a Guernica después de la ocupación rebelde, ilustra la brutalidad que los nacionalistas utilizaron para «manipular» las noticias del bombardeo de la ciudad. Se trataba del francés Georges Berniard, de *Le Petite Gironde*, que previamente había estado con las fuerzas rebeldes en San Sebastián, Oviedo y Toledo. El 29 de abril, sin embargo, había volado de Biarritz a Bilbao, donde las autoridades republicanas del País Vasco le entregaron unos salvoconductos, y de allí condujo hasta Guernica sin saber que estaba ya en manos rebeldes. Le detuvieron a punta de pistola nada más llegar y le acusaron de espionaje. Cuando un oficial preguntó quiénes eran Berniard y su guía, los captores respondieron: «Son comunistas que se hacen pasar por periodistas». Se salvó gracias a la intervención de un corresponsal italiano, Sandro Sandri, que respondió por él, dándole así el tiempo que necesitaba para tragarse las cartas comprometedoras que llevaba encima. Fue entregado al capitán Aguilera, quien aceptó que probablemente no era un espía, pero le acusó de contravenir el decreto rebelde que condenaba a muerte a

cualquier periodista extranjero que, habiendo trabajado en la zona franquista, se encontrase en compañía de las fuerzas republicanas. Se fusiló a su chófer y a dos periodistas vascos que habían estado con él esa mañana en Bilbao, y que cansados de esperar a que les entregasen los salvoconductos necesarios, se habían marchado por su cuenta a Guernica. Berniard pasó treinta y seis horas bajo arresto hasta que Aguilera le dijo que le liberaría con la condición de que escribiese un artículo agradeciendo a los generales Franco, Mola y Solchaga su clemencia. El periodista cumplió con lo acordado al llegar a Francia. El hecho de que Malet-Dauban siguiese incomunicado y condenado a muerte pudo muy bien influir en que Berniard, y de hecho otros periodistas, secundaran la línea rebelde. Ese parece que fue el caso de Georges Botto, el sustituto de Malet-Dauban como corresponsal de la Havas Agency. Bajo la orientación de Aguilera, Botto escribió una crónica que sostenía la versión de los nacionales de que Guernica no había sido bombardeada sino incendiada por los propios vascos[92].

El nombramiento de Merry del Val mejoró el trato a los corresponsales en el día a día, siempre y cuando no hiciesen preguntas incómodas o intentasen enviar información comprometedora. Guernica entraba en esta categoría. Aunque Bolín había sido sustituido, el aparato de prensa al completo, incluido Aguilera, colaboró en el encubrimiento del bombardeo de la ciudad vasca, que se ocultaría durante años. A corto plazo, esta táctica implicaba la vigilancia intensa de periodistas «discrepantes» que intentasen acercarse a las ruinas de la ciudad y la expulsión de los que escribiesen crónicas desfavorables. También supuso que los periodistas que simpatizaban con la causa rebelde recibiesen directrices más severas sobre la redacción de sus artículos[93].

Tras el revuelo de la campaña vasca, Aguilera fue transferido del Estado Mayor de Mola a la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda[94]. Este cambio no afectó a su deseo de estar directamente involucrado en los combates. Aguilera tomó parte en el asalto a Santander que tuvo lugar a continuación, acompañando de nuevo a las brigadas navarras. De hecho, entró en la ciudad vencida dos horas antes de que llegase ninguna fuerza nacional, junto al corresponsal del *Times*, Kim Philby. Aguilera condujo a

través de miles de milicianos republicanos, todavía armados pero totalmente paralizados y abatidos ante la rapidez de la derrota[95]. Poco después, Virginia Cowles se encontró en medio de la ciudad recién capturada. El capitán Aguilera se ofreció a llevarla hasta León, donde estaría más cerca del cuartel general de Franco mientras el Caudillo continuaba con su ofensiva sobre Asturias. Tenía un Mercedes amarillo claro, con dos fusiles grandes en el asiento de atrás y «un chófer que conducía tan mal que solían animarle a que durmiese». Con sus botas y pantalones de caballería y una gorra con una borla azul colgando de ella, Aguilera se comportaba al volante como si montara un caballo de carreras. Como las carreteras estaban llenas de refugiados y tropas italianas, se dedicaba a insultar desde el coche a los otros vehículos. De vez en cuando se quejaba y decía: «No se ve a ninguna chica guapa. Mientras no tengan cara de sapo, las chicas siempre encuentran sitio en algún camión italiano». La presencia de un corresponsal extranjero no parecía afectarle lo más mínimo. Si cabe, su conversación se volvió todavía más grosera al tener delante a la señorita Cowles, una mujer atractiva que se parecía un poco a Lauren Bacall. Se paró a preguntar el camino a alguien que resultó ser alemán, tras lo cual comentó: «Buena gente, estos alemanes, pero demasiado serios; nunca van con mujeres, pero me imagino que no han venido a eso. Si matan a suficientes rojos, se les puede perdonar todo»[96]. Según narra la propia Virginia Cowles, el capitán le dijo:

> —¡Malditos rojos! ¿Quién les manda meter ideas en la cabeza de la gente? Todo el mundo sabe que la gente es idiota y que es mucho mejor para todos que se les diga cómo hacer las cosas en vez de que lo intenten por sí solos. El infierno no es suficiente castigo para los rojos. Me gustaría empalarlos a todos y verles retorcerse como lagartijas…
>
> El capitán hizo una pausa para ver el efecto de sus palabras, pero yo no dije nada y eso pareció sacarle de sus casillas.
>
> —Solo hay una cosa que odie más que a un rojo —dijo indignado.
>
> —¿Qué cosa?
>
> —¡Las periodistas sentimentaloides[97]!

Tras el bochorno de Guernica, los periodistas que simpatizaban con la causa rebelde empezaron a recibir directrices cada vez más severas sobre la redacción de sus artículos. Virginia Cowles llegó a la España nacional justo antes de la entrada de los italianos en Santander el 26 de agosto de 1937. Le pareció que el ambiente en Salamanca apestaba a paranoia. Más adelante escribiría:

> Me parecía peligroso llevar la contraria. Una mujer, la esposa de un funcionario del Departamento de Asuntos Exteriores, me preguntó cómo me atrevía a andar por las calles de Madrid. Le habían contado que había tantos francotiradores que los cuerpos se amontonaban en las cunetas y se dejaban pudrir en las alcantarillas. Cuando le dije que eso no era cierto se puso agresiva, y luego me enteré de que me había denunciado como sospechosa. Otro hombre me preguntó si había visto a los rojos dar de comer prisioneros a los animales del zoo. Le dije que el zoo llevaba meses vacío y se quedó atónito. Otro más, Pablo Merry del Val, jefe de la Prensa Extranjera, se fijó en la pulsera de oro que llevaba puesta: «Me imagino que no la llevaba en Madrid», dijo sonriente. Cuando le contesté que la había comprado en Madrid se ofendió muchísimo, y a partir de entonces solo me saludaba con una fría inclinación de la cabeza desde lejos[98].

En un viaje a Asturias en el que acompañó a Aguilera, Cowles suscitó la ira del capitán al sugerir que los republicanos habían volado un puente no como un acto gratuito de destrucción, sino para entorpecer el avance de los nacionales. Aguilera se vengó dejándola sola en el coche durante varias horas. A continuación, Cowles se negó a saludar a un alto oficial. Encendido de rabia, el capitán dijo: «Has insultado a la causa nacional. Las cosas no van a quedar así». Tras un informe de Aguilera, Merry del Val se negó a entregar a la periodista los salvoconductos necesarios para abandonar España. Otros periodistas le dijeron que se había expedido una orden de arresto en su contra. Con la ayuda del duque de Montellano, a quien conocía de antes, Cowles consiguió llegar a Burgos y, desde allí, otro amigo, el conde de Churruca, la ayudó a trasladarse hasta San Sebastián. En la ciudad vasca, mediante un subterfugio, el primer secretario de la Embajada británica, Geoffrey *Tommy* Thompson, logró sacarla por la frontera francesa[99]. Como

se puede ver en el caso de Cowles, el trato de Bolín y Aguilera a los corresponsales distaba mucho de los esfuerzos de Arturo Barea, Ilse Kulcsar y Constancia de la Mora para facilitar la recopilación de información a los periodistas de la zona republicana.

Cuando los franquistas llegaron a Barcelona, la prensa extranjera fue transportada en una flota de limusinas. Sin embargo, los periodistas no podían ir a ningún sitio sin la supervisión de un oficial. Cedric Salter, del *Daily Mail*, se había quedado en la capital catalana cuando los demás corresponsales que estaban cubriendo a la República fueron evacuados, convencido de que la posición derechista y profascista de su periódico le protegería. Aunque los nuevos conquistadores le trataron con desdén, las cosas podrían haber sido mucho peores si no llega a ser por un cable que el *Daily Mail* envió al cuartel general de Franco en Burgos. Manuel Lámbarri, que por aquel entonces ya era coronel, hizo llamar a Salter para interrogarlo. Al parecer, el coronel estaba escandalizado porque el periódico había resaltado, en defensa del periodista, la «total objetividad» de sus informaciones. Sin embargo, como el coronel tenía órdenes de no hacer nada que pudiese disgustar al *Daily Mail*, envió a Salter a Burgos para que allí se decidiese sobre su suerte. Al llegar, el cortés jefe de prensa, Pablo Merry del Val, le informó de que no podía seguir trabajando en España como corresponsal, pues al parecer existía el peligro de que volviese a caer en el pecado de la objetividad[100].

Segunda parte

Más allá del periodismo

5

¿Los ojos y oídos de Stalin en Madrid? Ascenso y caída de Mijaíl Koltsov

En el verano de 1938, Mijaíl Koltsov, uno de los escritores y periodistas más célebres de Rusia, fue nombrado miembro del Soviet Supremo de la República Federal Socialista Soviética Rusa. Este galardón suponía el reconocimiento a una distinguida trayectoria profesional en la que había desempeñado, entre otras cosas, un papel activo y sin duda audaz durante la Guerra Civil española. El público ruso devoró con avidez sus crónicas de España, publicadas a diario en *Pravda* desde el 9 de agosto de 1936 hasta el 6 de noviembre de 1937. Durante la primavera y el verano de 1938 se publicó por entregas, y con gran éxito, el apasionante diario de sus proezas en España. Koltsov estaba en el punto álgido de su fama. Ese mismo otoño, mientras pasaba una velada en el Bolshoi, Stalin le invitó a su palco y le dijo lo mucho que le gustaba su diario de la guerra de España. El dictador le invitó a continuación a dar una conferencia para presentar *Historia del Partido Bolchevique*, libro que él mismo había dirigido. Era una muestra considerable de favoritismo oficial. Dos días antes de la conferencia, Koltsov recibió una nueva distinción al ser nombrado miembro de la Academia de Ciencias. El 12 de diciembre, a última hora de la tarde, un Koltsov radiante cumplió con su promesa a Stalin y presentó el libro en la Unión de Escritores. La charla fue recibida calurosamente. Esa misma noche, poco después de haber llegado a su despacho de

Pravda, se presentaron unos agentes del NKVD (Comisariado Popular de Asuntos Internos) y se lo llevaron con ellos. Tras un período de casi catorce meses sometido a interrogatorios y torturas, Koltsov fue fusilado. El motivo exacto de la caída en desgracia de semejante celebridad sigue siendo un misterio.

Hijo de un artesano judío, Mijaíl Efimovich Friedland Koltsov nació en Kiev en 1898 y acabaría alcanzando una gran fama en la Rusia soviética. Se marchó de Ucrania siendo muy joven para estudiar medicina en la Universidad de San Petersburgo, pero el estallido de la Revolución rusa le arrastró a la política. Participó en la guerra civil rusa mediante la elaboración de propaganda política para el *Okna Yug* (abreviatura de *Yuzhny*, «sureño») *ROSTA* del Ejército Rojo, un boletín informativo sobre el frente del sur. En 1918 ingresó en el Partido Comunista, y en marzo de 1921 participó en la represión del levantamiento de los marineros de Kronstadt. A partir de entonces se convirtió en una figura destacada del mundo del periodismo. También fue aviador y realizó vuelos de larga distancia, entre los que destaca el que abrió la ruta Moscú-Ankara-Teherán-Kabul. En 1931 publicó un libro titulado *Khochu letat’* («Quiero volar»). Koltsov fue uno de los pioneros de la naciente industria aérea de la Unión Soviética, y participó en la construcción del avión *Maxim Gorki*. Escribió artículos realistas y muy vivos sobre sus hazañas en el aire, sus experiencias como taxista y paracaidista, y sus largos viajes a través de Asia y Europa[1]. Sus obras periodísticas y literarias estuvieron salpicadas desde el principio con relatos de sus aventuras. A lo largo de toda su trayectoria profesional mostró cierta tendencia a promocionarse, cosa que pudo haber contribuido a su fatal destino.

Los problemas posteriores de Koltsov también se debieron a su actividad política durante la década de 1920. Perteneció a la Oposición de Izquierdas y fue protegido de Lev Sosnovsky, un viejo bolchevique y periodista de talento cercano a Karl Radek. En 1923, para irritación de Stalin, Sosnovsky publicó un fotomontaje en la revista *Ogoniok* titulado «Un día en la vida de Trotsky». Tras la deportación de Léon Trotsky en 1927, Sosnovsky defendió la causa de su amigo con valentía, un ejemplo que no siguió Koltsov. Cuando Sosnovsky fue arrestado en 1928, Koltsov se desvinculó

inmediatamente de su mentor, actitud que provocó que la amante de Sosnovsky le diera una bofetada en público en el *foyer* del teatro Bolshoi poco después[2]. En 1929, Koltsov participó en las celebraciones del cincuenta cumpleaños de Stalin con un panegírico en el que comparaba al nuevo dictador con Lenin[3]. Habiendo renegado de su pasado, Koltsov no tardó en adquirir renombre en el mundo de la prensa soviética. Fue director de un gran número de publicaciones, entre otras *Ogoniok* (1928-1939), *Krokodil* (1934-1938), *Chudak* (1928-1930) y *Za Rubezhom* (1932-1938). Su nombramiento como jefe de la poderosa asociación soviética de revistas y periódicos le llevó a ser uno de los personajes más influyentes de la política cultural soviética de la década de 1930. Además, como presidente del comité internacional de la Unión de Escritores Soviéticos, desempeñó un papel fundamental en la difusión de la política del Frente Popular[4]. Pese a todo, Koltsov nunca logró liberarse enteramente de su pasado trotskista.

Pese a su creciente preeminencia en el mundo literario, Koltsov fue siempre un hombre de acción. En el funeral del gran poeta y dramaturgo Vladimir Mayakovsky, fallecido el 24 de abril de 1930, Koltsov se prestó voluntario para conducir el coche fúnebre. Oficialmente se dijo que Mayakovsky se había suicidado por un desengaño amoroso, y es verdad que el poeta estaba desmoralizado y desilusionado por la marcha de la política soviética, pero corrían rumores de que los servicios secretos lo habían asesinado debido al carácter cada vez más individualista de sus escritos. Una gran muchedumbre se congregó para rendirle homenaje y siguió el féretro como un cortejo fúnebre al salir de la Unión de Escritores. Sin embargo, Koltsov condujo tan rápido que dejó atrás al cortejo. Es de suponer que esta acción fue el resultado de la impetuosidad de un hombre que en su día había sido taxista, en vez de una estratagema del gobierno para reducir la magnitud del homenaje

popular a Mayakovsky, limitando la mala prensa de su inoportuna muerte[5].

En 1932, una conocida de Koltsov en Moscú, Paulina Abramson, que por aquel entonces tenía diecisiete años, se encontró con el periodista en la Embajada soviética de Berlín. Le describió como «una persona de estatura baja, regordete, que usaba anteojos con lentes de aumento y que nos observaba con curiosidad». Los ojos con los que él la miraba daban a entender que se trataba de un mujeriego[6]. Koltsov, sin duda, era la antítesis del *apparatchik* gris y adusto. El húngaro Arthur Koestler nos da una idea del estilo juvenil e irreverente de Koltsov en su relato de un episodio que tuvo lugar en París en 1935. Con el periodista estaban Maxim Litvinov, comisario de Asuntos Exteriores, y Aleksander Rado, agente clandestino de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas soviéticas, el GRU. Habían ido juntos a la capital francesa a una conferencia diplomática internacional, Litvinov al frente de la delegación rusa y Rado como el supuesto representante parisiense del Impress Bureau (servicio de noticias independiente de la Unión Soviética). Koltsov llegó tarde a su reunión con Koestler:

> —Lo siento mucho —dijo con una leve sonrisa—, pero tengo una buena excusa. Estaba en el cine.
>
> —¿A la hora de comer? —le pregunté, sorprendido ante semejante frivolidad.
>
> —Sí, nos hemos portado muy mal. Hemos hecho novillos. ¿A que no sabes con quién?
>
> No lo sabía. Los otros dos cinéfilos eran Litvinov, de incógnito, y Alex Rado.

Curiosamente, mientras que en 1932 Paulina Abramson le recordaba como un hombre regordete, en 1935 Koestler le describe como «un hombre bajito, delgado y que pasaba desapercibido, tímido y con ojos inexpresivos»[7]. Su pérdida de peso bien pudiera reflejar la ansiedad que un antiguo miembro de la Oposición de Izquierdas debía de sentir en el ambiente cada vez más opresivo de la Unión Soviética.

Cuando estalló el golpe militar en España, Koltsov estaba involucrado en la ofensiva propagandística internacional para

justificar el procesamiento de dos viejos bolcheviques, Grigori Zinoviev y Lev Kamenev. Sobre este tema, Léon Trotsky escribiría: «Toda la prensa de la Internacional Comunista, sujeta a Stalin por una cadena de oro, se unió a una orgía de calumnias de una obscenidad y vileza sin precedentes. El papel de directores de orquesta fue asumido por emisarios de Moscú como Mijaíl Koltsov, Willi Münzenberg y otra escoria parecida»[8]. El escritor alemán Gustav Regler, que visitó a Koltsov por aquel entonces, notó enseguida lo profundamente incómodo que se sentía el ruso con lo que le estaban pidiendo que hiciese. Regler se quedó horrorizado al encontrarse con librerías de Moscú repletas de invectivas sobre exiliados y niños que equiparó al «balbucir de lacayos aterrorizados», y se quejó a Koltsov sobre el clima sofocante de Rusia, que convertía a las águilas en loros de repetición. Avergonzado, el ruso le informó sobre un decreto reciente según el cual los niños indigentes habían dejado de existir e iban a ser enviados a campos de concentración, y en el que se insinuaba que los mayores de doce años podían ser ejecutados. Abrumado por sus propias palabras, un aterrado Koltsov dijo: «¿Por qué no te consuelas pensando en todo lo bueno que se ha conseguido? ¿O por qué no te dices simplemente que estoy exagerando, que incluso si ese decreto existiese no se aplicaría, que ningún ruso se plantearía jamás fusilar a un niño?». A continuación, afligido y pálido, dejó el tema y dijo que tenía que marcharse[9].

La oportunidad de ir a España debió de ser para Koltsov una liberación del ambiente político cada vez más opresivo en el que vivía, aunque en Moscú su nivel de vida era alto, por no decir lujoso. Koltsov fue el primer corresponsal soviético en llegar. La noche que aterrizó en Barcelona, el 9 de agosto, envió su primera información a *Pravda*[10]. Cinco años antes, durante un viaje a España, había conocido a dos jóvenes comunistas, a Dolores Ibárruri en Bilbao y a José Díaz en Sevilla, y había escrito un libro titulado *Ispanskaya vesna* («Primavera española»)[11]. En esta ocasión, Koltsov asumió enseguida el papel de consejero político de las autoridades republicanas. Estaba acreditado como redactor y corresponsal especial de *Pravda*, y su importancia como tal se reconoció nada más llegar. El teniente coronel Felipe Díaz Sandino,

ministro de Defensa del nuevo gobierno catalán de Joan Casanovas, puso inmediatamente un coche a su disposición. En tan solo dos días le recibieron el líder anarquista Juan García Oliver, los dirigentes del partido comunista catalán, el Partit Socialista Unificat de Catalunya, y el propio Casanovas. Al día siguiente estaba en el frente de Huesca, dando consejos al comandante de la zona. Fue entonces cuando expresó su deseo de conocer a Durruti, que se encontraba en el frente de Aragón, en Bujaraloz. Al principio, Durruti no mostró mucho interés en hablar con él, pero cambió de opinión al leer en la carta de presentación de García Oliver palabras como «Moscú» y «Pravda».

Pese a su acceso privilegiado a políticos importantes, Koltsov no tardó en toparse, como todo corresponsal, con las dificultades que presentaba la censura, la falta permanente de líneas telefónicas y el limitado sistema telegráfico de España[12]. Llegó a Madrid el 18 de agosto y, en cuestión de catorce horas, no solo había hablado con los líderes del Partido Comunista, sino también con el presidente del gobierno y doctor en química José Giral, y con el teniente coronel Juan Hernández Saravia, ministro de la Guerra. Al cabo de una semana logró entrevistar al socialista moderado Indalecio Prieto, organizador en la sombra del esfuerzo bélico. El hecho de que Prieto hablase del desprecio que sentía por Largo Caballero con una franqueza asombrosa, es una muestra de la capacidad periodística y del estatus de Koltsov. Al día siguiente, gracias a la mediación de Julio Álvarez del Vayo, al que conocía de su época de corresponsal en Moscú, Koltsov pudo entrevistar al mismo Largo Caballero, que, con la misma franqueza que Prieto, criticó sin contemplaciones el gobierno del doctor Giral[13]. Cuatro días después de ser nombrado presidente el 4 de septiembre de 1937, Largo Caballero volvería a conceder a Koltsov otra larga entrevista[14].

El papel de Koltsov en la Guerra Civil española se ha exagerado mucho. Un investigador alemán tuvo la osadía de afirmar que Koltsov llegó a España ostentando el grado de general de las Fuerzas Aéreas soviéticas y con el objetivo de crear un equivalente español del NKVD[15]. Se ha alegado incluso que hablaba una o dos veces al día por teléfono con Stalin para informarle sobre la

situación española. Esta idea, que pese a ser totalmente rocambolesca se extendió como la pólvora, provenía de Claud Cockburn, un periodista comunista que entabló una buena amistad con Koltsov en España. Cockburn le contó al autor estadounidense Peter Wyden que, en una ocasión, Koltsov le permitió escuchar los gruñidos de Stalin con un supletorio mientras hablaba con él desde el hotel Gaylord. En un artículo, Cockburn exageró esta historia y llegó a afirmar que Koltsov tenía «línea directa entre la mesa de Stalin en el Kremlin y su habitación en el hotel Palace de Madrid, y hablaba con Stalin, brevemente largo y tendido, tres o cuatro veces a la semana». También escribió que a veces él mismo podía oír «la voz de Stalin haciendo preguntas al otro lado del hilo». Patricia, la mujer de Cockburn, fue más allá y transformó lo ocurrido en una ocasión en algo que pasaba todos los días[16]. Lo cierto es que la conexión telefónica entre Madrid y Moscú, vía Barcelona y París, no funcionaba con regularidad ni era lo bastante segura como para que se diesen este tipo de conversaciones, aun en el supuesto de que Stalin hubiese mostrado interés en recibir información diaria de España. Es posible que, al exagerar, Cockburn no hiciese más que sumarse a los alardes del propio Koltsov. Sin embargo, como puede verse en una carta de Koltsov a Stalin, hasta los más altos emisarios soviéticos eran reacios a enviar información por telegrama, aunque podía escribirse en código, y mucho más aún a hacerlo por teléfono, que podía ser intervenido con relativa facilidad[17].

Es inconcebible que Koltsov tuviese un alto cargo en las Fuerzas Aéreas soviéticas o en el NKVD. Pese a todo, aunque oficialmente no era más que el corresponsal de *Pravda*, su papel en España superó con creces sus responsabilidades como periodista. Santiago Carrillo, consejero de Orden Público de la Junta de Madrid, recuerda que gozaba de mucha más influencia que cualquier otro corresponsal. Por ejemplo, durante el asedio a la capital, pareció ser más importante que el embajador, Marcel Rosenberg. Sin embargo, Carrillo descarta de manera categórica la idea de las conversaciones telefónicas diarias entre Koltsov y Stalin, y apunta que la información constante al Kremlin se realizaba por telégrafo y radio desde la embajada. Para hacer llegar a *Pravda* sus noticias durante el sitio de Madrid, Koltsov solía dictarlas por teléfono al hotel

Majestic de Barcelona, desde donde se transmitían a Moscú. La comunicación telefónica directa era poco habitual, aunque tuviera lugar de vez en cuando[18].

Más allá de algunas exageraciones extremas, muchos testigos coetáneos dejaron constancia de la importancia de Koltsov. El riguroso sovietólogo Louis Fischer, un hombre que tuvo mucho contacto con Koltsov, le describió como el «corresponsal de *Pravda* en España y, extraoficialmente, los ojos y oídos de Stalin en el país»; fue el primero de los distintos estudiosos que utilizaron esa expresión[19]. Hemingway afirmó que Koltsov era «uno de los tres hombres más importantes de España»[20], y el novelista Ilia Ehrenburg escribió:

> Los españoles lo veían no solo como un periodista famoso, sino también como un consejero político. Es difícil imaginar el primer año de guerra en España sin Koltsov. Pequeño, activo, valiente, tan perspicaz que, sin duda, su inteligencia acabó siendo una carga para él, evaluaba la situación a primera vista, se daba cuenta de todos los problemas y nunca se hacía falsas ilusiones[21].

El agente del NKVD y coronel Alexander Orlov (que en 1920 se había cambiado oficialmente el nombre de Leiba Lazarevich Feldbin por Lev Lazarevich Nikolsky) afirmó que el periodista había sido enviado a España «por Stalin para ser su observador personal», que es la función que se hubiera esperado de cualquier redactor de *Pravda*[22]. Estas opiniones han pasado a formar parte de las creencias populares sobre la Guerra Civil española. Hugh Thomas, por ejemplo, habla de Koltsov como «probablemente el agente personal de Stalin en España, en ocasiones con línea directa con el Kremlin»[23].

En su diario, Koltsov separa sus funciones como periodista, que atribuye a su persona, de las político-militares, que atribuye a un mexicano llamado Miguel Martínez, quien, supuestamente, había luchado en la Revolución mexicana pero que, sin embargo, como el propio Koltsov de joven, también había participado en la Primera Guerra Mundial y en la guerra civil rusa. Además, los términos que utiliza Koltsov para describir a Martínez indican que está hablando sobre sí mismo: «Comunista mexicano, hombre de pequeña estatura,

que, como yo, acaba de llegar». Más adelante nos enteramos de que lleva gafas[24]. Por otro lado, se pueden encontrar en el texto multitud de pistas que apuntan a que Koltsov y Martínez son la misma persona. El autor describe el espeluznante vuelo de París a Barcelona que hizo Martínez en un avión pilotado por Abel Guides. Miguel sospechaba que el piloto los iba a llevar a la zona rebelde y se planteó pegarle un tiro y pilotar él mismo, algo del todo factible para Koltsov. Asimismo, el 8 de junio de 1937, en Bilbao, el ruso mantuvo una conversación con Guides sobre el incidente que daba a entender que la idea de disparar al piloto había sido suya. Según Koltsov, Miguel Martínez iba todas las tardes a las oficinas del periódico comunista, *Mundo Obrero*, y ayudaba a preparar el número del día siguiente, precisamente lo que solía hacer él. Más adelante, durante la retirada de Talavera, Miguel Martínez vio que la escritora María Teresa León llevaba una pistola pequeña en la mano, y luego resulta ser Koltsov el que recuerda haber visto a la mujer con la pistola[25]. Son muchos los que daban por hecho que Miguel Martínez era el propio Koltsov: su hermano pequeño Boris Efimovich Friedland, dibujante de *Pravda* de fama mundial conocido como Boris Efimov, y sus biógrafos, Skorojodov y Rubashkin, entre otros expertos. Enrique Líster, comandante del Quinto Regimiento comunista, que más adelante se convertiría en el núcleo del Ejército Popular, estaba en contacto frecuente con Koltsov, como puede verse en su diario. Líster le dijo a Ian Gibson que estaba convencido de que Koltsov y Miguel Martínez eran la misma persona[26].

Sin embargo, también es posible que Líster, defensor devoto de la causa soviética, estuviese intentando ocultar la verdadera identidad de Miguel Martínez, o al menos alguno de sus componentes. En otras palabras, puede ser que no todas las actividades atribuidas a Miguel Martínez en el diario las hubiese llevado a cabo Koltsov. En sus memorias sobre el sitio de Madrid, Vicente Rojo, el jefe del Estado Mayor de la República, escribe como si conociese a Miguel Martínez y su actividad en el Quinto Regimiento. De lo que no cabe duda es de que Koltsov conoció a Rojo y escribió sobre él en más de una ocasión[27]. Sin embargo, el hecho de que Rojo no identifique a Martínez con Koltsov ha

levantado las sospechas del especialista ruso Boris Volardsky y del estudioso español Ángel Viñas de que hubiese otro Miguel Martínez que fuese una amalgama de varios individuos. Basándose en la investigación realizada por Boris Volardsky en los archivos de seguridad rusos, han llegado a la conclusión de que al menos algunas de las actividades atribuidas a Miguel Martínez fueron llevadas a cabo por un agente soviético de origen lituano[28]. El hombre en cuestión, Iosif Romualdovich Grigulevich, pertenecía desde hacía treinta años a la Administración de Tareas Especiales del NVKD, una sección especializada en el asesinato, terror y sabotaje en tierras extranjeras. Había aprendido español en Argentina y llegó a España en 1936. Más tarde sería el instigador del primer intento de asesinato contra Trotsky en México. Por lo tanto, el «Miguel Martínez» retratado por Koltsov podría haber sido un personaje compuesto de varios individuos: el mismo Koltsov, Grigulevich y posiblemente el agregado militar ruso, el general Vladimir Gorev.

No cabe duda de que Koltsov, como redactor de *Pravda*, tenía estatus especial como observador para Stalin. Sin embargo, esto no basta para explicar la envergadura del papel activo que desempeñó Koltsov/«Miguel Martínez» en una gran variedad de actuaciones políticas y militares. Cuando el 21 de septiembre de 1936 las milicias republicanas se retiraron de Maqueda, en la carretera de Talavera a Madrid, allí estaba Koltsov/«Miguel Martínez», pistola en mano, intentando frenar la desbandada (en este caso, probablemente se trata de Koltsov, ya que no es plausible que Gorev o Grigulevich estuviesen en el frente). En la capital sitiada, K/MM actuó constantemente como consejero de los líderes comunistas y fue colaborador estrecho de Julio Álvarez del Vayo, que había sido nombrado comisario general de Guerra el 17 de octubre, cargo que le convirtió en la práctica en el jefe del Cuerpo de Comisarios (en este caso, podría tratarse de cualquiera de los dos o de ambos, en capacidades diferentes). Incluso antes, K/MM recibía con regularidad copias de las comunicaciones de radio enemigas interceptadas. Dado que el Ejército republicano no tenía medios para interceptar las comunicaciones enemigas, esta tarea tuvo que recaer en tres especialistas soviéticos que llegaron en octubre de

1936. Por tanto, la persona que recibía las comunicaciones intervenidas tendría que haber sido Gorev, como agregado militar y como jefe local de la inteligencia militar rusa. El 28 de ese mes se pudo ver a K/MM explicando a las unidades del Quinto Regimiento comunista cómo debían seguirse los ataques de tanques. Si se tratara de Koltsov, no haría más que pasar consejos que provenían del verdadero especialista en este tema, el general Gorev, lo que deja la sospecha de que la persona que daba las explicaciones fuera el mismo Gorev[29].

Hay una situación en la que no está muy clara la importancia de la intervención de Miguel Martínez: la decisión de evacuar a los prisioneros derechistas de Madrid. En el libro, Martínez informa una y otra vez a los líderes comunistas de lo peligroso que sería que el personal militar que había entre los prisioneros pasase a engrosar las filas de los rebeldes. Preocupado por los «ocho mil fascistas que están encerrados en diversas cárceles de Madrid», que amenazaban con convertirse en un problema tan real como la Quinta Columna, Martínez regresó varias veces a la sede central del Partido Comunista y a la oficina del Comisariado de Guerra para preguntar si se había hecho algo al respecto y sugerir cómo organizar la evacuación[30]. En opinión de Boris Volardsky, al describir las actividades de Miguel Martínez en relación con la evacuación de los presos políticos de derechas, Koltsov estaba relatando las de Iosif Grigulevich. La operación culminó en el asesinato de un alto número de prisioneros, y todavía no se sabe quién tuvo la responsabilidad específica de esas muertes. En la decisión de evacuar a los prisioneros intervinieron varios individuos, y el desenlace final se produjo de forma gradual y acumulativa. No obstante, Grigulevich lideraba una unidad especial de militantes socialistas que, en gran parte, provenían de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) y que, al parecer, desempeñaron un papel clave en la noche del 7 de noviembre y a lo largo del día siguiente en la agrupación y transporte de los prisioneros[31]. Además, era un amigo muy cercano y colaborador de Santiago Carrillo, dirigente de la JSU y consejero de Orden Público en la Junta de Defensa de Madrid, a quien se ha atribuido cierta responsabilidad en el asunto[32].

Asimismo, el diario de Koltsov sugiere que Miguel Martínez tuvo un papel decisivo en la creación de un sistema de comisarios políticos para elevar la moral de las tropas. Afirma que Miguel Martínez impuso la costumbre de que los comisarios enviasen regularmente informes políticos sobre sus unidades al Alto Mando militar. Dado que por entonces esto era lo habitual en el Ejército Rojo, puede que Koltsov sencillamente estuviese trasladando las recomendaciones de otros consejeros rusos, como por ejemplo Gorev, o que el mencionado Miguel Martínez fuese Grigulevich, Gorev o algún otro «consejero». A Miguel Martínez no solo se le atribuye acceso a estos informes, sino también su redacción[33]. Su primer biógrafo soviético, exagerando mucho lo que pone en el diario, dice que el 17 de octubre de 1936 Koltsov fue nombrado oficialmente comisario de una brigada y ayudó a preparar el borrador de las instrucciones de los comisarios políticos de todo el Ejército[34]. No cabe duda de que la adopción en España de un sistema de comisarios se basó en un modelo que había surgido durante la guerra civil rusa, pero las fuentes españolas existentes no sugieren que Koltsov desempeñase un papel importante en su implantación. Es muy posible, sin embargo, que a través de su estrecha conexión con el Quinto Regimiento comunista, su asesoramiento fuese crucial[35]. Se llevaba estupendamente con su comandante, Enrique Líster, pero lo mismo le ocurría a Iosif Grigulevich. El periódico del Quinto Regimiento, *Milicia Popular*, publicó por entregas un artículo muy largo de Koltsov sobre el Ejército Rojo, titulado «El hombre del capote gris, el oficial y el jefe»[36]. Lo más probable es que el «Miguel Martínez» al que tanta importancia se le da en la implantación del sistema de comisarios, no sea Koltsov.

En el diario, el propio Koltsov otorga credibilidad a su supuesto papel en el sistema de comisarios al hablar de su relación con Álvarez del Vayo. El día 23 de octubre de 1936 relata cómo Álvarez del Vayo, en calidad de comisario general, mantenía todas las tardes a las seis una reunión en el Ministerio de la Guerra con cinco de sus vicecomisarios, dos comisarios y Miguel Martínez. Su relato parece insinuar que Koltsov era mucho más que un corresponsal. Aunque sería mucho más factible, por supuesto, que la persona que

participó en las reuniones fuese algún ruso de alto rango en vez de Koltsov[37].

Si dejamos a un lado la hipótesis absurda de dos escritores franceses de que Koltsov, que de cara al exterior estaba en España como corresponsal de *Pravda*, era en realidad «portavoz secreto de Stalin», lo que está claro es que gozó de cierta influencia y autoridad en el Ministerio de la Guerra[38]. De esto da fe el socialista Arturo Barea, que trabajaba por aquel entonces en el Departamento de Censura del Ministerio de Estado. En sus memorias, relata con gran viveza un ejemplo de la autoridad que imponía Koltsov. Barea, por propia iniciativa, intentaba mantener desesperadamente la censura de prensa después de que los funcionarios al mando hubiesen huido a Valencia. Koltsov, que desconocía los esfuerzos de Barea en esa dirección, estaba furioso porque, antes de poder establecer un nuevo sistema, varios corresponsales extranjeros habían logrado enviar al exterior crónicas desesperanzadoras. Por eso, irrumpió en la oficina de Barea y, sin miramientos, le exigió una explicación. Cuando este le expuso la situación y le informó de que él estaba al mando y era la única autoridad, Koltsov afirmó: «Tu autoridad es la del Comisariado de Guerra. Ven con nosotros. Suzana te proporcionará una orden del Secretariado». Como el propio Barea, Suzana, una mujer que hablaba español con acento francés, se había quedado en Madrid, donde trabajaba de mecanógrafa en el Ministerio de la Guerra, y había sido nombrada secretaria del Comisariado de Guerra. Una vez en el ministerio, Barea se quedó asombrado por la autoridad que ejercía Koltsov: «Entraban y salían grupos de oficiales milicianos, otras personas irrumpían gritando que sus envíos de armas no habían llegado, y el tal Koltsov intervenía en casi todas las discusiones imponiéndose con su vitalidad y su voluntad arrogante»[39].

Resulta del todo evidente que Koltsov se sentía más feliz y más vivo en Madrid que en el ambiente sombrío de las purgas de Stalin. Puede que apoyase las purgas en público, pero es bastante obvio que cada vez se sentía más incómodo con lo que ocurría. Se animó mucho con la noticia de que la Unión Soviética había decidido enviar aviones, tanques, artillería y otras armas a la República[40].

Tenía una asombrosa capacidad de trabajo y un ardiente entusiasmo por la causa española, pero es difícil creerse las exageraciones bienintencionadas de algunos autores. Gleb Skorojodov, su primer biógrafo, funde a Koltsov y a Miguel Martínez en una misma persona y afirma que a finales de octubre había recibido el encargo de redactar la orden del Ministerio de la Guerra para la defensa de Madrid, lo que resulta del todo absurdo[41]. Es inconcebible que los generales Berzin y Gorev, y el jefe del Estado Mayor republicano, Vicente Rojo, aceptasen semejante intrusión por parte de un aficionado. El error de Skorojodov es otra de las pruebas de que Miguel Martínez era una amalgama de personajes y de que una parte importante de esta provenía de Gorev. Según el testimonio de Orlov, poco fiable por regla general, cuando el gobierno de la República abandonó Madrid, solo dos miembros del grupo soviético oficial se quedaron en la capital asediada, Koltsov y él[42]. Eso no es cierto, pues el general Vladimir Gorev continuó en el Ministerio de Defensa y con él estaba Roman Karmen, famoso documentalista soviético y amigo de Koltsov. Hubo, además, otros muchos oficiales rusos que no se marcharon de Madrid. En cualquier caso, la valiente decisión de Koltsov de quedarse en la capital sería el preludio de su momento más glorioso.

Gorev, que actuaba como consejero extraoficial del general José Miaja, presidente de la Junta de Defensa de Madrid, hablaba todos los días con Koltsov. Emma Wolf, la amante e intérprete del agregado militar ruso, evocaría más adelante las reuniones de estos dos hombres. Según ella, Gorev escuchaba con atención todo lo que decía Koltsov, pues consideraba que era la persona mejor informada sobre el frente y la retaguardia. El historiador ruso de la KGB Boris Volardsky afirma que, en realidad, Gorev temía por su vida y escuchaba a Koltsov porque era la voz del partido en España y siempre podría informar contra él a Moscú. Gorev prestaba la misma atención y mostraba el mismo respeto hacia Orlov, quien a pesar de todo informó sobre él, y eso que Gorev había mandado a Moscú un informe muy halagador sobre Orlov[43]. Koltsov estaba totalmente dedicado a la causa de la República. Cuando las cosas empezaron a empeorar, no pudo evitar lanzarse a la acción. Paulina

Abramson reflexionaría años más tarde: «A veces era chocante ver cómo se inmiscuía en algunos asuntos y emitía opiniones que sin duda alguna influían en la solución del problema. Lo hacía porque su educación, su naturaleza y sus conocimientos del arte militar no le permitían observar impasible el desorden que reinaba»[44]. También podía ser tremendamente mordaz y poco comprensivo. Sefton Delmer le recordaba como un «hombre bajo y fornido, con ojo de lince y una expresión desdeñosa, pavoneándose con sus botas altas de aspecto marcial»[45].

El 29 de octubre de 1936, en pleno asedio a Madrid, los primeros tanques soviéticos entraron en acción. No les fue del todo mal, pero algunos se quedaron atrapados en las calles estrechas de los pueblos, indefensos ante los improvisados artefactos incendiarios de las tropas franquistas. Se perdieron tres tanques. Cuando los comandantes de los tanques soviéticos se reunieron esa noche en el hotel Palace, tenían el ánimo por los suelos. Koltsov consiguió levantarles la moral convenciéndoles de que, en realidad, el ataque había sido un gran éxito. Según Orlov, Koltsov dijo que había que enviar un telegrama a Stalin pidiendo que concediese la Orden de Lenin a todos los miembros de la tripulación de los tanques y el título de Héroe de la Unión Soviética al líder del ataque y a los diez tripulantes desaparecidos. Contra todo pronóstico, Orlov afirma que el mariscal Kliment Voroshilov, comisario del Pueblo para la Defensa, respondió al telegrama, firmado por Koltsov, el general Gorev y Orlov, accediendo a la petición[46].

Se ha dicho incluso que Koltsov estuvo al mando de una sección de tanques rusos y que desempeñó un papel importante en las batallas de Pozuelo y Aravaca
(4-14
de enero de 1937). Sin duda se trata de una exageración disparatada, basada en el entusiasmo adolescente de Koltsov por atravesar el campo de batalla en un coche blindado[47]. Por otra parte, pese a su apretado programa en medio de la acción, Koltsov siempre mantuvo una producción constante de artículos largos y apasionados que enviaba a Rusia, y también escribió con cierta regularidad en la prensa española. Roman Karmen estaba

impresionado con su capacidad para escribir «cuarenta renglones con una rapidez inverosímil, de forma sencilla, con mucho gracejo y meditada observación para dar un cuadro acabado de la atmósfera política»[48].

Sin embargo, no está nada claro que Koltsov hiciese todas o algunas de estas cosas con la autorización o el visto bueno de Stalin[49]. También es posible que gran parte de su sorprendente importancia se debiese sencillamente a su energía, autoconfianza e impaciencia ante la desorganización española, que le llevaban a involucrarse de lleno en una situación y dar su opinión de forma imperiosa. O puede que se le otorgase un papel destacado precisamente porque se daba por hecho que representaba de alguna forma a Stalin. Tal era la opinión de Boris Efimov: «Koltsov no hubiese sido Koltsov de haberse quedado en los confines de un trabajo puramente periodístico». Según él, «por lo que yo sé, nadie le había encomendado tales funciones. Fue a España solo como escritor, como corresponsal de *Pravda*». Sin embargo, al igual que Vasily Grossman en la Segunda Guerra Mundial, Koltsov consideraba que, como comunista, debía compartir sus opiniones con los que estaban al mando. Además, dados su entusiasmo y gran energía, frustrados en parte por las insuficiencias de la defensa española de la República, Koltsov se dedicó a dar consejos a todos los que quisieran escucharle. De pequeño, recordaría Boris Efimov, su hermano Mijaíl había mostrado una creatividad multifacética: «Fue un niño inquieto, inventaba juegos, escribía piezas de teatro»[50].

Las memorias del cámara Roman Karmen sugieren una visión similar. El 15 de agosto de 1936, a los treinta años, Karmen recibió la orden de ir a España. Salió de Moscú el 19 de agosto y, al día siguiente, se reunió en París con Ilia Ehrenburg para, a continuación, cruzar la frontera por Hendaya[51]. Tras pasar un tiempo en Irún y luego en Barcelona, llegó a Madrid el 13 de septiembre: «Mi encuentro con Mijaíl fue una alegría. Le encontramos esperándonos en la puerta del hotel Florida, donde también nos alojábamos nosotros. A partir de ese momento, nos volvimos casi inseparables». Juntos visitaron el sitio del Alcázar de Toledo. Más tarde, del 7 al 17 de octubre de 1936, Karmen

acompañó a Koltsov durante un viaje por los frentes del País Vasco y Asturias, con Paulina Abramson como intérprete. Durante la visita, Koltsov se reunió con líderes políticos y militares de la zona, entre otros con Juan Ambou, el joven comunista que actuaba como jefe de Defensa del Comité del Frente Popular de Asturias, y José Antonio Aguirre, el *lehendakari* vasco[52]. Haciendo caso omiso de las instrucciones de Marcel Rosenberg, tanto Koltsov como Karmen se negaron a trasladarse a Valencia con otros evacuados y se quedaron en la ciudad durante el asedio[53]. El 6 de noviembre, Karmen fue al Ministerio de la Guerra, que encontró desierto hasta dar por fin con el líder comunista Antonio Mije, el general Gorev y el jefe del Estado Mayor de la República, Vicente Rojo. De allí Karmen se dirigió a la sede central del PCE, donde encontró a Koltsov enfrascado en una conversación con Pedro Checa, que, como secretario de Organización del Comité Central, era el jefe provisional del partido[54].

Las memorias de Karmen confirman la opinión de Boris Efimov de que el estatus oficial de Koltsov era principalmente el de periodista. El cámara dice que se volvieron como uña y carne y que la amistad le «proporcionó una educación inestimable en cuanto al periodismo militante». Karmen solía acompañar a Koltsov durante sus desplazamientos por Madrid y visitaba las defensas; cuando al cabo de unos días leía las crónicas del periodista en *Pravda*, podía revivir lo sucedido bajo la luz de la «divina chispa, la sabia, aguda y alegre chispa del inmenso talento de Koltsov». Karmen estaba extasiado con la fuerza y las numerosas facetas de Koltsov, «un agudo cronista de hechos extraordinarios, un ser político, un soldado intrépido» a quien también le gustaba vivir bien y que rebosaba de alegría y jovialidad[55]. Cuando llegó Hemingway en la primavera de 1937, Koltsov y Karmen se habían mudado del hotel Florida al hotel Capitol, que se encontraba al otro lado de la Gran Vía. Al poco tiempo se fueron al hotel Palace, en la Carrera de San Jerónimo, y finalmente acabaron en el hotel Gaylord, situado en Alfonso XII[56].

Muchas personas que conocieron a Koltsov nos han dejado descripciones sobre el periodista. Era un hombre pequeño, de aspecto español, con el pelo negro y espeso y con gafas redondas de

culo de botella. En una sección claramente autobiográfica de *Por quién doblan las campanas*, Hemingway afirma que era «el hombre más inteligente que había conocido … [con] botas negras de montar, pantalón gris y chaqueta gris también. Tenía las manos y los pies pequeños, y un rostro y un cuerpo delicados, y una manera de hablar que rociaba de saliva a uno, porque tenía la mitad de los dientes estropeados … Pero … tenía más talento y más dignidad interior, más insolencia y más humor que cualquier otro hombre que hubiera conocido»[57].

Koltsov proporcionó a Hemingway una cantidad considerable de material que más tarde este incluiría en *Por quién doblan las campanas*[58]. Según Orlov, la representación de Koltsov a través del personaje Karkov que creó Hemingway era fiel a la realidad[59]. Martha Gellhorn conoció a Koltsov en una fiesta que tuvo lugar en su acogedora y cálida habitación del hotel Gaylord. Al final de su vida le recordaría como «un hombre delgado y pequeño, con el pelo canoso, espeso y bien cortado. Llevaba un excelente traje oscuro y tenía ese tipo de cara que, nada más verla, comunica brillantez, ingenio y el saber estar sosegado de quien se siente totalmente seguro de sí mismo. Me pareció que tenía unos cuarenta años y más francés que ruso»[60].

Como puede verse en los comentarios de Ernest Hemingway, Martha Gellhorn, Emma Wolf, Roman Karmen, Paulina Abramson y otros tantos, Koltsov tenía la capacidad de divertir e impresionar a la gente, de despertar afecto y entusiasmo. El periodista comunista inglés Claud Cockburn trabó muy buena amistad con él. Al igual que Karmen, se sintió atraído por el ingenio y la energía de Koltsov:

> Pasé gran parte de mi tiempo en compañía de Mijaíl Koltsov, que por aquel entonces era el redactor jefe de la sección internacional de *Pravda* y, más importante todavía, el confidente, portavoz y agente directo del propio Stalin durante ese período; más tarde desaparecería en Rusia, supuestamente ejecutado. Era un pequeño y fornido judío de Odesa, creo … con una cabeza enorme y una de las caras más expresivas que he visto en mi vida. Lo que comunicaba su cara, principalmente, era una especie de regocijo entusiasta y la esperanza vivaz de que todos los demás harían lo que pudiesen para darle la vuelta a una situación, por muy deprimente que fuera.

Cockburn describe lo fácil que era para Koltsov despertar resentimiento y envidia:

> Tenía un pico ferozmente satírico; una falta total de piedad hacia las personas que consideraba incompetentes o simplemente presuntuosas. Los que no le conocían bien, en especial quienes no eran rusos, encontraban insoportable el cinismo de su conversación, de sus mordaces bromas judías, de sus comentarios desdeñosos sobre todo lo que fuese «sagrado». Y otras personas que habían conocido a ambos, decían que les recordaba a Karl Radek (una comparación profética). Yo siempre pensé que la palabra *cínico* no podía usarse para describir con precisión a una persona que mostraba tanto entusiasmo por la vida; por el humor de la vida, por todas las manifestaciones de la vida impetuosa, desde una batalla de tanques hasta la literatura isabelina o un buen circo. Tal vez *realista* sea la palabra adecuada, pero tampoco es correcta del todo, porque implica, o puede implicar, un sentido práctico seco que no formaba parte de su naturaleza. En cualquier caso, en cuanto a su vida personal y su destino, a Koltsov claramente le gustaba mucho la sensación de riesgo, y en ocasiones, debido a sus indiscreciones políticas, por ejemplo, o a sus aventuras amorosas, todavía más indiscretas, creaba situaciones de peligro donde no tenía por qué haberlas[61].

Cockburn estaba en lo cierto al afirmar que el afilado ingenio de Koltsov no era del gusto de todo el mundo. Su intérprete, Paulina Abramson, escribió:

> Muchas personas que tuvieron la suerte de conocer a Koltsov se sentían atraídas por su temperamento y capacidad para poder captar al momento la esencia de los problemas. No afirmo que gozara de la simpatía de todos los que le conocían; por el contrario, había gente que experimentaba antipatía. Era una persona intolerante en cierto modo, no soportaba a la gente limitada y obtusa[62].

Por su parte, Ilia Ehrenburg comentaría: «La amistad que me profesaba tenía un toque de desprecio»[63].

La miríada de actividades literarias y políticas en las que estaba involucrado Koltsov también le abocaban a una vida personal terriblemente complicada. Su esposa, la periodista Elisabeta Ratmanova, una mujer alta y angulosa, llegó a Barcelona a

principios de noviembre de 1936. Estaba en España en representación de *Pravda*, aunque, como todo el personal ruso, también tenía que escribir informes para el NKVD sobre sus compatriotas[64]. La única conversación entre la pareja de la que deja constancia el diario de Koltsov muestra un trato seco y frío. Lisa, como es de suponer, se había enfadado al descubrir que su marido había vuelto con la voluptuosa Maria Greßhöner, una escritora comunista alemana de veinticuatro años. Se la conocía con el pseudónimo de Maria Osten, que había adoptado debido a su admiración por la Unión Soviética. Koltsov estaba enamorado de ella desde que en 1932 el compositor Ernst Busch y el escritor Ludwig Renn los presentaron en Berlín. Poco después, Koltsov se había ocupado de conseguirle trabajo en Moscú en el periódico de lengua alemana *Deutsche Zentral Zeitung*.

Maria se fue a vivir con Koltsov y, en octubre de 1934, la pareja se marchó al Sarre, en la frontera francoalemana, que estaba administrado por la Sociedad de Naciones. En enero de 1935 iba a tener lugar un plebiscito para que sus habitantes decidiesen si querían unirse a Francia o Alemania. Dado que los franceses, como indemnización por daños de guerra, habían saqueado de forma sistemática los abundantes recursos de carbón de la zona, era muy poco probable que la gente escogiese unirse a Francia, sobre todo si se consideraba la eficacia de la propaganda nazi a favor de la anexión al Tercer Reich. Sin embargo, la Komintern, con la esperanza de socavar el prestigio de Hitler, organizó una campaña para que la zona continuase bajo el gobierno de la Sociedad de Naciones. Ese era el motivo por el que Koltsov y Maria Osten se encontraban en el Sarre. Pese a todo, el plebiscito de enero de 1935 supuso una victoria aplastante para los nazis. En este contexto, Koltsov y Maria aceptaron llevarse a la Unión Soviética a Hubert l’Hoste, el hijo de doce años de un minero comunista del Sarre. El chico era un admirador fanático del sistema soviético. La pareja escribió un himno de alabanza a la URSS, a través de los ojos de Hubert, titulado «Hubert en el país de las maravillas». Se publicó con prólogo de Georgi Dimitrov y se convirtió en un *bestseller*. Al poco de ser enviado a España, Koltsov se las ingenió para que Maria

Osten fuese enviada para cubrir la guerra como corresponsal del *Deutsche Zentral Zeitung*[65].

Es difícil saber cuánto tiempo pudo pasar Koltsov con Maria Osten en España, dadas las innumerables actividades que realizaba. Según los recuerdos distorsionados de Sefton Delmer, Koltsov siempre llegaba al frente o a los ministerios con «una o más mujeres de su corte. Podía ser su mujer, una exbailarina con pinta de neurótica, o su secretaria, la camarada Bola, una campesina enorme y alegre, o Maria Osten, una joven comunista alemana rubia y vivaz, con pinta de pícara»[66]. Existen pruebas de que fue al frente acompañado de Maria Osten y de que ella era el amor de su vida[67]. Además, con o sin compañía femenina, en el frente siempre era bien recibido, no solo porque los oficiales sabían que estaba dispuesto a arriesgar la vida junto a la de sus hombres, sino también por la capacidad que tenía para levantar el ánimo de los que estaban enfrascados en la batalla. Según Ehrenburg, podía «alentar incluso a aquellos entusiastas que caían fácilmente en las garras de la desesperación». Esto no era fruto de un optimismo irreal o frívolo, sino de un realismo duro que le permitía sacar el mejor partido de cada situación. Su filosofía podría resumirse como «ajo y agua», pero al mismo tiempo, por muy desoladora que fuese la situación, «al cabo de una hora estaba animando de nuevo a algún político español, convenciéndole de que la victoria estaba cerca y de que, por tanto, no había de qué preocuparse»[68].

El alcance de los conocimientos militares de Koltsov y de su capacidad para levantar la moral de la gente que tenía alrededor, quedó patente en un incidente de la batalla del Jarama, en la primera semana de febrero de 1937. Tras un ataque feroz del Ejército de África de Franco, había caído el crucial puente de Arganda. Desmoralizado, Gustav Regler se dirigió al hotel Palace de Madrid con la esperanza de encontrar consuelo en Koltsov. Antes de que Regler pudiese explicar el motivo de su abatimiento, el ruso le dijo: «Ya estoy enterado. Las tropas que vigilaban el puente fueron sorprendidas. Los moros se acercaron sigilosamente con sus babuchas. No sabíais que un gran número de ellos se había agrupado en la meseta durante los últimos días. Conocían cada palmo del terreno y habían podido descansar tres días». Regler se

quedó helado ante el conocimiento de Koltsov de todos los detalles de la derrota. Koltsov se puso a limpiar las gafas y continuó: «El valle estaba dormido, tú estabas dormido, todo el Estado Mayor estaba dormido. Tendríais que haber examinado las líneas telefónicas, pero no teníais suficiente cable para hacer arreglos. Tendríais que haber enviado un avión de reconocimiento al otro lado de la colina durante el día, pero no teníais aviones. Tendríais que haber mantenido la colina bajo un acoso constante, pero solo teníais un cañón de campaña porque el otro se estaba reparando. Lo sé todo. Hablo como un fariseo. ¿Por qué no me gritas? Deberíamos haberos enviado un escuadrón de tanques, ¿tengo o no tengo razón? ¿No es eso lo que estás pensando?». Volvió a ponerse las gafas y dijo con tristeza y proféticamente: «Sin gafas lo veo todo negro. Si alguna vez me ejecutan tendré que pedirles que no me quiten las gafas»[69].

Para animar a Regler, Koltsov se lo llevó a la fiesta de despedida de un ingeniero soviético que había montado la instalación de los reflectores de los cañones antiaéreos de las Brigadas Internacionales. Le habían llamado para que regresara a Moscú y parecía muy contento; mostraba los regalos que se llevaba a casa para su familia. Regler se quedó asombrado con el ambiente de la fiesta: «No había rastro del terror servil del intelectual moscovita. La lluvia de balas fascistas les había hecho olvidar la bala en la nuca, las ejecuciones secretas del GPU. Conversaban tranquilos, sin indirectas, de una forma poco asiática». La escena que describe explica sin querer la razón por la cual los consejeros que había en España fueron tan mal recibidos en Moscú: «Al convertirse en partisanos volvieron a ser individuos enteros, ¡se convirtieron en hombres nuevos! El viento de la sierra y esa España heroica habían hecho desaparecer el hedor de Moscú». Al día siguiente, Koltsov visitó el frente y preguntó por los reflectores. Cuando Regler los describió como el «legado» del ingeniero, Koltsov se rio con sarcasmo y contestó: «¿El legado? ¡Nunca mejor dicho!». Asustado, Regler preguntó si le había pasado algo en el viaje. «¿En el viaje? No —contestó Koltsov—, pero algo le pasará al llegar. Le arrestarán en cuanto llegue a Odesa». Regler sintió náuseas; no entendía el sentido de la fiesta de la noche anterior. Koltsov le explicó entonces:

«Los franceses dan ron a los hombres antes de llevarles a la guillotina. Ahora aquí les damos champán». Cuando Regler repitió que se sentía indispuesto, Koltsov supuestamente dijo: «No es fácil para un europeo acostumbrarse a las tradiciones asiáticas»[70].

El escritor norteamericano Stephen Koch nos presenta a Koltsov en España como un delator depravado y maligno. Entre otras cosas, afirma sin base alguna que Koltsov fue «el que inventó la desinformación utilizada para destruir a Andreu Nin; sus artículos en *Izvestiya* proporcionaron al Frente Popular las calumnias que describió Orwell en *Homenaje a Cataluña* … Koltsov presentaba con regularidad informes secretos al NKVD en los que denunciaba —y por tanto asesinaba— a la escoria trostskista que había en España»[71]. Aunque estas palabras no dejan de ser una invención bastante imaginativa, Arkadi Vaksberg, un experto ruso en los juicios de las purgas, también menciona los vínculos de Koltsov con el NKVD[72]. Todos los funcionarios soviéticos tenían que informar al NKVD sobre sus experiencias en España. Koltsov, por ejemplo, denunció el 4 de diciembre de 1937 a un comisario soviético llamado Kachelin, y criticó sus «informes desmoralizadores y provocativos durante una reunión sobre los arrestos en el Ejército Rojo»[73]. Sin embargo, esto no indica que el periodista fuese agente de los servicios secretos, al menos no más de lo que pudieran haberlo sido el embajador soviético, Marcel Rosenberg, o el cónsul general en Barcelona, Vladimir Antonov-Ovseenko.

Lo que resulta irrefutable, por otra parte, es que Koltsov estaba convencido de que los servicios secretos soviéticos eran necesarios. Tres años antes del estallido de la guerra en España, Koltsov había escrito un libro sobre la vida militar soviética. En uno de los capítulos sugería que la Revolución rusa iba a estar siempre bajo la amenaza de los contrarrevolucionarios y, por tanto, que el terror que ejercían la checa, el GPU y el NKVD era un mal necesario, «el organismo de defensa y protección» de la clase trabajadora. Escribió lo siguiente:

> Sin embargo, empiezo a creer que el trabajo del GPU es el más importante de todos ellos. Para realizarlo necesitamos revolucionarios comunistas verdaderamente sinceros, desinteresados y de confianza. Los tenemos, y aquellos que el partido y el estado

soviético han designado para otros cargos no deben olvidar nunca los servicios prestados por estos hombres: siempre vigilantes, siempre alerta, siempre ojo avizor. Más allá de nuestras fronteras, en los estados mayores de las poderosas potencias extranjeras, en los palacios de los jefes industriales, en los fastuosos cabarets y restaurantes, se fraguan con discreción importantes conspiraciones; frente a enormes cajas fuertes ignífugas, frente a montones de oro, entre el crujir de valores y bonos, se ha puesto precio a las cabezas de los bolcheviques, para hacerse con las vidas de los obreros y campesinos, con sus vidas y sus fábricas. Entre copas de champán, mercenarios y espías, asesinos e impostores, provocadores y jugadores, reciben instrucciones: destruir al gobierno soviético[74].

Sin embargo, de ahí a afirmar, como han hecho algunos comentaristas, que Koltsov fue el responsable de la horrible suerte que corrió Andreu Nin, hay un gran trecho. Es cierto, sin duda, que los artículos de Koltsov publicados en *Pravda* y en *Izvestiya*, y reproducidos en *L'Humanité* y otros periódicos comunistas de Europa, acusaban al POUM de ser «una formación de agentes de Franco, Hitler y Mussolini que están preparando una traición en el frente y asesinatos terroristas trotskistas en la retaguardia». Sus escritos sobre el POUM, detrás del que él veía «la mano criminal de Trotsky», se publicaron en forma de panfleto bajo el título «Pruebas de la traición trotskista»[75]. El alemán Walter Held, estrecho colaborador de Trotsky en la Cuarta Internacional, escribió a principios de febrero de 1937 que Stalin estaba empeñado en terminar con el POUM y que, para ello, había enviado a España «a esa escoria de periodista que es Mijaíl Koltsov, especialista en pogromos, oficio honorable que aprendió al servicio de Petljura, el asesino de Ucrania, para que emprendiera una campaña de calumnias contra el POUM»[76]. Pese a que Koltsov no estuvo en España entre el 2 de abril y el 24 de mayo de 1937, siguió escribiendo para *Pravda* artículos en los que alegaba, de acuerdo con la línea oficial comunista, que unos agentes nazis habían rescatado de su arresto a Andreu Nin[77]. Sin embargo, no fue ni por asomo el único en decir esto, y el hecho de que repitiese como un loro la línea del partido sobre el POUM no le convierte en el asesino

de Nin ni en el cerebro del ataque contra el partido obrero. De hecho, el POUM aparece menos de diez veces en el diario de Koltsov. La entrada más larga, con fecha del 21 de enero de 1937, es más irónica que despiadada cuando describe a la dirección poumista, y prácticamente desestima la importancia del POUM y del trotskismo, tachándola de insignificante[78].

El 27 de marzo de 1937, Koltsov le dijo a Dolores Ibárruri que tenía que volver a Moscú para dar parte sobre la situación política y militar española, pero que esperaba regresar pronto. El hecho de que tuviese que acudir en persona quita peso a la idea de que hablaba a diario por teléfono con Stalin. El 2 de abril cruzó la frontera con Francia y estuvo en Moscú hasta la tercera semana de mayo[79]. Muestra de la importancia del periodista es que, el 15 de abril, fue interrogado durante casi dos horas por el mismísimo Stalin, por Lazar Kaganovich, por el *premier* soviético Vyacheslav Molotov, por el mariscal Voroshilov y por Nikolai Yezhov, sucesor en el NKVD del sanguinario Genrij Grigorevich Yagod[80]. Estos personajes formaban el pequeño círculo que tomaba todas las decisiones trascendentales en política internacional. Con los puestos de avanzada republicanos del País Vasco a punto de caer, Koltsov tuvo que describir un panorama muy desolador. Para su sorpresa, Stalin pareció satisfecho con la información. Sin embargo, le dijo con aparente pesar que estaba consternado ante el número de traidores descubiertos en la Unión Soviética y que su único consuelo era la actuación de la misión soviética en España[81].

Esa misma noche, Koltsov le contó a su hermano la forma peculiar en que había terminado la reunión. Stalin empezó a hacer el payaso y relató:

> Se puso ante mí y, con los brazos cruzados sobre el pecho, hizo una reverencia y dijo:
>
> —¿Cómo te llaman en España? ¿Miguel?
>
> —Miguel, camarada Stalin —le contesté.
>
> —Muy bien, don Miguel. Nosotros, nobles españoles, le damos las gracias con cordialidad por un informe de lo más interesante. Hasta pronto, camarada Koltsov. Buena suerte, don Miguel.
>
> —Me tiene enteramente al servicio de la Unión Soviética, camarada Stalin.

> Estaba a punto de salir por la puerta cuando me ordenó que volviera, y a continuación se produjo una extraña conversación:
>
> —¿Lleva usted revólver, camarada Koltsov?
>
> Totalmente desconcertado contesté:
>
> —Sí, camarada Stalin.
>
> —¿No estará pensando en suicidarse?
>
> Más perplejo todavía, respondí:
>
> —Por supuesto que no. Nunca se me ha pasado por la cabeza.
>
> Stalin solo dijo:
>
> —Excelente. Excelente. De nuevo, muchas gracias, camarada Koltsov. Nos veremos pronto, don Miguel.

Koltsov le preguntó entonces a su hermano: «¿Sabes lo que leí con total certeza en los ojos de Stalin?». «¿Qué?». «Leí: es demasiado listo». Al día siguiente, uno de los presentes en la reunión, probablemente Yezhov, le dijo: «No olvides, Mijaíl, que aquí se te aprecia, se te estima y se confía en ti». Pero Koltsov no pudo quitarse de la cabeza la desconfianza que había leído en los ojos de Stalin[82].

A partir de entonces, lo que ocurría en Moscú fue siempre motivo de preocupación para Koltsov, como puede verse en sus comentarios a Regler sobre el ingeniero de los reflectores. Su ansiedad se intensificó tras el encuentro con Stalin y lo hubiese hecho aún más de haber sabido que, según el poco fiable Orlov, a mediados de mayo de 1937, mientras Koltsov estaba en Moscú, apareció en España, con la valija diplomática, un mensajero especial que había trabajado previamente en el Departamento Especial del NKVD. Uno de los oficiales de Orlov, que era amigo del mensajero, contó que este hombre relataba «historias extrañas», alegando que Koltsov se había «vendido a los ingleses y que había proporcionado a lord Beaverbrook información secreta sobre la Unión Soviética»[83]. Seguramente fuera un invento, igual que la afirmación de Orlov de que el cruel y malvado Yezhov, jefe del NKVD, apodado la Mora por Stalin y el Enano Venenoso por otros, era amigo íntimo de Koltsov. Orlov llega a afirmar que, para aquel viaje a Moscú, Koltsov se había llevado a un huérfano español precioso de dos años de edad para Yezhov y su mujer, Yevgenia Feigenberg, porque acababan de perder a su único hijo. Es cierto

que Mijaíl y Maria habían adoptado a un bebé de dieciocho meses llamado José (Jusik) y que se lo habían llevado a la Unión Soviética, aunque es poco probable que fuese un regalo para Yezhov, ya que Maria estaba deseando tener un hijo[84].

Por otro lado, no hay duda de que Koltsov se esmeró en cultivar su amistad con el degenerado sexual Yezhov. Incluso le describió en *Pravda* como «un bolchevique maravillosamente inflexible que, sin moverse de su despacho, día o noche, está desenmarañando y cortando los hilos de la conspiración fascista»[85]. Tanto Koltsov como Boris Efimov habían sido miembros de la Oposición de Izquierdas, así que debían llevar mucho tiempo temiendo el momento en que alguien fuese a recordarles su pasado. Por eso, es fácil que Koltsov se sintiera seguro mientras Yezhov fuese el jefe del NKVD. Por otro lado, se cree que su pasión voraz por el peligro le llevó a tener una breve aventura con Yevgenia Feigenberg, promiscua célebre[86]. No deja de ser una coincidencia extraña que la caída del propio Koltsov ocurriese al mismo tiempo que el arresto e interrogatorio de Yezhov, en diciembre de 1938, aunque la investigación que condenó al periodista la había ordenado el cornudo jefe de seguridad antes de su caída en desgracia.

La tarde del 14 de mayo tuvo lugar otra reunión con Stalin en la que también estuvo presente Molotov[87]. El 23 de mayo, Koltsov ya estaba en Francia de camino a España. Las siguientes dos semanas, del 24 de mayo al 11 de junio, las pasó enfrentado a todo tipo de peligros, primero intentando entrar en el País Vasco y, después, informando sobre la situación cada vez más desesperada de Bilbao. Con la audacia y valor que le caracterizaban, Koltsov voló varias veces entre Francia y la capital vasca, donde entrevistó al *lehendakari* José Antonio Aguirre[88]. Después regresó a Barcelona, y luego a Valencia, para ayudar a organizar el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas durante la primera quincena de julio. Aunque el objetivo principal del congreso era demostrar que la mayor parte de los intelectuales del mundo apoyaban a la República, también tenía la intención oculta de denunciar la «traición» perpetrada por André Gide con la reciente publicación de *Retour de l’URSS*

, una crítica a la Unión Soviética que casi ninguno de los presentes había leído todavía. Se transportó a los delegados de Barcelona a Valencia, y de allí a Madrid, en una flota de limusinas, y mientras el pueblo español se moría de hambre, a ellos se les agasajaba con banquetes. Stephen Spender, uno de los delegados, encontró algo grotesco ese «circo de intelectuales, tratados como príncipes y ministros, transportados a lo largo de cientos de kilómetros a través de un paisaje precioso y pueblos destrozados por la guerra, al son de los aplausos de la gente, y entre corazones rotos, a bordo de Rolls Royces, agasajados con banquetes y fiestas, canciones y bailes, fotografiados y retratados». Jef Last, novelista y poeta holandés, además de miembro de las Brigadas Internacionales, también asistió al congreso. Aunque era amigo de Gide, opinaba que su libro era tendencioso e inoportuno. Sin embargo, el empeño obsesivo de los rusos en atacar al trotskismo y al propio Gide le parecía totalmente contraproducente[89]. Puede que Koltsov hubiese estado de acuerdo con Last, pero cuando el circo al completo llegó a Madrid el 7 de julio, el periodista ruso dio un discurso en el que alabó el espíritu antifascista que unía a los intelectuales y acusó a *Retour de l'URSS*, de Gide, de ser una «infamia asquerosa».

La versión del discurso de Koltsov publicada en la prensa española incluye un pasaje omitido en su diario. En él, con el mismo espíritu de su ensayo de 1933 sobre el GPU, habla del terror que se había desatado en la Unión Soviética como de una medida preventiva:

> Hay gentes que se extrañan un poco de la decisión con que nosotros los escritores soviéticos sostenemos las medidas firmes e implacables de nuestro Gobierno con los traidores, los espías y los enemigos del pueblo. Estas gentes piensan si es que no debemos nosotros, aunque seamos buenos patriotas soviéticos, pero también trabajadores de la pluma pacífica e inofensiva, dejar todo esto a los órganos inflexibles del Poder y nosotros mismos estar al margen de estas cosas, no inmiscuirnos en estos asuntos, o al menos callarlos, no hablar de ellos en voz alta en las páginas de nuestra Prensa. No, colegas y camaradas. Es para nosotros una cuestión de honor. El honor de los escritores soviéticos en las primeras filas de la lucha

> contra la traición, contra todo atentado a la libertad y la independencia de nuestro pueblo. Nosotros sostenemos y estimamos a nuestro Gobierno no solamente porque es justo y conduce al país a la abundancia y la felicidad. Nosotros lo estimamos también porque es fuerte, porque su mano no tiembla al castigar al enemigo. ¿Por qué se puede luchar contra Franco cuando ha invadido la tierra española con la Legión Extranjera, con la infantería marroquí y la aviación alemana, y por qué no se podía hacer antes, cuando este mismo Franco preparaba solamente la traición? ¡Cuántos centenares de millares de vidas humanas se hubieran conservado en España, cuántas centenas de millones de balas, de obuses, de bombas de aviación no hubiesen realizado su trabajo mortífero si en el momento oportuno el Tribunal militar y un pelotón de soldados hubieran aniquilado el complot de los generales traidores! Nuestro país está completamente asegurado contra las aventuras de los Francos grandes y pequeños. Está asegurado por su vigilancia y decisión, está asegurado porque al primer paso de los franquillos trotskistas los órganos de la seguridad soviética les cierran el camino, y el Tribunal militar, sostenido por todo el pueblo, los castiga[90].

Hemingway también cita un episodio en el que Koltsov/Karkov habla con convicción de la necesidad de ejecutar a ciertos generales traidores[91]. Ehrenburg, delegado en el congreso, se quedó sorprendido por el número de escritores soviéticos que aludían a la liquidación en Rusia de los «enemigos del pueblo». Preguntó a varios por qué lo hacían y ninguno quiso contestarle. Cuando le comentó a Koltsov lo que estaba pasando, este refunfuñó: «Te lo tienes bien merecido. Eso te pasa por preguntar»[92].

Parece bastante obvio que Koltsov intentaba ahuyentar el miedo y que elogiaba en parte a los servicios secretos para dejar claro lo fiable que era él, y en parte para convencerse de que ellos no eran tan aterradores. Koltsov, sin embargo, no fue el único que utilizó la Guerra Civil española para justificar el terror soviético. El estudioso alemán Frank Schauff ha identificado un conjunto importante de textos propagandísticos contemporáneos de la Guerra Civil española en los que se justifica el terror soviético. Lo llama «la parábola española del terror». Por consiguiente, el discurso de Koltsov no era excepcional, sino que sencillamente se adhería a la tendencia

dominante de la prensa soviética durante esos años. Cuando él y otros muchos escribían sobre España, se entendía que con «España» querían decir la Unión Soviética. Después de todo, si la moderada República española y la revolución popular incipiente eran víctimas del ataque intensivo de las principales potencias fascistas, la Unión Soviética, mucho más rica y tentadora, debía de estar en el punto de mira de la agresión fascista. Para hacer frente al ataque y evitar la suerte de la República española, tenían que incrementar la conciencia general sobre la existencia de un enemigo oculto[93].

Poco después de su regreso a España, Koltsov presenció la dolorosa y sucesiva caída del País Vasco, Santander y Asturias. No le pasó inadvertido el coste catastrófico para la República de sus pírricas victorias en Brunete y Belchite. Pese a todo, Koltsov mantuvo vivos su optimismo y su entusiasmo por la República. Su amigo Cockburn escribió:

> A medida que la guerra española se acercaba rechinando a su final truculento, y por toda Europa aquellos que habían apoyado a la República, faltos de fe y entusiasmo, caían en el más auténtico cinismo y desesperación, me encontré con que cada vez esperaba más ansiosamente mis conversaciones con Koltsov, los viajes en su compañía, sus valoraciones sobre el curso de los acontecimientos. Era un hombre capaz de ver la derrota por lo que realmente era, capaz de aceptar que la mitad de los grandes eslóganes estaban vacíos y que muchos de los grandes héroes eran monigotes o charlatanes, y que, pese a todo, lograba que nada de esto le afectase ni minase su energía y su entusiasmo[94].

De todas formas, es poco probable que Koltsov cumpliese con especial satisfacción las órdenes que le obligaban a escribir sobre los esfuerzos del NKVD para aniquilar el trotskismo en España, pues el tema debía de recordarle lo que pasaba con muchos de sus amigos en Rusia. Al vizconde Chilston, embajador británico en Moscú, le pareció muy relevante un artículo de Koltsov enviado desde Lleida y publicado por *Pravda* el 26 de agosto, en el que el periodista condenaba el fracaso de las autoridades republicanas a la hora de tomar medidas oportunas contra los trotskistas en España, y repetía la historia de Andreu Nin y su huida de la prisión con la ayuda de un grupo de agentes de la Gestapo. A continuación, se

quejaba de que los líderes trotskistas que quedaban, aunque en prisión, recibían un trato demasiado indulgente y que el periódico *La Batalla* del POUM, aunque prohibido, seguía apareciendo en una edición de ocho páginas. El artículo aseguraba que Nin y los trotskistas españoles llevaban confabulando con el general Franco desde 1935. El vizconde Chilston decía a continuación: «Las consideraciones anteriores, según el artículo, deben servir de lección a quienes en España tienden a subestimar la amenaza trotskista y desecharla como una pelea interna del Partido Comunista. Los trotskistas son, de hecho, el destacamento más peligroso del fascismo». «¡Ay de aquellos que no ven el peligro o no quieren verlo! —concluía M. Koltsov en un tono algo bíblico—. ¡Ay de aquellos que permiten que los espías trotskistas sigan trabajando con impunidad!». Como se mostrará a continuación, el escrito pone énfasis en la amenaza del trotskismo para la causa republicana en España y critica sin moderación a los líderes republicanos por hacer caso omiso de este hecho y por no tomar las medidas pertinentes para evitar el peligro. Es posible que este arrebato represente únicamente un elemento más de la eterna campaña antitrotskista que ocupa al menos la mitad del espacio de la prensa soviética. Pero también es posible que busque preparar el camino por si ocurre una debacle republicana en España, que será atribuida a las actividades de los trotskistas y a la falta de vigilancia por parte de los líderes republicanos[95]. Es razonable pensar que Koltsov se sintiese abochornado al tener que escribir mentiras tan descaradas, obligación a la que estaban sujetos todos los periodistas soviéticos de aquel entonces.

Al reportero le pesaba cada vez más lo que ocurría a su alrededor en España y lo que sufrían sus amigos en Moscú. Cuando le llamaron para que regresara a la Unión Soviética el 6 de noviembre de 1937, Koltsov, consciente del empeoramiento de la situación, convenció a Maria Osten para que no le acompañase, y a continuación lo arregló todo para que fuese destinada a París como corresponsal del *Deutsche Zentral Zeitung*[96]. Una vez en Rusia, Koltsov se reunió brevemente con Stalin el 9 y el 14 de noviembre. No debieron de tener tiempo para hablar con calma de la situación en España pues, tres semanas después, Koltsov escribió solicitando

una entrevista con el dictador para revisar una larga lista de asuntos relacionados con la República española. No existe ningún registro sobre este encuentro en la agenda de Stalin, aunque eso no significa que no se reuniesen en algún otro lugar o hablasen por teléfono[97]. Koltsov se lanzó de inmediato a convertir en un libro sus crónicas publicadas en *Pravda*. Muchas de sus noticias y recuerdos de España aparecieron en *Literaturnaya Gazeta*. Entre abril y septiembre de 1938, con el título «Ispanskii dnevnik», se publicó con gran éxito de crítica la primera parte de su diario de la Guerra Civil española en *Novyi Mir*, la revista de amplio espectro de la Asociación de Escritores Soviéticos[98].

El 19 de diciembre de 1937, Koltsov escribió un artículo en *Pravda* en el que criticaba a los delatores que denunciaban a sus camaradas, y relataba la historia de un estudiante que había sido acusado por carta de duplicidad, arribismo y adulación. Sin investigar estas endebles acusaciones, el secretario del Partido Bolchevique del instituto de Moscú donde estudiaba el chico, le había expulsado del partido y de la escuela por ser enemigo del pueblo. Koltsov reprochaba con dureza a aquellos que estaban dispuestos a calumniar a un inocente para protegerse, y afirmaba que el partido, el gobierno, los tribunales y la opinión pública acabarían con esos crueles embusteros que violaban los derechos de los ciudadanos soviéticos. El 17 de enero de 1938 publicó la segunda parte, en la que describía a los falsos delatores como lanzadores de jabalinas que vertían sus acusaciones al azar para abatir a cuantos fuera posible y aparentar con ello que eran fieles políticamente y ocultar las manchas de su propio historial; «arribistas» que denunciaban a la gente para controlar sus instituciones y ser ascendidos, y «burócratas cobardes y desalmados» que actuaban sin investigar sobre la base de acusaciones infundadas. El NKVD, escribió Koltsov, no tardaría en ocuparse de los que estaban detrás de semejantes calumnias y difamaciones porque eran contrarios al orden soviético. Los artículos lograron dos cosas a un mismo tiempo: denunciar prácticas extendidas y alentadas oficialmente, y sugerir que el régimen se oponía totalmente a estas y las iba a erradicar. La motivación que había detrás de sus escritos era tanto personal como política. Por un

lado, los artículos reflejaban una orden dictada por sus superiores en el decreto del Comité Central del 19 de enero de 1938 sobre los errores de las organizaciones del partido que expulsaban a miembros inocentes. Por otro lado, le permitían explayarse sobre un tema que le perturbaba profundamente[99].

Emma Wolf, la intérprete y amante de Vladimir Gorev, describe una escena que ocurrió poco después de su vuelta a Moscú y antes de la desaparición de Gorev. Los habían invitado a una recepción para celebrar el regreso desde España de otro de los «consejeros». Mientras bebían champán ruso (vino espumoso de Crimea), Koltsov le preguntó por su nuevo empleo en *Izvestiya*. Wolf le respondió que estaba destrozada ante la desaparición de muchos de sus viejos amigos y colegas. Koltsov no dijo nada, únicamente sonrió con tristeza y se encogió de hombros[100]. Sin duda preocupado por la situación imperante, Koltsov intentó presentarse como paladín de la ortodoxia estalinista. El 11 de marzo de 1938 escribió a un amigo, el novelista judío y alemán Lion Feuchtwanger, a propósito de los juicios de Moscú. Le relató que había pasado una semana sentado en la sala del tribunal, «estupefacto ante las montañas de mugre y crimen»[101]. Pese a sus crecientes temores, algunos acontecimientos hicieron aflorar la valentía de antaño. Cuando Louis Fischer, que estaba empezando a cortar sus vínculos con la Unión Soviética, visitó Moscú a finales de mayo de 1938, ninguno de sus amigos fue a verle. Tenían demasiado miedo. Koltsov, sin embargo, se arriesgó a aparecer en casa del estadounidense. Estaba deseando oír noticias de España. Fischer comentó: «El tema de España llegaba al corazón de Koltsov. Pero, cuando estaba con extraños, se escondía tras una cortina de humo tejida, a partes iguales, con una prosa rígida y artificial pravdadiana y parodias literarias, cosa que le hacía parecer pedante y cínico»[102].

Además, a través de sus artículos periodísticos, Koltsov siguió siendo una de las voces oficiales de mayor peso. El periodista se protegía a sí mismo participando en la denuncia pública de los acusados en los procesos de Moscú. Sus ataques contra Nikolai Bujarin fueron especialmente vehementes[103]. Existen motivos suficientes para suponer que esta vehemencia era de carácter defensivo. Un día, Lev Mejlis, el director de *Pravda*, acusó de espía a

un colega de confianza llamado Avgust. Mejlis era allegado a Stalin y a menudo le avisaban con antelación de quién estaba bajo sospecha; así podía ir preparando su humillación pública a través de las páginas del periódico. Escandalizado, Koltsov contestó que Avgust era un bolchevique de confianza que había estado en prisión durante el régimen zarista. El director replicó que eso no contaba para nada porque la Ojrana, el servicio secreto zarista, reclutaba a personas como Avgust. Sin embargo, cuando el propio Avgust entró en el despacho, Mejlis le saludó efusivamente. Koltsov se había dado cuenta de que Mejlis, que antaño había sido su protector, no era muy de fiar y le dijo a su hermano que empezaba a temer que el director de *Pravda* albergase sospechas sobre él[104].

Según Boris Efimov, en las semanas que precedieron a su arresto, Koltsov «trabajaba con furia casi obsesiva, sin apenas respiro, como si quisiese huir de pensamientos atormentadores. Creía de forma profunda, sincera y, no temo decirlo, casi fanática en la sabiduría de Stalin. Mi hermano solía describirme con detalle sus encuentros con el Amo (*jozyain*), las peculiaridades de su forma de hablar, sus comentarios, sus giros y bromas. Amaba todo lo relacionado con Stalin». Sin embargo, Koltsov le relataría a su hermano otro incidente con Mejlis a finales del verano de 1938, que intensificó sus temores. Durante una visita al nuevo despacho de Mejlis, poco después de ser ascendido a jefe del principal directorio político de las Fuerzas Armadas, Mejlis le mostró un dosier verde y grueso del NKVD que contenía las declaraciones del director de *Izvestiya*, B. M. Tal, que acababa de ser arrestado. En letras rojas se podía leer la orden de Stalin a Mejlis y Yezhov de que arrestasen a todos los que salían mencionados en la deposición de Tal.

Caminando nervioso de un lado a otro, Koltsov le dijo a su hermano:

> Por más que le doy vueltas, no me lo explico. ¿Qué está pasando? ¿Cómo puede ser que tengamos de pronto tantos enemigos? ¡Estamos hablando de gente que conocemos desde hace años, con la que hemos convivido codo con codo durante años! ¡Comandantes del Ejército, héroes de la guerra civil, veteranos del partido! Y por alguna razón, tan pronto como les meten entre rejas, confiesan ser enemigos del pueblo, espías, agentes de servicios secretos

> extranjeros. ¿Qué es lo que está pasando? Creo que voy a volverme loco. Sin duda, como miembro del consejo editorial de *Pravda*, como periodista reconocido, como parlamentario, tengo que poder explicar a la gente el significado de estos acontecimientos, las razones que hay detrás de tantas denuncias y arrestos. Pero lo cierto es que, como cualquier otro pequeñoburgués aterrorizado, no sé nada, no entiendo nada. Estoy desconcertado, en la oscuridad. ¿Es posible que alguien, en algún lugar, quizá Yezhov, haya dado rienda suelta a sus sospechas [las de Stalin], inventándose a toda prisa todas estas conspiraciones y traiciones? ¿O ha sido él [Stalin] el que ha alentado a Yezhov una y otra vez, con impaciencia, burlándose de él por no saber ver a los traidores y espías que tenía delante de las narices[105]?

A finales de septiembre de 1938, justo después de Munich pero antes de la llegada de las tropas alemanas, *Pravda* envió a Koltsov a Praga para informar sobre la situación checa. Koltsov se sintió profundamente deprimido ante lo que veía como la última oportunidad de parar a Hitler, y eso supuso un duro golpe para su fe antifascista[106]. En Praga coincidió con su amigo Claud Cockburn, que volvió a dejar constancia de la intensidad del antifascismo de Koltsov. Lo ocurrido en Praga nos da otra pista sobre la caída en desgracia del periodista ruso: su entusiasmo por una posible intervención soviética en favor de Checoslovaquia implicaba inevitablemente que se opondría al pacto Molotov-Ribbentrop. Cockburn trabajaba entre Londres, París, Ginebra y Praga como corresponsal diplomático y periodista del *Daily Worker*, de su propio boletín de noticias satírico *The Week* y de una nueva revista gráfica, muy importante en Chicago, llamada *Ken*. Finalmente, en el otoño de 1938, Koltsov le nombró corresponsal de *Pravda* en Londres, un puesto en el que no duró mucho pues el ruso desapareció poco después. Cockburn escribió:

> Aún no sé qué fue, o qué se suponía que era, lo que había hecho Koltsov en Moscú. Su caída y probable ejecución tuvieron lugar cuando estaba en la cúspide de su poder, y cuando se enteraba, la gente no podía creérselo. Corrieron rumores de que le habían enviado a China como agente secreto con otro nombre. Muchos de sus amigos aceptaron esta historia como cierta durante años, una

> forma optimista de mitigar su pena. A otros la noticia les descolocó, perdieron la esperanza y cayeron en el cinismo. En cuanto a mí, aunque le echaba de menos más que a cualquiera de mis conocidos de entonces, no puedo decir que me pillase por sorpresa. Y, por extraño que parezca, estoy seguro de que lo mismo le ocurrió a él. Había vivido, hablado y bromeado de manera osada, y no se hacía ilusiones, que yo sepa, sobre la naturaleza de los peligros a los que se enfrentaba. (Probablemente, su gusto por la vida arriesgada le había llevado a involucrarse en alguna conspiración importante). Y se hubiese tomado con ironía algunas de las protestas ridículamente sentimentales que siguieron a su eliminación[107].

Sin duda, Koltsov había considerado la posibilidad de su caída en desgracia, como demuestra el comentario que en su día le hizo a Regler acerca de su preferencia por permanecer con las gafas puestas ante el pelotón de ejecución. A principios del otoño de 1938, la posibilidad parecía haberse transformado en certeza. Esto se refleja en el relato de Cockburn sobre uno de sus encuentros con Koltsov:

> Curiosamente, en una ocasión —unas semanas antes de su caída — me deleitó durante una comida con una especie de representación burlesca fantástica sobre un juicio futuro en el que se le procesaba por actividades contrarrevolucionarias. Koltsov hacía a la vez de furioso y serio fiscal, y de él mismo en el papel de un payaso al que han apresado pero que, pese a todo, no puede dejar de gastar bromas macabras. Ocurrió en Praga, en el punto álgido de la crisis de Munich.

Cockburn, como Koltsov, era plenamente consciente de la naturaleza crítica de la situación en Praga a finales de septiembre y principios de octubre de 1938. «Pasé mucho tiempo con Koltsov en la Legación rusa, pues era allí donde, de haberla, ocurriría cualquier cosa significativa. Y sabía que Koltsov era una figura al menos tan importante como el embajador ruso, y quizá mucho más, por su doble posición en *Pravda* y en el Kremlin»[108]. Cockburn olvidaba que en realidad Koltsov no ostentaba una doble posición, pues el *Pravda* era el órgano del Kremlin.

Parece que Koltsov todavía tenía esperanzas de que Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética se unieran contra Alemania

para defender a Checoslovaquia. El Ejército checoslovaco se había movilizado y se había hecho fuerte en la frontera alemana. Pero es poco probable que Koltsov desempeñase el papel prominente que Cockburn le atribuye. Según él, en previsión de la resistencia checa a la invasión nazi, se había enviado en secreto a Praga una fuerza de avanzada de aviones de combate y bombarderos, y el embajador soviético y Koltsov habían recibido permiso para informar al presidente Eduard Benes de que Rusia estaba lista para mandar soldados, artillería y aviones en cuanto comenzasen las hostilidades. Pero esto resulta algo exagerado. Para que la Unión Soviética ayudara a Checoslovaquia habría sido necesario el compromiso de Francia, y el permiso de Varsovia y Bucarest, para transportar a los soldados soviéticos a través de Polonia y Rumanía hasta tierras checoslovacas. Louis Fischer dijo que Pierre Cot, ministro del Aire francés y más adelante simpatizante de los soviéticos, le había informado de que, entre mayo y septiembre de 1938, la Unión Soviética había entregado trescientos aviones a los checos. También cita documentos soviéticos que muestran que el Kremlin había puesto a las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo en pie de guerra y que estaba dispuesto a enviar 246 bombarderos y 302 cazas a Checoslovaquia.

De lo que no cabe duda es de que, en el verano de 1938, corrían muchos rumores e informes sobre envíos de aviones rusos a Checoslovaquia, y es perfectamente factible que una delegación de las Fuerzas Aéreas soviéticas hubiese volado a Praga para hablar de una posible colaboración. Sin embargo, Stalin difícilmente se hubiese comprometido con los checos sin saber a ciencia cierta que tendría el apoyo de los franceses. En cualquier caso, preocupado ante la posibilidad de que el Ejército Rojo ocupase Checoslovaquia, Benes estaba dispuesto a luchar solo si tenía a su lado a la Sociedad de Naciones, Gran Bretaña y Francia. No podría ofrecer resistencia a las exigencias de Hitler con la Unión Soviética como único aliado en la guerra. Koltsov y el personal de la embajada estaban abatidos y la delegación de las Fuerzas Aéreas soviéticas fue enviada de vuelta a casa. Justo antes de despegar, pareció que Benes había cambiado de opinión y que se podría llegar a un acuerdo. Koltsov se puso a bailar como un loco, «besando a la gente, lanzando su enorme boina

negra al aire una y otra vez». Pero su alegría no duró mucho. Stalin y Benes no se entendieron y Koltsov se sumió en la desesperación[109].

Es irrelevante si el fracaso de la colaboración entre la Unión Soviética y Checoslovaquia contra los alemanes fue culpa de Stalin o de Benes, o incluso de los franceses y de los británicos. Koltsov temía que había llegado el final del antifascismo y que Stalin iba a buscar algún tipo de acercamiento hacia Hitler. En realidad, el dictador ruso nunca había compartido el sentimiento antifascista a ultranza de viejos bolcheviques como Bujarin y, por supuesto, Koltsov[110]. La amargura del periodista es comprensible. En la práctica, Occidente había entregado al Tercer Reich los recursos militares de Checoslovaquia, que eran considerables: más de mil quinientos aviones de combate, quinientos cañones antiaéreos, más de dos mil piezas de artillería y una cantidad importante de ametralladoras, munición y vehículos. Como diría Louis Fischer: «Todos los aviones, tanques o armas fabricados, todas las divisiones entrenadas y equipadas por Gran Bretaña y Francia entre finales de septiembre de 1938 [Munich] y el 1 de septiembre de 1939, cuando estalló la guerra, no se acercaban ni por asomo al poder de las Fuerzas Armadas de Checoslovaquia que perdieron cuando Hitler desarticuló ese estado»[111].

No está nada claro que Koltsov tuviese la «posición en el Kremlin» que menciona Cockburn, ni que hubiese sido el emisario responsable de la negociación con Benes sobre la posible ayuda rusa a Checoslovaquia. La versión de Cockburn puede ser resultado de su propia tendencia a exagerar o del estilo hiperbólico de Koltsov. Martha Gellhorn se formó la misma imagen sobre la importancia del papel diplomático de Koltsov cuando le vio en Praga. El ruso tenía el ánimo por los suelos y Gellhorn, que se había desplazado desde Barcelona para informar sobre la situación checa, se lo encontró sentado en un banco de madera en un pasillo largo y oscuro del palacio de Hradcany, «encogido, sin la brillantez de antaño. Me llevó a cenar a una tasca obrera sombría, muy distinta del tipo de sitio que frecuentaba. Cuando llegaron los pesados cuencos de sopa empezó a hablar. Llevaba esperando cuatro días en ese pasillo del Hradcany». Benes no quería recibirle y le había dejado esperando

en ese lugar público. Gellhorn se quedó consternada al ver a Koltsov tan «cansado y abatido. Pronosticó todo lo que iba a pasar. Seguimos lamentándonos frente a esa sopa espesa y grasienta. Luego nos dimos la mano en la esquina de una calle oscura y nos despedimos»[112].

Koltsov mostró la misma desolación al despedirse de Cockburn. Sentados en una cafetería, analizaron minuciosamente lo que había pasado. El curso de la conversación les llevó a la «representación burlesca fantástica» mencionada por Cockburn. El inglés tenía prisa por llegar a un banco para cambiar libras esterlinas por moneda checa con la que pagar la cuenta del hotel y después coger un avión a Londres. Koltsov no tenía ganas de acortar la conversación. Le dijo que tenía un montón de coronas y le ofreció hacerle el cambio. Al tomar las libras de Cockburn, comentó: «Esto, por supuesto, podría ser mi muerte». Cuando Cockburn le pidió explicaciones, se quedó absorto y procedió a escenificar un juicio en el que hacía de acusado, juez y fiscal. Como fiscal bordó la conducta amenazadora de la profesión: «¿Niega usted, ciudadano Koltsov, que en Praga, el día en cuestión, recibió moneda británica del conocido agente secreto inglés Cockburn? ¿Niega usted que intentó introducir a ese mismo agente en la Legación de la Unión Soviética? ¿Niega usted que habló con él sobre las disposiciones militares de la Unión Soviética, incluso sobre el movimiento de aviones en el aeródromo militar de Praga?». Tras nombrar a Cockburn corresponsal de *Pravda* en Londres, se marchó sin muchas ganas pronunciando estas palabras: «Lo único que puedo añadir es que lo mejor que podemos hacer en el breve instante que nos queda entre la crisis y la catástrofe es tomarnos una copa de champán»[113]. El pesimismo de Koltsov y la certeza de que había llegado el final se agudizaron por otro motivo. Durante su estancia en Praga había pensado en ir a visitar a Maria Osten a París, pero, en el último momento, el embajador soviético le dijo que había recibido órdenes de regresar inmediatamente a Moscú. Debía de ser consciente de que la pérdida de toda esperanza en el futuro de la lucha antifascista estaba unida a su propia destrucción[114].

El catastrofismo de Koltsov, sin embargo, no encajaba con el incremento aparente de su éxito y prestigio público. En el verano de

1938 fue elegido miembro del Soviet Supremo de la Federación Rusa. Según su hermano, pese a su inamovible confianza en la sabiduría de Stalin, la desaparición de un número considerable de sus amigos le tenía cada vez más preocupado. Koltsov seguía viendo a Stalin en ocasiones, pero no lo suficiente como para convencerse de que las cosas iban bien, sobre todo porque no le invitaron a ninguna de las reuniones importantes con el jefe de las Fuerzas Aéreas españolas, Ignacio Hidalgo de Cisneros, que había ido a la Unión Soviética a hablar sobre suministros para la República. Ignacio era amigo de Koltsov y habían trabajado juntos en España. Lo lógico hubiera sido que el ruso, como experto en España y en aeronáutica, hubiese participado en las conversaciones sobre la posibilidad de un incremento de la ayuda soviética al gobierno de la República española. El 9 de diciembre, Hidalgo de Cisneros cenó con Koltsov. Cuando le dijo que la reunión con Stalin había ido bien y que había tenido una reacción positiva a la petición española de ayuda, Koltsov se quedó encantado. Sin embargo, la preocupación que le había causado el desaire de Stalin hacia su persona resultó obvia cuando llegó Boris Efimov. El día anterior, Nikolai Yezhov, el hombre que Koltsov veía como su protector, había sido reemplazado por Lavrenti Beria como comisario del Pueblo de Asuntos Interiores. Cuando Boris Efimov comentó que se trataba de una buena noticia, pues significaba el fin del terror de la *yezhovschina*, Mijaíl replicó con melancolía: «Quizá las sospechas recaigan ahora sobre aquellos que Yezhov no tocó»[115].

Sus temores debían de parecer infundados: unas semanas antes, en una función nocturna del Bolshoi, Stalin le había invitado a su palco y había alabado su diario español. Fue entonces cuando le propuso dar una conferencia sobre *Historia del Partido Bolchevique*, libro que acababa de publicarse y que Stalin había editado meticulosamente y para el que había escrito un capítulo. Koltsov había aceptado entusiasmado, con la esperanza de que se tratase de una señal de que las cosas iban a mejorar. Sin duda había motivos para ser optimistas: dos días antes de la conferencia sobre el libro de Stalin, *Pravda* había informado del nombramiento de Koltsov como miembro correspondiente de la Academia de las Ciencias, un gran honor. A última hora de la tarde del día 12 de diciembre, feliz

y sonriente, Koltsov hizo su última aparición en público. Cumplió con su promesa al dictador y se dirigió a una sala abarrotada y atenta en la Unión de Escritores. Esa misma noche, regresó a su despacho de *Pravda* para seguir trabajando. Poco después de su llegada, unos agentes del GRU le detuvieron. Registraron su apartamento y se llevaron una «cantidad importante de escritos» que luego fueron quemados[116].

Aún no se conoce la verdadera razón del arresto de Koltsov. En 1964, Ilia Ehrenburg seguía sin explicarse cómo el periodista ruso, que «cumplió con honor cada tarea que se le asignó», había sido liquidado, mientras que alguien como Pasternak, testarudo e independiente, había sobrevivido[117]. Hay muchas explicaciones posibles, pero la más convincente apunta, en términos generales, al período que Koltsov pasó en España. A finales de 1938, Stalin y el que sería su jefe de seguridad estatal, Lavrenti Beria, colaboraban en los juicios espectáculo contra una enorme red de supuestos espías. Al mismo tiempo, Stalin no tardaría en considerar la mejora de las relaciones con el Tercer Reich, pero aún no había llegado el momento. Por otro lado, aunque la ayuda a la República española había disminuido desde finales de 1937 y a lo largo del verano de 1938, Stalin había recuperado su interés por España ese otoño. Pese a todo, Koltsov, como muchos otros oficiales del Ejército, pilotos, diplomáticos, policías y periodistas que habían servido en la Guerra Civil española, estaba bajo sospecha, pues se creía que, de alguna forma, había sido infectado por el trotskismo durante su etapa en España.

Adelina Kondratieva, que sirvió junto con su hermana Paulina como intérprete de los consejeros soviéticos durante la Guerra Civil española, y que era también agente del NKVD, barajaba una hipótesis verosímil acerca de la «ofensa» de Koltsov en España. Según ella, el principal detonante de su arresto fue una denuncia escrita del comunista francés André Marty, jefe de la organización de las Brigadas Internacionales en España. Por su parte, Vaksberg también describe como Marty se saltó el procedimiento habitual de la Komintern y envió la denuncia directamente a Stalin. Mediocre, envidioso, servil y cruel, Marty tenía las cualidades necesarias para garantizarse una posición privilegiada dentro de la jerarquía del

mundo comunista[118]. La paranoia antitrotskista del francés y las sospechas que la creatividad y la energía desbordante de Koltsov despertaban en él, estaban a la altura de las del propio Stalin. Las denuncias de Marty contra supuestos «trotskistas» en España eran bien conocidas por todos. A las acciones arbitrarias contra brigadistas se unían las acusaciones devastadoras contra el personal soviético, que enviaba directamente a Stalin. Hemingway relata, con cierta verosimilitud, una escena en la que Karkov (Koltsov) corrige un error estúpido y arbitrario de Marty. En el relato, el ruso amenaza a Marty diciendo: «Voy a averiguar hasta qué punto eres intocable». Marty le observa «sin que su rostro expresara más que cólera y disgusto. No tenía en la mente más idea que la de que Karkov [Koltsov] había hecho algo contra él. Muy bien. Por mucho poder que tuviera, Karkov tendría que andarse con ojo en adelante». No existen pruebas de que ocurriera este incidente. Sin embargo, Josephine Herbst recordaba que uno de los contactos más útiles de Hemingway era un intérprete de Marty que le proporcionaba información acerca de la relación del francés con los rusos[119]. Como resultado de este episodio, o por un resentimiento más generalizado hacia Koltsov, Marty escribió una carta denunciando la interferencia no autorizada del periodista ruso en temas militares y sus contactos con el POUM. Estas últimas acusaciones, pese a ser totalmente absurdas, fueron recibidas con avidez en Moscú[120].

El general Dimitri Volkogonov, citando una fuente anónima pero «importante» del NKVD, da a entender que, antes de la carta de Marty, alguien ya había hecho llegar una denuncia oral sobre los supuestos contactos de Koltsov con servicios secretos extranjeros, pero Stalin decidió posponer cualquier acción. Sin embargo, finalmente serían las denuncias escritas, entre ellas, posiblemente, la carta de Marty, las que incitaron al dictador a ordenar el arresto de Koltsov[121]. A pesar de todo, la suerte que corrió Koltsov debe verse en el contexto general del encarcelamiento y la ejecución de muchos hombres prominentes que habían sido consejeros en España: entre otros, el general Vladimir Efimovich Gorev, cuyo asesoramiento había sido crucial durante la defensa de Madrid; Vladimir Antonov-Ovseenko, el cónsul en Barcelona; Marcel Rosenberg, el embajador en Madrid, y el general Emilio Kléber

(Manfred Stern), comandante durante un breve período de las Brigadas Internacionales. Todos ellos habían participado en la aventura revolucionaria ejemplar que tuvo lugar durante la lucha antifascista en España. Es probable que los motivos fuesen distintos en cada caso, aunque, en lo referente a las ejecuciones, Stalin no necesitaba mucha provocación, y la experiencia en Occidente de estos hombres era motivo suficiente para ponerlos bajo sospecha. Sin embargo, en el caso de Koltsov, había una razón más concreta. Su libro, tremendamente popular, contaba con pasión la historia de un país donde el fervor y el idealismo revolucionarios habían florecido, en contraste directo con la situación de la Unión Soviética, donde Stalin estrangulaba a la revolución[122]. España había inspirado en la juventud soviética sueños que eran la antítesis total de la política de Stalin, y Koltsov era su cronista. Como diría Louis Fischer: «La causa de España levantó un entusiasmo intenso en toda Rusia. Muchos comunistas y no comunistas esperaban que los acontecimientos en España reavivasen la llama de la Revolución rusa. Stalin no. Había aceptado vender armas a la República española, pero no hacer una revolución. Su intención era apagar esa llama con sangre rusa lo más rápido posible»[123]. Sin embargo, Koltsov y otros que habían ido a España probablemente tenían la esperanza de que la victoria de la República consiguiera llevar el cambio a su país.

Por otro lado, las injurias que el Tercer Reich empezó a lanzar contra Koltsov a partir de finales de 1937 pudieron contribuir también a su caída en desgracia. Una publicación llamada *Bolshevism and the Jews* se había referido a Koltsov como «Friedland-Kolzoff» y le había descrito como uno de los judíos más importantes del periodismo ruso[124]. Dada la magnitud del antisemitismo en el círculo íntimo de Stalin, ataques como estos no podían ser desechados sin más alegando que no se podía esperar otra cosa de los nazis. Además, Koltsov tenía la desventaja de ser amigo de otro judío importante, aunque bastante intocable: Maxim Litvinov. No obstante, el acuerdo de Munich había restado fuerza a la política de seguridad colectiva asociada a Litvinov, y Stalin sopesaría en breve un posible trato con el Tercer Reich. En su opinión, Munich demostraba que los aliados occidentales estaban dispuestos a incitar

a Hitler a orientar sus ambiciones hacia el Este, y, por lo tanto, el dictador ruso ya no estaba tan volcado en la búsqueda de una alianza con las democracias occidentales[125].

La denuncia de Marty debió de llegar en un momento en que Stalin estaba dispuesto a darle crédito, pues llevaba tiempo acumulando rencor contra Koltsov. Además, seguramente confirmaba las acusaciones del dosier del NKVD que el dictador había recibido el 27 de septiembre de 1938, y que afirmaban que Koltsov mantenía relaciones con trotskistas y contrarrevolucionarios y que había criticado el terror y los arrestos relacionados con este. El dosier, preparado por iniciativa de Yezhov, daba mucha importancia a la amistad de Koltsov con Karl Radek y alegaba que habían colaborado en un complot para asesinar a Stalin. También aseguraba que había algo sospechoso en la amistad íntima de Koltsov con Maxim Gorki, cuya biografía había escrito y a quien visitaba regularmente, en una ocasión célebre con André Malraux. Asimismo, la relación entre Koltsov y Maria Osten tenía un carácter profundamente siniestro. El informe decía que la amante de Koltsov era la hija de un «rico terrateniente alemán trotskista» y se refería a ella con el título aristocrático de Maria von Osten, cuando su verdadero nombre era Maria Greßhöner y Maria Osten, el pseudónimo que usaba como periodista. Se la acusaba de agitación trotskista entre los emigrados alemanes mientras vivía en Moscú con todo tipo de lujos, antes de acompañar a Koltsov a España, y de haberse ido a Francia más adelante con un amante, Ernst Busch. En realidad, Maria había ido a París a buscar refugio y el músico Busch era simplemente un amigo[126]. Se ha dicho que la malicia de las acusaciones contra Maria Osten tiene su origen en Lisa Ratmanova, la celosa mujer de Koltsov, que mantenía amistad con Yezhov y Beria, y a quienes pasaba informes con frecuencia[127]. En cualquier caso, no faltaban las acusaciones. Durante un interrogatorio, el predecesor de Beria, Nikolai Yezhov, que también había caído en desgracia, denunció a Koltsov y a muchas otras figuras literarias, entre ellas a Isaak Babel, que se había acostado con su mujer, Yevgenia Feigenberg[128].

Aunque no actuó de inmediato tras el informe del NKVD, Stalin debió de estar muy receptivo a su contenido. La invitación para dar

una charla en la Unión de Escritores quizá disimulase su resentimiento contra Koltsov, pero había varias cosas que el dictador no perdonaba al periodista. Una de ellas se puede encontrar en el diario del secretario del periódico *Soviet Construction*, Mijaíl Prezent, una figura literaria menor. El documento deja constancia de los chismes que corrían entre los muchos conocidos trotskistas del autor. Cuando Prezent fue arrestado por el NKVD en 1935, su jefe, Genrij Yagoda, le entregó el diario a Stalin. En sus páginas el dictador pudo leer cómo Koltsov ridiculizaba su hábito de estropear los libros al separar con su grasiento dedo gordo las páginas sin cortar. Sin duda el diario de Prezent reafirmó las sospechas de Stalin sobre el pasado trotskista de Koltsov[129]. El dictador ruso jamás olvidaba un desaire, real o imaginario.

Stalin tampoco le perdonaba a Koltsov su papel en la organización del Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en la Salle Mutualité de París en junio de 1935. En términos generales, Stalin consideraba que Koltsov se había concentrado demasiado en que los participantes condenaran a Hitler, en vez de componer himnos de alabanza a su persona. En concreto, el dictador creía que Koltsov había sido el conducto de lo que percibía como un acto de chantaje por parte de los delegados franceses, que amenazaron con boicotear el congreso si la URSS no enviaba figuras literarias distinguidas, como Isaak Babel o Boris Pasternak, en vez de escritorzuelos de partido. En realidad, Koltsov había intentado resolver el problema que planteaba el comportamiento lamentablemente inflexible de dichos escritores de pacotilla. Los franceses no eran los únicos que exigían la presencia de figuras más presentables; también lo hicieron algunos escritores comunistas como Gustav Regler. Una vez que hubo accedido y enviado a Babel y Pasternak, Stalin sufrió una nueva humillación cuando los delegados franceses y el italiano Gaetano Salvemini pusieron sobre la mesa el caso de Victor Serge, escritor trotskista francés encarcelado en Rusia desde 1933. Gide y Malraux, como presidentes del congreso, permitieron que se debatiese el asunto. Los delegados rusos, entre ellos Koltsov pero no Pasternak, contestaron negando que supiesen algo de su compañero de la

Unión de Escritores, Victor Serge. Koltsov, al que Serge había descrito como «una persona del círculo íntimo del partido, un hombre que destacaba tanto por su talento como por su flexible docilidad», dio a entender que el francés estaba implicado en el asesinato de Kirov. Pese a los esfuerzos de Koltsov, y como resultado del escándalo que se produjo en el congreso, Serge tuvo que ser puesto en libertad. Koltsov acabaría pagando un precio muy alto por esta ofensa y por su confraternización con izquierdistas franceses que más adelante criticarían a la URSS. Entre ellos estaba André Malraux, aunque la amistad más perjudicial para el ruso fue la de André Gide, al que invitó a Rusia, permitiéndole así conocer a intelectuales soviéticos sin la vigilancia del NKVD. A raíz de esto, se responsabilizó a Koltsov de no haber frenado la publicación del libro de Gide *Retour de l'URSS*[130]. También se consideraba que había faltado a su deber al no alentar una respuesta internacional convincente que desacreditara totalmente a Gide, pese al hecho de que, para cuando salió el libro, Koltsov estaba plenamente dedicado a su trabajo en España[131].

La noticia de la detención de Koltsov se extendió como la pólvora. En círculos intelectuales, la idea de que un hombre que, supuestamente, era un héroe patriota y leal y un propagador de la línea del partido pudiera tener problemas con las autoridades, primero causó incredulidad y luego pánico. La desaparición de Yezhov había dado esperanzas momentáneas de que se acercaba el final de las purgas, pero Beria no tardó mucho en sobrepasar la brutalidad de Yezhov e incluso de Yagoda. El embajador británico en Moscú informó de lo siguiente: «Durante las últimas dos semanas, es decir, desde la llegada formal al poder de Beria, han continuado los arrestos y los rumores de arrestos, y nada parece indicar que la "purga" vaya a terminar». Tras mencionar el arresto de Koltsov y, suponemos que erróneamente, el de Boris Efimovich, el informe continuaba:

> Una fuente fiable también nos ha informado de que Nikolayev, antiguo jefe de la Sección Especial del Comisariado Popular de Asuntos Internos a las órdenes de Yezhov, ha sido arrestado como enemigo del pueblo, e incluso se ha dicho que se llevaron a la mujer

> de Yezhov de la oficina del periódico en el que trabajaba. Se da por seguro que Yezhov está a punto de caer. Pese a todo, sus retratos siguen vendiéndose en las tiendas, y MacLean, con ocasión de su reciente visita al recinto de la Lubiyanka, se percató divertido de que en la habitación donde le recibieron había retratos de tamaño natural del antiguo «maestro» y ninguno del nuevo[132].

Koltsov se quedó estupefacto cuando el agente medio analfabeto que le interrogó por primera vez empezó a hablar de su participación en una conspiración antiestalinista, que incluía a todos los escritores y poetas importantes que aún no estaban en la cárcel. En concreto le acusaba de ser el cabecilla, junto con Evgeni Gnedin, el jefe de prensa del Comisariado de Asuntos Exteriores, de un complot antisoviético en el que estaban involucrados intelectuales y diplomáticos. Se suponía que le habían reclutado los servicios secretos norteamericanos, franceses y alemanes. Su relación extraconyugal con la alemana Maria Osten se consideraba una prueba de esto. También le acusaban de ser un agente de Trotsky y de haber colaborado con el POUM en España. Interrogado por dos de los mejores hombres de Beria en este oficio, Lev Shvartsman y Leonid Raijman, Koltsov fue torturado y, finalmente, firmó declaraciones en las que admitía vínculos con todo tipo de individuos sospechosos, algunos de ellos ya ejecutados, otros bajo arresto y unos terceros todavía en altos puestos.

Gnedin vivió lo suficiente como para escribir sus memorias y en ellas relata su careo con Koltsov en agosto de 1939, cuando los interrogadores le llevaron a su habitación. Gnedin se quedó horrorizado al ver lo cansado y extenuado que estaba el periodista. Sin embargo, a Koltsov le brillaron los ojos al reconocerle. Fue un destello excepcional de inteligencia y humor que hizo recordar a Gnedin al Koltsov de otros tiempos mejores. Incluso llegó a bromear. «Mira el aspecto que tienes, Gnedin», dijo con una mueca, y tras una pausa añadió: «Bueno, tan malo como el mío, la verdad». A Gnedin le dio la impresión de que Koltsov era un hombre roto, enfermo, cansado después de llevar varios meses bajo arresto. En parte, su desorientación se debía a que le habían quitado las gafas, y, como le había dicho a Regler en el hotel Palace de Madrid durante la Guerra Civil española, sin ellas «lo veo todo negro». En

aquellos momentos, Koltsov estaba dispuesto a admitir todo lo que le achacasen. Cuando le exigieron que confesase haber conspirado contra el estado soviético con Gnedin y otros periodistas y diplomáticos, relató la historia de cómo se habían reunido con este fin en el apartamento de Konstantin A. Umanskii, el embajador soviético en Estados Unidos. Gnedin negó tener conocimiento alguno de lo que decía[133].

Los interrogadores le exprimieron al máximo. Koltsov admitió haber mantenido amistad con Karl Radek. Se había acostado con la mujer de Yezhov y confesó haberla «seducido». André Malraux le había reclutado para los servicios secretos franceses. En España colaboró con Aleksandr Orlov, conocido desertor del NKVD, lo que era un tanto irónico dado que el propio Orlov había sido enviado a España en septiembre de 1936, supuestamente como agregado político, con el cometido exclusivo de combatir el trotskismo, una tarea que cumplió con una eficencia despiadada. Koltsov también aceptó haber mantenido vínculos con el POUM, lo que era igualmente absurdo. Shvartsman y Leonid Raijman le presentaron listas de nombres de las personas a las que debía implicar, entre otros, a los escritores Babel, Pasternak, Ilia Ehrenburg y Alekséi Tolstói, y a diplomáticos como Ivan Maisky, embajador soviético en Londres, y Konstantin Umanskii, embajador en Washington, e incluso al comisario de Asuntos Exteriores, Maxim Litvinov. Koltsov firmó todo lo que le pusieron delante[134].

Unos días después del arresto, Aleksandr Fadeiev, el influyente director de la Unión de Escritores, tuvo la osadía de enviar a Stalin una nota en la que ponía en duda que Koltsov hubiese cometido algún crimen contra el estado soviético, y pedía audiencia para hablar sobre el caso. Apenas una semana antes del arresto de Koltsov, Fadeiev había publicado con Alekséi Tolstói un artículo diciendo que el diario español era un trabajo «excelente, apasionado, valiente y poético»[135]. Unos meses después, Stalin recibió a Fadeiev y le envió a otra habitación acompañado de Poskrëbyshev (secretario personal del dictador), que le entregó dos carpetas verdes con las «confesiones» de Koltsov. Cuando Fadeiev terminó de leerlas, Stalin le preguntó: «¿Te lo crees ahora?». Fadeiev, terriblemente incómodo, contestó: «No me queda más

remedio». Más tarde, Fadeiev diría a los miembros de la Unión de Escritores, entre ellos a Konstantin Simonov, que las declaraciones de Koltsov eran aterradoras, ya que el periodista había «admitido» ser un espía, un trotskista y un poumista[136]. En agosto de 1939, el NKVD tenía suficiente material para acusar formalmente a Koltsov y Gnedin de haber planeado y organizado una conspiración antisoviética de intelectuales y diplomáticos. Koltsov fue juzgado por la comisión de crímenes antisoviéticos, es decir, crímenes políticos, tipificados en el infame artículo 58 del Código Penal, que sirvió de base legal para los juicios espectáculo.

Cuando Koltsov fue rehabilitado tras la muerte de Stalin, la documentación oficial reveló que había sido juzgado por su «participación en una conspiración antisoviética, por espionaje y por agitación antisoviética»[137]. El juicio de Koltsov, celebrado el 1 de febrero de 1940, duró veinte minutos. En él, el periodista se retractó de sus «confesiones» alegando que habían sido extraídas mediante torturas espantosas[138]. No obstante, fue declarado culpable y ejecutado esa misma noche o de madrugada. Desde el asesinato de Kirov el 1 de diciembre de 1934, a los condenados a la pena capital se les solía ejecutar el mismo día en que se tomaba la decisión y no se podía revisar la condena. Sin embargo, Vasily Ulrij, que presidió el juicio, mintió cuando le dijo a Boris Efimov que Koltsov había sido condenado a «diez años sin derecho a correspondencia» y que, por tanto, estaba vivo en un campo de los Urales. Ulrij también le dijo como si tal cosa que, «si se había arrestado a Koltsov, tenía que haberse hecho con la autoridad adecuada»[139]. Koltsov fue incinerado y enterrado en una fosa común de cuerpos sin reclamar en el monasterio moscovita de Donskoi[140]. No se sabe si le devolvieron las gafas antes de ponerle ante el pelotón de fusilamiento.

Algunos de los implicados a raíz de sus «confesiones», aunque no todos ni mucho menos, también fueron ejecutados. Gnedin fue recluido durante quince años en un campo de concentración, pero vivió lo suficiente como para escribir las memorias en las que describe su «careo» con Koltsov. Konstantin Umanskii, el embajador soviético en Estados Unidos, murió en un accidente en México y fue enterrado con honores en Moscú. La amante de Koltsov, Maria

Osten, también tuvo un final trágico. Haciendo oídos sordos a la opinión de sus amigos de París, nada más enterarse del arresto de Koltsov se marchó a Moscú con la esperanza de poder ayudarle[141]. Cuando llegó con Jusik, que por aquel entonces tenía ya cinco años, Hubert l'Hoste, temeroso tras la detención de Koltsov de ser asociado con «un enemigo del pueblo», la rechazó. Maria le preguntó: «¿Cómo puedes creer siquiera un instante las mentiras que están diciendo sobre Mijaíl?». Él respondió: «¿Te parece que todo el mundo a tu alrededor está equivocado? ¿Cómo puede un individuo ser más inteligente o tener más razón que todos los demás?». L'Hoste acababa de casarse y quería quedarse con el apartamento de Koltsov para él y su nueva esposa. Tras esta conversación, cerró la puerta con llave y Maria y Jusik tuvieron que irse a un hotel de mala muerte.

Convencida de la inocencia de Koltsov, Maria se quedó y trabajó como traductora para la Unión de Escritores. Muy pocos de los viejos amigos de la pareja mostraron interés en verla; Ignacio Hidalgo de Cisneros sí que lo hizo. Cuando pidió ayuda a la dirección exiliada del Partido Comunista Alemán, Walter Ulbricht se la negó y recomendó que fuese investigada por haberse beneficiado de la protección de Koltsov. Maria ignoraba la investigación del KPD, y en el verano de 1939 todavía esperaba con optimismo la liberación de su amado. Sin embargo, el 14 de octubre de 1939, las maquinaciones de Ulbricht dieron fruto y Maria fue expulsada del Partido Comunista por «su falta de compromiso con la historia del partido y la teoría marxista-leninista». En un vano intento de lograr una posición más segura, se hizo ciudadana soviética. El 22 de junio de 1941, el día de la invasión alemana de la Unión Soviética, la arrestaron acusándola de ser una espía nazi y le quitaron a Jusik, su hijo adoptivo. Utilizaron su relación con Koltsov para inculparla, igual que habían hecho uso de la relación del ruso con Osten para probar su culpabilidad. Pese a las terribles torturas a las que fue sometida, se negó a «confesar» que era agente de la Gestapo. Su ejecución tuvo lugar al final del verano de 1942. En 1947, Hubert

l'Hoste
fue acusado de propaganda antisoviética y enviado a un campo de concentración de Siberia. Tras la muerte de Stalin fue puesto en libertad y murió en 1959[142].

6

Hombre de influencias: el caso de Louis Fischer

Muchas mañanas, mientras se afeitaba y se bañaba, el presidente del gobierno de la República, Juan Negrín, hablaba en alemán acerca de la situación internacional con un periodista que le observaba sentado en el taburete. Negrín era un hombre con mucha energía, y todavía más talento, que no hacía mucho caso a las sutilezas del protocolo. Mantener el esfuerzo bélico implicaba afrontar a diario un doble problema: por un lado, controlar las fuerzas dispares que formaban el marco político republicano, y, por otro, intentar dar un giro a la política británica, francesa y estadounidense de no intervención que privaba a la República de la capacidad de defenderse. Aunque era tremendamente discreto, se dejaba asesorar donde fuese conveniente, y, por supuesto, su cuarto de baño era, en su opinión, un lugar tan bueno como cualquier otro. El hombre que había sentado en el taburete también daba consejos a líderes soviéticos de alto rango, aunque no al mismo tiempo que a Negrín. Se trataba de un viajero empedernido cuya familia residía en Moscú. En el mismo edificio vivía el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Maxim Litvinov, que tenía fama de ser muy quisquilloso. El amigo de Negrín, que también hablaba ruso con soltura, se ganó su confianza hasta tal punto que por las tardes solían sentarse con los niños en las rodillas mientras discutían sobre aspectos candentes de las relaciones internacionales. Este periodista que hablaba alemán y ruso era, de hecho, un norteamericano con

acceso excepcional a las esferas más altas de Washington: podía hablar sin problemas con Cordell Hull o Eleanor Roosevelt. Alto, de tez morena y con los ojos hundidos, Louis Fischer tenía una presencia llamativa entre los corresponsales enviados a España.

Los contactos de Fischer con líderes españoles, rusos y estadounidenses brindaban una autoridad notable a sus artículos. Durante la Guerra Civil española, casi todo lo que escribía se publicaba primero en el semanario neoyorquino de izquierdas *The Nation* y en el *New Statesman & Nation* de Londres, y después se distribuía a otros periódicos. Por lo tanto, sus artículos son mucho más extensos y reflexivos que la mayoría de los despachos periodísticos transmitidos durante el conflicto, y todavía hoy en día merece la pena leerlos con atención. Se ha dicho que Fischer fue «el caso más claro de compromiso total y de pérdida de objetividad casi completa» que se dio entre los corresponsales extranjeros[1]. Su compromiso no dejaba lugar a dudas, aunque no superaba el de Herbert Matthews o Jay Allen, ni el de muchos otros periodistas respetados. Sus artículos, vívidos y bien informados, eran claramente favorables a la República, pero no pueden describirse como propaganda en el sentido negativo de la palabra.

El abanico de actividades que emprendió en favor de la causa republicana, la extraordinaria energía que dedicó a esta, y la notable y sin duda excepcional influencia que ejercía sobre los más altos estamentos gubernamentales tanto en España como en Estados Unidos, hicieron de Fischer un personaje único. Los políticos confiaban en él porque aportaba tanta información como la que luego se llevaba, y ese era el motivo real de su influencia. Era obstinado y descarado, sin sentido de la vergüenza, pero a la vez era un hombre de confianza capaz de guardar un secreto cuando se lo pedían. Sin embargo, algunos sectores han dado una interpretación siniestra al entendimiento que surgió entre Fischer y distintos diplomáticos y hombres de estado. El crítico cultural Stephen Koch, anticomunista virulento, describe a Fischer como uno de los muchos instrumentos de Willi Münzenberg y Otto Katz, los cerebros que, según él, estaban detrás de lo que llama «la guerra secreta de ideas de la Unión Soviética contra Occidente»[2]. La versión más extrema, por no decir trastornada, de esta visión de

Fischer como agente soviético, la formuló el socialista Justo Martínez Amutio, ferviente partidario de Francisco Largo Caballero y antiguo gobernador civil de Albacete. Lleno de amargura por la campaña comunista para destituir a Largo que había truncado su propia carrera política, Martínez Amutio escribió sus memorias dando rienda suelta a su ira y exagerando de forma disparatada su propia importancia y conocimientos.

Para describir a Fischer, Martínez Amutio hacía uso de una característica mezcla de ignorancia, invenciones y malicia:

> Se le consideraba como escritor alemán huido de los nazis, pero otros informes lo presentaban como austríaco o húngaro y también checo. Lo único cierto que se pudo comprobar era que actuaba como agente soviético, aunque él diría que no era comunista y que nadie le había mandado a España desde Moscú. Lo apoyaba mucho Álvarez del Vayo, del que se decía viejo amigo, pero Luis Araquistáin, que lo conocía bien, especialmente de la época en que estuvo de embajador de la República en Berlín, avisó lo que en verdad era: comunista emboscado y agente directo de Stalin.

Asimismo, Martínez Amutio sostiene que la orientación política de toda la operación de prensa y propaganda comunista durante la Guerra Civil española estuvo en manos del norteamericano. Y llega aún más lejos al formular la ridícula acusación de que Fischer, junto con el agregado comercial soviético Arthur Stashevsky y el agente de la Komintern Palmiro Togliatti, se había dedicado a cultivar la relación con Juan Negrín, convirtiéndole en un instrumento «dócil y adaptable» de la política del Kremlin a fuerza de organizar banquetes y orgías para este. Martínez Amutio también mantiene absurdamente que Fischer era uno de los agentes soviéticos que preparó la crisis de mayo de 1937, una crisis que tuvo su origen en los problemas de subsistencia de Cataluña y que, por tanto, no pudo haberse planeado[3]. Un tanto más comedida es la versión del historiador Stanley G. Payne, según la cual Fischer era «un importante corresponsal estadounidense que actuó como una especie de agente soviético o fuente de información en la zona republicana»[4].

La verdad sobre la nacionalidad de Fischer y su importancia en

la política soviética tiene poco que ver con todo esto. Nació el 29 de febrero de 1896 en el gueto judío de Filadelfia, hijo de inmigrantes rusos, aunque no aprendería el idioma de sus padres hasta un cuarto de siglo más tarde. En 1917 se presentó voluntario al Ejército británico, en el que sirvió desde el 8 de abril de 1918 hasta el 14 de junio de 1920 en el 38.º Regimiento de los Fusileros Reales, principalmente como parte de la Legión Judía, y estuvo destinado en Palestina durante quince meses. Fischer no presenció ningun combate contra los alemanes porque la guerra ya había terminado, aunque sí ayudó a defender a los colonos judíos de los ataques árabes. Por eso, tuvo muchos problemas con los oficiales británicos, y en una ocasión, por ausentarse sin permiso, fue confinado durante dos semanas en un durísimo campo de castigo en medio del desierto. A pesar de todo, Fischer declararía que el tiempo que pasó en Palestina sirvió para apaciguar su «sionismo, que luego extinguió la Rusia soviética». Afirmaba que nunca se había sentido profundamente judío: «Palestina y los judíos nunca me conmovieron tanto como los republicanos españoles en su lucha contra el fascismo»[5].

Al volver a Estados Unidos trabajó en una agencia de noticias en Nueva York donde conoció a la pianista Bertha *Markoosha* Mark, rusa de nacimiento. Se enamoró de ella y la siguió a Berlín en 1921. Aprendió alemán y empezó a contribuir con artículos esporádicos en el *New York Evening Post*. En 1922, Markoosha y Fischer se trasladaron a Moscú, donde se casaron y vivieron juntos durante los siguientes nueve meses. Aunque los dos viajaban mucho, volvieron a establecerse en Moscú en 1928 y allí tuvieron dos hijos, George y Victor. Sin embargo, Louis no era hombre de una sola mujer y mantuvo relaciones con muchas otras en sus interminables viajes por el mundo. Markoosha era siete años mayor que Louis y siempre mostró hacia él una tolerancia maternal, como puede verse en la forma en que se refería a su marido en las cartas: «Louinka, mi querido niño». En su relación también hubo muestras de fuerte amistad y apoyo mutuo, a pesar de que su correspondencia deja muy claro que el estilo de vida que llevaban, con Fischer siempre de viaje y Markoosha a cargo de la familia, era una elección de Louis, no de ella. Louis no era exactamente monógamo, y en el curso de

sus numerosos viajes, entabló relación con muchas mujeres, quienes, a pesar de su egoísmo, le encontraban irresistible.

Una de ellas, Tatiana Lestchenko, una cantante y traductora rusa, se enamoró de él a principios de los años treinta y le dio un hijo llamado Vanya. Las cartas que ella le escribió muestran a una mujer inteligente e independiente, a quien, como a muchas otras, le sedujo su desbordante energía: «Y a tu lado, siempre me llena un sentimiento de calor y silenciosa alegría; como si estuviera bajo el sol». Más tarde le escribió a una amiga: «La única cosa por la que me siento agradecida a LF es el haberme proporcionado la felicidad de darme un hijo maravilloso. Se desvanece todo mi resentimiento hacia LF por su comportamiento inhumano cuando se enteró de que estaba embarazada. Le quería de verdad y me he quedado con lo mejor de él»[6]. Tanto en la política como en el amor, los apetitos de Louis Fischer fueron siempre insaciables y sus consecuencias las sufrieron muchas mujeres.

Durante la temporada que pasó en Moscú, Fischer trabajó para la Jewish Telegraphic Agency cobrando por artículo, y de forma todavía más esporádica para el *New York Evening Post*. Más tarde escribiría sobre cómo su vida se dividió entre Moscú y las provincias, y se lamentaría de haber aprendido «mucho menos de lo que debería» durante ese primer período que pasó en la Rusia soviética. Paradójicamente, la culpa de esto la tenía el tiempo que dedicaba a sus colegas de profesión: «Nosotros, los corresponsales, nos pasábamos el día entero jugando al póquer». Cuando no jugaban a las cartas, sus compañeros solían dedicarse a expresar actitudes antisoviéticas que, en opinión de Fischer, estaban «más basadas en los prejuicios que en sus conocimientos». Ante esto, el norteamericano reaccionó solidarizándose con el experimento soviético. Al principio, mientras trabajaba como periodista independiente, no empezaba a escribir un artículo hasta que le publicaban el anterior y sabía que iban a pagarle. Como necesitaba «el incentivo de ser publicado», escribió menos pero investigó más que el típico corresponsal de la época. Tiempo después explicaría:

> Creo que el instinto más fuerte que tengo es la curiosidad. Cuando estoy motivado sufro si no sé lo que quiero saber, y Moscú

> me motivó con fuerza. Bajo el bombardeo de acontecimientos cambiantes que se sucedían en la ciudad, no había espacio para la pereza ni la autocomplacencia intelectual. Leí mucho, viajé y conversé con los corresponsales que sentían la misma exaltación en Moscú[7].

Fischer regresó a Alemania en el verano de 1923 y escribió cinco artículos importantes sobre la Rusia soviética. Los llevó a Nueva York, donde esperaba utilizarlos para conseguir que el semanario de izquierdas *The Nation* le encargase trabajo. Sus artículos impresionaron favorablemente a la directora editorial de la revista, Freda Kirchwey, que decidió publicarlos todos, lo que condujó a su nombramiento como corresponsal especial de *The Nation* en Europa. De vuelta en el Viejo Continente, Fischer escribió crónicas sobre Rusia y Alemania tanto para *The Nation* como para otros periódicos. Con el tiempo, sus artículos serían distribuidos a varios rotativos, entre ellos el *Baltimore Sun*, el *Reynolds News* de Londres y otros diarios de Praga, Oslo, Estocolmo, París, Bruselas y Amsterdam. Esto le proporcionaría los ingresos suficientes para poder viajar de forma continuada. El 3 de junio de 1925, publicó una crónica sobre la condena de Hitler a seis meses de cárcel por su implicación en el *Putsch* de Munich, mientras que unos comunistas involucrados en la planificación de una insurrección habían recibido una condena de entre diez y quince años de trabajos forzados. Hitler envió una queja informándoles de que, en realidad, había pasado trece meses en prisión. De hecho, la solidaridad de Fischer con la Unión Soviética se debía en parte a su percepción sobre el auge del nazismo en Alemania: «Cada vez que me sentía indignado con Rusia, solo tenía que volver a Europa central y occidental para que la indignación disminuyese». En el verano de 1927, Fischer pasó más de seis horas en compañía de Stalin como parte de una delegación de destacados líderes sindicales e intelectuales estadounidenses. Le pareció que Stalin tenía «ojos astutos», la «frente baja» y «dientes feos, pequeños, negros y algunos de ellos de oro», pero le impresionó su método argumentativo, lento y metódico. Fischer se marchó convencido de que Stalin era un hombre «sin sentimientos, con una voluntad de acero, sin escrúpulos e irresistible»[8].

La otra razón del aprecio que Fischer sentía por la Unión Soviética era lo que describió como su «espectáculo de creación y sacrificio». Durante sus múltiples viajes había sido testigo de la pobreza degradante que asolaba a gran parte de la Rusia rural, y le entusiasmaba la perspectiva de una revolución que pudiera traer mejoras en materia de alimentación, higiene, educación y cuidados médicos. Le habían causado una fuerte impresión los cientos de kilómetros de oscuridad impenetrable que veía mientras cruzaba las estepas en el tren nocturno: «La bombilla eléctrica empezaba a extenderse por los inhóspitos pueblos oscuros; en Rusia, el acero y el hierro estaban desbancando a la civilización de la madera. Pude traducir las estadísticas del Plan Quinquenal en valores humanos». En los lúgubres años de la Depresión que asolaba a Estados Unidos y Europa occidental, el experimento soviético era, para Fischer y muchos otros observadores occidentales, similar a una llama de esperanza. En su piso de Moscú, recibió a numerosos entusiastas liberales norteamericanos, británicos y europeos que compartían su punto de vista. Entre ellos estaba el periodista español Julio Álvarez del Vayo, con quien volvería a contactar en España en 1934 y en 1936, cuando este ya era ministro de Estado. De esta forma, Fischer llegó a conocer a un enorme elenco de intelectuales y políticos influyentes, casi todos predispuestos a creer lo mejor del sistema soviético. Afirmó tener relación con George Bernard Shaw y Theodore Dreiser, Sydney y Beatrice Webb y Harold Laski, Jawaharwal Nehru y Rabindranath Tagore, lord Lothian y lady Astor. Nunca le costó restablecer el contacto con ellos, especialmente cuando comenzó a defender la causa de la República española[9].

A Fischer le fascinaban estos individuos, pero Malcolm Muggeridge, corresponsal del *Manchester Guardian*, sería uno de los compañeros de profesión que, al menos de forma retrospectiva, no compartiría sus opiniones. Años más tarde y ya convertido al catolicismo, escribió con cierto cinismo sobre esa misma gente cuya presencia tanto había deleitado a Fischer. La credulidad de estos personajes era una mera «nota cómica», mientras que sus alabanzas del sistema hacían pensar en «una sociedad vegetariana que de pronto pasara a defender con pasión el canibalismo». Muggeridge se

burlaba de que Fischer quisiese dar tiempo al experimento soviético para que lidiara con siglos de retraso: «Fischer era un hombre cetrino, laborioso y excesivamente serio, muy querido por Oumansky [Konstantin Umanskii era por aquel entonces el jefe del Departamento de Prensa del Comisariado de Asuntos Exteriores] porque durante años jamás se había desviado de la línea del partido»[10].

Fischer, como muchos otros corresponsales, no informó con detalle sobre la gran hambruna de 1932, aunque es dudoso que la censura soviética le hubiera permitido hacerlo. Tampoco se sabe hasta qué punto estaba enterado de la situación, si bien es cierto que a veces se refirió a la hambruna como la desafortunada consecuencia de una necesaria reestructuración de la agricultura rusa. A pesar de que siempre mantuvo expectativas optimistas sobre el experimento soviético, no es de sorprender que Fischer acabase perdiendo la ilusión ante la sensación dominante de terror e inseguridad. Tras el asesinato de Kirov, cuando la naturaleza represiva y criminal del estalinismo se intensificó con el asesinato por vía judicial de antiguos bolcheviques en los procesos de Moscú, la fe de Fischer empezó a decaer. En un principio, Fischer hizo una distinción entre los procesos de Moscú y el progreso social. Justo antes de partir hacia España, le escribió a su amigo Max Lerner: «Creo que ni siquiera el procesamiento de Zinoviev y demás impedirá el crecimiento de la democracia. Ese crecimiento es el producto de la mejora económica y la paz social; la existencia de estos dos fenómenos no se puede poner en duda»[11]. Con este cambio de opinión, Fischer se ganó la hostilidad de Walter Duranty, el corresponsal proestalinista del *New York Times*, que le describiría como «la rata que abandonó el barco en pleno naufragio pero que no se hundió»[12].

Durante estos años en Rusia y Alemania, Fischer perfeccionó la técnica que le ayudaría a obtener una gran influencia que alcanzaría su apogeo durante la Guerra Civil española. Para comprender la situación soviética, Fischer viajó por todo el país y, además, se propuso conocer personalmente a políticos clave y demostrarles que era de confianza:

> Los bolcheviques se alegraban de ver un enfoque serio sobre la vida de su país. Además, los políticos, o debería decir algunos políticos, hablan sin tapujos cuando están seguros de que no van a publicarse sus palabras, y yo demostré en Moscú que era discreto. Nunca repetí lo que se me había dicho en confianza. Seguí el buen principio periodístico de que la información de un hombre de estado es suya hasta que la hace pública. (La muerte también la hace pública). Por otro lado, soy una persona que sabe escuchar, y la mayoría de los hombres hablan de sí mismos o de su trabajo ante una persona que les escucha de forma comprensiva[13].

Como haría más tarde en España, Fischer viajó para poder hablar con la gente de a pie y contrastar la percepción del pueblo con lo que le habían dicho las personas importantes. A raíz del éxito de su libro *Oil Imperialism: The International Struggle for Petroleum* (1926), que se tradujo al francés, al alemán y al ruso, le encargaron que diera una serie de charlas en Estados Unidos. Durante la investigación para su siguiente libro, *The Soviets in World Affairs* (1930), conoció al comisario de Asuntos Exteriores Georgi Chicherin y a su ayudante y sucesor a partir de 1930, Maxim Litvinov. También mantuvo una estrecha amistad y una rica correspondencia con Chicherin, gracias en parte al hecho de que su mujer, Markoosha, había trabajado como secretaria de este personaje ilustre. Al principio, Litvinov desconfiaba de los periodistas y no era dado a conceder entrevistas. Con persistencia, y dado que sus apartamentos estaban en el mismo edificio, Fischer se fue ganando su confianza. Por las tardes, con sus hijos pequeños siempre cerca, Litvinov le hablaba a Fischer de sus reuniones con Briand, Chamberlain y Lloyd George. Gracias a Litvinov, Fischer entró en contacto con el trotskista exiliado Kristian Rakovsky, que había sido embajador soviético en Londres y París antes de ser enviado al exilio. Sin mostrar ninguna inhibición, Rakovsky compartiría con Fischer tanto sus recuerdos como sus colecciones de documentos importantes, y por ello, la obra en dos volúmenes del norteamericano titulada *The Soviets in World Affairs* (1930) estaba muy bien informada. Se tradujo al francés, al alemán y al ruso, pero los nazis llegaron al poder antes de que apareciese la edición alemana y Stalin prohibió la publicación de la edición rusa. Sin

embargo, y gracias al libro, Fischer fue reconocido en Estados Unidos como un gran experto en política rusa, lo que a su vez le garantizaría acceso a los secretarios de Estado Henry L. Stimson y Cordell Hull[14].

Fischer era un hombre muy sociable que se enorgullecía de sufrir frecuentes ataques de pereza: «Tanto en Moscú como en Berlín, París, Londres y Nueva York me dedicaba a gandulear, jugar al tenis, reunirme con periodistas, familiares y amigos, y jugar al póquer sin parar. En Berlín participé una vez en una partida de póquer entre corresponsales que duró toda la noche, y en la que gané ciento veinticinco dólares. En aquellos tiempos eso era casi como un millón». Le encantaba hablar de trabajo con otros corresponsales, y en Moscú establecería amistad con muchos que, como él, apoyarían la causa de la República española, entre otros, John Gunther, Dorothy Thompson, Walter Duranty, Anna Louise Strong y James Vincent Sheean. En Berlín conoció a Edgar A. Mowrer, Hubert R. Knickerbocker y al hombre que se convertiría en su mejor amigo, Frederick Robert Kuh, de United Press. Mientras Fischer se dedicaba a aumentar su círculo de contactos, Markoosha, su mujer, se ocupaba de buscar sustento para sí misma y para sus dos hijos. De hecho, no puede decirse que Fischer se volcase en su matrimonio o en sus hijos, y tuvo amantes por toda Europa. No se ganó bien la vida hasta 1929, y solo a partir de entonces pudo aceptar compartir la «responsabilidad económica de la familia», aunque siguió siendo muy celoso de su independencia:

> Nunca he sido miembro de ningún partido político o sindicato ni, después de mi juventud, de ningún club. Esencialmente soy un libertario y me molestan las ataduras, incluso las personales. Puedo imponerme disciplina a mí mismo pero me rebelaría si me la impusieran otros, especialmente en lo referente a la disciplina intelectual. Nunca me he planteado la posibilidad de entrar en el Partido Comunista porque no permitiría que nadie me dijese lo que tengo que escribir o pensar.

Acusado en muchas ocasiones de ser comunista o estar en nómina del régimen soviético, Fischer siempre lo negó con rotundidad diciendo: «Si hubiese sido comunista no me habría dado

vergüenza ni miedo reconocerlo»[15].

La eminencia de Fischer como sovietólogo y sus idas y venidas de Rusia despertaron el interés de la inteligencia británica. Guy Liddell, director de los servicios secretos, comentó: «Ha escrito varios libros muy favorables a la Rusia soviética y, si de verdad no es comunista, es de un color rosa muy oscuro»[16]. Estaban igual de intrigados con su amigo Frederick Kuh, un periodista de inclinaciones comunistas que había sido el corresponsal del *Daily Herald* en Viena y que, por aquel entonces, era el representante en Londres de la United Press Association. En una carta a Kuh, interceptada de alguna forma por los servicios secretos británicos, Fischer escribió desde Moscú: «Todavía no he visto a nadie. Me dedico sencillamente a recorrer las calles para recoger impresiones». En referencia indirecta a Stalin, añadió: «He oído que su gran jefe padece ataques de histeria cada vez más frecuentes, que ha dado patadas al suelo y protestado con furia incluso durante entrevistas con diplomáticos, y que grita a todo pulmón y se tira de los pelos cuando ve a su propia gente. No tolera ningún tipo de oposición, ni siquiera en asuntos insignificantes. Sin embargo, la estructura general es muy fuerte. Pero las intrigas personales son interminables y todos están contra todos»[17].

Fischer visitó España por primera vez durante febrero y marzo de 1934 y allí retomó su amistad con Luis Araquistáin Quevedo, a quien había conocido en Berlín cuando era embajador de España en la ciudad. Araquistáin era un consejero cercano a Largo Caballero, y además fundó y dirigió la publicación teórica socialista *Leviatán*, en la que invitó a colaborar a Fischer. De hecho, el estadounidense escribió seis artículos importantes para la revista, cinco sobre la Unión Soviética y uno sobre Polonia, entre junio de 1934 y junio de 1936[18]. En España, Araquistáin introdujo a Fischer en los círculos socialistas. Estaba casado con una chica suiza llamada Trudy Graa, y volvió a poner a Fischer en contacto con su cuñado, el periodista Julio Álvarez del Vayo, que estaba casado con Luisi, la hermana de Trudy. Álvarez del Vayo, a quien Fischer conoció en Moscú, también era amigo íntimo de Largo Caballero, y había sido su embajador en México. Fischer tenía una carta de presentación de Frederick Kuh para Lester Ziffren, el jefe de la oficina de United

Press en Madrid, que se convirtió a raíz de esto en su guía dentro del círculo de corresponsales extranjeros y españoles. Fischer congenió enseguida con el embajador de Estados Unidos, Claude G. Bowers, del que se hizo muy amigo, pues a ambos les unía un fuerte compromiso con la causa republicana. También entabló una estrecha amistad con el artista Luis Quintanilla, que dibujó un retrato suyo, con el doctor Juan Negrín, con quien hablaba en alemán, y con el periodista norteamericano Jay Allen. Fischer no tardó en recorrer la España rural, y lo que vio hizo que se enamorara del país y le convenció de que tanta pobreza desembocaría en un derramamiento de sangre. Se quedó conmocionado por el hambre, que parecía ser todavía peor que la que asolaba a los pueblos pobres de Ucrania, y por el hecho de que miles de campesinos viviesen en cuevas[19].

Fischer escribiría más adelante sobre el comienzo de su amistad con Negrín. Había ido en taxi con Jay Allen a Colmenar Viejo, cincuenta kilómetros al norte de Madrid, para hablar con los trabajadores en la plaza y en sus casas. A Negrín le indignó la pobreza reinante e incluso habló de la necesidad de distribuir armas entre el proletariado.

> Entramos en la fría casa de piedra de una familia que subsistía a base de sopa de judías y café solo. La mujer nos contó que sus hijos habían muerto de neumonía. Negrín, que es médico, dijo que probablemente fuera debido a la desnutrición. Un tercer hijo, de siete meses, estaba en la cuna enfermo de hernia. El marido llevaba meses sin trabajar. Estaban ahogados en deudas y no veían ninguna salida.

Lo que impresionó a Fischer por encima de todo fue la dignidad con la que los campesinos españoles sobrellevaban su pobreza, opuesta al servilismo abyecto de sus homólogos rusos y ucranianos: «Los trabajadores, con sus camisas azules de algodón, pequeños y enclenques, se mostraban muy dignos. Sus ojos decían: “Soy un hombre”, aunque la vida les tratase como a perros»[20].

A finales de septiembre de 1935, Fischer sugirió a Freda Kirchwey, de *The Nation*, que le encargase una serie de artículos con el título «Armas sobre Europa» que trataran sobre la creciente crisis

de las relaciones internacionales. «Necesitaré mucho dinero», escribió. Como gran admiradora del trabajo de «nuestro autor favorito», ella contestó: «Nos encantaría que escribieses para nosotros, y solo para nosotros». Tras hablar sobre el proyecto con los otros directores, le dijo: «Estoy autorizada a ofrecerte la estupenda suma de 125 dólares por artículo en una serie de entre seis y ocho». Se trataba sin duda de una gran oferta, unas tres veces más de lo que se solía pagar. Fischer reconoció la generosidad que le mostraban, pero añadió que sus gastos serían tan altos «que no voy a ganar casi nada. Pero me da igual. Quiero hacer esto y me alegro de que me permitáis hacerlo».[21]

En el transcurso de sus visitas a Londres, París, Roma, Viena, Praga, Berlín, Varsovia y Moscú durante el último trimestre de 1935 y principios de 1936, Fischer consolidó su notable red de contactos influyentes entre hombres de estado, embajadores y periodistas. Inició su viaje en la Sociedad de Naciones de Ginebra. Allí renovó su trato con un diplomático soviético, Marcel Rosenberg, representante ruso del secretariado de la sociedad: «Un jorobado con una mirada profunda y apasionada que había causado una gran impresión en París como consejero de la Embajada soviética y que era un invitado preciado de los salones de la capital francesa». Fischer había establecido contacto con él en París y también en Moscú, donde solían discutir sobre las deficiencias del sistema soviético. No rehuía las discusiones acaloradas con los líderes soviéticos, lo que le llevó a entablar amistad con el jefe de la Komintern, el revolucionario húngaro Béla Kun[22].

«Tengo la cabeza y los ficheros repletos de material», le escribió Fischer a Freda Kirchwey. Como resultado de ello, el norteamericano acabó escribiendo más artículos de lo que había pensado en un principio. Freda se quedó encantada con la calidad de sus escritos, aunque se lamentaba de que el tono que utilizaba Fischer no sugiriese la autoría de un testigo presencial. Además, el proceso necesario para recibirlos y publicarlos resultaba bastante revelador. Fischer era un perfeccionista con un ego enorme. Quería que sus artículos fuesen publicados en su totalidad y sin ningún cambio, pero *The Nation* no tenía el espacio suficiente para hacerlo. La cosa se complicaba aún más porque, como Fischer estaba de

viaje, no podía ver lo que publicaba la revista sobre el mismo tema y sus artículos llegaban con retraso, algo del todo inevitable. Por eso, algunas de las cosas que escribía se solapaban con otras noticias ya impresas o se habían quedado anticuadas para cuando eran recibidas. Esto hacía necesaria la intervención editorial en sus crónicas, lo que produjo una respuesta bastante dura por parte de Louis:

> No me gusta nada cómo usáis mi serie. Me parece que os habéis cargado todo el trabajo al publicarlo tan separado. En mi mente los artículos estaban relacionados, y poseen una unidad en cuanto al tema que tratan, así que, al imprimirlos a lo largo de un período de cuatro meses, se hace imposible obtener una impresión única y homogénea … No puedo soportar ver cómo se destruye un trabajo al que tanta importancia he dado y al que tanta energía, tiempo e interés he dedicado.

Como valoraba el trabajo de Fischer, Freda le contestó en tono conciliador: «Tienes razón, pero si los hubiésemos publicado de forma consecutiva nos habríamos visto obligados a sacrificar otros artículos que parecían importantes. Estas elecciones editoriales son por lo general bastante difíciles, y no siempre se opta por la decisión correcta». Al final, Fischer se disculpó por ser demasiado susceptible, pero siguió haciendo comentarios sobre «mutilaciones» a los que ella siempre respondía asegurándole que «habían sido tan cuidadosos como se lo habían permitido las circunstancias»[23].

A principios de abril de 1936, para la siguiente serie de artículos que iba a escribir, Fischer regresó a España y se puso en contacto con Julio Álvarez del Vayo. A través de este, consiguió entrevistas con el nuevo presidente del gobierno y futuro presidente de la República, Manuel Azaña, y con el líder socialista Francisco Largo Caballero. Azaña recordaba a Fischer de su anterior visita, y dijo: «Ah, Fischer, ese es el hombre que se burló de mí. Aunque no más de lo que hago yo mismo. Es un periodista sensato. Me gustaría volverle a ver». Puesto que no hablaba castellano, llevó como intérprete a Constancia de la Mora, a quien describiría como «una preciosa doncella» en una carta dirigida a Freda Kirchwey. Ella contestó: «Todos admiramos tu capacidad para encontrar señoritas

allí adonde vas»[24]. Había conocido a Constancia en la casa de Araquistáin y en la de Álvarez del Vayo, y así se fraguó una amistad que acabaría siendo muy importante, aunque algo conflictiva.

El 10 de abril inició un viaje breve pero muy ajetreado a través de Extremadura y Andalucía junto con Jay Allen, que estaba recogiendo material para un libro sobre la importancia de la reforma agraria. Lo que vio en este viaje explica por qué «la gente española se ganó mi corazón», como escribiría más adelante. En una ocasión, llegaron al pueblecito de Barcarrota, en la provincia de Badajoz, justo cuando iba a empezar un mitin socialista. Como no había llegado la oradora invitada que habían anunciado los periódicos, la diputada socialista Margarita Nelken, Fischer tomó las riendas y consiguió que los campesinos explicaran su situación. Tras un viaje en el que recorrió casi dos mil kilómetros, llegó a la inevitable conclusión de que el campo español era una bomba de relojería y que la derecha estaba poniendo todas sus esperanzas en el Ejército para evitar la reforma agraria[25].

Tras una semana en el sur de España, se trasladó a Barcelona, donde tomó un barco para Génova. «Quiero ver las erupciones del Vesubio y quizá —siendo optimista— las de Mussolini», le escribiría a Freda. Al final, la entrevista con el Duce no se hizo realidad. Tras un breve paréntesis en París con Markoosha, Fischer regresó a Rusia para el cumpleaños compartido de sus dos hijos, el día 4 de mayo[26]. Cuando estalló la Guerra Civil, por tanto, se encontraba en Moscú, pero dado que consideraba España «el frente contra el fascismo, no me costó dejar Rusia para estar cerca de la batalla»[27]. Tras unas vacaciones en Checoslovaquia, viajó a París para tomar un tren con dirección a Toulouse. Después de una noche en el hotel de la estación, salió a las seis de la mañana del 16 de septiembre de 1936 en el vuelo regular de diez pasajeros de Air France a Barcelona.

Dos días más tarde, escribió en su diario:

> Tengo muchísimas observaciones y detalles, y si sigo con este bombardeo de información, olvidaré cosas que quiero recordar y dejar escritas. El cerebro hace un breve comentario, una imagen aparece momentáneamente delante de tus ojos en la calle o en el aeródromo, te viene un sentimiento … Pero esta situación de guerra

civil es tan intensa, emocionante e interesante que no soportaría perderme algo.

Después de algunos retrasos, consiguió embarcar en un avión que no pudo cruzar las montañas hacia Madrid y tuvo que aterrizar en Valencia. Allí, tras nuevas interrupciones, optó por seguir en coche, pero el mal tiempo le convenció de que era mejor esperar a coger un tren hacia la capital. Le asombraba que nadie le dejase pagar por el viaje o la comida, y se quedó igualmente fascinado al escuchar, mientras paseaba, las discusiones entre anarquistas que querían colectivizarlo todo, y socialistas y comunistas que razonaban que era ridículo querer confiscar la propiedad de los pequeños comerciantes y artesanos. Cuando el tren llegó por fin a Madrid, tras una noche llena de incidentes, se encontró con que no había ningún taxi en la estación, así que junto con Victor Schiff, del *Daily Herald* de Londres, alquilaron un enorme autobús que les llevó al hotel Florida[28].

En Madrid, Fischer restableció rápidamente el contacto con los españoles que había conocido en visitas anteriores. El primero de ellos fue su amigo más cercano, Luis Araquistáin, que entonces era el director del diario socialista *Claridad*, y que se encontraba en una posición curiosamente contradictoria. Durante gran parte de su vida, Araquistáin había oscilado en un estrecho espectro político que abarcaba el liberalismo, el fabianismo y la socialdemocracia. Sin embargo, entre 1933 y 1937 fue el teórico que estaba detrás de la retórica revolucionaria que había adoptado el líder socialista español, Francisco Largo Caballero. El radicalismo de Araquistáin fue resultado de un frustrante período como subsecretario del Ministerio de Trabajo y Previsión Social en el gobierno de Largo Caballero, y de lo que observó como embajador español en Berlín en 1932 y 1933. Al haber sido testigo del nazismo y sus horribles consecuencias, empezó a defender una respuesta revolucionaria de la clase trabajadora unida contra el fascismo. Perdió las esperanzas en que hubiese participación socialista en una democracia burguesa mientras una derecha decidida y agresiva bloquease cualquier intento de reforma. En las páginas de la publicación *Leviatán*, Araquistáin sostenía que lo único que se podía hacer era elegir entre

una dictadura fascista o una socialista. Fue entonces cuando utilizó la expresión «el Lenin español» para describir a Largo Caballero. Araquistáin defendía la bolchevización del partido y la adopción de tácticas leninistas. Al principio, la radicalización acercó al PSOE a los comunistas, pero Araquistáin, al igual que Largo Caballero, se oponía a la política del Frente Popular porque suponía seguir colaborando con los liberales burgueses. No deja de ser irónico que el apoyo al Frente Popular uniese a los comunistas y a los socialistas del ala derecha encabezados por el rival más directo de Largo Caballero, Indalecio Prieto. Esto llevó al final a una amarga confrontación entre Araquistáin y su cuñado, Julio Álvarez del Vayo, que, inevitablemente, afectó a la relación del primero con Fischer.

En septiembre, Álvarez del Vayo fue nombrado ministro de Estado, al parecer porque Prieto había vetado la primera elección de Largo Caballero, que era Araquistáin. Incómodo ante la perspectiva de tener a su cuñado como jefe, Araquistáin estaba a punto de marcharse a París como embajador republicano. Cuando Fischer le vio, no dudó en aconsejarle con franqueza sobre la situación militar. Ante todo, le sorprendía el fracaso del gobierno para acabar con la resistencia de las tropas rebeldes sitiadas en el alcázar de Toledo. Comentó entonces que el atolladero del alcázar estaba perjudicando a la estrategia militar del gobierno al tener inmovilizados a miles de hombres que podrían haber cambiado las tornas en el frente. Discutieron y Fischer instó a Araquistáin a que utilizara su influencia con Largo Caballero y le convenciese de que necesitaba ser más implacable. El 19 de septiembre, Araquistáin le consiguió un salvoconducto para ir a Toledo. De camino a la ciudad, se cruzó con coches que llevaban a toda prisa soldados heridos a Madrid, y pasaron junto a un total de cinco automóviles volcados en zanjas que le hicieron comentar con amargura: «La imprudencia al volante no gana guerras». También presenció un ataque caótico en el cual murieron sin motivo muchos milicianos. La falta de organización le sacaba de sus casillas: «No hay trabajo político, no hay mítines masivos. La gente pide periódicos. Los milicianos se pasan el día tirados sin hacer nada, lo que lleva a la debilidad y a la falta de disciplina».

Desilusionado con lo visto en Toledo, Fischer regresó a Madrid. Había leído en *El Socialista*, portavoz de los socialistas moderados, un editorial escrito por Prieto que llamaba al renacimiento del ímpetu revolucionario inicial que había derrotado a los rebeldes en Madrid y en otras muchas ciudades el 18 de julio. Fischer reflexionó con amargura: «Sí, es cierto, ¿dónde estará? Toledo, con sus milicias indiferentes y cientos de automóviles de visita, parecía más un carnaval que una guerra. Madrid ha cambiado de chaqueta pero no de ánimo. *El Socialista* pregunta cómo se puede revivir el ímpetu y contesta: contándole la verdad a la gente». Decir la verdad por muy incómoda que fuese resultó ser la política adoptada sistemáticamente por Fischer en sus artículos, lo que le causaría problemas con algunos colegas comunistas[29].

El 20 de septiembre, Louis volvió a Toledo, acompañado por Jan Yindrich, uno de los corresponsales en Madrid de United Press. Se quedó sorprendido por la libertad que tenían los corresponsales: «Una vez que has enseñado los salvoconductos en el arco por el que se entra a Toledo, nadie te para ni te pregunta nada. Eres libre para deambular por todas partes, visitar todas las posiciones de avanzada, hablar con las tropas, dibujar bocetos, etc. Es una guerra informal». Entró en contacto con su amigo Luis Quintanilla, que había sido enviado por el Ministerio de la Guerra para informar sobre el progreso del asedio. Según Fischer, Quintanilla era «voluble, gesticulador y un hombre eufórico» y se implicó de lleno en los esfuerzos para derrotar a la guarnición sitiada, presentándose ante Fischer con los párpados chamuscados. Al igual que Fischer, se sentía muy frustrado con la ineficacia de las acciones de las milicias, y comentó indignado: «Demasiada literatura y fotografía. Los hombres se creían que esto iba a ser coser y cantar; querían que su foto saliese en el periódico». De regreso a Madrid, Fischer se detuvo cerca de Bargas, en el pueblo de Olías del Rey. Al principio de la guerra habían asesinado a los principales terratenientes del lugar y habían colectivizado sus tierras. Cuando Fischer les preguntó a unos campesinos ancianos si se podían defender, estos contestaron que los jóvenes se habían ido a luchar con las milicias y que sabían muy bien que, si ganaban los rebeldes, muchos de ellos serían asesinados como ya había ocurrido con sus familiares del sur.

Una mujer le dijo: «Nosotros, los campesinos, apoyamos al gobierno legítimo, pues la alternativa es la muerte para algunos de nosotros y la degradante pobreza de antaño para todos»[30].

La curiosidad de Fischer era insaciable. Todo lo relacionado con Madrid le fascinaba: el tráfico frenético, los coches conducidos a velocidades suicidas por hombres de las milicias que tocaban el claxon, las cafeterías rebosantes de gente hablando sobre la revolución, las prostitutas, los vendedores ambulantes… Se quedó intrigado con un cartel que había en una zapatería de moda, con la bandera republicana y una frase que decía: «Esta casa apoya al régimen. Viva la República». Fischer comentó: «¡Qué miedo habrá llevado a los dueños a esta confesión de fe!». El 21 de septiembre salió a cenar con su amigo Lester Ziffren. De camino al restaurante Marichu, vieron «un local de baile todavía abierto» y se acercaron a explorar: «Vimos a varias jovencitas, no todas feas, meneando el cuerpo por un penique el baile. Ni siquiera la Guerra Civil podía detener las ganas de bailar. Un miliciano con un fusil estaba apostado junto a la puerta». Como era habitual en Fischer, empezó a hacer preguntas a las camareras y se emocionó al saber que una de ellas era socialista y había leído a Marx, y que había otra, una chica vasca, que decía que los vascos católicos luchaban junto con los socialistas y comunistas porque su odio hacia los carlistas y los fascistas era mayor que su desacuerdo con el marxismo.

Sin embargo, a pesar de su enorme curiosidad por los cambios en Madrid y lo deprimente que le había resultado lo presenciado durante el asedio frustrado del alcázar, le resultó imposible mantenerse apartado de Toledo. Todos los días planeaba hacer algo en la capital, pero entonces, Jan Yindrich o Henry Buckley le preguntaban si iba a ir a Toledo y Fischer no se podía resistir: «Creo que he contraído una enfermedad llamada "alcazarosis"». En una ocasión fue testigo de una visita de Largo Caballero que no sirvió para mejorar su opinión sobre el presidente. Tras observar con aire cansino un ataque a cañonazos al alcázar, se fue

> sin decir una sola palabra a los hombres que se arremolinaban alrededor de su coche. Ni siquiera levantó el puño a modo de saludo. Sin duda la Guardia de Asalto esperaba algún gesto de reconocimiento por su parte, se quedaron abatidos cuando se

> marchó a toda velocidad. Me han dicho que siempre se comporta así, que lo ha hecho toda su vida. Y, pese a todo, es inmensamente popular. En este ambiente depresivo que rodea al alcázar, podría haber roto con sus costumbres diciendo alguna frase que animase y devolviese el entusiasmo al personal[31].

El 21 de septiembre, Fischer no fue a Toledo porque tenía que reunirse con Marcel Rosenberg, el recién nombrado embajador ruso. Con cierta ingenuidad, comentó: «En este momento, el nombramiento tiene significado político. Mientras Alemania e Italia retiran sus embajadas de Madrid, la Unión Soviética corrobora su confianza y amistad con el gobierno legítimo acreditando a un enviado especial en la ciudad». Fischer conocía a Rosenberg de Moscú y París, pero como embajador, aunque se mostraba cordial, mantenía un hermético silencio:

> Rosenberg, como siempre, escucha pero no revela ni una pizca de información. De todas formas, me caía mejor en otros tiempos. Su manera de ser no le está granjeando el cariño de la gente. Puede ser frío e hiriente, aunque también sabe ser accesible y afable. De todas formas, puedo aprender mucho de él incluso aunque diga poco. Además, siempre es muy agudo, comprende lo que quieres decir con una sola frase aclaratoria, y reacciona con un gesto o con una palabra elocuente.

Tras el primer encuentro, Fischer vería a Rosenberg casi todos los días hasta que lo llamaron de vuelta a Moscú. Rosenberg le presentó al coronel Aleksandr Orlov, un atildado oficial del NKVD que hablaba inglés, y al general Vladimir Gorev, agregado militar de la embajada y principal agente en España del GRU, los servicios secretos rusos.

La actitud de Fischer frente a la política soviética con respecto a España indica que distaba mucho de tener una posición especialmente privilegiada. Su principal fuente de información era el diario *Pravda*, que compraba todas las mañanas. Le parecía muy significativo el hecho de que el periódico, que tenía un total de seis páginas, dedicase una página e incluso más, y nunca menos de media, a las cartas de ciudadanos soviéticos que contribuían a la ayuda alimentaria que se prestaba a España. Así lo comentó en su

diario, sin muestra alguna de cinismo:

> Resulta obvio, dada la manera en que *Pravda* pone de relieve la correspondencia de sus lectores, que Moscú es totalmente consciente de la importancia política de la situación española y que, por lo tanto, no escatimará su ayuda a Madrid para aplastar a los rebeldes. Moscú simpatiza de forma cálida y natural con un gobierno antifascista en el que hay dos comunistas y que está presidido por Largo Caballero, quien hace seis meses me dijo que «entre yo y un comunista no hay ninguna diferencia».

Fischer sabía muy bien que la política soviética se movía de acuerdo con el interés nacional y mostró una especial agudeza al analizar los peligros que una victoria de Franco acarrearía para Rusia. No se refería solo al tema de los alemanes y su interés por las islas Canarias o al hecho de que los italianos estuvieran como en casa en Mallorca, sino al impacto de una victoria fascista en la política interior francesa. Había percibido el deseo de Hitler de socavar la alianza francosoviética y cómo los prejuicios antisocialistas de las clases gobernantes de Gran Bretaña les impedían ver el peligro que acechaba a sus intereses imperiales[32]. Su relativa ingenuidad con respecto a la política soviética contrastaba con la agudeza que mostró en los artículos que publicó después, aunque la diferencia estribaba en que más adelante contaría con información confidencial.

Fischer escribió con aprobación sobre los editoriales de *El Socialista*, que argumentaban que era más importante ganar en el frente que requisar automóviles y hoteles en Madrid. Sin embargo, se quejaba de lo que él veía como restricciones absurdas impuestas a los periódicos para que no dijeran la verdad sobre la precaria posición de la República. De forma similar, estaba indignado por las mentiras que aparecían en los periódicos de Europa sobre la supuesta huida a Alicante del presidente de la República, Manuel Azaña. También le molestó mucho la negativa de Largo Caballero a autorizar, el 25 de septiembre, una proclama que informaba a la nación sobre la crítica situación militar. Fischer escribió con amargura: «Debería animarse a las masas, o bien asustarlas para que entren en acción. Pero, en vez de eso, un peligroso optimismo

paraliza la política del “seguimos trabajando”. El trabajo en Madrid sigue como siempre, salvo por que muchas veces el trabajo no es trabajo sino placer»[33].

El día anterior, el 24 de septiembre, Fischer fue a ver a su amigo Juan Negrín, que había sido nombrado ministro de Hacienda tres semanas antes. Louis había estado en Toledo el día anterior y volvió cubierto de sangre porque había ayudado a atender a unos milicianos heridos. Esa noche mantuvo una sombría conversación en su hotel, que era entonces el Capitol, también en la Gran Vía pero en la acera de enfrente del hotel Florida, desde donde se había trasladado debido a los ataques de la artillería. Otro de los invitados a la velada, Mijaíl Koltsov, le dijo que había intentado seguir avanzando más allá de Toledo y que solo había podido alejarse catorce kilómetros antes de ver señales del avance de los nacionales. Por lo tanto, cuando vio a Negrín, Fischer hizo una evaluación pesimista de la situación. El ministro estaba de acuerdo en que las cosas habían ido mal, pero afirmó que, gracias al nuevo gobierno de Largo Caballero, se estaban produciendo mejoras. Llegó a decir que le preocupaba más lo que pudiera suceder después de que se produjese lo que él consideraba una victoria inevitable de la República. Negrín describió el modo en que estaba organizando una fuerza especial de guardias de frontera, los Carabineros, para proteger los bancos y mejorar el control de las fronteras. La capacidad de Fischer para conseguir que los políticos le hablaran con libertad hizo que Negrín le confiara detalles sobre el transporte de las reservas de oro de la República a la Unión Soviética y sus dudas sobre las aptitudes de Largo Caballero. Mantenía que era necesario «un mando de hierro. Casi no se podía hablar con Caballero. No quería oír crítica alguna. Era demasiado susceptible». Fischer le comunicó sus preocupaciones sobre la prensa y el hecho de que a la población se le contasen mentiras sobre la verdadera gravedad de la situación[34].

Mientras estaba en Madrid, Louis conoció y se involucró sentimentalmente con la atractiva periodista noruega Gerda Grepp, que había llegado a España como corresponsal del periódico socialista *Arbeiderbladet* de Oslo y se había enamorado perdidamente de él. Estuvieron juntos en España y en otras partes

de Europa, y, de hecho, la aventura extramatrimonial fue una de las más largas que Fischer mantuvo y haría sufrir considerablemente a su esposa. Markoosha se enteraría de la relación a través de una de sus amigas de Moscú, Elsa Wolf, que a su vez había recibido la información de su marido, uno de los consejeros soviéticos que había en España[35].

El 25 de septiembre, Fischer y Jay Allen recibieron una primicia increíble, que bien pudo haberse producido como resultado de la estrecha amistad de ambos con Álvarez del Vayo y Juan Negrín. Se les dio permiso para entrevistar a un piloto italiano que se había visto obligado a efectuar un aterrizaje forzoso el 13 de septiembre y que estaba retenido en el Ministerio de Marina y Fuerzas Aéreas de Prieto. El jefe de las Fuerzas Aéreas republicanas, Ignacio Hidalgo de Cisneros, quería saber si el aterrorizado chico de veintitrés años, que llevaba un pasaporte italiano a nombre de Vincenzo Bocalari, era como él decía un ciudadano estadounidense llamado Vincent Patriarca, nacido en City Island, en el Bronx de Nueva York. Hablaba inglés neoyorquino con acento italiano e italiano con acento inglés neoyorquino. Allen y Fischer le aseguraron que no tenían malas intenciones, aunque Fischer dijo: «Eres un inconsciente y un auténtico idiota. Te has metido en un buen lío. El gobierno de este país tiene todo el derecho a fusilarte. Si haces lo que debes, quizá podamos ayudarte». Debido a lo que Allen describiría como su «encanto de cachorrillo», se creyeron lo que les contó[36].

De profesión barbero, Patriarca se había marchado a Italia en 1932 para cumplir su sueño de ser piloto y había servido en Abisinia antes de ir a España, adonde se marchó tentado por el sueldo espectacular que ofrecían los rebeldes. Ante Fischer y Allen, lloró sin parar y les suplicó que le salvaran la vida. Afirmó que había dejado de apoyar a los franquistas tras haber visto la ejecución de peones en el sur y comprobar el trato digno que había recibido por parte de sus captores republicanos. Fischer le dijo que intentarían lograr su liberación, aunque la entrada de su diario sugiere que no era muy optimista al respecto. No obstante, Jay Allen y él informaron a la Embajada de Estados Unidos. Claude Bowers se ocupó del caso a través del encargado de negocios en Madrid, Eric Wendelin, en respuesta a una campaña de prensa en

Estados Unidos montada por el «Comité de las Mil Madres», organización improvisada de forma milagrosa. Álvarez del Vayo aseguró a Wendelin que Patriarca no sería fusilado y que se le trataría bien. Lo dispuso todo para que fuera puesto bajo la custodia de la embajada, adonde llegó con «aire patético», según Edward Knoblaugh, de Associated Press. Sin embargo, una vez que recuperó la confianza, Patriarca se dedicó a observar los combates aéreos desde los jardines de la embajada, gritando: «Dios mío, ya les enseñaría yo si pudiera estar ahí arriba». Wendelin arregló la repatriación de Patriarca a Estados Unidos, donde se hizo famoso denunciando a los republicanos y alabando a los rebeldes antes de regresar a Italia y hacer carrera en las Fuerzas Aéreas de Mussolini[37].

En otra visita al frente cerca de Quismondo, al sudoeste de Madrid, por donde se acercaban las columnas africanas, Fischer se quedó horrorizado ante la actitud despreocupada de las milicias. En vez de estar bien atrincherados, se encontraban meramente tumbados detrás de una frágil barricada de tierra poco apretada incapaz de parar una sola bala. El estadounidense anotó con indignación en su diario:

> Podrían haber cavado trincheras con unas cuantas palas, pero en lugar de eso se habían dedicado a gandulear y comer, a comer estupendamente. La mayoría pasaba el rato cortando lonchas de jamón serrano. Montañas de melones, amarillos y verdes, aportaban color al escenario. Bebían vino. Un miliciano me ofreció un puro habano. ¿Acaso no ganaban diez pesetas al día? Puede que un buen mecánico de pueblo gane lo mismo.

De camino a Madrid, cerca de Olías del Rey, se encontró con un gran grupo de milicianos que huían igual que un rebaño de Toledo, donde se había producido un ataque aéreo. Este sería el incidente descrito en el artículo que llevó a Cockburn y Koltsov a criticar con dureza la sinceridad de Fischer cuando se encontraban al sur de Madrid. Lo escribió el 8 de octubre, aunque no aparecería en Nueva York hasta dieciséis días más tarde. El hecho de que Fischer defendiese con tal firmeza la necesidad de decir la verdad sobre las dificultades de la República, demuestra que no es cierto que

siguiese religiosamente las directrices del Partido Comunista[38]. De todas formas, el desacuerdo no afectó a la relación entre Fischer y Koltsov.

La conclusión de Fischer con respecto a la pérdida de Toledo era de lo más desalentadora:

> La realidad es que todas las tropas que había en Toledo salieron corriendo cuando se acercó el enemigo. El gobierno tiene gran parte de la culpa. Su trabajo político es deleznable. Ha observado con indiferencia cómo la creciente desmoralización socavaba la resistencia de los hombres. Los anarquistas tienen mucha responsabilidad por su falta de disciplina y su antagonismo hacia los oficiales, aunque estos tampoco son muy buenos.

Cuando visitó el frente a principios de octubre, se quedó encantado al conocer una unidad compuesta por deportistas españoles, en la que había corredores, boxeadores, futbolistas e incluso toreros. Sin embargo, la falta de equipamiento y de fortificaciones defensivas apropiadas mientras aguardaban a las columnas africanas de avanzada le hicieron perder toda esperanza, y comentó al respecto:

> Quizá les hubiese levantado el ánimo que algún político de Madrid hubiera ido a hablarles de la causa por la que estaban aquí, a explicarles las medidas que ya había tomado el gobierno en el campo social y económico para ayudar a los pobres y a los oprimidos, para castigar al fascismo, a hablar con todo detalle sobre los asesinatos en masa de los rebeldes en el sur de España, recordándoles que lo mismo les aguardaba a ellos y a sus familias si el gobierno era derrotado, inspirándoles, animándoles, forzándoles a pensar y a sentir. En vez de esto, el frente fue descuidado por los propagandistas y también por el intendente. ¿No tiene más metralletas que darles? ¿No hay granadas? ¿No se puede mandar a unos trabajadores a que caven aquí trincheras de verdad[39]?

El análisis de Fischer de los problemas internos de la República era especialmente perspicaz. Al igual que Koltsov, Fischer tenía mucha energía y una curiosidad natural, y carecía de inhibiciones a la hora de arreglárselas para ver a personas importantes, para darles su opinión e incluso consejos. Tenía muchos amigos entre los líderes

socialistas, pero las realidades de la guerra alteraron su percepción de los mismos. Continuó siendo un entusiasta de Julio Álvarez del Vayo pero, al mismo tiempo, llegó a ser muy crítico, por no decir despectivo, con Francisco Largo Caballero. No le había causado buena impresión cuando le entrevistó durante su viaje a España en la primavera de 1936, y Largo Caballero le dijo el 3 de abril, muy satisfecho consigo mismo, que la derecha solo podría volver al poder por medio de un golpe de Estado que estaba seguro de que sería aplastado[40]. Fischer sabía que en Madrid se comentaba ahora que un hombre de casi setenta años era demasiado viejo para estar al mando de una guerra[41]. El 11 de octubre por la tarde, Fischer asistió a un mitin masivo en Madrid en el que habló apasionadamente Álvarez del Vayo. El público se emocionó al ver aparecer en el escenario al embajador ruso, Marcel Rosenberg. Después, Fischer visitó a Rosenberg en el hotel Palace, donde hablaron sobre su pesimismo compartido respecto al progreso de la guerra. El norteamericano decidió escribir una carta al presidente para hacerle notar la falta de un esfuerzo coordinado de guerra: «Lo tecleé rabiosamente en veinte minutos y cogí dos tranvías hasta el Ministerio de Estado». Allí le recibió Álvarez del Vayo, a quien le habló con una franqueza brutal debido en parte a la amistad personal que les unía y, en parte, a su propio compromiso con la causa republicana. Le explicó al ministro de Estado la falta de preparación defensiva que había observado en sus visitas al frente. Cuando Del Vayo reconoció que se había perdido un tiempo valioso, Fischer, con su típica impetuosidad, soltó: «Esta es tu oportunidad de escribir la historia. Debes asumir el mando de las defensas de Madrid. Al infierno con esta oficina. ¿No puedes ponerte en contacto con los sindicatos de la construcción para decirles que paren las obras de carácter civil en Madrid y que salgan a construir trincheras y nidos de ametralladoras? ¿No podríamos hacerlo mañana?». Álvarez del Vayo dijo que sus esfuerzos se habían visto entorpecidos porque solo Largo Caballero tenía la autoridad necesaria. Fischer leyó el borrador de su carta y el ministro le instó a enviarla tras eliminar las referencias a la edad de Largo Caballero, ya que este era muy susceptible al respecto[42].

La mañana del 12 de octubre de 1936, dos amigos españoles

tradujeron la carta de Fischer. A pesar de haberla escrito en términos respetuosos, el contenido era devastador, especialmente para un hombre que creía ser un gran revolucionario. Fischer comparaba la gran movilización popular que tuvo lugar durante el asedio de Petrogrado en 1919 con lo que no estaba ocurriendo en Madrid:

> Me preocupa muy seriamente la situación actual. Muchas medidas que serían muy fáciles de tomar, que deberían tomarse, no se están tomando. He visitado el frente a menudo y he inspeccionado los alrededores de Madrid. De forma objetiva, la situación no es desesperada. No hay ninguna razón por la que, con sus enormes recursos y entusiasmo, no vayan a poder mantener al enemigo al menos en sus líneas actuales. Pero lo que más he echado de menos durante las tres semanas que he pasado aquí ha sido la energía y determinación que deberían caracterizar a una revolución. He estudiado la Revolución rusa con mucha atención. Cuando Petrogrado estuvo amenazada en 1919, todos los ciudadanos estaban organizados. Tampoco esperaron a que los blancos fueran hacia ellos. El febril trabajo político acompañó a una construcción inagotable de fortificaciones, la movilización de nuevos hombres, el entrenamiento de antiguos soldados y la preparación de grupos de oficiales. No quedó nada por hacer. La ciudad trabajó como si fuese un potente motor … Le digo sinceramente que aquí echo de menos ese espíritu. Por supuesto, conozco las dificultades y desventajas a las que se enfrenta. Le faltan muchos suministros necesarios. Pero debe hacer más de lo que ha hecho hasta ahora. La historia juzgará como criminales a los hombres que permitan que el enemigo tome Madrid … Me veo obligado a decir lo siguiente: si no fuese porque sé que los hombres que están en este gobierno son revolucionarios sinceros y fieles, pensaría que los que están encargados de defender esta ciudad y de mantener el frente intacto son traidores y saboteadores. Esa es la impresión que puede llevarse un observador objetivo.

Pasando de la crítica general a una acusación específica secundada por muchos, Fischer continuó presionando:

> Por ejemplo, me gustaría preguntarle una cosa: hay decenas de miles de trabajadores de la construcción en Madrid. Tienen varias fábricas de cemento y ladrillos. ¿Por qué no cavan trincheras y

> refugios? ¿Por qué no detienen todas las obras civiles en Madrid y envían a los trabajadores a erigir una «línea Hindenburg de acero» a unos treinta kilómetros de Madrid que no pueda ser traspasada por el enemigo? Además, se deberían fortificar los montes alrededor de la ciudad. Todo esto se podría conseguir en un lapso de tiempo relativamente corto. Mejoraría la moral de los soldados si viesen que se hace algo por ellos, y les proporcionaría lugares en los que esconderse cuando hay ataques aéreos. Todo esto no es difícil y debe hacerse. Alambre de espino electrificado, minas en puentes y carreteras, la creación de nidos subterráneos para ametralladoras…, estas y otras muchas medidas pueden llevarse a cabo.

Fischer prosiguió indicando que a Largo se le criticaba por no hablar con la población, que la gente no tenía confianza en él y en su consejero militar, el recién ascendido general José Asensio Torrado. Le preguntó por qué, teniendo en cuenta las largas líneas de comunicación de las columnas africanas, no se realizaba ningún esfuerzo por preparar ataques de guerrilla en su retaguardia.

Ese mismo día, Fischer fue llamado a la oficina del presidente. Largo Caballero le dijo, apenado, que había solicitado palas de Barcelona dos meses antes y que había intentado comprar alambre de espino en Francia. Las excusas no eran muy convincentes y, además, fueron seguidas de un comentario todavía más derrotista: «En cuanto a las obras en Madrid, intente usted lidiar con nuestro sindicato. Sus representantes ya estuvieron aquí por la tarde. Vinieron a exigir cosas». Esto lo dijo el hombre que había accedido al mando del gobierno precisamente por su influencia sobre el movimiento obrero. Su principal preocupación parecía ser, como había sido desde 1917, que la CNT ganase alguna ventaja en detrimento de la UGT o, incluso peor, que él perdiese su popularidad y su reputación como el héroe de los sindicatos. Como si no estuviese enterado del cambio de prioridades que impone una situación bélica, Largo Caballero continuó quejándose: «Si los sindicatos socialistas obedecen al gobierno, la CNT, el sindicato anarcosindicalista, utilizará la propaganda en contra de los socialistas e intentará atraer a sus miembros». Largo terminó, de manera lamentable, con una cita de la carta del propio Fischer: «A lo mejor tiene razón, es posible que “la gente de Madrid ya no

confíe” en mí. Dejemos que elijan a otra persona en mi lugar». En ese momento, Del Vayo le dio una patada a Fischer por debajo de la mesa y dijo: «Está muy triste. Anímale». Fischer dijo: «No creo que todo el país haya perdido la confianza en usted. Por el contrario, se piensa que es el único que debe estar en el puesto. Pero los ciudadanos no son conscientes de su liderazgo. Nadie les dice lo que está pasando. Tienen la impresión de que los periódicos y los comunicados oficiales mienten. Usted no se ha dirigido a la nación ni una sola vez desde que llegó al poder». Sin apenas fuerza para salir de su letargo depresivo, la respuesta de Largo Caballero fue igualmente derrotista. «No —reconoció—, no lo he hecho. Estoy demasiado ocupado. Mi oficina está siempre llena de gente que quiere verme. Hay otros oradores mejores. Deje que Del Vayo pronuncie los discursos». Fischer le suplicó que hablase al menos quince minutos en la radio, pero el presidente se limitó a negar con la cabeza[43].

El tono del diario de Fischer apoya sin duda su afirmación posterior de que, a pesar de su simpatía por el experimento soviético, nunca perteneció al Partido Comunista. En 1949, durante una investigación realizada por el Servicio de Inmigración de Estados Unidos (en la que se buscaba información sobre una persona llamada Mills o Milgrom), Fischer declaró bajo juramento:

> Tras llegar a España, cubrí las noticias del frente y la política del gobierno, o sea, el trabajo normal que realiza un corresponsal, y me volví muy favorable a la causa gubernamental pues creía que la derrota del fascismo en España supondría una victoria para la democracia y una derrota para Hitler y Mussolini, que estaban interviniendo en la guerra. Además, consideraba que una victoria para la democracia en España también sería el mejor modo de evitar la Segunda Guerra Mundial, que ya por entonces algunos de nosotros veíamos acercarse.

Cuando se le preguntó si alguna vez había sido miembro de algún partido comunista en algún país del mundo, Fischer contestó de forma categórica: «Nunca. En general, no me “junto” con nadie, ni siquiera con los contactos políticos que tengo y que ya tenía años atrás. Creo que nunca he sido miembro de ninguna supuesta

organización tapadera. Si lo fuera, no dudaría ni un instante en decirlo, puesto que, hasta 1939, yo mismo simpatizaba con algunas de esas organizaciones tapadera». Cuando se le preguntó por qué, contestó: «Porque muchas de ellas eran bastante antifascistas. Hacían cosas que por aquel entonces yo pensaba que evitarían la guerra, lograrían la victoria sobre el fascismo y reforzarían la democracia en varias partes del mundo»[44].

Sin duda, sus simpatías no pueden ponerse en duda:

> Si se hubiera detenido a doscientos oficiales superiores del Ejército hace seis meses en un golpe inesperado, puede que España se hubiese evitado la pérdida de ochenta mil hombres y mujeres que se calcula que han muerto en las últimas diez semanas de la Guerra Civil. Sin embargo, Azaña, siendo el intelectual que es, prefirió una acción parcial en vez de una acción drástica. Su reforma agraria alarmó a los terratenientes sin debilitarles seriamente. Su cuidadoso traslado de algunos generales de Madrid a puestos lejanos les alertó sobre los posibles acontecimientos venideros, indicándoles que debían prepararse para la revuelta. El temor de la clase semifeudal por sus propiedades coincidió con el temor de los militaristas por su posición como protectores de las clases de las que provienen, lo cual explica el alzamiento actual contra la autoridad constituida. Los pedantes pueden buscarle las cosquillas a la legalidad de la situación; pero lo cierto es que los terratenientes, los generales, los fascistas y sus aliados están realizando un último esfuerzo para frenar la revolución popular que comenzó con el exilio de Alfonso XIII. Es una revolución contra la pobreza general y en favor de los derechos humanos, del progreso[45].

Esto lo dijo en el mismo artículo que, debido a la descripción brutalmente realista de la desorganización y el pánico de los milicianos faltos de formación en los alrededores de Toledo, le ocasionó las virulentas críticas de Mijaíl Koltsov. Fischer argumentó entonces que su obligación para con sus lectores era informar sobre los hechos, y Koltsov dejó muy claro que creía que había valores más importantes que la verdad. En su diario personal, por ejemplo, Koltsov minimizaba la presencia de armas y consejeros rusos a sabiendas de que esto era utilizado contra la República. Fischer no compartía su punto de vista. En uno de sus artículos sobre las

Brigadas Internacionales, les preguntó a los hombres de una unidad por el origen de la ametralladora que llevaban: «La respuesta fue: “Es de México”, pero las letras grabadas en el arma eran rusas. “Es de México” es una frase hecha y nunca se pronuncia sin un guiño. Prefiero que me den los hechos tal como son»[46].

Fischer creía que la guerra en España era crucial para la paz mundial y las libertades democráticas: «Simpatizaba tanto con la causa republicana que pensé que no bastaba con limitarse a escribir sobre el tema. Quería hacer algo más palpable, así que me alisté en las Brigadas Internacionales»[47]. Se unió a estas tras abandonar Madrid el 7 de noviembre, y más tarde escribiría al respecto: «Estoy tan orgulloso de eso como de cualquier otra cosa que haya hecho en mi vida. Una nación se desangraba. Se instalaban ametralladoras sobre la torre de marfil. Escribir no era suficiente». Fischer fue intendente durante un breve período y pasó allí unos dos meses, aunque no llevó más uniforme que una chaqueta y pantalones de pana, y nunca portó un arma. Se ocupaba de la organización de la comida, la vestimenta y el equipo de las brigadas. Según la febril imaginación de Martínez Amutio, Fischer era el pagador de Moscú en las brigadas. Esto es del todo ridículo, más aún cuando se tiene en cuenta la brevedad de su relación con las brigadas, que llegó a un triste final cuando chocó con André Marty, el estalinista paranoico y salvajemente autoritario que era quien controlaba en realidad a los internacionales por parte de Moscú. A Marty le daba envidia lo bien que Fischer hablaba ruso y la buena relación que mantenía con algunos consejeros soviéticos de alto rango. Se tomaba muy a pecho que Fischer criticara abiertamente su comportamiento dictatorial. Fischer afirmaría más adelante que el conflicto entre ellos era inevitable: «A lo mejor era por mi carácter independiente, pero lo más probable es que fuera porque no era comunista y no me podía mandar de aquí para allá como hacía con todos, así que noté que no se apreciaba mi presencia. Era como si yo no encajase en aquel grupo, así que llegamos al acuerdo amistoso de que debía abandonar la brigada». El propio Fischer infiere que Marty maniobró para que le reemplazaran. Dadas las tendencias autoritarias de Marty y su predisposición para ordenar los castigos más brutales por cualquier violación de la disciplina

que imponía de forma arbitraria, esto habría sido demasiado sutil por su parte. Por otro lado, y debido a las conexiones de Fischer con Rosenberg, Gorev, Orlov, Koltsov, Álvarez del Vayo, Negrín y Largo Caballero, Marty debió de sentir la necesidad de proseguir de una manera más circunspecta de lo normal. Además, también es posible que la Komintern juzgara más conveniente enviar al compañero de viaje Fischer a otro lugar donde fuera más útil y que ordenara actuar a Marty en consecuencia[48].

Al respecto, podría ser relevante la mención de Fischer en su diario sobre una nota de recomendación de «M» que había traído desde París y que le aseguraba una habitación en el hotel Florida. Es probable que «M» fuera Willi Münzenberg, el genio de la propaganda de la Komintern, que vivía en París. Según la mujer de Münzenberg, Babette Gross, era cierto que Willi y Fischer tenían «amistad»[49]. El estadounidense también conocía al segundo de a bordo de Münzenberg, Otto Katz. De hecho, según las cartas interceptadas por los servicios secretos británicos, pronto mantendría un estrecho contacto con Katz para presentar en Gran Bretaña y Estados Unidos la causa de la República y hacerla llegar tan lejos como fuera posible[50]. Es imposible reconstruir de forma exacta la cadena de contactos, pero no hay duda de que, poco después de llegar a Madrid, Fischer había restablecido la relación con su viejo amigo Julio Álvarez del Vayo, el periodista socialista nombrado ministro de Estado del gobierno de Francisco Largo Caballero el 4 de septiembre. Una de las principales prioridades de Álvarez del Vayo era cambiar radicalmente la política de no intervención por parte de las democracias y presentar el caso de la República a una audiencia internacional. No debe sorprender que pidiese ayuda a Fischer para organizar la prensa y los servicios de propaganda de la República, ni que Münzenberg y Katz le animaran para que colaborase en esta tarea.

Fischer relató indignado lo que le ocurría a la República y puso todo su empeño en cambiar la política de no intervención de las democracias. En noviembre de 1936, tras una semana de bombardeos en Madrid durante la que murieron muchos niños, comentó: «El que los pilotos italianos y alemanes ataquen con bombas y ametralladoras a españoles no combatientes sin despertar

protestas para forzar a las democracias a intervenir y proteger a la República progresista española, es un buen indicador del calibre moral que reina en estos tiempos»[51]. Fischer estaba en Madrid a principios de diciembre, cuando un bombardeo produjo una matanza, y escribió un apasionado relato sobre las mujeres, niños y ancianos heridos, sobre aquellos que se habían quedado sin casa y sobre los que pilotaban las oleadas de Junkers. También escribió con perspicacia sobre las implicaciones internacionales de la situación:

> En España hay dos enormes fuerzas mundiales que están poniéndose a prueba. Hasta ahora, los fascistas han demostrado tener más iniciativa y más agallas. Fueron los primeros en enviar aviones y equipo. Ahora son los primeros en enviar tropas. Sus submarinos y otros navíos espían e interfieren en las operaciones de la flota republicana española en los puertos del este. Su imprudencia no tiene parangón, ya que Gran Bretaña y Francia les han demostrado en varias situaciones, como en Etiopía y Renania, que el que arriesga gana. La diplomacia democrática no puede competir con la arrogancia fascista. Si Franco gana, Europa se tornará negra o estallará en ella la guerra en cuanto Hitler y Mussolini estén preparados[52].

El que las democracias hubieran optado por hacer caso omiso de las implicaciones de los acontecimientos en España indignaba sobremanera a Fischer. A comienzos de 1938, el periodista escribió: «Los españoles están pagando muy caro el privilegio de estar a cargo de la lucha del mundo contra el fascismo, no solo con muertos, heridos y prisioneros, con estrés diario y la riqueza destruida, sino también con la presencia continua de la desnutrición»[53].

En sus elocuentes y lúcidos artículos, Fischer subrayaba una y otra vez el carácter absurdo de la política de no intervención. Hacía hincapié en la falta de control que había habido sobre Portugal hasta finales de agosto de 1936, pues desde allí salían armas para Franco sin impedimento alguno. Consciente de que los alemanes e italianos no querían enemistarse de forma prematura con Gran Bretaña, y mientras Hermann Göring se encontraba en Roma calibrando con Mussolini hasta dónde podían llegar, Fischer

escribió con perspicacia: «Si Gran Bretaña dijera "¡Alto!", Hitler enmendaría su comportamiento con desgana mientras que Mussolini lo haría encantado»[54]. Fischer estaba convencido de que a Hitler le convenía la neutralidad de Washington con respecto a España, pues volvía inevitable la intervención estadounidense en una futura guerra. También demostró que Alemania e Italia podían comprar armas norteamericanas y, de una forma u otra, hacerlas llegar hasta Franco, mientras que a la República española se le negaban los derechos que le garantizaba el ordenamiento internacional para comprar armas con las que defenderse. En vano escribiría Fischer que «la única forma de garantizar la paz es parar a los agresores fascistas que solo buscan la guerra. Todavía es posible hacerlo en España. Si allí se frena a Hilter y a Mussolini, quedarán debilitados e inmóviles»[55].

La amistad de Fischer con Álvarez del Vayo y Negrín floreció debido al compromiso de todos ellos con la República y a su convencimiento de que solo sobreviviría si la opinión internacional ejercía presión sobre los dirigentes británicos, franceses y estadounidenses para que abandonasen la política de no intervención. Fischer hizo esfuerzos hercúleos para que la opinión pública norteamericana y europea presionase con el fin de que se levantase el embargo de Estados Unidos sobre la venta de armas a la República española. En diciembre de 1936 llegó a Suiza para cubrir la petición de Álvarez del Vayo a la Sociedad de Naciones para que abandonara la política de no intervención. De Ginebra se desplazó a Moscú para ver a su familia. Durante dicha estancia, los altos dignatarios del Kremlin le trataron como a un valioso informador sobre España. Fue recibido por Maxim Litvinov y por Georgi Dimitrov, el sucesor de Béla Kun como dirigente de la Komintern. El general Semion Petrovich Uritsky, jefe de los servicios secretos militares soviéticos (GRU), que estaba al mando de la ayuda a España, le interrogó sobre la situación española en general. En casa del general era donde residía Luli, la hija de Constancia de la Mora, después de haber sido evacuada a Rusia. Fischer no era agente secreto y, por tanto, su relación con esas personas se basaba en el interés mutuo. El estadounidense expuso con franqueza sus opiniones sobre lo que ocurría y lo que deberían

hacer al respecto. Sus conocimientos eran útiles para los rusos, y a Fischer le gustaba la idea de mezclarse con gente poderosa y sentir que era capaz de influir en ella. Sin embargo, mientras estaba en Rusia, comenzó la segunda ronda de juicios contra antiguos bolcheviques y su fe en el sistema soviético cayó en picado. Fischer, igual que Koltsov, opinaba que España era el único sitio donde podía florecer el antifascismo: «Me alegré de abandonar Rusia y de sumergirme en una situación nueva y vibrante en la que Rusia mostraba su mejor cara»[56].

Desde Moscú, regresó brevemente a Valencia, donde informó a Prieto, Álvarez del Vayo y Largo Caballero sobre la reunión con Uritsky y, a continuación, al embajador Rosenberg sobre las reacciones de estos. La ubicuidad e influencia de Fischer se pueden deducir del comienzo de un artículo que publicó en enero de 1937:

> Dejé Madrid el 7 de diciembre y me dirigí a Ginebra para asistir a la sesión especial sobre España del Consejo de la Sociedad. Después, pasé una semana en París y ocho días en Moscú, para luego volver en avión a Barcelona, adonde llegué el 6 de enero. Ahora llevo cuatro días en la capital española y durante este tiempo he podido entrevistar al presidente Caballero, a cuatro miembros del gabinete federal, a unos cuantos líderes de partidos y a varios generales bien informados[57].

Desde España viajó a Estados Unidos, donde daría varias conferencias. En Nueva York sufrió un ataque agudo de artritis y utilizó esos momentos de ocio obligado para redactar el material que había acumulado y convertirlo en un libro panfletario sobre la incesante lucha en España titulado *Why Spain Fights On*[58]. Es probable que fuera durante este viaje cuando Louis asistió a un acto de recaudación de fondos para la República española en el domicilio neoyorquino de dos guionistas, la humorista y poeta Dorothy Parker y su marido, el actor Alan Campbell. Este último le escribió al día siguiente para comentar con sarcasmo su falta de sensibilidad:

> Me temo que ha malinterpretado la razón por la que me irrité anoche. No fue porque mostrase la poca delicadeza de confundir a mi mujer con mi madre. Después de todo, he vivido en Hollywood

> los últimos dos años y estoy acostumbrado a todo tipo de estupidez y falta de percepción. (Aunque, dado que la grandísima diferencia de edad entre mi mujer y yo es de seis años, tendría que haber sido una niña muy lanzada para haberme dado a luz). Lo que intento decir es que se suponía que usted estaba en mi casa por la misma razón que yo: obtener dinero para los republicanos españoles. Por lo tanto, y ya que me he involucrado mucho en la causa, me irrita saber que no solo yo, sino también muchas otras personas (cuyos nombres están a disposición de quien los solicite), nos molestamos con su conducta grosera y sus indiscretos comentarios sobre los presentes, que, después de todo, estaban allí por un interés común. En cuanto a su pregunta a la señora Parker: «¿Es usted tan rica como Hemingway?» (¡con eso se ganó usted a todo el mundo!), contestaré diciéndole que si la fortuna total de Hemingway asciende en estos momentos a 825,60 dólares, la respuesta es que sí, dado que la señora Parker, como todos los poetas, gana muchísimo dinero y se lo queda todo para ella. En resumen, le invito a que se dedique a recaudar fondos para el general Franco durante los próximos meses. De esta forma, le garantizo que conseguirá miles de adeptos para la causa republicana[59].

Posteriormente, Fischer regresó a España en barco junto con el embajador Fernando de los Ríos, que había reclutado a un joven de Oklahoma de la Biblioteca del Congreso para que trabajara en los servicios de prensa de la embajada. El bibliotecario radical era Herbert Southworth, que se convertiría en amigo y colaborador de Fischer como miembro de un grupo de presión al servicio de Negrín. Por aquel entonces, Fischer seguía presionando a través de numerosas cartas que escribía a políticos, como Eleanor Roosevelt. Después, se dedicó a dar conferencias en grandes auditorios y charlas formales en cenas con personajes influyentes tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña[60].

A pesar del escepticismo de Fischer sobre la capacidad de Largo Caballero como líder de guerra, bajo el mando personal de este, aunque gracias en gran medida a Prieto y Negrín, la reafirmación del poder central del estado se iba logrando a buen ritmo. En noviembre de 1936, Fischer pudo asistir a una reunión del gabinete interior de guerra, tal vez en calidad de intendente de las brigadas, pero quizá también por su carta previa a Largo Caballero. Prieto

«habló muy poco y cuando lo hizo mostró una gran deferencia hacia Caballero. La intervención de Prieto fue la más inteligente de todas las deliberaciones»[61]. Largo Caballero se resistía a la idea de incorporar las milicias de los partidos y sindicatos a un ejército regular. A sus consejeros soviéticos les costó mucho convencerle de que el sistema de milicias era ineficaz[62].

No es de sorprender que, tras la sustitución de Largo Caballero por Juan Negrín en mayo de 1937, Fischer se sintiera satisfecho con los progresos logrados con vistas a la organización adecuada del esfuerzo bélico. Por eso escribió lo siguiente acerca de Largo Caballero: «Su aislamiento de las masas, a las que no quiso dirigirse ni una sola vez durante los meses en que fue presidente pese a la presión amistosa que se ejerció sobre él, su comportamiento arrogante hacia sus propios colegas y la lentitud e inflexibilidad con que trataba los problemas que se amontonaban a su alrededor, llevaron a muchos de sus partidarios a retirarle su apoyo». En contraposición, añadió: «Negrín es un ejecutivo excelente, y eso es lo que precisa la marcha de la guerra. Las cosas son ahora más ágiles donde millones de personas pueden ver los resultados: el Ejército. La gente sabe que ha eliminado la violencia personal, que está manteniendo el orden en las carreteras y calles, y que crea un ambiente que conduce a la disciplina civil y militar». Le impresionó mucho la determinación de Negrín para mantener los principios democráticos a pesar de los continuos enfrentamientos políticos que tenían lugar[63].

Durante el verano de 1937, Fischer participó en la preparación del Congreso de Escritores Antifascistas celebrado en Valencia. En una ocasión, Kate Mangan le acompañó a un banquete como intérprete suyo y de un líder sindical que estaba de visita[64]. También vio a Kitty Bowler un par de veces. En la tercera semana de junio de 1937, Bowler escribió a su amante, el comunista británico Tom Wintringham, para decirle: «Fischer se ha presentado una vez más, diciendo que De los Ríos ha realizado un gran trabajo con Roosevelt, y, como resultado de ello, no hay duda de que algunas personas del Departamento de Estado nos apoyan»[65]. A finales de junio Fischer regresó a Valencia y allí cenó con el nuevo presidente, Juan Negrín, en Náquera, cerca de Sagunto. Negrín

también concertó una entrevista entre Fischer y Azaña, aunque el presidente solo le recibió con la condición de que «nada de lo que dijese se publicaría de forma inmediata». Tras la entrevista, en la que Azaña expresó ante Fischer sus esperanzas de que la mediación británica pusiese fin a la guerra, Fischer cruzó la calle para almorzar con Negrín. La creciente amistad entre ambos hombres queda reflejada en el hecho de que Negrín invitase unos días después a Fischer a una cena con Prieto, por entonces ministro de la Defensa Nacional, Arthur Stashevsky, representante comercial soviético, y Jesús Hernández, ministro comunista de Instrucción Pública.

Después de la cena, Negrín le reveló a Fischer que estaba a punto de irse a Madrid. El presidente del gobierno iba a estar con el general Rojo durante la gran ofensiva de distracción que comenzó el 6 de julio en Brunete. Pese al secretismo que rodeaba a la operación y la exclusión de todos los corresponsales, cuando apareció Fischer en Madrid, Negrín lo dispuso todo para que Prieto le concediera un salvoconducto poco común para visitar el frente e incluso puso a su servicio un Rolls Royce para el trayecto. A la mañana siguiente desayunaron juntos mientras hablaban del deseo de Negrín de trasladar la capital a Barcelona[66]. Envió dos artículos a *The Nation* escritos mientras estaba en España, uno con fecha del 28 de junio desde Valencia y otro del 11 de julio, mucho más corto y cauteloso, desde Madrid[67]. Un par de días después Louis se fue a París.

En ambos artículos, Fischer era discreto acerca del acceso que tenía a Negrín y otros políticos, como Azaña, que hablaban extraoficialmente. Sin embargo, en una crónica que valoraba el primer año de la guerra, enviada desde París el 20 de julio, Fischer daba una pista muy reveladora sobre el grado de influencia que tenía, muy superior al de un simple corresponsal.

> Hace poco andaba por las calles más céntricas de Valencia con un ministro del gobierno a las once de la mañana, y llamé su atención hacia los cientos de jóvenes civiles que se cruzaban con nosotros. No estaban en las fábricas ni estaban en el Ejército, y tampoco en la oficina, si es que acaso eran empleados del gobierno. La situación es parecida en todas las ciudades y pueblos de la España republicana. El gobierno necesita más poder para que estos enormes recursos

> humanos trabajen para ganar la guerra. Sin embargo, el poder necesario para llevar a cabo este objetivo podría tornarse excesivo y adquirir rasgos dictatoriales si se descuidasen. Se trata de un asunto muy delicado que el problema de los partidos políticos complica aún más[68].

De todas formas, la discreción de Fischer sería motivo de tirantez con Freda Kirchwey y *The Nation*. En respuesta a los dos atractivos artículos enviados desde Valencia y Madrid, le escribió el 14 de julio:

> Tus artículos eran interesantes, pero me dejaron con una fuerte sensación de incertidumbre y el deseo de hablar cara a cara contigo sobre toda la situación interna. El segundo despacho, en concreto, era increíblemente provocador. Espero fervientemente que, una vez que hayas dejado España y no tengas que someter tu material a la censura, escribas un análisis detallado y muy franco sobre la situación política tanto dentro del gobierno como entre el gobierno y la oposición de izquierdas.

A Kirchwey no solo le preocupaba la censura oficial, por lo que le preguntó acerca de la posibilidad de que él mismo se estuviese imponiendo alguna forma de autocensura:

> ¿Es posible que tu relación personal con Negrín y tu función como consejero extraoficial te estén haciendo vacilar a la hora de escribir de manera pormenorizada sobre la situación? Entendería que ese fuera el caso y me parecería del todo legítimo. Si es así, ¿podrías recomendar a alguien tan distanciado y digno de confianza como, por ejemplo, Brailsford, que pueda escribir con detalle y sin causar ningún daño?

Siguiendo el mismo razonamiento, dos semanas después escribió: «A veces me sacas de quicio; mencionas que has hablado con Azaña y luego no dices nada, ni siquiera en privado, acerca de la conversación».

Fischer se puso furioso por muchas razones. Odiaba que le criticaran, le molestaba que se alterasen sus escritos y, por encima de todo, le indignó sobremanera el hecho de que Kirchwey pensase que sus relaciones con algunos políticos podían afectar a su

integridad periodística. Su carta de respuesta es una muestra vívida de su estilo de trabajo y del orgullo con que lo hacía: «Tu carta del 14 de julio es la más ofensiva que me has enviado nunca. Odio las indirectas. Si no quieres que siga colaborando con vosotros, no tienes más que decirlo y me iré a otra parte». A continuación explicaba que el artículo en el que se refería de refilón a Brunete había sido «enviado en circunstancias especiales»:

> La censura era muy estricta. Los corresponsales tenían prohibido enviar nada que no fuesen escuetos comunicados oficiales. Se había suspendido el servicio telefónico al extranjero. No se podían enviar mensajes privados. Querían mantener en secreto los datos de la ofensiva, lo que estaba bien hecho. Nadie podía ir al frente. Yo recibí un permiso especial de Prieto (esto debe mantenerse en secreto). Cuando volví esa noche, me senté a escribir el artículo. Sabía lo dura que estaba siendo la censura. Dadas las circunstancias, escribí mucho más que el resto de los corresponsales durante ese período y tanto como pude. Lo que dije sobre la situación política interna era nuevo y sensacional, y si no lo apreciaste no sé qué sentido tiene hacerte llegar tal información con el trabajo que me cuesta lograrla. La censura era a lo único que me enfrentaba, la censura y no otra cosa, como tú sugieres. La prueba la tienes en el artículo que envié desde París, en el que elaboraba algunos de los puntos a los que aludía en el despacho de Madrid. Nadie ha analizado como yo una situación tan complicada.

La respuesta de Kirchwey, como solía ocurrir, fue conciliatoria: «No tiene sentido que te ofendas o me sueltes una sarta de insultos. Me gustas tú y tus artículos, y todos queremos lo que puedes ofrecernos»[69].

Louis había escrito la carta a Freda el 5 de agosto de 1937 desde Moscú, adonde había vuelto tras siete meses sin ver a su familia. El ambiente que reinaba a raíz de las purgas no podía ser más sombrío, mientras se incrementaban las denuncias, los arrestos y los asesinatos. Muchas de las víctimas eran personas conocidas de Fischer y su mujer. En otras ocasiones, su llegada a casa había provocado que muchos de sus amigos rusos se pasasen en busca de información, pero esta vez no fue nadie. El único interés político de su estancia fueron sus visitas a Litvinov y Dimitrov. Se quedó

horrorizado con lo que vio y estaba deseando irse: «Menos mal que había una España donde trabajar y para la que trabajar. Hubiera sido una tortura mental vivir en el ambiente de Moscú. No hubiese tenido más alternativa que marcharme y atacar al régimen soviético en mis escritos y conferencias. Todavía no estaba preparado para hacer algo así». Además, Fischer sabía que si atacaba a Rusia no sería bienvenido en España, y eso era algo que no podía considerar[70].

Su estancia en Moscú fue relativamente corta y a mediados de agosto estaba ya en París, donde es de suponer que contactó con Otto Katz, puesto que, según las cartas interceptadas por los servicios secretos británicos, ya estaban en comunicación para exponer el caso de la República con la mayor eficacia posible en Gran Bretaña y Estados Unidos[71]. Sin embargo, la idea de que Fischer fuera en cierto modo un instrumento de Katz y la Komintern es insostenible en vista de su contestación a la siguiente carta de Freda Kirchwey, que contenía comentarios sobre su crónica sobre la guerra. A Kirchwey el artículo le había parecido «interesante y mucho más detallado y analítico que el anterior. Aun así, creo que la manera en que tratas la situación política interna es algo ambigua. No indicas con claridad cómo piensas que el gobierno debe lidiar con los distintos elementos de izquierdas y qué función crees que debe tener el Partido Comunista».

Louis contestó con una declaración contundente sobre su ética profesional y su actitud hacia el Partido Comunista:

> Si el artículo que os envié desde París carece del material que según tú le hace falta, entonces soy un buen periodista. No es asunto mío decir cómo «el gobierno debe lidiar con los distintos elementos de izquierdas y qué función (creo yo) que debe tener el Partido Comunista». Decir eso no sería dar noticias ni hacer análisis, sino ofrecer una opinión tendenciosa. Lo que yo defiendo no es muy relevante en cuanto a la interpretación de la situación política interna. El trato que le doy no es «ambiguo». No es completo porque no puede haber un análisis final sobre un fenómeno que aún no ha terminado y que cambia cada día. He dicho que no me gusta la política del Partido Comunista, lo que no quiere decir que me haya unido a los anticomunistas. Si no fuese por los comunistas que hay

dentro y fuera de España, Franco estaría en Barcelona[72].

En septiembre fue a Nyon, cerca de Ginebra, para informar sobre la conferencia celebrada para poner fin a los ataques italianos contra los navíos británicos en el Mediterráneo. Negrín se desplazó a Ginebra para presidir la sesión de la Sociedad de Naciones. Fischer le llamaba por teléfono todos los días y Negrín le invitaba a bajar a su suite, donde a menudo se lo encontraba afeitándose en el cuarto de baño, vestido únicamente con los pantalones del pijama. Entonces se daba un baño mientras Fischer hablaba con él sentado en un taburete o apoyado contra la pared. En esos encuentros, Fischer hacía sugerencias sobre cómo podía sortear la República el embargo internacional que impedía la compra de armas[73]. De camino a España, hizo escala en San Juan de Luz para entregar una carta de Negrín a Claude Bowers. Durante todo el mes de octubre de 1937, Fischer permaneció en España. Voló a Valencia para asistir a la sesión de las Cortes que se celebraba allí y se alojó en la residencia presidencial de Negrín, junto con Otto Katz[74]. Durante su visita, Fischer realizó la intervención que sirvió para que Constancia de la Mora no perdiese su puesto de trabajo. Sus observaciones dieron lugar a un artículo en el que escribió de forma objetiva sobre los comunistas y expresó su firme apoyo al tándem formado por Indalecio Prieto y Juan Negrín. Su artículo sobre el estado de la política española respalda la creencia de que el periodismo es el primer borrador de la historia. Fischer expresaba la contradicción que suponía el empeño de la República en mantener una democracia al tiempo que se esforzaba en aplicar el control económico necesario para llevar a cabo un esfuerzo bélico eficaz: «En general, un grado sorprendente de liberalismo económico, libertad personal e inmunidad política es muestra del vigor de la democracia y de sus desventajas en tiempos de guerra».

Como puede verse en su incansable lucha en el frente internacional, lo que más deseaba Fischer era convencer a las democracias de que debían abandonar la política autodestructiva de no intervención. Con una mezcla de frustración y presciencia, escribió: «Algún día, el instinto de conservación de las democracias occidentales, tan latente, resurgirá lo suficiente para que se ayuden

a sí mismas ayudando a los republicanos». El largo artículo concluía de manera profética:

> La principal preocupación de la República no es la política del país, es la situación internacional. ¡Qué lentas son estas democracias! ¡Qué difícil es forzarlas a ver los males que les aguardan! Lo único que pedimos es que los británicos sean probritánicos y los franceses, profranceses. Si estos países no tienen el sentido común para permitir que la España republicana salvaguarde sus intereses, en el futuro se verán forzados a luchar con sus propias manos[75].

Fue durante esta visita a España cuando Fischer convenció a Negrín para que visitara el hospital de las Brigadas Internacionales en Benicàssim. Acompañado por Otto Katz, Fischer le guio por el hospital donde, entre los heridos, se encontraba el comandante del Batallón Británico, el veterano Tom Wintringham[76]. Es razonable pensar que Katz había ido a Valencia para que los tres pudieran hablar sobre el informe de Fischer acerca del déficit propagandístico (véase el capítulo 3). El trabajo de Fischer en favor de Negrín había sido considerable, y como él mismo diría, «no se había producido ningún nombramiento, no hubo designación ni ascenso a rango alguno, ni nada que se le pareciese». Sin embargo, su colaboración incluía acompañar a Negrín en sus viajes a conferencias internacionales, ayudar a los servicios de prensa de la República y el contacto con las Brigadas Internacionales. Estaba con Negrín cuando el presidente republicano visitó de incógnito París a mediados de marzo de 1938 para convencer a Léon Blum de que enviase más ayuda a la República. Para frustración de Negrín y Fischer, lo único que Blum les dio fueron excusas[77].

Fischer se empleó a fondo en intentar alertar a la opinión pública de las democracias sobre lo absurda que era la política de apaciguamiento de sus gobiernos. Tres semanas después de la visita a Negrín de octubre de 1937, Fischer viajó a París, donde asistiría a una cena con el embajador español, Ángel Ossorio y Gallardo, el embajador ruso, Jacob Suritz, y el exprimer ministro francés, Joseph-Paul Boncour, entre otros diplomáticos y políticos destacados. Luego se trasladó a Londres, llevando consigo una carta de Negrín al líder laborista Clement Attlee, a quien invitó a visitar

la República española en nombre de Negrín. Después escribiría a Otto Katz para informarle de que Attlee y su secretaria, así como los diputados Ellen Wilkinson y Philip Noel Baker, le habían garantizado que viajarían a España el día 2 de diciembre. Como le dijo lleno de orgullo a Katz, estaba muy ocupado reuniéndose con personas influyentes. La larga lista incluía a la duquesa de Atholl, sir Archibald Sinclair, que más tarde sería ministro de Aviación durante la Segunda Guerra Mundial, sir Stafford Cripps, David Lloyd George, el estratega Basil Liddell Hart, el embajador español, Pablo de Azcárate, y el embajador ruso, Ivan Maisky[78]. Fischer volvió a Barcelona para pasar en la ciudad la primera mitad de diciembre antes de proseguir con su viaje a Estados Unidos. Una vez allí se dedicó a dar conferencias, escribir artículos y hablar con senadores y congresistas en un intento de que los norteamericanos levantaran el embargo de armas. A finales de enero de 1938, Fischer telegrafió a Otto Katz desde Nueva York para preguntarle si sería posible convencer a Lloyd George y al deán de Canterbury para que asistieran a una cena en Washington, preparada en su honor por un centenar de congresistas a finales de febrero o principios de marzo. El 24 de febrero visitó a Eleanor Roosevelt en la Casa Blanca. Muchos le escucharon con comprensión pero no sirvió de nada[79].

Fischer no llegó a París hasta mediados de marzo, y fue entonces cuando se enteró de los incesantes bombardeos de los aviones italianos sobre Barcelona. Se apresuró a volver a España y, al llegar, se encontró con el espectáculo de unas matanzas horribles. Le arrestaron por tomar fotografías, aunque Constancia de la Mora consiguió que le liberasen[80]. Tras la reconquista de Teruel por los franquistas, los rebeldes lanzaron una ofensiva masiva por Aragón y Castellón hacia el Mediterráneo. Durante la última semana de marzo cruzaron el Ebro y entraron en la provincia de Lleida. Fischer escribiría desde Barcelona:

> Doscientos aviones pueden marcar la diferencia entre una España democrática o fascista, entre una Francia rodeada o protegida, entre una posición arriesgada o segura para el Imperio británico en el Mediterráneo occidental, entre una Checoslovaquia amenazada o a salvo, entre el control o la represión del fascismo internacional,

> entre una Europa más oscura y otra más halagüeña. Pero en todo el mundo democrático no hay doscientos aviones para un comprador que paga en metálico y que quiere salvaguardar su hogar y territorio nacional contra una invasión. En el caso de Estados Unidos, hay una estúpida ley que le niega al gobierno español los medios para defenderse; en el de Gran Bretaña, se lo impide su ceguera; en el caso de Francia, lo hace su cobardía[81].

La mezcla de pasión y observaciones agudas era característica de Fischer. Pero la continuación del conflicto nunca desanimó al periodista. En ningún momento dudó en informar sobre su punto de vista a los ministros del gabinete. Un año después de su primer comentario a un ministro en Valencia sobre el tema de los jóvenes sanos que no combatían, continuaba insistiendo sobre el tema. A mediados de abril de 1938, se refirió a unas conversaciones recientes que había mantenido en Barcelona con cinco ministros del gobierno de Negrín, que acababa de ser remodelado. Uno de los temas tratados era el hecho de que «las reservas humanas casi no han sido explotadas (todavía hay demasiados civiles en las calles), y si hay tiempo para entrenarles, no faltarán soldados»[82]. Una semana más tarde viajó por Cataluña, donde le sorprendieron las privaciones que sufrían los refugiados y se quedó más perplejo aún al ver las tiendas bien abastecidas de El Vendrell, veinticinco kilómetros al norte de Tarragona. La disponibilidad de ropa, papel higiénico, jabón, linternas, radios, artículos de papelería y un sinfín de cosas que habían desaparecido hacía tiempo de los estantes del resto del país, «denotan las reservas de material y la organización normal de la vida, en otras palabras, una inmensa capacidad para resistir mucho más»[83]. Esto le condujo de nuevo a su constante preocupación por la resistencia, y en este tema se identificaba totalmente con la política de Negrín. La falta de moderación que mostraba Fischer al expresar sus opiniones a los ministros podía ser simplemente resultado de la mezcla de inteligencia e impetuosidad del estadounidense, como hasta cierto punto había ocurrido con Koltsov.

Un mes después de sus conversaciones con los miembros del gabinete de Negrín, Fischer se marchó a Moscú en el que sería su último viaje a la Unión Soviética hasta 1956. Llegó a la capital rusa

poco después del procesamiento y condena de Nikolai Bujarin, Alexis Rikov y otros destacados bolcheviques. Markoosha enumeró a todos sus conocidos que habían desaparecido o habían sido fusilados. Condenado al ostracismo por casi todos sus antiguos amigos, que estaban aterrados de que se les viese en contacto con un extranjero, Fischer solo recibió una última visita por parte de Koltsov, deseoso de noticias sobre la resistencia de la República española. Asimismo, le anunció a Markoosha que no volvería a la Unión Soviética puesto que no tenía fuerzas para escribir favorablemente sobre lo que ocurría y tampoco se le permitiría criticarlo. La visión sobre Markoosha era todavía más radical: «Las mujeres, la cultura, la literatura, los sentimientos de las personas y la dignidad personal eran ultrajadas a diario, y esto, como solía decirme cuando yo estaba ilusionado con el éxito con los planes quinquenales, era más importante para ella que un incremento en la producción de acero y carbón o incluso que la creación de nuevas ciudades».

Hasta ese momento, Louis había disipado sus propias dudas porque era reacio a desechar las esperanzas que había abrigado para Rusia durante quince años y porque Rusia ayudaba a la República española:

> En el frente, en los campos de aviación, en los hospitales, en el cuartel general del Estado Mayor y en pisos particulares conocí a muchos rusos soviéticos a quienes habían enviado para hacer todo lo posible por los republicanos. No hubo trabajadores más dedicados, luchadores más valientes o partisanos más devotos en toda la Guerra Civil. Era como si, en la lucha en España, dieran rienda suelta a la pasión revolucionaria que no tenía cabida en Rusia.

De todas formas, no rompió abiertamente con los rusos por temor a perder la familia y la capacidad de seguir trabajando con el gobierno de la República. Dado el poder que tenía el Partido Comunista Español, Fischer temía que le pusieran obstáculos en España si se convertía en persona *non grata* para los soviéticos: «Por lo tanto, me limité a hablar con el presidente republicano Negrín y con algunos de sus colaboradores más cercanos sobre el verdadero horror de Rusia, advirtiéndoles sobre el peligro de una dictadura en

España».

El hecho de que entre los desaparecidos hubiese hombres que había conocido en España, como el general Gorev y su inmediato superior, el general Jan Berzin, alias Grishin, el representante comercial Artur Stashevsky, el primer embajador, Marcel Rosenberg, y el representante soviético en Cataluña, Vladimir Antonov-Ovseyenko, fue la gota que colmó el vaso. Al final, se dispuso a iniciar la ruptura, pero no iba a ser fácil sacar a su familia de allí, puesto que Markoosha era ciudadana soviética y sus dos hijos, a pesar de ser ciudadanos estadounidenses, habían nacido en Rusia. Escribió una carta al director del NKVD, Yagoda, solicitando los documentos necesarios pero fue ignorado. Pasaron seis meses y pidió ayuda de Litvinov, quien le contestó que no podía hacer nada e instó a Fischer a que escribiera a Stalin. Así lo hizo en noviembre de 1938, una vez más sin recibir respuesta. Desesperado, el 3 de enero de 1939 le pidió a Eleanor Roosevelt una cita que tendría lugar tres días más tarde. La intervención de esta tuvo como resultado la concesión, el 21 de enero, de pasaportes para que Markoosha, George y Victory Fischer abandonaran Rusia[84].

A comienzos de julio de 1938, Fischer fue invitado a una reunión en Gran Bretaña con David Lloyd George, partidario de la causa republicana. El 12 de julio, fue a una asamblea en la Cámara de los Comunes a la que asistieron setenta y dos miembros del parlamento. Al día siguiente, Fischer ya estaba de vuelta en París, escribiendo con optimismo sobre la capacidad de la República española para continuar luchando[85]. Regresó a España en agosto y visitó el frente del Ebro, donde entrevistó al teniente coronel Juan Modesto, comandante del Ejército del Ebro, el apuesto comunista al que Hemingway había retado a un duelo por coquetear con Martha Gellhorn. De regreso a Barcelona almorzó con Negrín. Fischer seguía defendiendo la política de resistencia de Negrín y Del Vayo en contra de Azaña y Prieto, que consideraban en vano la posibilidad de una paz negociada[86].

El 28 de noviembre de 1938, mientras el avance inexorable de las fuerzas de Franco anunciaba el final de la República, el optimismo de Fischer fue reemplazado por una indignación feroz. Escribió una crónica fervorosa sobre los truculentos efectos de los

bombardeos rebeldes y la precisión con la que se atacaban las zonas civiles de Barcelona. Sería publicada el 10 de diciembre en Gran Bretaña y el día de Nochebuena en Estados Unidos[87]. Durante esta visita a Barcelona, Fischer se reunió con Luis Araquistáin y su mujer, Trudy, que no se hablaba con su hermana Luisi debido a la intensa hostilidad entre sus maridos. El hecho de que Fischer pudiese seguir siendo amigo de ambas partes y servir de conducto para el intercambio de información entre las dos familias demuestra su afabilidad. Medio en broma, Luis y Trudy solían culpar a Fischer por el derrocamiento de Largo Caballero en mayo de 1937, que llevó a la dimisión de Araquistáin como embajador español en París. El periodista diría:

> Debido al acceso que tenía a personas destacadas de España y de Moscú, la gente me atribuía poderes que no tenía y maquinaciones que no existían. Los contactos que entablé enriquecieron mi vida. He cultivado esos contactos celosamente y he evitado estropearlos con indiscreciones o fanfarronadas. Mi experiencia con gente importante me ayudó a crecer y ahora, en retrospectiva, los veo con placer y gratitud. Creo que disfruté de la confianza de comunistas, no comunistas y anticomunistas porque me resistí a las lealtades limitadas y clichés de partido. No hay nada más pesado que un carnet de partido, y yo nunca he llevado uno[88].

A partir de los primeros meses de 1938, junto con Ernest Hemingway y los corresponsales John Whitaker y Edgar Mowrer, Fischer se involucró en los esfuerzos para repatriar a los voluntarios norteamericanos de las Brigadas Internacionales. Fischer había obtenido una suma importante de dinero por parte del gobierno republicano para pagar el viaje de vuelta a casa de dichos soldados. Sin embargo, más tarde declararía: «En aquellos momentos había estadounidenses heridos y otros que, por varias razones, querían volver a casa, y Negrín, que ya para entonces era presidente y tenía mil cosas que hacer, no estaba en condiciones de controlar si se debía dar dinero a tal o cual estadounidense, o a tal o cual grupo. Me pidió que actuara como intermediario con los estadounidenses de las Brigadas Internacionales». Cada vez que un miembro del batallón estadounidense iba a ser repatriado, Fischer retiraba una

suma de los fondos del representante financiero en París del gobierno de Negrín[89]. La autoridad de Fischer se observa en un telegrama que hay entre sus documentos, enviado a David McKelvey White, el secretario de los Amigos de la Brigada Abraham Lincoln de Nueva York. White había publicado un panfleto con el fin de recaudar los fondos necesarios para cubrir los 125 dólares que costaba devolver a casa a cada veterano. Fischer ordenó de forma imperiosa a White que desistiera en su campaña para recaudar dinero puesto que dañaba la reputación de la República. Es más, muchos de los que estaban involucrados en el proceso tenían la impresión de que Fischer se preocupaba más de conseguir nuevos voluntarios que de repatriar a los que estaban heridos, aunque él lo negó con vehemencia cuando así se lo insinuó el embajador estadounidense en París, William Bullitt[90].

Al igual que Negrín, a comienzos de 1939 Fischer todavía creía posible que la República aguantara hasta que las democracias entraran en razón. Los dos estaban convencidos de que las amenazas de venganza por parte de Franco empujarían a la población republicana a seguir luchando. El 7 de noviembre, el Caudillo declaró ante el vicepresidente de United Press, James Miller, que tenía los nombres de 2 millones de republicanos que iban a ser ejecutados[91]. El rechazo de Franco a cualquier posible amnistía para los republicanos y su intención de seguir una política de venganza institucional significaban, según Fischer, que una inmensa mayoría de la población en la España republicana «no tiene nada que perder salvo la soga o una condena. Es mejor luchar». Lo comparaba con la declaración de Negrín sobre la renuncia a cualquier venganza y la amnistía total que declararía la República[92].

El 4 de marzo de 1939, el coronel Segismundo Casado, comandante del Ejército Central republicano, dio un golpe militar contra Negrín con la esperanza de evitar la matanza, una esperanza que se basaba en la errónea percepción de que sus contactos en Burgos facilitarían las negociaciones de paz con Franco. Cuando Casado le hizo el juego a Franco y acabó con la resistencia republicana, Fischer escribió uno de sus artículos típicamente perceptivos y proféticos, en el que indicaba que, si la República

hubiera estado controlada por los comunistas, Casado no hubiese triunfado. Explicó el fenómeno de Casado aludiendo al derrotismo y al cansancio: «Cuanto más duraba la guerra, menos esperanzas tenían algunos republicanos de que concluyese con éxito. Por eso aborrecían a los comunistas, que hacían gala de fe y tenacidad». Terminaba el artículo prediciendo con tristeza y exactitud lo que sucedería entre los republicanos que estaban a punto de exiliarse:

> Una derrota tras la pérdida de tantas vidas y con el país arruinado tiene que desatar resentimientos ilimitados. Los españoles en el extranjero se dedicarán a atacarse los unos a los otros en libros y discursos acusatorios. Los servicios prestados caerán en el olvido; el capital moral acumulado en la lucha heroica se disipará en una batalla autodestructiva de insultos y acusaciones. El fenómeno ya ha comenzado. Todos explicarán cómo habrían solucionado ellos la situación y por qué fallaron los otros. ¡Menudo final para la gloriosa lucha por la libertad[93]!

Solo quedaba luchar por la causa republicana desde el exilio. Fischer ya había enviado material sobre los bombardeos italianos en Barcelona a Jay Allen para contribuir en la lucha que buscaba modificar la postura de Estados Unidos. Incluso sugirió la línea que debían seguir: «Mientras Estados Unidos celebra la cena de Acción de Gracias, Barcelona guarda un luto profundo». Fischer y Jay Allen, así como Herbert Southworth, habían seguido presionando para aumentar el apoyo estadounidense a la República a pesar de que la derrota era inevitable[94]. A finales de agosto de 1938, Otto Katz escribió a Isabel Brown, una estrella prominente en el Comité de Ayuda a España británico, y le comunicó una petición de Louis para la reimpresión de muchos miles de copias de unos comentarios publicados en el *Evening Standard* sobre Juan March y el antisemitismo en la España de Franco: «Si estás de acuerdo, por favor, ocúpate y envía unas cinco mil copias a Jay Allen, Nueva York»[95]. De forma similar, en enero de 1939, Fischer escribió a Katz desde Nueva York: «Por favor, envíeme todo, y quiero decir absolutamente todo, lo que muestre el apoyo a los republicanos por parte de los católicos europeos, actos y declaraciones a favor de la Iglesia en la España republicana, y cualquier expresión racista,

antisemita, antimasónica y antiprotestante en el territorio de Franco. Envía con copias para Jay»[96]. Cuando acabó la guerra, Fischer acompañó a Negrín en el *Normandie* a Nueva York, adonde llegaron en mayo de 1939. El corresponsal ayudó a Negrín en la redacción de discursos en inglés y le facilitó acceso a funcionarios norteamericanos de alto rango, como el secretario de Estado Cordell Hull.

Tres meses más tarde, ya de vuelta en Europa, estaba en París cuando Hubert Knickerbocker le llamó para informarle sobre el pacto germanosoviético. Se quedó desolado y ante él se abrió un «abismo total»[97]. Pero nunca flaqueó en su compromiso con la derrotada República española, ni siquiera cuando se intensificó el horror que sentía hacia la política soviética. Tras la derrota republicana, Fischer trabajó para Negrín y la República durante bastante tiempo. No obstante, en aquel momento veía Londres como el lugar clave para el triunfo del antifascismo. En el otoño de 1939, entrevistó a un amplio elenco de políticos británicos que incluía tanto a Winston Churchill como al influyente diplomático Robert Vansittart. El 10 de octubre de 1939, Fischer visitó el Ministerio de Asuntos Exteriores para pedir que le facilitasen información confidencial con la que preparar un artículo. Le recibió un funcionario relativamente importante, Ivo Kirkpatrick, que anotó:

> Hoy he recibido al señor Louis Fischer, un periodista norteamericano, a petición del señor Peake, que le describió como una persona muy fiable y discreta. Escribe para el *Nation* de Estados Unidos y otros periódicos, y aquí está en contacto con el *New Statesman*. Trabajó en Moscú durante muchos años, donde coqueteó con el bolchevismo, pero ahora se describe a sí mismo como desilusionado y defraudado. Quiere que le proporcionemos, bien por escrito o verbalmente, material para un artículo sobre el transcurso de las negociaciones con Rusia. Está dispuesto a someter el artículo a nuestra aprobación y a garantizar que no revelará que obtuvo la información de fuentes oficiales británicas.

Kirkpatrick le dijo que el gobierno británico sería duramente criticado si llegaba a saberse que habían proporcionado a un periodista extranjero información que ni siquiera había sido

revelada al parlamento. Fischer

> contestó que su discreción era conocida entre las autoridades aquí presentes y que nadie podría seguir el rastro hasta nosotros. Además, indicó que, aunque a nosotros no nos conviniese publicar nuestra versión de los hechos por temor a ofender a los soviéticos, hacerlo a través de una fuente neutral sería por el contrario una buena propaganda, en especial con un instrumento como *The Nation*, que era claramente de izquierdas y que no podía ser acusado de propaganda conservadora.

Kirkpatrick mostró su preferencia por darle a Fischer un informe verbal a cambio del «derecho a realizar cualquier alteración que estimemos necesaria en el artículo que nos entregue para nuestra aprobación». Cuando el tema fue presentado a personalidades que ocupaban puestos más altos, estas decidieron que la petición de Fischer debía ser rechazada. Orme Sargeant escribió:

> No me gusta la idea. En estos momentos no queremos recordar al público nuestras negociaciones frustradas con los soviéticos, y menos todavía «ventilar» nuestras quejas por el comportamiento de los rusos y por cómo nos han tratado. Pero si no revelamos nuestras quejas, cualquier informe sobre las negociaciones daría una imagen lamentable de nosotros. Estoy a favor de no animar al señor Fischer de ninguna manera.

El subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores, sir Alexander Cadogan, dio por zanjado el asunto al escribir: «Creo que no debemos tocar el tema»[98].

El hecho de que a Fischer se le viera en París en septiembre de 1939, en contacto con comunistas franceses y distribuyendo fondos, llevó a un agente de los servicios secretos británicos destinado allí a la conclusión de que era un agente soviético. Esta acusación apareció más de una vez en los informes de los SIS (Servicios Secretos de Inteligencia), aunque solía estar basada en pruebas circunstanciales y, a menudo, relacionada con la distribución de dinero[99]. A pesar de que no puede afirmarse con total seguridad, es probable que el dinero en cuestión proviniera no de Moscú, sino de los fondos del gobierno español en el exilio, que estaban destinados a la ayuda de los miembros de las Brigadas

Internacionales. De hecho, otro informe sugería que los principales contactos de Fischer habían sido con el presidente español en el exilio, Juan Negrín, y con el novelista André Malraux. En esta ocasión, el agente británico informaba de que el rumor de que Fischer era agente soviético provenía de la prensa trotskista[100]. El periodista estuvo bajo vigilancia constante durante su visita a Londres, en la que conoció a Churchill. Sin embargo, los que le vigilaban informarían de lo siguiente: «Recibe bastantes visitas cuando está en el hotel Howard y, según se sabe, la mayoría son compañeros de profesión. No hay nada que destacar acerca de su comportamiento o sus contactos durante el tiempo que ha estado en este hotel»[101].

Entonces Louis estaba comprometido con la campaña para la entrada de Estados Unidos en la guerra. En julio de 1941, abandonó Nueva York con vistas a pasar diez semanas en Londres[102]. Los servicios de seguridad británicos pincharon el teléfono de Fischer mientras se encontraba en la capital británica. Un informe sobre una conversación que mantuvo con Frederick Kuh le describe como el «gestor de propaganda del doctor Negrín». En la misma conversación, Fischer describió a regañadientes un gran almuerzo formal al que había acudido con Brendan Bracken, lord Cranborne y lord Moyne. En la mesa habían hablado de temas diversos, como Munich, la intervención de los rusos para impedir la invasión alemana de Checoslovaquia y la posible ayuda de los aliados a la Unión Soviética, pero Fischer rehusó dar detalles, cosa que molestó a Kuh[103].

La publicación de las memorias de Fischer en Nueva York en 1941 le causaría algunos problemas con sus contactos españoles. Recibió una carta de Pablo de Azcárate, que había sido embajador de la República en Londres, en la que criticaba algunos detalles del libro. Fischer respondió con calma:

> He leído su carta con ánimo amistoso, como estoy seguro de que fue concebida. Me gustaría verle para hablar de este y de otros asuntos. Propongo que sea el miércoles justo después de comer o el jueves a cualquier hora. ¿Podría telefonearme? Entretanto, deseo hacer unos cuantos comentarios previos a nuestra conversación. Las cifras concernientes a los bienes del Tesoro se publicaban

regularmente en los boletines del Banco de España. Incluí los datos sobre deudas con Rusia, etc., en respuesta a los argumentos de Araquistáin y muchos otros de que Moscú había controlado todas las transacciones republicanas … Utilicé la entrevista con Azaña porque había fallecido y la muerte le libera a uno de toda obligación de discreción. De todas formas, la interpretación del asunto Besteiro habla en favor de los miembros del gabinete de Negrín. Tal vez me equivocara al utilizar la información de Giral … Di por hecho que la historia de los Trece Puntos era correcta. La mayor parte de la información la obtuve de Del Vayo … La historia de Vita no provino de una fuente española … Tiene toda la razón sobre la apuesta de La Baule y le pido disculpas. Intentaré eliminarla de la edición británica, que, de todas formas, está a punto de entrar en prensa[104].

Más feroces fueron las críticas de los enemigos de Negrín en el ala prietista del Partido Socialista Español, que acusaron a Fischer de haber recibido enormes cantidades de dinero del antiguo presidente para potenciar su imagen. De nuevo, es más que probable que, con eso, se estuvieran refiriendo a las sumas que Negrín le dio a Fischer para la repatriación de los miembros de las Brigadas Internacionales[105].

En cambio, el libro parece que absolvió a Fischer de las acusaciones de ser un agente soviético. Un informe de Estados Unidos recibido por los servicios de inteligencia británicos afirmaba:

A Louis Fischer se le consideró el mayor exponente de la política exterior del gobierno soviético durante mucho tiempo. Vivió en Rusia numerosos años como corresponsal del *Nation* de Nueva York y se casó con una mujer rusa. Su desencanto hacia la política de Stalin está descrito con detalle en su último libro, *Men and Politics*, al que usted se refiere. Sus creencias políticas se exponen en los últimos capítulos. No es un hombre de partido y no se le puede describir precisamente como comunista. Es un intelectual de izquierdas. El libro, que lleva tres meses en venta, ha recibido muy buenas críticas. Los comunistas estadounidenses le han atacado con ferocidad por traidor y agente del capitalismo internacional. Durante los últimos años, se ha dedicado principalmente a la causa republicana en España. Fischer tiene muchos enemigos, como

> Eugene Lyons. Este último, autor de *Assignments in Utopia* [«Destino Utopía»], renunció al estalinismo unos años antes que Fischer, y de ahí su antipatía. Nada parece indicar que sus actividades durante su estancia en Gran Bretaña puedan ser contrarias a los intereses del país, teniendo en cuenta su actitud con respecto a la guerra antes y después de la intervención soviética, aunque es probable que entre en contacto con muchos personajes de izquierdas[106].

Fischer entrevistó a Clement Attlee, por entonces viceprimer ministro, durante su estancia en Gran Bretaña en septiembre de 1941. Mientras esperaba a que lo recibieran, tuvo lugar un pequeño incidente que muestra lo irritable que podía ser Fischer en ciertas ocasiones. Le presentaron a una tal señora Phillimore, que formaba parte del equipo de Attlee, y esta dijo:

> —¿Le importa si hago como la señorita Wilkinson y le pregunto qué hace usted?
>
> —Pues —dijo él— trabajo para *The Nation* de Estados Unidos.
>
> —Ah, sí —contesté yo—, usted es el señor F. S. C. H. E. R. He leído muchos de sus artículos. Ojalá lo hubiera sabido. ¿Viene de Rusia?
>
> —No, no vengo de Rusia, llevo en Inglaterra las últimas cinco semanas.
>
> —Vaya —dije yo—. De haberlo sabido, le hubiera presentado encantada a unas cuantas personas.
>
> Me miró a los ojos y dijo:
>
> —No hubiera servido de nada. No me gustan las clases altas inglesas. No habría ido a verlas.
>
> Le miré y exclamé:
>
> —¡Será posible! ¿Con quién se cree que está hablando? Hace años que pertenezco al Partido Laborista.
>
> Y a esto contestó:
>
> —Sí, conozco a los de su calaña.
>
> Yo respondí:
>
> —¡Qué va a conocer usted! ¡Usted no sabe nada!
>
> Entonces fue cuando el señor Attlee le indicó que podía pasar. Me dejó de una pieza. Pensé: «Dios mío, ¿será esa la imagen que doy?»[107].

De vuelta en Estados Unidos fue nombrado director colaborador de *The Nation*, junto con Norman Angell, Reinhold Niebuhr y Julio

Álvarez del Vayo, lo que reflejaba el compromiso de Fischer para convencer al país de que apoyase a los británicos en la lucha contra Hitler[108]. Terminó de romper con su período ruso al escribir la crítica del libro de Walter Duranty *The Kremlin and the People*. Duranty presentaba a los bolcheviques que habían sido purgados como una especie de Quinta Columna dentro del estado soviético. Fischer desmanteló esta teoría indicando la falta de pruebas que apoyasen esta acusación, y afirmó que para Duranty la ejecución en sí misma era prueba de culpabilidad, y las confesiones arrancadas por medio de la tortura, un simple adorno. Duranty había escrito: «Es impensable que Stalin … y el consejo de guerra hubieran podido condenar a muerte a sus amigos, a menos que las pruebas de su culpabilidad fueran irrefutables». Fischer comentaría con mordacidad: «¡Qué ingenuidad la del cínico este!»[109].

Tras lograr que su familia saliese de la Unión Soviética, Louis escogió no vivir con ellos y se alojó en distintos hoteles durante su estancia en Estados Unidos. Aunque su matrimonio no sobrevivió, nunca se divorció y siempre mantuvo una relación cordial con Markoosha. Mientras ella se concentraba en su carrera como escritora y profesora, Fischer fue libre para satisfacer su afición a las mujeres, como siempre había hecho. Una muestra de su magnetismo en este aspecto puede verse en las repercusiones que tuvo la visita de Mollie Oliver, una periodista que deseaba entrevistarle, en diciembre de 1942. Oliver se quedó obnubilada con su entusiasmo y carisma y, en pleno arrebato, le escribió una carta:

> Te envío esto con una copia de nuestra entrevista del sábado en Boston, tras lo cual fuiste tan amable de corregir mi prosa … Tardaré en olvidar la impresión que me causaste. Una hora hablando contigo ha cambiado mi vida por completo. La noche antes de verte estaba a punto de aceptar, por decirlo de alguna forma, la oscuridad del matrimonio, de convertirme en la esposa de un instructor de las Fuerzas Aéreas, destinada a jugar al *bridge* por las tardes y ocupar una posición discreta. Pero ahora, y no considero que sea demasiado impulsiva, has despertado en mí el interés por el periodismo, y me he dado cuenta de cuál es la vida que quiero seguir. ¿Sueno demasiado imprudente? Es algo extraño y dulce lo que da forma a

> nuestras vidas. Y, gracias a la profundidad de tus ideas dinámicas, he recuperado la esperanza. ¡Y mi esperanza ahora es aterrizar en Rusia!

Se volvieron a encontrar en la primavera de 1943 y Oliver escribió, como si se hubiese encaprichado con él:

> ¿Qué te puedo decir? Este segundo encuentro es algo memorable, de verdad. Las dos veces que he hablado contigo me he sentido, por primera vez, viva de verdad, como si encarnaras muchas de las cosas que busco. No entiendo este nuevo sentimiento, pero es limpio y sano. Tienes una vitalidad singular, emanas una realidad vibrante. Como bien dijiste, la vida es buena. No puedo evitar pensar que, en realidad, el entrevistador eras tú. Yo me limité a hablar, y se supone que las mujeres deben ser misteriosas, pero qué le voy a hacer, es lo que me apetecía… Escríbeme[110].

Fischer parecía tener con las mujeres la misma habilidad asombrosa que hacía que los políticos se sincerasen en su presencia, y así lograba crear con ellas un clima de intimidad, haciendo que se sintiesen escuchadas y entendidas, y, en casos como el de Mollie Oliver, les proporcionaba confianza para evolucionar como escritoras. De todas formas, y debido a su necesidad obsesiva de salvaguardar su independencia, daba por finalizada una relación en cuanto la mujer en cuestión le decía que le amaba o le necesitaba. Quizá por esta razón prefería tener romances con mujeres casadas, ya que pensaba que no le exigirían tanto.

En el otoño de 1942, Fischer encontró una nueva causa en la independencia de la India y a un nuevo héroe en Mahatma Gandhi. Fue a la India, entrevistó a Gandhi y comenzó a escribir artículos sobre la situación en el país. Publicó tres libros sobre él, uno de los cuales, su biografía completa, se convertiría en una superproducción bajo la dirección de sir Richard Attenborough. Intentó conseguir que el presidente Roosevelt apoyara la independencia de la India. Sus artículos fueron motivo de airadas polémicas en *The Nation* sobre si era ético montar un revuelo en torno a la India cuando los británicos seguían luchando contra Hitler. Para él, el proceso de paz tras la guerra era de suma importancia, lo que le llevaría a tener confrontaciones con su amiga

Freda Kirchwey, que estaba más interesada en ganar la guerra[111]. Después de un vínculo que se remontaba a 1923, Fischer rompió públicamente con *The Nation* en junio de 1945, dimitiendo de su puesto como «editor colaborador» y acusando a los directores de seguir una «línea» determinada y de cubrir los acontecimientos de forma «engañosa», con lo que quería decir que, tras la reunión de Roosevelt, Stalin y Churchill en Yalta, la revista se había vuelto demasiado prosoviética[112]. A continuación empezó a escribir para pequeñas revistas liberales anticomunistas como *The Progressive*, para la que trabajó como corresponsal en el extranjero y comentarista sobre la política internacional, especializado en Europa y Asia, y especialmente en el comunismo en la Unión Soviética y China, el imperialismo y la problemática de las naciones emergentes. A pesar de este cambio, siempre permanecería fiel a la República española.

La experiencia española nunca dejó de acompañar a Fischer. En 1953, mientras trabajaba para el *New York Times*, Aleksandr Orlov, el agente de alto rango del NKVD al que había conocido en España, se puso en contacto con Fischer. Orlov había huido a Canadá en 1938 y, tras la muerte de Stalin, se había marchado a Nueva York para intentar vender por una fortuna sus memorias a la revista *Life*. El director editorial de la revista, John Shaw Billings, quería pruebas que confirmaran que el exgeneral del NKVD era realmente quien decía ser antes de pagar una suma tan sustanciosa. Orlov no logró contactar con Ernest Hemingway, que estaba en Cuba, y eligió entonces a Louis Fischer para responder por él. Les había presentado el embajador ruso, Marcel Rosenberg, en Madrid en septiembre de 1936. El 17 de marzo de 1953, Orlov telefoneó a Fischer, diciendo únicamente que era «un amigo de España» y solicitando una reunión. A pesar de que Orlov no se había identificado, Fischer pareció reconocerle y le invitó a su apartamento. A su llegada, Fischer le saludó refiriéndose a él como a su «viejo amigo Orlov» y accedió enseguida a responder por él ante la revista *Life*. Orlov le pidió que fuera al despacho de su abogado, donde confirmó ante Billings la verdadera identidad del exagente soviético[113].

La publicación del libro en fascículos alertó al FBI sobre la

presencia de Orlov en Estados Unidos, y llevó a J. Edgar Hoover a iniciar una investigación. A raíz de esto, el FBI interrogó a Fischer el 19 de mayo de 1953 acerca del papel de Orlov en España. Cuando le tocó a Orlov ser interrogado por el FBI, intentó desviar el interés sobre sus propios crímenes acusando a otros. El ruso mantuvo que Fischer había sido agente de los servicios secretos soviéticos. Sin embargo, se ha dicho que «los registros del NKVD no contienen pruebas de que Fischer fuese en ningún momento algo más que un simpatizante de los comunistas» y que el FBI decidió no tomar medidas contra Fischer, a pesar de su investigación extremadamente minuciosa sobre Orlov. De acuerdo con esto, parece que Orlov acusó en falso a Fischer para desacreditarle y vengarse de lo expuesto en su libro *Men and Politics* sobre las actividades de los servicios secretos rusos en España. En la Rusia de Stalin, más que un personaje con madera de agente secreto, Fischer era percibido como un simpatizante de los trotskistas[114].

Fischer regresó a Rusia en 1956 para escribir un libro sobre sus vivencias que se titularía *Russia Revisited*. Escribió biografías de Stalin, Gandhi y Lenin. La última de estas, *The Life and Death of Lenin*, ganó el National Book Award en 1964[115]. En diciembre de 1958 fue nombrado investigador asociado del Instituto para Estudios Avanzados de Princeton. En 1961, se convirtió en profesor adjunto del Colegio Woodrow Wilson para Asuntos Públicos y Extranjeros de la Universidad de Princeton, donde impartiría clases sobre las relaciones entre la Rusia soviética y Estados Unidos y sobre la política exterior soviética. En octubre de 1967, redactó una carta a favor de la entrada de Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea[116].

Durante este tiempo, tuvo muchos líos amorosos. Entre su correspondencia hay docenas de páginas de cartas de amor escritas por mujeres sin identificar. En 1957, Hede le escribiría: «¿Qué clase de hombre puede ver a tres mujeres en tres horas? ¿Quién puede permitir tal cosa? Bueno, yo solo pido ser la última»[117]. El sueño de Hede no se cumplió. Uno de los últimos escarceos amorosos de Fischer ocurrió en esta época, cuando se involucró en una relación tempestuosa con la hija de Stalin, Svetlana Alliluyeva. Por aquel entonces, Svetlana tenía cuarenta y dos años y era una mujer

atractiva con el pelo de color caoba, intensos ojos azules y una sonrisa seductora. Treinta años mayor que ella, Louis Fischer estaba un poco demacrado pero se mantenía igual de activo y alerta que siempre. La vida de Svetlana en el Kremlin, pese a los problemas que tuvo con su padre, la había convertido en una persona mimada, irascible y arrogante. Tras amasar una fortuna con la venta de sus memorias, tituladas *Veinte cartas a un amigo*, alquiló una casa en Princeton, Nueva Jersey. Allí conoció a Fischer en 1968 y se enamoró de este rusohablante. Como no era la única mujer en la vida de Fischer en aquellos momentos, sufrió unos celos espantosos[118].

Las sospechas de Svetlana recayeron principalmente sobre la preciosa ayudante de Fischer, Deirdre Randall, sobre todo cuando se encontró algunas de sus pertenencias en casa del periodista. Al parecer, al verlas desperdigó las prendas por todas partes. De hecho, y a pesar de ser cuarenta años más joven que Louis, Deirdre también estaba enamorada de él, y sin duda pasaban mucho tiempo juntos. En una ocasión, Deirdre dejó una nota a Louis tras una llamada de Svetlana cuando él no estaba:

> Primero me colgó, pero después no pudo vencer la curiosidad, volvió a llamar y preguntó con quién hablaba. Yo respondí: «Soy Deirdre. ¿Qué tal estás?», a lo que contestó (de esa forma tan barroca y siniestra que habla, como los personajes de las películas de Eisenstein, al menos conmigo): «¿Y qué haces tú ahí?». Entonces respondí: «Trabajar, obviamente». Con voz dulce, ella dijo: «¿Y llevas un precioso camisón?», y yo contesté: «Claro que no, me paso casi todo el tiempo desnuda en la cama». Siento haber explotado, pero me pone de los nervios. No creo que me hubiese pedido perdón, ni que me hubiese dejado usar su tabla para planchar la ropa que ella arrugó. Creo que está totalmente loca y que una de las dos va a acabar con un icono clavado en el corazón. Ya me advirtió mi madre de que no me liase con hombres casados. Será mejor que la llames si llegas a casa a una hora razonable. Me siento fatal. Odio que me acosen y, sobre todo, odio tener miedo, y ella es tan grosera que ahora creo que sé cómo se sentía la gente cuando hablaba con Stalin[119].

Las rabietas de Svetlana serían la comidilla en la reducida

comunidad académica. En una ocasión, en octubre de 1968, la mujer fue a casa de Fischer y se puso a aporrear la puerta. Él estaba dentro con Deirdre Randall y optó por no hacerle caso. Svetlana estuvo despotricando durante más de una hora, exigiendo que le devolviera los regalos que le había dado, que no eran más que un reloj de viaje y dos velas decorativas. Cada vez más furiosa, Svetlana intentó entrar rompiendo los cristales que había junto a la puerta. Al llegar la policía la encontraron histérica y con cortes en las manos ensangrentadas. Así terminó la relación entre ellos[120].

Por el contrario, la relación con Deirdre fue más duradera. A pesar de ser cuarenta años más joven que Fischer, se atrevía a criticarle y hablaba con su hijo George del «terrible ego duro, fuerte, obstinado y espantoso» de Louis. Quizá eso fuera parte de lo que atraía a Fischer de Deirdre; eso y el hecho de que le adoraba, pero, como buena hija del espíritu libre de los años sesenta, no le presionaba para que fuese monógamo. En una de sus primeras cartas, Deirdre le escribió: «Te toco la mano. Eres muy vital. Has conseguido que renazca. Eres el sol. Te siento aquí. Me das calor»[121]. Con Deirdre animándole, Fischer continuó trabajando para crear dos importantes obras sobre la política exterior soviética. La primera fue *Road from Peace to War: Soviet Foreign Relations, Russia's 1917-1941* (Harper, Nueva York, 1969). La segunda fue *The Road to Yalta: Soviet Foreign Relations, 1941-1945* (Harper, Nueva York, 1972), cuyo manuscrito acabó de pulir Deirdre después de que Fischer falleciera el 15 de enero de 1970.

7

El aventurero sentimental: George Steer y la búsqueda de causas perdidas

A principios de 1938, Martha Gellhorn escribió a su amiga y mentora Eleanor Roosevelt:

> Tienes que leer un libro escrito por un hombre que se llama Steer: se titula *El árbol de Gernika*. Trata de la lucha de los vascos (él es el corresponsal del *London Times*); no hay mejor libro publicado sobre la guerra y el autor plasma muy bien todo lo que he tratado de contarte acerca de España las veces que te he visto. Está escrito de manera maravillosa, es veraz y hay pocos libros tan buenos como este, y menos aún que se ocupen de la guerra. Consíguelo, por favor[1].

La apreciación de Martha Gellhorn ha superado con creces la prueba del tiempo. Steer fue el corresponsal de *The Times* cuya descripción del bombardeo de Guernica quizá haya tenido más impacto político que cualquier otro artículo escrito por los demás corresponsales durante la Guerra Civil española. Philip Noel-Baker, el parlamentario laborista por Derby, escribió a Steer a propósito de su reportaje:

> Tus telegramas desde Bilbao han sido de incalculable valor para mí, y tus mensajes a *The Times* han sido sencillamente brillantes. Creo que, en estos tiempos, ningún otro artículo ha causado una impresión tan profunda a lo largo y ancho de todo el país como tu despacho sobre el bombardeo de Guernica. Ojalá hubieras oído los

> comentarios realizados por tu parlamentario, Arthur Salter. He citado extensamente el artículo al menos en diez mítines celebrados por todo el país, y en todas partes ha causado una profunda impresión[2].

Para un mundo que ha sido testigo de las carnicerías desatadas por Hitler y Stalin, por no hablar de las guerras de Corea y Vietnam, la Guerra Civil española bien podría parecer una bagatela. Después de Dresde e Hiroshima, la destrucción de Guernica podría parecer poco más que un episodio revanchista de segunda categoría. Sin embargo, pese a todo, puede que el bombardeo de la aletargada localidad mercantil vasca el 26 de abril de 1937, haya provocado una polémica más encendida que cualquier otra acción de guerra llevada a cabo desde entonces, y gran parte de la polémica ha girado en torno al artículo de Steer. Ello se debe en parte a que lo sucedido en Guernica se percibió como la primera vez que un bombardeo aéreo arrasaba un objetivo civil indefenso en Europa. En realidad, el bombardeo de civiles inocentes era una práctica asentada en las colonias de las potencias occidentales, y lo habían llevado a cabo hacía poco tiempo y de forma concienzuda las tropas italianas en Abisinia. Incluso en España, el bombardeo de Guernica había venido precedido, a finales de marzo de 1937, por la destrucción de la cercana Durango por parte de bombarderos alemanes. Como enviado especial de *The Times* y acompañante de las fuerzas republicanas en Bilbao, George Steer, que había presenciado el horror de los bombardeos en Abisinia, describió lo sucedido en Durango como «el bombardeo sobre una población civil más atroz de la historia hasta el 31 de marzo de 1937»[3]. Sin embargo, con la ayuda del incisivo cuadro de Picasso, el lugar que se recuerda hoy día como aquel en el que la terrible guerra moderna alcanzó su mayoría de edad es Guernica.

Últimamente se afirma cada vez más que, de no haber sido por Picasso, el bombardeo de Guernica habría sido olvidado enseguida como una lamentable pero inevitable acción de guerra. No obstante, que esto supone pasar por alto gran parte del auténtico drama de Guernica es uno de los aspectos principales subrayados en el libro más importante que habría de publicarse sobre esta atrocidad, considerado incluso uno de los libros de referencia entre todos los

publicados sobre cualquier aspecto relacionado con la Guerra Civil española: *La destrucción de Guernica*, obra del desaparecido Herbert Rutledge Southworth. El concienzudo y apasionante estudio del profesor Southworth sobre la leyenda de Guernica y la maraña de mentiras creada en torno a ella muestran que la persistencia de la polémica debe tanto a la obra de George Steer como a Picasso.

Pero ¿quién era George Lowther Steer? Como descubrió Nick Rankin, su biógrafo, cuando trataba de responder a esta pregunta, «no queda casi nada de su correspondencia y sus documentos personales. Su viuda destruyó gran parte de ellos en la década de 1940 antes de rehacer su vida, y los albaceas testamentarios de sus padres destruyeron el resto en la década de 1950»[4]. Hubo que reconstruir la vida de Steer a partir de sus libros y artículos, de algunos recuerdos dispersos de gente que le vio en Abisinia, en España o en los frentes desde los que informó durante la Segunda Guerra Mundial hasta que murió a finales de 1944, y de su correspondencia con su amigo Philip NoelBaker. Lo que queda claro en el material que ha llegado hasta nosotros es que Steer consideraba que su labor periodística era un vehículo tanto para exponer como para combatir los horrores del fascismo[5]. Su suegro, sir Sidney Barton, señalaba en el prólogo de uno de los libros de Steer, *Sealed and Delivered*, que estuvo «siempre en el frente en la Segunda Guerra Mundial desde que esta comenzó de hecho con la invasión de Abisinia por parte de Italia el 1 de octubre de 1935»[6].

Este reportero pequeño pero valiente y con el pelo encendido nació en East London, Sudáfrica, en 1909, y era hijo de Bernard Steer, gerente del importante periódico local *Daily Dispatch*. Estudió en Gran Bretaña como becario distinguido del Winchester College y, a continuación, en la Universidad de Oxford. En Christ Church, uno de los centros educativos más prestigiosos de Oxford, donde se graduó en 1932, obtuvo todos los honores posibles en el estudio de lengua y literatura clásicas. Regresó durante un breve período a Sudáfrica, donde trabajó hasta 1933 como reportero de sucesos y de béisbol para el *Cape Argus*, de Ciudad del Cabo. Después volvió a Gran Bretaña para trabajar en el *Yorkshire Post*, en la oficina que el periódico tenía en Fleet Street. Entre 1933 y 1935 fue responsable de *The London Letter*, remitida desde la oficina de Fleet Street, que

era una mezcla de reportajes, chismorreos, curiosidades y reseñas teatrales y de otra naturaleza enviadas a Yorkshire. Pasó algún tiempo trabajando de forma independiente para el *Yorkshire Post* en el Sarre durante la campaña electoral del referéndum de enero de 1935 con el que se debía decidir su incorporación o no a la Alemania nazi. Convencido de que Italia estaba planeando invadir Etiopía, y cansado de las nieves del Sarre («el sol sobre la hierba agostada ofrecía mejor aspecto»), regresó a Londres y asedió a *The Times*, que finalmente le contrató como enviado especial para informar sobre la guerra italoetíope que se avecinaba[7].

Tras operarse de amígdalas y empastarse algunas piezas dentales, abandonó Londres en junio de 1935 equipado con un regalo de sus colegas del *Yorkshire Post*: un salacot engalanado con los colores del Winchester College. Después de dos semanas de muchos riesgos, llegó a Addis Abeba vía Djibuti, en la Somalilandia francesa. Se alojó en el hotel Imperial, «una estructura de madera con galerías que parecía haber sido trasplantada entera desde Yukon», donde se esperaba que los huéspedes llevaran a sus propios criados para que limpiaran las habitaciones. Con su implicación habitual, Steer empezó a aprender de inmediato el idioma local, el amárico. En el hotel Imperial se le sumó finalmente una banda de corresponsales entre los que había varios que también estarían en España, en concreto el australiano Noel Monks, el irlandés
O'Dowd
Gallagher, el estadounidense Hubert R. Knickerbocker y el inglés de origen estadounidense sir Percival Phillips. Cuando Monks y Gallagher se registraron en el hotel, les dio la bienvenida Steer, a quien Monks recordaba como «un hombre menudo y delgado con cara de pícaro». La capital abisinia era polvorienta y atrasada, y la red de telégrafo era particularmente primitiva. La censura era brutal y los empleados del cable, incompetentes, y, para ahorrar dinero, los corresponsales se inventaban unas abreviaturas estrambóticas. Dada la escasez de noticias y la parquedad de los comunicados oficiales, no era de extrañar que otros sencillamente se inventaran sus historias. Steer recordaba: «Corríamos en coche frenéticamente entre las legaciones, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el palacio y la radio reuniendo con dificultad, entre los áridos roquedales de

Etiopía, unas cuantas semillas aún precarias de las que confiábamos que floreciera exóticamente una historia». A principios de octubre de 1935, cuando los italianos acababan de invadir Etiopía y Haile Selassie firmó pero no promulgó un decreto de movilización general, Hubert R. Knickerbocker escribió una crónica particularmente vistosa que aseguraba que en todas las aldeas se enviaban señales con antorchas llameantes desde las montañas y se tocaba el tambor. En reconocimiento a su imaginación, sus colegas le regalaron un tambor de juguete[8]. Posteriormente, Knickerbocker escribiría un relato igualmente inventado sobre la entrada en Madrid del Ejército rebelde unos dos años y medio antes de que se produjera realmente.

Por lo que respecta a los cables procedentes de Europa y América, un recadero entregaba un fajo de mensajes al primer corresponsal que encontraba en el vestíbulo del hotel Imperial. El resultado era que, a veces, todos podían leer los mensajes de sus rivales e incluso permitirse alguna broma.
O'Dowd
Gallagher afirmaba haber gastado una particularmente graciosa a Steer. Inventó un supuesto cable procedente de John Jacob Astor, lord Astor de Hever, el propietario de *The Times*: «
STEER
TIMES
ADDIS
ABEBA
NACIÓN ORGULLOSA SU LABOR STOP PROSIGA EN NOMBRE SU REY Y PAÍS -
ASTOR
». Gallagher dijo que el cable produjo tal revuelo que Steer fue invitado a entrevistar al emperador Haile Selassie, que le concedió una larga entrevista sin precedentes. Probablemente la historia sea apócrifa, puesto que Steer ya había conversado con el emperador durante noventa minutos poco después de llegar y mucho antes de que apareciera Gallagher. Para entonces, Haile Selassie insistía en que le remitieran las preguntas por escrito y en ver a los corresponsales solo unos minutos[9].

Se da efectivamente el caso de que, con o sin la travesura de Gallagher, la simpatía de Steer hacia los etíopes le llevó a entablar

una estrecha relación personal con el emperador y a que le facilitaran el acceso a su Estado Mayor durante toda la guerra. Antes de que los italianos invadieran Etiopía, Steer advirtió a Monks y Gallagher: «A menos que la Sociedad de Naciones se espabile y detenga a Mussolini, va a haber una matanza. Esta gente todavía vive en la era de las lanzas. Eso es todo lo que tienen: lanzas». El apoyo de Steer a los desamparados se reflejaba en *Caesar in Abyssinia*, cuya intención era «mostrar la fuerza y el ánimo de los ejércitos etíopes enviados a combatir contra una gran potencia europea. Mis conclusiones son que no tenían artillería ni aviación, una patética proporción de armas automáticas, fusiles y munición para dos días de batalla moderna. He visto una nación infantil, gobernada por un hombre noble e inteligente, masacrada casi antes de haber empezado a respirar»[10]. Además, como se afirmaba en la solapa del libro, «Steer, el primero en llegar y el último en marcharse, fue el único corresponsal que presenció la campaña de principio a fin». Sus descripciones de las atrocidades de los italianos le granjearon una reputación de corresponsal de guerra intrépido, y también consiguieron que fuera expulsado de Abisinia cuando las fuerzas victoriosas del Duce ocuparon la ciudad el 5 de mayo de 1936. Ocho días después, Steer fue acusado de «espionaje y propaganda antiitaliana» para la inteligencia británica, y se dictó una orden judicial para que se le detuviera, acusado de transportar máscaras antigás para las tropas etíopes y de colaborar en la voladura de una carretera. «No es extraño —declaró para su periódico— que los italianos no consiguieran encontrar pruebas para respaldar estos cargos». La acusación se derivaba del hecho de que, justo antes de que los italianos ocuparan el cuartel general del emperador en Dessye, en el norte del país, había llegado procedente de Addis Abeba un cargamento de máscaras antigás transportado por un camión en el que Steer había realizado esa peligrosa travesía[11]. Por otra parte, de vez en cuando aparecían insinuaciones acerca de las relaciones de Steer con los servicios de inteligencia.

La designación de Steer como enviado especial a Etiopía había suscitado los celos de Evelyn Waugh, que cinco años antes había informado para *The Times* sobre la coronación de Haile Selassie,

pero que en agosto de 1935 llegó como corresponsal del periódico profascista *Daily Mail*. No contribuyó nada a mejorar esa relación el hecho de que, en su primer y breve encuentro en una estación de ferrocarril, Waugh no estuviera precisamente adaptado a las incomodidades diarias de ser corresponsal de guerra. Una vez, para ganar la partida a sus colegas, había enviado uno de sus despachos en latín, gesto que no había sido bien recibido en Londres. A diferencia de muchos de sus colegas, Waugh era ferozmente proitaliano o, según sus palabras, «colega de los italianini», lo cual quiere decir que tenía una relación cordial con los italianos. A Diana Cooper le escribió: «Cada día odio más a los etíopes. ¡Válgame Dios! Son asquerosos y espero que los italianos los gaseen hasta que les salga el gas por el culo». Waugh era tan mal hablado como cruel con sus semejantes.

Según cuenta él mismo, Waugh pasó borracho gran parte del tiempo que estuvo en Addis Abeba y, en una ocasión, él y su amigo Patrick Balfour encerraron a Steer en su habitación para que no pudiera coger un tren importante. Aburrido, Waugh se compró un «babuino con instintos bajos» que se pasaba el día masturbándose y por las noches lo llevaba al club nocturno, donde importunaba a las prostitutas. Steer se permitió alguna que otra frivolidad adolescente para matar el tiempo durante las interminables conferencias de prensa y las estériles reuniones de la Asociación de Prensa Extranjera, de la que él era secretario permanente y cuyas actas levantaba Evelyn Waugh. Sin embargo, jamás llegó a las cotas alcanzadas por Waugh. En realidad, Steer pasó la mayor parte del tiempo viajando por toda Abisinia y dedicándose a conocer el país y sus gentes. En octubre de 1935, quizá para huir de Waugh, Steer se marchó del hotel Imperial, donde le habían encerrado para gastarle la broma. De poco le sirvió. Waugh y Balfour le encerraron otra vez en su nuevo alojamiento y le dieron la llave a la madama de un burdel del lugar. La impertinencia de Waugh no fue la única desgracia que sufrió Steer en Ras Mulugeta Bet, que era como se llamaba su casa. A principios de mayo de 1936, le desvalijaron durante el saqueo que precedió a la llegada de los italianos y fue acogido por la familia del embajador británico sir Sidney Barton. El propio Waugh nunca consiguió llegar al frente, cosa que no le

preocupaba en exceso puesto que no se tomaba en serio su trabajo de reportero. Afirmaba que los combates más encarnizados que vio fueron entre periodistas. Steer, «un enano sudafricano muy alegre —escribió—, siempre lleva el ojo morado. Hay quien dice que se debe más a la altitud que a la botella»[12].

En la reseña escrita por Waugh y aparecida en el *Tablet* sobre el libro de Steer *Caesar in Abyssinia*, había una palpable mezcla de admiración renuente y resentimiento elitista:

> El señor George Steer fue uno de los primeros enviados especiales en llegar a Addis Abeba en 1935 y uno de los últimos en marcharse en 1936. Representaba al periódico más importante del mundo. Hizo gala de grandes dosis de las singulares cualidades necesarias para realizar ese tipo de periodismo: una viva curiosidad intelectual, una memoria poderosa, iniciativa, entrega a su obligación a expensas incluso de su dignidad personal y un celo competitivo notable incluso en el feroz acoso y derribo de sus colegas.

Aunque la reseña pasaba después a hablar de cómo le gustaba, le admiraba y le respetaba, el resto del texto de Waugh tenía un marcado filo crítico. Steer había escrito en el libro: «Llegué aquí siendo joven, me marché mayor y me juré que jamás podría perdonar ni olvidar». Como no compartía los sentimientos antifascistas de Steer ni su simpatía hacia los etíopes, Waugh afirmaba con desdén: «Los lectores excesivamente crédulos deberían recordar que la fase de una fugaz adolescencia no es la mejor para propiciar una observación aguda, ni el ánimo personal resentido el mejor para permitir un análisis sobrio de las evidencias». Incapaz de perdonar a Steer su postura antiitaliana y que le hubiera arrebatado el empleo en *The Times*, Waugh se quejaba: «No le basta con creer que la guerra es injusta. No concederá a los italianos ni el mérito de haber activado su maquinaria de destrucción con grandes dosis de habilidad»[13]. En su novela ¡*Noticia bomba*!, Waugh se tomó una pequeña venganza por la animadversión de Steer hacia los italianos y por el rigor con el que abordaba su trabajo representándole como «el señor Pappenhacker, del diario *Twopence*». Pappenhacker, exalumno del Winchester College con nombre de aire sudafricano, tenía un profundo conocimiento del griego y el latín y viajaba con

una gramática árabe siempre abierta, siendo esto último una referencia inexacta al tesón de Steer por aprender amárico[14].

El 4 de mayo de 1936, solo nueve días antes de que se promulgara la orden de expulsión de los italianos, George Steer se había casado con Margarita Trinidad de Herrero y Hassett, que era hija de madre inglesa y padre español y se había educado en Francia. Se conocieron en Abisinia, donde ella había sido corresponsal de un periódico de París, *Le Journal*. Era diez años mayor que él pero irresistiblemente atractiva. Además de pequeña y sensual, era también intrépida e independiente, una de las poquísimas mujeres corresponsales que cubrían en Etiopía la invasión italiana. De hecho, en determinado momento, al visitar a las víctimas de un ataque italiano con gas mostaza, ella y una amiga española se prestaron de inmediato voluntarias para trabajar como enfermeras. Se casaron en la Legación británica de Addis Abeba mientras la ciudad era saqueada por bandas de maleantes. Fue una boda desbordante de vida. Steer llevaba camisa y pantalón caqui, un par de botas viejas y una gorra de la Deutsches Luft Verband, la rama de la aviación civil del Partido Nazi, que le había robado a un transeúnte etíope. Margarita, «con ropa cómoda de lana», llevaba un ramo de lilas y margaritas arrancadas del jardín de la legación. Por eso, cuando el sacerdote pidió a la pareja que se entregaran el uno al otro todas sus posesiones materiales, se oyeron risas entre los congregados. Después pasaron la luna de miel en el interior del perímetro de alambre de espino del campamento de la legación[15].

Apenas se habían instalado los novios en un apartamento en Chelsea cuando George fue trasladado a España como «enviado especial» de *The Times*. Desde el 8 de agosto hasta mediados de septiembre permaneció en la frontera francoespañola y fue testigo de la caída de Irún. Observó que, mientras Irún y Fuenterrabía eran bombardeadas desde mar y aire, los franquistas lanzaban panfletos que amenazaban con tratar a la población como habían tratado a la de Badajoz. Redactó despachos sobre los refugiados aterrorizados que se dirigían a Francia y sobre la devastación sembrada en la ciudad por anarquistas que se retiraban enfurecidos por falta de

munición[16]. Steer se quedó en España cuando dejó de trabajar para el periódico con el fin de terminar *Caesar in Abyssinia*, que concluyó en Burgos. En octubre de 1936 se encaminó a Castilla la Vieja en coche y quedó horrorizado por el grado de represión que estaban desatando las fuerzas rebeldes en una zona rural en la que había habido muy poca actividad izquierdista. Posteriormente, cuando reflexionaba sobre la escala relativamente pequeña de la violencia republicana en Bilbao, recordó lo que había visto en la zona rebelde. Señaló que «la provincia de Valladolid, con una población de trescientos mil habitantes, bastantes menos, por tanto, que Bilbao con sus refugiados, había perdido a cinco mil hombres y mujeres bajo los duros revólveres de la Falange, la Guardia Civil y los tribunales militares; todavía se ejecutaba a personas a un ritmo de diez al día». Al viajar desde Palencia a Valladolid encontró pruebas gráficas del terror: «En pequeñas aldeas de Castilla que solo habitaban unos pocos millares de almas, como Venta de Baños o Dueñas, vi que los muertos ascendían a 123 y 105, incluidas maestras y esposas "rojas" de hombres asesinados que se habían quejado de que sus maridos habían sido ejecutados injustamente»[17].

Su amigo y colega Noel Monks contaría más adelante que Steer había pasado seis meses en la zona franquista. En noviembre de 1936, Peter Kemp, uno de los poquísimos voluntarios británicos del bando de Franco, vio a Steer en Toledo. Al igual que muchos otros corresponsales, Steer estaba impaciente a causa de las restricciones impuestas sobre las visitas sin escolta al frente. Estaba desesperado por ir al norte para presenciar el sitio franquista de Madrid y, finalmente, tras muchas quejas, obtuvo permiso para realizar un viaje a la capital. Posteriormente, Kemp escribió: «Steer, a quien hasta entonces tenía por un hombre de iniciativa y valor, podía ser calificado en realidad de rebelde natural. Vale la pena referir el incidente que desencadenó su expulsión, puesto que ejemplifica la ira de un inglés enfrentado al aparato español». Como solían hacer las autoridades de prensa nacionales, a los periodistas se les permitía visitar el frente de Madrid únicamente integrándose en un recorrido guiado especial. El gran grupo de periodistas incluía a corresponsales británicos, franceses y estadounidenses, además de a

los mejor tratados italianos y alemanes. Fueron escoltados por una serie de oficiales veteranos del Ejército

> para que les explicaran la situación tal como debía presentarse. Un oficial veterano del Ministerio de Prensa y Propaganda estaba al mando. A las ocho y media de la mañana se reunió una caravana de coches dispuestos para partir desde el hotel. Poco después de las nueve en punto el grupo estaba listo para salir, pero no había ni rastro de Steer. Tras esperar un rato muertos de impaciencia, estaban a punto de salir sin él cuando apareció en las escaleras del hotel con una expresión forzada e irritada en el rostro. Se dirigió al grupo dando voces: «Tiras, tiras y tiras y no pasa nada. Vuelves a tirar y la mierda sube muy despacio. En breve: he aquí España», rugió Steer[18].

En realidad, es muy probable que, mucho antes de la queja en público de Steer acerca de los inodoros de Toledo, los censores de la prensa nacional sospecharan de Steer debido a sus despachos antifascistas desde Abisinia. Kemp recordaba a Steer como «un hombre auténticamente aventurero con gran iniciativa y atractivo, pero un rebelde nato cuyo franco desprecio por la autoridad y la pompa que con demasiada frecuencia la acompaña, le llevaba a meterse en problemas»[19]. Un corresponsal provisional de *The Times* llamado William F. Stirling escribió a Londres para quejarse de que Luis Bolín solía ponerles trabas para realizar su trabajo porque «tiene anglofobia aguda con complicaciones asociadas al *Times*». El 18 de noviembre de 1936, Stirling volvió a escribir para advertir, que las autoridades franquistas, mediante lo cual se refería casi con toda seguridad a Bolín, consideraban que Steer era «una persona peligrosa en vista de su actuación en Abisinia … y de sus artículos sobre España»[20]. El libro de Steer *Caesar in Abyssinia* acababa de publicarse para disgusto de las autoridades militares italianas, y, dada la envergadura de sus quejas, es inconcebible que Bolín no estuviera al tanto de ello. Como no podía ser de otra manera, Steer fue expulsado de la zona nacional a finales de 1936, razón por la cual acabó informando sobre la campaña vasca desde el bando republicano. Le dijo a un tal teniente coronel Clark del Ministerio de la Guerra, que «estuvo algún tiempo en Salamanca, pero que fue expulsado, a su juicio, debido a la influencia italiana;

su libro sobre Abisinia le había creado mala fama entre ellos»[21]. El encuentro con Clark corrobora la idea de que Steer hablaba con la inteligencia militar británica a pesar de que no trabajara para ella.

Curiosamente, en mayo de 1969, cuando Herbert Southworth trató de averiguar las circunstancias de la expulsión de Steer de la zona nacional, el editor de *The Times Archives* le informó de que «albergamos serias dudas acerca de que George Steer fuera expulsado de la España nacional. En nuestros documentos no consta nada que indique tal extremo, y estamos seguros de que, si hubiera sido expulsado, *The Times* lo habría reflejado así en sus columnas informativas»[22]. Pero las cartas de Stirling y unas memorias del padre de Steer descubiertas por Nick Rankin indican que eran los archivos de *The Times* los que se equivocaban. Y el motivo era sencillo. Después de marcharse del periódico con el fin de terminar *Caesar in Abyssinia*, le volvieron a contratar como periodista independiente. La condición de Steer de «enviado especial» significaba en realidad que no formaba parte de la plantilla, sino que cobraba por centímetro de columna de los artículos cuya publicación se aprobara[23].

Regresó a España, concretamente a Bilbao, a principios de enero de 1937. Conoció y admiró enseguida a los vascos en general y al *lehendakari*, José Antonio Aguirre, en particular. De hecho, se volvería tan partidario de Aguirre como lo había sido de Haile Selassie, y quedó embelesado por su sinceridad. Cuando recordaba que, entre 1924 y 1926, Aguirre había jugado de centrocampista en el Athletic de Bilbao, señalaba: «Volvía a ser capitán de un equipo de fútbol, y aunque perdieran iban a respetar las reglas y al árbitro. Nada de tirones; nada de patadas; nada de zancadillas». Los vascos acabaron por simbolizar para Steer los mejores rasgos de la lucha contra el fascismo. Según su lírica e idealizada descripción, el vasco

> solo defiende la libertad entre las clases sociales, la camaradería y la sinceridad, la humanidad en situación de guerra, el rechazo a la lucha por las doctrinas extremas; la obstinación independiente, la franqueza y sencillez, el desagrado de la propaganda hecha en su nombre y una candidez asombrada ante el enemigo. Es por naturaleza disciplinado, sin ajustarse a ninguna idea de orden caprichosa. Hombre fuerte y apuesto, no es consciente de su fuerza

ni de su belleza.

Steer se identificó con los vascos más de lo que se había identificado con los abisinios y más de lo que se identificaría con los republicanos de izquierdas de España. De hecho, no tardó en compartir la tradicional hostilidad vasca hacia España, y cuando hablaba del «ataque español contra los vascos» se refería tanto a los militares rebeldes y opresivamente centralistas como a las fuerzas de la izquierda[24].

Steer informó sobre el bombardeo de Bilbao del 4 de enero y sobre el posterior estallido de ira de la población hambrienta. Las autoridades vascas levantaron, como les caracterizaba, todo tipo de restricciones de la censura sobre la información. Habiendo sido expulsado hacía poco de la zona nacional, y pensando que en la zona republicana había controles férreos sobre lo que se podía publicar, Steer quedó asombrado y consideró que era la expiación de los vascos por lo que había sucedido. También quedó gratamente sorprendido al descubrir que su hotel albergaba a gran cantidad de derechistas que vivían sin temor a ser molestados[25]. Visitó al cónsul británico, quien posteriormente informó de lo siguiente:

> El señor G. Steer, un corresponsal de *The Times* que ha sido expulsado recientemente de territorio insurgente, estuvo la semana pasada en Bilbao. Fue recibido con toda cordialidad y el secretario de Estado del presidente recibió instrucciones de que le atendiera a él, a madame Malaterre, una dama francesa con gran talla política, y a su acompañante, monsieur Richard, un corresponsal de *L'Oeuvre* de París. Se organizó un programa para visitar las cárceles, los nidos de ametralladoras y las fortificaciones erigidas formando un anillo en torno a la ciudad, así como una sesión del tribunal y la histórica Casa de Juntas de Guernica. El señor Steer me dijo que estaba asombrado ante la franqueza con la que se le mostraban lo que obviamente eran instalaciones militares de carácter estrictamente confidencial. También me manifestó su sorpresa ante el aspecto ordenado de la ciudad y de sus habitantes, pues, a juzgar por los informes que circulaban en territorio insurgente, se había imaginado que presentaban todos los síntomas de desánimo y desintegración moral[26].

A finales de mes Stter regresó a Londres tras recibir la noticia de que su esposa, Margarita, estaba gravemente enferma. Como solía hacer el gobierno vasco con los corresponsales, puso a su disposición una arrastrera dragaminas para el primer tramo de la travesía, un viaje de trece horas a Bayona a través del golfo de Vizcaya. Llegó a Londres para encontrarse lo peor: Margarita había muerto en un parto prematuro el 29 de enero de 1937. Se celebró un servicio funerario en Londres, al que asistió sir Sidney Barton, que había sido embajador británico en Addis Abeba mientras Steer estuvo allí. Pese a su desolación, Steer aprovechó el tiempo que pasó en Londres para presionar a los funcionarios del gobierno en favor de los vascos. También visitó el Ministerio de la Guerra e informó con detalle de la situación militar tanto en la zona rebelde como en la republicana. Proporcionó estimaciones detalladas de las posiciones y las fuerzas alemanas e italianas, cosa que podía indicar una relación más que casual con la inteligencia militar británica, o acaso reflejara simplemente su decisión de alertar a la clase dirigente de la envergadura de la intervención del Eje. Regresó al País Vasco y enterró a su esposa en Biarritz el 2 de abril[27]. Su obra autobiográfica *El árbol de Gernika* estaría dedicada «A Margarita, arrancada de mí».

A principios de abril, el desconsolado Steer ya había vuelto a Bilbao. El 31 de marzo Franco había lanzado un ataque importante sobre el País Vasco bajo el mando del general Emilio Mola. La campaña dio inicio con una escalofriante proclamación de Mola, emitida por radio e impresa en octavillas lanzadas sobre las principales ciudades: «Si la rendición no es inmediata, arrasaré Vizcaya hasta sus cimientos, comenzando por las industrias bélicas. Dispongo de medios sobrados para ello»[28]. A aquello siguió un bombardeo masivo aéreo y artillero que duró cuatro días, tras los que la pequeña y pintoresca ciudad rural de Durango quedó destruida. Durante el bombardeo murieron 127 civiles y, poco después, otros 131 como consecuencia de las heridas[29].

A lo largo de los tres meses siguientes, Steer quedó aún más impresionado por las facilidades que ofrecían los funcionarios de prensa del gobierno vasco. El contraste con su experiencia con Bolín en la zona rebelde no podría haber sido mayor. «Las autoridades

vascas de Bilbao me concedieron absoluta libertad de movimientos y maniobra en todo su territorio. Podía acudir sin obstáculos ni escolta a cualquier lugar del frente en cualquier momento. Los demás periodistas disfrutaban de las mismas facilidades: que no las aprovecharan tanto como yo no es culpa suya, puesto que, en la línea de fuego, ellos tenían más que perder que yo». Steer siempre había sido intrépido, por no decir impetuoso. Ahora, tras la muerte de Margarita y de su hijo, con la sensación de que la vida no tenía nada que ofrecerle, se volvió francamente insensato. En sus visitas al frente se familiarizó tanto con la milicia vasca que, cuando se puso a redactar *El árbol de Gernika*, a veces escribía «nosotros» en lugar de «ellos», cosa que también le había pasado con los soldados etíopes en *Caesar in Abyssinia*[30].

Bilbao se moría de hambre[31]. Los rebeldes habían anunciado que no permitirían que entraran más provisiones en el puerto. El embajador británico, el profranquista sir Henry Chilton, había informado de que el Ejército rebelde gobernaba las aguas del litoral vasco y que las vías de acceso a Bilbao estaban minadas. Como Gran Bretaña no estaba alineada con ninguno de los bandos contendientes en la guerra, los mercantes británicos tenían derecho a disfrutar de protección de la Royal Navy, al menos fuera de las aguas territoriales vascas. Para evitar enfrentamientos embarazosos, el 8 de abril el gobierno británico decidió ordenar a todos los buques mercantes que se encontraran a menos de cien millas de Bilbao que se desplazaran a San Juan de Luz. Sir Henry Chilton envió un despacho en el que comentaba que las autoridades franquistas le habían informado de que expulsarían por la fuerza a cualquier buque mercante británico que tratara de adentrarse en la ría del Nervión. Así pues, el 10 de abril el gabinete se reunió y se decidió que la Royal Navy dejaría de proteger a las embarcaciones británicas. Aquello dio pie a una airada protesta en la Cámara de los Comunes porque la mayor potencia naval del mundo reconocía con ello que era incapaz de proteger a los mercantes británicos. El gabinete prefería creer los informes no confirmados de que las vías marítimas de acceso a la ciudad estaban minadas y de que los buques nacionales operaban en el interior del límite de tres millas.

Steer envió un telegrama escrito desde las oficinas del gobierno

vasco a su amigo Philip Noel-Baker informándole de que no existía semejante bloqueo «para cualquier potencia dispuesta a proteger sus barcos fuera de aguas territoriales españolas». Y proseguía: «Aquí todo el mundo, desde el cónsul hacia abajo, sabe que no existe el menor peligro y que el bloqueo existe únicamente sobre el papel y en la confiada imaginación del gobierno de Salamanca». Informaba de que los dragaminas vascos habían mantenido limpias de minas las vías de acceso a Bilbao. Más adelante señalaba que baterías de la artillería naval vasca con un alcance de quince millas mantenían a raya a los nacionales[32]. La noche del 19 de abril, el buque *S. S. Seven Seas Spray* abandonó San Juan de Luz. A diez millas de la costa vasca se topó con un destructor británico que, mediante señales, le indicó al capitán, William Roberts, que tendría que entrar en Bilbao por su cuenta y riesgo y que le deseaba buena suerte. El 20 de abril, a bordo de un barco de pesca vasco, Steer salió para encontrarse con el *Seven Seas Spray*, el primer buque británico que conseguía romper el bloqueo y era vitoreado mientras recorría con aire triunfal los catorce kilómetros de la ría del Nervión que conducían a Bilbao. La conmovedora descripción de Steer de la multitud jubilosa contribuyó a conseguir finalmente que los buques de la Royal Navy escoltaran los posteriores convoyes de alimentos. El gobierno británico se vio obligado a reconocer su error al creer que las vías de acceso a Bilbao estaban minadas y dio instrucciones a la Royal Navy de que escoltara a los mercantes británicos[33].

El consejo de Steer a José Antonio Aguirre de que telegrafiara al gobierno británico, así como los numerosos telegramas que él mismo escribió a diputados liberales y laboristas de la oposición parlamentaria en Londres, desempeñaron un papel importante en el cambio de rumbo de la política británica[34]. Como escribió con cierta exageración en *El árbol de Gernika*, «una de mis bazas es que yo, antes que cualquier otro, revelé la farsa del bloqueo y restablecí la verdad. Un periodista no es un simple proveedor de noticias, ya sean sensacionales o controvertidas, estén bien escritas o sean meramente divertidas. Es un historiador de los acontecimientos cotidianos y tiene una obligación para con su público». Añadía con unas palabras que se hacen eco de las de Herbert Matthews en

Madrid, «y como historiador debe rebosar del más apasionado y más crítico apego a la verdad, de tal modo que el periodista, con la magnífica energía que esgrime, debe asegurar que prevalezca la verdad»[35].

Steer iba al frente de forma regular, normalmente acompañando a un francés llamado Jaureghuy que, en broma, afirmaba ser corresponsal del periódico del Ejército de Salvación *Blood and Fire*, aunque en realidad era un agente del servicio secreto francés llamado Robert Monnier que actuaba como asesor militar del *lehendakari* Aguirre[36]. En general, Steer corrió muchos más riesgos de lo que aconsejaba la prudencia porque, tras la muerte de Margarita, sentía que no tenía razones para vivir. El 26 de abril, junto con Christopher Holme, de Reuters, y Mathieu Corman, del parisiense *Ce Soir*, pasó quince minutos en el cráter formado por una bomba en Arbacegui-Guerricaiz, al oeste de Guernica, soportando el ataque de las ametralladoras de seis Heinkel 51. Aquella misma noche, estaba en Bilbao cenando en el hotel Torrontegui con Corman, el capitán Roberts y su hija, así como con Noel Monks, del *Daily Express*, y Christopher Holme, cuando llegaron las noticias de que Guernica estaba en llamas. Inmediatamente fueron en coche a Guernica, que todavía ardía cuando llegaron, a las once de la noche. Al igual que Monks y Holme, Steer ya había tenido su ración de horrores en Abisinia y en España, pero eso no les sirvió de preparación a ninguno de ellos para la desolación que presenciaron en Guernica. Contemplaron impotentes cómo, entre lágrimas, los *gudaris* intentaban por todos los medios desenterrar cuerpos sepultados bajo los escombros. Steer se quedó en las ruinas achicharradas y todavía humeantes entrevistando a supervivientes hasta primeras horas de la mañana del día 27: «Mi fuente de autoridad de todo lo que he escrito». Recogió tres tubos de plata de dispositivos incendiarios alemanes y regresó a Bilbao, donde consultó su historia con la almohada. A la mañana siguiente, habló con muchos de los refugiados que habían llegado a la capital antes de volver a recorrer en coche los veinticinco kilómetros que le separaban de Guernica para contemplar los daños a la luz del día[37].

El despacho de Steer, que se publicó en *The Times* y en el *New*

York Times el 28 de abril, con su tono apagado y sin sensacionalismos, era, en opinión del profesor Southworth, acaso el reportaje más importante enviado por un reportero durante la Guerra Civil. Más que cualquier otro comentarista de la época, Steer conseguía incorporar a su texto una vívida sensación no solo de la envergadura de la atrocidad, sino de hasta qué extremo se trataba de un ejemplo de un nuevo tipo de guerra:

LA TRAGEDIA DE GUERNICA
UNA CIUDAD DESTRUIDA EN UN ATAQUE AÉREO
EL RELATO DE UN TESTIGO PRESENCIAL
De nuestro enviado especial. Bilbao, 27 de abril

Guernica, la ciudad más antigua de los vascos y núcleo de su tradición cultural, quedó completamente destruida ayer por la tarde por los bombardeos aéreos insurgentes. El bombardeo de esta ciudad desprotegida y muy alejada del frente duró exactamente tres horas y cuarto, durante las cuales un poderoso escuadrón compuesto por aviones alemanes de tres tipos, bombarderos Junkers y Heinkel, no cesó de descargar sobre la ciudad bombas que pesaban de 450 kilos para abajo y, según las estimaciones, más de 3000 bombas incendiarias de aluminio de un kilo. Mientras tanto, los cazas se lanzaban en picado sobre el centro de la ciudad para ametrallar a la población civil que se había refugiado en los campos.

La ciudad entera de Guernica pronto ardió en llamas, salvo la histórica Casa de Juntas con sus preciados archivos de la estirpe vasca, donde solía reunirse el antiguo parlamento vasco. El famoso roble de Guernica, el viejo tocón seco de seiscientos años y los jóvenes retoños de este siglo, también quedaron intactos. Allí era donde los reyes de España solían prestar el juramento de respeto a los fueros de Vizcaya y, a cambio, recibían la promesa de lealtad de los feudos con el título democrático de «Señor», y no «Rey», de Vizcaya. La majestuosa parroquia de Santa María tampoco sufrió daños, a excepción de la hermosa sala capitular, que recibió el impacto de una bomba incendiaria.

A las dos de la mañana de hoy, cuando visité la ciudad, toda ella presentaba un aspecto aterrador, pues ardía de un extremo a otro. El reflejo de las llamas se veía en las nubes de humo que sobrevolaban las montañas desde una distancia de dieciséis kilómetros. A lo largo de toda la noche las casas se han ido derrumbando hasta que las

calles se han convertido en largos montones de escombros rojos impenetrables. Muchos de los civiles supervivientes emprendieron una larga marcha desde Guernica a Bilbao en anticuados carros vascos de robustas ruedas tirados por bueyes. Los carros donde se amontonaban todas las posesiones domésticas que pudieron salvarse de la conflagración, atascaron las carreteras durante toda la noche. Otros supervivientes fueron evacuados en camiones del gobierno, pero muchos se vieron obligados a quedarse en los alrededores de la ciudad en llamas tumbados en colchones o buscando a parientes desaparecidos y niños, mientras las brigadas de los bomberos y de la policía vasca motorizada bajo la dirección personal del ministro del Interior, el señor Monzón, y su esposa, continuaban con las labores de rescate hasta el amanecer.

Alarma en la campana de la iglesia

Por la forma en que fue llevado a cabo y la envergadura de la devastación que produjo, así como por la selección del objetivo, el bombardeo de Guernica no tiene punto de comparación en la historia militar. Guernica no era un objetivo militar. En las afueras de la ciudad se asienta una fábrica que produce material de guerra y ha quedado intacta. También lo están dos barracones que había a cierta distancia de la ciudad. La ciudad queda muy alejada de las líneas de combate. El objeto del bombardeo fue aparentemente la desmoralización de la población civil y la destrucción de la cuna de la estirpe vasca. Todos los datos confirman esta apreciación, empezando por el día en que tuvieron lugar los hechos. El lunes era el tradicional día de mercado en Guernica para toda la zona. A las 16.30 horas, cuando el mercado estaba lleno y todavía continuaban llegando campesinos, la campana de la iglesia dio la alarma de que se aproximaban aviones, y la población buscó protección en sótanos y refugios subterráneos construidos tras el bombardeo de Durango del 31 de marzo, que inauguró la ofensiva del general Mola en el norte. Se dice que la población ha hecho gala de una moral alta.

Un sacerdote católico se hizo cargo de la situación y ayudó a mantener el orden en todo momento. Cinco minutos después, apareció un único bombardero, sobrevoló la ciudad en círculo a baja altura y, a continuación, arrojó seis bombas pesadas, aparentemente dirigidas contra la estación. En un aguacero de granadas cayeron bombas sobre un antiguo instituto y sobre las casas y calles que lo rodean. Luego el avión desapareció. Al cabo de otros cinco minutos llegó un segundo bombardero que lanzó el mismo número de

bombas en medio de la ciudad. Aproximadamente un cuarto de hora más tarde, llegaron tres Junkers para proseguir con la labor de demolición, y a partir de ese momento el bombardeo aumentó en intensidad y fue continuo hasta que se aproximó el anochecer, a las 19.45 horas. La totalidad de esta ciudad de 7000 habitantes más 3000 refugiados fue lenta y sistemáticamente despedazada. La técnica empleada por los bombarderos consistía en bombardear caseríos o granjas aisladas en un radio de ocho kilómetros. Durante la noche ardieron como velas sobre las montañas. Todas las aldeas circundantes fueron bombardeadas con la misma intensidad que la propia ciudad, y en Múgica, un grupito de casas situado a la entrada de Guernica, la población fue ametrallada durante quince minutos.

Es imposible determinar todavía el número de víctimas. En la prensa de Bilbao se informaba esta mañana de que era «afortunadamente reducido», pero se teme que sea un eufemismo para no alarmar a la inmensa población de refugiados de Bilbao. En el hospital de las Josefinas, que fue uno de los primeros lugares en ser bombardeado, los cuarenta y dos milicianos heridos que albergaba murieron en el acto. En una calle por la que se baja la ladera desde la Casa de Juntas, vi un lugar en el que se decía que cincuenta personas, casi todas ellas mujeres y niños, quedaron atrapadas en un refugio antiaéreo bajo una masa de escombros ardiendo. A muchos de ellos los mataron en el campo, y en conjunto los muertos pueden ascender a centenares. Un anciano sacerdote llamado Arronategui murió a causa de una bomba mientras rescataba a unos niños de una casa en llamas.

La táctica de los bombardeos, que puede ser de interés para los alumnos de la nueva ciencia militar, fue la siguiente: en primer lugar, pequeños grupos de aviones lanzaron bombas pesadas y granadas de mano por toda la ciudad, seleccionando una tras otra las zonas de forma ordenada. A continuación llegaron los cazas, que descendieron en picado para volar a baja altitud y ametrallar a quienes salían corriendo aterrorizados de los refugios, algunos de los cuales ya habían recibido el impacto de las bombas de 450 kilos, que abren un boquete de 8 metros de profundidad. Muchas de estas personas fueron asesinadas mientras corrían. Un gran rebaño de ovejas al que conducían al mercado también fue barrido. El objeto de este movimiento fue, según parece, volver a llevar a la población bajo tierra, ya que aparecieron a un tiempo nada menos que doce bombarderos que arrojaban bombas pesadas e incendiarias sobre las ruinas. La pauta de este bombardeo de una ciudad abierta fue, por

tanto, lógico: primero, granadas de mano y bombas pesadas para hacer huir en estampida a la población, luego, fuego de ametralladoras para que se refugiara bajo tierra y, a continuación, bombas pesadas e incendiarias para demoler las casas y quemarlas sobre las víctimas.

Las únicas contramedidas que los vascos pudieron utilizar, ya que no disponían de aviones suficientes para hacer frente al escuadrón insurgente, fueron las que provinieron del heroísmo del clero vasco. Ellos bendijeron a la multitud arrodillada y rezaron por ellos en los refugios que se desmoronaban: había socialistas, anarquistas y comunistas, así como creyentes declarados. Cuando entré en Guernica después de medianoche las casas se venían abajo hacia los lados, y era decididamente imposible hasta para los bomberos tratar de llegar al centro de la ciudad. Los hospitales de las Josefinas y del convento de Santa Clara se reducían a rescoldos incandescentes, todas las iglesias a excepción de la de Santa María quedaron destruidas, y las pocas casas que todavía se mantenían en pie estaban condenadas a derrumbarse. Cuando volví a visitar Guernica esta tarde, la mayor parte de la ciudad seguía ardiendo y se habían declarado nuevos incendios. En un hospital en ruinas se amortajó a unos treinta cadáveres.

Aquí, el efecto del bombardeo de Guernica, la ciudad sagrada de los vascos, ha sido profundo, y ha llevado al presidente Aguirre a realizar la siguiente declaración en la prensa vasca de esta mañana: «Los aviadores alemanes al servicio de los rebeldes españoles han bombardeado Guernica, incendiando el casco histórico por el que tanta veneración sienten todos los vascos. Han tratado de herirnos en lo más profundo de nuestros sentimientos patrióticos, dejando absolutamente claro una vez más lo que Euskadi debe esperar de aquellos que no vacilan en destruirnos hasta en el santuario mismo que recoge los siglos de nuestra libertad y nuestra democracia. Ante esta atrocidad, nosotros, todos los vascos, debemos reaccionar con violencia jurando desde el fondo de nuestro corazón defender los principios de nuestro pueblo con una obstinación y un heroísmo sin precedentes si la situación lo exige. No podemos ocultar la gravedad de este momento, pero el invasor no conseguirá nunca la victoria si, elevando nuestra moral hasta lo más alto de su fuerza y determinación, nos armamos de valor para derrotarlos. El enemigo ha avanzado en muchos otros lugares para después ser expulsado de nuevo. No dudo en afirmar que aquí sucederá lo mismo. Que la ira del día de hoy nos espolee aún más para hacerlo con suma rapidez».

La opinión de Steer de que se trataba de un nuevo tipo de guerra aseguró que su despacho tuviera un impacto mucho más alarmante que los de sus colegas. El editorial del *New York Times* del día siguiente condenaba «el ánimo incendiario generalizado y el asesinato masivo cometido por los aviones rebeldes de origen alemán». El 6 de mayo, el senador William Borah, de Idaho, formuló una elocuente denuncia del bombardeo en un lenguaje que auguraba el cuadro de Picasso:

> Aquí el fascismo presenta al mundo su obra maestra. Ha colgado sobre el muro de la civilización un cuadro que jamás caerá, que jamás desaparecerá de la memoria de los hombres. Cuando los hombres y mujeres quieran indagar en las páginas de la historia en busca de actos de crueldad sobresaliente y ejemplos de destrucción innecesaria de la vida humana, se detendrán durante más tiempo y con el máximo horror ante la salvaje historia de la guerra fascista en España.

Pocos días después, el obispo Francis J. McConnell, de la Iglesia metodista episcopal, publicó un «Llamamiento a la conciencia del mundo» firmado por varios centenares de norteamericanos destacados, entre los que había senadores, congresistas, profesores, escritores, sindicalistas y profesores de religión no católica. Citaba expresamente a Steer como testigo. El 10 de mayo, el congresista Jerry O'Connell, de Montana, citó a Steer en la Cámara de Representantes para que aportara pruebas de la participación alemana en la Guerra Civil española[38].

Más importante aún que estos ecos del reportaje de Steer fue quizá que se reimprimiera por completo el 29 de abril en el periódico comunista francés *L'Humanité*, en el que lo leyó Pablo Picasso[39]. En aquella época, Picasso trabajaba en un encargo solicitado por el gobierno de la República española para realizar un mural para la Exposición Universal de París prevista para el verano de 1937. Antes de la noticia de la destrucción de Guernica, su serie de bocetos preliminares estaba

dedicada a la relación entre el artista y su modelo en el estudio. El 1 de mayo de 1937 abandonó este proyecto, profundamente afectado por las noticias del bombardeo, y comenzó a trabajar en lo que acabaría por convertirse en su cuadro más famoso[40].

Pese a la aplastante verosimilitud del reportaje de Steer, o más bien a causa de ella, los nacionales negaron de inmediato que el episodio de Guernica hubiera sucedido. El jefe de la oficina de prensa franquista, Luis Bolín, difundió la opinión de que Guernica había sido dinamitada por saboteadores vascos. Ya se empezaban a suscitar algunos juicios desfavorables como consecuencia de la campaña internacional para liberar a Arthur Koestler, y su mentira sobre Guernica también reportaría consecuencias negativas. Sin embargo, las opiniones de Bolín fueron aceptadas rápidamente por una serie de británicos amigos de la causa franquista, como Douglas Jerrold, Arnold Lunn y Robert Sencourt. El rasgo más coherente en sus escritos era que denostaban la integridad personal y profesional de George Steer[41].

The Times envió un cable a Bilbao para George Steer que decía: «EL OTRO BANDO RECHAZA SU VERSIÓN GUERNICA NECESITAMOS MÁS INFORMACIÓN PRUDENTE». La réplica de Steer, enviada el 28 de abril, se publicó al día siguiente:

> La negación por parte de Salamanca de tener conocimiento alguno de la destrucción de Guernica no ha asombrado por aquí, pues también negaron el bombardeo de Durango, similar aunque menos atroz, pese a la presencia de testigos británicos. He hablado con centenares de personas angustiadas y sin hogar, y todas ellas ofrecen exactamente la misma descripción de los acontecimientos. He visto y he medido los enormes hoyos ocasionados por las bombas en Guernica, que, dado que pasé por la ciudad el día anterior, puedo atestiguar que no se encontraban allí antes. En Guernica se hallaron bombas incendiarias de aluminio alemanas sin estallar con la inscripción «Fábrica de Rheindorf, 1936». Los modelos de aviones alemanes utilizados fueron Junkers 52 (bombardero pesado), Heinkel 111 (bombarderos rápidos medios) y Heinkel 51 (cazas). Yo mismo fui ametrallado por seis cazas en un gran agujero causado por una bomba en Arbacegui-Gerrikaiz cuando regresaban procedentes

> de Guernica. Según una declaración hecha por los pilotos alemanes apresados cerca de Ochandiano los primeros días de abril, al principio de la ofensiva insurgente, están pilotados enteramente por pilotos alemanes, casi toda la tripulación es alemana y los aparatos partieron de Alemania en febrero. Aquí se afirma que la totalidad de la fuerza aérea insurgente empleada en esta ofensiva contra los vascos es alemana, a excepción de siete cazas Fiat y tres aparatos Savoia 81, todos ellos italianos. Que fueron ellos quienes bombardearon y destruyeron Guernica es la apreciación contrastada de su corresponsal y, lo que es más, la certeza absoluta, si fuera posible, de todo aquel desdichado civil vasco que tuvo que sufrirlo.

Temiendo que *The Times* no lo publicara, Steer envió copia de su telegrama original a Philip Noel-Baker, pidiéndole que lo utilizara en la Cámara de los Comunes y facilitara la información a Lloyd George y Anthony Eden[42]. Volvió a rebatir la negación de los franquistas en *The Times* el 6 de mayo, y el 15 de mayo pudo informar del derribo cerca de Bilbao de un piloto alemán cuyo diario de vuelo demostraba que había participado en el ataque a Guernica.

Las acusaciones de que Steer mentía acerca de Guernica continuaron esgrimiéndose hasta la década de 1970. Al principio, el material hallado por las fuerzas de ocupación en la oficina de telégrafos de Bilbao incluía el cable que *The Times* envió a Steer pidiéndole más información. Bolín se lo entregó al propagandista católico estadounidense de Franco, el padre Joseph Thorning. Cuando lo publicó en 1938, según Thorning, demostraba que *The Times* dudaba de la fidelidad del reportaje. El cable se encontraba entre una ingente cantidad de documentos requisados por los rebeldes en Bilbao y llevados a Salamanca para tamizarlos en busca de información útil para la represión. Un partidario británico de Franco, el oficial Francis Yeats-Brown, fue a Salamanca, donde los franquistas le mostraron la correspondencia entre «un diputado británico» (Noel-Baker) y «un periodista que estaba en Bilbao y se distinguió por describir el asunto de Guernica» (Steer). Sin ningún sentido de la ironía acerca de su condición de propagandista de Franco, escribió encantado que los cables demostraban de forma concluyente que «ambos se implicaron mucho en los asuntos vascos;

en realidad, demasiado»[43].

Si bien la publicación del despacho podría haber desembocado en la expulsión por parte de los nazis de Norman Ebbutt, el corresponsal de *The Times* en Berlín, el periódico continuó aceptando la veracidad del informe de Steer. *The Times* había publicado el despacho de Steer cuando la filosofía de apaciguamiento del director del periódico, Geoffrey Dawson, vivía su punto álgido. En respuesta a la anglofobia virulenta con la que había reaccionado la vigilada prensa alemana, Dawson escribió al corresponsal de *The Times* en ejercicio en Berlín, H. G. Daniels:

> He hecho todo lo posible, noche tras noche, para alejar del periódico todo lo que pudiera herir sus susceptibilidades. Verdaderamente, no puedo pensar en nada que se haya publicado ahora, ni desde hace muchos meses, que ellos pudieran entender como excepción o comentario injusto. No cabe duda de que todos estaban enojados por la primera historia de Steer sobre el bombardeo de Guernica, pero su exactitud en lo esencial no ha sido nunca discutida, y no ha habido ninguna tentativa de subrayarlo ni de insistir sobre el asunto.

No sirvió de nada. Según le informó Daniels, los propagandistas nazis habían descubierto que «Times» al revés se lee «Semit», lo cual se difundió como prueba de que el periódico para el que escribía Steer era una empresa judeomarxista[44]. El nombre de George Steer fue anotado en la lista de delincuentes más buscados de la Gestapo, compuesta por 2820 personas que debían ser detenidas cuando los alemanes ocuparan Gran Bretaña en 1940[45]. Steer recibió amenazas desde el extranjero según las cuales, si los franquistas le apresaban vivo, sería fusilado de inmediato. Volvió a ir al frente, armado con una pistola automática que no sabía utilizar[46].

Permaneció en lo que quedaba de Euskadi durante las seis semanas siguientes, de incesantes bombardeos, y fue con Monnier allá donde los combates eran más encarnizados para informar casi a diario sobre la obstinada defensa contra el avance franquista sobre Bilbao pese a la falta de cobertura aérea. En realidad, consciente de que la superioridad aérea rebelde era la clave para la defensa de la ciudad, bombardeó a Noel-Baker con solicitudes de que utilizara su

influencia para conseguir que los franceses autorizaran a los aviones republicanos a sobrevolar su territorio. Desde la oficina de Aguirre, la Presidencia, escribió:

> Habríamos aislado a los italianos en Bermeo y a lo largo de la vertiente occidental de la salida de Guernica si hubiéramos conseguido que la aviación se ocupara de ellos. Teniendo en cuenta la absoluta desmoralización y la falta de orden de la infantería en la última quincena, hemos resistido y contraatacado muy bien en la nueva línea, y con los elementos militares adecuados habríamos puesto fin a la ofensiva para siempre.

Instando a Noel-Baker a que presionara a Pierre Cot, el ministro del Aire francés, para que violara el acuerdo de no intervención y enviara aviones, Steer escribió con atrevimiento: «Y dile a Cot que, si tiene algún miedo de que los hombres del S. I. [Servicio de Inteligencia] británico den parte de su mal comportamiento en Bilbao, deje de preocuparse. Aquí soy yo el único en quien se confía, y cuando llegue el momento puedo negarlo todo más de tres veces»[47].

El hecho de que difícilmente podría haber sido mayor su implicación queda de manifiesto en los muchos pasajes de su libro similares a este:

> Subí a Begoña para hablar con los hombres de los blindados. Estaban cansados y enfadados. Aquella tarde nuestra propia artillería había abierto fuego sobre ellos y sobre la infantería al confundirlos con el enemigo, lo cual ocasionó grandes pérdidas. En consecuencia, nos vimos obligados a replegarnos a la derecha del casino, y ese fue el comienzo del movimiento que permitió entrar al enemigo.

Steer acompañó a la delegación española que a finales del mes de mayo acudió a la Sociedad de Naciones en Ginebra en busca de reconocimiento de la agresión del Eje. El ministro de Estado español, Julio Álvarez del Vayo, aportó pruebas de la intervención italiana, mientras que el gobierno vasco mostró datos sobre la participación alemana. No sirvió de nada, y Steer escribió a Noel-Baker que «a Del Vayo le dieron gato por liebre», además de describir una conversación muy poco fructífera que había

mantenido con un irritantemente complaciente Roberts, jefe del Departamento de Occidente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Steer también visitó al cónsul estadounidense en Ginebra y le mostró una colección de fotocopias de documentos que demostraban la participación alemana en el bombardeo de Guernica, entre ellos un mapa anotado. El 13 de junio participó incluso en una reunión celebrada en el hotel Carlton entre el gobierno vasco y el alto mando militar, convocada por Aguirre para discutir si iba a defenderse Bilbao hasta el último hombre. Cuando la ciudad cayó, Steer cubrió la información de la posterior retirada hacia el oeste, a Santander. Escribió un conmovedor relato de la evacuación de doscientas mil personas, al principio en arrastreras y después, cuando los franquistas tomaron el puerto, en camiones por la carretera que iba hacia el oeste, donde los refugiados fueron bombardeados y despedazados por la Legión Cóndor[48].

Durante aquellos últimos y desesperados días en Bilbao, Steer ayudó a la diputada laborista británica Leah Manning, que colaboraba con el gobierno vasco para organizar la evacuación de cuatro mil niños a Gran Bretaña. Posteriormente, Manning describió a Steer y a otro periodista británico, Philip Jordan, como «torres de fortaleza y de moral»[49]. El deán de Canterbury, Hewlett Johnson, escribió a *The Times* para elogiar a Steer, al que describía como «su heroico y extremadamente competente corresponsal, a quien tuve el privilegio de conocer en Bilbao cuando era el único periodista británico que había en aquel momento en la ciudad»[50]. Philip Noel-Baker escribió a Steer diciéndole que su reportaje sobre Guernica había contribuido a modificar la política del gobierno británico, mediante lo cual se refería casi con toda seguridad a la decisión de autorizar la evacuación de esos cuatro mil niños a Gran Bretaña[51].

Cuando el 18 de junio el gobierno vasco abandonó Bilbao, Steer fue a las dependencias desiertas del *lehendakari* y cogió tanto la pluma como el último cuaderno de Aguirre, donde empezaría a escribir *El árbol de Gernika*. Después, se acabó la última botella de champán de la oficina. Al amanecer del día siguiente, caminó hacia el oeste hasta encontrar un conductor dispuesto a llevarle a lo largo de la atestada carretera que conducía a Santander[52]. Fue allí

donde Steer escribió su último y extenso artículo para *The Times*, una descripción elegíaca de la heroica batalla final de Bilbao[53]. A finales de junio, tras haber perdido prácticamente todo lo que poseía en la retirada de Bilbao, Steer consiguió llegar a París y se dirigió al elegante apartamento de su amigo Thomas Tucker-Edwardes Cadett, corresponsal de *The Times* en Francia. Al principio, Cadett no reconoció a aquel vagabundo hediondo, sin afeitar, con la ropa sucia y en alpargatas. Cuando reparó en que era Steer, se alarmó al ver que tenía fiebre y que «casi no aguantaba más». Después de darse un baño y cambiarse de ropa, empezó a escribir en el cuaderno de Aguirre[54]. Sin embargo, no podía sacarse sin más de la cabeza a sus queridos vascos. Interrumpiendo la redacción del libro para buscar más material, el 18 de agosto realizó un peligroso viaje en avión en el que cruzó el golfo de Vizcaya camino de Santander, donde estaban acorralados por unas fuerzas italianas superiores. Se quedó con ellos durante algunos días y volvió a tomar un vuelo para regresar antes de su ignominioso final[55].

Steer finalizó el libro en un plazo asombrosamente corto y lo publicó a principios de 1938. El texto reflejaba su compromiso romántico con la participación vasca en la batalla contra el fascismo, batalla en la que había empezado a involucrarse en Abisinia. También reflejaba su desprecio ante la farsa del apoyo británico a la no intervención. Cuando apareció el libro, Steer estaba en Sudáfrica investigando para un libro sobre las aspiraciones alemanas en África. El día en que abandonó Londres escribió una nota garabateada a Noel-Baker: «Si me necesitas en alguna crisis realmente importante que se parezca a una guerra, no tienes más que mandarme una señal»[56]. Noel-Baker fue una de las primeras personas que leyó el libro, y escribió entusiasmado a Steer:

> Creo que lo que he leído es brillante. *The Times* le dedicó una reseña extremadamente buena teniendo en cuenta lo sucedido, y *The Observer* me ha dicho que es un superventas, cosa que espero que sea cierta. El otro día se lo presté a Morgan Jones para que preparara un discurso que tenía que pronunciar sobre los bombardeos aéreos, y verás que lo citaba con buen criterio. El discurso sonaba mejor escuchado que leído, pero la mejor parte de él era obra tuya[57].

James Cable, el historiador del sitio de Bilbao, calificó *El árbol de Gernika* de la siguiente manera:

> Una obra de un compromiso apasionado, una defensa viva, conmovedora y emocionante del nacionalismo vasco, un análisis sagaz, aunque tendencioso, de las circunstancias y causas de su derrota, una advertencia urgente hacia sus propios compatriotas de la cólera que se avecinaba. Steer era una especie de artista y su libro tiene una calidad poco frecuente siquiera en las producciones de los periodistas más brillantes. Además, los historiadores que han seguido su versión de los acontecimientos disponían de algo más que la seducción de su estilo para justificar su elección. Steer había visto con sus propios ojos gran parte de lo que describía y, como un valiente empujado a la desesperación por la reciente pérdida de su esposa, vio más que la mayoría y quedó particularmente fascinado por la minuciosa dirección de las operaciones militares. Por descontado, también incurría en los defectos de sus virtudes profesionales. Era un periodista, no un historiador, y acusaba la omnisciencia de su profesión, desdibujando con demasiada frecuencia la distinción entre observación y deducción, pruebas y habladurías. Los hechos que refiere no son siempre fiables, sus apreciaciones son en ocasiones precipitadas y la datación es poco precisa. Sin embargo, cualquiera que se tome la molestia de comparar las suposiciones de Steer con las pruebas de los documentos quedará continuamente asombrado, no por sus inevitables errores, sino por la frecuencia con la que sus suposiciones eran acertadas[58].

El *árbol de Gernika* es un clásico de la historiografía de la Guerra Civil española. Hermosa e incisivamente escrito, es una emotiva defensa del nacionalismo vasco y un relato desgarrador de las razones de su derrota a manos de Franco. Fue escrito como aviso a las democracias de lo que les aguardaba. Adscrito con romanticismo a la causa vasca, Steer escribió acerca de su libro que «quizá los vascos lo prohíban cuando vuelvan a Bilbao». No tenía por qué preocuparse, pues se convirtió en una especie de héroe vasco e, incapaces de ver publicado el libro en Euskadi en vida de Franco, los exiliados vascos publicaron una traducción en Caracas en 1963. Solo después de la muerte del dictador se publicó en España[59]. Difícilmente podía considerarse una sorpresa dada su profunda

simpatía hacia los vascos. En el prólogo del libro escribió: «Los vascos son trabajadores y los españoles son ociosos. Los vascos son todos vasallos y los españoles serían todos caballeros»[60].

En aquel momento, la simpatía de Steer hacia los vascos y las críticas de la izquierda española fueron el centro de atención de una reseña del libro poco menos que excesiva escrita por George Orwell. Arrancando con las palabras «No es necesario decir que todo aquel que escribe sobre la guerra española escribe siendo partidista», Orwell reflejaba a continuación su disgusto por que el objeto de su parcialidad, el antiestalinista Partido Obrero de Unificación Marxista, hubiera tenido poco o ningún éxito en el País Vasco. Reconocía que Steer había acertado al señalar que no habría revolución social entre los vascos conservadores. Sin embargo, luego indicaba:

> El señor Steer escribe enteramente desde el punto de vista vasco, y mantiene con mucha fuerza la curiosa práctica británica de ser incapaz de elogiar a una raza sin damnificar a otra. Como es provasco, le parece necesario ser antiespañol, esto es, antigubernamental hasta cierto punto, además de antifranquista. En consecuencia, su libro está tan lleno de burlas sobre los asturianos y otros leales no vascos que nos hace dudar de su fiabilidad como testigo.

No era del todo injusto con sus palabras, pues las simpatías de Steer se volcaban en el Partido Nacionalista Vasco, que era tan hostil a la izquierda como hacia los franquistas, y gran parte de lo que escribió reflejaba esa posición. De todas formas, pese a sus dudas, Orwell sí reconocía la inmensa autoridad con la que Steer podía escribir sobre Guernica[61].

Tras la publicación de su libro, Steer se quedó en África durante todo 1938 viajando y escribiendo artículos para varios periódicos sudafricanos y británicos, entre los que se encontraban el *Daily Telegraph* y el *Manchester Guardian*, sobre la resistencia etíope frente a los italianos y sobre la amenaza italiana para las mal defendidas colonias británicas. También reunió material sobre las ambiciones coloniales alemanas, material que confiaba en que pudiera utilizar Noel-Baker para minar la política de apaciguamiento de Neville

Chamberlain. También reveló con indiscreción a Noel-Baker, «solo para tus oídos», que informaría sobre lo que descubriera a los servicios de inteligencia militar sudafricanos. Con independencia de lo que hiciera en cada momento, Steer siempre tenía en mente la causa vasca. El 12 de octubre de 1938 escribió a Noel-Baker para pedirle consejo sobre si sería mejor continuar trabajando para mantener a los nazis alejados de África o, por el contrario, «volver a casa en noviembre y participar en cualquier posible negociación para mediar en España, siendo mis objetivos defender las reivindicaciones vascas. Creo que esto es de vital importancia si en algún momento vamos a tener un punto en el que concentrarnos para combatir la influencia italoalemana en España. La autonomía vasca, la autonomía catalana, la expulsión de los italianos de Mallorca y de los alemanes de Marruecos son esenciales». No sin arrogancia, añadía: «No creo que nadie pueda defender estas cuestiones mejor que yo en el Ministerio de la Guerra y en el Ministerio del Aire»[62].

No obstante, al cabo de una semana Steer había decidido que Franco jamás aceptaría una mediación internacional y que la República española estaba, por tanto, condenada. Así pues, el 18 de octubre escribió a Noel-Baker: «De ahora en adelante, creo que nuestra principal tarea no es salvar a España, a Etiopía o a China, ni siquiera a la democracia, sino algo bastante más tangible: echar a Chamberlain. Te prometo que haré todo lo posible para ayudarte a conseguirlo». En otra carta decía: «Nuestra obligación es echar a Chamberlain»[63].

A Steer todavía le quedaban muchos combates por ver. En 1939 viajó al norte de África y escribió un libro sobre la amenaza que representaban los italianos en Libia para Egipto y para el Imperio francés[64]. Por otro lado, también se permitió dejar atrás por fin su dolor por Margarita. El 14 de julio de 1939 se casó con Esmé Barton, la hija menor de sir Sidney Barton, amigo desde la época que pasaron juntos en Addis Abeba. Esmé había sido retratada por Evelyn Waugh en su novela *Merienda de negros* como la promiscua «Prudence Courteney», y sus padres eran objeto de burla como los incompetentes «sir Samson» y «lady Courteney». Indignada al ver que devolvía así la generosa hospitalidad que sus padres habían

mostrado hacia él, Esmé se vengó cuando lo vio en uno de los dos destartalados locales nocturnos de Addis Abeba arrojándole una copa de champán en la cara. Como vieja amiga de George Steer, había asistido al funeral de Margarita y, al verle consternado, decidió que necesitaba cuidados y empezó a enamorarse de él. Cuando por fin se unieron, la boda fue un eco de sociedad: se celebró en la King's Chapel del hotel Savoy y la ofició el obispo de Londres, acompañado por otros tres clérigos, y apareció en *The Times*. Con George ataviado con frac y chistera, y su prometida enfundada en un recargado vestido de crepé azul, había un mundo entre esta y la ceremonia improvisada en la que él y Margarita se habían casado entre bromas, en los polvorientos barracones de la legación de Addis Abeba. Entre los invitados se encontraba el director del MI5, sir Vernon Kell, para quien Esmé trabajaba de secretaria. El 14 de mayo de 1940, Esmé dio a luz un hijo. Fue bautizado con el nombre de George Augustine Barton Steer en la catedral de San Pablo el 8 de junio de 1940 y tuvo como padrino al emperador Haile Selassie. El 13 de octubre de 1942 tuvieron una hija, Caroline[65].

Como consecuencia de su obra sobre África, *The Daily Telegraph* había contratado a Steer. El estallido de la Segunda Guerra Mundial le sorprendió de luna de miel en Sudáfrica con Esmé. Enseguida se dirigió hacia el norte para cubrir la invasión rusa de Finlandia, atraído una vez más por el afán de describir la heroica resistencia de una pequeña nación ante un invasor totalitario. A menudo, en sus informaciones establecía comparaciones con lo que los alemanes habían hecho en Euskadi[66]. Era como si se viera siempre arrastrado hacia la vana lucha de las pequeñas naciones que plantaban cara a enemigos muy superiores. Esa entrega se traduciría en dedicación a fondo cuando Gran Bretaña se convirtió en una de esas pequeñas naciones que se enfrentaban a una invasión. Steer permaneció en contacto con los dirigentes vascos exiliados en Francia. Con la esperanza de conseguir llevarlos a Gran Bretaña antes de que cayeran en manos de los alemanes, dio detalles de sus paraderos a Geoffrey Thompson, que conocía a Steer de su época como encargado de negocios en Hendaya durante la

Guerra Civil española. Con la retirada en avalancha de Dunkerque, Steer animó a Philip Noel-Baker a que tratara de convencer al gobierno británico de que llevara a José Antonio Aguirre a Gran Bretaña para convertirse en el núcleo de la resistencia vasca antifranquista[67].

Después del bautizo de su hijo, Steer se unió a su suegro, sir Sidney Barton, a su amigo Philip Noel-Baker y al padrino de su hijo, Haile Selassie, para analizar la posibilidad de golpear a los italianos fomentando la resistencia en Abisinia. El Negus estaba deseando regresar a su país para apoyar la rebelión contra los italianos. Esto coincidía con los planes del general de división Archibald Wavell, comandante en jefe del Ejército británico en Oriente Próximo. Como consecuencia de una decisión inusualmente imaginativa, Steer fue nombrado oficial del Cuerpo de Inteligencia debido a su experiencia anterior en Addis Abeba durante la invasión italiana. Esto fue organizado por Geoffrey Thompson, que ahora pertenecía al departamento egipcio del Ministerio de Asuntos Exteriores. Dada la importancia de su misión, Steer, «a quien, lógicamente, el emperador conocía bien, se convirtió de la noche a la mañana en capitán del Estado Mayor» y acompañó a Haile Selassie a Jartum[68]. No siguió siendo ayuda de campo del emperador por mucho tiempo, sino que fue trasladado al departamento de operaciones de guerra psicológica para elaborar octavillas en amárico que provocaron infinidad de deserciones entre los soldados indígenas reclutados por los italianos. De hecho, Steer resultó ser un propagandista genial. También organizó incursiones de la guerrilla contra puestos de avanzada italianos. Entró en contacto con el excéntrico coronel Orde Wingate, un oficial bucanero que compartía el entusiasmo de Steer por Haile Selassie. La columna de Wingate, compuesta por sudaneses y otras tropas irregulares, mantuvo cercados a un gran número de soldados italianos y finalmente liberó la capital. Steer estaba con el emperador cuando este regresó a Addis Abeba el 5 de mayo de 1941.

A Steer le gustaba la posibilidad de atacar a los italianos con su máquina de escribir. Hizo gala de una gran facilidad para lo que acabó por denominarse «guerra psicológica». Algunas de sus intervenciones encaminadas a enardecer a las facciones etíopes

excedían lo que el emperador Haile Selassie podía aprobar, de modo que Steer falsificó un sello imperial con el que promulgar sus boletines. Reconoció esto con toda sinceridad en su libro *Sealed and Delivered*, y dio lugar a que Evelyn Waugh publicara una reseña desfavorable en la que llegaba incluso a sugerir que las autoridades militares deberían castigar a Steer por su falta de discreción[69]. Pero a Waugh no le concedieron su deseo sino que, en realidad, ascendieron a Steer. No obstante, la reseña de Waugh fue utilizada por el detestable Bolín como «prueba» de que Steer era un mentiroso habitual y, por tanto, que había mentido acerca de Guernica[70].

Steer fue destinado a El Cairo, donde su nueva esposa se las había arreglado para conseguir un empleo en el servicio de inteligencia británico. Sirvió en la campaña norteafricana hasta que en 1942 fue destinado a Madagascar para participar en las operaciones encaminadas a impedir que los japoneses tomaran la isla. Había una considerable competencia entre varias secciones de la ejecutiva de operaciones especiales para hacerse con sus servicios. Entonces, a principios de 1943, el ahora comandante Steer fue enviado a la India para tomar parte en la campaña para recuperar Birmania, en manos de los japoneses. Su imaginativo uso de la propaganda y su participación activa en una serie de enfrentamientos con el enemigo se saldaron con un nuevo ascenso a teniente coronel. No murió en acto de servicio sino en un accidente, el día de Navidad de 1944, cuando el todoterreno en el que iba se salió de la carretera mientras se dirigía a presenciar unas competiciones deportivas en su campo de entrenamiento[71]. Fue una trágica ironía que el hombre que había corrido tantos riesgos en tan grandes causas muriera de un modo tan banal. La necrológica publicada en *The Times* recordaba sus proezas en Birmania, pero no el servicio prestado en España o Etiopía, y sí decía de sus libros: «Aunando la labor de investigación de un erudito con la experiencia de un combatiente y la fe del idealista, en sus escritos fue tan sincero y veraz como gráfico, y ha dejado una hoja de servicios a su país cuya interrupción lamentarán por igual sus colegas y los soldados»[72].

Pese a haber publicado cinco libros importantes y a una carrera

militar comparable a la de Lawrence de Arabia, se recuerda a Steer, sobre todo, por aquel crucial despacho desde Guernica que dio la alarma sobre la participación nazi en la Guerra Civil española. Desde la época en que había empezado a ser corresponsal de guerra en 1935, Steer había hecho de la tarea de alertar al mundo de las ambiciones imperialistas y la implacable agresión del fascismo su profesión. Durante la invasión italiana de Abisinia y en España, su compromiso con una causa en apariencia perdida le llevó a adquirir un grado de implicación que excedía con mucho las obligaciones de un corresponsal de guerra. El libro de Steer no solo trata del bombardeo de Guernica, sino que es una narración completa de toda la campaña vasca. En este sentido, continúa siendo uno de los aproximadamente diez libros más importantes sobre la Guerra Civil española. También es una pieza fundamental de la serie de obras de Steer dedicadas a la agresión y la barbarie fascistas. El libro representa uno de los homenajes más conmovedores y auténticos al pueblo vasco, a su sufrimiento y a su valor en la lucha contra Franco y sus aliados nazis y fascistas. Es más, pese a sus simpatías hacia el PNV, las palabras de Steer que resumen la participación vasca en la Guerra Civil española recogen la tragedia y la dignidad de todo un pueblo:

> Al fin y al cabo, los vascos eran un pueblo pequeño, no disponían de muchos cañones ni aviones, no recibieron ninguna ayuda del extranjero y se mostraron tremendamente sencillos, cándidos y poco versados en la guerra. Sin embargo, a lo largo de toda esa dolorosa guerra civil, mantuvieron bien alta la antorcha de la humanidad y la civilización. No habían matado ni torturado, ni en modo alguno se divirtieron a costa de sus prisioneros. En las circunstancias más crueles, habían mantenido su fe y su libertad de expresión personal. Habían respetado escrupulosa y celosamente las leyes, tanto escritas como no escritas, que imponen al hombre cierto respeto hacia sus vecinos. No habían tomado ningún rehén, habían respondido a los inhumanos métodos de quienes les odiaban con la protesta, y nada más. En la medida en que resulta posible en una guerra, habían dicho la verdad y habían cumplido sus promesas[73].

También escribió: «En esta guerra, los vascos combatieron por la tolerancia, la libertad de expresión, la dulzura y la igualdad»[74].

George Steer murió por esos mismos valores en una guerra posterior. Junto a su cuerpo se encontraba su objeto más preciado, un reloj de oro que le regaló José Antonio Aguirre que lleva grabado: «Para Steer, de la República vasca».

8

Jay Allen: problemas con Franco, problemas con Hitler

Al amanecer del 25 de agosto de 1936, un periodista estadounidense llamado Jay Allen se sentó ante la máquina de escribir en el recogido patio interior de una pequeña pensión de la ciudad portuguesa amurallada de Elvas. No podía dormir, en parte a causa del agobiante calor y en parte debido a los sollozos de la mujer que había en la habitación contigua. Su marido había sido una de las víctimas de la matanza ocurrida justo al otro lado de la frontera, en Badajoz. Allen acababa de volver del lugar de la carnicería y, al escribir un artículo sobre los hechos, trataba de asimilar el horror de lo que había visto. Una vez publicado, ocasionó

considerables daños a la causa del Ejército rebelde de Franco. Se convirtió en una de las crónicas de la Guerra Civil española más importantes y citadas, y convirtió a Jay Allen en blanco de los improperios de la derecha. Su compromiso con los republicanos españoles sobrevivió a la derrota que sufrieron en 1939. Como consecuencia de ello, en marzo de 1941 las autoridades alemanas de la Francia ocupada detuvieron y encarcelaron al corresponsal. Jay Allen estaba allí en calidad de periodista, pero trataba de organizar la fuga de varios refugiados republicanos españoles y voluntarios antifascistas que habían combatido en las Brigadas Internacionales. La fama de ser el hombre que tanto daño había ocasionado al Ejército rebelde en España dificultó la tarea de los diplomáticos estadounidenses para conseguir su liberación.

Junto con Henry Buckley, Jay Allen fue uno de los dos corresponsales mejor informados sobre la situación en ambos bandos. Isabel de Palencia, que había sido embajadora plenipotenciaria española en Suiza y Finlandia durante la Guerra Civil, escribió: «Si me preguntaran quién creía que era el norteamericano mejor informado sobre el conflicto español, diría sin vacilación que Jay Allen». A continuación pasaba a enumerar una relación de otros amigos distinguidos de la República española, entre los que se encontraban Vincent Sheean, Freda Kirchwey y Elliot Paul, y concluía que «nadie ha recopilado tan bien la historia de la guerra española ni ha tenido la misma paciencia para acumular archivos que Jay Allen»[1].

Nacido en Seattle el 7 de julio de 1900, Jay Cooke Allen hijo no gozó de una infancia muy feliz. Su madre, Jeanne Lynch Allen, murió de tuberculosis quince meses después de que él naciera. Como pertenecía a la primera generación de inmigrantes irlandeses, le había hecho prometer a su esposo metodista, Jay Cooke Allen, que educaría a sus hijos en el catolicismo. Tras la muerte de Jeanne, la familia de esta quiso obtener la custodia de Jay y, cuando el padre se negó, raptaron al niño. Después de una batalla judicial, Jay fue devuelto a su padre. La posterior amargura de la familia hirió profundamente al joven Jay y quizá influyó en su posterior actitud crítica hacia la Iglesia católica. Al mismo tiempo, la relación con su padre le compensaba muy poco la pérdida de su madre. Años más tarde Jay escribió acerca de su padre: «Cuando era niño, no recuerdo haberle visto sobrio jamás. Y, ya siendo adulto, las pocas ocasiones en que estábamos juntos se mostraba agresivo, bebía demasiado y, aunque yo siempre disfruté con su tremenda vitalidad y valoré su sincero afecto, siempre me hacía sentir incómodo»[2]. Jay no encontró calor ni estabilidad emocional hasta que encontró al amor de su vida, Ruth Austin.

Tanto socialmente como desde el punto de vista cronológico, Jay formó parte de la llamada «generación perdida» estadounidense. Se casó con Ruth en Woodburn, Oregón, el 7 de septiembre de 1924, y dos semanas después partieron en dirección a Francia para pasar la luna de miel. Durante una larga estancia en París entablaron amistad con Ernest Hemingway. Este avisó a Jay de que estaba a

punto de renunciar a su empleo en la oficina de París del *Chicago Daily Tribune*. Jay solicitó el puesto y consiguió el empleo. Entre 1925 y 1934 ofreció cobertura informativa de los acontecimientos de Francia, Bélgica, España, Italia, Austria, Alemania, Polonia y los Balcanes. El 16 de octubre de 1927 nació su hijo Michael. Jay residía gran parte del tiempo en Ginebra, si bien su interés por los acontecimientos de España se convirtió en una pasión muy absorbente porque, como le decía continuamente a su esposa, «era el único país de Europa occidental en el que el ideal democrático tenía futuro»[3].

En 1930 Jay se trasladó por primera vez a Madrid, donde había alquilado un apartamento a Constancia de la Mora. Jay, Ruth y su hijo Michael acababan de mudarse cuando apareció Constancia para informarles de que, tras separarse de su marido, ella y su hija pequeña necesitaban el apartamento, así que tenía que pedirles que lo desalojaran. Para su sorpresa, Jay y Ruth respondieron con amabilidad. Constancia recordó posteriormente el episodio con cierto apuro:

> Tenía infinidad de problemas domésticos que discutir con mi madre. Mientras estaba en Málaga, había alquilado el apartamento a través de Zenobia a un periodista estadounidense, Jay Allen, con su esposa y su hijo pequeño, así que, cuando regresé a Madrid, me encontré a los empapeladores y a los pintores muy atareados preparando el piso para los estadounidenses. Los Allen esperaban con impaciencia alojados en un hotel a que la pintura se secara. Con el corazón en la garganta, fui a hacerles una visita para rogarles que me dejaran disponer de nuevo del apartamento. Cuando llegué, Jay Allen estaba acostado; enfermo, según me explicó con buen humor. Tenía la colcha de la cama cubierta de periódicos, libros y papel para escribir a máquina. Su hijo pequeño, con un pantalón largo azul, ocupaba un rincón de la habitación en el que jugaba solo a un juego muy complicado y sumamente ruidoso. La señora Allen, una mujer joven y encantadora, iba de un lado a otro de la habitación contestando al teléfono, buscando libros para su incansable marido y poniendo orden en medio de una confusión que volvía a reproducirse en el momento en que ella aminoraba sus esfuerzos. «Espero que puedan perdonarme», balbucí. Los Allen escucharon mi historia y, a continuación, los tres, incluido el responsable niño, me

> aseguraron que no había ningún problema en absoluto, que claro que yo debía disponer de mi apartamento, que empezarían de inmediato a buscar otro, que no debía dedicar ni un instante a preocuparme por haber alterado sus planes… que no importaba[4].

Fue el principio de una sólida amistad que brotaría de la estrecha colaboración para defender la causa de la República durante la Guerra Civil y aun después, pero que finalizaría tristemente con una discrepancia política acerca de la estrategia que debía desarrollarse para tratar de ayudar a los refugiados españoles.

Durante sus visitas a España a finales de la década de 1920, y más aún cuando se estableció allí en 1930, Jay conoció a una amplia variedad de políticos españoles, incluidos los de extrema derecha. Fue un huésped cordialmente acogido en la casa de Madrid de la princesa Bibesco, poetisa y novelista (Elizabeth Asquith, hija de Herbert Henry Asquith, que fue primer ministro británico desde 1908 hasta 1916). En 1919, con veintidós años, se había casado con el príncipe y diplomático rumano Antoine Bibesco. Mientras este desempeñó el cargo de embajador en España entre 1927 y 1931, ella abrió un salón en el que se reunía la flor y nata de la élite política y literaria de Madrid. Antes de la caída de la monarquía, Jay solía encontrarse allí con el primo del rey Alfonso XIII, Alfonso de Orleans y Borbón, y con su esposa, la princesa Beatriz de Saxe Coburgo Gotha, nieta de la reina Victoria. El príncipe Ali, que era como le llamaban en la familia, era un aviador intrépido. Su esposa era prima de la reina consorte de Alfonso XIII, Victoria Eugenia. Fue en el salón de Bibesco donde Jay conoció al hijo del general y dictador Miguel Primo de Rivera, José Antonio. Pese a la distancia política que les separaba (José Antonio fundaría en 1933 la fascista Falange) mantuvieron relaciones cordiales. «Me caía bien pese a que detestaba a su gente, aquellos señoritos y señoritas de buena familia que a partir de 1934 exhibían en los bares elegantes sus pistolas, a menudo revólveres con la culata nacarada y el Sagrado Corazón de Jesús grabado»[5]. José Antonio ofreció a Jay la última entrevista que concedió poco antes de ser ejecutado en 1936.

Jay se reunió en varias ocasiones con José Calvo Sotelo, el dirigente monárquico cuyo asesinato el 13 de julio de 1936 se utilizaría para justificar el golpe militar dado cinco días más tarde,

si bien había sido preparado con muchos meses de antelación. Sentía cierta simpatía por Calvo Sotelo porque, cuando era ministro de Hacienda durante la dictadura de Primo, había tenido graves problemas al tratar de nacionalizar la industria española del petróleo. Con posterioridad, Jay escribió:

> Yo lo consideraba alguien con mucha labia, bastante ingenioso, de modo que, como es lógico, sus camaradas le aclamaban como una mente privilegiada (cualquier mente pensante pasaba por privilegiada en aquel entorno). Confieso que sentía un poco de pena por aquel tipo a quien le había estropeado los planes (para ser más exactos, la peseta) Deterding, de Shell [Henri Wilhelm August Deterding, presidente del grupo Royal Dutch/Shell, apodado el Napoleón del Petróleo], entre otros miembros de la hermandad internacional del petróleo, porque se había atrevido a crear CAMPSA, el monopolio del petróleo en la época de Primo.

Los grandes gigantes internacionales del petróleo se habían unido para hacer caer el valor de la peseta y Jay señaló: «Yo pensaba que Calvo Sotelo tenía que estar ciego para no haberlo previsto, y recuerdo que en una ocasión José Antonio me daría la razón con cierta amargura»[6].

Dado su profundo compromiso con la República, obviamente Jay se sentía más cómodo en la izquierda. A través de un amigo íntimo, el artista Luis Quintanilla, a quien había conocido en París, Jay trabó amistad con una serie de socialistas destacados entre los que se encontraban el futuro presidente Juan Negrín y algunos partidarios de Largo Caballero, Luis Araquistáin, Julio Álvarez del Vayo y Rodolfo Llopis. De hecho, a principios de 1931 algunos líderes del Partido Socialista Español se habían reunido algunas veces en su apartamento mientras tramaban cómo derrocar la monarquía[7]. A principios de 1934 el reaccionario propietario del *Chicago Daily Tribune*, el coronel R. R. McCormick, despidió a Jay del periódico porque se había negado a participar en un plan para contribuir a eliminar a un colega veterano a quien él calificaba de «un adorno antiguo muy caro». Como hacía poco tiempo que había heredado una suma de dinero, Jay empezó a recabar información para escribir un libro sobre Manuel Godoy, el todopoderoso

ministro de Carlos IV. Sin embargo, los acontecimientos políticos le distraerían muy pronto. Tras las elecciones de 1933, una coalición de centroderecha accedió al poder y se dispuso a desmantelar de inmediato las reformas introducidas en los dos años y medio anteriores. A lo largo de 1934 se habían convocado expresamente una serie de huelgas contra lo que la izquierda consideraba que era el primer paso para aplastar al movimiento obrero e imponer un estado corporativo. La entrada en el gobierno de la ultraderechista CEDA el 6 de octubre fue interpretada por los socialistas como el paso siguiente. La respuesta fue una huelga general revolucionaria.

Durante la represión que siguió, Quintanilla llevó a Negrín, Araquistáin, Álvarez del Vayo y Llopis, junto con el dirigente minero asturiano Amador Fernández, a refugiarse desde el 8 hasta el 10 de octubre en el piso que Jay tenía en Madrid, en la calle de Alcalá. Como consecuencia de lo que eran, en el mejor de los casos, chismorreos malintencionados o, en el peor, maldad deliberada de su vecino, el ferviente corresponsal católico del *New York Times* William P. Carney, el 9 de octubre apareció una noticia que afirmaba que Jay había sido detenido, acusado de dar cobijo a miembros del comité revolucionario y, posteriormente, liberado bajo la advertencia de que corría el riesgo de ser expulsado de España. Dar refugio al comité revolucionario entrañaba muchísimos riesgos, y la noticia procedente de Carney ponía a Jay en grave peligro. De hecho, habían detenido a Jay junto con Leland Stowe, del *Herald Tribune*, y Edmund Taylor, del *Chicago Tribune*, no porque hubiera escondido a los socialistas, sino porque algunos guardias de asalto que llevaban ametralladoras afirmaban haber recibido disparos de un francotirador oculto en el edificio en el que él vivía. Tras retener brevemente a Jay y a sus acompañantes a punta de pistola, los guardias de asalto aceptaron un whisky con soda y se marcharon. Evidentemente, tenían la corazonada de que Jay ocultaba al comité revolucionario, porque regresaron poco después y le detuvieron. Fue liberado gracias a la intervención de Claude Bowers, el embajador estadounidense. Leland Stowe, del *Herald Tribune*, protestó ante el director del *New York Times* porque la historia de Carney era parcial, falsa y difamatoria[8].

Más adelante Jay escribió de Carney: «En aquel momento no

sabía hasta qué punto estaba vinculado con el órgano de expresión jesuita *El Debate*, cuyo director, que luego fue obispo de Málaga, había trabajado en *The Times* como becario (creo que se trata de Ángel Herrera; era la eminencia gris de Gil Robles)». Durante la Guerra Civil, Carney escribiría como un ardiente partidario de la causa de Franco. En 1934 Jay tenía pocos amigos entre los derechistas que no fueran aquellos que había conocido a través de Elizabeth Bibesco. Gil Robles, el dirigente del autoritario partido católico, la Confederación Española de Derechas Autónomas, se había esforzado por provocar el levantamiento de octubre de 1934 con el fin de tener una excusa para aplastar a la clase trabajadora organizada. Con posterioridad, Jay recordaba: «Gil Robles, un hombrecillo estirado y malévolo, no era santo de mi devoción. Tampoco yo lo era para él»[9]. Como era de esperar, una vez en el gobierno el partido de Gil Robles, Jay fue detenido de nuevo, un par de semanas más tarde, como consecuencia de un reportaje sobre la represión en Asturias que había escrito para el *Chicago Daily News*. Según el embajador estadounidense, Claude Bowers, el material sobre las atrocidades de Asturias se lo había proporcionado Indalecio Prieto. Después de recibir amenazas de la policía, Jay fue puesto de nuevo en libertad. Entretanto habían detenido a Quintanilla, y Jay tomó parte con Hemingway en las tentativas de conseguir apoyos para una campaña estadounidense con el fin de que le liberaran. El episodio fortaleció aún más la estrecha amistad de Jay con Luis Quintanilla[10].

En 1935 Jay archivó el proyecto de Godoy, como haría con varios libros tras haberlos empezado. Ello se debía en gran medida a que era un perfeccionista nato, aunque su amigo John Whitaker afirmaba que su falta de productividad se debía a que era «casi tan perezoso como yo e igualmente tímido cuando estaba en compañía de las musas»[11]. Jay empezó a trabajar en un libro sobre la Segunda República, titulado provisionalmente *Revolt*. Como iba a centrarse en la lucha agraria del sur, llevó a vivir a Ruth a Torremolinos, que en aquel entonces era todavía una idílica aldea de pescadores que conservaba la belleza natural del litoral occidental de Málaga. Fueron solos, porque Ruth y él habían decidido que querían que Michael se educara en Estados Unidos; a

finales del verano de 1934, ella había realizado un fugaz viaje para llevarlo con su familia a Oregón[12]. Jay trabajaba ahora al menos en dos libros: uno sobre Godoy y otro sobre la República española. Su rutina diaria consistía en escribir de las siete a las doce y media, para después ir con Ruth a la playa. Comían a las dos, tras lo cual daban un paseo y después él escribía hasta la hora de la cena, a las ocho de la tarde. A mediados de febrero Jay escribió a Claude Bowers para invitarles a él y a su esposa a ir a pasar unos días; pero antes de que aquello se concretara, Ruth tuvo que regresar a Estados Unidos porque Michael se había puesto gravemente enfermo. Jay pasó parte de la primavera de 1936 viajando por Extremadura para recopilar material para su libro sobre el problema agrario, acompañado por Louis Fischer durante parte del tiempo[13]. Cuando posteriormente volvió a visitar Badajoz bajo la ocupación de los franquistas, en agosto de 1936, Jay Allen recordó: «He estado allí cuatro veces desde el año pasado para llevar a cabo una investigación para un libro sobre el que estoy trabajando y tratar de estudiar la aplicación de la reforma agraria que podría haber salvado a la República española; una república que, con independencia de lo que sea, dio a España escuelas y esperanza, ambas desconocidas en el país durante siglos»[14].

En la primavera de 1936, Jay quedó profundamente impresionado por lo que vio y, al regresar a Madrid, se reunió con Negrín para analizarlo. En una carta de 1945 dirigida al entonces presidente en el exilio rememoraba:

> Recuerdo muy vivamente una conversación que mantuve contigo una noche cuando regresé de Extremadura tras una gira con Louis F. y Demetrio. Recuerdo haberte dicho lo impresionado que estaba por la irresponsabilidad de los socialistas de Madrid (de algunos de ellos), por su absoluta falta de sensibilidad ante la realidad de la situación en el campo … Y recuerdo tu reacción. Según parecía, pensabas que yo suscribía la postura del Pachá. Te mostraste complacido al descubrir que no era así[15].

«Demetrio» era Demetrio Delgado de Torres, un amigo íntimo de Negrín que, durante la Guerra Civil española, sería subsecretario de Economía en el Ministerio de Hacienda con responsabilidades sobre

la adquisición de material de guerra y sobre la gestión de los fondos republicanos en el extranjero, incluidas las transferencias de oro a Rusia. «El Pachá» era Luis Araquistáin, el principal portavoz y asesor del presidente del partido, Francisco Largo Caballero.

Esta carta de 1945 revelaba no solo la estrecha relación de amistad de Jay con Negrín, sino también lo bien informado que estaba sobre la política interna del Partido Socialista Español. En la primavera de 1934, el PSOE estaba profundamente dividido entre los partidarios de Largo Caballero y los de Indalecio Prieto. Largo Caballero, decepcionado por los límites de la reforma aplicada durante los años de coalición de gobierno entre republicanos y socialistas (desde 1931 hasta 1933), había adoptado una postura revolucionaria, al menos en términos retóricos. A partir de mayo de 1934, y a través de su revista teórica *Leviatán*, Araquistáin, que había presenciado el ascenso del nazismo durante su época de embajador español en Berlín, había fomentado la oposición de Largo Caballero a colaborar con los republicanos liberales. Aunque habían convencido a Largo Caballero para que aceptara la necesidad de una coalición electoral bajo la forma de un frente popular, este se oponía con firmeza a colaborar en el gobierno con los republicanos y saboteó la oportunidad de Prieto de formar un gabinete republicano y socialista a mediados de mayo de 1936. Según Negrín, aquello debilitó fatídicamente al gobierno del Frente Popular y minó la posibilidad de impedir un levantamiento militar[16].

Lo que Jay percibió en la explosiva situación social de Extremadura en la primavera de 1936 le convenció de la necesidad de que hubiera un gobierno lo suficientemente firme como para implantar una rigurosa reforma agraria. Decenas de miles de campesinos ansiosos de tierra que vivían en la miseria se enfrentaban a unos terratenientes intransigentes decididos a no ceder nada. Jay, claro está, era amigo de Araquistáin (de ahí la suposición de Negrín de que apoyaba el punto de vista de Largo Caballero), pero era capaz de comprender que la decisión de debilitar al gobierno al tiempo que se lanzaba una retórica revolucionaria hueca era una irresponsabilidad peligrosa. Cuando Largo Caballero fue cesado como presidente en mayo de 1937, un

rencoroso Araquistáin, que esperaba ser nombrado ministro de Estado, olvidó su pasado revolucionario, adoptó un anticomunismo ferviente y se convirtió en un crítico feroz de Negrín. A esto hacía referencia Jay cuando en su carta a Negrín comentaba: «Jamás lanzaría un ataque frontal contra el Pachá, pese a todas las depravaciones que ha dicho de alguno de nosotros, pero todavía estoy convencido y afirmo en público la irresponsabilidad de la gente de Caballero durante aquella primavera»[17].

Cuando el Ejército rebelde español se alzó la noche del 17 al 18 de julio de 1936, Jay todavía vivía en Torremolinos. En aquel momento estaba solo, puesto que Ruth seguía en Estados Unidos desde febrero con su hijo Michael. Tan pronto como Jay se enteró de la noticia del golpe partió hacia Gibraltar. «Sencillamente quería llegar a Gibraltar para averiguar qué sucedía y presentarme ante el *News Chronicle*, de Londres, que me había pedido que informara para ellos en el caso de que se produjera la anunciada rebelión». Al día siguiente, se informó de que Jay Allen había muerto a manos del Ejército republicano en un corte de carretera no muy lejos de Gibraltar. Años más tarde recordaba: «Topé con algunos combates en La Línea, estuve a un pelo de que me mataran (alcanzaron a mi chófer en el hombro y al día siguiente había 68 agujeros de bala en el coche). Si hubiera imaginado semejantes problemas, habría sido más prudente». Su hijo recordaba la angustia de su madre y la suya propia durante las horas transcurridas entre la lectura de las «noticias» en el periódico de Seattle y el momento en que, antes de que anocheciera, se enteraron de que se decía que estaba en Gibraltar sano y salvo:

> Mi padre había alquilado la limusina con chófer de un rico e iba de Torremolinos a Gibraltar. Un escuadrón de soldados republicanos muy nerviosos abrió fuego. Mataron al chófer, que salió despedido a la calle dejando un charco de sangre. Mi padre salió también despedido y cayó sobre la sangre del chófer. Los soldados creyeron que también estaba muerto y se marcharon. Luego mi padre se marchó arrastrándose y se puso a salvo en Gibraltar. A todos nos parecía una ironía terrible que un defensor de la República como Jay pudiera ser la primera baja extranjera de la Guerra Civil[18].

En el transcurso de la guerra, entre los muchos despachos enviados por Jay Allen se encuentran, junto con los reportajes de Mario Neves sobre la matanza de Badajoz y el de George Steer sobre el bombardeo de Guernica, tres de los artículos más importantes y citados de los escritos durante la contienda. Se trataba de una entrevista exclusiva con Franco en Tetuán realizada el 27 de julio de 1936, de su propia versión de los días posteriores a la toma de Badajoz por parte de los nacionalistas y de la última entrevista concedida por José Antonio Primo de Rivera, a punto de ser ejecutado.

La entrevista de Jay Allen con Franco fue la primera que concedió el futuro dirigente de los rebeldes a un corresponsal extranjero. Después de que el cuartel general de los rebeldes en Algeciras le hubiera denegado un salvoconducto para entrar en el Marruecos español, el mando de Franco se puso en contacto con él y le dijo que atravesara el estrecho de Gibraltar y fuera a Tetuán. Una vez en la mansión del Alto Comisionado tras una travesía peligrosa, fue conducido finalmente ante Franco, «otro enano que acabaría gobernando». Tanto su optimismo como su inflexible determinación quedaron de manifiesto en aquella histórica entrevista que concedió a Jay Allen. Cuando le preguntó durante cuánto tiempo se prolongarían las matanzas ahora que el golpe había fracasado, Franco contestó: «No puede haber ningún acuerdo, ninguna tregua. Continuaré preparando mi avance hacia Madrid. Avanzaré. Tomaré la capital. Salvaré a España del marxismo a cualquier precio … Pronto, muy pronto, mis tropas habrán pacificado el país y enseguida todo esto parecerá solo un mal sueño». Cuando Allen replicó: «¿Significa eso que tendrá que fusilar a media España?», un Franco sonriente respondió: «He dicho a cualquier precio»[19]. En el transcurso de la entrevista, Jay reparó en que sobre el escritorio de Franco había varios ejemplares del *Bulletin de Internationale contre la Troisième Internationale* *L'Entente*, una publicación ferozmente antisemita y antibolchevique que ensalzaba los logros del fascismo y las dictaduras militares como baluartes contra el comunismo. La Entente era una organización de ultraderecha que mantenía estrechas relaciones con el

Antikomintern, una organización dirigida desde el Ministerio de Información de Josef Goebbels. Franco se los enseñó a Jay y le comentó lo valiosos que le parecían[20].

Para escribir el reportaje elaborado desde Badajoz fue necesario mucho más valor que el que le había conducido al interior de la guarida de la bestia que era el cuartel general de Franco. Había estado en Lisboa reuniendo información, no sin correr riesgos, acerca de la entrega de ochocientas toneladas de material bélico para Franco que se cargaron directamente desde el buque alemán *Kamerun* en vagones de ferrocarril bajo la supervisión de oficiales españoles[21]. Al oír hablar de la matanza de Badajoz partió para indagar por sí mismo. En una ciudad en la que las fuerzas de ocupación, compuestas por legionarios y mercenarios moros, mataban y torturaban a discreción, deambuló valientemente y de incógnito recabando información para un extenso artículo que ha superado con creces la prueba del tiempo. Lo que escribió acerca de Badajoz dio pie a que Jay fuera vilipendiado durante los años posteriores. Y lo que es más importante: lo que vio iba a obsesionarle durante el resto de su vida. Veinticinco años después, en una carta dirigida a Louis Fischer recordaba que, cuando regresó a la ciudad portuguesa de Elvas tras cruzar la frontera, «me repugnaba pensar siquiera en lo que había visto y oído al final de la limpieza. Si no recuerdo mal, pasé un par de días en la ciudad antes de hacer acopio de valor para sentarme a narrarlo»[22]. También era un relato típico de la humanidad y el compromiso ético de aquel hombre, rasgos que quedaban de manifiesto desde los primeros párrafos, escritos bajo el calor sofocante del patio de la Pensão Central de la Rua dos Chilloes de Elvas. Vale la pena reproducirlo en su totalidad.

Elvas, Portugal, 25 de agosto de 1936

> Esta es la historia más dolorosa que me ha tocado abordar jamás: la escribo a las cuatro de la mañana, enfermo de cuerpo y alma, en el hediondo patio de la Pensão Central, situada en una de las sinuosas calles blancas de esta empinada ciudad fortificada. Jamás podría volver a encontrar la Pensão Central, y nunca desearé

hacerlo.

Vengo de Badajoz, que se encuentra a pocos kilómetros de aquí, en España. He subido al tejado para volver la vista hacia allí. Había un incendio. Están quemando cuerpos. Cuatro mil hombres y mujeres han muerto en Badajoz desde que los legionarios extranjeros y los moros rebeldes del general Francisco Franco saltaron por encima de los cuerpos de sus propios camaradas muertos para atravesar las murallas tantas veces maceradas en sangre.

He tratado de dormir. Pero no se puede dormir sobre una cama sucia e irregular en una habitación cuya temperatura es la de un baño turco, mientras los mosquitos y las chinches te torturan y mientras los recuerdos de lo que has visto te torturan aún más, con el olor de la sangre en el pelo y con una mujer sollozando en la habitación de al lado.

—¿Qué le pasa? —le pregunté al somnoliento paisano que ronda por el lugar haciendo guardia nocturna.

—Es española. Vino pensando que su marido había escapado de Badajoz.

—Bueno, ¿y lo consiguió?

—Sí —dijo, y me miró sin estar seguro de si debía continuar—. Sí, pero lo devolvieron allí. Lo han fusilado esta mañana.

—Pero ¿quiénes lo devolvieron? —Yo lo sabía, pero pregunté de todos modos.

—Nuestra policía internacional.

Ya había visto antes la vergüenza y la indignación en unos ojos humanos, pero nunca así. Y, de repente, este adormilado y sudoroso ser, cuya mera presencia había supuesto un sufrimiento añadido, adoptó el gesto de dignidad y nobleza que siente un buen perro y que los seres humanos muchas veces no tienen.

Le dejé. Bajé al mugriento patio, con los pollos, los conejos y los cerdos, para escribir esto y sacudírmelo de encima.

Empezaré por el principio. Había oído rumores nefastos en Lisboa. Allí todos se espían unos a otros. Cuando salí del hotel a las cuatro de la tarde del 23 de agosto, dije que iba a Estoril a probar suerte en la ruleta. Algunas personas tomaron nota y espero que disfrutaran de aquella noche en Estoril.

Sin embargo, fui a la plaza del Rocío. Tomé el primer taxi. Di varias vueltas en él y, finalmente, recogí a un amigo portugués que sabe moverse en este medio. Fuimos al transbordador que cruza el Tajo. Una vez en la otra orilla, le dijimos al conductor: «A Elvas». Nos miró un tanto sorprendido. Elvas estaba a 250 kilómetros.

Cruzamos como un rayo un encantador país de colinas arenosas, alcornoques, campesinos con las patillas largas y mujeres con bombín. Cuando subimos la montaña para entrar en Elvas eran las ocho y media en punto, «nadie abrió jamás los pestillos». Pero ahora Elvas conoce la humillación.

Atravesamos un estrecho portón blanco. Parece que fue hace años. Desde entonces he estado un tiempo en Badajoz. Creo que fui el primer reportero que puso el pie allí sin salvoconducto y sin el inevitable pastoreo de los rebeldes; fui sin duda el primer reportero que iba sabiendo lo que buscaba.

Conozco Badajoz. He estado allí cuatro veces desde el año pasado para llevar a cabo una investigación para un libro sobre el que estoy trabajando y tratar de estudiar la aplicación de la reforma agraria que podría haber salvado a la República española; una república que, con independencia de lo que sea, dio a España escuelas y esperanza, ambas desconocidas en el país durante siglos.

Han pasado nueve días desde que Badajoz cayó, el 14 de agosto. Los ejércitos rebeldes habían seguido avanzando (para sufrir una desagradable derrota en Medellín, si mis informaciones son correctas, y a veces lo son) y los reporteros, a los que daban de comer en la mano y tenían estrechamente vigilados, habían avanzado tras su estela.

Nueve días es mucho tiempo para el oficio periodístico; Badajoz ya es agua pasada, pero también es uno de esos fatídicos lugares cuya verdad acerca del mismo no saldrá a la luz muy pronto. De modo que a mí no me importaba llegar nueve días tarde si a mi periódico tampoco le importaba.

Empezamos a escuchar la verdad antes de salir del coche. Dos vendedores ambulantes portugueses que estaban en la puerta del hotel conocían a mi amigo. Como siempre, Portugal está en vísperas de una revolución. La gente parecía saber quiénes eran «los otros». Esa es la razón por la que llevé a mi amigo.

Murmuraron algo. Este era el balance final: millares de milicianos y milicianas republicanos, socialistas y comunistas fueron masacrados tras la caída de Badajoz por el delito de defender su República contra el ataque de los generales y los terratenientes.

Desde entonces, han sido fusilados entre cincuenta y cien cada día. Los moros y los legionarios extranjeros se dedican al saqueo. Pero lo peor de todo es que la «Policía Internacional» portuguesa, desafiando la costumbre internacional, está devolviendo a los refugiados republicanos, de veinte en veinte, y de cien en cien a una

muerte segura a manos de los pelotones de fusilamiento rebeldes.

Hoy mismo [23 de agosto] llegó aquí un coche enarbolando la bandera roja y amarilla de los rebeldes. En él viajaban tres falangistas (fascistas). Iban acompañados de un teniente portugués. Se dividieron entre las callejuelas para llegar al hospital donde se encontraba el señor Granado, gobernador civil de la República en Badajoz. El señor Granado, junto con el mando del Ejército, el coronel Puigdengola, abandonaron la milicia leal dos días antes de la caída de Badajoz.

Los fascistas subieron las escaleras corriendo, atravesaron un pasillo a toda prisa con las armas desenfundadas y entraron en la habitación del gobernador. Este estaba fuera de sí ante el horror de lo sucedido. El director del hospital, el doctor Pabgeno, se arrojó sobre su indefenso paciente y pidió ayuda a gritos. Así salvó una vida.

El día anterior, el alcalde de Badajoz, Madroñero, y el diputado socialista Nicolás de Pablo fueron entregados a los rebeldes. El martes, se escoltó a cuarenta refugiados republicanos hasta la frontera española. Treinta y dos fueron fusilados a la mañana siguiente. Cuatrocientos hombres, mujeres y niños fueron escoltados por la caballería para cruzar el puesto fronterizo de Caia hasta llegar a las líneas españolas. De ellos fueron ejecutados cerca de trescientos.

Volvimos a subir al coche y fuimos a Campo Maior, que se encuentra a solo siete kilómetros de Badajoz, en el lado portugués. Un policía de aduanas parlanchín nos dijo:

—Claro que volvemos a entregarlos. Son peligrosos para nosotros. No podemos tener a rojos en Portugal en un momento como este.

—¿Y qué hay del derecho de asilo?

—Bueno —dijo—, Badajoz pide la extradición.

—No hay extradición para delitos políticos.

—Se está haciendo en toda la frontera, de arriba abajo, siguiendo órdenes de Lisboa —dijo con beligerancia.

Nos fuimos. Volvimos en coche a Elvas. Encontré a portugueses como ese y muy distintos, buenos amigos.

—¿Quieres ir a Badajoz? —preguntaban.

—No —les decía—, porque los portugueses dicen que la frontera está cerrada y me colgarían.

Tenía otra razón. A los rebeldes no les gustan los reporteros que ven ambos bandos. Pero me ofrecieron llevarme y volver a traerme

sin complicaciones. De manera que partimos. De repente nos salimos de la carretera para cruzar un puente que, atravesando el río Guadiana, conduce a la ciudad en la que los soldados de Wellington hicieron estragos en las guerras peninsulares, donde ahora sucede otra tragedia.

Estábamos en España. Conocían a mis amigos. La persona adicional que iba en el coche (yo) pasaba inadvertida. No nos detuvieron.

Fuimos en coche directos hasta la plaza. Anoto: «La catedral está intacta». Pero no, no lo está; al rodearla veo la mitad de una gran torre cuadrada destruida.

—Los rojos tenían allí ametralladoras y nuestra artillería se vio obligada a abrir fuego —dijeron mis amigos.

Aquí hubo ayer un fusilamiento ceremonial, simbólico. Siete republicanos destacados del Frente Popular (leales), fusilados con banda de música y todo delante de tres mil personas. Para demostrar que los generales rebeldes no fusilaban solo a trabajadores y campesinos. No hay que dar muestras de favoritismo entre los miembros del Frente Popular.

Nos detuvimos en la esquina de la angosta calle de San Juan, demasiado estrecha para poder circular en coche. A través de ella huían los milicianos leales para refugiarse en una fortaleza musulmana que hay en una montaña cuando los descendientes de quienes la construyeron atravesaron la Puerta de la Trinidad. Fueron apresados por legionarios que subían desde la puerta por el río y disparaban andanadas a las esquinas de la calle. Todas las demás tiendas parecían destrozadas. Los conquistadores lo saqueaban todo a su paso. Los portugueses llevan toda esta semana en Badajoz comprando relojes y joyas prácticamente regalados. La mayor parte de las tiendas pertenecen a los de derechas.

—Es el impuesto de guerra que pagan por salvarse —me dijo un oficial rebelde en tono serio.

Al final de la calle de San Juan se veían los inmensos contornos de la fortaleza del alcázar. De allí fueron expulsados con botes de humo y posteriormente abatidos los defensores de la ciudad que buscaban refugio en la torre de Espantaperros. Pasamos por una gran tienda de comestibles que parecía haber sufrido un terremoto.

—La Campana —dijeron mis amigos—. Pertenecía a don Mariano, un destacado azañista (partidario de Manuel Azaña, presidente de España). Fue saqueada ayer después de que Mariano fuera fusilado.

Pasamos en coche junto a la oficina de la reforma agraria, donde vi en junio al ingeniero jefe, Jorge Montojo, repartiendo tierra y despertando, como era lógico, el odio de los terratenientes y, como era un técnico que obedecía estrictamente los cánones de la justicia burguesa, también la enemistad de los socialistas. Había tomado las armas en defensa de la República, así que…

De repente vimos a dos falangistas dar el alto a un compatriota atado que llevaba un blusón de trabajo. Le sujetaron mientras un tercero le arrancaba la camisa y dejaba al desnudo su hombro derecho. Podían verse las marcas moradas y azuladas de la culata de un rifle. Se veían incluso después de una semana. El informe era desfavorable. A la plaza de toros con él.

Recorrimos en coche el exterior de las murallas hasta la plaza en cuestión. Sus muros de arenisca se asomaban al fértil valle del Guadiana. Es una bonita plaza de yeso blanco y ladrillo rojo. Aquí vi una vez al torero Juan Belmonte en la víspera de la corrida, una noche como esta, cuando fue a ver encerrar los toros. Esa noche también encerraban el forraje para el espectáculo de mañana. Hileras de hombres, con los brazos al aire.

Eran jóvenes, en su mayoría campesinos con camisas azules, mecánicos con mono. «Los rojos». Siguen deteniendo a gente. A las cuatro en punto de la mañana son arrojados al ruedo por la puerta por la que sale el paseíllo de la corrida. Allí les esperaban las ametralladoras.

Después de la primera noche se decía que la sangre iba a alcanzar un palmo de altura al otro lado del callejón. No lo dudo. Mil ochocientos hombres —había también mujeres— fueron acribillados allí en unas doce horas. En mil ochocientos cuerpos hay más sangre de lo que uno pueda imaginar.

En una corrida, cuando la fiera o algún infortunado caballo sangra en abundancia, salen los monosabios y esparcen arena limpia. Pero en las tardes calurosas se puede oler la sangre. Resulta muy tonificante.

Nos detuvieron en la puerta principal de la plaza, y mis amigos hablaron con los falangistas. Era una noche calurosa. Olía a algo. No soy capaz de describirlo y no lo describiré. Los «monosabios» tendrán mucho trabajo que hacer para volver a dejar presentable esta plaza para la matanza ritual de una corrida. Por lo que a mí respecta, se acabaron las corridas de toros; para siempre.

Llegamos a la Puerta de la Trinidad atravesando aquellas fortificaciones en otro momento invulnerables. La luna resplandecía.

Hace una semana un batallón de 280 legionarios entró al asalto. Veintidós viven para contar la historia de cómo saltaron sobre sus muertos y, con granadas de mano y cuchillos, acallaron aquellas dos ametralladoras asesinas. ¿Dónde estaban los aviones del gobierno? Ese es uno de los misterios. Se avecina un terremoto en Madrid.

Volvimos en coche a la ciudad y pasamos por delante de la excelente escuela nueva y el instituto de salud de la República. Los hombres que los construyeron están muertos, fusilados por «rojos» porque trataron de defenderlos.

Doblamos una esquina.

—Hasta ayer aquí había un charco ennegrecido de sangre —dijeron mis amigos—. Todos los militares leales fueron fusilados aquí y sus cuerpos fueron expuestos durante días para dar ejemplo.

Les dijeron que salieran, de modo que se apresuraron a abandonar la casa para recibir a los conquistadores, pero los abatieron y saquearon sus casas. Los moros no tenían favoritismos. Vuelta a la plaza. Durante las ejecuciones, Mario Pires enloqueció. Había tratado de salvar a una hermosa joven de quince años capturada con un fusil en las manos. El moro fue categórico. Mario presenció su fusilamiento. Ahora está bajo tratamiento médico en Lisboa.

Sé que en el otro bando hay horror en abundancia. Almendra Lejo, de derechas, fue apaleada, rociada con gasolina y quemada viva [*sic.*]. Conozco a gente que vio cuerpos carbonizados. Lo sé. Conozco a centenares e incluso a millares de personas inocentes muertas a manos de masas vengativas. Pero sé quién fue el que se levantó para «salvar a España» y levantó así a las masas en una defensa que es tan salvaje como valerosa.

De todos modos, estoy informando sobre Badajoz. Durante el asedio aquí fueron ejecutados a diario una docena o más de derechistas. Sin embargo, de vuelta en Elvas, en el casino, pregunto con diplomacia:

—Cuando los rojos quemaron la cárcel, ¿cuántos murieron?

—Pero si ellos no quemaron la cárcel.

Yo había leído en la prensa de Lisboa y de Sevilla que lo habían hecho.

—No, los hermanos Pla lo impidieron.

Conocía a Luis y Carlos Pla, unos jóvenes ricos y de buena familia que tenían el mejor taller del sudoeste de España. Eran socialistas porque decían que el Partido Socialista era el único instrumento que podía quebrantar el poder de los señores feudales de España.

—Aplacaron a la multitud que quería quemar a los trescientos derechistas de la cárcel justo antes de que entraran los moros diciéndoles que ellos iban a morir en defensa de nuestra República, pero que no eran unos asesinos. Ellos mismos fueron los que abrieron las puertas para que la gente escapara.

—¿Qué les sucedió a los hermanos Pla?

—Fusilados.

—¿Por qué?

No hubo respuesta.

No hay ninguna respuesta. A todas esas personas se les podría haber permitido huir a Portugal, a cinco kilómetros, pero no se les permitió.

Oí al general Queipo de Llano anunciar en la radio que se había tomado Barcarrota y que se había dispensado «rigurosa justicia» a los rojos de allí. Conozco Barcarrota. Allí pregunté a los campesinos en junio si, ahora que les estaban entregando tierras, serían capitalistas.

—No —dijeron indignados.

—¿Por qué?

—Porque solo nos entregan lo suficiente para nuestro propio uso, no lo bastante para poder explotar a otros.

—Pero es suya.

—Por supuesto.

—¿Qué le piden ahora a la República?

—Dinero para semillas. Y escuelas.

En aquel momento pensé: «Que Dios se apiade de todo aquel que trate de impedir esto».

Me equivocaba. ¿O no? Aquí, en el casino, que sobre todo frecuentan los terratenientes y los comerciantes adinerados, me aventuré a preguntar cuál era la situación antes de la rebelión.

—Terrible. Los campesinos ganaban doce pesetas por una jornada de siete horas y nadie podía pagarlo.

Eso es verdad. Era más de lo que la tierra podía proporcionar. Pero antes ganaban entre dos y tres pesetas de sol a sol. Veinte españoles con cintas rojas y amarillas en los ojales se sentaron en el casino y, por el mero hecho de que estuvieran allí, supuse que no tenían la sensación de que Franco hubiera puesto todavía a España lo bastante a salvo.

En las calles inundadas de luz de luna había un aroma a jazmín, pero tenía otro olor metido en la nariz. Dulce, demasiado dulce y espantoso.

> Al pie de la colina, en la plaza blanca, junto a una fuente, un joven recostado contra el muro con los pies cruzados tocaba la guitarra y un cantante entonaba una enternecedora canción de amor portuguesa.
>
> En junio, en Badajoz los jóvenes todavía cantaban al pie de los balcones. Pasará mucho tiempo hasta que vuelvan a hacerlo.
>
> De repente, irrumpió un coche en la plaza con una bandera roja y amarilla. Nos detuvimos. Los vendedores se acercaron a nosotros.
>
> —Están registrando el hotel.
>
> —¿A quién buscan?
>
> —No lo sé.
>
> En cuanto se haga de día nos iremos. La gente que pregunta no es bien recibida cerca de esta frontera, si es que puede llamársele frontera[23].

Jay podría haber esperado ganar un Premio Pulitzer por un artículo tan importante, pero su jefe, el coronel McCormick, propietario del *Chicago Daily Tribune*, se negó a presentarlo. De hecho, este y otros artículos convencieron al coronel de que Jay era demasiado izquierdista y, en octubre de 1936, le despidió otra vez junto con los demás miembros liberales de la plantilla del periódico en el extranjero[24]. El artículo indignó a la jerarquía católica estadounidense, que trataba de presentar a Franco y a los rebeldes como santos cruzados. Por consiguiente, Jay fue atacado alegando que en realidad él no estuvo presente durante la matanza. El padre Joseph F. Thorning, del Mount St. Mary's College, un hombre que acabaría convirtiendo en un negocio el poner en entredicho la credibilidad de Jay, afirmaba que la masacre no era más que una «historia absurda». En un panfleto escribió: «No se debe prestar atención al relato del señor Jay Allen por cuanto él mismo reconoce que llegó ocho días después». Pero, por el contrario, Thorning no tenía dificultad alguna en creer cierta la afirmación «estudié a fondo esa cuestión y quedé satisfecho porque ningún rojo de los rendidos en Badajos [*sic.*] fue fusilado» de Francis McCullagh, que estuvo en la ciudad diez semanas después de que los cuerpos hubieran sido retirados[25]. El relato de Jay aporta infinidad de detalles de lo que sí sabía, de lo que vio en

Portugal entre los refugiados aterrorizados, de los cadáveres del cementerio, de las entrevistas con los franquistas. Lo que tenía que decir, en cualquier caso, viene avalado por el otro gran testimonio presencial, el de Mario Neves, que el 15 de agosto escribió sobre las escenas de horror y devastación que había presenciado. También está respaldado por especialistas posteriores.

Herbert Southworth explicó dos errores que había en el despacho impreso sobre la matanza de Badajoz:

> Se envió desde una oficina de telégrafo de Tánger. En determinado lugar se dice, tal como se publicó: «Sé que en el otro bando hay horror en abundancia. Almendra Lejo, de derechas, fue apaleada, rociada con gasolina y quemada viva». Obviamente, Jay Allen telegrafió algo parecido a lo siguiente: « ALMENDRALEJO DERECHISTA APALEADO…», lo cual el telegrafista debería haber interpretado del siguiente modo: «Un derechista de Almendralejo fue apaleado». En otro lugar de este artículo Jay se refería al corresponsal portugués Mario Neves. Este nombre fue tergiversado en la transmisión y se publicó en el *Chicago Daily Tribune* como «Mario Pires», y ha seguido llamándosele así al menos en cinco ocasiones posteriores en diferentes antologías. Toda información periodística que se transmita técnicamente mediante telégrafo, teléfono, radio, etcétera, lleva incorporada la posibilidad de que haya errores, y debería tenerse en cuenta este hecho cuando se utilizan los despachos periodísticos como fuentes históricas[26].

El 16 de septiembre de 1936 Jay Allen llegó a Madrid procedente de Gibraltar y pasó la tarde con Lester Ziffren intercambiando anécdotas sobre las dificultades de los corresponsales extranjeros en el sur, controlado por los rebeldes. A continuación se reunió con Louis Fischer y le habló de lo que había visto en Badajoz. Fischer recordaba: «Visitamos Badajoz juntos el pasado mes de abril en un viaje en coche por toda España para estudiar la reforma agraria de Azaña». Jay le dijo que, cuando entró en la plaza de toros, vio «la arena cubierta por una capa de quince centímetros de espesor de sangre humana negra y reseca. Todos los hogares de esta localidad lloraban a algún miembro o pariente. La población tenía un aspecto lúgubre y sombrío. No miraba a nadie a

los ojos». Jay traía noticias de que, una vez que las columnas de Yagüe habían empezado a avanzar hacia Madrid, las operaciones de limpieza al sur de Badajoz se habían emprendido de forma concienzuda y habían impuesto su precio a la pequeña ciudad de Barcarrota, «donde en abril asistimos a un mitin socialista»[27].

Tras comentar que Jay «había demostrado ser en líneas generales el periodista mejor informado de España», su amigo y colega John Whitaker apuntaba lo siguiente respecto a su informe histórico: «Su historia fue negada y él, vilipendiado de un extremo a otro de Estados Unidos por portavoces a sueldo»[28]. Podríamos encontrar un curioso y quizá representativo ejemplo de desprecio en una carta absolutamente inexacta del padre Thomas V. Shannon dirigida al director de la revista católica neoyorquina *The Tablet*:

> Naturalmente, como todos los escritores estadounidenses en el extranjero —Duranty, Gunther, Farson—, él era de tendencia bastante izquierdista. Por incongruente que parezca, Allen representaba al periódico más conservador que había en el país, por no calificarlo de reaccionario. En cierto modo era un periodista independiente. El coronel McCormick del *Tribune* lo encontró en Europa: no lo habían enviado desde aquí. Fue despedido en una ocasión debido a unas violentas protestas de Notre Dame, y en una segunda ocasión tras recibirse quejas de otra fuente. A pesar de todo, no lo dejó.

Shannon afirmaba que Jay Allen nació y se educó como católico hasta los nueve años y que, por tanto, consideraba que su posición política posterior era una traición:

> En Madrid cayó con Azaña y su pandilla. Estaba francamente comprometido con aquel régimen, y sus escritos lo reflejaban. Aprobó con júbilo la expropiación y se deleitó particularmente con el sufrimiento de los jesuitas. Le hincharon de toda clase de información sobre la riqueza de los jesuitas, basada en habladurías. No le impresionó lo más mínimo el pillaje y la subversión de Málaga o Madrid. Escribía todo esto para cualquier periódico estadounidense que admitiera su porquería. Después de la rebelión de 1936 se volvió cada vez más violento, y mucho antes de Badajoz ya había dejado que su imaginación se amotinara. Acabó siendo un partidista amargado. La transición no fue difícil. Ya tenía cierta predisposición

hacia el partidismo hace cinco años cuando lo vi en Madrid[29].

Las duras críticas a Jay pronunciadas por Shannon se difundieron de forma generalizada. Formaba parte de un esfuerzo orquestado por la jerarquía católica para desprestigiar a quienes apoyaran a la República española[30]. A Jay le llegó finalmente un ejemplar de la infamia. El ataque público contra Jay fue desarrollado por Joseph F. Thorning, uno de los propagandistas más incansables de Franco en Estados Unidos. Era curioso que Thorning fuera el elegido para liderar la campaña contra Jay, puesto que no tenía ningún conocimiento previo de España. Posteriormente, Jay recordaba: «El doctor Joseph Thorning apareció de no sé dónde, en un principio con la marca de jesuita detrás del nombre. Aquella categoría desapareció más adelante por razones que nunca me quedaron claras, aunque oí algo sobre una herencia. La pobreza, la castidad y la obediencia no parecían ser aplicables a él, al menos no las dos primeras, y sé de lo que hablo»[31]. En 1938, al enterarse de que Jay se disponía a escribir con más detalle sobre lo que había sucedido en Badajoz, Thorning escribió con sorna: «El mero hecho de que dieciocho meses después de su primera tentativa le parezca necesario volver a hacerlo, indica que su relato original no impresionó a los lectores más reflexivos. La desgraciada verdad (para el señor Allen) es que, habiendo llegado ocho días tarde, perdió el barco. Emplear las habladurías como prueba es un triste sucedáneo». El relato del propio Thorning se basaba en el libro del comandante McNeil-Moss, que jamás estuvo allí[32]. El éxito de la campaña católica puede ponderarse con el hecho de que en la prensa local estadounidense aparecieran referencias a «Jay Allen, el bolchevique» y afirmaciones de que sus escritos le reportaban ingentes sumas de oro de Moscú[33].

Aunque quizá el artículo de Badajoz sea el legado más importante de Allen, también fue notable su actuación al conseguir, el día 3 de octubre de 1936, la última entrevista que concedió en su vida el dirigente falangista encarcelado José Antonio Primo de Rivera. Cuando proliferaban los rumores de que José Antonio estaba muerto, Jay consiguió entrevistarle en la prisión de Alicante gracias a una invitación de Rodolfo Llopis, que entonces era

subsecretario de la Presidencia de Francisco Largo Caballero. Para poder acceder al prisionero, Jay tuvo que convencer primero a la Comisión de Orden Público local, dominada por los anarquistas. Al cabo de dos reuniones muy tensas, consiguió convencerlos diciendo que, si no autorizaban la entrevista, tendría que escribir que el gobierno republicano no tenía autoridad alguna. Al entrar en el patio de la prisión, Jay Allen encontró a José Antonio y a su hermano Miguel en buenas condiciones de salud. El dirigente falangista reaccionó con ira cuando se le planteó que la defensa de los intereses de clase de los rebeldes había encenagado las ambiciones retóricas de su partido de una transformación social radical y dijo: «Sé que si este Movimiento gana y resulta que no es nada más que reaccionario, entonces me retiraré con la Falange y… y volveré a esta o a otra prisión dentro de muy pocos meses. Si es así, se equivocan. Provocarán una reacción aún peor. Precipitarán a España hacia el abismo. Tendrán que enfrentarse conmigo. Ya sabe que yo siempre los he combatido. Me llamaban hereje y bolchevique»[34]. Quizá José Antonio estuviera exagerando sus objetivos revolucionarios para ganarse el favor de sus carceleros, pero su descarada negación de las actividades de los pistoleros falangistas antes de la guerra y de la complicidad de los falangistas con las atrocidades durante la misma, irritaron sin duda a los anarquistas que presenciaron la entrevista. En vista de la actitud de José Antonio, que era cualquier cosa menos conciliadora, Jay se sintió obligado a poner fin a la entrevista «debido a las increíbles manifestaciones de Primo»[35]. Posteriormente recordaría: «Creo que en la primavera del 36, cuando fui a verle a la cárcel de Alicante antes de su ejecución, fui el último extranjero y quizá el último ser humano que habló con él aparte de sus carceleros, un grupo salvaje y ambiguo que se autodenominaba Comisión de Orden Público; todo ello, antes de que Negrín pusiera fin a ese tipo de cosas»[36].

En abril de 1937 Jay pronunció un discurso ante el Consejo de Relaciones Internacionales de Chicago. Comenzó diciendo: «Cuando dejé España no podía contárselo a nadie. Era como una pesadilla, una larga pesadilla de cuatro meses, con la única diferencia de que, de una pesadilla, uno se despierta». Habló del espanto

desencadenado cuando el golpe militar provocó el colapso del estado republicano y abrió el camino a la violencia en territorio republicano. Trató de explicar por qué la República tenía tan mala prensa en Estados Unidos, argumentando con energía que la verdad no provenía de la España rebelde. «Ningún corresponsal puede escribir esto y quedarse allí… El mundo no sabe lo que hacen los rebeldes, quizá no interesa saberlo. Pero se ha pregonado ampliamente hasta la última atrocidad del bando leal, la mayor parte de las veces sin dar la menor explicación … Hay otra razón por la que no se ha contado la verdad. La mayor parte de los corresponsales que fueron a España desconocían cómo era el escenario español. Lo sabían todo sobre el fascismo y el comunismo, esa cuestión de la que todo el mundo habla tanto, y no sabían nada de España. Dieron crédito a la cruzada de Franco para salvar a España de los "rojos". La rebelión de Franco es en realidad la inversa de la Revolución francesa. Pero ¿cómo se puede esperar que un corresponsal cuyos bienes de intercambio son el comunismo y el fascismo se ocupe de algo tan pasado de moda como la Revolución francesa? No lo saben … Además, hay otra razón. En este país hay elementos, servicios de prensa y organizaciones que han tratado de obtener algún beneficio con la cuestión de los rojos». Tras subrayar que «¡Ha sido una gran tragedia, una gran tragedia!», finalizó el discurso con estas palabras: «En mi condición de alguien que va a regresar a este "horror", pido que la gente de esta democracia nuestra trate de leer acerca de España con una mentalidad abierta. Y también pido que en este país nuestro no se permita a los grupos de presión amordazar la verdad, reprimir a la prensa, etiquetar como "rojos" a los corresponsales que escriben la verdad tal como la ven. No pueden, no podemos hacer otra cosa»[37].

Los esfuerzos por parte de los católicos para desacreditar a Jay Allen y Herbert Matthews se basaban en parte en el material suministrado por William Carney y Edward Knoblaugh. Thorning distribuyó entre una amplia red de corresponsales una declaración de Edward Knoblaugh acerca de Jay:

> No es precisamente un secreto entre los corresponsales extranjeros en España que el señor Allen, enfervorizado socialista,

> hizo allí una considerable campaña (algunas almas poco caritativas la calificarían de «agitación») a favor de la causa revolucionaria de la izquierda mucho antes de la guerra. Amigo íntimo del dirigente socialista Del Vayo y del dirigente revolucionario izquierdista Luis Quintanilla, el pintor, Allen fue detenido durante la revuelta de 1936 [*sic.*] supuestamente por haber dado cobijo en su casa al comité ejecutivo revolucionario. Los archivos del *New York Times* de aquel mes revelarán que el embajador Bowers le advirtió de que se mantuviera al margen de la política española. El artículo en cuestión (no recuerdo la fecha exacta) estaba firmado por el señor Carney, y se tradujo en una amarga enemistad entre los dos durante el resto de la misión de ambos en Madrid[38].

El propio Knoblaugh se puso al servicio de los franquistas publicando un libro propagandístico con material extremadamente exagerado sobre las atrocidades cometidas en la zona republicana y contribuyó a encubrir lo ocurrido en Guernica. Según Jay Allen, la totalidad del libro escrito por Knoblaugh era una invención: «Como sabes, algún que otro jesuita le ayudó con el libro. Apenas sabía leer y escribir. Si recuerdas el libro, era una versión muy especial, abiertamente falsa. Como es lógico, Eddie sí tenía algunas ideas curiosas y sus dotes de observación no eran excepcionales, pero era raro que sus "memorias" aparecieran bajo aquel patrón tan especial»[39]. En 1942 Jay le conoció en Peoria, donde trabajaba en el periódico local. Cuando Jay sacó el tema de la carta, Knoblaugh, que no era muy inteligente, le contestó que «ya estaba resuelto», con lo que se refería a que había escrito a Thorning para protestar diciendo que las cartas personales no deberían distribuirse libremente. Jay replicó que «a lo mejor el asunto "ya estaba resuelto" para el hombre de Dios, pero no para mí, en vista de cómo estaba escrita la carta, cómo me trataba y, entre otras cosas, cuánto se equivocaba»[40].

Cuando perdió su empleo en el *Chicago Daily Tribune* en octubre de 1936, Jay hizo algunos encargos para el *New York Times*, pero se dedicó principalmente a ejercer presión en Washington en favor de la República. En abril de 1937 se embarcó con rumbo a Francia en primera clase en el *Normandie* con su esposa Ruth y su hijo Michael. Iban también a bordo David A. Smart, el editor de la inmensamente

famosa revista para hombres *Esquire*, y el director de la misma, Arnold Gingrich. Smart quería lanzar una nueva revista quincenal que se llamara *World*
Ken-The
Insider's
(«ken» significa «saber» en gaélico), dirigida a tener al público «al corriente» de los acontecimientos del mundo tal como los veían «los participantes en ellos». Al principio Smart se sintió atraído por la idea de que la nueva iniciativa fuera radical y antifascista militante, y le dijo a Jay: «Esta revista será la primera gran oportunidad que han tenido los desamparados de Estados Unidos». La fama que tenía Jay de conseguir primicias y sus contactos en Washington le convertían en el director ideal, y de ahí el viaje a Europa para reunir material para el primer número. Desde París, Jay escribió a Smart explicándole lo que era el Frente Popular en Francia y proponiéndole que *Ken* fuera la revista del futuro Frente Popular de Estados Unidos, entendido como «un frente unido de todos los elementos liberales y progresistas sinceros e inteligentes». Smart quedó «encantado» y autorizó a Jay a contratar a algunos periodistas. Durante el verano de 1937, Jay y Ruth permanecieron en San Juan de Luz, cerca de la frontera francesa, desde donde Jay realizó una serie de incursiones en España. A su regreso a Nueva York, tomándole la palabra a Smart, Jay contrató a redactores e investigadores y encargó distintas investigaciones. La maqueta del primer número contenía un artículo de veinte mil palabras sobre el asalto fascista a la democracia. A Smart no le gustó y el artículo fue desechado en beneficio de otros temas más breves. A Smart tampoco le gustó aquello. La idea de Jay era demasiado seria y demasiado radical, cosa que no complacía a los potenciales anunciantes. En octubre de 1937 Jay fue sustituido por George Seldes, que era ligeramente más populista pero casi igual de radical. Seldes escribió más adelante: «He visto las maquetas, las pruebas, los reportajes, las ilustraciones y las fotografías que preparó Allen, todas ellas obras fieles e interesantes, superiores a cualquier otra cosa que haya aparecido todavía en *Ken*, y, sin embargo, he oído a Smart burlarse de la idea de dedicar cuarenta o cincuenta mil dólares al régimen de Allen "y no tener una maldita historia que

mostrar a cambio"». Seldes le dijo a Hemingway que los anunciantes habían amenazado con retirarse de *Esquire* si *Ken* publicaba material prosindicalista. Seldes quedó relegado a la categoría de colaborador y escribió a Hemingway que «Smart es el tipo más miedoso de Estados Unidos. Además de ser miedoso, es un hipócrita tramposo». Al enterarse de que Smart había encargado caricaturas «de acoso a los rojos» para complacer a las agencias de publicidad, Seldes escribió que era «un hijo de puta traidor». El primer número no apareció hasta el 31 de marzo de 1938, y Hemingway y Paul de Kruif fueron fichados como redactores de cara a la galería[41].

Ese otoño, mientras todavía trabajaba sobre *Ken* en las oficinas de *Esquire* de Nueva York, Jay también actuó en nombre de Negrín. En una carta bastante indirecta dirigida a Claude Bowers acerca de una reunión frustrada con el secretario de Estado, Cordell Hull, quedaba claro que Jay se presentaría en Washington de vez en cuando para ejercer presión en favor del gobierno de la República española. En esa misma carta se refería a una reunión en Poughkeepsie con el hijo del presidente, James Roosevelt, para estudiar «un conjunto bastante notable de propuestas» de Negrín[42]. El 7 de mayo de 1938, el secretario de Interior de Roosevelt, Harold L. Ickes, escribió en su diario:

> Jay Allen vino a verme ayer. Allen era corresponsal extranjero del *Chicago Tribune*, pero fue despedido cuando cubría la guerra española para aquel periódico. Está indignado por nuestro embargo de municiones de guerra a la España leal. Piensa, y estoy de acuerdo con él, que es una página negra de nuestra historia. Cree que se han impuesto al presidente Roosevelt los funcionarios de carrera que se arrodillan ante Gran Bretaña, y piensan que todos los conocimientos sobre asuntos internacionales empiezan y terminan en el Foreign Office británico. Considera que la valiente lucha de los leales es una auténtica defensa de los principios democráticos. A su juicio, se ha hecho de la neutralidad un instrumento para la destrucción gratuita … Cada vez llegan a mi escritorio más cartas de protesta contra este embargo. El *New York Times* dedicó un reportaje de primera página hace unos cuantos días al hecho de que el presidente estuviera preparándose para levantar el embargo. Allen piensa que esta historia era una artimaña deliberada para despertar las protestas de

> los católicos contra este levantamiento e impedir así que el presidente actúe[43].

Jay se las arreglaba a menudo para ver a Eleanor Roosevelt y, en una ocasión, llegó incluso a exponer durante media hora el caso del levantamiento del embargo de armas al propio Franklin Delano Roosevelt. Se había preparado meticulosamente para la ocasión, puliendo y ensayando sus comentarios. Cuando llegó el día, fue a Hyde Park y pronunció su discurso. Cuando terminó, creyendo que lo había dicho todo y que lo había dicho bien, quedó sumido en la confusión por la lacónica respuesta de Roosevelt: «¡No le oigo, señor Allen!». Jay quedó perplejo. ¿Le había oído el presidente o no? ¿Es que no había hablado suficientemente alto? ¿Había fracasado en esa circunstancia crítica de su vida y de la vida de la República española? Al ver su consternación, el presidente explicó: «Señor Allen, oigo perfectamente a la Iglesia católica y a todos sus aliados. Hablan muy alto. ¿Podrían usted y sus amigos hablar un poco más alto, por favor?»[44].

Años después, cuando trataba de ordenar sus recuerdos, Jay hizo una referencia tangencial en una carta dirigida a Herbert Southworth que reflejaba el fracaso de sus maniobras de presión conjuntas:

> ¿Hay en tus archivos algún detalle sobre el jueguecito que se trajo con nosotros F. D. R. en junio o julio del 38? Acuérdate, cuando Corcoran localizó a Drew Pearson y se propuso un trato mediante el cual NOSOTROS debíamos abandonar la línea propagandística que ponía nerviosos a los obispos protestantes, con razón, y el Departamento de Estado aflojaría entonces la mano con un envío de componentes de avión procedente de Canadá. Eleanor nos invitó a Ruth y a mí a Hyde Park, ¿te acuerdas?, para decirme casi con estas mismas palabras que F. D. R. se había echado atrás[45].

Corcoran era Thomas G. Corcoran, hombre de influencia (conocido entre sus amigos como Tommy *el Corcho*). Junto con Felix Frankfurter, un famoso catedrático de derecho de Harvard y asesor informal de Roosevelt, Corcoran fue uno de los contactos más importantes de Jay en Washington. Drew Pearson era un columnista famoso. Ambos formaban parte de lo que se denominaba

«la asociación de cerebros de Roosevelt». Pearson era consciente de que el ala reaccionaria de la Iglesia católica de Estados Unidos dirigía uno de los grupos de presión más eficaces que hubieran operado jamás en el Congreso de Estados Unidos.

Antes de ese momento, Jay había regresado a España por un breve lapso de tiempo durante el invierno de 1937-1938 y había estado en la batalla de Teruel. A bordo del barco en el que regresaba a su país escribió un cable optimista a Bowers:

> Tengo la sensación de que, aunque Franco recupere Teruel, habrá sufrido una temible pérdida de prisioneros, material, prestigio y, lo que es más importante, ha recibido lo que se merece. Consiguieron que atacara donde querían que lo hiciera. En cualquier otro lugar habría sido más peligroso. A no ser que logre romper nuestras líneas al este de Teruel, no puede recuperarse. No me sorprendería ver una encendida ofensiva gubernamental muy lejos de Teruel, y entonces el porqué de Teruel quedará claro. Matthews, Hemingway y yo podemos atestiguar que no se fusiló a ningún prisionero.

Comentaba con aquiescencia: «Fue interesante ver que los comunistas recibían un leve empujón. Les echan de todas partes. Pero tragarán eso y mucho más, creo, porque ellos quieren ganar la guerra, a diferencia de Caballero». Sin embargo, concluía: «De momento, no apostaré nada por tu señor Azaña. Los republicanos todavía están al mando, pero no creo que, cuando todo haya acabado, la guerra haya sido combatida para que España sea un lugar seguro para los Marcelino Domingo y compañía»[46].

Dado que Thorning y los demás propagandistas católicos continuaban afirmando que su artículo sobre Badajoz era una falsificación, a lo largo de 1938 Jay empezó a escribir una extensa justificación en la que demostraba utilizando otras fuentes, sobre todo la prensa portuguesa y la española rebelde de la época, que la matanza se había llevado a cabo tal como él la describió. A principios de 1939 escribió a George S. Messersmith, adjunto del secretario de Estado:

> Me encuentro en la incómoda situación de verme obligado a demostrar que vi lo que vi (y lo estoy demostrando para que se

> publique con documentos procedentes exclusivamente de fuentes rebeldes …) … He terminado un trabajo sobre la «matanza de la plaza de toros» de Badajoz de agosto de 1936 que por desgracia me tocó cubrir. Los amigos franquistas la han desautorizado por considerarla una simple mentira. He recurrido a los periódicos rebeldes y portugueses para demostrarlo. Y descubro que, a juicio de un corresponsal del *Chicago Tribune*, me he lanzado a exponerme a una acusación mucho más grave que la de mentir; según parecería por mis hallazgos, soy culpable de la ofensa más grave del almanaque del *Tribune*, esto es: MINIMIZAR EL PROBLEMA.

El manuscrito había requerido un trabajo exhaustivo y recibió la confirmación absoluta de especialistas posteriores, pero Jay jamás lo publicó. Distribuyó copias entre sus contactos de la prensa y la política estadounidense, pero tuvo poca repercusión. En la década de 1960, cuando empezó a darle vueltas a la idea de publicar algo con ese material, tuvo que pedirle una copia a Louis Fischer. Finalmente, fue Herbert Southworth el que había conservado una y propuso que la ampliaran y la publicaran juntos[47].

El trabajo sobre la matanza de Badajoz no solo pretendía refutar las calumnias de Thorning y los demás propagandistas católicos, sino que formaba parte de un proyecto mucho más ambicioso. Su intención era en última instancia ser la historia definitiva de la Guerra Civil española. Como paso preliminar, Jay quería establecer una cronología detallada, hora a hora y día a día, de lo que había sucedido en toda España. Cuando podía sacar algo de tiempo de sus demás actividades, trabajaba en su despacho, ubicado en la parte delantera de su casa, en la ciudad de Nueva York, con Herbert Southworth (a quien siempre llamaba Fritz) y una joven periodista radical llamada Barbara Wertheim (que posteriormente alcanzaría la fama como la historiadora Barbara Tuchman). Lo que nos ha quedado de su trabajo, el manuscrito de Badajoz, las notas preliminares para la cronología y la propia cronología, indica que, en caso de que hubiera finalizado el proyecto, habría sido una obra de suma importancia[48]. Durante aquella época, por el número 21 de Washington Square North desfilaron constantemente refugiados y representantes del gobierno de Negrín. Algunos, como Luis Quintanilla o Constancia de la Mora, se quedaron temporadas

largas. Otros fueron huéspedes de la infinitamente hospitalaria mesa de Ruth Allen, en la que a menudo los idiomas que se hablaban eran español y francés[49].

Cuando terminó la Guerra Civil, Jay Allen trabajó febrilmente para obtener ayuda para los centenares de miles de refugiados que habían cruzado a pie las montañas con el objetivo de llegar a Francia y concienciar de la amenaza que se cernía sobre los vencidos a manos de los victoriosos franquistas. Cuando Constancia de la Mora llegó a Nueva York en febrero de 1939, el periodista la incorporó a su campaña. Ambos presionaron a personas influyentes y poderosas, y Jay Allen tomó contacto con políticos de Washington para analizar la crisis de los refugiados y la Ley de Responsabilidades Políticas de Franco. El ayudante de Henry A. Wallace, el secretario de Agricultura, escribió diciendo que él y Wallace (que posteriormente sería vicepresidente en la segunda legislatura de Roosevelt) aceptaron por completo los puntos que les expusieron Allen y Constancia de la Mora[50]. Escribieron sendas cartas al Consejo Nacional de Relaciones Laborales de Washington describiendo la situación de los vencidos republicanos, que debían hacer frente en igual medida al hambre y al terror[51].

Jay quedó desolado por la derrota final de la República a finales de marzo de 1939. Su hijo Michael, que entonces tenía doce años, recordaba: «La noche en que cayó la República española fue la más triste que recuerdo en mi vida. Mi madre y mi padre estaban inaccesibles, ausentes, sumidos en el dolor o la depresión; y ahora creo que, probablemente, aquel fue el principio de la depresión de mi padre»[52]. De todos modos, Jay se puso a trabajar en serio y continuó luchando por la República.

Al periodista británico Henry Buckley, que había iniciado su carrera en España como corresponsal ayudante de Jay, no le sorprendió. Posteriormente escribió sobre él con afecto hacia el hombre y admiración por su compromiso político:

> Ojalá hubiera más gente en el mundo como Jay, y ojalá yo fuera lo bastante buen escritor como para describirle adecuadamente. Para mí, su compañía siempre es un tónico maravilloso. Conversar con él es como beber de una fuente de agua clara y refrescante al borde del camino. Igual que yo, y por lo que sé, Jay nunca ha pertenecido a

> ningún partido político. Su padre es un próspero abogado de Portland, Oregón, y Jay fue marinero, licenciado en Harvard y, finalmente, corresponsal en el extranjero. Tiene una inteligencia penetrante que llega hasta lo más profundo de las cuestiones más intrincadas. Sabe exponerlas con claridad y así lo hace. Yo soy moralmente perezoso. Sé que es atroz que un campesino español se esfuerce sin descanso y continúe medio muerto de hambre y que los obreros de las fábricas enfermen y mueran de tuberculosis porque no se respetan las condiciones higiénicas, y conozco todo el espanto y la sordidez de la pobreza, pero soy perfectamente capaz de olvidarme de ello y sentir que, al fin y al cabo, yo no tengo la culpa y que, en lugar de señalar las zonas oscuras de nuestra civilización con mis escritos como reportero, es mucho más sencillo restarle importancia, dar una palmadita en la espalda a quien detenta el poder y así situarse bien ante la gente que importa. Pero Jay no tiene mis aptitudes para dejar la conciencia en duermevela. Su espíritu vigilante y enérgico barre las telarañas que hay en los problemas del día a día[53].

Una de las ideas de Jay era que Constancia de la Mora escribiera un relato autobiográfico de su participación en la Guerra Civil española, para así exponer la causa de los republicanos españoles a un público más amplio. Era una idea brillante. Connie no solo era uno de los testigos presenciales, sino también una mujer que había vivido la guerra y podía contar la dramática historia de su propia fuga de un pasado aristocrático para comprometerse con la República. Jay y Ruth Allen la alojaron en su casa de Washington Square. La biógrafa de Constancia de la Mora, Soledad Fox, ha revelado que Jay buscó a Ruth McKenney como redactora para que diera forma final a la historia de Constancia. El libro fue un rotundo éxito tanto desde el punto de vista comercial como en lo relativo a exponer los argumentos republicanos al público estadounidense. A continuación, cuando un crítico hostil la acusó de ser procomunista y poco imparcial (cosa que evidentemente hacía daño a la imagen de la República española en Estados Unidos), recurrió a Jay Allen para que orquestara su defensa. Y volvió a hacerlo cuando se resucitó el caso Robles, con los consiguientes perjuicios para la República en general y para la oficina de prensa de Constancia en particular[54].

No mucho después de la llegada de Constancia, en mayo de 1939, Jay Allen acompañó a Negrín en calidad de intérprete cuando este realizó su ronda de visitas a políticos estadounidenses[55]. Para mayor decepción de Negrín, dos citas concertadas con el presidente Roosevelt fueron canceladas con poca antelación. Eleanor Roosevelt le invitó a tomar el té a modo de triste consuelo. Jay realizó esfuerzos frenéticos, pero en última instancia infructuosos, para concertar una reunión con el presidente. Sus esfuerzos se vieron obstaculizados por las continuas acusaciones, tanto de los católicos estadounidenses como de algunos republicanos españoles, de que los comunistas se habían metido en el bolsillo a Negrín. Jay escribió a Bowers: «Todo aquel que trate de levantar al fantasma "rojo" en relación con esta migración debe ser calificado de mentiroso». Le angustiaba, como es lógico, que la postura anticomunista cada vez más frenética de Indalecio Prieto y del exembajador español en Washington, Fernando de los Ríos, estuviera deteriorando injustamente el prestigio de Negrín[56]. Jay participó además, junto con Constancia y la señora Luisi Álvarez del Vayo, en una interminable sucesión de reuniones en favor de la Campaña de Ayuda al Refugiado Español para concienciar de la crisis de los refugiados. También fue el representante habitual ante el Departamento de Estado en un intento de que el gobierno estadounidense proporcionara barcos para sacar a los refugiados de Francia a México, y continuó haciéndolo a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial cada vez que iba a Estados Unidos. En 1943 mantuvo una conversación en público sobre el tema con Isabel de Palencia ante una numerosa audiencia en el Ayuntamiento de Nueva York[57].

Durante su labor en defensa de los refugiados españoles, Jay tuvo una disputa importante con Constancia. El motivo de su distanciamiento fue el hecho de que se revelaran en Estados Unidos las atroces condiciones en las que los exiliados españoles todavía permanecían en los campos de concentración franceses. Debido a la escasez de víveres, agua, ropa y cobijo adecuados, y privados de atención médica, todas las semanas morían miles de ellos. Para empeorar aún más las cosas, las autoridades francesas habían hecho una redada en la sede del Servicio de Evacuación de los Refugiados

Españoles (SERE) y lo habían clausurado. El reverendo Herman F. Reissig, secretario ejecutivo del Comité de Ayuda Norteamericano a la Democracia Española, que se había transformado en el Comité de Ayuda al Refugiado Español con el que Jay y Constancia estaban trabajando, telegrafió al Departamento de Estado pidiendo que el gobierno estadounidense elevara una protesta oficial. Constancia intercedió ante Eleanor Roosevelt con la esperanza de lograr que interviniera. Quedó claro que la política estadounidense de no intervención continuaba vigente, en este caso debido en parte a las sospechas sobre los vínculos comunistas del SERE[58].

Sin embargo, las cosas empeoraron cuando el gobierno francés tomó la decisión (conocida como «el decreto Ménard», por el general Jean Ménard, superintendente de los campos de concentración) de devolver a los refugiados españoles al otro lado de los Pirineos. Los veteranos comunistas del Batallón Abraham Lincoln de las Brigadas Internacionales se manifestaron en contra de la decisión frente al Consulado francés en Nueva York. Algunos fueron detenidos, incluidos Milt Wolff, el último comandante del batallón, y Lou Ornitz, que, como se recordará, había estado en la cárcel franquista de San Pedro de Cardeña, donde había coincidido con William Carney. En el contexto del pacto entre Hitler y Stalin, Herman Reissig y Jay Allen no consideraban prudente vincularse con actos de inspiración comunista, ni siquiera provocar en el gobierno francés una actitud contraria a los refugiados. Así, tanto ellos como la mayoría del Comité de Ayuda al Refugiado Español votaron en contra de participar en las protestas. En consecuencia, una escandalizada Constancia escribió desde Ciudad de México una carta abierta a Jay el 9 de abril de 1940 que ponía punto final a la amistad:

> Querido Jay Allen:
>
> Como conozco la excelente labor que hiciste en Estados Unidos durante los dos años y medio de la guerra de España e incluso después, y como fui testigo de tu perfecta comprensión de la traición que sufrió Madrid y su heroica población con Franco, no soy capaz de comprender ahora qué te ha sucedido.

A continuación acusaba a Jay de aceptar la negativa francesa de

que se hubiera promulgado el decreto Ménard y se abandonara con él a los refugiados españoles «en esta hora de máxima necesidad», y concluía acusándolo de que mentía para preservar una vida cómoda[59].

Una semana después de ver la carta, Jay escribió a Claude Bowers:

> Se suponía que la Campaña de Ayuda al Refugiado Español, sucesor del antiguo Comité Norteamericano y de los Amigos de la Democracia Española, era de carácter apolítico. Nuestros enemigos nos llamaron «comunistas». No lo éramos, o al menos no desde que yo me incorporé al consejo el pasado mes de mayo. Fui yo quien insistió en que nuestros fondos se destinaran a Francia a través de los cuáqueros el pasado mes de octubre, cuando nuestras oficinas permanentes de allí fueron desmanteladas. En las últimas seis semanas, nuestros amigos comunistas se han esforzado por dirigir la organización de tal manera que se ajuste a sus intereses y de forma que nos habrían desprestigiado a nosotros y, lo que es más importante, habrían demostrado retroactivamente los hechos de que se nos acusa. Yo me mantuve firme y fui apoyado por mi valerosa colega, la señora Vincent Sheean [Diana Forbes-Robertson]. Se produjo una ruptura y los comunistas acabaron en una organización rival creada por ellos a la que deseo mucho éxito. Hubo un tremendo escándalo por la orden de expulsión de Ménard, que, absurdamente, Daladier consideró apropiado negar calificándola de «un cuento». No era un cuento. Pero no veía razón alguna para permitir que los comunistas ocuparan el primer plano y comprometieran a todos nuestros amigos en nombre de los refugiados. Haberlo hecho habría supuesto desacreditar a don Juan [Negrín], a Del Vayo y a otros republicanos españoles.

El consiguiente ataque lanzado por Constancia había herido profundamente a Jay:

> Ahora nuestros amigos comunistas me consideran el enemigo público número uno y soy el destinatario de una carta abierta de una señora a la que siempre he conocido como «Connie» pero que firma «Constancia de la Mora». La adjunto para que la examine detenidamente. Permítame decir que he respondido con una carta personal a Connie en la que firmé como Jay y señalaba que me resultaba difícil responder a una carta abierta de una amiga, y en

particular a una carta abierta que termina como lo hace la suya[60].

Más de veinte años después, a Jay todavía le escocía la injusticia de las acusaciones de Constancia y escribió a Louis Fischer:

> Ciertamente me manifesté … acerca de lo que consideraba la rudeza de los franceses hacia los refugiados españoles, pero también sobre la atroz ignorancia de los chicos de la Brigada Lincoln que formaron un piquete ante el Consulado francés en Nueva York. He dicho en público en varias ocasiones lo que me corresponde sobre este tema. (Casualmente, encuentro una carta de Ernest Hemingway de aquella época en la que dice que, aunque los franceses eran unos canallas, cualquier otra nación sencillamente habría llamado a la caballería y devuelto a nuestra gente a empujones a Franco).

Jay sentía tanta amargura que cuando Constancia le pidió ayuda para regresar a Estados Unidos, él se la negó y «le envié un mensaje a través de un amigo común para comunicarle que rendía culto a su memoria pero que le odiaba. Y aquello era bastante cierto»[61].

La asociación de veteranos también acusó a Jay de ser «más amable con el gobierno francés que con los refugiados españoles». Se le vinculó a Ralph Bates, en aquel momento acusado de mentiroso y azote de los rojos, y al Comité Dies, que era como se conocía al Comité de Actividades Antiamericanas. Después de lo que había hecho por la causa republicana, debió de ser indescriptiblemente entristecedor leer en el boletín de los veteranos que «de quienes defienden al imperialismo británico y francés los refugiados españoles pueden esperar únicamente traición, cárcel y muerte»[62]. No obstante, le escribió a Juan Negrín: «Me alegra mucho que adoptáramos la postura que adoptamos, pese a haber perdido a muchos amigos, como Connie. De no haber adoptado aquella postura, jamás habríamos conseguido volver a hacernos oír en este país». Y proseguía diciendo:

> Si hoy día este país no ve con alarma las actividades en favor de los refugiados españoles no es por alguna medida inteligente emprendida por Connie y sus amigos. Y permítaseme decir también que me parece criminal cualquier actividad tendente a calificar a los refugiados republicanos españoles con una etiqueta que, en muchos lugares del mundo, equivale a una sentencia de muerte. En nuestro

> caso no se trataba de «defender a Daladier», como parecía creer Connie, sino de defender a los refugiados. Esa sigue siendo nuestra postura y hacemos todo lo que podemos[63].

En aquella época, Jay y Ruth cuidaban de la exmujer de Negrín y de sus tres hijos, Juan, Rómulo y Miguel[64].

En la primavera de 1940 Jay quedó enormemente conmovido cuando el novelista alemán y comisario de las Bridagas Internacionales Gustav Regler le dedicó su novela *The Great Crusade*. Junto con Hemingway y Eleanor Roosevelt, Jay trató de ayudar a Regler a viajar a México desde Francia, donde lo habían retenido en un campo de concentración[65]. En octubre de 1940 Jay escribió a un amigo que era juez del Tribunal Supremo, el magistrado Felix Frankfurter, que había sido defensor de la República española y por entonces participaba en la campaña de reelección de Roosevelt para un tercer mandato. La carta reflejaba lo que serían sus dudas duraderas respecto al libro proyectado sobre la guerra española, y al mismo tiempo revelaba la intensidad de la esperanza que había depositado en la lucha por la democracia en general y en España en particular. Escribió:

> Me alegra mucho que encontrara tiempo para leer el libro de Regler. No nos defrauda. Es también un libro veraz. ¡Hay tan pocos libros veraces! El de Hemingway también es un libro veraz. Es un libro milagroso. Así era España. Al leerlo, no me entristece haber escrito tan poco, pues creo que ese poco fue sincero. Creo que no podría haber escrito el tipo de libro que siempre me instaban a escribir y que a veces tuve tentaciones de escribir, y lo considero tan rigurosa e imaginativamente auténtico como los que Gustav y Ernest, grandes artistas y grandes espíritus ambos, han sabido escribir. Puede parecer una tontería decir esto, pero tener la conciencia tranquila en 1940 ya es algo.

En la carta formulaba una vehemente declaración de su postura política. Rememoraba su indignación cuando Adolf B. Berle hijo, el vicesecretario de Estado, admirador de Franco, le había insinuado que los defensores de la República eran comunistas. Le indignó particularmente en el contexto del pacto nazi-soviético:

> Si todos éramos comunistas, ¿cómo es que Negrín y Álvarez del

> Vayo son tan apasionadamente probritánicos? ¿Cómo es que Regler y Gustavo Durán, dos de los grandes héroes de aquella increíble acción colectiva, hombres que aceptaron la disciplina comunista mientras duró la guerra porque era *la única disciplina* y porque *nosotros*, los de las democracias occidentales, arrojamos a España en los brazos de Stalin, cómo es que hoy son más apasionadamente antinazis que nunca? Los comunistas no son antinazis. ¿Cómo es que todos los corresponsales, Ernest, Jimmie Sheean, Lee Stowe, Matthews, Edgar Mowrer, Fernsworth, Whitaker, Buckley y este servidor sentimos lo que sentimos por esta guerra?

Jay pidió a Frankfurter que le sugiriera a Berle que leyera a Regler y a Hemingway: «Por lo menos, para averiguar por qué un pueblo de Europa, una multitud sin apenas armas, que plantaba cara a feroces enemigos, traicionado por el mundo, pudo luchar durante dos años y medio y resistir sin rendirse jamás, hasta que los británicos, los franceses, el niño mimado del señor Kennedy y Dios sabe quién más conspiraron para eliminar hasta el último apoyo que pudieran brindarle»[66].

Una semana después Jay Allen viajó a la Francia ocupada con un encargo de la Alianza de Prensa Estadounidense (NANA, North American Newspaper Alliance), aunque también le habían pedido que trabajara con un comité dedicado a ayudar a los intelectuales y artistas antifascistas a escapar de la Francia ocupada. Lo que no sabían ni la NANA ni el Comité Estadounidense de Ayuda de Emergencia (AERC, American Emergency Rescue Committee) era que el Servicio de Inteligencia británico también le había encomendado a Jay que contactara con la incipiente clandestinidad francesa para determinar el paradero de los soldados británicos abandonados en Dunkerque[67]. El Comité Estadounidense de Ayuda de Emergencia era dirigido desde Nueva York a través de su oficina local en Marsella, el Centre Américain, regida desde el verano de 1940 por Varian Fry, un periodista estadounidense y especialista en cultura clásica un tanto quisquilloso. La oficina central de Nueva York no estaba satisfecha con Fry desde hacía algún tiempo, tanto por la envergadura de los gastos en que estaba incurriendo como por la irritable susceptibilidad reflejada en numerosos mensajes insultantes y prepotentes. En una carta dirigida

a su esposa el 17 de octubre de 1940, Fry se refería a Mildred Adams Kenyon, la secretaria del AERC, y sus colegas como «esos bobos de Nueva York», «esos imbéciles redomados de Nueva York» y «esos idiotas de Nueva York»[68]. Se negaba a frenar el gasto y, por consiguiente, buscaron a un sustituto. Mildred Adams había sido periodista durante la Guerra Civil española, había conocido y admirado a Jay Allen y por entonces trabajaba en la ayuda a los refugiados españoles. Por tanto, Adams pensaba que sería un sustituto ideal para Fry. Jay estaba dispuesto a aceptar el trabajo porque confiaba en ser capaz de ampliar su labor en defensa de los refugiados republicanos españoles y los brigadistas internacionales cautivos.

A finales de noviembre de 1940, la oficina principal del AERC en Nueva York había informado a Varian Fry de que llegaría un sustituto. A finales de año, recibió un mensaje en la oficina en el que le pedían que fuera al hotel Splendide a determinada hora «para encontrarse en el bar con un “amigo”». El emisario era Jay Allen, a quien encontró sentado con un vaso largo de whisky escocés con soda en la mano. El hecho de que Jay bebiera whisky fue el primer ladrillo del muro de la hostilidad de Fry («Debía de haber traído el whisky desde Lisboa, pues los suministros de Marsella hacía mucho tiempo que se habían agotado»). Si Jay le desagradó al instante, tampoco le cayó mejor su acompañante, «una estadounidense entrada en años que él le presentó como Margaret Palmer». La hostilidad de Fry no tenía nada que ver con lo que Margaret Palmer pudiera decir o hacer. Henry Buckley recordaba haberla conocido en el apartamento de Jay en 1934, y entonces la calificó como «una estadounidense encantadora que ha vivido en Madrid durante más años de lo que quiere recordar»[69].

Jay había viajado hasta Francia vía Casablanca para evitar pasar por España. El 5 de diciembre de 1940, en Marrakech, había conseguido una entrevista con el general Weygand, hombre de setenta y cuatro años al mando de la parte francesa del norte de África de Vichy[70]. Jay también planeaba viajar hasta Vichy para entrevistar al mariscal Pétain. Pensaba combinar su trabajo para la NANA con el del comité, y confiaba en que sus acreditaciones de periodista fueran una buena tapadera para sus actividades

clandestinas. Para mantener cierta distancia entre el comité y él, Jay había confiado a la señorita Palmer la responsabilidad de ser el filtro a través del cual él pudiera estar informado y también impartir instrucciones al equipo, con el que evitaba reunirse como fuera. Después de su primer encuentro, Jay escribió a Fry: «Como colofón de nuestra conversación de hoy, permítame decirle lo siguiente. En primer lugar, daba por supuesto que está usted preparándose para marcharse y tiene el convencimiento de que desarrollaré su labor con la mejor de mis capacidades, aunque no la llevaré a cabo necesariamente a su modo y, si es posible, la ampliaré en otras direcciones. En segundo lugar, supongo que, dado que tengo cierta responsabilidad por todo esto, usted me considerará al mando a partir del 1 de enero. Como es natural, hará lo que mejor considere en los asuntos ya en curso, pero me tendrá informado. Le sugiero que elabore un informe diario, por breve que sea. Así será posible mantener al corriente a un servidor. Se entregará el informe a través de MP». A continuación pedía cuentas de todos los gastos que había que mantener y solicitaba que le hicieran llegar a través de Margaret Palmer copias de toda la correspondencia[71].

A Fry le molestó el acuerdo que se le proponía, era reacio a transferir sus actividades y tenía miedo de que Jay, como periodista, pudiera estar sujeto a estrecha vigilancia de la policía. Por lo tanto, hizo caso omiso de las instrucciones de Jay, no pasó la correspondencia entrante y saliente de la oficina de AERC y sobrepasó el presupuesto. Jay le escribió con dureza: «Debo pedirle que relea la carta del Comité que le traje desde Nueva York. Vuelva a leer también mi nota del 2 de enero, por favor. Mientras tanto, debo solicitarle formalmente que no haga nada sin haberlo consultado conmigo; de lo contrario, tomaré medidas efectivas para que se dé cuenta de cuál es su actual posición en el AERC»[72]. Difícilmente podría haber sido más distinto el nervioso e hipersensible Fry de Jay Allen, sofisticado y curtido en mil batallas. El resentimiento de Fry hacia Jay crecía día tras día. Se quejó a la central de AERC en Nueva York por el tono de la nota de Jay. Justificó su oposición a Jay aduciendo que era «demasiado impaciente, demasiado autoritario y muy reacio a escuchar a los

demás y a aprovecharse de la experiencia, a menudo difícil y costosa, de los demás». Con «los demás» se refería a sí mismo. Fry escribió a su mujer en unos términos que hacen difícil reconocer a Jay Allen. «El amigo es dictatorial y estúpido. Es incapaz de escuchar a nadie (como todo el mundo sabe), está absolutamente desinformado sobre lo que hacemos y, según parece, muy poco interesado en enterarse. Sencillamente se dedica a acosarme para que continúe, sin detenerse nunca a pensar en las consecuencias». Durante el período de transición, Fry informó a Margaret Palmer de los casos en los que había estado trabajando, tanto legal como ilegalmente, y todas las noches ella regresaba al hotel Splendide para informar a Jay de lo que había averiguado a lo largo del día[73].

Evidentemente, Fry era demasiado voluble como para poder confiarle cualquier información acerca del trabajo de Jay al servicio de los británicos. En su ignorancia, y obsesionado con su propia posición, a Fry le hervía la sangre al pensar en la llegada de Jay, y el 5 de enero le escribió a su esposa que el comité de Nueva York «parece un puñado de imbéciles babosos». Además, para enojo de Jay, continuó actuando como si fuera el responsable de la oficina. Quizá Jay no dedicara a la organización la minuciosa supervisión que requería, pero difícilmente puede tacharse su conducta, según lo retrata Fry, como la de un metepatas dictatorial, «terco e intimidatorio»[74]. Parte del problema residía en que Fry, aparte de estar egoístamente celoso de lo que consideraba su pequeño imperio, se interesaba únicamente por los artistas e intelectuales. Era inevitable que Jay estuviera más volcado en la contienda general antifascista y que le entusiasmara organizar la entrada en España de personal militar británico y de brigadistas internacionales que huían de los alemanes[75]. Tras llegar a Vichy, Jay Allen consiguió, el 17 de enero de 1941, hablar con el mariscal Pétain durante uno de sus breves momentos diarios de lucidez. El resultado fue la primera entrevista concedida a un periodista extranjero desde que se convirtiera en el jefe del Estado francés. La mayor parte de la entrevista publicada, sin embargo, consistía en Pétain justificando la capitulación francesa en junio de 1940 y elogiando los «progresos» realizados desde entonces. En febrero Jay

recorrió el África del Norte francesa. En Argelia entrevistó al gobernador, el almirante Jean-Marie Abrial, y redactó un artículo anodino que solo recogía las palabras del almirante[76].

En realidad, aquellos artículos eran una tapadera de sus tentativas de contactar con gente que ayudara al Comité Estadounidense de Ayuda de Emergencia, particularmente con su viejo amigo Randolfo Pacciardi, que había estado al mando del Batallón Garibaldi italiano de las Brigadas Internacionales. La Ejecutiva de Operaciones Especiales británica deseaba tenerlo en Londres para que participara en la creación de una legión italiana que combatiera junto a los aliados y contribuyera con su esfuerzo a debilitar el régimen fascista. Pacciardi estaba en una prisión de Vichy y los británicos habían urdido un plan para sacarle de la cárcel y llevarlo a través del desierto hasta el puerto de Orán. El cometido de Jay consistía en comprar una barca que llevara a Pacciardi, a una hora convenida de antemano, hasta un submarino británico que le estaría aguardando. Cuando Jay fue a entrevistar al mariscal Pétain, a quien había conocido muchos años atrás, le pidió ayuda para ver las «buenas obras» que el gobierno de Vichy había realizado en Orán. Encantado, el mariscal le dijo que le proporcionaría un capitán de la policía militar para que actuara de guía, un turismo descubierto de cuatro puertas y seis policías militares en moto para escoltarle. Con las sirenas aullando, recorrieron la ciudad y el capitán mostró a Jay todas las «buenas obras» realizadas por el régimen de Vichy. Cuando llegaron al puerto, Jay vio un grupo de barcos de pesca en la orilla y preguntó al capitán si podía preguntar a aquellos sencillos pescadores por su buena vida bajo el régimen de Vichy. El capitán, encantado de que Jay estuviera tan interesado, le instó a hacerlo. A la vista del sonriente capitán y sus hombres, procedió a comprar un barco en el que Pacciardi pudiera reunirse con el submarino británico aquella misma noche. Sacó un fajo de billetes y contó la importante suma exigida para una misión tan arriesgada. Estrechó la mano del pescador, saludó con la mano al capitán y regresó al turismo. Y se marcharon, con las sirenas aullando de nuevo, a terminar la gira por las «buenas obras» de Pétain[77].

Las cosas llegaron a un punto crítico entre Jay y Fry a mediados

de febrero de 1941, cuando el primero visitó el despacho del segundo en el Centre Américain. Desconocemos la versión de Jay de aquel enfrentamiento. Según Fry, que es cualquier cosa menos fiable, hubo un intercambio de gritos en el que

> [Jay] dijo que me iba a partir el cuello. Juró hacer todo lo posible en mi contra tan pronto como regresara a Nueva York … Durante toda la conversación alardeó de lo importante que era él y del éxito que tenía («Soy todo un éxito…»), y juró que haría que me pusieran de patitas en la calle en cuanto él regresara. Dijo que nunca había odiado tanto a nadie en su vida, que yo era poco de fiar y deshonesto, que era un «carrerista» (¿qué es un «carrerista»?), que estaba «acabado», que él «me descubriría» … Siempre desataba un ciclón en mi despacho … La señorita Palmer dice que es un genio, pero yo me inclino por pensar que está un tanto chiflado.

A mediados de marzo, para regocijo manifiesto de Fry, Jay fue apresado por los alemanes. Había traspasado sin autorización la línea de demarcación y había ido a París, donde se había reunido con algunas personas que estaban bajo la vigilancia de la Gestapo. Entonces, le siguieron cuando regresaba hacia el sur y le detuvieron mientras trataba de volver a entrar en la Francia de Vichy. Él creía que había sido denunciado por un oficial estadounidense que simpatizaba con los fascistas y con el que se había topado en los Campos Elíseos. Cuando le detuvieron, Jay llevaba notas incriminatorias con el nombre, el rango y el número de placa de los soldados británicos que había localizado. Para evitar que cayeran en manos de la Gestapo, le dijo al policía de fronteras que estaba enfermo y que tenía que ir al cuarto de baño, donde hizo pedazos las notas y las tiró por el retrete. Cuando llegó la Gestapo, entregó unos cuadernos de notas llenos de garabatos periodísticos relativamente inocuos. De todos modos, Jay fue acusado de espionaje, condenado a muerte y encarcelado en Chalon-sur-Saône[78].

Cuando recibió la noticia, Fry escribió a su esposa con malvado regocijo: «¿Crees que lo torturarán? ¿Será capaz de mantener la boca cerrada acerca de nosotros y nuestro trabajo? ¿O se vendrá abajo y hablará cuando le metan las cerillas entre las uñas y el

fuego le muerda la carne?». Diez días después de la detención de Jay, una operación que él había planeado con anterioridad con Randolfo Pacciardi acabó en catástrofe. La idea era establecer un puente regular para llevar a distintos refugiados antifascistas españoles e italianos desde Orán hasta Gibraltar, pero la policía de Vichy lo descubrió y les tendió una trampa. Ufano y desbordante de satisfacción, Fry escribió a su esposa: «Claro que me complació. Era un final demasiado feliz para un loco jactancioso y bravucón no brindar a los observadores la satisfacción moral de ver cómo alguien recibe su justa recompensa». Con pasmosa insensibilidad, proseguía: «Lo siento por él no tanto por las incomodidades que debe de estar sufriendo, sino por el ridículo de su carrera aquí: era gritón, exagerado, temerario y brusco, y acabó de repente y de forma tonta. Debe de rebosar odio hacia mí, y así estarán, supongo, sus partidarios en nuestro país. Pero lo cierto es que yo tenía razón y él estaba terrible, increíble y magníficamente equivocado»[79].

Al almirante William D. Leahy, embajador estadounidense en Vichy, conservador y firme admirador de Pétain, le irritaron las actividades de Jay. Su reacción inicial fue la de dejarle pudrirse bajo la custodia de la Gestapo. Sin embargo, le sacudió de su letargo un telegrama del Departamento de Estado en el que le informaban de que «se ha generado una enorme angustia en diversos círculos a causa de la detención de Jay Allen. La señora Roosevelt, además de otras muchas personas relevantes, está personalmente interesada en la cuestión», y le urgían a que informara de lo que podía hacer la embajada para acelerar su liberación. Leahy consultó a las autoridades francesas y contestó con toda tranquilidad a Washington: «Comprenderán que, dado que Allen penetró en la zona ocupada sin ningún tipo de autorización y dado que está bajo custodia de las autoridades alemanas, los franceses no están en disposición de poder contribuir a conseguir su liberación». Informaba también de que había pedido a su primer secretario, Maynard B. Barnes, «que dé todos los pasos oportunos que a su juicio facilitarán la obtención de la liberación de Allen y, además, intenta por todos los medios conseguir una autorización para que un miembro del personal de la embajada visite a Allen. Bajo las actuales circunstancias, no veo que podamos hacer nada

más». Barnes solicitó a la Asociación de Prensa Estadounidense de París que escribiera a las autoridades de ocupación alemanas solicitando que «se conceda toda la consideración posible al hecho de que Allen simplemente estaba haciendo lo que a cualquier corresponsal de prensa con iniciativa le gustaría hacer»[80].

Lo cierto era que Jay había hecho mucho, como admitía lord Halifax, el embajador británico en Washington. No era de extrañar que, pese a que la Asociación de Prensa hacía lo que Barnes indicaba, Jay continuara preso. Una semana después, Leahy informaba con suficiencia al Departamento de Estado de que Barnes había escrito a la Embajada alemana diciendo:

> Tenía entendido que la práctica general de las autoridades militares en la línea de demarcación es imponer únicamente penas leves a aquellas personas que cruzan clandestinamente la misma, y también tenía entendido que, de las sesenta o más personas detenidas en las inmediaciones de donde detuvieron a Allen el día en que fue detenido, casi todas han sido puestas en libertad, bien con el pago de una fianza, o bien tras el cumplimiento de un breve período de encarcelamiento.

La percepción que tenía Leahy de Jay era que se trataba de un estorbo y no era consciente de que, para los alemanes, era un prisionero de cierta relevancia; un hombre cuyas actividades periodísticas durante la Guerra Civil española habían sido significativamente útiles para la República. A Leahy le alegró recibir garantías por parte de los alemanes de que Allen «no recibirá un trato ni mejor ni peor por ser periodista o estadounidense». En realidad, tanto la Gestapo como la policía de Vichy interrogaban con frecuencia a Allen, pues querían que reconociera que era un agente británico[81].

Barnes continuó presionando sin éxito a la Embajada alemana en París. La respuesta, una evidente táctica dilatoria, fue que «si el gobierno estadounidense quiere manifestar al gobierno del Reich algún deseo en particular en relación con el caso del señor Allen», debería hacerlo a través de la Embajada de Estados Unidos en Berlín. Para Cordell Hull estaba claro que Jay era «sometido a un trato más duro que el que se dispensaba a otras personas en

situación similar». Washington solicitó formalmente al gobierno alemán que autorizara a un diplomático estadounidense a visitar a Jay y que acelerara su liberación. Los aplazamientos de Berlín se relacionaron posteriormente con la detención en Estados Unidos de varios marineros alemanes y dos propagandistas, Manfred Zapp y Günther Tonn. Dado que Zapp era amigo íntimo del ministro de Asuntos Exteriores nazi, Joachim von Ribbentrop, y que el propio Hitler se había interesado por su caso, la idea de realizar un intercambio de prisioneros comenzó a tomar forma. Sin embargo, las cosas se complicaron más por la existencia de una orden francesa de detención de Jay bajo la acusación de espionaje. Los franceses alegaban que, durante su estancia en Vichy, Jay había pagado a un periodista para que robara un documento ministerial comprometedor. El 23 de junio, por haber cruzado ilegalmente la línea de demarcación, los alemanes condenaron a Jay a cuatro meses de cárcel, de los cuales solo se contabilizaría uno de los tres que ya había cumplido. En consecuencia, Jay fue trasladado desde Chalon-surSaône a la muchísimo más dura cárcel de Dijon. Finalmente, a mediados de julio se llegó a un acuerdo para realizar un intercambio de prisioneros. El hecho de que el Departamento de Estado se ocupara del caso y de que el fiscal general, Robert H. Jackson, autorizara el intercambio de prisioneros fue en gran medida gracias a los hercúleos esfuerzos de Ruth Allen. Dadas las complicaciones en relación con las acusaciones francesas, Jay permaneció en cautividad hasta agosto de 1941[82].

El 24 de agosto, poco después de su regreso, Rex Stout entrevistó a Jay para el programa *Speaking Liberty Series* de la NBC Red Network para Estados Unidos y América del Sur. Allí relató cómo le detuvieron: «Hace cinco meses, el último de mi estancia, pasé desde la Francia libre a la zona ocupada. Los nazis me capturaron cuando salía. Un campesino que me había ayudado a pasar iba a sacarme clandestinamente y, mientras lo buscaba (posteriormente me enteré de que lo habían detenido), fui apresado por un policía de aduanas alemán en la línea de demarcación. Estos guardias son muy eficaces, utilizan perros policía y tienen la desagradable costumbre de colocar minas terrestres donde sospechan que la gente se cuela. Crucé la línea porque quería ver lo

que estaban haciendo los nazis en la Francia ocupada. Lo aprendí de primera mano a lo largo de cuatro meses y medio en su prisión. Allí, en una cárcel militar de Chalons, averigüé más de lo que hubiera podido descubrir en caso de haber estado en libertad».

Quizá lo más elocuente acerca del estado de ánimo de Jay es que decía que, mientras estaba preso, le preguntaban continuamente si los estadounidenses sabían lo que los alemanes estaban haciendo en Francia: «Yo solía decirles a mis compañeros de celda que empezábamos a tomar conciencia de ello, pero ahora que he vuelto a casa me pregunto si es así». Cuando le preguntaron si Weygand sería capaz de resistir la presión que recibía para arrojar a Francia al bando del Eje, contestó: «Soy periodista, no un adivino, pero mi meditada opinión es la siguiente: la resistencia a los nazis, a la cooperación francoalemana tanto en el norte de África como en la propia Francia, procede de la gente que se niega con tenacidad a creer que Alemania pueda vencer, y su resistencia es precisamente tan firme como firme es la esperanza en una victoria democrática»[83].

Jay empezó enseguida a trabajar en un libro sobre sus experiencias con el título de *My Trouble with Hitler*. Iba a publicarlo Harper, pero el inveterado perfeccionismo del autor retrasaba continuamente el proyecto. También realizó una gira para pronunciar una serie de conferencias con la agencia Colsten Leigh, y en la publicidad de las mismas solía mencionarse su libro. Una vez que el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 metió a Estados Unidos en la contienda, Jay quiso volver a trabajar como corresponsal de guerra. Sin embargo, su amigo Robert Sherwood, que entonces era funcionario del gobierno, le pidió que «llevara a cabo un trabajo para el Ejército durante la invasión del norte de África; concretamente en la invasión de Marruecos». Si bien él hubiera preferido trabajar como reportero, aceptó. Cuando el domingo 8 de noviembre de 1942 la Operación Antorcha vio cómo las fuerzas aliadas desembarcaban en el norte de África, Jay descubrió que se encontraba al frente del Departamento de Guerra Psicológica del Ejército de Estados Unidos en Marruecos. Al almirante Leahy, que en julio de 1942 se había convertido en jefe del Estado Mayor de Roosevelt, no le pareció bien. Albergaba

grandes simpatías hacia Pétain y no le gustaban las actividades propuestas por Jay. En los apuntes de su diario del 20 de octubre de 1942, el almirante Leahy escribió:

> Robert Sherwood, de la Oficina de Información de Guerra [Office of War Information, OWI], llamó para comentar un informe que recibí procedente del Departamento de Estado en el que se destinaba al señor Jay Allen al norte de África. El señor Allen fue encarcelado en territorio ocupado por viajar sin los salvoconductos necesarios. Entonces trabajaba con el general George C. Patton. El señor Allen tenía iniciativa y energía, pero carecía de discreción[84].

Oficialmente, Jay fue asignado al cuartel del general Eisenhower en Argelia con el rango de coronel «asimilado». Trabajaba en realidad bajo las órdenes del general George C. Patton en Marruecos. Coincidió allí con su amigo Herbert Southworth, que ya prestaba servicios para la Oficina de Información de Guerra. Dejando a un lado aquella coincidencia, el servicio militar en el norte de África no sería una experiencia satisfactoria para Jay. Según sus propias palabras: «[Allen] no podía ocultar su disgusto hacia la política del Departamento de Estado de transigir con la gente de Vichy, en las personas de Darlan y Giraud, pero insiste en que aceptaba las órdenes y las cumplía como cualquier otro soldado». Le indignaba particularmente lo que él califica de «virulento antisemitismo de nuestros mandos», unido a una actitud que, según él, se aproximaba a «la adulación de los árabes». Le asustó un oficial veterano que le dijo que no comprendía qué tenían de malo los «nasis», y más aún le impresionó descubrir que los campos de prisioneros de Vichy albergaban a miembros de la resistencia francesa y a exbrigadistas internacionales. El alto mando estadounidense no tenía interés por hacer nada a ese respecto porque aceptaba la explicación de los franceses de Vichy de que se trataba de comunistas peligrosos. A Jay le impresionó aún más la experiencia de su amigo íntimo, el coronel Arthur *Michel* Roseborough, de la OSS, destinado en Argelia y responsable de las comunicaciones con la clandestinidad francesa. El coronel Roseborough tenía órdenes de no comunicarse con la clandestinidad gaullista porque eran rojos. Se pasaba todo el día en el despacho

entreteniéndose con cosas absurdas. Según le dijo Jay posteriormente a su hijo, el coronel iba al club de oficiales y se emborrachaba como una cuba todas las noches, y luego iba dando tumbos a su despacho y se comunicaba en secreto con los gaullistas. La supuesta embriaguez era su tapadera[85].

El 17 de diciembre de 1942, el amigo y asesor de Eisenhower, el capitán Harry C. Butcher, recordó un alarmante informe de Jay para el general Patton acerca de la actitud progermana del comandante francés de Vichy en el norte de África, el general Charles-Auguste Paul Noguès y sus mandos. En el informe afirmaba que la política estadounidense de transigencia hacia Darlan «excedía los límites presuntamente exigidos por el "interés militar" y que nuestro apoyo sostenido a desacreditados generales y burócratas con la mentalidad de Vichy nos costaría la confianza del pueblo francés, del que tendremos que depender durante la invasión»[86]. En enero de 1943, justo antes de que Franklin D. Roosevelt tuviera que reunirse con Churchill en la conferencia de Casablanca, Jay manifestó al general Eisenhower su preocupación por las relaciones estadounidenses con los elementos profascistas de Vichy. Este le despachó con la brusca afirmación de que había una guerra que ganar. Jay renunció a su puesto en la OWI y regresó a Estados Unidos en febrero de 1943, «no porque no fuera capaz de cumplir órdenes que considerara moralmente erróneas y políticamente inoportunas, sino porque sus sentimientos personales le convertían en alguien fichado para los hombres del cuartel general, muchos de los cuales eran antiguos colegas suyos»[87].

Tras el embargo estadounidense impuesto a la República española y la transigencia con los dictadores, aquello supuso otro paso en la senda hacia la decepción absoluta. Su hijo quedó impresionado por el aspecto de su padre: «Cuando lo vi, supe que algo iba muy mal. Y empeoró». Perdió el interés en finalizar el libro, ya que la guerra, que había comenzado el 18 de julio de 1936 en España había dejado de ser su guerra. En palabras de su hijo: «Había sufrido demasiadas derrotas. Combatió por la justicia y por la paz. Combatió bien. Y le abatieron. En más de una ocasión me dijo: "Michael, no te metas en las barricadas demasiado pronto", con lo cual entiendo que quería decir: "Que no te abatan demasiado

pronto"». Sin embargo, cuando regresó a Estados Unidos, y pese a sufrir las primeras fases de una profunda depresión de la que jamás se recuperaría por entero, aceptó realizar otra gira para pronunciar una serie de conferencias y defendió su opinión enérgicamente, «centenares de veces, en la radio y en artículos de revistas». Posteriormente señalaría: «No fue muy glorioso, pero quizá fuera una pequeña contribución en medio de todo el caos para el despertar que finalmente se produjo»[88]. Hemingway le escribió más o menos en la época en que regresó desde el norte de África. Según parece, Martha Gellhorn le había propuesto revisar el manuscrito de *My Trouble With Hitler* y había postergado el momento de empezar a escribir una novela hasta que le llegara el libro. Después de una espera interminable, abandonó la esperanza de verlo y empezó su novela. Hemingway escribió: «He leído varios capítulos del manuscrito con gran interés y admiración, y me habría alegrado de hacerlo». Sin embargo, sus otros compromisos le impidieron asumirlo: «Creo que era un material maravilloso y me habría sentido muy orgulloso de haber sido de alguna utilidad para ti al prepararlo para su publicación. Pero me resultaba imposible acometerlo en este momento». La siguiente frase era un ejemplo paradigmático de la falta de sensibilidad de Hemingway: «Ahora te escribo por algo importante», a saber, su necesidad de que Jay le proporcionara cierta información sobre las actividades profranquistas de Edward Knoblaugh, que se había presentado en La Habana afirmando ser amigo de Jay. En cuanto le dijo a Jay que no podía ayudarle con su libro porque estaba ocupado, escribió: «Ah, Jay, ¿podrías enviarme esto inmediatamente, al margen de las muchas otras cosas que tengas que hacer?». Jay se puso de inmediato a hacer lo que le pedía Hemingway[89].

Jay se dedicó a sus libros sobre la España del siglo XIX, sobre sus experiencias en la prisión alemana y sobre la Guerra Civil española. El 20 de marzo de 1943 se publicaron en el *New York Times* anuncios de que Jay Allen, recién llegado del norte de África, había entregado un libro a Harpers que se publicaría antes del verano de 1943 con el título *The Day Will End: A Personal Adventure behind Nazi Lines*. Se trataba de *My Trouble With Hitler*. No se volvió a oír nada más de él. Según parece, insatisfecho por los cambios

editoriales que Harpers había propuesto, Jay retiró el manuscrito y continuó trabajando en él. Acompañado de Ruth, Jay se trasladó a Seattle durante 1944 para atender a su padre y sus propiedades. Su ánimo se alimentaba de la esperanza de que, una vez que Hitler y Mussolini fueran derrotados, se haría algo con la dictadura de Franco. Confiaba en regresar a una España libre, en parte porque así podría recoger los varios miles de libros que había tenido que dejar en Torremolinos cuando se vio obligado a partir hacia Gibraltar en julio de 1936. Su máxima esperanza era ver restaurada la República y «continuar donde lo habíamos dejado». Consideraba que era posible «si mantenemos la cabeza sobre los hombros y somos conscientes de que, para defendernos, sería mucho más potente que la bomba atómica una política directa y valiente de apoyo político y económico a países como España, donde la población ha acabado por dudar de nuestras intenciones»[90]. Cuando aquello no sucedió y Estados Unidos actuó en connivencia con la supervivencia de Franco, Jay se retiró de la esfera pública. Lo que sucedió exactamente continúa siendo un misterio, pero en cierto modo parece que los trabajos de Jay no encontraron salida porque su nombre figuraba en una lista negra como consecuencia de sus actividades a favor de la República española. Al morir su padre, Allen empezó a vivir de su herencia. En 1946 se trasladó a Carmel y se quedó allí, desde donde realizaba visitas frecuentes a Nueva York[91].

En muchos aspectos, el valiente periodista Jay Allen desapareció. La derrota de la República española, el desgaste sufrido al tratar de alertar a Estados Unidos del peligro del fascismo, su experiencia en una prisión de la Gestapo y la violenta reacción antiizquierdista que emponzoñaba la vida estadounidense de finales de la década de 1940, se coaligaron para agotar su optimismo y determinación a la hora de continuar luchando por aquello en lo que creía. Su hijo escribió un artículo en el que es imposible no percibir una referencia a un Jay abatido y desilusionado:

> He conocido a hombres que combatieron para preservar la libertad de la República española. Aquí había hombres que vivían un

> ideal de democracia, libertad y prosperidad. Tuvieron una visión de una nueva España. Y entonces España cayó, y con ella sus sueños. Y con los sueños, quedaron destruidas sus vidas. Yo era pequeño cuando se libró aquella guerra. Quizá entonces la memoria sea más poderosa. Mi mente estaba menos abarrotada de cosas. Vi la tragedia con más claridad, de modo que la muerte era más vívida. Luego llegaron aquellos que trataron de despertar a Estados Unidos ante la amenaza del fascismo de Hitler. Amaban demasiado a este país como para ver que se vendía a temores miserables y ambiciones nimias. Entendían que nuestras fronteras se encontraban en el Rin y que nuestras esperanzas residían tanto en París como en Milwaukee. Pero también se estrellaron. Se les llamó «antifascistas prematuros».

Del mismo modo, seguramente pensaba en su padre cuando escribió sobre el sufrimiento de aquellos «que asumieron el dolor de atemperar sus objetivos. Aquellos fueron hombres que vieron cómo se rompían en pedazos sus anhelos más preciados»[92].

Fue una sensación que parecía crecer a medida que Jay trabajaba en un libro sobre la Guerra Civil española en un intento de exponer aquello por lo que él y otros habían luchado. Escribió a Negrín y le envió una larga serie de peticiones detalladas que revelaban lo estrechamente que habían colaborado durante la guerra: «Mi problema ha sido en parte algo que Ruth llama "derrotismo". Da igual la palabra que escoja, pero ¿es preciso que siga contando?». Luego proseguía con amargura: «Cometí un grave error yendo al norte de África y desperdiciando una suculenta temporada de conferencias en el curso 1942-1943. Después de aquello, jamás me recuperé desde el punto de vista económico. Tuve la pintoresca idea de que iba a servir a mi país. ¡Imagínate!»[93]. De forma explícita, Michael Allen escribió de Jay: «Mi padre fue un periodista que respiró el aire de España hasta que llegó a convertirse también en su país. Fiel a su país y a sus esperanzas, combatió por la República española. A una edad muy temprana vi la plenitud de la vida reflejada en mi propia casa; la plenitud que emana por sí sola de la devoción a algún ideal que trasciende a nuestras limitadas existencias»[94].

A lo largo de todo este tiempo, Jay jugueteó con su vigente

interés por la España del siglo XIX. En 1948 le dijo a Bowers que estaba escribiendo una biografía de Isabel II y volvió a decírselo en 1957. Sin embargo, al igual que sucedió con el libro sobre la Guerra Civil española, su perfeccionismo impidió que lo finalizara. Sus investigaciones eran meticulosas, pero vacilaba a la hora de enviarle a Bowers un par de capítulos, ya que «parece que nunca consigo darles la forma adecuada. Aprecio muchísimo tu opinión y preferiría pasar por un haragán antes que por un historiador de nula relevancia». Él y Ruth realizaron un gran esfuerzo para ayudar a su amiga Margaret Palmer, que lo había perdido todo en España y vivía en la miseria[95].

En la década de 1960 Jay contempló el resurgir del interés por la Guerra Civil española estimulado por la publicación del libro de Hugh Thomas. Interesado únicamente en que se contara la verdad, Jay instó a Herbert Southworth a que le enviara a Thomas un ejemplar de su manuscrito sobre las actividades de las columnas africanas cuando ocuparon Badajoz. Thomas había consultado a Southworth durante la elaboración de su libro pero, por asombroso que resulte, no a Jay Allen. «Tú eres quien debe ponerse en contacto con él. Pese a las sugerencias de Ham Armstrong y otros, nunca vino a verme». Estaba un tanto dolido, pero únicamente le preocupaba que Thomas recibiera los medios para corregir sus datos: «Me resultaba difícil escribirle a Thomas como si nada; tal vez fuera el orgullo». Ciertamente, reflexionar sobre el libro de Thomas resucitó en él los lamentos por no haber concluido nunca su propio libro, del que podría haber formado parte aquel espléndido capítulo sobre Badajoz. Volvió a retomar algunas de sus notas a la luz del texto de Thomas e incluso escribió a Herbert preguntándole si valía la pena tratar de hacer algo importante con la «cronología».

En realidad, no había puesto el alma en terminar el libro. En el camino se interponían su depresión por lo que percibía como las interminables traiciones, el embargo de armas estadounidense, Munich y la derrota de la República española. Del mismo modo que sus experiencias en Vichy habían minado su entusiasmo a la hora de publicar *My Trouble With Hitler*, ahora no podía hacer acopio de la energía necesaria para finalizar el proyecto de la Guerra Civil española. En una carta dirigida a Herbert formulaba un triste y

revelador comentario que no solo se aplicaba al libro, sino también a sus actividades políticas en defensa de la República:

> Al volver la vista atrás (cosa que hago con cierta frecuencia, pero tampoco demasiada para no romperme el cuello), me doy cuenta de que soy vergonzosamente culpable de no concluirlo. Pero ¿de qué habría servido salvo para levantar mi ánimo y el de mis amigos? Como ya dije en su momento, era como volver a empapelar el interior de un tonel que discurre río Niágara abajo. Como sabes, Munich fue un augurio nefasto para mí, y no estaba muy equivocado[96].

Jay nunca concluyó su gran libro sobre la Guerra Civil española. Su salud se deterioró y a principios del verano de 1968 sufrió el primero de una serie de derrames cerebrales cada vez más debilitadores. Escribió a Herbert diciéndole que se había visto afectado todo el lado izquierdo de su cuerpo y la laringe[97]. A pesar de todo, continuó manteniéndose al corriente de lo que se publicaba sobre la guerra y siguió haciendo ajustes superficiales a su manuscrito. En el otoño de 1972 sufrió otro derrame y murió justo antes de Navidad.

Tercera parte

Después de la guerra

9

La visión humana de Henry Buckley

Se dice que, después de la Guerra Civil, cada vez que Hemingway regresaba a España acudía a Henry Buckley para averiguar qué pasaba realmente en la España de Franco[1]. Cuando Hugh Thomas publicó su monumental y pionera historia de la Guerra Civil española, le agradeció a Buckley el haberle permitido «hurgar sin piedad en sus sesos»[2]. William Forrest, que estuvo en España durante la guerra representando primero al *Daily Express* y, después, al *News Chronicle*, escribió: «Buckley vio más aspectos de la Guerra Civil que cualquier otro corresponsal extranjero de cualquier otro país, e informó de ello con una escrupulosa observancia de la verdad que le valió el respeto incluso de aquellos que en ocasiones hubieran preferido que la verdad permaneciera oculta»[3]. Puede que Henry Buckley no escribiese ninguna de las crónicas de guerra más famosas, como el relato de la matanza de Badajoz de Jay Allen o la descripción de Guernica de George Steer. Sin embargo, además de las sobrias noticias enviadas durante toda la guerra y de la ayuda dispensada en abundancia a colegas menos experimentados, aportó algunos de los documentos más imperecederos de la República y la Guerra Civil española, un testimonio monumental de su labor como corresponsal.

La obra de Buckley *Vida y muerte de la República española* constituye una descripción única de la política española a lo largo de toda la Segunda República, desde su proclamación el 14 de abril de 1931 hasta su derrota a finales de marzo de 1939. El libro

abarcaba el período en su totalidad, combinaba recuerdos personales de sus encuentros con los grandes políticos de la época junto con testimonios presenciales de acontecimientos dramáticos, y narraba esa compleja experiencia con una prosa ágil y adornada de humor, compasión por el sufrimiento humano e indignación ante aquellos a quienes consideraba responsables de la tragedia de España. En ella se sintetizaba su labor como corresponsal del *Daily Telegraph* durante la Guerra Civil española. Supuso una irónica apostilla a las experiencias narradas en el libro el que, no mucho después de que se publicara en 1940, el almacén de Londres que albergaba las existencias de la obra recibiera el impacto de una bomba incendiaria y quedaran destruidos todos los ejemplares no vendidos de la misma.

Henry Buckley nació en Urms, cerca de Manchester, en noviembre de 1904 y, tras pasar algunas temporadas en Berlín y París, fue a España para representar al hoy desaparecido *Daily Chronicle*. Tras la Segunda Guerra Mundial regresó a España con su esposa catalana y residió allí hasta su muerte. Pese a su pasado de entusiasta partidario de la Segunda República, consiguió volver a ser corresponsal después de la Segunda Guerra Mundial. Irónicamente, el general Franco le recibía con frecuencia en la audiencia oficial que concedía anualmente a la Asociación de Prensa Extranjera.

Henry Buckley era un católico ferviente con orientaciones sociales radicales. Más que la ideología, era la empatía lo que explicaba su apoyo a la lucha de los trabajadores industriales y los campesinos sin tierra de la década de 1930. Esto es algo que queda de manifiesto a lo largo de todo su libro. Como correspondía a un conservador, era un gran admirador del general Miguel Primo de Rivera, a quien acompañó en una ocasión en uno de sus paseos nocturnos («ese auténtico caballero andaluz»; «en vez de un dictador, Primo era un Papá Noel nacional»). No veía con buenos ojos a Alfonso XIII («su rostro refleja habilidad, quizá astucia, pero no inteligencia»), y eso se debía en parte a que le parecía que el rey había traicionado a don Miguel Primo de Rivera. Buckley era un hombre empecinadamente sincero. Le gustaba el hijo del dictador, José Antonio (aunque le inquietaban los matones a sueldo que

integraban la Falange), simpatizaba con el cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer, y no le gustaba mucho el dirigente republicano Manuel Azaña.

Le decepcionó su primera impresión de España, dada la pobreza y el aspecto harapiento de los campesinos, pero también era ferozmente autocrítico con la complacencia implícita en el hecho de informar acerca de un país del que en 1929 no sabía nada. Buckley escribe de principio a fin con cierta conciencia cómica de sus propias deficiencias, describiéndose a sí mismo, al abandonar París camino de Madrid, como alguien «virgen, bastante cascarrabias y con poca sangre». Su ojo para la belleza femenina está siempre atento, pero apaciguado por cierto sentido del ridículo sobre su propia masculinidad. Nos habla de una novia alemana que se desmayaba en sus brazos cada vez que él la besaba: «Consecuencia, me temo, de la debilidad de su corazón, y no de mi destreza en este ámbito»[4].

Tal vez Buckley fuera un ignorante cuando llegó, pero se dispuso a aprender y lo hizo. Al principio trabajó como corresponsal a tiempo parcial para Jay Allen, que era el principal corresponsal europeo del *Chicago Daily Tribune* y que en aquella época vivía en París[5]. A Henry Buckley le disgustaba Madrid porque era «inhóspita, ventosa y monótona», y le escandalizaba aquella situación en la que «un millón de españoles viven a expensas del resto de la nación». Pero, según refleja su relato del asedio de la capital durante la guerra, acabó por amar la ciudad y admirar a sus habitantes. Cuando decía: «Tengo la impresión de que el sistema democrático adoptado por la República cuando el rey Alfonso abandonó el país fue en cierta medida responsable de la tragedia de España», parecía un conservador inglés, pero pronto quedaba claro que su opinión se basaba en la creencia un tanto radical de que los republicanos no eran lo bastante dictatoriales para comprometerse con una reforma concienzuda de la anticuada economía del país[6].

El sobrecogedor valor de su maravilloso libro reside en que presenta una imagen objetiva de una década crucial de la historia contemporánea de España, fundada en una abundancia de material recabado como testigo presencial que solo podía reunir un corresponsal que residiera de forma habitual en el país. Abundan las

anécdotas penetrantes y reveladoras. Mientras la multitud republicana invadía las calles de Madrid, Buckley, esperando bajo un frío glacial en el exterior del palacio de Oriente la noche del 13 de abril, pregunta a un conserje qué hace la familia real. «Yo me imaginaba a sus miembros reunidos en un cónclave angustioso, llamando a sus amigos, haciendo consultas desesperadas. La respuesta fue serena y comedida: “Sus majestades asisten a una proyección cinematográfica en un salón recién dotado de equipo de sonido”». Al día siguiente, fue testigo de como el entonces desconocido señor Negrín apaciguaba a una muchedumbre impaciente que pedía que se colocara una bandera republicana en un balcón del palacio de Oriente. En el bar de Chicote, en la Gran Vía, «el elegante hijo de un banquero español, educado en Gran Bretaña, le dice que “el único futuro que tendrán los republicanos y los socialistas será el de la horca y la prisión”». En el otoño de 1931 ve cómo le niegan la entrada al palacio de Oriente a la esposa de Niceto Alcalá Zamora el día de la investidura de su marido como presidente de la República, cosa que le parece emblemática de la situación de las mujeres[7].

Uno de los mayores deleites de la prosa de Buckley puede encontrarse en sus retratos enormemente perspicaces de las principales figuras políticas y militares de la época. El conocimiento de Buckley se traducía en valoraciones que han teñido profundamente los juicios posteriores de los historiadores. Sobre el presidente de las Cortes Julián Besteiro, cuyas erróneas apreciaciones interferían en la reforma agraria, escribió con malsana ironía que «hacía gala de una excelente tolerancia y se apresuraba a apoyar a los más débiles; en este caso, los representantes del feudalismo que no habían tenido la menor consideración por sus oponentes durante más de un siglo». Inmediatamente después de la matanza de campesinos anarquistas llevada a cabo por las fuerzas de seguridad el 8 de enero de 1933 en Casas Viejas, en la provincia de Cádiz, Buckley califica a Carlos Esplá, entonces secretario de Gobernación, como «un republicano atolondrado de ineficacia superlativa», y dedica mucho tiempo a explicar la debilidad de la República derivada de la incapacidad de sus políticos para hacer frente a la prepotente brutalidad de la

Guardia Civil. Pese a la poca simpatía que le despertaba su ideología, Buckley admiraba la eficacia política del líder de la CEDA, José María Gil Robles: «Malhumorado, enérgico, con excelente autoridad y un criterio digno de tener en cuenta acerca de los hombres y de la política». En cambio, consideraba que la supuesta veta revolucionaria de Largo Caballero en 1934 era abiertamente falsa. Se refirió al general Gonzalo Queipo de Llano como «un oficial irritable e irascible», y describió en tono de sátira la vacua oratoria de Alcalá Zamora[8].

Henry Buckley conoció a todos los políticos de renombre de la España de la década de 1930. Cedric Salter, que también escribió para el *Daily Telegraph*, visitó Madrid en la primavera de 1937 y escribió posteriormente que había conocido a Buckley, al que describió como «pequeño, observador, con una sonrisa ladeada y una vehemente admiración por Negrín»[9]. Buckley admiraba en efecto a Negrín, pero estaba absolutamente entusiasmado con Dolores Ibárruri. Después de conocerla en Valencia en mayo de 1937 y someterse a una apasionada arenga suya, escribió: «¡Menuda mujer! En mi opinión, es la única política española que he conocido. Creo que conozco a la mayoría de los que tienen algún motivo para ser famosos durante esta generación, y ella es la única que realmente me impresionó por ser una gran persona». Simpatizaba con Indalecio Prieto y admiraba su inagotable labor como ministro durante la Guerra Civil, pero era consciente de que no toda su febril tarea era tan productiva como podría haberlo sido, puesto que insistía en ocuparse de todos los detalles, hasta el punto de llegar incluso a examinar personalmente las solicitudes de los periodistas que querían visitar el frente. Buckley señala con exasperación que el secretario de Prieto, Cruz Salido, lo remitía sin más todo a Prieto[10].

Sobre Valentín González, *el Campesino*, su opinión confirma la de otros testigos: «Tenía en la mirada el extraño magnetismo de un loco». Por contra, pocos observadores esperarían que se dijera del brutal estalinista Enrique Líster que valoraba la importancia de la buena comida: «Tenía un cocinero que había estado en los vagones restaurante de Wagon-Lits antes de la guerra, y en las distintas ocasiones y refugios en los que conseguí comer en el cuartel general

de Líster, no creo que jamás me sirvieran nada malo». Buckley también pudo admirar cómo Líster «manejaba los restos de cuerpos del Ejército con frialdad y considerable destreza». Buckley reserva su máxima admiración para Negrín, no solo por su dinamismo sino también por su esencial amabilidad.

> Mi impresión principal de él fue su firme compasión por el sufrimiento humano. Miraba al repartidor de periódicos al que le compraba un diario de la tarde y decía: «¿Ya te tratan esos ojos, chico? ¿No? Bueno, ve a ver al doctor Fulano a la clínica Tal, dale esta tarjeta y él se ocupará de que te traten de inmediato». O fuera, en el campo, se detenía en las aldeas pequeñas y hablaba con los campesinos, miraba sus miserables casas y veía más allá de la máscara fácil del pintoresquismo que tanta enfermedad y sufrimiento ocultaba en España. Antes de marcharse, deslizaba en las manos de la mujer de la casa algo de dinero o una tarjeta con los que pudieran recibir algún tratamiento médico gratuito. Ese era el Negrín que yo conocí[11].

La atención de Buckley sobre el detalle revelador devuelve la vida a la política de la Segunda República. Durante la campaña electoral de las elecciones de noviembre de 1933, Buckley visitó el cuartel general de la CEDA y percibió la fastuosidad de los carteles empleados en la campaña de Gil Robles. El 21 de abril de 1934 asistió en El Escorial a la concentración de las Juventudes de Acción Popular, que quedó empapada por el chaparrón de agua. El desfile, los saludos y los vítores ayudaron a Buckley a entenderlo como una prueba para la creación de unas tropas de choque fascistas. Se esperaba que acudieran cincuenta mil personas, pero, pese a las facilidades de transporte, a la gigantesca campaña de publicidad y a las grandes sumas de dinero gastadas, acudieron menos de la mitad de esa cifra. Además, como señalaba Buckley, «hubo muchos campesinos que dijeron alegremente a los reporteros que el dirigente político local los había mandado allí con el viaje y los gastos pagados». La víspera del levantamiento de los mineros de Asturias, la noche del 5 de octubre, Buckley estaba con los socialistas Luis Araquistáin, Juan Negrín y Julio Álvarez del Vayo en un bar de Alcalá discutiendo sobre el acierto de la estrategia de Largo Caballero. Durante el sitio de Madrid, describió cómo el hotel

Palace se convirtió en un hospital. Durante la batalla de Guadalajara, entrevistó a tropas regulares italianas que habían ido a España en respuesta a una petición militar formal. A finales de mayo de 1937 se apresuró a llegar a Almería para examinar los daños causados por el buque de guerra alemán *Admiral Scheer* el 31 de mayo de 1937, en represalia por el bombardeo republicano del patrullero *Deutschland* el 29 de mayo de 1937, y realizó una espeluznante descripción de los daños ocasionados entre los barrios de clase trabajadora de aquel puerto desguarnecido.

Como testigo de estas escenas, Buckley se siente abrumado por la indignación, aunque su simpatía hacia los pobres de España ya se había fraguado nada menos que en 1931. Cuando reflexiona sobre la situación de Alfonso XIII la noche antes de su salida de Madrid, formula una pregunta retórica: «¿Dónde están tus amigos? ¿Acaso crees que este excelente pueblo de España tiene el corazón de piedra? No. Si hubieras mostrado generosidad o comprensión ante su dolor y su esfuerzo, no te habrías quedado sin amigos esta noche. Pero nunca las mostraste». Aunque Buckley fue católico practicante durante toda su vida, su fe católica se tambaleó debido a la hostilidad de la derecha católica hacia la República, y adujo: «Por mucho que me disgustase la violencia de la multitud y la quema de iglesias, me parecía que era a los españoles que profesaban su fe católica en voz más alta a los que había que culpar más de la existencia de masas analfabetas y de la maltrecha economía nacional». Su humanidad entró en conflicto con su fe religiosa, como puede apreciarse en sus vívidas descripciones de la vida cotidiana de los famélicos jornaleros del sur.

En cierto modo, lo que más indignaba a Buckley es el papel del gobierno británico y los cuerpos diplomáticos. Al respecto señaló:

> Cuando hablaba con alguno de nuestros funcionarios diplomáticos, los veía sumisamente favorables de antemano a la derecha española. La consideraban una garantía contra el bolchevismo, y por ello creían preferible que estuviera en el poder mucho antes que los socialistas o los republicanos, y se reían con elegancia ante la mínima insinuación de que la derecha española pudiera alinearse algún día con Alemania e Italia y que nosotros pudiéramos ver amenazadas nuestras rutas imperiales.

Apenas le sorprendió que su amigo, el gran corresponsal de guerra Jay Allen, le dijera que había visto aterrizar en Gibraltar a pilotos italianos y que los oficiales británicos les permitían cortésmente y con toda clase de facilidades cruzar la frontera para seguir rumbo a Sevilla. Tras el bombardeo del navío de guerra alemán *Deutschland*, los miembros de la tripulación alemana muertos fueron enterrados en Gibraltar con todos los honores militares. Después de que los alemanes se vengaran atacando a una Almería desguarnecida, Buckley presenció el funeral de una de las víctimas. Al mirar los rostros desolados y las manos nudosas de quienes acompañaban el féretro se preguntó: «¿Cómo es que hay tan pocas personas a las que les importa cuánto sufren las masas trabajadoras?». Quedó aterrado de que, mientras el puerto de Gandía era bombardeado por la aviación alemana y los barcos británicos quedaban hechos pedazos, se ordenara a un destructor de la Marina Real británica próximo a Valencia que no hiciera nada. En efecto, el panorama que describe Buckley es el de una clase dirigente británica que antepone sus prejuicios de clase a sus intereses estratégicos. En este sentido, cita a un diplomático británico que afirmó: «Lo esencial que hay que recordar en el caso de España es que se trata de un conflicto civil y que es muy necesario que nos mantengamos junto a nuestra clase»[12].

Ciertamente, Buckley no compartía la histeria anticomunista de las clases medias británicas. Se mostraba escéptico ante las afirmaciones de que la Unión Soviética pudiera crear un satélite español.

> Aun suponiendo que el Partido Comunista consiga obtener el control absoluto del gobierno y de la nación, es de suponer que esta seguirá compuesta de españoles, a los que creo que sería muy difícil que Rusia impusiera una determinada línea de conducta no aceptada por los españoles en su conjunto … Rusia, por supuesto, tenía toda clase de intereses en salvar la República, pero no creo que, más allá del natural deseo de ver al Partido Comunista español con todo el poder posible y de propagar al máximo sus ideas, los rusos tuvieran alguna intención de convertir a España en un estado súbdito, y no consigo entender en absoluto cómo podrían hacer tal cosa desde semejante distancia … Se ha escrito mucho sobre las actividades

> rusas en España durante la Guerra Civil, pero ciertamente no veo ninguna clase de efectivos rusos ni entre las fuerzas policiales ni en individuos particulares, a excepción del cuerpo diplomático, unos cuantos periodistas y unos pocos asesores militares. A partir de octubre de 1936, también hubo durante algún tiempo una serie de aviadores y expertos en blindados, hasta que la mayoría de ellos fueron paulatinamente reemplazados, pero fueron bastante reservados a la hora de exponer sus convicciones.

Por esa razón, a Buckley no le convencía mucho el coronel Segismundo Casado, que estaba al mando del Ejército del Centro republicano, cuando sostenía que la intención de su golpe del 4 de marzo de 1939 era «salvar a España del comunismo»[13].

Mientras trabajaba para el *Daily Telegraph*, Henry Buckley trabó amistad con muchos de los corresponsales de guerra más destacados que trabajaban en España, incluidos Jay Allen, Vincent Sheean, Lawrence Fernsworth, Herbert Matthews y Ernest Hemingway. Buckley, con su voz suave (uno de los periodistas españoles comentaba que su tono de voz era «casi un susurro»), se ganó una fama inmensa entre sus colegas, que le llamaban Enrique. En octubre de 1936 Kitty Bowler hizo un viaje a Madrid, ciudad a la que calificó de «una pesadilla», que no obstante se volvió llevadera gracias a Henry Buckley. Él la salvaba de las inoportunas atenciones de los hombres del hotel y, refiriéndose a él, ella escribió posteriormente que era «el reportero más dulce de España. Sus bromas cotidianas eran como una bienvenida pócima»[14]. El joven Geoffrey Cox recordaba «a un hombre muy inteligente, menudo y de voz baja que ofrecía una extraordinaria oposición a las presiones propagandísticas de todos los bandos»[15]. Constancia de la Mora, esposa de Ignacio Hidalgo de Cisneros, el jefe de las Fuerzas Aéreas republicanas, trabajó como encargada de enlace con la Oficina de Prensa Extranjera de la República. De la Mora describió a Henry Buckley como «un hombre pequeño con el pelo rojizo, el rostro tímido y un leve tic en la comisura de la boca que confería un giro burlesco a su cáustico humor»[16].

Pero sus modales apacibles no dejaban traslucir el valor que le acompañaba cada vez que visitaba algún frente asumiendo considerables riesgos para su persona. En las últimas fases de la

batalla del Ebro, el 5 de noviembre de 1938, cruzó el río en una barca con Ernest Hemingway, Vincent Sheean, Robert Capa y Herbert Matthews. Posteriormente comentó:

> Nos enviaron a cubrir la información del frente de Líster. Hemingway informaba entonces para la North American Newspaper Alliance. En aquel momento, prácticamente todos los puentes que cruzaban el Ebro habían quedado destrozados por los combates y habían sumergido unos traicioneros espinos en el río para disuadir de que se navegara por él. Sin embargo, como no había otro camino para llegar al frente, nosotros cinco nos subimos a una barca con la idea de remar junto a la orilla hasta que llegáramos a la zona más profunda del río, para a continuación atravesarlo y volver a remar por la otra orilla en dirección contraria. El problema fue que nos atrapó la corriente y empezó a arrastrarnos hacia el centro del cauce. La situación se volvía más amenazadora por momentos puesto que, cuando llegáramos a los espinos, el fondo de la barca se rajaría con toda seguridad. Y era casi igual de cierto que, cuando la barca hubiera volcado, nosotros nos hundiríamos. Fue Hemingway quien resolvió la situación, ya que agarró los remos como un héroe y con tanta furia que nos puso a salvo al otro lado.

Más adelante, Buckley bromearía diciendo que Hemingway «era a veces una persona fantástica, amable, casi infantil. Creo que casi amaba la guerra, exactamente igual que algunos de los personajes de sus libros»[17].

Buckley, claro está, restaba importancia a su propia valentía. El eternamente cínico Cedric Salter, que en las últimas fases de la guerra le acompañó en algunas ocasiones, comentó que Buckley «siempre mostraba una alegría serena cuando las cosas pintaban mal, pero tal vez porque estaba hecho de una pasta más sensible que los demás. Siempre me pareció que, para hacer las cosas que hacía, necesitaba una fuerza moral más auténtica que los demás»[18]. La apreciación de Salter queda corroborada por el relato del propio Buckley. Recordaba haber mantenido una conversación con varios colegas tras realizar una visita al frente. Minimizando considerablemente el asunto, escribió:

> El peligro que corríamos procedía de los ataques a larga distancia y del bombardeo y el ametrallamiento continuo de las carreteras de

> la retaguardia. En realidad, los riesgos no eran muy grandes. Yo no dudaba en expresar que me ponía muy nervioso cada vez que me aproximaba al frente. Tampoco me daba ninguna vergüenza confesar que, cuando me tendía en algún prado, veía venir los bombarderos hacia el lugar donde estaba tumbado y oía el «fuuu, fuuu, fuuu» de las bombas que caían cada vez a mayor velocidad, nunca dejaba de tener un miedo atroz. Pero aún más aterrador es, a mi juicio, ser ametrallado. Uno sabe que en campo abierto una bomba tiene que caer prácticamente encima de uno para herirle. Pero en raras ocasiones se puede hallar protección contra las ametralladoras cuando uno se arroja al azar desde un coche mientras los aviones se te vienen encima y hay solo unos minutos o acaso unos segundos para meterse en el mejor refugio disponible[19].

Tras la toma de Cataluña a finales de enero de 1939 por parte de las fuerzas rebeldes, Buckley, junto con Herbert Matthews, Vincent Sheean y otros corresponsales, se unió al éxodo de refugiados. Matthews y él se alojaron en un hotel de Perpiñán y se dedicaron a informar sobre las terribles condiciones de los campos de concentración improvisados por las autoridades francesas en los que se hacinaban los refugiados. Consiguieron intervenir para rescatar a personas que conocían de los grupos que conducían a los campos[20].

Aunque dice muy poco acerca de su propio papel, las páginas de Buckley se tiñen de ira cuando llega a la espantosa descripción de los refugiados que llegan a la frontera francesa. Le indignaba que Gran Bretaña y Francia no hicieran más:

> El mundo entero estaba emocionado por la salvación de unas seiscientas obras maestras del arte español e italiano que eran custodiadas cerca de Figueres después de su larga odisea. Pero no nos importaba nada que el alma de la gente fuera pisoteada. No hemos venido a aclamarlos; a animarlos. Haber llevado a este medio millón de personas y haberlas acogido, dado trabajo y consuelo en Gran Bretaña y Francia y en sus colonias, eso sí que habría sido cultura en el auténtico sentido de la palabra. Adoro a El Greco, he pasado infinidad de horas sentado sin más contemplando los Ticianos de El Prado, y las obras de Velázquez me fascinan, pero, francamente, creo que habría sido mejor para la humanidad que hubieran ardido en una pira si las cariñosas y cálidas atenciones que

> se les dispensó se hubieran dedicado en su lugar a este medio millón de desdichados. Mejor aún sería que tuviéramos un corazón lo bastante grande para atender a ambos; pero como parece que no lo tenemos, habría sido un augurio más feliz que estas gotas de leche de la amabilidad humana que todavía poseemos hubieran recaído sobre los seres humanos que sufren. Sin embargo, mientras hombres bien conocidos de la vida cultural catalana y española, además de otras decenas de miles de personas anónimas, yacían expuestos a los elementos; y mientras en los alrededores de Perpiñán morían entre los refugiados una media de sesenta personas a la semana, los tesoros del arte partían hacia Ginebra en 1842 embalajes el día 13 de febrero, bien protegidos contra el viento y la lluvia. Las mujeres, los niños y los hombres enfermos y heridos podían dormir al raso, casi abandonados. Pero los veinte camiones de cuadros de El Prado viajaban bajo un inmenso cobertor de lona impermeable y con los cuidados de una veintena de expertos[21].

Henry Buckley había ido a Sitges con Luis Quintanilla y Herbert Matthews en el verano de 1938. Quintanilla le presentó al pintor catalán Joaquim Sunyer. A su vez, este presentó a Buckley a una joven catalana, María Planas. Se enamoraron y rápidamente decidieron casarse. Pese a que la Iglesia católica estaba todavía proscrita en la España republicana, Constancia de la Mora utilizó su influencia para permitirles casarse en una capilla utilizada por los vascos exiliados en Cataluña. Después de la Guerra Civil española, Buckley fue destinado a Berlín, donde trabajó hasta dos días antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, momento en que el gobierno de Hitler le invitó a abandonar el país. Tras un breve período en Amsterdam cubriendo la invasión alemana, pasó un año y medio en Lisboa antes de convertirse en corresponsal de guerra del *Daily Express* con el Ejército británico. A partir de ese momento, María y él solo podían verse una vez al año en Gibraltar. Desembarcó en Anzio con el Ejército británico como corresponsal de Reuters, y resultó malherido cuando una bomba alemana estalló cerca del todoterreno en el que viajaba durante la ofensiva sobre Roma. Como consecuencia de ello, le quedó metralla en el costado derecho y sufrió fuertes dolores durante el resto de su vida. Inmediatamente después de la guerra, fue asignado a las fuerzas aliadas de Berlín y, posteriormente, fue corresponsal de Reuters en

Madrid y, durante 1947 y 1948, en Roma, desde donde regresaría de nuevo a Madrid.

En 1949 regresó a Madrid como director de la oficina de Reuters en la ciudad, donde permaneció hasta septiembre de 1966, además de realizar breves misiones en Marruecos, Portugal y Argelia. Junto con otros miembros de la junta directiva de la Agrupación de Corresponsales de Prensa Extranjera de España, el 11 de enero de 1961 fue recibido por el general Franco. En 1962 dio cobertura informativa a la última posición de la OAS en Orán. Mantuvo su amistad con Hemingway y se veían cada vez que el novelista estadounidense visitaba Madrid. Después de pasar treinta años en España, el gobierno celebró el momento de su jubilación en 1966 concediéndole el galardón de la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica, que le impuso el entonces ministro de Exteriores Fernando María Castiella. En enero de 1968 la reina Isabel II de Inglaterra le nombró miembro de la Orden del Imperio Británico, honor que le impuso el entonces embajador británico, sir Alan Williams.

A partir de 1966, Henry Buckley se retiró a vivir a Sitges, pero continuó trabajando para la BBC como corresponsal ocasional. Murió el 9 de noviembre de 1972. Fue muy querido y admirado entre sus colegas por su sinceridad y gallardía. Nada menos que una figura como el gran periodista franquista Manuel Aznar escribió en *La Vanguardia*: «Por ser un inglés de condición muy distinguida fue, entre nosotros, ejemplo de gentilhombría. Así quisiéramos que fuesen todos los ingleses entre nosotros». Los periodistas españoles que le conocieron sabían poco de sus experiencias durante la Guerra Civil o de su amistad con Negrín. Para Hemingway, Hugh Thomas y otros, fue un archivo viviente de la guerra. Por fortuna, para aquellos que no pudieron consultarle en persona, dejó *Vida y muerte de la República española*, un digno monumento a un gran corresponsal.

10

Una vida dedicada a la lucha: Herbert Rutledge Southworth y el desmantelamiento del régimen de Franco

En 1963 la dictadura de Franco creó un departamento especial para contrarrestar los efectos subversivos de la obra de un hombre llamado Herbert Rutledge Southworth. Hasta esa fecha casi nadie había oído hablar de Herbert Southworth, al margen de un reducido círculo compuesto por Jay Allen, Louis Fischer y Constancia de la Mora. Sin embargo, las obras que publicó atacaban con tanta fuerza la compleja justificación que efectuaba la dictadura sobre su propia existencia que todo esfuerzo por parte del régimen para impedir que dichas obras penetraran en España se consideraba insuficiente. La narración sesgada de la historia reciente de España que se utilizaba para reivindicar un régimen brutal dejó de ser sostenible como consecuencia de aquellos escritos. Así pues, la labor principal de aquel nuevo departamento consistía en presentar una versión más verosímil y modernizada. Inevitablemente, esto significaba el reconocimiento implícito de que las versiones anteriores eran falsas. Como es lógico, una vez que el dique se hubo agrietado no hubo vuelta atrás. Las posteriores tentativas fueron ridiculizadas con mayor facilidad aún. En este sentido, Herbert Southworth, que en otro tiempo había formado parte del grupo prorrepublicano que ejercía presión en Estados Unidos en favor de la República española, haría más por la causa antifranquista que cualquiera de

sus amigos más famosos. Mucho después de que los demás cayeran en el olvido, él dejó sentir su presencia hasta el punto de ser calificado de enemigo público número uno del régimen de Franco.

Southworth asestó semejante golpe, y se convirtió así en una figura destacada de la historiografía de la Guerra Civil española, como consecuencia de la publicación en París de su libro *El mito de la cruzada de Franco* en el año 1963. Lo publicó Ediciones Ruedo Ibérico, la gran editorial del exilio antifranquista dirigida por un anarquista excéntrico e inmensamente culto, José Martínez Guerricabeitia. Los libros de Ruedo Ibérico, que eran introducidos y vendidos clandestinamente en España, tuvieron un impacto enorme, sobre todo tras la publicación de la traducción al español de la obra clásica de Hugh Thomas sobre la Guerra Civil española. Desde los primeros instantes de la conspiración que desembocó en el golpe militar del 18 de julio de 1936, los rebeldes falsificaron su propia historia y la de sus enemigos. El libro de Hugh Thomas narraba la historia de la guerra con un estilo ameno y objetivo (cosa que en sí misma supuso un golpe devastador para los partidarios de lo que ellos llamaban «la cruzada de Franco»), y, por tanto, todo aquel que conseguía hacerse con un ejemplar lo devoraba con ansia. El libro de Southworth se popularizó de una forma infinitamente menos inmediata, pero fue más devastador. No narraba la guerra, sino que más bien desmantelaba, línea a línea, el entramado de mentiras que el régimen de Franco había erigido para justificar su existencia. La consecuencia de la llegada a España de ambos libros fue el intento por parte del entonces ministro de Información, el enérgico Manuel Fraga Iribarne, de sellar las fronteras para impedir la llegada de más ejemplares y de contrarrestar el impacto intelectual y moral de ambas obras, pero sobre todo de la de Southworth, por sus corrosivos efectos sobre la imagen que el régimen tenía de sí mismo.

En realidad, el libro de Thomas había llegado primero y había sido introducido de contrabando en España en grandes cantidades. Como era de esperar, su éxito ocasionó un endurecimiento de las restricciones fronterizas. El libro de Herbert fue enviado a las islas Canarias, donde la aduana era mucho más laxa, y desde allí resultó algo más fácil introducirlo en la Península. Aquello supuso que el

precio final al que se vendía en las librerías españolas, bajo cuerda, duplicara con creces el de Francia. Los beneficios iban a parar al contrabandista y al librero. Herbert escribió a Jay Allen: «Llevo escribiendo más de tres años y no he ganado un solo céntimo, ni nuevo ni viejo. Ni siquiera he recuperado el dinero que adelanté para publicar en España el primer libro. De él se han vendido más de tres mil ejemplares, lo cual, en vista de las dificultades para introducirlo en el país, no está del todo mal»[1]. Sin embargo, aquellos tres mil ejemplares que habían ido filtrándose bastaron para desencadenar en el seno del Ministerio de Información la creación de un departamento especial con el nombre de Sección de Estudios sobre la Guerra de España.

Para dirigir dicha sección, Fraga escogió a un joven funcionario ministerial muy inteligente, un químico que se había formado para ser jesuita antes de abandonar sus estudios para casarse: Ricardo de la Cierva y de Hoces. Procedía de una célebre familia conservadora; su abuelo había sido ministro del Interior de varios gobiernos de la monarquía, su tío había inventado el autogiro y su padre había muerto a manos de los republicanos durante la Guerra Civil española. Su misión consistía, en términos muy generales, en actualizar la historiografía oficial del régimen con el fin de repeler los ataques procedentes de París. La principal arma del arsenal de este nuevo batallón de guerra intelectual fue suministrada por la compra de la magnífica biblioteca sobre la Guerra Civil española reunida a lo largo de muchos años por el periodista italiano Cesare Gullino, quien años atrás había sido enviado a España por Mussolini. Southworth se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en el principal enemigo del departamento. En comparación con Hugh Thomas, que ya era bien conocido después del éxito mundial de su famoso libro sobre la Guerra Civil, Herbert Southworth era prácticamente un desconocido. Sin embargo, había otra diferencia fundamental entre aquellos dos hombres. Thomas había escrito un libro magnífico sobre el conflicto, pero la Guerra Civil española no iba a ser el tema central de su vida. En aquellos momentos ya trabajaba en su monumental historia de Cuba. A diferencia de él, Southworth dedicó su vida al estudio de la Guerra Civil española. Además, para enfrentarse a De la Cierva, que disponía del personal

y los recursos de todo un ministerio, Southworth contaba con su propio arsenal: una de las mayores bibliotecas del mundo sobre la contienda.

Además de ser un autor antifranquista, Southworth fue uno de los inversores que hizo posible la supervivencia de la importante editorial española en París, Ediciones Ruedo Ibérico[2]. Muy pronto se reveló que Ricardo de la Cierva y de Hoces consideraba a Southworth un oponente temible. En 1965 De la Cierva le escribió diciéndole: «Tengo una gran estima por Vd. como especialista en la bibliografía de nuestra guerra y muchas personas han conocido su libro a través de mí. Pero creo sinceramente, señor Southworth, que si Vd. suprimiera toda la pasión y todo el partidismo que rebosa en sus páginas, su obra alcanzaría todo el valor que se merece»[3]. Se conocieron en Madrid en 1965 y De la Cierva le invitó a cenar. Posteriormente, Southworth me dijo que, durante aquella cena, De la Cierva le había contado con orgullo que la policía tenía órdenes de confiscar los ejemplares de *El mito de la cruzada* que encontrara cuando registraba las librerías y las casas de los sospechosos políticos. De la Cierva le confió que recomendaba, e incluso regalaba, a sus amigos los ejemplares del libro requisados, tras lo cual pasó a distribuir ejemplares entre los demás comensales invitados. Sin embargo, en la España de Franco, lo que se decía en privado distaba mucho de lo que se decía en público. Ricardo de la Cierva escribió:

> H. R. Southworth es, sin disputa, el gran experto en la bibliografía de nuestra guerra valorada desde el lado republicano … Su biblioteca sobre nuestra guerra es la primera del mundo entre las privadas: más de siete mil títulos. Estoy casi seguro de que se ha leído los siete mil. Y conserva, en una tremenda memoria fotográfica, todos los datos importantes y todas las relaciones mutuas de esos libros[4].

De la Cierva subestimaba la cantidad real de volúmenes de la biblioteca, pero no el minucioso conocimiento de Southworth de su contenido. Aquel elogio iba seguido inmediatamente de algunos ataques feroces, pero superficiales, contra las presuntas deficiencias de la metodología de Southworth.

¿Quién era este Herbert Southworth, el mítico coleccionista de libros que durante muchos de los años siguientes sería el legendario azote intelectual de la dictadura del general Franco? Sus libros serían escudriñados por los especialistas más rigurosos en la Guerra Civil española, y su estudio sobre el bombardeo de Guernica se convertiría en uno de los tres o cuatro libros más importantes de los muchos miles de volúmenes escritos sobre el conflicto. Aun así, poca gente sabía quién era porque, al carecer de puesto en la universidad, carecía también de un modo fácil de ser catalogado. En todo caso, había vivido una existencia extraordinaria. Su increíble ascenso desde la pobreza del Oeste estadounidense hasta llegar a desarrollar una campaña periodística de izquierdas durante la Guerra Civil española, presentaba rasgos propios de una novela de Steinbeck. Su posterior transformación a base de tesón en un triunfante magnate de la radio y, a continuación, en un erudito de prestigio internacional, recordaba a alguno de los héroes de Theodore Dreiser.

Había nacido en Canton, una diminuta ciudad de Oklahoma, el 6 de febrero de 1908. Cuando el banco de la ciudad, propiedad de su padre, quebró en 1917, la familia se trasladó durante una breve temporada a Tulsa, en el este de Oklahoma. A continuación se mudaron a Abilene, Texas, donde su padre hacía prospecciones petrolíferas, y allí vivieron mucho más tiempo. El principal recuerdo de Herbert de aquella época tenía que ver con la colección de Harvard Classics de su padre. El robo de uno de los volúmenes cuando tenía doce años le afectó tan profundamente que aquel fue quizá el comienzo de su obsesión por coleccionar libros. Creció entre las estanterías de la Biblioteca Pública Carnegie de Abilene. Allí, tras meses de leer *The Nation* y *The New Republic*, decidió abandonar el protestantismo y el republicanismo conservador del Bible Belt («Cinturón de la Biblia»). Se volvió socialista y lector ávido de por vida de lo que denominó con sorna «la escuela de periodismo sensacionalista». Aquello iban a ser los cimientos de su asombrosa transformación en un formidable erudito sobre Europa[5].

Estudió en la escuela secundaria de Abilene hasta los quince años. Desempeñó diferentes empleos en la industria de la

construcción de Texas, y luego en una mina de cobre en Morenci, Arizona. Allí aprendió español trabajando con los mineros mexicanos. La caída del precio del cobre tras la quiebra de Wall Street le dejó sin empleo. Entonces decidió incorporarse a la Universidad de Arizona y, cuando se le agotaron los ahorros, fue al Texas Technological College de Lubbock, población más famosa por ser lugar de nacimiento de Buddy Holly. Allí vivió en la extrema pobreza pagándose los estudios con su trabajo en la biblioteca del colegio. Se especializó en historia y cursó estudios de español. El trabajo en la librería había intensificado su amor por los libros. Con el apoyo del bibliotecario del centro, se marchó en 1934 con una sola idea en mente, la de buscar trabajo en la biblioteca más importante del mundo: la Biblioteca del Congreso en Washington D. C. Cuando por fin obtuvo una plaza en el Departamento de Documentación, fue con un salario inferior a la mitad de lo que ganaba en la mina de cobre. Sin embargo, aunque apenas le daba para comer, era feliz simplemente con poder pasar todo el día entre las estanterías de libros[6].

Cuando estalló la Guerra Civil española empezó a reseñar libros sobre el conflicto y a escribir de vez en cuando algún artículo para el *Washington Post*. Sus artículos estaban tremendamente documentados y se basaban en un conocimiento profundo de la prensa internacional[7]. Las reseñas tenían elementos del humor mordaz y la agudeza crítica que se convertirían en signos distintivos de sus escritos posteriores. En la reseña de la obra del estadounidense de derechas Theo Rogers, *Spain: A Tragic Journey*, escribió:

> Hay una aterradora confusión en torno a este libro. Me refiero a la descuidada, quizá deliberada, confusión de los términos *anarquista* y *comunista*. Hay una gran diferencia entre ambos y las personas inteligentes la reconocen. El modo en que el señor Rogers utiliza dichas palabras revela la temerosa indignación de su mente, pero no transmite información. No es justo hablar con vaguedad de gente comprada con «el oro de Moscú» sin aportar pruebas concretas. Es falso negar que Franco es fascista y acto seguido añadir que sencillamente cree en el «estado totalitario».

Herbert concluía su artículo con la sugerencia de que los lectores «abrirían sin duda el libro del señor Rogers (si es que lo abrían)» con la aprobación entusiasta de las curiosas palabras de sir Wilmott Lewis, que escribe el prólogo: «Lo único que conozco del libro para el que escribo este prólogo es el título y, si el libro llegara a algunas conclusiones, imagino que discreparía radicalmente con ellas»[8].

Su crítica del libro de Harold Cardozo *The March of Nation* apuntaba las contradicciones existentes entre una serie de afirmaciones: que el 18 de julio Queipo de Llano contaba con «escasamente 180 soldados entrenados»; que tenía que utilizar «aquel puñado de hombres con astucia con el fin de paralizar a una población ingente»; que «la abundancia de voluntarios, trescientos mil en total, durante los primeros meses de la guerra, era la mejor prueba de que el movimiento militar era en realidad un movimiento nacional» y que en octubre «al general Varela le faltaban hombres. Su marcha hacia Toledo había sido una audaz proeza para engañar al enemigo, y la marcha hacia Madrid iba a ser aún más atrevida. Las fuerzas expedicionarias africanas tenían poco más de catorce o quince mil hombres, y fue a base de desplazar unidades de un sitio a otro como el general Varela consiguió dar la impresión de fuerza»[9].

Afectado ya emocionalmente por la lucha entre el fascismo y el antifascismo, Southworth siempre diría que lo que pasó en España dio sentido a su vida. Sus artículos llamaron la atención del embajador de la República, Fernando de los Ríos, que le propuso trabajar para la Oficina de Información española. Abandonó entusiasmado su empleo oficial en la biblioteca, mal pagado pero seguro, y se trasladó a Nueva York. Allí trabajó con pasión y escribió artículos de prensa y panfletos periódicos, entre otros *«Mein Kampf»*

Franco's

, su anónima labor de demolición de la tentativa de José Pemartín de dotar al franquismo de una doctrina formal en *Qué es «lo nuevo»: consideraciones sobre el momento español presente*[10]. Durante aquella época realizó un curso de doctorado en la Universidad de Columbia y entabló una amistad duradera con su colega Jay Allen, el

distinguido corresponsal de guerra. Jay, Barbara Wertheim (famosa posteriormente como Barbara Tuchman) y Louis Fischer le conocían como Fritz, ya que su porte rotundo y su cabello rubio les recordaba al de un cervecero alemán. Con posterioridad, Jay escribió lo siguiente de aquel hombre de Oklahoma cuyo acento arrastrado le hacía parecer tejano:

> Trabajó conmigo como ayudante de investigación en Nueva York en los años 1938 y 1939. Sus sentimientos eran muy parecidos a los míos, estaba dispuesto a marchar junto al PC siempre que ellos no se rezagaran un milímetro del pacto. Tejano y, según creo, baptista, tuvo y sigue teniendo algunas reticencias muy marcadas hacia la Iglesia católica, reticencias compartidas en términos generales por los católicos anticlericales[11].

Las opiniones de Southworth aparecieron resumidas en un brillante artículo publicado a finales de 1939 sobre el poder político de la prensa católica[12].

Mientras permaneció en Nueva York, Southworth también conoció y desposó a una hermosa joven puertorriqueña, Camelia Colón, pero el suyo no fue un matrimonio afortunado. Herbert quedó desolado por la derrota de la República, aunque, una vez acabada la guerra, Jay y él continuaron trabajando para el presidente en el exilio, Juan Negrín. Trabajó con Barbara Wertheim en una cronología de la Guerra Civil española descomunal y minuciosamente detallada que pretendía ser la base para un libro de Jay dedicado a la guerra, libro que nunca concluiría. Junto con él, ayudó también a muchos exiliados españoles destacados que pasaron por Nueva York, incluidos Ramón J. Sender y Constancia de la Mora. Herbert también trabajó de forma esporádica durante toda la década de 1940 en un libro sobre el partido fascista español, la Falange, que finalmente fue rechazado por los editores porque lo consideraron demasiado erudito. En mayo de 1946 escribió a Jay para comunicarle la dificultad de investigar mientras trataba de ganarse la vida, y en diciembre de 1948 le informó de lo siguiente: «Sigo dándole vueltas a la idea de un libro sobre la Falange Española. Tengo montañas de material y quizá en un año más o menos tenga tiempo para sentarme y escribirlo»[13]. Hasta 1967 no

podría redactar su extraordinaria obra *Antifalange*, que estaba dedicada a Jay Allen.

En el verano de 1941 las labores realizadas por Jay Allen en Nueva York en favor de la República española tuvieron que ser interrumpidas y Herbert fue reclutado por el Departamento de Estado, ya que se suponía que sus credenciales antifascistas serían de utilidad en la previsible guerra contra las dictaduras. Poco después del ataque contra Pearl Harbor, el departamento en el que trabajaba se convirtió en la Oficina de Información de Guerra estadounidense (OWI, Office of War Information). En abril de 1943 fue destinado a Argelia para trabajar en la Oficina de Guerra Psicológica. Dado su conocimiento de la situación española, fue destinado a Rabat, Marruecos, donde pasó la mayor parte de la guerra dirigiendo emisiones de radio en lengua española para la España de Franco[14]. Cuando la guerra terminó, se quedó durante algún tiempo trabajando para el Departamento de Estado, hasta que lo despidieron en mayo de 1946. Escribió a Jay: «Me ha dicho un amigo de dentro que me han incluido en una lista negra del Departamento de Estado y que nunca me contratarán. Es un incordio para un hombre de treinta y ocho años cuyo mejor currículum laboral son los cinco años que ha dedicado a labores informativas para Estados Unidos». Las credenciales antifascistas que le habían proporcionado originalmente su empleo suponían ahora un grave inconveniente en el contexto de la Guerra Fría. En todo caso, Herbert creía que «el fundamento de las acusaciones contra mí no reside en mi republicanismo proespañol ni en mi falta de sentimientos antisoviéticos, sino en mis actividades contra las maniobras políticas de la Iglesia católica»[15].

Decidió no utilizar su billete de avión de la desmovilización para volver a casa, sino quedarse en Rabat, en parte a la espera de la caída de Franco, pero en mayor medida porque se había enamorado de una abogada francesa de belleza deslumbrante y gran inteligencia: Suzanne Maury. Ya se había separado de su mujer, Camelia, si bien no se divorciaron hasta 1948. Suzanne también tuvo problemas para separarse de su marido. Cuando ambos quedaron libres para casarse, lo hicieron en 1948. Sabiendo que no había ningún control sobre las emisiones de radio desde Tánger,

Suzanne le aconsejó que comprara cierta cantidad de equipamiento de radio excedente del Ejército estadounidense con el que fundó Radio Tánger. Siguió en contacto frecuente con Jay Allen y, al igual que su amigo, continuó esperando la caída del régimen de Franco.

A finales de diciembre de 1948 escribió a Jay:

> Hemos pasado un mes en París, entre octubre y noviembre. Vi a Vayo y le medio prometí hacer algo sobre España, pero no lo he hecho. ¿Qué te parece algo que empiece así?: «Un objetivo político no es muy diferente de un objetivo militar. Ningún general emplearía la misma estrategia para tomar una trinchera que para tomar un castillo, y las fuerzas desplegadas contra un granero serían diferentes de las lanzadas contra una ciudad de la era atómica. En los esfuerzos para derrocar a Franco se está utilizando toda la munición contra un régimen fascista que ha dejado de existir. Reconocer esto impondrá a muchos un fuerte castigo emocional, etc». Como puedes ver, soy incapaz de escribir nada sin ponerme profundo y entrar en asuntos ideológicos[16].

Durante aquellos años viajó regularmente a España en busca de material para lo que acabaría siendo la mayor colección de todos los tiempos de libros y panfletos sobre la Guerra Civil española (que en la actualidad se encuentra en la Universidad de California en La Jolla, San Diego). En su carta de diciembre de 1948 dirigida a Jay comentaba: «He atravesado España dos veces, una vez desde Málaga hasta Barcelona y la otra por San Sebastián, Burgos, Valladolid, Madrid y Córdoba. Creo sinceramente que un pequeño bloqueo derrocaría a Franco en tres semanas, si no antes»[17].

El gobierno marroquí nacionalizó la emisora de radio la Nochevieja de 1960, pero Herbert y Suzanne ya se habían marchado a vivir a París. Él siguió comprando libros a través de una inmensa red de vendedores de alcance mundial. En alguna ocasión compró la biblioteca de algún exiliado español, entre ellas la del presidente de la Generalitat de Catalunya, Josep Tarradellas. También entabló una estrecha relación con el padre Marc Taxonera, el alto y delgado bibliotecario del monasterio de Montserrat, con quien intercambiaría ejemplares repetidos de algunos libros[18].

Herbert perdió dinero en un intento de introducir la patata frita en Francia. Aquello, unido a los problemas para encontrar un apartamento lo bastante grande donde alojar su biblioteca, que estaba depositada en un garaje, y también a un incidente en el que un policía le dio una paliza durante una manifestación de izquierdistas, hizo que optara por abandonar la capital francesa. El problema de su ya entonces enorme biblioteca le llevó a mudarse hacia el sur, donde las viviendas eran más baratas. En 1960, Suzanne y él compraron el decadente Château de Puy en Villedieu sur Indre. En realidad nunca le gustó aquella zona, y le escribió jocoso a Jay Allen: «No te has perdido nada por no conocer esta parte de Francia. De buena gana participaría en la próxima guerra contra estos campesinos»[19]. Algunos años después, en septiembre de 1970, se trasladarían a vivir bajo la desvaída magnificencia del solitario Château de Roche, en Concrémiers, cerca de Le Blanc. Entonces escribió a Jay Allen: «Hemos pasado seis heroicos meses tratando de poner esta casa en orden. Ahora estamos bastante bien. Reina la confusión. Preocuparme por el tejado, la calefacción y los retretes me ha impedido seguir con mi trabajo»[20]. Por fin, en el centro del inmenso castillo venido a menos consiguieron montar un núcleo modernizado en el que vivían y que equivalía a una casa de cuatro dormitorios. En la tercera planta y las demás alas habitaban los libros y los murciélagos.

Una vez instalados en Puy, Herbert empezó a publicar la serie de libros que obligaron al régimen de Franco a alterar su versión falsificada del pasado. El más aclamado fue el primero, *El mito de la cruzada de Franco*, una devastadora revelación acerca de la propaganda derechista sobre la Guerra Civil española[21]. Al adelantar el dinero para que Ruedo Ibérico lo publicara, salvó a la editorial de la quiebra económica sin proponérselo. En realidad, como el impresor francés tenía poca experiencia de composición tipográfica en español, la primera edición contenía tantos errores que tuvo que ser destruida[22]. De cualquier modo apareció en 1963, y un año después, una edición francesa muy ampliada fue decisiva para convencer a Manuel Fraga de que había que crear un departamento exclusivamente dedicado a la modernización de la historiografía sobre el régimen. Su director, Ricardo de la Cierva, en

una batalla perdida contra Southworth, se dedicó a escribir más de un centenar de libros en defensa del régimen de Franco, una proeza llevada a cabo a fuerza de tener a su disposición los recursos del Ministerio de Información hasta la muerte de Franco y de carecer de miedo a repetirse. Jay Allen envió a Louis Fischer un ejemplar de *El mito de la cruzada de Franco*, y le describió el libro como «una labor extremadamente minuciosa y hábil». Consciente de que Herbert atravesaba importantes problemas económicos, Jay preguntó a Louis si, en su condición de distinguido profesor de Princeton, podía utilizar su influencia para convencer a la universidad de que adquiriera la biblioteca Southworth «y a Fritz junto con ella».

En 1967 Southworth escribió un segundo libro, *Antifalange*, publicado también por Ruedo Ibérico. Se trataba de un comentario monumentalmente erudito sobre el proceso mediante el cual Franco convirtió a la Falange en el partido único de su régimen. Tuvo un impacto comercial significativamente menor que *El mito*…, puesto que incluía un comentario minuciosamente detallado, línea a línea, de un libro escrito por un autor falangista, Maximiano García Venero: *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla* (Ruedo Ibérico, París, 1967). Se trataba de las memorias del dirigente falangista Manuel Hedilla, que había caído en desgracia por haberse opuesto a Franco después de la unificación forzada de la Falange y los carlistas en abril de 1937. García Venero había sido su amanuense[23]. Con el libro, Hedilla, quien había sido condenado a varios años de cárcel, al exilio interior y a la miseria, quería intentar reivindicar su papel en la guerra. José Martínez, el director de Ruedo Ibérico, pidió a Herbert que aportara comentarios detallados para ampliar los aspectos que García Venero había decidido no contar acerca de la violencia falangista. Dado su exhaustivo conocimiento de la Falange, aquellas notas acabaron creciendo hasta adquirir una envergadura que exigía su publicación en un volumen anexo. Entretanto, Manuel Fraga se había enterado de su inminente publicación y se había ocupado de que la Embajada española en París presionara a García Venero para impedir su lanzamiento, y así asestar un golpe mortal a Ruedo Ibérico. Dado que el voluminoso libro ya había sido compuesto y ocasionado

muchos gastos, este se negó y, tras laberínticas complicaciones legales, se publicaron los dos libros[24]. El demoledor ataque contra el texto de García Venero llevado a cabo por Southworth revelaba tal conocimiento de los intersticios de la Falange que produjo considerable sorpresa y admiración entre muchos falangistas veteranos. En el curso de años de investigación intensiva para su proyectado libro sobre la Falange, Southworth había entablado una fructífera correspondencia con muchos falangistas relevantes, entre los que se encontraban Ernesto Giménez Caballero, Jesús Suevos y Ángel Alcázar de Velasco. Dicha correspondencia se prolongó hasta su muerte y destacaba por el tono respetuoso con el que muchos de ellos le trataban.

A mediados de la década de 1960 Herbert entró en contacto con el gran hispanista francés Pierre Vilar, que le convenció de la utilidad de presentar una tesis doctoral en la Sorbona. En un principio pensó hacerlo con una bibliografía completa y anotada sobre la Guerra Civil española siguiendo la línea de una versión muy ampliada de *El mito de la cruzada de Franco*. Sin embargo, mientras trabajaba en el tema se vio cada vez más absorbido por un único aspecto: la batalla propagandística en torno al bombardeo de Guernica[25]. En 1975 apareció en París la obra maestra de Herbert Southworth, *La destruction de Guernica. Journalisme, diplomatie, propagande et histoire* (Ruedo Ibérico, París, 1975), que poco después iría seguida de la traducción española. El original inglés se publicó con el título *Guernica! Guernica! A Study of Journalism, Diplomacy, Propaganda and History* (California University Press, Berkeley, California, 1977). Basada en una asombrosa selección de fuentes documentales, se trata de una sorprendente reconstrucción de los esfuerzos llevados a cabo por los propagandistas y admiradores de Franco para borrar por completo la atrocidad de Guernica. Por consiguiente, la obra causó un impacto considerable en el País Vasco. El libro no reconstruía el bombardeo en sí, sino que en realidad arrancaba con la llegada a Guernica desde Bilbao del corresponsal de *The Times*, George L. Steer, junto con otros tres periodistas extranjeros.

Se trata de la obra de investigación más fascinante y meticulosa, que reconstruía la telaraña de mentiras y medias verdades que

falsificaron lo que en realidad sucedió en Guernica. La versión franquista más exagerada, que culpaba de la destrucción de la ciudad a mineros saboteadores procedentes de Asturias, fue invención de Luis Bolín, el jefe de la oficina de prensa extranjera de Franco. Para evaluar el trabajo de Bolín y la subsiguiente manipulación de la opinión pública internacional sobre el suceso, Southworth reconstruía con meticulosidad las condiciones bajo las que se veían obligados a trabajar los corresponsales extranjeros en la zona nacional. Mostraba cómo Bolín amenazaba con frecuencia con hacer fusilar a todo aquel corresponsal cuyos despachos no siguieran las orientaciones propagandísticas franquistas. Tras desmontar de forma minuciosa la argumentación urdida por Bolín, Southworth pasaba a desmantelar las incoherencias de los escritos de los aliados ingleses de Bolín: Douglas Jerrold, Arnold Lunn y Robert Sencourt.

En condiciones normales, podría esperarse que una descripción detallada de la historiografía acerca de un determinado tema acabara siendo la árida obra de un especialista con una perspectiva muy limitada. No obstante, Southworth consiguió, con una maestría única, convertir su estudio de la compleja construcción de una mentira descomunal en un libro muy accesible. Algunas de las páginas más interesantes e importantes de este libro están compuestas por un análisis de la relación entre los escritos franquistas sobre Guernica y el auge del problema vasco en la década de 1970. Southworth demostraba que se estaba llevando a cabo un esfuerzo por reducir la tensión entre Madrid y Euskadi mediante la elaboración de una nueva versión de lo que sucedió en Guernica. Para ello, era esencial que la historiografía neofranquista aceptara que Guernica había sido bombardeada, y no destruida por «saboteadores rojos». Una vez reconocido que, en radical contradicción con la ortodoxia anterior del régimen, la atrocidad fue en buena medida obra de la Luftwaffe, cobró relieve para los historiadores oficiales liberar de toda culpa al alto mando del bando nacional. La labor exigía mucha pericia, puesto que los alemanes acudieron en primera instancia a España a petición de Francisco Franco. Sin embargo, los neofranquistas empezaron a distinguir entre lo que ellos presentaban como una iniciativa alemana

independiente y la inocencia de Franco y del comandante del norte, el general Emilio Mola. A continuación, Southworth analizaba la ingente literatura sobre el tema para proponer una conclusión evidente: que Guernica fue bombardeada por la Legión Cóndor a petición del alto mando franquista con el fin de destruir la moral vasca y socavar la defensa de Bilbao.

En apariencia, esta conclusión no era nada excepcional, apenas iba más allá de lo expuesto en la primera crónica enviada a *The Times* por George Steer y no era más que lo que la mayoría de los vascos consideraban un axioma desde 1937. Sin embargo, el gran historiador francés Pierre Vilar apuntaba en su prólogo al libro la importancia de lo que Southworth había logrado llevar a cabo al volver sobre el acontecimiento en sí y apartar capa tras capa las falsedades vertidas por la censura, los diplomáticos que servían a intereses creados y determinados propagandistas de Franco. A juicio de Vilar, lo que otorgaba a la obra de Southworth una importancia que superaba con mucho los límites de la historiografía sobre la Guerra Civil española era su decidida búsqueda de la verdad y su exposición del modo en que periodistas, censores, propagandistas y diplomáticos distorsionaron la historia. En un terreno en el que la verdad siempre había sido la primera baja, la «objetividad apasionada» de Southworth se alzaba como un faro y convertía el libro en una perfecta exhibición de metodología. Las investigaciones de Southworth se basaban en un asombroso despliegue de fuentes documentales en siete idiomas reunidas en muchos países. Por consejo de Pierre Vilar, el manuscrito se presentó en 1975, con éxito, como tesis doctoral en la Sorbona. Herbert ya había pronunciado conferencias en universidades de Gran Bretaña y Francia, pero aquel fue el comienzo de un tardío reconocimiento académico de la obra de Southworth en su propio país. A mediados de la década de 1970 se convirtió en profesor Regents de la Universidad de California.

Herbert no consiguió ser del todo bien recibido en la comunidad académica estadounidense a causa de su inveterada rebeldía y su malicioso sentido del humor. No disimulaba su desprecio hacia la política de Washington en América Latina, que le recordaba la traición a la República española. Todos los días devoraba, como un

ávido observador de lo que consideraba la hipocresía de la escena política, una pila de periódicos franceses y norteamericanos. Junto con su pasión por la política, tenía un maravilloso sentido del absurdo y una risa irresistiblemente contagiosa. Le gustaban mucho los juegos de palabras multilingües, y se divertía mucho cuando en España le traían a la mesa de algún restaurante una botella de agua mineral con la etiqueta «Sin gas» («gas del pecado», en inglés). Recuerdo que en una ocasión, en un congreso en Alemania, los asistentes fuimos conducidos por el director de la fundación anfitriona para ver una suntuosa alfombra que, según indicaron con orgullo, había pertenecido a Adolf Hitler. Herbert se puso de rodillas y empezó a gatear y a mirar detenidamente el pelo de la alfombra. El director preguntó preocupado qué pasaba, y quedó absolutamente desconcertado cuando Herbert contestó con su arrastrado acento tejano: «Estoy buscando las marcas de los dientes del Führer». Su labor de acoso y derribo de la falsa erudición de otros solía ser extremadamente divertida, sobre todo en el capítulo titulado «Spanica Zwischen Todnu Gabriet», en el que reconstruía minuciosamente cómo, uno tras otro, los autores franquistas citaban un libro que jamás habían leído (la obra de Peter Merin *Spanien zwischen Tod und Geburt* [«España, entre la vida y la muerte»]), pero del que se limitaban a copiar mal el título. En una ocasión me pidió que en su tumba se inscribiera el siguiente epitafio: «SUS ESCRITOS NO FUERON LAS SAGRADAS ESCRITURAS / PERO TAMPOCO PURA BASURA». A pesar de su austero estilo inquisitorial, fue un buen comedor, rechoncho y jovial.

Tras la muerte de Franco, a menudo invitaban a Herbert a pronunciar conferencias en las universidades españolas, en las que era una figura de culto de primer orden. Su influencia se apreciaba en la obra de una nueva generación de especialistas británicos y españoles, y sus escritos despiadadamente forenses impusieron nuevos criterios de rigor para la elaboración de obras sobre la guerra. Polemista beligerante, participó con asiduidad en discusiones literarias, las más famosas con Burnett Bolloten y Hugh Thomas. Acerca de su gran oponente franquista, Ricardo de la Cierva, ya había publicado una demoledora desacreditación de su

descuidada erudición, «Los bibliófobos: Ricardo de la Cierva y sus colaboradores»[26]. Herbert escribió a Jay: «La gente dice que soy destructivo, que tengo mal carácter y que nunca digo una palabra agradable de nadie, pero alguien tiene que decir quiénes son los hijos de puta y quiénes son buena gente. En el mundo académico todo es cortesía, tú me haces un favor y esperas que te lo devuelva. Me gusta pensar que soy una bocanada de aire fresco»[27]. Sin embargo, dejó de publicar durante una temporada porque estaba trabajando en su inmenso estudio sobre Guernica. Según dejaban entrever sus cartas, también tuvo que hacer frente a graves problemas económicos. En 1970 vio cómo sus gastos en libros superaban espectacularmente los ingresos, y decidió que tenía que vender su colección. Lo hizo a la Universidad de California en San Diego como «El Fondo Southworth», y continúa siendo la biblioteca particular más importante del mundo sobre la Guerra Civil española. Como los ahorros fueron menguando, Suzanne y él también tuvieron que vender el Château de Roche en 1978.

Yo suponía que, cuando pasaran de los setenta años, se trasladarían a una casa moderna, pero en lugar de hacerlo compraron un priorato medieval en la aldea de St. Benoît du Sault, una casa fascinante pero poco práctica en la que todas las habitaciones se encontraban a una altura diferente y cuya larga y angosta escalera de caracol desembocaba finalmente en otro estudio infestado de murciélagos. Como no podía ser de otra manera, Herbert empezó a reconstruir su colección y comenzó a escribir de nuevo. Gozó de la amistad de Pierre Vilar, de infinidad de estudiosos españoles y del venerable pensador anarquista holandés Arthur Lehning. Vivieron felices en St. Benoît hasta que la salud de Suzanne se vino abajo en 1994. Herbert la cuidó con devoción hasta que murió, el 24 de agosto de 1996. Nunca logró recuperarse del todo de aquel golpe y, tras un derrame cerebral sufrido poco después, su salud se deterioró de forma espectacular. Sin embargo, pese a estar postrado en la cama, siguió trabajando con la entregada ayuda de una vecina inglesa, Susan Mason-Walstra.

En un principio Herbert se había propuesto revisar *El mito de la cruzada de Franco*. Sin embargo, del mismo modo que en la tentativa anterior había visto que la investigación se ampliaba hasta

convertirse en el monumental libro sobre Guernica que escribió, entonces sucedió algo similar. El resultado fue un doble legado historiográfico final. En 1996 publicó un extenso estudio acerca del modo en que el extrotskista Julián Gorkin había distorsionado la historiografía sobre la Guerra Civil española mediante su trabajo para el Congreso por la Libertad Cultural y la falsificación de las memorias de disidentes comunistas. El historiador galés Burnett Bolloten también fue blanco de críticas demoledoras. Bolloten fue corresponsal de United Press durante la guerra y estaba próximo a Constancia de la Mora. Había empezado a escribir una historia de la guerra que en un principio era pronegrinista, pero que había acabado siendo ferozmente anticomunista como consecuencia del asesinato de Trotsky. Sus escritos posteriores se habían visto un tanto influidos por Gorkin, razón por la que Southworth le puso sin piedad en la picota[28]. A continuación, tan solo tres días antes de su muerte, que se produjo el 30 de octubre de 1999 en el hospital de Le Blanc, en Indre, entregó el manuscrito de su último libro, *El lavado de cerebro de Francisco Franco. Conspiración y guerra civil*, un estudio detallado de los dos elementos conexos del golpe militar de 1936: la invención de una trama comunista para justificar el golpe militar y tomar el poder en España, y la implicación del propio Franco en su relación con la ultraderechista Entente Internationale contre la Troisième Internationale[29]. Ese libro era un epitafio más adecuado que el citado anteriormente.

Epílogo

Tesoro enterrado

«Es un acierto por su parte decir que las tres grandes democracias deben asumir ante la Historia la responsabilidad plena de los crímenes en España»[1]. Así escribió a Claude Bowers el 7 de agosto de 1939 Josephus Daniels, a cuyas órdenes había estado Franklin D. Roosevelt como secretario adjunto de la Marina durante la Primera Guerra Mundial. Pese a los informes elaborados por sus propios diplomáticos y por infinidad de corresponsales destinados en el país, mientras duró la Guerra Civil española los gobiernos de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos decidieron ignorar el hecho de que Hitler y Mussolini no escatimaran esfuerzos para enviar ayuda a los rebeldes e inclinar el equilibrio de poder internacional en contra de las democracias. A pesar de que permitir que un gobierno amigo adquiriera armas y suministros era una práctica habitual amparada en la legislación internacional, los tres gobiernos le negaron este derecho a la República española. Ni la no intervención anglofrancesa ni el embargo «moral» estadounidense y la posterior ampliación de la Ley de Neutralidad de 1935 para que incluyera a España, fueron neutrales en sus consecuencias[2]. Perjudicaron a la causa del gobierno legítimamente elegido de España, limitaron la capacidad de la República de defenderse y la arrojaron en brazos de la Unión Soviética.

La propensión de Léon Blum a romper a llorar cuando recordaba que, si la República española era aplastada, Francia y el resto de Europa la seguirían, indica que le martirizaba el arrepentimiento

por la política que había practicado sin necesidad de que se lo recordaran periodistas como Louis Delaprée[3]. No existen pruebas documentales de que Neville Chamberlain manifestara estar arrepentido por su traición a la República española, aunque sí fue un paso más en la senda hacia su caída del poder en junio de 1940. Por el contrario, cuando Claude Bowers fue a informar a Franklin D. Roosevelt sobre la victoria de Franco, el presidente, alicaído, le dijo: «Hemos cometido un error. Ustedes tenían razón desde el principio»[4]. En 1944, el vicesecretario de Estado, Sumner Welles, reconoció que «de todas nuestras ciegas políticas aislacionistas, la más catastrófica fue nuestra actitud hacia la Guerra Civil española» y que «en la larga historia de la política exterior de la administración Roosevelt no ha habido, a mi juicio, ningún error más garrafal que la política adoptada durante la Guerra Civil en España»[5]. Por lo menos Roosevelt se arrepentía, pero quizá aquello no fuera nada comparado con la amargura que sintieron los muchos liberales e izquierdistas de Estados Unidos y Europa que habían visto cómo la política de las potencias democráticas estrangulaba a la República española y aceleraba el triunfo del fascismo.

Los corresponsales, con sus despachos y, en el caso de Jay Allen, Louis Fischer y George Steer, con sus actividades a favor de la República, habían tratado de transmitir esta idea a la opinión pública de sus países. Gracias en buena medida a los corresponsales, millones de personas que sabían poco sobre España acabaron por sentir en sus corazones que la lucha por la supervivencia de la República española era de algún modo su propia lucha. La labor de los corresponsales y sus cartas a la esposa de Roosevelt causaron cierto impacto sobre el pensamiento del presidente norteamericano acerca de la amenaza del fascismo. A su vez, el hecho de que el presidente antepusiera los intereses electorales a cuestiones morales más generales causó un gran impacto sobre ellos. Contribuyó a que Jay Allen quedara sumido en la depresión y a que Louis Fischer se inclinara hacia el pacifismo de Gandhi. Herbert Matthews escribió con amargura que Roosevelt era «demasiado inteligente y tenía demasiada experiencia como para engañarse acerca de la cuestión moral central» y que su «consideración primordial no era qué era el

bien o el mal, lo justo o lo injusto, sino qué era mejor para Estados Unidos y, casualmente, para sí mismo y el Partido Demócrata»[6].

La República española era un baluarte defensivo frente a la amenaza de la agresión fascista. Pero su atractivo iba más allá. En el mundo gris y cínico de los años de la Depresión, los logros culturales y educativos de la República española parecían ser un experimento emocionante. Sin embargo, para la mayoría de los corresponsales, el elemento más importante de su apoyo a la República fue la lucha para defender la democracia frente al avance del fascismo. Su compromiso les costó muchos sinsabores. Además de la destrucción de sus esperanzas e ilusiones en España, en sus propios países tenían que aguantar el vilipendio de aquellos que creían que Franco lideraba una cruzada en defensa de la auténtica religión y contra la brutalidad bolchevique. La consecuencia fue lo que F. Jay Taylor calificó como «una de las controversias políticas y religiosas más apasionadas de aquella generación». Y, ciertamente, la controversia suscitada en Estados Unidos representaba un conflicto tan intenso que el cónsul británico en Nueva York informó en febrero de 1938 de que la ciudad estaba «adoptando casi el aspecto de una España en miniatura»[7]. Casi treinta y cinco años después de la derrota de la República, Herbert Matthews afirmó que «ningún suceso en el mundo, anterior o posterior a él, hizo que los estadounidenses despertaran a tiempo a semejante polémica religiosa y a tales emociones enardecidas»[8].

No obstante, pese al vilipendio, a la derrota y a la amarga frustración de haber sido testigos de la negligencia culpable de las democracias, casi todos los que apoyaron la causa de la República española mantuvieron durante el resto de sus vidas la convicción de que habían tomado parte en una contienda realmente importante. Se trataba de un sentimiento que compartía incluso George Orwell, cuyas memorias del breve período que pasó en España han ayudado mucho a quienes desean afirmar, ya sea desde la extrema izquierda o desde la extrema derecha, que la responsabilidad de la derrota de la República española recaía, en cierto modo, más sobre Stalin que sobre Franco, Hitler, Mussolini o Neville Chamberlain. Al abandonar España, Orwell pasó tres días en el puerto pesquero francés de Banyuls. Su esposa y él «pensaron en España, hablaron

de ella y soñaron con ella sin cesar». Pese a la amargura por lo que había visto siendo soldado raso del semitrotskista POUM, Orwell afirmaba no sentir ni decepción ni cinismo: «Resulta bastante curioso que la experiencia en su conjunto no haya mermado mi fe en la sinceridad de los seres humanos, sino que la haya incrementado»[9].

Nada menos que a mediados de la década de 1980, Alfred Kazin todavía consideraba que la guerra de España era «la herida que no cicatrizará». Con unas palabras que podrían haber pronunciado Jay Allen, Louis Fischer, Mijaíl Koltsov, George Steer, Henry Buckley o Herbert Southworth, Kazin escribió: «España no es mi país, pero la Guerra Civil española, igual que la que le siguió, sí fue *mi* guerra. En ella perdí amigos. Perdí la esperanza de que pudiera detenerse a Hitler antes de la Segunda Guerra Mundial. Con los juicios de las purgas de Moscú perdí la condescendencia que podía quedar en mí hacia los comunistas. Sin embargo, quienes destruyeron la República española siempre serían mis enemigos».

Nadie ha sintetizado mejor que Josephine Herbst el significado que la Guerra Civil española tuvo para tantos escritores y periodistas que fueron testigos de la heroica lucha de la República. En febrero de 1966, Josie fue a ver el documental sobre la Guerra Civil *Mourir à Madrid*, obra del cineasta francés Frédéric Rossif. Esa misma noche escribió a unos amigos:

> No me hubiera gustado tener a alguien conocido sentado a mi lado; no, a menos que también hubiera pasado por la misma experiencia. No solo sentí como si muriera, sino también que había muerto. Y después estuve sentada un buen rato en el vestíbulo tratando de recuperarme, fumando, y lo que vi fuera de la sala y en la calle al salir parecía completamente irreal. No era capaz de sintonizar con nada ni de percibir el significado de nada, algo similar a lo que había sentido al bajar del avión en Toulouse procedente de Barcelona, cuando esperaba disfrutar pidiendo comida en condiciones para variar y, por el contrario, me senté llorando ante una tortilla … Era lo único que me apetecía comer … bebí vino… Y acabé mirando pasar tranquilamente a la gente como si hubiera entrado en una pesadilla en la que el mundo «real» hubiera sido absorbido de repente por una esponja y hubiera desaparecido para siempre. Y lo cierto era que, sentada en aquel vestíbulo, fumando, se

me ocurrió que, en el sentido más literal, mi vida había acabado en esencia en España. Nada tan trascendente, ni en mi vida personal ni en el devenir del mundo, se ha repetido jamás. Y en el fondo todo ha sido, durante años y años, una imagen ensombrecida de lo que ocurrió. Aunque entonces la guerra no había terminado todavía, en Toulouse ya sabía que terminaría y en derrota. Sabía que nada iba a impedir la Segunda Guerra Mundial. Nada. Y desde entonces la mayor parte del tiempo la he vivido gracias al tesoro enterrado de los años anteriores, a una especie de munificencia de la que todavía podía nutrirme, y sospecho que el tipo de merma que he acabado por sentir se debe a la falta de elementos vitales suficientes que fluyan en los sucesos y las circunstancias. Todo es muy repetitivo, y terrible, pero nunca se aprende la lección. No obstante, por desalentadora que haya acabado siendo mi perspectiva, la considero absolutamente necesaria para continuar, en la dirección que se pueda, con el hostigamiento y la protesta[10].

Bibliografía

ARCHIVOS

Allen, Jay, correspondencia con Juan Negrín, Archivo Juan Negrín, Las Palmas de Gran Canaria.

Allen, Jay, Documentos (cortesía del reverendo deán Michael Allen).

Batallón Británico, Informes de las Brigadas Internacionales, Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de Documentos Históricos Recientes, Moscú, Fond. 545, Opus 6, 201 (copia en poder del International Brigades Memorial Trust, Londres).

Bowers, Claude, Documentos, Lilly Library, Universidad de Indiana.

Colección ALBA de la Tamiment Library, en la Universidad de Nueva York.

Fischer, Louis, Documentos, Biblioteca de Manuscritos Seeley G. Mudd, Universidad de Princeton.

Fondo Amaro del Rosal, Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias.

Fry, Varian, Documentos, Biblioteca de Obras Manuscritas y Libros Únicos, Universidad de Columbia.

Gellhorn, Martha, correspondencia con Eleanor Roosevelt, Franklin D. Roosevelt Presidential Library, Hyde Park.

Hemingway, Ernest, Documentos, Colección de Hemingway, John F. Kennedy Presidential Library and Museum, Boston.

Herbst, Josephine, Documentos, Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale.

Kirchwey, Freda, Documentos, Schlesinger Library, Radcliffe Institute for Advanced Study, Universidad de Harvard.

Mangan, Kate, Documentos (cortesía de Charlotte Kurzke).

Ministerio de la Guerra, Archivo Militar General, Segovia, Sección personal.

Negrín, Juan, Documentos, Archivo Juan Negrín, Las Palmas de Gran Canaria.

Noel-Baker, Philip, Documentos, Churchill Archives Centre, Churchill College, Cambridge.

Quintanilla, Luis, Documentos (cortesía de Paul Quintanilla).

Robles Pazos, José, Documentos, The Sheridan Libraries, Universidad Johns Hopkins.

The National Archives, Public Record Office: Foreign Office Correspondence FO371, Informes de seguridad e inteligencia, archivos personales; SOE, Diario de guerra.

Wintringham, Tom, Documentos, Liddell Hart Centre for Military Archives, King’s College, Londres.

Ziffren, Lester, Documentos (cortesía de David Wurtzel).

Manuscritos inéditos

Bowler, Kitty, «Spanish Civil War Memoirs», Wintringham Collection, Liddell Hart Centre For Military Archives, King’s College, Londres.

Herbst, Josephine, «Journal Spain», diario inédito, Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale.

Kurzke, Jan, y Kate Mangan, «The Good Comrade» (Documentos de Jan Kurzke, Archivos del Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam).

Regler, Gustav, «Civil War Diary», Documentos de Southworth.

Volardsky, Boris, *KGB: The West Side Story* (en prensa).

Entrevistas

Entrevistas del autor con:
Ben Wintringham
Charlotte Kurzke
Sam Lessor
Sir Geoffrey Cox
Imperial War Museum, Archivo sonoro, Colección de la Guerra Civil española, 8398/13:
Patience Edney
Sir Geoffrey Cox
Tony McLean

DOCUMENTOS PUBLICADOS

Congressional Record.

Dez anos de política externa. A nação portuguesa e a Segunda Guerra Mundial (1936-1947), IV, Imprensa Nacional, Lisboa, 1965.

Foreign Relations of the United States 1936, vol. II, United States Government Printing Office, Washington, 1954.

Foreign Relations of the United States 1937, vol. I, United States Government Printing Office, Washington, 1954.

Foreign Relations of the United States 1938, vol. I, United States Government Printing Office, Washington, 1955.

Foreign Relations of the United States 1939, vol. II, United States Government Printing Office, Washington, 1956.

Foreign Relations of the United States 1940, vol. II, United States Government Printing Office, Washington, 1957.

Foreign Relations of the United States 1941, vol. II, United States Government Printing Office, Washington, 1959.

Investigation of Un-American Propaganda Activities, Comité Especial de Actividades Antiamericanas, Cámara de Representantes, 76.º Congreso, 1939.

Ministerio de la Guerra, Estado Mayor Central, *Anuario Militar de España 1936*, Imprenta y Talleres del Ministerio de la Guerra, Madrid, 1936.

The Serge-Trotsky Papers, ed. de David Cotterill, Pluto Press, Londres, 1994.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

ABC (Sevilla)
Chicago Daily Tribune
Daily Express
Daily Mail
Diário da Manhã
Diário de Lisboa
Esquire
Il Messagero
La Unión (Sevilla)
Manchester Guardian
New York Times
News Chronicle
O Seculo
Paris-Soir
Sheboygan Press
Socialist Call
Socialist Review
Syracuse Herald
The Nation
The New International
The New Republic
The New Statesman and Nation
The Times
The Volunteer
The Volunteer for Liberty
Time Magazine
Washington Post

LIBROS Y ARTÍCULOS

«A Journalist», *Foreign Journalists under Terror Franco's*, United Editorial, Londres, 1937.

Abella, Rafael, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil*, vol. I, *La España nacional*, Editorial Planeta, Barcelona, 1978.

Abramson, Paulina y Adelina, *Mosaico roto*, Compañía Literaria, Madrid, 1994.

Alexander, Bill, *British Volunteers for Liberty: Spain 1936-1939*, Lawrence & Wishart, Londres, 1982.

Alpern, Sara, *Freda Kirchwey: A Woman of the Nation*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1987.

Alpert, Michael, *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*, Siglo XXI, Madrid, 1982.

Álvarez Chillida, Gonzalo, *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Marcial Pons, Madrid, 2002.

Álvarez del Vayo, Julio, *The Last Optimist*, Putnam, Londres, 1950.

Álvarez, Santiago, *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República*, Ediciós do Castro, Sada-A Coruña, 1989.

—, *Negrín, personalidad histórica. Documentos*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1994

Andrew, Christopher, y Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB*, Basic Books, Nueva York, 1999.

Armero, José Mario, *España fue noticia. Corresponsales extranjeros en la Guerra Civil española*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1976.

Ayala, Francisco, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Alianza Editorial, Madrid, 2006.

Baker, Carlos, *Ernest Hemingway. A Life Story*, Collins, Londres, 1969.

Barea, Arturo, *The Forging of a Rebel*, Davis-Poynter, Londres, 1972 (original cast.: *La forja de un rebelde*, Editorial Debate, Madrid, 2000).

Bartlett, Vernon, *This Is My Life*, Chatto & Windus, Londres, 1938.

Baxell, Richard, *British Volunteers in the Spanish Civil War. The British Battalion in the International Brigades, 1936-1939*, Routledge/Cañada Blanch, Londres, 2004.

Berga, Miquel, *John Langdon-Davies. Una biografia anglo-catalana (1897-1971)*, Editorial Pòrtic, Barcelona, 1991.

Bernanos, Georges, *Els grans cementeris sota la lluna*, Curiel Edicions Catalanes, Barcelona, 1981.

Bizcarrondo, Marta, *Araquistáin y la crisis socialista en la II República. «Leviatán» (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1975.

Blanco Rodríguez, Juan Andrés, *El Quinto Regimiento en la política militar del P. C. E. en la Guerra Civil*, UNED, Madrid, 1993.

Bolín, Luis, *Spain: the Vital Years*, Lippincott, Filadelfia, 1967 (original cast.: *España. Los años vitales*, Espasa-Calpe, Madrid, s. f.).

Bolloten, Burnett, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Harvester Wheatsheaf, Hemel Hempstead, 1991 [hay trad. cast.: *La Guerra Civil española: revolución y contrarrevolución*, trad. de Belén Urrutia, Alianza Editorial, Madrid, 2004].

Bowers, Claude, *My Mission to Spain*, Victor Gollancz, Londres, 1954 [hay trad. cast.: *Misión en España: en el umbral de la Segunda Guerra Mundial, 1933-1939*, trad. de Juan López S., Grijalbo, Barcelona, 1977].

Brereton, Geoffrey, *Inside Spain*, Quality Press, Londres, 1938.

Broué, Pierre, *Staline et la révolution. Le cas espagnol (1936-1939)*

, Librairie Arthème Fayard, París, 1993.
Buchanan, Tom, *Britain and the Spanish Civil War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
—, *The Impact of the Spanish Civil War on Britain. War, Loss and Memory*, Sussex Academic Press, Brighton, 2007.
Buckley, Henry, *Life and Death of the Spanish Republic*, Hamish Hamilton, Londres, 1940 [hay trad. cast.: *Vida y muerte de la República española*, trad. de Ramón Buckley, Espasa-Calpe, Madrid, 2004].
Burns, Emile, *The Nazi Conspiracy in Spain*, Victor Gollancz, Londres, 1937.
Cable, James, *The Royal Navy and the Siege of Bilbao*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
Cándano, Xuan, *El pacto de Santoña (1937). La rendición del nacionalismo vasco al fascismo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
Cardozo, Harold G., *The March of a Nation*, The Right Book Club, Londres, 1937.
Carney, William P., *No Democratic Government in Spain*, The America Press, Nueva York, 1937.
Carroll, Peter N., *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade: Americans in the Spanish Civil War*, Stanford University Press, Stanford, California, 1994 [hay trad. cast.: *La odisea de la Brigada «Abraham Lincoln»: los norteamericanos en la Guerra Civil española*, trad. de Mary Kay McCoy e Ignacio Pinedo, Espuela de Plata, Sevilla, 2005].
Cesarani, David, *Arthur Koestler. The Homeless Mind*, The Free Press, Nueva York, 1998.
Chipp, Herschel B., *«Guernica». History, Transformations, Meanings*
Picasso's
, University of California Press, Berkeley, California, 1988.
Churchill, vizconde Peter, *All My Sins Remembered*, William Heinemann, Londres, 1964.
Churchill, Winston S., *Step by Step*, Odhams Press, Londres, 1947.
Cockburn, Claud, *A Discord of Trumpets*, Simon & Schuster,

Nueva York, 1956.
Cockburn, Patricia, *The Years of the Week*, MacDonald, Londres, 1968.
Code, padre Joseph B., *The Spanish Civil War and Lying Propaganda*, Nueva York, Paulist Press, 1938.
Cohen, Stephen F., *Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography*
1888-1938
, Wildwood House, Londres, 1974.
Connolly, Cyril, *The Golden Horizon*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1953.
Conquest, Robert, *The Great Terror. Purge of the Thirties*
Stalin's
, Pelican Books, Harmondworth, 1971, 2.ª ed. [hay trad. cast.: *El gran terror*, trad. de Joaquín Adsuar Ortega, Caralt Editores, Barcelona, 1974].
—, *Stalin. Breaker of Nations*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1991.
Cordón, Antonio, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, Colección Ebro, París, 1971.
Costello, John, y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions*, Crown Publishers, Nueva York, 1993.
Courtois, Stéphane, *et al.*, *The Black Book of Communism. Crimes, Terror, Repression*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1999.
Cowles, Virginia, *Looking for Trouble*, Hamish Hamilton, Londres, 1941.
Cox, Geoffrey, *Defence of Madrid*, Victor Gollancz, Londres, 1937 [hay trad. cast.: *La defensa de Madrid*, trad. de Martin Minchon, Oberon, Madrid, 2005].
—, *Eyewitness. A Memoir of Europe in the 1930s*, University of Otago Press, Dunedin, 1999.
Crossman, Richard, ed., *The God That Failed. Six Studies in Communism*, Hamish Hamilton, Londres, 1950.
Cruz Seoane, María, y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España*, vol. 3, *El siglo XX:*
1898-1936

, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
Davis, Frances, *My Shadow in the Sun*, Carrick & Evans, Nueva York, 1940.
—, *A Fearful Innocence*, Kent State University Press, Kent, Ohio, 1981.
Delaprée, Louis, *Le martyre de Madrid. Témoinages inédits de Louis Delaprée*, s. ed., Madrid, 1937.
Delmer, Sefton, *Trail Sinister. An Autobiography*, Secker & Warburg, Londres, 1961.
Deutscher, Isaac, *The Prophet Unarmed. Trotsky:*
1921-1929
, Oxford University Press, Londres, 1959.
Dick, Alan, *Inside Story*, George Allen & Unwin, Londres, 1943.
Dos Passos, John, *Journeys Between Wars*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1938 [hay trad. cast.: *Viajes de entreguerras*, trad. de Juan Gabriel Vázquez, Península, Barcelona, 2005].
—, *The Theme Is Freedom*, Dodd & Mead, Nueva York, 1956.
—, *The Fourteenth Chronicle. Letters and Diaries*, ed. de Townsend Ludington, Gambit Incorporated, Boston, 1973.
—, *Ebb: The Thirteenth Chronicle*
Century's
, Gambit Incorporated, Boston, 1975.
Doyle, Bob, *Memorias de un rebelde sin pausa*, Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales, Madrid, 2002.
Eby, Cecil, *Between the Bullet and the Lie*, Holt, Rinehart, Winston, Nueva York, 1969.
Ehrenburg, Ilia, *Eve of War*
1933-1941
, MacGibbon & Kee, Londres, 1963.
El-Akramy, Ursula, *Transit Moskau: Margarete Steffin und Maria Osten*, Europäische Verlagsanstalt, Hamburgo, 1998.
Fernández Sánchez, José, «El último destino de Mijaíl Koltsov», *Historia 16*, n.º 170 (junio de 1990).
Fernsworth, Lawrence, *Struggle for Freedom*
Spain's
, Beacon Press, Boston, 1957.
Fischer, Louis, *Why Spain Fights On*, Union of Democratic

Control, Londres, 1938.
—, *Men and Politics. An Autobiography*, Jonathan Cape, Londres, 1941.
—, *A Week with Gandhi*, Allen & Unwin, Londres, 1943.
—, *Gandhi and Stalin: Two Signs at the Crossroads*
World's
, Harper, Nueva York, 1947.
—, *The Life of Mahatma Gandhi*, Harper, Nueva York, 1950 [hay trad. cast.: *Gandhi: su vida y su mensaje para la humanidad*, trad. de León Mirlas, Ediciones B, Barcelona, 2005].
—, *Road from Peace to War. Soviet Foreign Relations*
Russia's
1917-1941
, Harper & Row, Nueva York, 1969.
Fox, Soledad, *Constancia de la Mora in War and Exile. International Voice for the Spanish Republic*, Sussex Academic Press, Brighton, 2007.
Franco Bahamonde, Francisco, *Palabras del Caudillo 19 de abril de de diciembre de 1942*
1937-7
, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1943.
Franco Salgado-Araujo, Francisco, *Mi vida junto a Franco*, Editorial Planeta, Barcelona, 1976.
Friedland, Boris Efimovich, *et al.*, *Mikhail', kakim on byl. Vospominaniya*
Kol'tsov
, Sovetskii Pisatel', Moscú, 1965.
Fry, Varian, *Surrender on Demand*, Random House, Nueva York, 1945.
Gannon, Franklin Reid, *The British Press and Nazi Germany*
1936-1939
, Clarendon Press, Oxford, 1971.
García-Alix, Carlos, *Madrid-Moscú*, T Ediciones, Madrid, 2003.
Gazur, Edward P., *Secret Assignment. The KGB General*
FBI's
, St.

Ermin's Press, Londres, 2001.

Geiser, Carl, *Prisoners of the Good Fight: The Spanish Civil War 1936-1939*, Lawrence Hill & Co., Westport, Connecticut, 1986.

Gellhorn, Martha, *The Face of War*, Granta Books, Londres, 1993, 5.ª ed. [hay trad. cast.: *El rostro de la guerra*, trad. de Cari Baena, Debate, Madrid, 2000].

—, «Memory», *London Review of Books* (12 de diciembre de 1996).

Gerahty, Cecil, *The Road to Madrid*, Hutchinson, Londres, 1937.

Gibson, Ian, *En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980.

—, *Paracuellos: cómo fue*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.

Giménez Caballero, Ernesto, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1979.

Gnedin, Evgenii, «*Sebya ne poteryat'*», en *Novyi Mir*, n.º 7 (1988).

Görling, Reinhold, *«Dinamita Cerebral». Politischer Prozeß und ästhetische Praxis im Spanischen Bürgerkrieg (1936-1939)*, Verlag Klaus Dieter Vervuert, Frankfurt, 1986.

Graham, Helen, «"Against the State": A Genealogy of the Barcelona May Days (1937)», *European History Quarterly*, vol. 29, n.º 4 (1999).

—, *The Spanish Republic at War 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002 [hay trad. cast.: *La República española en guerra*, Debate, Barcelona, 2006].

Gross, Babette, *Willi Münzenberg. A Political Biography*, Michigan State University Press, East Lansing, Michigan, 1974.

Gurney, Jason, *Crusade in Spain*, Faber & Faber, Londres, 1974.

Guttmann, Allen, *The Wound in the Heart. America and the Spanish Civil War*, The Free Press of Glencoe, Nueva York, 1962.

Hanighen, Frank C., ed., *Nothing but Danger*, National Travel Club, Nueva York, 1939.

Haslam, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle for Collective*

Security in Europe
1933-39
, Macmillan Press, Londres, 1984.
Heaton, P. M., *Welsh Blockade Runners in the Spanish Civil War*, The Starling Press, Newport, Gwent, 1985.
Hemingway, Ernest, *For Whom the Bell Tolls*, Jonathan Cape, Londres, 1941 [hay trad. cast.: *Por quién doblan las campanas*, trad. de Lola de Aguado, Círculo de Lectores, Barcelona, 1978].
—,. *Ernest Hemingway: Selected Articles and Dispatches of Four Decades*
By-Line
, William Collins, Londres, 1968 [hay trad. cast.: *Enviado especial: artículos seleccionados correspondientes a cuatro décadas*, trad. de Agustín Puig, Planeta, Barcelona, 1977].
—, *The Fifth Column*, Scribner, Nueva York, 2003.
Hensbergen, Gijs van, *«Guernica». The Biography of a Twentieth-Century Icon*, Bloomsbury, Londres, 2004.
Herbst, Josephine, *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, HarperCollins, Nueva York, 1991.
Hidalgo de Cisneros, Ignacio, *Cambio de rumbo*, 2 vols., Colección Ebro, Bucarest, 1964 y 1970.
Hochman, Jiri, *The Soviet Union and the Failure of Collective Security,*
1934-1938
, Cornell University Press, Ithaca, 1984.
Hopkins, James K., *Into the Heart of the Fire: The British in the Spanish Civil War*, Stanford University Press, Stanford, California, 1998.
Ickes, Harold L., *The Secret Diary of Harold L. Ickes*, vol. II, *The Inside Struggle*, Simon & Schuster, Nueva York, 1954.
Imperial War Museum, *The Spanish Civil War Collection. Sound Archive. Oral History Recordings*, Londres, 1996.
Jordan, Philip, *There Is No Return*, Cresset Press, Londres, 1938.
Junod, Marcel, *Warrior Without Weapons*, Jonathan Cape, Londres, 1951.
Karmen, Roman, *¡No pasarán!*, Editorial Progreso, Moscú, 1976.

Keene, Judith, *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War, 1936-1939*, Leicester University Press, Londres, 2001 [hay trad. cast.: *Luchando por Franco: voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*, trad. de Montserrat Armenteras, Salvat, Barcelona, 2002].

Kemp, Peter, *Mine Were of Trouble*, Cassell, Londres, 1957.

—, *The Thorns of Memory*, Sinclair Stevenson, Londres, 1990.

Klehr, Harvey, *The Heyday of American Communism. The Depression Decade*, Basic Books, Nueva York, 1984.

Knickerbocker, H. R., *The Seige of the Alcazar: A of the Spanish Revolution War-Log*, Hutchinson, Londres, s. f. (1937).

Knightley, Philip, *The First Casualty. The War Correspondent as Hero, Propagandist, and Myth Maker from Crimea to Vietnam*, André Deutsch, Londres, 1975 [hay trad. cast.: *Corresponsales de guerra*, trad. de José Manuel Álvarez Flórez, Euros, Barcelona, 1976].

Knoblaugh, Edward H., *Correspondent in Spain*, Sheed & Ward, Londres y Nueva York, 1937 [hay trad. cast.: *Corresponsal en España*, trad. de M.ª Victoria Álvarez de Sotomayor, Fermín Uriarte, Madrid, 1967].

Knox, Bernard, *Essays Ancient and Modern*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1989.

Koch, Stephen, *Double Lives. Spies and Writers in the Secret Soviet War of Ideas against the West*, The Free Press, Nueva York, 1994 [hay trad. cast.: *El fin de la inocencia: Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales*, trad. de Marcelo Covián, Tusquets, Barcelona, 1997].

—, *The Breaking Point. Hemingway, Dos Passos and the Murder of José Robles*, Counterpoint, Nueva York, 2005.

Koestler, Arthur, *Spanish Testament*, Victor Gollancz, Londres, 1937.

—, *The Invisible Writing*, Hutchinson, Londres, 1969, 2.ª ed. [hay

trad. cast.: *La escritura invisible*, vol. 2 de *Autobiografía*, Debate, Madrid, 2000].
Koltsov, Mijaíl, *The Man in Uniform*, Cooperativa Editorial para Trabajadores Extranjeros en la URSS, Moscú, 1933.
—, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963.
Koltzov, Miquel, *Proves de la traició trotskista*, Secretariat de Propaganda del C. E., Barcelona, 1937.
Kowalsky, Daniel, *La Unión Soviética y la Guerra Civil española. Una revisión crítica*, Editorial Crítica, Barcelona, 2003.
Langdon-Davies, John, *Behind the Spanish Barricades*, Secker & Warburg, Londres, 1936.
Langer, Elinor, *Josephine Herbst*, Little, Brown, Boston, 1984.
Last, Jef, *The Spanish Tragedy*, Routledge, Londres, 1939.
Leahy, almirante de la Flota William D., *I Was There*, Victor Gollancz, Londres, 1950.
Lefebvre, Michel, *Kessel/Moral. Deux reporters dans la guerre d'Espagne*, Éditions Tallandier, París, 2006.
Loewenstein, príncipe Hubertus Friedrich von, *A Catholic in Republican Spain*, Victor Gollancz, Londres, 1937.
Lucas Phillips, C. E., *The Spanish Pimpernel*, Heinemann, Londres, 1960.
Ludington, Townsend, *John Dos Passos. A Twentieth-Century Odyssey*, E. P. Dutton, Nueva York, 1980.
Lunn, Arnold, *Spanish Rehearsal*, Hutchinson, Londres, 1937.
Manning, Leah, *A Life for Education. An Autobiography*, Victor Gollancz, Londres, 1970.
Marino, Andy, *A Quiet American: The Secret War of Varian Fry*, St. Martin's Press, Nueva York, 1999.
Martínez Amutio, Justo, *Chantaje a un pueblo*, G. del Toro, Madrid, 1974.
Martínez de Pisón, Ignacio, *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, Barcelona, 2005.
Massot i Muntaner, Josep, *El desembarcament de Bayo a Mallorca, agost-setembre de 1936*, Publicacions de l'Abadia

de Montserrat, Barcelona, 1987.
Matthews, Herbert L., *Two Wars and More to Come*, Carrick & Evans, Nueva York, 1938.
—, *The Education of a Correspondent*, Harcourt Brace, Nueva York, 1946.
—, *The Yoke and the Arrows*, Heinemann, Londres, 1958.
—, *Half of Spain Died. A Reappraisal of the Spanish Civil War*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1973.
Maximenkov, Leonid, y Christopher Barnes, «Boris Pasternak in August 1936», *Toronto Slavic Quarterly*, n.º 17 (2003).
McCullagh, Francis, *In Spain Franco's*, Burns, Oates & Washbourne, Londres, 1937.
McNeill-Moss, Major Geoffrey, *The Epic of the Alcazar*, Rich & Cowan, Londres, 1937.
Medvedev, Roy, *Let History Judge. The Origins and Consequences of Stalinism*, Macmillan, Londres, 1971.
Merriman, Marion, y Warren Lerude, *American Commander in Spain: Robert Hale Merriman and the Abraham Lincoln Brigade*, University of Nevada Press, Reno, 1986.
Miller, Webb, *I Found No Peace*, The Book Club, Londres, 1937.
Minifie, James M., *Expatriate*, Macmillan of Canada, Toronto, 1976.
Miravitlles, Jaume, *Episodis de la Guerra Civil espanyola*, Editorial Pòrtic, Barcelona, 1972.
Moa Rodríguez, Pío, *Los mitos de la Guerra Civil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
Monks, Noel, *Eyewitness*, Frederick Muller, Londres, 1955.
Montanelli, Indro, *Memorias de un periodista*, RBA Libros, Barcelona, 2002.
Moorehead, Caroline, *Martha Gellhorn, A Life*, Chatto & Windus, Londres, 2003.
Mora, Constancia de la, *In Place of Splendor. The Autobiography of a Spanish Woman*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1939 (original cast.: *Doble esplendor: autobiografía de una aristócrata*

española, republicana y comunista, Gadir, Madrid, 2006, 3.ª ed.).

Mortari, Curio, *Con gli insorti in Marocco e Spagna*, Fratelli Treves Editori, Milán, 1937.

Moure Mariño, Luis, *La generación del 36: memorias de Salamanca y Burgos*, Ediciós do Castro, A Coruña, 1989.

Muggeridge, Malcolm, *Chronicles of Wasted Time. An Autobiography*, Regent College Publishing, Vancouver, 2006.

Nunes, Leopoldo, *La guerra en España (Dos meses de reportaje en los frentes de Andalucía y Extremadura)*, Librería Prieto, Granada, 1937.

Orlov, Alexander, *The Secret History of Crimes*
Stalin's
, Jarrolds, Londres, 1954.

—, *The March of Time. Reminiscences*, St.
Ermin's
Press, Londres, 2004.

Orwell, George, *Homage to Catalonia*, Secker & Warburg, Londres, 1971 [hay trad. cast.: *Homenaje a Cataluña*, trad. de Carlos Pujol, Círculo de Lectores, Barcelona, 1996].

—, *Orwell in Spain*, Penguin Books, Londres, 2001 [hay trad. cast.: *Mi guerra civil española*, trad. de Antonio Prometeo Moya, Planeta, Barcelona, 2005].

Packard, Reynolds y Eleanor, *Balcony Empire. Fascist Italy at War*, Oxford University Press, Nueva York, 1942 [hay trad. cast.: *Imperio de balcón. Italia, fascistas en guerra*, Ayacucho, Buenos Aires, 1943].

Page, Bruce, David Leitch y Philip Knightly, *Philby. The Spy Who Betrayed a Generation*, Sphere Books, Londres, 1977 [hay trad. cast.: *Philby: el espía que engañó a una generación*, Destino, Barcelona, 1968].

Palencia, Isabel de, *Smouldering Freedom. The Story of the Spanish Republicans in Exile*, Victor Gollancz, Londres, 1946.

Payne, Stanley G., *The Spanish Civil War, the Soviet Union, and Communism*, Yale University Press, New Haven, 2004.

Philby, Kim, *My Silent War*, MacGibbon & Kee, Londres, 1968.

Pike, David, *German Writers in Soviet Exile,*

1933-1945
, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982.
Pike, David Wingeate, *Les français et la guerre,*
d'Espagne
1936-1939
, Presses Universitaires de France, París, 1975.
Pitcairn, Frank, *Reporter in Spain*, Lawrence & Wishart, Londres, 1936.
Preston, Paul, ed., *«Leviatán»: antología*, Ediciones Turner, Madrid, 1976.
—, «The Struggle Against Fascism in Spain: The Contradictions of the PSOE Left», *European Studies Review*, vol. 9, n.º 1 (1979).
—, *Franco: A Biography*, Harper-Collins, Londres, 1993 [hay trad. cast.: *Franco: Caudillo de España*, trad. de Teresa Camprodón y Diana Falcón, Debolsillo, Barcelona, 2004].
—, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic*
1931-1936
, Routledge, Londres, 1994, 2.ª ed. [hay trad. cast.: *La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 2001].
—, «Los esclavos, las alcantarillas y el capitán Aguilera. Racismo, colonialismo y machismo en la mentalidad en el cuerpo de oficiales nacionales», en Javier Muñoz Soro, José Luis Ledesma y Javier Rodrigo, *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Siete Mares Editorial, Madrid, 2005.
—, *The Spanish Civil War. Reaction, Revolution, Revenge*, HarperCollins, Londres, 2006 [hay trad. cast.: *La Guerra Civil española*, Debate, Barcelona, 2006].
Pruszyriski, Ksawery, *En la España roja*, Alba Editorial, Barcelona, 2007.
Purcell, Hugh, *The Last English Revolutionary. A Biography of Tom Wintringham*
1898-1949
, Sutton Publishing, Stroud, 2004.

Puzzo, Dante A., *Spain and the Great Powers, 1936-1941*, Columbia University Press, Nueva York, 1962.
Radio Nacional de España, *Guerra Civil y Radio Nacional. Salamanca, 19361938*, Instituto Oficial de Radio y Televisión, Madrid, 2006.
Radosh, Ronald, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov, eds., *Spain Betrayed. The Soviet Union in the Spanish Civil War*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2001 [hay trad. cast.: *España traicionada: Stalin y la Guerra Civil*, trad. de Juan Mari Madariaga, Planeta, Barcelona, 2002].
Ragsdale, Hugh, *The Soviets, the Munich Crisis, and the Coming of World War II*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
Rankin, Nick, *Telegram from Guernica. The Extraordinary Life of George Steer, War Correspondent*, Faber & Faber, Londres, 2003.
Rayfield, Donald, *Stalin and his Hangmen. An Authoritative Portrait of a Tyrant and Those Who Served Him*, Viking, Londres, 2004.
Regler, Gustav, *The Great Crusade*, Longmans, Green & Co., Nueva York, 1940.
—, *The Owl of Minerva*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1959.
Rey García, Marta, *Stars for Spain. La Guerra Civil española en los Estados Unidos*, Ediciós do Castro, Sada-A Coruña, 1997.
Roberts, Geoffrey, *The Unholy Alliance. Pact with Hitler Stalin's*, I. B. Tauris, Londres, 1989.
Rogers, F. Theo, *Spain: A Tragic Journey*, The Macaulay Company, Nueva York, 1937.
Rojas, Carlos, *¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca, 1936. Unamuno y Millán Astray frente a frente*, Planeta, Barcelona, 1995.
Rojo, general Vicente, *Así fue la defensa de Madrid*, Ediciones Era, México D. F., 1967.
Rojo, José Andrés, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*,

Tusquets Editores, Barcelona, 2006.
Rollyson, Carl, *Nothing Ever Happens to the Brave. The Story of Martha Gellhorn*, St.
Martin's
Press, Nueva York, 1990.
Rubashkin, A., *Mikhail'. Kritiko-biograficheskii ocherk*
Kol'tsov
, Khudozhestvennaya literatura, Moscú, 1971.
Sagardía, general, *Del Alto Ebro a las fuentes del Llobregat. Treinta y dos meses de guerra de la 62 División*, Editora Nacional, Barcelona, 1940.
Salas Larrazábal, Jesús, *La guerra de España desde el aire*, Ariel, Barcelona, 1972, 2.ª ed.
Salter, Cedric, *in Spain*
Try-out
, Harper Brothers, Nueva York, 1943.
Sánchez, Germán, «El misterio Grigulévich», *Historia 16*, n.º 233 (septiembre de 1995).
Schauff, Frank, *Der verspielte Sieg. Sowjetunion, Kommunistische Internationale und Spanischer Bürgerkrieg*
1936-1939
, Campus, Frankfurt, 2005.
Schmigalle, Günther, *André Malraux und der spanische Bürgerkrieg: Zur Genese, Funktion und Bedeutung von»*
«L'Espoir
, Bouvier Verlag Herbert Grundmann, Bonn, 1980.
Scott-Watson, Keith, *Single to Spain*, Arthur Barker, Londres, 1937.
Sebag-Montefiore, Simon, *Stalin. The Court of the Red Czar*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2003.
Sebba, Anne, *Battling for News. The Rise of the Woman Reporter*, Hodder & Stoughton, Londres, 1994.
Sehlinger, Peter J., y Holman Hamilton, *Spokesman for Democracy. Claude G. Bowers*
1878-1958
, Indiana Historical Society, Indianapolis, 2000.
Sencourt, Robert, *Ordeal. A Documented Survey of Recent Events*

Spain's
, Longmans, Green and Co., Londres, 1938.
Serge, Victor, *Memoirs of a Revolutionary*
1901-1941
, Oxford University Press, Londres, 1963.
Serrano, Carlos, *espagnol: PCF et guerre*
L'enjeu
d'Espagne
, Messidor/Éditions Sociales, París, 1987.
Sheean, Vincent, *Not Peace But A Sword*, Doubleday, Doran, Nueva York, 1939.
Shklovsky, Viktor, *Mayakovsky and his Circle*, Pluto Press, Londres, 1972.
Skorokhodov, Gleb, *Mikhail'. Kritiko-biograficheskii ocherk*
Kol'tsov
, Sovetskii Pisatel', Moscú, 1959.
Solé i Sabaté, Josep Maria, Joan Villarroya y Eduard Voltes, eds., *La Guerra Civil a Catalunya*, 4 vols., Edicions 62, Barcelona, 2004.
Southworth, Herbert Rutledge, *El mito de la cruzada de Franco*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1963.
—, *Antifalange. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1967.
—, *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977.
—, *Conspiracy and the Spanish Civil War: The Brainwashing of Francisco Franco*, Routledge, Londres, 2002 [hay trad. cast.: *El lavado de cerebro de Francisco Franco; conspiración y Guerra Civil*, trad. de Jordi Beltrán, Crítica, Barcelona, 2002].
Spender, Stephen, *World Within World*, Readers Union, Londres, 1953 [hay trad. cast.: *Un mundo dentro del mundo*, trad. de Ana Poljak, El Aleph, Barcelona, 2002].
Steer, G. L., *Caesar in Abyssinia*, Little, Brown & Co., Boston, 1937.
—, *The Tree of Gernika: A Field Study of Modern War*, Hodder & Stoughton, Londres, 1938 [hay trad. cast.: *El árbol de*

Gernika. Un ensayo sobre la guerra moderna, Txalaparta, Tafalla, 2002].
—, *A Date in the Desert*, Hodder and Stoughton, Londres, 1939.
—, *Judgment on German Africa*, Hodder and Stoughton, Londres, 1939.
—, *Sealed and Delivered*, Hodder & Stoughton, Londres, 1942.
Tangye, Nigel, *Red, White and Spain*, Rich & Cowan, Londres, 1937.
Taylor, F. Jay, *The United States and the Spanish Civil War 1936-1939*, Bookman Associates, Nueva York, 1956.
Taylor, S. J., *Apologist. Walter Duranty: «The New York Man in Moscow Stalin's Times's»*, Oxford University Press, Nueva York, 1990.
Thomas, Fred, *To Tilt at Windmills. A Memoir of the Spanish Civil War*, Michigan State University Press, East Lansing, Michigan, 1996.
Thomas, Hugh, *The Spanish Civil War*, Hamish Hamilton, Londres, 1977, 3.ª ed. [hay trad. cast.: *La Guerra Civil española*, trad. de Neri Daurella de Nadal, Grijalbo, Barcelona].
Thompson, sir Geoffrey, *Front Line Diplomat*, Hutchinson, Londres, 1959.
Thorning, Joseph F., *Why the Press Failed on Spain*, International Catholic Truth Society, Nueva York, 1938.
—, *Fernando de los Ríos Refutes Himself*, Paulist Press, Nueva York, 1939.
—, *Mercy and Justice!*, Peninsular News Service, Nueva York, 1939.
Tierney, Dominic, *FDR and the Spanish Civil War. Neutrality and Commitment in the Struggle that Divided America*, Duke University Press, Durham y Londres, 2007.
Toynbee, Philip, ed., *The Distant Drum. Reflections on the Spanish Civil War*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1976.

Traina, Richard P., *American Diplomacy and the Spanish Civil War*, Indiana University Press, Bloomington, Indiana, 1968.

Trotsky, Léon, *La Revolution espagnole, 1930-40*, ed. de Pierre Broué, Les Éditions de Minuit, París, 1975.

Tucker, Robert C., *Stalin as Revolutionary, 1879-1929*, W. W. Norton, Nueva York, 1973.

—, *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928-1941*, W. W. Norton, Nueva York, 1990.

Vaksberg, Arkadi, *Hotel Lux. Les partis frères au service de Communiste l'Internationale*, Éditions Fayard, París, 1993.

Valtin, Jan, *Out of the Night*, Fortress Books, Londres, 1988, 2.ª ed. [hay trad. cast.: *La noche quedó atrás*, Movimiento Cultural Cristiano, Madrid, 1990].

Vargas, Bruno, *Rodolfo Llopis. Una biografía política (1895-1983)*, Planeta, Barcelona, 1999.

Vegas Latapié, Eugenio, *Los caminos del desengaño. Memorias políticas 2: 1936-1938*, Ediciones Giner, Madrid, 1987.

Verevkin, V. P., *Mikhail' Efimovich Kol'tsov*, Mysl', Moscú, 1977.

Vidal, César, *Paracuellos-Katyn. Un ensayo sobre el genocidio de la izquierda*, LibrosLibres, Madrid, 2005.

Viñas, Ángel, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.

—, *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil. Antecedentes y consecuencias*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.

—, *El escudo de la República*, Editorial Crítica, Barcelona, 2007.

Volkogonov, Dmitri, *Stalin. Triumph and Tragedy*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1991.

Ward, Harriet, *A Man of Small Importance. My Father Griffin Barry*, Dormouse Books, Debenham, Suffolk, 2003.
Watkins, K. W., *Britain Divided*, Nelson, Londres, 1963.
Watson, William Braasch, «Hemingway's Civil War Dispatches», *The Hemingway Review*, vol. VII, n.º 2 (primavera de 1988).
Waugh, Evelyn, *Scoop*, Little, Brown, Boston, 1977 [hay trad. cast.: ¡*Noticia bomba!: novela de periodistas*, trad. de Antonio Mauri, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002].
—, *The Essays, Articles and Reviews of Evelyn Waugh*, ed. de Donald Gallagher, Methuen, Londres, 1983.
—, *Mr Wu & Mrs Stitch. The Letters of Evelyn Waugh and Diana Cooper*, ed. de Artemis Cooper, Hodder & Stoughton, Londres, 1991.
Whitaker, John T., *We Cannot Escape History*, Macmillan, Nueva York, 1943.
Wurtzel, David, «Lester Ziffren and the Road to War in Spain», *International Journal of Iberian Studies*, vol. 19, n.º 1.
Wyden, Peter, *The Passionate War. The Narrative History of the Spanish Civil War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1983 [hay trad. cast.: *La guerra apasionada: historia narrativa de la Guerra Civil española, 1936-1939*, trad. de J. A. Bravo y Jordi Fibla, Martínez Roca, Barcelona, 1983].
Ziffren, Lester, «I Lived in Madrid», *Current History* (abril de 1937).
—, «The Correspondent in Spain», *Public Opinion Quarterly*, vol. 1, n.º 3 (julio de 1937).

Notas

[1] Frank C. Hanighen, ed., *Nothing but Danger*, National Travel Club, Nueva York, 1939, p. 7. <<

[2] Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Jonathan Cape, Londres, 1941, p. 438. < <

[3] José Mario Armero recopiló una relación de 948 hombres y mujeres en *España fue noticia. Corresponsales extranjeros en la Guerra Civil española*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1976, pp. 409-436. La lista es deficiente en muchos aspectos y omite a muchos corresponsales, pero sirve de referencia. <<

[4] Martha Gellhorn, *The Face of War*, Granta Books, Londres, 1993, 5.ª ed., p. 17 [hay trad. cast.: *El rostro de la guerra*, trad. de Cari Baena, Debate, Madrid, 2000, p. 14]. <<

[5] Vincent Sheean refiere de forma conmovedora la historia de Jim Lardner en *Not Peace But A Sword*, Doubleday, Doran, Nueva York, 1939, pp.
235-266
. <<

[6] Peter Wyden, *The Passionate War. The Narrative History of the Spanish Civil War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1983, p. 29 [hay trad. cast.: *La guerra apasionada: historia novelada de la Guerra Civil Española*, trad. de J. A. Bravo y Jordi Fibla, Martínez Roca, Barcelona, 2000]; Philip Knightley, *The First Casualty. The War Correspondent as Hero, Propagandist, and Myth Maker from the Crimea to Vietnam*, André Deutsch, Londres, 1975, pp. 192195 [hay trad. cast.: *Corresponsales de guerra*, trad. de José Manuel Álvarez Flórez, Euros, Barcelona, 1976]. <<

[7] Herbert Southworth, *Conspiracy and the Spanish Civil War: The Brainwashing of Francisco Franco*, Routledge, Londres, 2002, p. 1 [hay trad. cast.: *El lavado de cerebro de Francisco Franco: conspiración y Guerra Civil*, trad. de Jordi Beltrán, Crítica, Barcelona, 2000]. <<

[8] Louis Fischer en Richard Crossman, ed., *The God That Failed. Six Studies in Communism*, Hamish Hamilton, Londres, 1950, p. 220. <<

[9] Hanighen, *Nothing but Danger*, p. 7. <<

[10] *The New York Times* (1, 2 y 3 de enero de 1938); Reynolds y Eleanor Packard, *Balcony Empire. Fascist Italy at War*, Oxford University Press, Nueva York, 1942, p. 56 [hay trad. cast.: *Imperio de balcón: Italia, fascistas en guerra*, Ayacucho, Buenos Aires, 1943]. Donde mejor se relata es en la obra de Judith Keene *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War, 1936-1939*, Leicester University Press, Londres, 2001, pp. 74-76 [hay trad. cast.: *Luchando por Franco: voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*, trad. de Montserrat Armenteras, Salvat, Barcelona, 2002]. <<

[11] Edmond Taylor, «Assignment in Hell», en Hanighen, *Nothing but Danger*, pp. 58-60; Webb Miller, *I Found No Peace*, The Book Club, Londres, 1937, pp. 325-327. < <

[12] «To Aid Spanish Fascists», *The New York Times* (1 de diciembre de 1936); William Braasch Watson, «Hemingway's Civil War Dispatches», *The Hemingway Review*, vol. VII, n.º 2 (primavera de 1988), pp. 4-12, 26-29, 39 y 60; George Seldes, «"Treason" on the Times», *The New Republic* (7 de septiembre de 1938). < <

[13] Citado en Knightley, *The First Casualty*…, pp. 194-195. Para las descripciones de Matthews, véase Sefton Delmer, *Trail Sinister. An Autobiography*, Secker & Warburg, Londres, 1961, p. 328, y Carlos Baker, *Ernest Hemingway. A Life Story*, Collins, Londres, 1969, p. 369. < <

[14] Herbert L. Matthews, *The Education of a Correspondent*, Harcourt Brace, Nueva York, 1946, pp.
130-131
y
142-143
. < <

[15] Gellhorn, *The Face of War*, p. 17. < <

[16] Dos ejemplos de literatura «revisionista» española son Pío Moa Rodríguez, *Los mitos de la Guerra Civil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003, y César Vidal, *Paracuellos-Katyn. Un ensayo sobre el genocidio de la izquierda*, LibrosLibres, Madrid, 2005. La literatura neoconservadora estadounidense es menos abundante, pero ha sido muy influyente. Dos obras interesantes son la de Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov, eds., *Spain Betrayed. The Soviet Union in the Spanish Civil War*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2001 [hay trad. cast.: *España traicionada: Stalin y la Guerra Civil*, trad. de Juan Mari Madariaga, Planeta, Barcelona, 2002] y la de Stephen Koch, *The Breaking Point. Hemingway, Dos Passos and the Murder of José Robles*, Counterpoint, Nueva York, 2005. < <

[1] Paul Preston, *Franco: A Biography*, Harper-Collins, Londres, 1993, pp. 171-184 [hay trad. cast.: *Franco: Caudillo de España*, trad. de Teresa Camprodón y Diana Falcón, Debolsillo, Barcelona, 2004]; H. R. Knickerbocker, *The Seige of the Alcazar: A of the Spanish Revolution War-Log*, Hutchinson, Londres, s. f. (1937), pp. 172-173; Webb Miller, *I Found No Peace*, The Book Club, Londres, 1937, pp. 329-330 y 336-338; Herbert L. Matthews, *The Yoke and the Arrows*, Heinemann, Londres, 1958, p. 176; Claude Bowers, *My Mission to Spain*, Victor Gollancz, Londres, 1954, p. 313 [hay trad. cast.: *Misión en España: en el umbral de la Segunda Guerra Mundial, 19331939*, trad. de Juan López S., Grijalbo, Barcelona, 1977]. <<

[2] *The Washington Post* (14 de septiembre de 1936); *The Syracuse Herald* (14 de septiembre de 1936). <<

[3] Carta de Gorrell a Wendelin, Embajada de Estados Unidos, 5 de octubre; Documentos de Ziffren, 5 de octubre de 1936; entrada del diario de Ziffren del 22 de septiembre de 1936, «Diary of a Civil War Correspondence» (todos ellos Documentos de Lester Ziffren). Estoy en deuda con David Wurtzel, que me facilitó copias de estos documentos. Sobre Ziffren, véase David Wurtzel, «Lester Ziffren and the Road to War in Spain», *International Journal of Iberian Studies*, vol. 19, n.º 1, pp.
73-83
.<<

[4] *News Chronicle* (27 de octubre); *The Washington Post* (25 y 28 de octubre de 1936). La historia de la cortesía rebelde se publicó en la prensa local estadounidense; véase por ejemplo *The Sheboygan Press* (28 de octubre de 1937). Denis Weaver, «Through the Enemy's Lines», en Frank C. Hanighen, ed., *Nothing but Danger*, National Travel Club, Nueva York, 1939, pp. 105-115; «A Journalist», *Foreign Journalists under Terror Franco's*, United Editorial, Londres, 1937, p. 16; Carta de Hull a Bowers, 28 de octubre de 1936, *Foreign Relations of the United States 1936*, vol. II, Government Printing Office, Washington, 1954, p. 748; Bowers, *My Mission to Spain*, pp. 325-326.<<

[5] Jan H. Yindrich, «Seen from a Skyscraper», en Hanighen, *Nothing but Danger*, pp. 145-150 y 156-159; Josephine Herbst, *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, HarperCollins, Nueva York, 1991, pp. 134-135; Arturo Barea, *The Forging of a Rebel*, Davis-Poynter, Londres, 1972, pp. 603 y 655 (original cast.: *La forja de un rebelde*, Editorial Debate, Madrid, 2000). Keith Scott Watson, *Single to Spain*, Arthur Barker, Londres, 1937, pp. 158-160.<<

[6] Lester Ziffren, entrada del diario del 18 de septiembre de 1936, «Diary of a Civil Correspondent», Documentos de Ziffren; Lester Ziffren, «The Correspondent in Spain», *Public Opinion Quarterly*, vol. 1, n.º 3 (julio de 1937), p. 114. < <

[7] Julio Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, Putnam, Londres, 1950, pp. 41-44, 53-66 y 111-123.<<

[8] Sefton Delmer, *Trail Sinister: An Autobiography*, Secker & Warburg, Londres, 1961, p. 290; Lester Ziffren, entrada de diario del 18 de septiembre de 1936, «Diary of a Civil War Correspondent», Documentos de Ziffren. < <

[9] Louis Fischer, «Spanish Diary», manuscrito, Documentos de Louis Fischer, Biblioteca de Manuscritos Seeley G. Mudd, Universidad de Princeton (en adelante, Documentos de Fischer), pp. 53-54
.< <

[10] Ziffren, «The Correspondent…», pp. 113-114
.<<

[11] «Spanish Diary», Documentos de Fischer, p. 95. < <

[12] Mijaíl Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963, p. 93. < <

[13] Ziffren, «The Correspondent...», p. 112. < <

[14] Jan Kurzke y Kate Mangan, «The Good Comrade» (manuscrito inédito, Documentos de Jan Kurzke, Archivos del Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam), pp.
104-106
.<<

[15] Lester Ziffren, «I Lived in Madrid», *Current History* (abril de 1937), pp. 35-36. <<

[16] Louis Fischer, «Spanish Diary», manuscrito, p. 90, Documentos de Fischer. < <

[17] Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic*, Hamish Hamilton, Londres, 1940, p. 269; Delmer, *Trail Sinister*…, pp. 287-288
.< <

[18] Geoffrey Cox, entrevista grabada, Museo de Guerra Imperial, Archivo sonoro, Coleccion de la Guerra Civil Española, 10059/4; Geoffrey Cox, *Eyewitness. A Memoir of Europe in the 1930s*, University of Otago Press, Dunedin, 1999, pp.
203-205
; entrevista de sir Geoffrey Cox con el autor, 2006. < <

[19] Cox, *Eyewitness*…, pp. 205 y 213; entrevista a Cox. <<

[20] Cox, *Eyewitness*…, p.
211-212
; Delmer, *Trail Sinister*…, p. 289.<<

[21] Barea, *The Forging of a Rebel*, pp. 569-570 y 573-574 .<<

[22] H. Edward Knoblaugh, *Correspondent in Spain*, Sheed & Ward, Londres y Nueva York, 1937, p. 135 [hay trad. cast.: *Corresponsal en España*, trad. de M.ª Victoria Álvarez de Sotomayor, Fermín Uriarte, Madrid, 1967]; Cowles, *Looking for Trouble*, p. 24; Barea, *The Forging of a Rebel*, p. 577. < <

[23] Barea, *The Forging of a Rebel*, pp. 581-587
.<<

[24] Knoblaugh, *Correspondent in Spain*, pp. 145-146
.< <

[25] Delmer, *Trail Sinister*…, pp. 290-293; Cox, *Eyewitness*…, p. 215. < <

[26] Barea, *The Forging of a Rebel*, p. 628.<<

[27] Cox, *Eyewitness*…, pp.
215-216
. El libro era *Defence of Madrid*, Victor Gollancz, Londres, 1937. <<

[28] Bowers, *My Mission to Spain*, p. 320. <<

[29] Frances Davis, *My Shadow in the Sun*, Carrick & Evans, Nueva York, 1940, p. 163. <<

[30] Harold G. Cardozo, *The March of a Nation*, The Right Book Club, Londres, 1937, p. 179. < <

[31] Buckley, *Life and Death*, pp. 261-263; Cox, *Eyewitness…*, p. 219; «Street Fighting», *The News Chronicle* (9 de noviembre de 1936). < <

[32] Barea, *The Forging of a Rebel*, pp. 588-596. Sobre la relación de Koltsov con Álvarez del Vayo y el Comisariado General de Guerra, véase el capítulo «¿Los ojos y oídos de Stalin en Madrid? Ascenso y caída de Mijaíl Koltsov». <<

[33] Barea, *The Forging of a Rebel*, pp. 596-598
. <<

[34] Barea, *The Forging of a Rebel*, pp. 597-599
.<<

[35] Barea, *The Forging of a Rebel*, pp. 598-599; Yindrich, «Seen from a Skyscraper», p. 151. <<

[36] Delmer, *Trail Sinister*…, p. 296; Barea, *The Forging of a Rebel*, pp. 601-605, 615-617 y 640. <<

[37] Barea, *The Forging of a Rebel*, pp. 603-612
.< <

[38] Louis Delaprée, «Une visite au “front de Babel” avec la brigade internacionale», *Paris-Soir* (24 de noviembre de 1936); Barbro Alving, «Utlandsbrigaden har vänt bladet», *Dagens Nyheter* (9 de diciembre de 1936); Herbert Matthews, «Free Lances of Madrid», *The New York Times Magazine* (3 de enero de 1937); Louis Fischer, «Spain’s “Red” Foreign Legion», «Madrid’s Foreign Defenders», *The Nation* (9 de enero y 4 de septiembre de 1937). <<

[39] Koltsov, *Diario…*, pp. 265, 269 y 273; David Wingeate Pike, *Les français et la guerre d’Espagne 1936-1939*, Presses Universitaires de France, París, 1975, p. 39; Barea, *The Forging of a Rebel*, p. 632; Cox, *Defence of Madrid*, pp. 203-206; Delmer, *Trail Sinister…*, pp. 269, 275 y 322-326; Louis Delaprée, *Le martyre de Madrid. Témoinages inédits de Louis Delaprée*, Madrid, 1937, pp. 46-47.<<

[40] *Paris-Soir* (19 de noviembre de 1936); Delaprée, *Le martyre*…, pp. 11-15. <<

[41] Sobre las tortuosas relaciones de Rubio Hidalgo con Arturo e Ilsa, véase *The Forging of a Rebel*, pp. 626, 631-639, 682-686 y 693-695 (original cast.: *La forja de un rebelde*). Sobre el encuentro con Dos Passos, p. 665; John Dos Passos, «Room and Bath at the Hotel Florida», *Esquire* (enero de 1938), reimpreso también en *Journeys Between Wars*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1938, pp. 364-374 [hay trad. cast.: *Viajes de entreguerras*, trad. de Juan Gabriel Vázquez, Península, Barcelona, 2005]. Barea, *The Forging*…, p. 665. <<

[42] Barea, *The Forging of a Rebel*, pp. 626, 631-639, 682-686, 693-695. Sobre Rosario del Olmo, véase Geoffrey Brereton, *Inside Spain*, Quality Press, Londres, 1938, pp. 36-38. < <

[43] McCullagh, *In Spain Franco’s*, Burns, Oates & Washbourne, Londres, 1937, pp. 108-109.< <

[44] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 242-245
.<<

[45] Babette Gross, *Willi Münzenburg. A Political Biography*, Michigan State University Press, East Lansing, Michigan, 1974, p. 272. < <

[46] Para obtener un retrato favorable de Katz, véase Arthur Koestler, *The Invisible Writing*, 2.ª edición, Hutchinson, Londres, 1969, pp.
255-258
y 400; Claud Cockburn, *A Discord of Trumpets*, Simon & Schuster, Nueva York, 1956, pp.
305-309
. Para obtener un retrato hostil y colérico, véase Stephen Koch, *Double Lives. Spies and Writers in the Secret Soviet War of Ideas against the West*, The Free Press, Nueva York, 1994, pp. 74 y ss. Sobre la creación de la Agence Espagne, véase Gross, *Münzenberg*, pp.
311-312
.<<

[47] Cockburn, *A Discord*…, p. 306. El libro del príncipe Hubertus Friedrich de Loewenstein, *A Catholic in Republican Spain* (Victor Gollancz, Londres, 1937) era un examen objetivo de la política de la República hacia la Iglesia una vez que Manuel Irujo fue nombrado ministro de Justicia. <<

[48] Barea, *The Forging*…, p. 661; Regler, entrada del 17 de abril de 1937, «Civil War Diary», p. 24. < <

[49] Fischer, *Men and Politics*…, p. 430; Gross, *Münzenburg*…, p. 312. < <

[50] Koestler, *The Invisible Writing*, p. 409. < <

[51] Constancia de la Mora, *In Place of Splendor. The Autobiography of a Spanish Woman*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1939, pp. 289 y 291-292 (original cast.: *Doble esplendor: autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista*, Gadir, Madrid, 2006, 3.ª ed.); Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 298, 300, 303 y 309; Lawrence Fernsworth, *Struggle for Freedom* *Spain's*, Beacon Press, Boston, 1957, pp. 200-239. <<

[52] Gustav Regler, *The Owl of Minerva*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1959, p. 274. <<

[53] Martha Gellhorn, «Memory», *LRB* (12 de diciembre de 1996), p. 3. <<

[54] Regler, *The Owl…*, p. 284.<<

[55] Herbert L. Matthews, *Two Wars and More to Come*, Carrick & Evans, Nueva York, 1938, p. 185. <<

[56] Matthews, *The Education of a Correspondent*, pp. 67-68
.< <

[57] Vincent Sheean, *Not Peace But A Sword*, Doubleday, Doran, Nueva York, 1939, p. 199. < <

[58] Cox, *Defence of Madrid*, p. 208; entrevista grabada a Geoffrey Cox, Imperial War Museum, Archivo sonoro, Colección de la Guerra Civil Española, 13161/3/2. < <

[59] Delmer, *Trail Sinister*…, p. 299. < <

[60] Arthur Koestler, *Spanish Testament*, Victor Gollancz, Londres, 1937, p. 177. <<

[61] Matthews, *Two Wars*…, pp. 281-282; Matthews, *The Education of a Correspondent*, p. 95; Dos Passos, *Journays*…, p. 369; Carlos Baker, *Ernest Hemingway. A Life Story*, Collins, Londres, 1969, pp. 370-371. <<

[62] Dos Passos, *Ebb: The Thirteenth Chronicle Century’s*, Gambit, Boston, 1975, pp. 89-90; Jason Gurney, *Crusade in Spain*, Faber & Faber, Londres, 1974, p. 145. < <

[63] Delmer, *Trail Sinister*…, pp. 315-316
.< <

[64] Entrevista de Gellhorn con Peter Wyden, *The Passionate War. The Narrative History of the Spanish Civil War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1983, p. 321 [hay trad. cast.: *La guerra apasionada: historia narrativa de la guerra civil española, 1936-1939*, trad. de J. A. Bravo y Jordi Fibla, Martínez Roca, Barcelona, 1983]; Herbst, *The Starched Blue Sky*…, p. 138; Dos Passos, *Ebb Century's*…, p. 83. <<

[65] Herbst, *The Starched Blue Sky*…, pp. 169-170
.<<

[66] Virginia Cowles, *Looking for Trouble*, Hamish Hamilton, Londres, 1941, pp.
16-22
.< <

[67] Josephine Herbst, *The Starched Blue Sky*…, pp. 136-137 y 152153; Román Karmén, ¡*No pasarán*!, Editorial Progreso, Moscú, 1976, pp. 303-304 y 326. En la novela autobiográfica de John Dos Passos *Ebb Century’s*, p. 37, Franklin aparece con el nombre de «Cookie». < <

[68] Ilia Ehrenburg, *Eve of War 1933-1941*, MacGibbon & Kee, Londres, 1963, pp. 153-154. Podemos datar este incidente gracias a Gustav Regler, «Civil War Diary», p. 59. < <

[69] Martha Gellhorn, «Memory», *The London Review of Books* (12 de diciembre de 1996), p. 3. < <

[70] Cowles, *Looking for Trouble*, pp. 23 y 35-37; Herbert L. Matthews, *The Education of a Correspondent*, Harcourt Brace, Nueva York, 1946, p. 122; Regler, apuntes de los días 3 a 6 de abril de 1937, «Civil War Diary», p. 64; Cedric Salter, *in Spain Try-out*, Harper Brothers, Nueva York, 1943, pp. 108-111; Delmer, *Trail Sinister*…, p. 316. < <

[71] Vizconde Churchill, *All My Sins Remembered*, William Heinemann, Londres, 1964, p. 171. <<

[72] Patricia Cockburn, *The Years of the Week*, MacDonald, Londres, 1968, pp. 202-205; Frank Pitcairn, *Reporter in Spain*, Lawrence y Wishart, Londres, 1936, pp. 26-29, 55-56 y 103-138. Para un relato muy crítico del sectarismo de Cockburn, véase Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 274-278.<<

[73] Cockburn, *A Discord*..., pp. 307-309
; Knightley, *The First Casualty*, p. 196. <<

[74] *The Spanish Civil War Collection. Sound Archive Oral History Recordings*, Imperial War Museum, Londres, 1996, p. 258; Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 63, 91 y
112-113
.<<

[75] Expedientes de Slater en las Brigadas Internacionales, 4A, 4160, Centro Ruso para la Conservación y Estudio de Documentos Históricos Recientes, Moscú, Fond. 545, Opus 6, 201 (copia en el «International Brigades Memorial Trust de Londres», en adelante, RCPSRHD/IBMT). Véase también Richard Baxell, *British Volunteers in the Spanish Civil War. The British Battalion in the International Brigades, 1936-1939*, Routledge/Cañada Blanch, Londres, 2004, p. 89; James K. Hopkins, *Into the Heart of the Fire: The British in the Spanish Civil War*, Stanford University Press, Stanford, California, 1998, pp. 226-227, 246 y 406; Fred Thomas, *To Tilt at Windmills. A Memoir of the Spanish Civil War*, Michigan State University Press, East Lansing, Michigan, 1996, pp. 18, 23, 53 y 105. El comentario de Tony McLean se puede encontrar en su testimonio al Imperial War Museum Oral History Project, 838/5. < <

[76] Louis Fischer, «On Madrid's Front Line», *The Nation* (24 de octubre de 1936). <<

[77] Cockburn, *The Years of the Week*, pp. 208-211
.<<

[78] Ehrenburg, *Eve of War*, p. 148. < <

[79] *Chicago Daily Tribune* (28 y 29 de julio de 1936). Unas versiones un poco distintas a esta se publicaron en el *News Chronicle* (29 de julio y 1 de agosto de 1936). <<

[80] *Chicago Daily Tribune* (30 de agosto de 1936); John T. Whitaker, *We Cannot Escape History*, Macmillan, Nueva York, 1943, p. 113. < <

[81] *The New York Times* (7 de diciembre de 1936). <<

[82] William P. Carney, «No democratic government in Spain», «Russia's part in Spain's civil war» y «Murder and anti-religion in Spain», The America Press, Nueva York, 1937; Herbert Southworth, *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977, p. 431. <<

[83] Constancia de la Mora, *In Place of Splendor*…, pp. 258 y 286. <<

[84] Regler, entrada del diario del 29 de abril de 1937, «Civil War Diary», pp.
84-85
.< <

[85] Ernest Hemingway,. *Ernest Hemingway: Selected Articles and Dispatches of Four Decades By-Line*, William Collins, Londres, 1968, pp. 308-311 [hay trad. cast.: *Enviado especial: artículos seleccionados correspondientes a cuatro décadas*, trad. de Agustín Puig, Planeta, Barcelona, 1977]; Carl Rollyson, *Nothing Ever Happens to the Brave. The Story of Martha Gellhorn*, St Martin's Press, Nueva York, 1990, p. 103. Sobre los esfuerzos de la República para restablecer el orden, véase Paul Preston, *The Spanish Civil War. Reaction, Revolution, Revenge*, HarperCollins, Londres, 2006, pp. 231-234 y 259-263 [hay trad. cast.: *La Guerra Civil española*, Debate, Barcelona, 2006]. <<

[86] Noel Monks, «I Hate War», en Hanighen, *Nothing but Danger*, pp. 90-93

.< <

[87] Sobre Steer véase Southworth, *Guernica! Guernica!*; Paul Preston, «Prólogo», en George L. Steer, *El árbol de Gernika. Un ensayo sobre la guerra moderna*, Txalaparta, Tafalla, 2002, pp. 7-18; Nick Rankin, *Telegram from Guernica. The Extraordinary Life of George Steer, War Correspondent*, Faber & Faber, Londres, 2003. < <

[88] Sheean, *Not Peace*, pp. 162-166; Brereton, *Inside Spain*, p. 37. < <

[89] Lester Ziffren, «I Lived in Madrid», *Current History* (abril de 1937), p. 41.<<

[90] Entrevista del autor con Geoffrey Cox, 2006. <<

[91] Wyden, *The Passionate War*, pp. 516-517
.< <

[92] *Daily Express* (27 y 29 de marzo de 1939). <<

[93] Knightly, *The First Casualty*, p. 214. Gallagher murió muchos años después en la orilla del lago Ness, adonde fue enviado como corresponsal. <<

[1] Josephine Herbst, «Journal Spain», diario inédito, Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale, pp. 4-8; Josephine Herbst, *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, HarperCollins, Nueva York, 1991, pp. 152-154; Caroline Moorehead, *Martha Gellhorn, A Life*, Chatto & Windus, Londres, 2003, p. 141; John Dos Passos, *Journeys Between Wars*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1938, pp. 364-365 [hay trad. cast.: *Viajes de entreguerras*, trad. de Juan Gabriel Vázquez, Península, Barcelona, 2005]. Los comentarios de Delmer no proceden de sus memorias, sino de una carta dirigida a Carlos Baker, *Ernest Hemingway. A Life Story*, Collins, Londres, 1969, p. 371. <<

[2] Herbst, «Journal Spain», pp. 11-12 .< <

[3] El ejemplo más extremo de ello es el de Stephen Koch, *The Breaking Point. Hemingway, Dos Passos and the Murder of José Robles*, Counterpoint, Nueva York, 2005. Véase también la versión más moderada de Ignacio Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, Seix Barral, Barcelona, 2005. < <

[4] John Dos Passos, *The Theme Is Freedom*, Dodd & Mead, Nueva York, 1956, pp. 127-128; Townsend Ludington, *John Dos Passos. A Twentieth-Century Odyssey*, E. P. Dutton, Nueva York, 1980, p. 102. <<

[5] John Dos Passos, carta a los editores de *The New Republic*, julio de 1939, en *The Fourteenth Chronicle. Letters and Diaries*, Gambit Incorporated, Boston, 1973, p. 527; Ludington, *John Dos Passos*, p. 366; Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, pp.
25-29
.<<

[6] Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Jonathan Cape, Londres, 1941, pp. 374 y 406. < <

[7] Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la Guerra Civil española. Una revisión crítica*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 28-29, 256-258 y 284-289; Paulina y Adelina Abramson, *Mosaico roto*, Compañía Literaria, Madrid, 1994, pp. 63 y 251. <<

[8] Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 230. <<

[9] Fischer, *Men and Politics*…, p. 406. < <

[10] Estoy en deuda con Ángel Viñas por esta observación. Para conocer la opinión de Fuqua, véase correspondencia de Bowers a Dos Passos, 27 de agosto de 1937, Documentos de Claude Bowers, Lilly Library, Universidad de Indiana (en adelante, Documentos de Bowers). <<

[11] Ministerio de la Guerra, Estado Mayor Central, *Anuario Militar de España 1936*, Imprenta y Talleres del Ministerio de la Guerra, Madrid, 1936, p. 181. < <

[12] Véase Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, pp. 84-85, 101 y 107-110, que especula con la posibilidad de que la decisión de matar a Robles la tomara Alexander Orlov (Leiba Lazarevich Feldbin), el responsable del NKVD en España. <<

[13] Sobre Grigulevich, véase Germán Sánchez, «El misterio Grigulevich», *Historia 16*, n.º 233 (septiembre de 1995); Boris Volardsky, *KGB: The West Side Story* (en prensa), cap. 16; Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB*, Basic Books, Nueva York, 1999, p. 300, y la obra de próxima aparición de Ángel Viñas, *El escudo de la República*, Crítica, Barcelona, 2007. < <

[14] Hoja de Servicios del general Ramón Robles Pazos, Archivo Militar General, Segovia. El trato dispensado a Ramón por los republicanos contrasta de forma dramática con la ejecución inmediata que aguardaba a todo oficial que se negara a servir a los rebeldes. <<

[15] Cartas de José Robles a Lancaster, 20 de octubre de 1936 y sin fecha, Documentos de Robles, The Sheridan Libraries, Universidad Johns Hopkins, manuscrito 47. <<

[16] Carta de Bowers a Dos Passos, 27 de agosto de 1937, Documentos de Bowers; Francisco Ayala, *Recuerdos y olvidos*…, pp. 229-230
; Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, p. 32. <<

[17] Carta de Francisco Robles a Lancaster, 6 de enero de 1937, Documentos de Robles, The Sheridan Libraries, Universidad Johns Hopkins, manuscrito 47. <<

[18] Fischer, *Men and Politics*…, p. 406. <<

[19] Dos Passos, *The Theme*, pp. 115-116 y 128; Ludington, *John Dos Passos*, p. 366; Jan Kurzke y Kate Mangan, «The Good Comrade» (manuscrito inédito, Documentos de Jan Kurzke, Archivos del Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam), p. 419. Sobre Barry, véase Harriet Ward, *A Man of Small Importance. My Father Griffin Barry*, Dormouse Books, Debenham, Suffolk, 2003. < <

[20] Dos Passos, carta a *The New Republic*, en *The Fourteenth Chronicle*, pp. 527-529; Dos Passos, *The Theme*, p. 128. <<

[21] Carta de Dos Passos a Lancaster, s. f. (1938), Documentos de Robles, manuscrito 47. <<

[22] Según el novelista español Ignacio Martínez de Pisón, quien le hizo esta devastadora revelación a Coco fue Luis Rubio Hidalgo a finales de febrero o principios de marzo. Según el propio Dos Passos, fue Liston Oak el mismo día en que Márgara Villegas le pidió que investigara sobre la desaparición de su marido, es decir, el 9 de abril o en torno a ese día. Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, p. 35; carta de Dos Passos a Lancaster, s. f. (1938), Documentos de Robles, manuscrito 47; Dos Passos, *The Fourteenth Chronicle*, p. 528; Ludington, *Dos Passos*, pp. 367 y 371. <<

[23] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 419-420
.< <

[24] Carta de Coco Robles a Lancaster, 20 de abril y 17 de julio; carta de Coindreau a Lancaster, 14 de mayo de 1937, Documentos de Robles, manuscrito 47. <<

[25] Dos Passos describe el encuentro en su novela autobiográfica *Ebb: The Thirteenth Chronicle Century’s*, Gambit, Boston, 1975, pp. 77-79; Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 246. < <

[26] John Dos Passos, *Journeys Between Wars*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1938, pp.
359-360
[hay trad. cast.: *Viajes de entreguerras*, trad. de Juan Gabriel Vázquez, Península, Barcelona, 2005]. <<

[27] Dos Passos, *The New Republic, The Fourteenth Chronicle*, p. 528; Dos Passos, *Ebb Century's*…, pp. 73-77. Véase también Koch, *The Breaking Point*…, pp. 106-110 y 114-115. Koch interpreta literalmente la novela posterior de Dos Passos sobre este asunto y da por hecho que un personaje de ficción, Alfredo Posada (basado de forma muy vaga en el amigo de Dos Passos Luis Quintanilla), fue un funcionario real del Ministerio de Estado en Valencia, cargo que jamás ostentó Luis Quintanilla. < <

[28] Ludington, *Dos Passos*, pp. 365-369
.<<

[29] Dos Passos, *Ebb Century's* ..., p. 81. < <

[30] Herbst, «Notes on Spain» / «Journal Spain», p. 1. < <

[31] Josephine Herbst, *The Starched Blue Sky*…, pp. 150-151

.< <

[32] Dos Passos, *Ebb Century's* ..., p. 82. < <

[33] Carta de Ilse Katz a Herbst, 20 de marzo de 1937; el texto de la emisión, ambos en Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale; Stephen Koch, *Double Lives. Spies and Writers in the Secret Soviet War of Ideas against the West*, The Free Press, Nueva York, 1994, pp. 231-234 y 291-292 [hay trad. cast.: *El fin de la inocencia: Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales*, trad. de Marcelo Covián, Tusquets, Barcelona, 1997]. Para una refutación brillante de las especulaciones de Koch, véase Elinor Langer, «The Secret Drawer», *The Nation* (30 de mayo de 1994), pp. 752-760.

< <

[34] Herbst, *The Starched Blue Sky*…, p. 139. < <

[35] Koch, *The Breaking Point*…, pp. 102-105 y 292-293; Herbst, *The Starched Blue Sky*…, pp. 139 y 154; carta de Herbst a Bliven, 30 de junio de 1939, Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale; Soledad Fox, *Constancia de la Mora in War and Exile. International Voice for the Spanish Republic*, Sussex Academy Press, Brighton, 2007, pp. 96-99.

< <

[36] Elinor Langer, *Josephine Herbst*, Little, Brown, Boston, 1984, pp. 211212. En el libro de Langer se reproduce el salvoconducto, en el cuadernillo de fotografías ubicado entre las pp. 182 y 183. < <

[37] Herbst, *The Starched Blue Sky*…, pp. 154-155; Langer, *Josephine Herbst*, pp. 221-222. El relato novelado de Koch sobre la conversación en Koch, *The Breaking Point*…, pp. 141-146 y 153-155.<<

[38] Carta de Coindreau a Lancaster, 1 de junio de 1937, Documentos de Robles, manuscrito 47; carta de Dos Passos a Bowers, 21 de julio de 1937, Documentos de Bowers. < <

[39] Carta de Herbst a Bliven, 30 de junio de 1939, Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale. < <

[40] Dos Passos, *Ebb Century's*…, pp. 90-94; Ludington, *Dos Passos*…, pp. 370-371; Dos Passos, «The Fiesta at the Fifteenth Brigade», *Journeys*…, pp. 375-381; Herbst, *The Starched Blue Sky*…, p. 157. < <

[41] Dos Passos, *Ebb* *Century's* ..., pp. 90-94; carta de Dos Passos a *The New Republic*, p. 528. La opinión de Luis Quintanilla la recoge José Nieto. < <

[42] Ludington, *Dos Passos…*, p. 371; Herbst, *The Starched Blue Sky…*, pp. 156-157. La narración más adornada, y en gran medida inventada, se encuentra en Koch, *The Breaking Point…*, pp. 147-159.<<

[43] Koch, *The Breaking Point*…, p. 146. < <

[44] Herbst, «Journal Spain», pp. 13-14
. <<

[45] Cowles, *Looking for Trouble*, pp. 34-35; Herbst, «Journal Spain», pp. 126-128; Herbst, *The Starched Blue Sky*…, pp. 167-171. < <

[46] Carta de Dos Passos a Lancaster, 26 de junio; carta de Coindreau a Lancaster, 28 de mayo de 1937, Documentos de Robles, manuscrito 47. < <

[47] Carta de Dos Passos a Bowers, 21 de julio de 1937, Documentos de Bowers. <<

[48] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 364. Sobre la fotografía, véase Koch, *The Breaking Point*…, p. 301. < <

[49] Dos Passos, *Journeys*, pp. 391-392 .<<

[50] Dos Passos, *Ebb Century's* ..., pp. 94-96 y 98. < <

[51] Dos Passos, *The Theme*…, p. 145. < <

[52] Koch, *The Breaking Point…*, p. 175.<<

[53] Liston Oak, «Behind Barcelona Barricades», *The New Statesman and Nation*, 15 de mayo de 1937. Carta de Orwell a Cyril Connolly, 8 de junio de 1937; George Orwell, *Orwell in Spain*, Penguin Books, Londres, 2001, p. 23 [hay trad. cast.: *Mi guerra civil española*, trad. de Antonio Prometeo Moya, Planeta, Barcelona, 2005]. < <

[54] *Investigation of Un-American Propaganda Activities*, Comité Especial de Actividades Antiamericanas, Cámara de Representantes, 76.º Congreso, 1.ª sesión, 1939, vol. 11, pp. 6544-6552; Pierre Broué, *Staline et la révolution. Le cas espagnol (1936-1939)*, Librairie Arthème Fayard, París, 1993, p. 178; Harvey Klehr, *The Heyday of American Communism. The Depression Decade*, Basic Books, Nueva York, 1984, p. 440; Paulina y Adelina Abramson, *Mosaico roto*, Compañía Literaria, Madrid, 1994, p. 250. Sobre la labor de la Komintern en los sindicatos de marineros, véase Jan Valtin, *Out of the Night*, Fortress Books, Londres, 1988, 2.ª ed. [hay trad. cast.: *La noche quedó atrás*, Movimiento Cultural Cristiano, Madrid, 1990]. <<

[55] Koch, *The Breaking Point*…, pp. 175-177 y 191-198. <<

[56] Dos Passos, *Ebb Century’s*, p. 96. Para una descripción absolutamente inventada de su reunión, véase Koch, *The Breaking Point*…, pp. 200-204.<<

[57] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 365; carta de Bowler a Wintringham, 22 de junio de 1937, Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de los Documentos de Historia Reciente, Moscú, Fond. 545, Opus 6, 216 (copia en poder del International Brigades Memorial Trust, Londres). <<

[58] Koch, *The Breaking Point…*, p. 176. A su regreso a España, publicó «What Happened in Barcelona»; «A Spanish Incident», «Stalinist “Cheka” Method in Spain Destroys Unity of Anti-Fascist Struggle» (con Sam Baron); «The Tragic Death of Nin Is a Result of The Policy of Spanish Communists» (con Sam Baron), *Socialist Call* (5 de junio, 3 de julio, 14 de agosto y 11 de septiembre de 1937), y «Balance Sheet of the Spanish Revolution», *Socialist Review* (septiembre de 1937); Léon Trotsky, «Stalinism and Bolshevism», reimpreso en *Living Marxism*, n.º 18 (abril de 1990); «Their Morals and Ours», *The New International*, vol. IV, n.º 6 (junio de 1938). <<

[59] Liston Oak, «I am Exposed as a Spy», *Socialist Call* (18 de diciembre de 1937). < <

[60] Ludington, *Dos Passos*…, p. 374; Dos Passos, *Ebb Century’s*…, pp. 98-99. < <

[61] Carta de Coindreau a Lancaster, 28 de mayo de 1937, Documentos de Robles, manuscrito 47. < <

[62] Carta de Coindreau a Lancaster, 28 de mayo de 1937; Carta de Márgara a Esther Crooks, 5 y 23 de agosto de 1937, Documentos de Robles, manuscrito 47. < <

[63] Carta de Márgara a Esther Crooks, 6 de junio; carta de Márgara a Lancaster, 24 de julio de 1937, Documentos de Robles, manuscrito 47.< <

[64] Constancia de la Mora, *In Place of Splendor. The Autobiography of a Spanish Woman*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1939, pp. 295-296
(original cast.: *Doble esplendor: autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista*, Gadir, Madrid, 2006, 3.ª ed.). <<

[65] Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, pp. 166-179; Fischer, *Men and Politics*…, pp. 406-407; De la Mora, *In Place of Splendor*, p. 296; Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 420; carta de Herbst a Bliven, 30 de junio de 1939, colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale. < <

[66] Para un análisis de la destitución y un facsímil del testimonio de Porter ante el FBI, véase Langer, *Josephine Herbst*, pp. 248-259.<<

[67] Ludington, *Dos Passos*…, pp. 378-384
.< <

[68] Dos Passos, *Journeys Between Wars*, pp. 359-360
y 378. <<

[69] Telegrama y carta de Hemingway a Dos Passos, ambos sin fecha, Documentos de Ernest Hemingway, correspondencia enviada, John F. Kennedy Presidential Library and Museum. <<

[70] Ludington, *Dos Passos*…, p. 374. < <

[71] Malcolm Cowley, «Disillusionment», *New Republic* (14 de junio de 1939); carta de Dos Passos a Macdonald y a *The New Republic*, julio de 1939, *The Fourteenth Chronicle*, pp. 526-529; carta de Cowley a Elinor Langer, 13 de abril de 1976, Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale. < <

[72] Dos Passos, *The Theme*…, pp. 128 y 130. < <

[73] Dos Passos, *Ebb Century's* ..., pp. 74-77. < <

[74] Dos Passos hizo ese comentario a José Nieto, aunque es difícil corroborar el dato. El comentario de Gustav Refler aparece en una carta de Herbst a Watson, 25 de julio de 1967, Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale. < <

[1] Constancia de la Mora, *In Place of Splendor. The Autobiography of a Spanish Woman*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1939, pp. 241-253 y 279-280 (original cast.: *Doble esplendor: autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista*, Gadir, Madrid, 2006, 3.ª ed.); Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Jonathan Cape, Londres, 1941, pp. 306 y 432; Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, 2 vols., Colección Ebro, Bucarest, 1964, 1970, vol. II, p. 212; Soledad Fox, *Constancia de la Mora in War and Exile. International Voice for the Spanish Republic*, Sussex Academic Press, Brighton, 2007, pp. 11-13.

<<

[2] De la Mora, *In Place of Splendor…*, pp. 281-283
.< <

[3] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 261; De la Mora, *In Place of Splendor*…, pp.
279-281
; John Dos Passos, *Journeys Between Wars*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1938, p. 357 [hay trad. cast.: *Viajes de entreguerras*, trad. de Juan Gabriel Vázquez, Península, Barcelona, 2005]. < <

[4] Arturo Barea, *The Forging of a Rebel*, Davis-Poynter, Londres, 1972, pp.
673-674
y 684 (original cast.: *La forja de un rebelde*, Editorial Debate, Madrid, 2000). <<

[5] Vincent Sheean, *Not Peace But A Sword,* Doubleday, Doran, Nueva York, 1939, pp.
147-148
.<<

[6] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 432-436; Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*, Harvester Wheatsheaf, Hemel Hempstead, 1991, pp. 539-540 [hay trad. cast.: *La Guerra Civil española: revolución y contrarrevolución*, trad. de Belén Urrutia, Alianza Editorial, Madrid, 2004]. <<

[7] De la Mora, *In Place of Splendour*..., pp. 339-340
.<<

[8] Carta de Fischer a Negrín, 9 de noviembre de 1937, Documentos de Fischer, serie 1, Correspondencia general, caja 10, carpeta 29.<<

[9] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 414. <<

[10] Notas de Fischer en «October 1937 Benicassim Visit with Negrín»; Carta de Fischer a Negrín, 7 de octubre de 1937, Documentos de Fischer, serie 1, Correspondencia general, caja 10, carpeta 29. <<

[11] Carta de Fischer a Negrín, 9 de noviembre de 1937, Documentos de Fischer, serie 1, Correspondencia general, caja 10, carpeta 29.<<

[12] Virginia Cowles, *Looking for Trouble*, Hamish Hamilton, Londres, 1941, p. 17. < <

[13] De la Mora, *In Place of Splendour*, pp.
290-291
; Sefton Delmer, *Trail Sinister. An Autobiography*, Secker & Warburg, Londres, 1961, p. 328. < <

[14] Delmer, *Trail Sinister*, p. 259. < <

[15] Conversación del autor con sir Geoffrey Cox, 9 de septiembre de 2006. < <

[16] Conversación del autor con Sam Russell, 9 de septiembre de 2006. <<

[17] De la Mora, *In Place of Splendor*…, pp. 287-288
.< <

[18] De la Mora, *In Place of Splendor*…, p. 289. < <

[19] Fischer, *Men and Politics*…, p. 432; Philip Jordan, *There Is No Return*, Cresset Press, Londres, 1938, pp. 287-288
.<<

[20] Vizconde Churchill, *All My Sins Remembered*, William Heinemann, Londres, 1964, pp.
170-171
.<<

[21] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 414 y 419. < <

[22] Jordan, *There Is No Return*, p. 18. < <

[23] Stephen Spender, *World within World*, Readers Union, Londres, 1953, p. 197 [hay trad. cast.: *Un mundo dentro del mundo*, trad. de Ana Poljak, El Aleph, Barcelona, 2002]. <<

[24] E. O. Deeble, «In Valencia. December Scene», *The Washington Post* (4 de enero de 1937). <<

[25] Jordan, *There Is No Return*, pp. 18-19
.<<

[26] Sheean, *Not Peace*…, pp. 140-141

.<<

[27] Estoy en deuda con Charlotte Kurzke por la información acerca de su madre. < <

[28] Jan Kurzke y Kate Mangan, «The Good Comrade», Documentos de Jan Kurzke, pp. 81, 88, 228-229, 275 y notas de Charlotte Kuzke, p. x. < <

[29] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», Documentos de Jan Kurzke, pp. 92 y 228-229. No cabe duda de que «Louise Mallory» era Kitty gracias al manuscrito de Louis Fischer, «Oct. 1937 Benicassim Visit with Negrín», Documentos de Fischer, serie 1, Correspondencia general, caja 10, carpeta 29. Véase también Hugh Purcell, *The Last English Revolutionary. A Biography of Tom Wintringham 1898-1949*, Sutton Publishing, Stroud, 2004, p. 97. < <

[30] Fragmento extraído de *Old Colony Memorial*, 25 de agosto de 1937, Liddell Hart Centre For Military Archives, King’s College, Londres, Colección Wintringham, Guerra Civil española (en adelante, LHCMA, Documentos de Wintringham), carpeta 10. <<

[31] Carta de Duranty a Bowler, 18 de febrero y 10 de abril de 1937, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 10; carta de Bowler a Wintringham, 1 de julio de 1937, Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de Documentos Históricos Recientes, Moscú, Fond. 545, obra 6, 216 (copia en poder del International Brigades Memorial Trust, Londres) (en adelante, RCPSRHD/ IBMT). < <

[32] Carta de Bowler a Charlotte Everett Miller Bowler (su madre), 8 de septiembre de 1936, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 3. < <

[33] Kitty Bowler, «Memoirs», cap. 5, LHCMA, Documentos de Wintringham, 1, carpeta 3. < <

[34] Wintringham, manuscrito «An improbable chapter», LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 11. < <

[35] Carta de Bowler a Joe Pass (editor de *Fight*), 26 de noviembre; carta de Bowler a North, 26 de noviembre de 1936, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 1. Sobre el Comissariat de Propaganda, véase Francesc Poblet, «El Comissariat de Propaganda. Un organisme pioner de la propaganda governamental a l’Estat espanyol», en Josep Maria Solé i Sabaté, Joan Villarroya y Eduard Voltes, eds., *La Guerra Civil a Catalunya*, 4 vols., Edicions 62, Barcelona, 2004, vol. I, pp. 243-247.

<<

[36] Carta de Bowler a North, 26 de noviembre de 1936, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 1. < <

[37] La inmensa mayoría de esos artículos se publicaron sin firma. Una excepción fue Katherine Bowler, «The Bombing of the Prado», *The Manchester Guardian* (30 de enero de 1937). < <

[38] Purcell, *The Last English Revolutionary*…, p. 110.<<

[39] Carta de Sinclair Loutit a David Fernbach, 7 de julio de 1978 (por cortesía de David Fernbach); carta de Wintringham a Victor Gollancz, 10 de agosto de 1941, LHCMA, Documentos de Wintringham, serie 1, carpeta 18. Para conocer una versión ligeramente distinta, véase Purcell, *The Last English Revolutionary*…, p. 114. Finalmente, Wintringham se divorció de su esposa y se casó con Kitty. El Partido Comunista británico le exigió que la abandonara y él optó por abandonar el partido. < <

[40] Carta de Margaret Wintringham a Bowler, 15 de octubre de 1937, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 10. < <

[41] Purcell, *The Last English Revolutionary*…, pp. 113-114
.<<

[42] Carta de Wintringham a Victor Gollancz, 10 de agosto de 1941, LHCMA, Documentos de Wintringham, serie 1, carpeta 18. <<

[43] Carta de Bowler a Charlotte Bowler, 4 de diciembre de 1936, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 3. <<

[44] Carta de Bowler a «P», 12 de diciembre de 1936; carta de Bowler a Charlotte Bowler, 7 de febrero de 1937, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpetas 1 y 3; cartas de Bower a Wintringham, 18 y 20 de diciembre de 1936, y una carta más sin fecha que, según muestra su contenido, parece haber sido escrita el 21 de diciembre, RCPSRHD/IBMT, F.545, O.6/216. <<

[45] Orden del Batallón Saklatvala, «Comrade Bowler will be carried on the Battalion strength», LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 12; carta de Wintringham a Victor Gollancz, 10 de agosto de 1941, LHCMA, Documentos de Wintringham, serie 1, carpeta 18; Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp.
254-255
y
261-263
.

[46] Bowler, Memorias, LHCMA, Documentos de Wintringham, serie 1, carpeta 3. < <

[47] Carta de Wintringham a Victor Gollancz, 10 de agosto de 1941, LHCMA, Documentos de Wintringham, serie 1, carpeta 18. <<

[48] Carta de Wintringham a Fein, 24 de febrero; carta de Kerrigan a Wintringham, 15 de marzo; carta de Wintringham a *Shaya*, 7 de abril de 1937, RCPSRHD/IBMT, F.545, O.6/216; Purcell, *The Last English Revolutionary*…, pp. 122-124. El hecho de que las cartas fueran requisadas explica su presencia en las carpetas de Wintringham de los archivos de las Brigadas Internacionales de Moscú. < <

[49] Entrevista del autor con Sam Russell, 21 de octubre de 2006. < <

[50] Carta de Wintringham a Bowler, sin fecha, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 11. <<

[51] Carta de Bowler a Wintringham, 27 de enero de 1937, RCPSRHD/IBMT, F.545, O.6/216. < <

[52] En un intento de que se rescindiera la orden, Wintringham escribió un informe asumiendo la responsabilidad de su presencia en Madrigueras, «Report-Kitty Bowler», 4 de julio de 1937, RCPSRHD/IBMT, F.545, O.6/216. Véase también Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 262-263; entrevista con Russell. <<

[53] Carta de Wintringham a Kerrigan, 4 de marzo de 1937; carta de Bowler a Kerrigan, 12 de marzo de 1937, RCPSRHD/IBMT, F.545, O.6/216; entrevista grabada con Patience Edney, Imperial War Museum, Archivo sonoro, Colección de la Guerra Civil Española, 8398/13; Purcell, *The Last English Revolutionary*…, pp. 139-144; carta de Deeble a Bowler, 4 de junio de 1937, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 10; Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 341-343. <<

[54] Harriet Ward, *A Man of Small Importance. My Father Griffin Barry*, Dormouse Books, Debenham, Suffolk, 2003, p. 180; Purcell, *The Last English Revolutionary*…, p. 112; Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp.
413-414
.<<

[55] Carta de Bowler a Wintringham, 25 de junio de 1937, e informe adjunto remitido a Kerrigan, RCPSRHD/IBMT, F.545, O.6/216. < <

[56] Carta de Bowler a Wintringham, 9 de julio de 1937, RCPSRHD/IBMT, F.545, O.6/216. < <

[57] Carta de Wintringham a Victor Gollancz, 10 de agosto de 1941, LHCMA, Documentos de Wintringham, serie 1, carpeta 18. < <

[58] Carta de Bowler a Wintringham, 8 de febrero, «Had a nice long letter from Kate», 28 de junio de 1937, RCPSRHD/IBMT, F.545, O.6/216; Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp.
397-398
y 408. <<

[59] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 230-231
y 244. < <

[60] Carta de Wintringham a Bowler, 2 de noviembre de 1936, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 11; carta de Bowler a Wintringham, 27 de enero de 1937, RCPSRHD/IBMT, F.545, O.6/216. <<

[61] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 244-245 y 292. < <

[62] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 364. Curiosamente, el marido del que se había separado Kate, Sherry Mangan, era un trotskista destacado que escribió sobre el POUM en 1939; véase *The Spanish Civil War: The View from the Left*, número especial de *Revolutionary History*, vol. 4, n.º 1/2 (1991), pp.
303-313
.<<

[63] Stephen Koch, *The Breaking Point. Hemingway, Dos Passos and the Murder of José Robles*, Counterpoint, Nueva York, 2005, pp. 115-118

; Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 245. < <

[64] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 247; De la Mora, *In Place of Splendor*, pp.
295-296
.<<

[65] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 248. < <

[66] Carta de Kate Mangan a Sherry Mangan, 16 de abril de 1937, Documentos de Charlotte Kurzke. < <

[67] Sobre Anna Louise Strong, véase Marion Merriman y Warren Lerude, *American Commander in Spain: Robert Hale Merriman and the Abraham Lincoln Brigade*, University of Nevada Press, Reno, 1986, pp.
40-41
.<<

[68] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 246-248; Peter N. Carroll, *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade: Americans in the Spanish Civil War*, Stanford University Press, Stanford, California, 1994, pp. 74, 92 y 157 [hay trad. cast.: *La odisea de la brigada «Abraham Lincoln»: los norteamericanos en la Guerra Civil española*, trad. de Mary Kay McCoy e Ignacio Pinedo, Espuela de Plata, Sevilla, 2005]; Merriman y Lerude, *American Commander*…, pp. 40-42, 53-57, 75, 79, 145, 151 y 167. A. Tom Grunfeld, carta a *The Volunteer*, diciembre de 2004; Delmer, *Trail Sinister*…, pp. 332-333. <<

[69] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 250. <<

[70] H. Edward Knoblaugh, *Correspondent in Spain*, Sheed & Ward, Londres y Nueva York, 1937, pp.
176-178
[hay trad. cast.: *Corresponsal en España*, trad. de M.ª Victoria Álvarez de Sotomayor, Fermín Uriarte, Madrid, 1967]. < <

[71] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 309-310
.< <

[72] Carta de Deeble a Bowler, 4 de junio de 1937, LHCMA, Documentos de Wintringham, carpeta 11. < <

[73] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», pp. 259-261

.<<

[74] Kurzke y Mangan, «The Good Comrade», p. 364. Acerca de la fotografía, véase Koch, *The Breaking Point*…, p. 301. < <

[75] Salter, *in Spain*
Try-out
, Harper Brothers, Nueva York, 1943, pp.
227-230
.< <

[76] Sheean, *Not Peace*…, pp. 141-142 y 240-242. <<

[77] Salter, *in Spain*
Try-out
, pp.
182-183
.< <

[78] Herbst, diario inédito, «Journal Spain», pp. 8 y 11; De la Mora, *In Place of Splendor*, p. 293; Cowles, *Looking for Trouble*, p. 36. <<

[79] Bernard Knox, *Essays Ancient and Modern*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1989, p. 248. < <

[80] Salter, *in Spain*
Try-out
, p. 210.<<

[81] Peter Besas, «Henry Buckley, Reporter and 40-year Veteran of Madrid», *Guidepost* (1970), pp. 17-18; Herbert L. Matthews, *The Education of a Correspondent*, Harcourt Brace, Nueva York, 1946, p. 138; Sheean, *Not Peace*…, pp. 336-337.
<<

[82] Herbert Matthews, «Rebels Intensify Bombing of Roads», *The New York Times* (16 de enero de 1939). < <

[83] Salter, *in Spain Try-out*, pp. 240-249. < <

[84] Herbert Matthews, «Figueras Capital of Loyalist Spain», «Conflict to Go On», «Toll of 500 feared in Figueras Raids», *The New York Times* (28 de enero, 6 y 4 de febrero de 1939). < <

[85] Sheean, *Not Peace*…, pp. 350-363
.<<

[86] Herbert Matthews, «130,000 Refugees Enter France», *The New York Times* (7 de febrero de 1939). < <

[87] Matthews, *The Education*, p. 192. <<

[1] Kate Mangan a Sherry Mangan, 16 de abril de 1937, documentos de Charlotte Kurzke. < <

[2] Radio Nacional de España, *Guerra Civil y Radio Nacional. Salamanca, 1936-1938*, Instituto Oficial de Radio y Televisión, Madrid, 2006, pp. 8-11 y 65-67.<<

[3] Eugenio Vegas Latapié, *Los caminos del desengaño. Memorias políticas 2: 1936-1938*, Ediciones Giner, Madrid, 1987, pp. 172-173; Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, pp. 167-168; Gonzalo Álvarez Chillida, *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Marcial Pons, Madrid, 2002, pp. 312-313 y 361-362; María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España 3. El siglo XX: 1898-1936*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 348-349 y 426-427; Herbert Rutledge Southworth, *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977, pp. 411 y 498. < <

[4] *ABC* (Sevilla) (14 y 18 de agosto de 1936); Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida junto a Franco*, Editorial Planeta, Barcelona, 1976, p. 190; Vegas Latapié, *Los caminos*…, p. 173. <<

[5] Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil 1. La España nacional*, Editorial Planeta, Barcelona, 1978, p. 109. < <

[6] Vegas Latapié, *Los caminos*…, p. 175; Francis McCullagh, *In Spain Franco's*
, Burns, Oates & Washbourne, Londres, 1937, pp.
104-107
.<<

[7] Noel Monks, *Eyewitness*…, Frederick Muller, Londres, 1955, p. 73.< <

[8] McCullagh, *In Spain*
Franco’s
, p. 107. El pseudónimo de Bolín en el libro de McCullagh es Bustamente. < <

[9] Arthur Koestler, *Spanish Testament*, Victor Gollancz, Londres, 1937, pp. 26-28 y 220; Southworth, *Guernica! Guernica!*, pp. 415-416. <<

[10] «A Journalist», en *Foreign Journalists under Terror Franco's*, United Editorial, Londres, 1937, pp. 8-12; coronel Geoffrey McNeill-Moss, *The Epic of the Alcazar*, Rich & Cowan, Londres, 1937, pp. 309-315. <<

[11] Josep Massot i Muntaner, *El desembarcament de Bayo a Mallorca, agost-setembre de 1936*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1987, pp. 337-340; Georges Bernanos, *Els grans cementeris sota la lluna*, Curiel Edicions Catalanes, Barcelona, 1981, pp. 186-188; Jaume Miravitlles, *Episodis de la Guerra Civil espanyola*, Editorial Pòrtic, Barcelona, 1972, pp. 241-242; Southworth, *Guernica! Guernica!*…, p. 416. < <

[12] Webb Miller, *I Found No Peace*, The Book Club, Londres, 1937, pp.
325-327
.< <

[13] H. R. Knickerbocker, *The Seige of the Alcazar: A of the Spanish Revolution* *War-Log*, Hutchinson, Londres, s. f. (1937), pp. 172-173; Miller, *I Found No Peace*, pp. 329-330; Herbert L. Matthews, *The Yoke and the Arrows: A Report on Spain*, Heinemann, Londres, 1958, p. 176. <<

[14] Luis Bolín, *Spain: the Vital Years*, Lippincott, Filadelfia, 1967, pp.
196-197
; Harold Cardozo, «Alcazar Chief "You Must Die" to Son», *Daily Mail* (30 de septiembre de 1936). La historia se desmenuza en Herbert Rutledge Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1963, pp.
49-56
.<<

[15] «Britons Captured by Rebels», *Manchester Guardian* (27 de octubre de 1936); Denis Weaver, «Through the Enemy's Lines», en Frank C. Hanighen, *Nothing but Danger*, Harrap, Londres, 1940, pp. 98-115; «A Journalist», en *Foreign Journalists*…, pp. 15-16; Claude Bowers, *My Mission to Spain*, Victor Gollancz, Londres, 1954, pp. 325-326. <<

[16] Geoffrey Cox, *Eyewitness. A Memoir of Europe in the 1930s*, University of Otago Press, Dunedin, 1999, pp. 200-201

.< <

[17] Cox, *Eyewitness*..., p. 204. < <

[18] C. E. Lucas Phillips, *The Spanish Pimpernel*, Heinemann, Londres, 1960, pp. 70-80. <<

[19] «A Journalist», en *Foreign Journalists*…, pp. 14 y 17; Koestler, *Spanish Testament*, p. 220. < <

[20] *Manchester Guardian* (22 de febrero de 1937); Southworth, *Guernica! Guernica!*, pp.
54-55
y
421-422
.<<

[21] Arthur Koestler, *The Invisible Writing*, Hutchinson, Londres, 1969, pp.
382-389
[hay trad. cast.: *La escritura invisible*, vol. 2 de *Autobiografía*, Debate, Madrid, 2000]. < <

[22] Koestler, *Spanish Testament*, p. 34. <<

[23] Koestler, *The Invisible Writing*, pp. 389-393

.<<

[24] Koestler, *The Invisible Writing*, pp. 400-409; David Cesarani, *Arthur Koestler. The Homeless Mind*, The Free Press, Nueva York, 1998, pp. 120-123 y 135-141; K. W. Watkins, *Britain Divided*, Nelson, Londres, 1963, pp. 46-47 y 55-56. El libro, escrito por Otto Katz, pero publicado con el nombre de Emile Burns, era *The Nazi Conspiracy in Spain*, Victor Gollancz, Londres, 1937. <<

[25] Koestler, *Spanish Testament*, pp. 223-231; Koestler, *The Invisible Writing*, pp. 413-427 y 443-446; sir Peter Chalmers-Mitchell, *My House in Malaga*, Faber & Faber, Londres, 1938, pp. 269-289; Bolín, *Spain: The Vital Years*, pp. 247-249; Shiela Grant Duff, «A Very Brief Visit», en Philip Toynbee, ed., *The Distant Drum. Reflections on the Spanish Civil War*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1976, pp. 76-86; Cesarani, *Arthur Koestler…*, pp. 123-135. En su relato, Gustav Regler, *The Owl of Minerva*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1959, pp. 276-277, combina el arresto de Dennis Weaver a finales de octubre de 1936 con el de Koestler. La Komintern no llevó a cabo ninguna campaña a favor de Weaver. < <

[26] Marcel Junod, *Warrior Without Weapons*, Jonathan Cape, Londres, 1951, pp.
123-125
.< <

[27] McCullagh, *In Spain Franco’s*, pp. 104-129; Monks, *Eyewitness*, pp. 79-82.<<

[28] Sobre Merry del Val, véase RNE, *Guerra Civil y Radio Nacional*, p. 50, y Judith Keene, *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War, 1936-1939*, Leicester University Press, Londres, 2001, p. 56; Peter Kemp, *Mine Were of Trouble*, Cassell, Londres, 1957, p. 67. <<

[29] Luis Moure Mariño, *La generación del 36: memorias de Salamanca y Burgos*, Ediciós do Castro, La Coruña, 1989, pp. 73-79; Luis Portillo, «Unamuno's Last Lecture», en Cyril Connolly, *The Golden Horizon*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1953, pp. 397-403; Carlos Rojas, ¡*Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca, 1936. Unamuno y Millán Astray frente a frente*, Planeta, Barcelona, 1995, pp. 134-139.<<

[30] Ernesto Jiménez Caballero, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1979, pp. 88-90; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 431. < <

[31] Vegas Latapié, *Los caminos*…, pp. 182-185; Ángel Viñas, *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil. Antecedentes y consecuencias*, Alianza Editorial, Madrid, 2001, pp. 178-189; Álvarez Chillida, *El antisemitismo*, p. 311. Sobre Gay Forner y Arias Paz, véase RNE, *Guerra Civil y Radio Nacional*, pp. 25-33 y 75-81.<<

[32] Sobre Aguilera, véase Paul Preston, «Los esclavos, las alcantarillas y el capitán Aguilera. Racismo, colonialismo y machismo en la mentalidad en el cuerpo de oficiales nacionales», en Javier Muñoz Soro, José Luis Ledesma y Javier Rodrigo, *Culturas y políticas de la violencia. España siglo* XX, Siete Mares Editorial, Madrid, 2005, pp.
193-229
.< <

[33] Ministerio de la Guerra, Sección Personal, 21 de noviembre de 1932, leg. 416, Gonzalo Aguilera Munro, Archivo General Militar de Segovia; Michael Alpert, *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*, Siglo XXI, Madrid, 1982, pp. 133-149.<<

[34] Informe sobre el capitán de Caballería jubilado, don Gonzalo de Aguilera Munro, Ministerio de la Guerra, Sección Personal, leg. 416, Gonzalo Aguilera Munro, Archivo General Militar de Segovia (en adelante Informe GAM, leg. 416, AGMS). < <

[35] Informe GAM, leg. 416, AGMS. < <

[36] Knickerbocker, *The Siege of the Alcazar*, p. 136; Harold G. Cardozo, *The March of a Nation: My Year of Civil War* *Spain’s* , The Right Book Club, Londres, 1937, pp. 284-286 .<<

[37] Davis, *My Shadow*, pp. 130-131, 165 y 171; Francis McCullagh, *In Spain Franco's*, Burns, Oates & Washbourne, Londres, 1937, pp. 111112; Cardozo, *The March of a Nation*…, pp. 220-221.<<

[38] Véase el salvoconducto emitido en Salamanca, 23 de noviembre de 1936, leg. 416, Gonzalo Aguilera Munro, Archivo General Militar de Segovia; Cardozo, *The March of a Nation*…, p. 286. <<

[39] Sefton Delmer, *Trail Sinister. An Autobiography*, Secker & Warburg, Londres, 1961, pp. 143-191; Cox, *Eyewitness*, pp. 224-225.<<

[40] Delmer, *Trail Sinister*…, pp. 277-278; Cowles, *Looking for Trouble*, p. 17. <<

[41] Delmer, *Trail Sinister*…, pp. 274-278

.<<

[42] Davis, *My Shadow*, pp. 61 y ss. <<

[43] Edmond Taylor, «Assignment in Hell», en Hanighen, *Nothing but Danger*, Harrap, Londres, 1940, p. 56. < <

[44] Nigel Tangye, *Red, White and Spain*, Rich & Cowan, Londres, 1937, pp.
75-80
.< <

[45] Cardozo, *The March of a Nation*…, pp. 221-223; McCullagh, *In Spain* *Franco’s*, pp. 106-108.< <

[46] McCullagh, *In Spain Franco's*, pp. 98, 110-111 y 116; «A Journalist», en *Foreign Journalists under Terror Franco's*, United Editorial, Londres, 1937, p. 30. < <

[47] Arnold Lunn, *Spanish Rehearsal*, Hutchinson, Londres, 1937, p. 43. <<

[48] Moure Mariño, *La generación del 36*…, p. 69; Vegas Latapié, *Los caminos*…, p. 175. <<

[49] McCullagh, *In Spain Franco's*, pp. 112-113.<<

[50] Monks, *Eyewitness*, p. 68. < <

[51] Frances Davis, *A Fearful Innocence*, Kent State University Press, Kent, Ohio, 1981, pp. 140-146; Davis, *My Shadow*, pp. 84-87.<<

[52] Taylor, «Assignment in Hell», pp. 63-66
.<<

[53] Davis, *My Shadow*, pp. 129-133 ; Cowles, *Looking for Trouble*, p. 70. Curiosamente, y casi sin duda como resultado de un lapso de memoria, Davis atribuye la amenaza a Aguilera en las memorias que escribió mucho tiempo después; véase Frances Davis, *A Fearful Innocence*, Kent State University Press, Kent, Ohio, 1981, p. 150. <<

[54] Arturo Barea, *The Forging of a Rebel*, Davis-Poynter, Londres, 1972, pp.
653-654
(original cast.: *La forja de un rebelde*, Editorial Debate, Madrid, 2000); Keene, *Fighting for Franco*, p. 67. <<

[55] «A Journalist», *Foreign Journalists*…, pp.
26-30
. Véase Southworth, *Guernica! Guernica!*, pp. 52 y 420, n. 62. <<

[56] Curio Mortari, *Con gli insorti in Marocco e Spagna*, Fratelli Treves Editori, Milán, 1937, pp. 19,
99-112
y
223-260
.< <

[57] Columna Castejón, *Diário da Manhã* (11 de agosto); emisión de Correia, *ABC* (Sevilla) (9 de agosto); entrevista con Franco, *Diario de Lisboa* (10 de agosto de 1936). < <

[58] Leopoldo Nunes, *La guerra en España (Dos meses de reportaje en los frentes de Andalucía y Extremadura)*, Librería Prieto, Granada, 1937, pp. 127-133; *O Seculo* (27 de agosto de 1936), reproducido en *ibid.*, pp. 133-136; publicación *La Unión* (Sevilla) (28 de agosto de 1936). <<

[59] RNE, *Guerra Civil y Radio Nacional*, p. 46. <<

[60] McCullagh, *In Spain Franco’s*, p. 98. < <

[61] *Il Messagero* (19 de agosto de 1937); Indro Montanelli, *Memorias de un periodista*, RBA Libros, Barcelona, 2002, pp. 32-33. La línea oficial puede verse en *Il Popolo* (27 de agosto de 1937); proclamaba «el tributo de sangre italiana en una victoria italiana espléndida». < <

[62] Lunn, *Spanish Rehearsal*, pp. 40-41 .<<

[63] Southworth, *Guernica! Guernica!*, pp. 53-54; Tangye, *Red, White and Spain*, pp. 10-15, 67-68, 75-81 y 154. <<

[64] Reynolds y Eleanor Packard, *Balcony Empire*, Oxford University Press, Nueva York, 1942, pp.
53-54
.< <

[65] John Whitaker, «Prelude to World War: A Witness from Spain», *Foreign Affairs*, vol. 21, n.º 1 (octubre de 1942), p. 109. < <

[66] Cecil Gerahty, *The Road to Madrid*, Hutchinson, Londres, 1937, pp. 60-63.<<

[67] F. Theo Rogers, *Spain: A Tragic Journey*, The Macaulay Company, Nueva York, 1937, pp. vii, xiii-xiv, 15-16, 20, 62, 67-68 y 104-107. <<

[68] George Seldes, «Treason on *The Times*», *The New Republic* (7 de septiembre de 1938). < <

[69] Constancia de la Mora, *In Place of Splendor. The Autobiography of a Spanish Woman*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1939, pp. 258 y 286 (original cast.: *Doble esplendor: autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista*, Gadir, Madrid, 2006, 3.ª ed.). <<

[70] Constancia de la Mora a Jay Allen, 31 de diciembre de 1939 (documentos de Jay Allen). Este episodio aparece descrito con mayor detalle en Soledad Fox, *Constancia de la Mora in War and Exile. International Spokesperson for the Spanish Republic*, Sussex Academic Press, Brighton, 2006, cap. 3. <<

[71] Carl Geiser, *Prisoners of the Good Fight: The Spanish Civil War 1936-1939*
, Lawrence Hill & Co., Westport, Connecticut, 1986, p. 22. <<

[72] Southworth, *Conspiracy*…, p. 202, n. 84. <<

[73] *The New York Times* (27 de abril de 1937). <<

[74] *The New York Times* (30 de abril de 1937). <<

[75] *The New York Times* (23 de julio de 1937); Geiser, *Prisoners*…, pp.
28-29
.<<

[76] *The New York Times* (2 y 5 de enero de 1938); Matthews, *The Education of a Correspondent*, pp.
108-111
. La version de Knightley, *The First Casualty*, p. 199, no es del todo exacta. <<

[77] Allen a Hemingway, 8 de enero de 1938, Colección Hemingway, Biblioteca JFK, Boston. < <

[78] Geiser, *Prisoners*…, pp. 96-97 y 125-126; *The New York Times* (4 de abril y 29 de mayo de 1938). <<

[79] Bob Doyle, *Memorias de un rebelde sin pausa*, Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales, Madrid, 2002, p. 78; Cecil Eby, *Between the Bullet and the Lie*, Holt, Rinehart, Winston, Nueva York, 1969, pp. 252-256; Geiser, *Prisoners*…, pp. 136-140; *The New York Times* (11 de julio de 1938). <<

[80] Bill Alexander, *British Volunteers for Liberty: Spain 1936-1939*, Lawrence & Wishart, Londres, 1982, pp. 188-191; Richard Baxell, *British Volunteers in the Spanish Civil War. The British Battalion in the International Brigades, 1936-1939*, Routledge/Cañada Blanch, Londres, 2004, pp. 125126; Geiser, *Prisoners*…, pp. 139-140.<<

[81] Geiser, *Prisoners*…, pp.
172-173
; *The New York Times* (9 de octubre de 1938). < <

[82] *Foreign Journalists*…, p. 7.< <

[83] Bowers a Hull, 12 de abril de 1937, *Foreign Relations of the United States 1937*, vol. I, United States Government Printing Office, Washington, 1954, pp. 279-280
.<<

[84] *Appendix to the Congressional Record*, 11 de mayo de 1937; Southworth, *Guernica! Guernica!*, pp. 52 y 419-420, nn. 59 y 60. <<

[85] Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB*, Basic Books, Nueva York, 1999 pp.
58-62
; John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions*, Crown Publishers, Nueva York, 1993, pp.
131-138
y
147-151
.<<

[86] Winston S. Churchill, *Step by Step*, Odhams Press, Londres, 1947, pp. 220-221; Andrew y Mitrokhin, *The Mitrokhin Archive*, pp. 66-67; Costello y Tsarev, *Deadly Illusions*, pp. 159-164.<<

[87] Kim Philby, *My Silent War*, MacGibbon & Kee, Londres, 1968, p. xxiii; Costello y Tsarev, *Deadly Illusions*, pp.
165-166
.<<

[88] Philby, *My Silent War*, pp. xxiii-xxv; Costello y Tsarev, *Deadly Illusions*, pp.
166-167
.<<

[89] Andrew y Mitrokhin, *The Mitrokhin Archive*, p. 67; Southworth, *Guernica! Guernica!*, pp. 430 y 494; Costello y Tsarev, *Deadly Illusions*, pp. 168-176; Bruce Page, David Leitch y Philip Knightly, *Philby. The Spy Who Betrayed a Generation*, Sphere Books, Londres, 1977, pp. 71-75, 116-117 [hay trad. cast.: *Philby: el espía que engañó a una generación*, Destino, Barcelona, 1968]. <<

[90] Southworth, *Guernica! Guernica!*, p. 499. < <

[91] *Dez anos de política externa. A nação portuguesa e a segunda guerra mundial (1936-1947)*, IV, Lisboa, 1965, pp. 333-344; Del Moral al duque de Alba, mayo de 1937, AGA, Exteriores, 54/6803. Le agradezco al doctor Hugo García la información que me ha proporcionado sobre el papel de Arias Paz en la destitución de Bolín. La reunión con Franco en RNE, *Guerra Civil y Radio Nacional*, pp. 48-49. <<

[92] Southworth, *Guernica! Guernica!*, pp. 62-68, 334-337 y 427. < <

[93] Southworth, *Guernica! Guernica!*, pp. 64-67, 334-335 y 337. <<

[94] Informe GAM, leg. 416, AGMS. < <

[95] Informe GAM, leg. 416, AGMS; Kemp, *Mine Were of Trouble*, pp. 99-101
; general Sagardía, *Del Alto Ebro a las fuentes del Llobregat. Treinta y dos meses de guerra de la 62 División*, Editora Nacional, Barcelona, 1940, p. 106. <<

[96] Virginia Cowles, *Looking for Trouble*, Hamish Hamilton, Londres, 1941, pp.
86-87
.< <

[97] Cowles, *Looking for Trouble*, p. 90. < <

[98] Cowles, *Looking for Trouble*, p. 77. <<

[99] Cowles, *Looking for Trouble*, pp. 96-99
.<<

[100] Cedric Salter, *in Spain Try-out*, Harper Brothers, Nueva York, 1943, pp. 250-265. <<

[1] Arkadi Vaksberg, *Hotel Lux. Les partis frères au service de Communiste l'Internationale*, Éditions Fayard, París, 1993, p. 151; Carlos García-Alix, *Madrid-Moscú*, T Ediciones, Madrid, 2003, p. 176; Mijaíl Koltsov, *Khochu letat'*, Voengiz, Moscú, 1931. <<

[2] Sobre Soslovsky, véase Isaac Deutscher, *The Prophet Unarmed. Trotsky: 1921-1929*, Oxford University Press, Londres, 1959, pp. 113, 203, 421 y 428-430. Sobre el incidente en el Bolshoi, véase Pierre Broué, *Staline et la révolution. Le cas espagnol (1936-1939)*, Librairie Arthème Fayard, París, 1993, p. 105. < <

[3] Robert C. Tucker*, Stalin as Revolutionary, 1879-1929*, W. W. Norton, Nueva York, 1973, pp. 469-470. <<

[4] Reinhold Görling, «*Dinamita Celebral*» *Politischer Prozeß und ästhetische Praxis im Spanischen Bürgerkrieg (1936-1939)*, Verlag Klaus Dieter Vervuert, Frankfurt, 1986, p. 311. < <

[5] Viktor Shklovsky, *Mayakovsky and his Circle*, Pluto Press, Londres, 1972, pp. 202 y 220. < <

[6] Paulina y Adelina Abramson, *Mosaico roto*, Compañía Literaria, Madrid, 1994, p. 36. <<

[7] Arthur Koestler, *The Invisible Writing*, Hutchinson, Londres, 1969, 2.ª ed., pp. 368 y 372. <<

[8] De un artículo escrito en noviembre de 1937, Léon Trotsky, *La Révolution espagnole 1930-40*, ed. de Pierre Broué, Les Éditions de Minuit, París, 1975, p. 466. <<

[9] Gustav Regler, *The Owl of Minerva*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1959, pp.
236-239
.<<

[10] Mijaíl Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963, p. 14. Salvo que se indique lo contrario, todas las referencias posteriores al *Diario*… son de esta edición. Véase también Jonathan Haslam, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe 1933-39*, Macmillan Press, Londres, 1984, p. 108. <<

[11] Koltsov, *Diario*…, pp. 412-424 e *Ispanskaya vesna*, Izdatel’stvo pisatelei v Leningrade, Leningrado, 1933. < <

[12] Koltsov, *Diario*…, pp. 12, 15-18, 23, 29 y 33-34. <<

[13] Koltsov, *Diario*…, pp. 39-42, 50-51 y 55-58. <<

[14] Koltsov, *Diario*…, pp. 77-79
.<<

[15] Ursula El-Akramy, *Transit Moskau: Margarete Steffin und Maria Osten*, Europäische Verlagsanstalt, Hamburgo, 1998, pp. 195-196
.<<

[16] Cockburn contó el episodio del teléfono supletorio a Peter Wyden, *The Passionate War. The Narrative History of the Spanish Civil War*, Simon and Schuster, Nueva York, 1983, pp. 328 y 537. El artículo sin título de Claud Cockburn se incluye en Philip Toynbee, ed., *The Distant Drum. Reflections on the Spanish Civil War*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1976, p. 53; Patricia Cockburn, *The Years of the Week*, MacDonald, Londres, 1968, p. 208. Uno de los encuentros con Cockburn aparece en Koltsov, *Diario…*, pp.
264-265
.<<

[17] Koltsov a Stalin, 4 de diciembre de 1937. Le agradezco infinitamente a Ángel Viñas el haberme proporcionado una copia de este documento. <<

[18] Santiago Carrillo, entrevista con el autor, 20 de septiembre de 2006. Sobre las transmisiones, véase Koltsov, *Diario*…, pp. 202, 205 y 217. Le estoy muy agradecido al doctor Ángel Viñas por su ayuda en este tema. <<

[19] Louis Fischer, *Road from Peace to War. Soviet Foreign Relations Russia’s 1917-1941*, Harper & Row, Nueva York, 1969, p. 273. <<

[20] Ernest Hemingway, *For Whom the Bell Tolls*, Jonathan Cape, Londres, 1941, p. 397 [hay trad. cast.: *Por quién doblan las campanas*, trad. de Lola de Aguado, Círculo de Lectores, Barcelona, 1978, p. 488]. < <

[21] Ilia Ehrenburg, *Eve of War 1933-1941*, MacGibbon & Kee, Londres, 1963, p. 148; José Fernández Sánchez, «El último destino de Mijaíl Koltsov», *Historia 16*, n.º 170 (junio de 1990), p. 21. < <

[22] Alexander Orlov, *The March of Time. Reminiscences*, St. Ermin's
Press, Londres, 2004, p. 215. <<

[23] Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Hamish Hamilton, Londres, 1977, 3.ª ed., p. 393. < <

[24] Koltsov, *Diario*…, pp. 9 y 66 (gafas); pp. 66, 68, 147 y 366 (Primera Guerra Mundial y guerra civil rusa). <<

[25] Koltsov, *Diario*…, pp.
9-12
y 404 (amenazando a Guides); p. 59 (*Mundo Obrero*); pp. 71, 87 y 197 (pistola de María Teresa); José Fernández Sánchez, «Introducción», en Mijaíl Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Akal Editor, Madrid, 1978, pp.
5-6
.<<

[26] Boris Efimov, en *Mikhail', kakim on byl. Vospominaniya* *Kol'tsov*, Sovetskii Pisatel', Moscú, 1965, p. 65; A. Rubashkin, *Mikhail'. Kritiko-biograficheskii ocherk* *Kol'tsov*, Khudozhestvennaya literatura, Moscú, 1971, p. 174; Gleb Skorokhodov, *Mikhail'. Kritiko-biograficheskii ocherk* *Kol'tsov*, Sovetskii Pisatel', Moscú, 1959, pp. 160-163. La identificación más convincente de Koltsov con Miguel Martínez se encuentra en Ian Gibson, *Paracuellos: cómo fue*, Argos Vergara, Barcelona, 1983, pp. 55-59. Véase también Broué, *Staline et la révolution*… p. 105; Günther Schmigalle, *André Malraux und der spanische Bürgerkrieg: Zur Genese, Funktion und Bedeutung von»* *«L'Espoir*, Bouvier Verlag Herbert Grundmann, Bonn, 1980, p. 160; Carlos Serrano, *espagnol: PCF et guerre* *L'enjeu* *d'Espagne*, Messidor/Éditions Sociales, París, 1987, p. 52. Le agradezco inmensamente a mi amigo el doctor Frank Schauff su inestimable ayuda con las referencias rusas citadas en este capítulo. < <

[27] General Vicente Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, Ediciones Era, México D. F., 1967, p. 214; Koltsov, *Diario*…, pp.
275-278
; José Andrés Rojo, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Tusquets Editores, Barcelona, 2006, pp.
87-88
.<<

[28] Agradezco profundamente a Boris Volardsky y al doctor Viñas que me hayan permitido ver sus libros en preparación sobre el papel de Rusia en España. Acerca de Grigulevich, véase Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB*, Basic Books, Nueva York, 1999, pp. 99 y 162. < <

[29] Koltsov, *Diario*…, pp.
99-100
(Maqueda); p. 142 (Álvarez del Vayo); pp.
145-146
(comunicaciones interceptadas); pp.
158-159
(Quinto Regimiento). <<

[30] Koltsov, *Diario*…, pp. 114, 167, 176-178, 185-186 y 192. <<

[31] Boris Volardsky, *KGB: The West Side Story* (en preparación), cap. 16.<<

[32] Andrew y Mitrokhin, *The Sword…*, p. 300; Germán Sánchez, «El misterio Grigulevich», *Historia 16*, n.º 233 (septiembre de 1995), p. 118. <<

[33] Koltsov, *Diario*…, pp. 196 y 281-283
.<<

[34] Skorokhodov, *Mikhail’ Kol’tsov* …, pp. 154-155 .< <

[35] Santiago Álvarez, *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República*, Ediciós do Castro, Sada-A Coruña, 1989, pp. 93-97 y 115-127; Juan Andrés Blanco Rodríguez, *El Quinto Regimiento en la política militar del P. C. E. en la Guerra Civil*, UNED, Madrid, 1993, pp. 171-193.
<<

[36] *Milicia Popular* (2, 3, 8, 11, 13, 14, 15, 20, 21 de octubre de 1936). <<

[37] Koltsov, *Diario*…, p. 151.< <

[38] Stéphane Courtois y Jean-Louis Panné, «The Shadow of the NKVD in Spain» en Stéphane Courtois *et al.*, *The Black Book of Communism. Crimes, Terror, Repression*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1999, p. 337. < <

[39] Arturo Barea, *The Forging of a Rebel*, Davis-Poynter, Londres, 1972, pp.
596-597
(original cast.: *La forja de un rebelde*, Debate, Barcelona, 2000). < <

[40] Regler, *The Owl…*, p. 276. <<

[41] Skorokhodov, *Mikhail' Kol'tsov* ..., pp. 158-160. <<

[42] Orlov, *The March*…, p. 231.<<

[43] Información de Boris Volardsky; Emma Wolf en *Mikhail', kakim on byl' Kol'tsov*, pp. 305-307. Acerca de la colaboración entre Gorev y Koltsov, véase Frank Schauff, *Der verspielte Sieg. Sowjetunion, Kommunistische Internationale und Spanischer Bürgerkrieg 1936-1939*, Campus, Frankfurt, 2005, p. 238. < <

[44] Abramson, *Mosaico roto*, pp. 63-65
.<<

[45] Sefton Delmer, *Trail Sinister. An Autobiography*, Secker & Warburg, Londres, 1961, p. 387. < <

[46] Orlov, *The March…*, p. 229. Le agradezco al doctor Ángel Viñas su indicación de que en junio de 1937 se habían otorgado en total solo diecisiete condecoraciones de este tipo y era muy poco probable que once de ellas fuesen otorgadas por una pequeña escaramuza con tanques. < <

[47] Schmigalle, *André Malraux*, p. 159; Thomas, *The Spanish Civil War*, p. 495. Véase Koltsov, *Diario*…, pp.
257-259
, 303 y 339. < <

[48] Abramson, *Mosaico roto*, p. 62.< <

[49] Haslam, *The Soviet Union*…, p. 262. <<

[50] Boris Efimov, en *Mikhail', kakim on byl' Kol'tsov*, p. 65; Abramson, *Mosaico roto*, p. 62. <<

[51] Roman Karmen, ¡*No pasarán*!, Editorial Progreso, Moscú, 1976, pp.
249-253
.< <

[52] Abramson, *Mosaico roto*, pp. 61 y 91-100; Koltsov, *Diario*…, pp. 123-141; Karmen, ¡*No pasarán*!, pp. 265 y 277. < <

[53] Karmen, ¡*No pasarán*!, pp. 272-273

.<<

[54] Karmen, ¡*No pasarán*!, pp. 276-278
.<<

[55] Karmen, ¡*No pasarán*!, pp. 277-281 y 301.<<

[56] Karmen, ¡*No pasarán*!, pp. 303 y 307; Koltsov, *Diario*…, pp. 93 y 118. < <

[57] Hemingway, *For Whom the Bell Tolls*, p. 221 [hay trad. cast.: *Por quién doblan las campanas*, trad. de Lola de Aguado, Círculo de Lectores, Barcelona, 1978, p. 272]. < <

[58] Abramson, *Mosaico roto*, pp. 175-182
.< <

[59] Edward P. Gazur, *Secret Assignment. The KGB General FBI's*, St. Ermin's Press, Londres, 2001, pp. 139-140. <<

[60] Martha Gellhorn, «Memory», *London Review of Books* (12 de diciembre de 1996), p. 3. < <

[61] Claud Cockburn, *A Discord of Trumpets*, Simon & Schuster, Nueva York, 1956, p. 304. < <

[62] Abramson, *Mosaico roto*, p. 62. < <

[63] Broué, *Staline et la révolution*, p. 105. < <

[64] Koltsov, *Diario*…, p. 202. <<

[65] El-Akramy, *Transit Moskau*…, pp. 93-97, 125-129, 135, 173 y 329330; Vaksberg, *Hotel Lux*…, p. 161. La participación de Koltsov en «Hubert en el país de las maravillas», en David Pike, *German Writers in Soviet Exile, 1933-1945*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982, p. 340. <<

[66] Delmer, *Trail Sinister*, p. 387.<<

[67] Gustav Regler, «Civil War Diary», manuscrito inédito, entrada del 14 de marzo de 1937, p. 44. < <

[68] Ehrenburg, *Eve of War*, pp. 148-149
.<<

[69] Regler, *The Owl…*, p. 294. <<

[70] Regler, *The Owl*…, pp. 294-296

.<<

[71] Stephen Koch, *The Breaking Point. Hemingway, Dos Passos and the Murder of José Robles*, Counterpoint, Nueva York, 2005, p. 99.<<

[72] Vaksberg, *Hotel Lux*…, pp. 52 y 64. < <

[73] Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov, ed., *Spain Betrayed. The Soviet Union in the Spanish Civil War*, Yale University Press, New Haven, 2001, pp. 267 y 521, n. 60. Véase también Simon Sebag Montefiore, *Stalin. The Court of the Red Czar*, Weidenfeld & Nicholson, Londres, 2003, p. 208. <<

[74] «A book that has not yet been written», en Mijaíl Koltsov, *The Man in Uniform*, Cooperative Publishing Society of Foreign Workers in the USSR, Moscú, 1933, pp.
43-45
, 48 y 53. <<

[75] David Cotterill, ed., *The Serge-Trotsky Papers*, Pluto Press, Londres, 1994, p. 139; Mijaíl Koltsov, *Proves de la traició trotskista*, Secretariat de Propaganda del C. E., Barcelona, 1937; Broué, *Staline et la révolution*, pp.
171-173
.<<

[76] Walter Held, «Le Stalinisme et le POUM dans la Révolution espagnole», reimpreso en Trotsky, *La Révolution espagnole*, p. 688. < <

[77] Broué, *Staline et la révolution*, p. 183.<<

[78] Koltsov, *Diario*…, pp. 13, 16, 311-315, 414 y 425-427.< <

[79] Koltsov, *Diario*…, pp. 366-367; V. P. Verevkin, *Mikhail' Efimovich Kol'tsov*, Mysl', Moscú, 1977, p. 77. < <

[80] *Posetiteli kremlovskogo kabineta I. V. Stalina [1936-1937], Istoriceskij archiv*, 4/1995, p. 50. < <

[81] Orlov, *The March*..., p. 338. <<

[82] Efimov, en *Mikhail' Kol'tsov...*, p. 66; Abramson, *Mosaico roto*, p. 62; Fernández Sánchez, «El último destino», p. 21. < <

[83] Alexander Orlov, *The Secret History of Crimes Stalin's*, Jarrolds, Londres, 1954, p. 196. <<

[84] El-Akramy, *Transit Moskau*…, pp. 197-202; Orlov, *The March*…, p. 250; Gazur, *Secret Assignment*…, pp. 96-97. Es probable que Orlov esté confundiendo la adopción de Koltsov y Osten con el hecho de que Yezhov y su esposa hubieran adoptado a una niña, lo que probablemente no tenía nada que ver con Koltsov. < <

[85] Dmitri Volkogonov, *Stalin. Triumph and Tragedy*, Weidenfeld & Nicholson, Londres, 1991, p. 330. < <

[86] Sobre la degeneración de Yezhov, véase Sebag Montefiore, *Stalin*…, pp. 150-153 y 211.<<

[87] *Posetiteli kremlovskogo kabineta I. V. Stalina [1936-1937]*, en *Istoriceskij archiv*, 4/1995, p. 52. < <

[88] Koltsov, *Diario*…, pp. 376-406
.<<

[89] Stephen Spender, *World within World*, Readers Union, Londres, 1953, pp.
205-210
[hay trad. cast.: *Un mundo dentro del mundo*, trad. de Ana Poljak, El Aleph Editores, 1993]; Jef Last, *The Spanish Tragedy*, Routledge, Londres, 1939, pp.
196-198
.< <

[90] Koltsov, *Diario*…, pp. 435-440; *El Sol* (8 de julio de 1937). Para una extensa crónica sobre el tema, véase Görling, «*Dinamita Cerebral*»…, pp. 337-346.<<

[91] Hemingway, *For Whom the Bell Tolls*, pp. 234-235
.< <

[92] Ehrenburg, *Eve of War*, p. 180.<<

[93] Schauff, *Der verspielte Sieg*, p. 104. < <

[94] Cockburn, *A Discord*…, pp.
304-305
.< <

[95] Lord Chilston (Moscú) al Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, 16 de septiembre de 1937, FO 371/21300, W17349/1/41. El artículo no sale en el diario. < <

[96] Koltsov, *Diario*…, p. 485; Vaksberg, *Hotel Lux*…, pp. 161-162
.<<

[97] *Posetiteli kremlovskogo kabineta I. V. Stalina [1936-1937]*, en *Istoriceskij archiv*, 4/1995, p. 69. < <

[98] Görling, «*Dinamita Cerebral*»…, p. 312. < <

[99] Robert C. Tucker, *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928-1941*, W. W. Norton, Nueva York, 1990, pp. 463-464; Roy Medvedev, *Let History Judge. The Origins and Consequences of Stalinism*, Macmillan, Londres, 1971, p. 354. < <

[100] Emma Wolf, *Mikhail', kakim on byl Kol'tsov*, p. 310. <<

[101] Pike, *German Writers*, p. 194. <<

[102] Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Jonathan Cape, Londres, 1941, p. 467. <<

[103] Fernández Sánchez, «El último destino…», p. 22. < <

[104] Efimov, *Mikhail’, kakim on byl Kol’tsov*, p. 70. < <

[105] Efimov, *Mikhail', kakim on byl Kol'tsov*, pp. 71-72; Medvedev, *Let History Judge*…, p. 402. <<

[106] Skorokhodov, *Mikhail' Kol'tsov* ..., pp. 229-230 .< <

[107] Cockburn, *A Discord*…, pp. 310-311
.< <

[108] Cockburn, *A Discord*…, pp. 311-312
.<<

[109] Cockburn, *A Discord…*, p. 314; Cockburn, *The Years…*, pp. 258259. Acerca de la política rusa hacia Checoslovaquia, véase Fischer, *Road* *Russia’s* , pp. 311-315 . Sobre los envíos de aviones rusos, véase Hugh Ragsdale, *The Soviets, the Munich Crisis, and the Coming of World War II*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004, pp. 82-86 , 120 y 140-148 . Para las versiones occidentales de la respuesta soviética a la crisis de Munich, véase Jiri Hochman, *The Soviet Union and the Failure of Collective Security,* *1934-1938* , Cornell University Press, Ithaca, 1984, pp. 144-175 .< <

[110] Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography 1888-1938*, Wildwood House, Londres, 1974, pp. 360 y 368. < <

[111] Fischer, *Road Russia's* ..., p. 306.<<

[112] Gellhorn, «Memory», *London Review of Books* (12 de diciembre de 1996), p. 3. < <

[113] Cockburn, *The Years*…, pp. 257-261; Cockburn, *A Discord*…, pp. 311-314.<<

[114] Vaksberg, *Hotel Lux*…, p. 162. <<

[115] Efimov, en *Mikhail’, kakim on byl Kol’tsov*, p. 73.<<

[116] Efimov, en *Mikhail’, kakim on byl Kol’tsov*, pp. 73-76. Fernández Sánchez, «El último destino…», p. 22, da la fecha del 12 de octubre, pero todas las otras fuentes coinciden en que ocurrió el 12 de diciembre: Donald Rayfield, *Stalin and his Hangmen. An Authoritative Portrait of a Tyrant and Those Who Served Him*, Viking, Londres, 2004, p. 352; Tucker, *Stalin in Power*…, p. 524; Medvedev, *Let History Judge*…, p. 231; Robert Conquest, *The Great Terror. Purge of the Thirties Stalin’s*, Pelican Books, Harmondworth, 1971, 2.ª ed., p. 441; Abramson, *Mosaico roto*, pp. 63 y 101; Skorokhodov, *Mikhail’ Kol’tsov*…, p. 2. <<

[117] Fischer, *Road*
Russia's
..., p. 300; Conquest, *The Great Terror*..., p. 118. <<

[118] Regler, *The Owl*…, pp. 277-279
.<<

[119] Hemingway, *For Whom the Bell Tolls*, pp. 397-399 [hay trad. cast.: *Por quién doblan las campanas*, trad. de Lola de Aguado, Círculo de Lectores, Barcelona, 1978, pp. 490-491]; carta de Herbst a Watson, 2 de agosto de 1967, Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale. < <

[120] Entrevista del autor con Adelina Kondratieva en Madrid en 1998; Vaksberg, *Hotel Lux*…, p. 152. <<

[121] Volkogonov, *Stalin*..., p. 317. <<

[122] Broué, *Staline et la révolution*, pp. 142-143

.<<

[123] Fischer, *Road*
Russia's
..., p. 273.<<

[124] Tucker, *Stalin in Power*…, p. 463. <<

[125] Geoffrey Roberts, *The Unholy Alliance. Pact with Hitler Stalin's*, I. B. Tauris, Londres, 1989, pp. 109-119. <<

[126] *Lubyanka. Stalin i glavnoe upravlenie Gosbesopasnosti NKVD 1937-1939*, Mezhdunarodnyi fond «Demokratiya», Moscú, 2004, pp. 556-561; Vaksberg, *Hotel Lux*…, pp. 154-158. La biografía de Koltsov sobre Gorki se publicó en 1938 con el título *Burevestnik: Gorkoga zhizn’I smert’Maksima*. <<

[127] Vaksberg, *Hotel Lux*…, pp. 159-160
.< <

[128] Sebag Montefiore, *Stalin*…, pp. 236 y 287. < <

[129] Rayfield, *Stalin and his Hangmen*..., pp. 249-250

.< <

[130] Rayfield, *Stalin and his Hangmen*…, pp. 351-352; Regler, *The Owl*…, pp. 230-233; Victor Serge, *Memoirs of a Revolutionary 1901-1941*, Oxford University Press, Londres, 1963, pp. 317-318; Conquest, *The Great Terror*…, pp. 666-667; Vaksberg, *Hotel Lux*…, pp. 73-75.< <

[131] Leonid Maximenkov y Christopher Barnes, «Boris Pasternak in August 1936», *Toronto Slavic Quarterly*, n.º 17 (2003). < <

[132] Cancillería de Moscú al Departamento del Norte, 30 de diciembre de 1938. FO 371/22287, N6398/26/38. < <

[133] Evgenii Gnedin, «Sebya ne poteryat’» en *Novyi Mir*, n.º 7 (1988), pp. 173-209, especialmente pp. 193-194.<<

[134] Rayfield, *Stalin and his Hangmen…*, pp. 353-354
.< <

[135] Fernández Sánchez, «Introducción», p. 6. < <

[136] Konstantin Simonov, «Glazami Cheloveka Moego Pokoleniya. (Razmyshleniya o I. V. Staline)», *Znamya*, n.º 3 (marzo de 1988), pp.
3-66
, especialmente pp.
31-32
; Robert Conquest, *Stalin. Breaker of Nations*, Weidenfeld & Nicholson, Londres, 1991, p. 323. <<

[137] Documento del 4 de noviembre de 1954, *Reabilitatsiya. Kak eto bylo. Fevral' 1956, nachalo godov 80-ch*, vol. I, Mezhdunarodnyi fond «Demokratiya», Moscú, 2000, p. 173. <<

[138] Simonov, «Glazami Cheloveka Moego Pokoleniya…», pp. 31-32
.<<

[139] Efimov, en *Mikhail’, kakim on byl Kol’tsov*, pp. 75-76; Rayfield, *Stalin and his Hangmen*…, pp. 352-353; Tucker, *Stalin in Power*…, pp. 524 y 575. <<

[140] Abramson, *Mosaico roto*, p. 101. < <

[141] Ehrenburg, *Eve of War*, p. 239. < <

[142] Vaksberg, *Hotel Lux*…, pp. 163-164; El-Akramy, *Transit Moskau*…, pp. 267-269 y 301-303; Pike, *German Writers*…, pp. 340-341. Vaksberg da el 8 de agosto como fecha de su ejecución, y El-Akramy, el 16 de septiembre. < <

Sobre la amistad de Ignacio Hidalgo de Cisneros con Maria Osten, existe una carta en los archivos de Moscú de Mijaíl Suslov a Soledad Sancha, de la Embajada de la República española, con fecha del 9 de julio de 1939. Le agradezco mucho a la doctora Soledad Fox su generosidad al informarme sobre la existencia de este documento.

[1] Phillip Knightley, *The First Casualty. The War Correspondent as Hero, Propagandist, and Myth Maker from the Crimea to Vietnam*, André Deutsch, Londres, 1975, p. 194. < <

[2] Stephen Koch, *Double Lives. Spies and Writers in the Secret Soviet War of Ideas against the West*, The Free Press, Nueva York, 1994, pp. 27, 286 y 306. < <

[3] Justo Martínez Amutio, *Chantaje a un pueblo,* G. del Toro, Madrid, 1974, pp. 367-371. En referencia a los orígenes y consecuencias de los Sucesos de Mayo, véase Helen Graham, «Against the State: A Genealogy of the Barcelona May Days (1937)», *European History Quarterly*, vol. 29, n.º 4 (1999), y Helen Graham, *The Spanish Republic at War 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, pp. 254-315 [hay trad. cast.: *La República española en guerra*, Debate, Barcelona, 2006]. <<

[4] Stanley G. Payne, *The Spanish Civil War, the Soviet Union, and Communism*, Yale University Press, New Haven, 2004, p. 349. < <

[5] Informe del SIS sobre Fischer, 22 de diciembre de 1939, registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF]. KV2/1910, 125A; Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Jonathan Cape, Londres, 1941, pp. 230-233
.< <

[6] Cartas de Lestchenko a Fischer, 12 de mayo de 1931 y 18 de abril de 1932, caja 7, carpeta 14, Documentos de Louis Fischer, Seely G. Mudd Manuscript Library, Universidad de Princeton. La historia de Tatiana Letschenko se recoge en *The Washington Post* (12 de junio de 1949), y en la carta de George Fischer a Nancy Bressler, 12 de marzo de 1976 (también en caja 7, carpeta 14). < <

[7] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 60-63
.< <

[8] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 70-71, 89-91, 99-100, 115 y 306. <<

[9] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 184-193
.<<

[10] Malcolm Muggeridge, *Chronicles of Wasted Time. An Autobiography*, Regent College Publishing, Vancouver, 2006, pp. 242-250
.<<

[11] Sara Alpern, *Freda Kirchwey: A Woman of «The Nation»*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1987, p. 118. < <

[12] S. J. Taylor, *Apologist. Walter Duranty: The New York Man in Moscow*
Stalin's
Times's
, Oxford University Press, Nueva York, 1990, pp. 227 y
235-237
; Fischer, *Men and Politics*…, pp.
208-229
.<<

[13] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 119-121
.<<

[14] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 124-143, 146-148 y 204-206. <<

[15] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 149-151, 155-156 y 200-201. <<

[16] Liddell a I. P. I., 27 de septiembre de 1934, registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/984, 173A. < <

[17] Fischer, *Men and Politics*…, p. 155; Fischer a Kuh, 21 de abril de 1934, registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/984, 165A. < <

[18] Sobre Largo Caballero y Araquistáin, véase Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic 1931-1936*, Routledge, Londres, 1994, 2.ª ed., *passim*; «Prólogo», *Leviatán: antología*, Ediciones Turner, Madrid, 1976; «The Struggle Against Fascism in Spain: The Contradictions of the PSOE Left», *European Studies Review*, vol. 9, n.º 1 (1979); Marta Bizcarrondo, *Araquistáin y la crisis socialista en la II República, Leviatán (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1975; *Leviatán y el socialismo de Luis Araquistáin,* Auvermann, Glashütten im Taunus, 1974. < <

[19] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 242-245 .<<

[20] Fischer, «Class war in Spain», en *The Nation* (18 de abril de 1934); Fischer, *Men and Politics*…, pp. 245-247; Fischer, «Spanish Diary», manuscrito, pp. 58-59, documentos de Louis Fischer, Seeley G. Mudd Manuscript Library, Universidad de Princeton (en adelante, Documentos de Fischer). Me gustaría expresar mi gratitud a la doctora Soledad Fox, que me informó sobre estos documentos. < <

[21] Fischer (Moscú) a Freda Kirchwey, 30 de septiembre y 7 de noviembre; Kirchwey a Fischer, 22 de octubre de 1935, caja 10, carpeta 169, documentos de Freda Kirchwey, Schlesinger Library, Radcliffe Institute for Advanced Study, Universidad de Harvard (en adelante, Documentos de Kirchwey). <<

[22] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 249-283 y 294-295. < <

[23] Cartas de Kirchwey a Fischer, 9 y 24 de diciembre de 1935, 23 de enero, 26 de febrero y 7 de mayo de 1936; cartas de Fischer a Kirchwey, desde Viena, 16 de diciembre de 1935, desde Moscú, 29 de enero, y desde Madrid, 10 de abril de 1936 (todo en Documentos de Kirchwey, caja 10, carpeta 169). <<

[24] Carta de Fischer a Kirchwey, 4 de abril de 1936, Documentos de Fischer, caja 6, carpeta 12; carta de Kirchwey a Fischer, 7 de mayo de 1936, Documentos de Kinchwey, caja 10, carpeta 169. < <

[25] Fischer (Madrid) a Kirchwey, 10 de abril de 1936, Documentos de Kirchwey, caja 10, carpeta 169; Jay Allen, «Fragment of Memoirs», Documentos del deán Michael Allen; Louis Fischer en Richard Crossman, ed., *The God That Failed. Six Studies in Communism*, Hamish Hamilton, Londres, 1950, p. 219; Fischer, *Men and Politics*…, p. 309. < <

[26] Fischer a Kirchwey, 4 de abril de 1936, Documentos de Fischer, caja 6, carpeta 12 (desde Génova), 17 de abril de 1936; Kirchwey a Fischer, 7 de mayo de 1936, Documentos de Kirchwey, caja 10, carpeta 169. < <

[27] Fischer, en *The God That Failed…*, p. 219. <<

[28] Fischer, «Spanish Diary», p. 12. <<

[29] Fischer, «Spanish Diary», pp. 20-30 .<<

[30] Fischer, «Spanish Diary», pp. 32 y 36-37

.<<

[31] Lester Ziffren, entrada de diario del 21 de septiembre de 1936, «Diary of a Civil War Correspondent», Documentos de Ziffren; Fischer, «Spanish Diary», pp. 42-45 y 50; *Men and Politics*…, p. 341. < <

[32] Fischer, «Spanish Diary», pp. 45-46; *Men and Politics*…, pp. 342-343. <<

[33] Fischer, «Spanish Diary», pp. 53-58
.<<

[34] Fischer, «Spanish Diary», pp. 69-74
.<<

[35] Correspondencia de Gerda Grepp con Fischer, Documentos de Fischer, caja 4, carpeta 29; Fischer, *Men and Politics*…, pp. 363 y 365. <<

[36] Fischer, «Spanish Diary», pp. 79-83; Jay Allen, «U. S. Boy Bomber, Wet-eyed, Tells a Story of War», *Chicago Daily Tribune* (30 de septiembre de 1936). < <

[37] *Chicago Daily Tribune*, 1 (11 de octubre de 1936); Hull a Wendelin, 12 de octubre, Wendelin a Hull, 13 de octubre y 6 de noviembre de 1936, *Foreign Relations of the United States 1936*, vol. II, Government Printing Office, Washington, 1954, pp. 735-737 y 752-753; H. Edward Knoblaugh, *Correspondent in Spain*, Sheed & Ward, Londres y Nueva York, 1937, pp. 114-115; Judith Keene, *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War, 1936-1939*, Leicester University Press, Londres, 2001, pp. 95-99.<<

[38] Fischer, «Spanish Diary», pp. 84-87; Louis Fischer, «On Madrid’s Front Line», *The Nation* (24 de octubre de 1936). Véase el capítulo 1. < <

[39] Fischer, «Spanish Diary», pp. 90 y 94. < <

[40] Fischer, *Men and Politics*…, p. 309.<<

[41] Fischer, *Men and Politics*…, p. 352. < <

[42] Fischer, «Spanish Diary», pp. 95-101

.<<

[43] Fischer, «Spanish Diary», pp. 102-104; Fischer, *Men and Politics*…, pp. 352-357. En referencia a Asensio, véase Cordón, *Trayectoria* (*Recuerdos de un artillero*), Colección Ebro, París, 1971, pp. 261-262. <<

[44] «Examination of Louis Fischer by Laurence G. Parr, Investigator», pp. 3 y 11, Documentos de Fischer, serie 2, Correspondencia temática, caja 16, carpeta 1, «International Journeys and Correspondence: Spain (1936-1939, 1949)». <<

[45] Louis Fischer, «On Madrid’s Front Line», *The Nation* (24 de octubre de 1936). <<

[46] Louis Fischer, «Madrid’s Foreign Defenders», *The Nation* (4 de septiembre de 1937). < <

[47] «Examination of Louis Fischer…», p. 3. <<

[48] Martínez Amutio, *Chantaje*, pp. 368-369; «Examination of Louis Fischer…», pp. 3-4; Fischer, *Men and Politics*…, pp. 366-380. < <

[49] Babette Gross, *Willi Münzenberg. A Political Biography*, Michigan State University Press, East Lansing, Michigan, 1974, p. 306. < <

[50] Secretaria de Katz a Isabel Brown, 1 de marzo de 1937, registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 88A. <<

[51] Louis Fischer, «Madrid Keeps Its Nerve», *The Nation* (7 de noviembre de 1936). < <

[52] Louis Fischer, «Under Fire in Madrid», *The Nation* (12 de diciembre de 1936). <<

[53] Louis Fischer, «The Loyalists Push Ahead», *The Nation* (1 de enero de 1938). < <

[54] Louis Fischer, «Can Madrid Hold On?», *The Nation* (16 de enero de 1937). <<

[55] Louis Fischer, «Keeping America Out of War», *The Nation* (27 de marzo de 1937). < <

[56] Relato de Uritsky a Voroshilov de la visita de Fischer, reeditado en Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov, eds., *Spain Betrayed. The Soviet Union in the Spanish Civil War*, Yale University Press, New Have, Connecticut, 2001, pp. 108-120; Fischer, *Men and Politics*…, pp. 381-386 y 391. <<

[57] Louis Fischer, «Can Madrid Hold On?» y «The Road to Peace», *The Nation* (16 de enero de 1937 y 26 de febrero de 1938); *Men and Politics*…, pp. 390-391 .<<

[58] Louis Fischer, *Why Spain Fights On*, Union of Democratic Control, Londres, 1938. <<

[59] Campbell a Fischer, s. f., Documentos de Fischer. < <

[60] Hay mucha correspondencia con Eleanor Roosevelt en Documentos de Fischer, serie 1, correspondencia general, caja 10, carpeta 19; Fischer al director de United Press, 16 de abril de 1937; Fischer al director de *Le Temps*, 23 de agosto de 1938; Fischer al director de *The New Republic*, 2 de septiembre de 1938; Bowers a Fischer, 18 de febrero de 1939, Documentos de Fischer, serie 2, correspondencia temática, caja 16, carpeta 1; Fischer, *Men and Politics*…, pp. 392 y
453-465
.<<

[61] Fischer, *Men and Politics*…, p. 371.<<

[62] Fischer, *Men and Politics*…, p. 336. <<

[63] Louis Fischer, «Loyalist Spain Gathers Its Strength», *The Nation* (3 de julio de 1937). < <

[64] Jan Kurzke y Kate Mangan, «The Good Comrade», pp. 104-106 (manuscrito inédito, Documentos de Jan Kurzke, Archivos del Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam). < <

[65] Bowler a Wintringham, 22 y 28 de junio de 1937, Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de Documentos Históricos Recientes, Moscú, Fond. 545, obra 6, 216 (copia en poder del International Brigades Memorial Trust, Londres) (en adelante, RCPSRHD/IBMT). <<

[66] Recoge su conversación en «Internal Politics in Spain», *The Nation* (30 de octubre de 1937); Fischer, *Men and Politics*…, pp. 393-403
.<<

[67] Los dos artículos se publicaron con los títulos «Loyalist Spain Gathers Its Strength» y «Loyalist Spain Takes the Offensive», *The Nation* (3 y 17 de julio de 1937). < <

[68] Louis Fischer, «Franco Cannot Win», *The Nation* (7 de agosto de 1937). <<

[69] Los comentarios de Freda, en Kirchwey a Fischer, 14 y 28 de julio y 17 de agosto; respuesta de Fischer (Moscú) a Kirchwey, 5 de agosto de 1937, Documentos de Kirchwey, caja 10, carpeta 171.<<

[70] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 409-419

.< <

[71] La secretaria de Katz a Isabel Brown, 1 de marzo de 1937, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 88A. < <

[72] Kirchwey a Fischer, 28 de julio; Fischer (París) a Kirchwey, 17 de agosto de 1937, Documentos de Kirchwey, caja 10, carpeta 171. <<

[73] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 425-428 ; carta de Fischer a Kirchwey, 15 de septiembre de 1937, Documentos de Kirchwey; caja 10, carpeta 171. < <

[74] Carta de Negrín a Bowers, 20 de septiembre de 1937, Documentos de Claude Bowers, Lilly Library, Universidad de Indiana (en adelante, Documentos de Bowers); Fischer, *Men and Politics*…, p. 430. < <

[75] Louis Fischer, «Internal Politics in Spain», *The Nation* (30 de octubre de 1937). <<

[76] Anotaciones de Fischer sobre «October 1937 Benicassim visit with Negrín»; Fischer a Negrín, 7 de octubre de 1937, Documentos de Fischer, serie 1, Correspondencia general, caja 10, carpeta 29. < <

[77] Louis Fischer, «Paris in the Crisis», *The New Statesman and Nation* (26 de marzo de 1938). < <

[78] Fischer a Katz, 24 de noviembre de 1937, interceptado por el Servicio Secreto de Inteligencia, DGW al mayor Vivian, 27 de noviembre de 1937, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 95A, KV2/1383, 228A; Fischer, *Men and Politics*…, pp. 439-442

.<<

[79] Katz a Isabel Brown, 27 de enero de 1938, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 99A; Fischer, *Men and Politics*…, pp.
446-449
.<<

[80] Herbert L. Matthews, *The Education of a Correspondent*, Harcourt Brace, Nueva York, 1946, pp.
123-128
; Fischer, *Men and Politics*…, pp.
449-441
.< <

[81] Louis Fischer, «Barcelona Holds Out», *The Nation* (2 de abril de 1938). < <

[82] Louis Fischer, «A Cable from the Front», *The Nation* (23 de abril); «Catalonia Fights On», *The New Statesman and Nation* (30 de abril de 1938). < <

[83] Louis Fischer, «Spain Won't Surrender», *The Nation* (30 de abril de 1938). <<

[84] Fischer, en *The God,* pp. 221-222; Fischer, *Men and Politics*…, pp. 466-473, 500 y 551-554. <<

[85] Louis Fischer, «Spain's Tragic Anniversary», 30 de julio de 1938; *Men and Politics*…, pp. 502-509. <<

[86] Louis Fischer, «The War in Spain», *The New Statesman and Nation* (20 de agosto); «The Drive Along the Ebro», *The Nation* (3 de septiembre de 1938); *Men and Politics*…, p. 511. <<

[87] Louis Fischer, «Peace on Earth, Good Will to Men», *The New Statesman and Nation* (10 de diciembre); «Peace on Earth», *The Nation* (24 de diciembre de 1938). < <

[88] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 548-549

.< <

[89] «Examination of Louis Fischer…», pp. 4-9; Bowers a Hull, 1 de abril; Bullitt a Hull, 26 de mayo, 10 de junio y 27 de junio; Murphy a Hull, 8 de agosto de 1938; *Foreign Relations of the United States 1938*, vol. 1, United States Government Printing Office, Washington, 1955, pp. 279, 287, 294, 304-307 y 317. <<

[90] Selligman a Fischer, 15 de febrero y 17 de marzo de 1937, Documentos de Fischer. Entre sus escritos hay varios recibos por sumas que oscilan entre quince mil dólares y un millón de francos franceses, con fechas entre el 30 de julio de 1938 y el 25 de abril de 1939, firmados por David Amariglio y Peter C. Rhodes (representantes de los Amigos de la Brigada Abraham Lincoln; véase *The New York Times* [9 de octubre de 1938]); Fischer a White, 25 de octubre de 1938; *Friends of the Abraham Lincoln Brigade pamphlet $125 will bring one wounded boy home!* (Documentos de Fischer, serie 2, correspondencia temática, caja 16, carpeta 1); Peter N. Carroll, *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade: Americans in the Spanish Civil War*, Stanford University Press, Stanford, California, 1994, p. 219. <<

[91] Francisco Franco Bahamonde, *Palabras del Caudillo, 19 de abril de de diciembre de 1942*
1937-7
, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1943, p. 476.<<

[92] Louis Fischer, «Thirty Months of War in Spain», *The Nation* (7 de enero de 1939). < <

[93] Louis Fischer, «Spain's Final Tragedy», 18 de marzo de 1939. <<

[94] Eleanor Roosevelt a Jay Allen, 7 de marzo, 10 y 22 de julio y 17 de agosto de 1940 (Rayner Special Collections Library, Dartmouth College, Hanover, New Hampshire). < <

[95] Katz a Brown, 28 de agosto de 1938, carta interceptada por el SIS, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1384, 264A. <<

[96] Fischer a Allen, 24 de noviembre de 1938; Fischer a Otto Simon (pseudónimo de Katz), 19 de enero de 1939, Documentos de Fischer, serie 2, correspondencia temática, caja 16, carpeta 1. <<

[97] Fischer, *Men and Politics*…, pp. 565 y 568-569; Alpern, *Freda Kirchwey*…, p. 134. <<

[98] Actas del Ministerio de Asuntos Exteriores británico (señor Kirkpatrick), 10 de octubre de 1939, FO371/23074/C16202/3356/18; Fischer, *Men and Politics*…, pp.
582-590
.< <

[99] Informe del SIS sobre Fischer, 25 de septiembre, 9 de diciembre y 22 de diciembre de 1939, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 115A, 124A, 125A. < <

[100] Informe del SIS sobre Fischer, 20 de noviembre de 1939, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 123A. < <

[101] Informe sobre Fischer, 2 de octubre de 1939, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 118A. <<

[102] *The Times* (23 de julio de 1941). <<

[103] Extractos de comprobación telefónica, Kuh a Fischer, 18 de septiembre de 1941, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/985, 333A. <<

[104] Fischer a Azcárate, 9 de agosto de 1941, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 132C. <<

[105] Memorando «Building up a Prime Minister», 5 de agosto de 1941, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 132X. <<

[106] Informe del SIS sobre Fischer, 21 de septiembre de 1941, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 138A. < <

[107] Informe del SIS sobre Fischer, 30 de septiembre de 1941, Registros de seguridad e inteligencia hechos públicos, archivos personales [serie PF], KV2/1910, 142A. < <

[108] Alpern, *Freda Kirchwey*…, p. 137.<<

[109] Louis Fischer, «Still the Enigma», *Saturday Review of Literature* (6 de diciembre de 1941); Taylor, *Apologist*
Stalin’s
…, p. 298. < <

[110] Mollie Oliver a Fischer, 13 de diciembre de 1942, s. f., primavera de 1943, Documentos de Fischer, caja 9, carpeta 1. < <

[111] Alpern, *Freda Kirchwey*…, pp. 145-147; Louis Fischer, *A Week with Gandhi*, Allen & Unwin, Londres, 1943; *Gandhi and Stalin: Two Signs at the Crossroads* *World's*, Harper, Nueva York, 1947; *The Life of Mahatma Gandhi*, Harper, Nueva York, 1950 [hay trad. cast.: *Gandhi: su vida y su mensaje para la humanidad*, trad. de León Mirlas, Ediciones B, Barcelona, 2005]. <<

[112] Alpern, *Freda Kirchwey*…, pp. 162-164 .< <

[113] Edward P. Gazur, *Secret Assignment. The KGB General FBI’s*, St. Ermin’s Press, Londres, 2001, pp. 315-316. < <

[114] John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions*, Crown Publishers, Nueva York, 1993, pp. 340-353 y 478-480. < <

[115] Necrológica en *The Times* (23 de enero de 1970). < <

[116] *The Times* (1 de febrero de 1985). <<

[117] Hede a Fischer, s. f. (1957), Documentos de Fischer, caja 10, carpeta 1.<<

[118] Svetlana Alliluyeva a Fischer, 5 de abril y 14 de junio de 1968, Documentos de Fischer, caja 1, carpeta 7. < <

[119] Svetlana Alliluyeva a Fischer, 17 de septiembre de 1968, Documentos de Fischer, caja 1, carpeta 27; Randall a Fischer, 22 de octubre de 1968, Documentos de Fischer, caja 10, carpeta 4. <<

[120] Patricia Blake, «The Saga of Stalin’s “Little Sparrow”. Svetlana’s Tormented Journey from East to West and Back Again», *Time Magazine* (28 de enero de 1985). Una versión ligeramente diferente del mismo artículo, «Svetlana-Embraced by Stalin’s Ghost», fue publicada en *The Times* el 1 de febrero de 1985. < <

[121] Deirdre Randall a Fischer, s. f., Documentos de Fischer, caja 10, carpeta 1. < <

[1] Carta de Gellhorn a Roosevelt, s. f. (1938), Franklin D. Roosevelt Presidential Library. < <

[2] Carta de Noel-Baker a Steer, 6 de marzo de 1937, Documentos de Noel-Baker, Churchill Archives Centre, Churchill College, Cambridge (en adelante, CAC), NBKR, 4/2. La carta está fechada, sin duda por error, en marzo, cuando su contenido indica con claridad que fue escrita en mayo. <<

[3] G. L. Steer, *The Tree of Gernika: A Field Study of Modern War*, Hodder & Stoughton, Londres, 1938, pp.
161-168
[hay trad. cast.: *El árbol de Gernika: un ensayo de la guerra moderna*, Txalaparta, Tafalla (Navarra), 2002]. < <

[4] Nicholas Rankin, *Telegram from Guernica. The Extraordinary Life of George Steer, War Correspondent*, Faber & Faber, Londres, 2003, p. 5 [hay trad. cast.: *Crónica desde Guernica: George Steer, corresponsal de guerra*, trad. de Paloma Gil Quindós, Siglo XXI, Madrid, 2005]. <<

[5] Para un análisis crítico de la labor de Steer, véase Tom Buchanan, *The Impact of the Spanish Civil War on Britain. War, Loss and Memory*, Sussex Academic Press, Brighton, 2007, p. 25. <<

[6] Sidney Barton, «Prólogo», en G. L. Steer, *Sealed and Delivered*, Hodder & Stoughton, Londres, 1942, p. 1. < <

[7] *Who Was Who 1941-1950*, Adam & Charles Black, Londres, 1951, p. 1097; George Steer, *Caesar in Abyssinia*, Little, Brown & Co., Boston, 1937, p. 19. < <

[8] Steer, *Caesar in Abyssinia*, pp. 20-22, 130 y 153-154; Noel Monks, *Eye-Witness*, Frederick Muller, Londres, 1955, p. 35.< <

[9] Phillip Knightley, *The First Casualty. The War Correspondent as Hero, Propagandist, and Myth Maker from the Crimea to Vietnam*, André Deutsch, Londres, 1975, pp. 174-175 [hay trad. cast.: *Corresponsales de guerra*, trad. de José Manuel Álvarez Flórez, Euros, Barcelona, 1976]; Steer, *Caesar in Abyssinia*, pp. 37-41
.<<

[10] Steer, *Caesar in Abyssinia*, pp.
7-8
.<<

[11] *The Times* (18 de mayo de 1936); Steer, *Caesar in Abyssinia*, pp. 286-293
y 404. <<

[12] Las cartas de Waugh enviadas entre septiembre y noviembre de 1935 se encuentran en Artemis Cooper, ed., *Mr Wu & Mrs Stitch. The Letters of Evelyn Waugh and Diana Cooper*, Hodder & Stoughton, Londres, 1991, pp. 52-57. Los encuentros con Steer, en *Caesar in Abyssinia*, pp. 73 y 154, y el destino final de la casa, en las pp. 370-387.<<

[13] *Tablet* (23 de enero de 1937), reimpreso en Donald Gallagher, ed., *The Essays, Articles and Reviews of Evelyn Waugh*, Methuen, Londres, 1983, pp.
188-189
.<<

[14] Evelyn Waugh, *Scoop*, Little & Brown, Boston, 1977 (1.ª ed., 1937), pp. 61-63 y 115-116 [hay trad. cast.: ¡*Noticia bomba!: novela de periodistas*, trad. de Antonio Mauri, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002]. < <

[15] Steer, *Caesar in Abyssinia*, pp. 393-397; Rankin, *Telegram*…, pp. 38-40, 70-71 y 97. < <

[16] *The Times* (29 y 31 de agosto y 1, 2, 4 y 5 de septiembre de 1936). <<

[17] Steer, *The Tree of Gernika*…, pp. 13 y 139. < <

[18] Monks, *Eye-Witness*, p. 94; Peter Kemp, *Mine Were of Trouble*, Cassell, Londres, 1957, pp. 41 y
52-53
.< <

[19] Peter Kemp, *The Thorns of Memory*, Sinclair Stevenson, Londres, 1990, p. 21. < <

[20] Rankin, *Telegram…*, pp. 84-85.<<

[21] Clark, Ministerio de la Guerra, carta a Roberts, FO, 8 de febrero de 1937, TNA FO 371/21284, W 2902/1/41. <<

[22] Herbert Rutledge Southworth, *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977, p. 402 [hay trad. cast.: *La destrucción de Guernica: periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, trad. de José Martín Arincibia, Ruedo Ibérico, París, 1977]. < <

[23] Rankin, *Telegram*…, pp. 85-86 y 104. <<

[24] Steer, *The Tree of Gernika*…, pp. 12-13 y 134-138.<<

[25] Steer, *The Tree of Gernika*…, pp. 113-119 y 126. < <

[26] Carta de Stevenson a Chilton, 31 de enero de 1937, TNA FO 371/21284, FO 371/21284, W 2827/1/41. < <

[27] *The Times* (30 de enero de 1937); James Cable, *The Royal Navy and the Siege of Bilbao*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979, p. 75; Steer, *The Tree of Gernika*…, p. 132; Rankin, *Telegram*…, pp.
96-97
y 103; Clark, Ministerio de la Guerra, carta a Roberts, FO, 8 de febrero de 1937, TNA FO 371/21284, W 2902/1/41. <<

[28] Steer, *The Tree of Gernika…*, p. 159; carta de Bowers a Hull, 30 de abril de 1937, *Foreign Relations of the United States 1937*, United States Government Printing Office, Washington, 1954, I, p. 291. <<

[29] Steer, *The Tree of Gernika*…, pp. 160-170; Southworth, *Guernica!*…, pp. 368-369; Jesús Salas Larrázabal, *La guerra desde el aire*, Ariel, Barcelona, 1972, 2.ª ed., pp. 187-188.<<

[30] Steer, *The Tree of Gernika*..., p. 14.< <

[31] *The Times* (14 de abril de 1937). <<

[32] Carta de Steer a Noel-Baker, 19 de abril de 1937, Documentos de Noel-Baker, CAC, NBKR, 4x/118. <<

[33] *The Times* (15, 21 y 24 de abril de 1937); P. M. Heaton, *Welsh Blockade Runners in the Spanish Civil War*, The Starling Press, Newport, Gwent, 1985, pp. 35-50; Cable, *The Royal Navy*…, pp. 55-76; Steer, *The Tree of Gernika*…, pp. 190-194; Rankin, *Telegram*…, pp. 105-108.<<

[34] Cable, *Siege of Bilbao*…, pp. 67-68.<<

[35] Steer, *The Tree of Gernika*…, p. 193.<<

[36] Steer, *The Tree of Gernika*..., pp. 228-233

.<<

[37] Steer, *The Tree of Gernika*…, pp. 234-245
.<<

[38] Southworth, *Guernica!*..., pp. 181-187
.< <

[39] Gijs van Hensbergen, *Guernica. The Biography of a Twentieth-Century Icon*, Bloomsbury, Londres, 2004, p. 45 [hay trad. cast.: *Guernica: la historia de un icono del siglo* XX, trad. de Francisco Ramos, Debate, Barcelona, 2005]. < <

[40] Herschel B. Chipp, *Guernica. History, Transformations, Meanings Picasso's*, University of California Press, Berkeley, California, 1988, pp. 58-70 [hay trad. cast.: *El Guernica de Picasso: historia, transformaciones, significado*, trad. de Ramón Ibero, Polígrafe, Barcelona, 1991]. < <

[41] Luis Bolín, *Spain: the Vital Years*, Lippincott, Filadelfia, 1967, pp. 279-280 (original cast.: *España: los años vitales*, Espasa-Calpe, Madrid, 1967); Robert Sencourt, *Ordeal. A Documented Survey of Recent Events Spain's*, Longmans, Green and Co., Londres, 1938, pp. 237-245. <<

[42] *The Times* (29 de abril de 1937); carta de Steer a Noel-Baker, 29 de abril de 1937, CAC, NBKR, 4x/118; Rankin, *Telegram*…, pp. 127 y 137. <<

[43] Joseph F. Thorning, *Why the Press Failed on Spain*, International Catholic Truth Society, Nueva York, 1938, pp. 10-11; Southworth, *Guernica!*…, p. 442; Rankin, *Telegram*…, p. 137. <<

[44] Franklin Reid Gannon, *The British Press and Nazi Germany 19361939*, Clarendon Press, Oxford, 1971, pp.
113-116
.< <

[45] Rankin, *Telegram*…, p. 4. < <

[46] Steer, *The Tree of Gernika*…, p. 250.<<

[47] Carta de Steer a Noel-Baker, 8 de mayo; carta de Noel-Baker a un ministro desconocido, 13 de mayo de 1937, CAC, NBKR, 4x/118, 4/660.<<

[48] *The Times* (1, 3, 4, 7, 10, 12, 15, 17-22, 26 y 27 de mayo, y 1, 4, 7, 12 y 14-16 de junio de 1937); Steer, *The Tree of Gernika*…, pp. 265-316, 322-324, 328-331 y 354; carta de Steer a Noel-Baker, 31 de mayo de 1937, CAC, NBKR, 4x/118; carta de Gilbert a Hull, 29 de mayo de 1937, *Foreign Relations of the United States 1937*, pp. 305-306.<<

[49] Leah Manning, *A Life for Education. An Autobiography*, Gollancz, Londres, 1970, p. 125. <<

[50] *The Times* (5 de mayo de 1937). <<

[51] Carta de Noel-Baker a Steer, 29 de abril de 1937, CCA, NBKR, 4/660.<<

[52] Steer, *The Tree of Gernika*..., p. 359.<<

[53] *The Times* (21 de junio de 1937). <<

[54] Rankin, *Telegram*…, p. 137. <<

[55] Steer, *The Tree of Gernika*…, pp. 372-383; carta de Steer a NoelBaker, s. f. (agosto de 1937), CCA, NBKR, 4/2. Para un análisis muy crítico de la derrota militar de los vascos, véase Xuan Cándano, *El pacto de Santoña (1937). La rendición del nacionalismo vasco al fascismo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006, cap. II. <<

[56] Carta de Steer a Noel-Baker, 12 de noviembre de 1937, CCA, NBKR, 9/64. < <

[57] Carta de Noel-Baker a Steer, 7 de febrero de 1938, CCA, NBKR, 9/64. <<

[58] Cable, *Siege of Bilbao*…, pp. 5-6 .<<

[59] G. L. Steer, *El árbol de Guernica*, Ediciones Gudari, Buenos Aires, 1963; Steer, *El árbol de Gernika. Un ensayo sobre la guerra moderna*, Txalaparta, Tafalla [Navarra], 2002. < <

[60] Steer, *The Tree of Gernika…*, pp. 12-13
.<<

[61] George Orwell, «Time and Tide», 5 de febrero de 1938, reimpreso en *Orwell in Spain*, Penguin Books, Londres, 2001, pp. 263-264
[hay trad. cast.: *Mi guerra civil española*, trad. de Antonio Prometeo Moya, Planeta, Barcelona, 2005]. < <

[62] Carta de Steer a Noel-Baker, 12 de octubre de 1938, CCA, NBKR, 4/8.<<

[63] Cartas de Steer a Noel-Baker, 18 de octubre y 26 de noviembre de 1938, CCA, NBKR, 4/8. <<

[64] G. L. Steer, *Judgment on German Africa*, Hodder and Stoughton, Londres, 1939; G. L. Steer, *A Date in the Desert*, Hodder and Stoughton, Londres, 1939. < <

[65] *The Times* (15 de julio de 1939, 15 de mayo y 10 de junio de 1940, y 22 de octubre de 1942); Rankin, *Telegram*…, pp. 31, 39 y 103. <<

[66] Rankin, *Telegram…*, pp. 166-170
.< <

[67] Cartas de Noel-Baker a R. A. Butler, 4 y 18 de junio de 1940, CCA, NBKR, 4/663. <<

[68] Sir Geoffrey Thompson, *Front Line Diplomat*, Hutchinson, Londres, 1959, pp.
154-155
.<<

[69] *Tablet* (26 de septiembre de 1942), reimpreso en Gallagher, *Reviews of Evelyn Waugh*, pp.
271-272
.<<

[70] Bolín, *Spain: the Vital Years*, pp.
279-280
(original cast.: *España: los años vitales*, Espasa-Calpe, Madrid, 1967). < <

[71] Archivo de Steer del SOE, TNA HS9/1410/9, 22666/A. < <

[72] *The Times* (5 de enero de 1945). < <

[73] Steer, *The Tree of Gernika*..., p. 365. <<

[74] Steer, *The Tree of Gernika*…, p. 13. < <

[1] Isabel de Palencia, *Smouldering Freedom. The Story of the Spanish Republicans in Exile*, Victor Gollancz, Londres, 1946, p. 153. < <

[2] Carta de Allen a Juan Negrín, 14 de diciembre, sin año (1945), Archivo Juan Negrín, Las Palmas de Gran Canaria, carpeta AJN 29, 33-33J

.<<

[3] Jay Allen, «Autobiographical summary». Aunque está escrito de forma anónima y en tercera persona, casi con total seguridad este documento fue elaborado por el propio Allen. <<

[4] Constancia de la Mora, *In Place of Splendor. The Autobiography of a Spanish Woman*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1939, pp. 135-136 (original cast.: *Doble esplendor: autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista*, Gadir, Madrid, 2006, 3.ª ed.). < <

[5] Carta de Allen a Holman Hamilton, 28 de febrero de 1963, Documentos de Jay Allen. < <

[6] Carta de Allen a Southworth, 18 de junio de 1964, Documentos de Jay Allen. <<

[7] Carta de Michael Allen al autor, 1 de noviembre de 2006; Santiago Álvarez, *Negrín, personalidad histórica. Documentos*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1994, p. 277. < <

[8] Jay Allen, «Fragment of Memoirs», Documentos del deán Michael Allen; Alden Whitman, «Jay Allen, News Correspondent in Trenchcoat Tradition, Dead», *The New York Times* (22 de diciembre de 1972); Claude Bowers, *My Mission to Spain*, Victor Gollancz, Londres, 1954, p. 101 [hay trad. cast.: *Misión en España: en el umbral de la Segunda Guerra Mundial, 1933-1939*, trad. de Juan López S., Éxito, Barcelona, 1978]; Bruno Vargas, *Rodolfo Llopis. Una biografía política (1895-1983)*, Planeta, Barcelona, 1999, p. 88; George Seldes, «Treason on *The Times*», *The New Republic* (7 de septiembre de 1938). < <

[9] Carta de Allen a Hamilton, 7 de octubre de 1963, Documentos de Jay Allen. < <

[10] Cartas de Quintanilla a Allen, s. f. (25 de mayo, 13 de junio y 20 y 23 de julio de 1935), Documentos de Luis Quintanilla. < <

[11] Carta de Whitaker a Allen, 30 de marzo de 1935, Documentos de Jay Allen. < <

[12] Carta de Ruth Allen a Honoria Murphy, 7 de enero de 1982, Documentos de Jay Allen. Entre estos documentos hay una correspondencia con Walter B. Boyce, un inglés que le había alquilado una casa. < <

[13] Carta de Allen a Bowers, 14 de febrero de 1936, Documentos de Claude Bowers, Lilly Library, Universidad de Indiana (en adelante, Documentos de Bowers); Bowers, *My Mission*…, p. 103; Louis Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Jonathan Cape, Londres, 1941, pp.
309-310
.<<

[14] Carta de Michael Allen al autor, 29 de diciembre de 2006; Jay Allen, «Slaughter of 4,000 at Badajoz, City of Horrors», *The Chicago Daily Tribune* (30 de agosto de 1936). < <

[15] Carta de Allen a Negrín, 14 de diciembre de 1945, Archivo Negrín, carpeta AJN 29,
33-33J
.<<

[16] Sobre Araquistáin y *Leviatán*, véase Paul Preston, «The Struggle Against Fascism in Spain: The Contradictions of the PSOE Left», *European Studies Review*, vol. 9, n.º 1 (1979), y «Prólogo», en *Leviatán: antología*, Ediciones Turner, Madrid, 1976. Sobre los impedimentos de Largo Caballero para un gabinete de Prieto, véase Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic 19311936*, Routledge, Londres, 1994, 2.ª ed., pp.
262-265
[hay trad. cast.: *La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, trad. de Jerónimo Gonzalo, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 2001]. <<

[17] Carta de Allen a Negrín, 14 de diciembre de 1945, Archivo Negrín, carpeta AJN 29,
33-33J
.<<

[18] Jay Allen, notas de lectura del libro de John Spencer Churchill *A Churchill Canvas*, Little & Brown, Boston, 1961; carta de Michael Allen al autor, 1 de abril de 2006. <<

[19] *The Chicago Daily Tribune* (28 y 29 de julio de 1936). *The News Chronicle* publicó versiones ligeramente diferentes de este artículo los días 29 de julio y 1 de agosto de 1936. <<

[20] Carta de Allen a Negrín, 14 de diciembre de 1945, Archivo Juan Negrín, carpeta AJN 29,
33-33J
.<<

[21] «Portugal lets Nazi ship unload arms for Spain», *The Chicago Daily Tribune* (23 de agosto de 1936). < <

[22] Carta de Allen a Fischer, 9 de julio de 1962, Documentos de Jay Allen. < <

[23] *The Chicago Daily Tribune* (30 de agosto de 1936). <<

[24] Carta de Michael Allen al autor, 1 de abril de 2006. < <

[25] Padre Joseph Thorning, *Why the Press Failed on Spain!*, International Catholic Truth Society, Brooklyn, 1937, p. 5; Francis McCullagh, *In Spain Franco's*, Burns, Oates & Washbourne, Londres, 1937, pp. 48-56.<<

[26] Herbert Rutledge Southworth, *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977, p. 133 [hay trad. cast.: *La destrucción de Guernica: periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, trad. de José Martín Arancibia, Ruedo Ibérico, París, 1977]. < <

[27] Lester Ziffren, «Diary», apunte del 16 de septiembre de 1936; Fischer, «Spanish Diary», pp.
48-49
.<<

[28] John T. Whitaker, *We Cannot Escape History*, Macmillan, Nueva York, 1943, p. 113.<<

[29] Carta de Shannon a Scanlan, 18 de diciembre de 1937, Documentos de Bowers. < <

[30] Emblemáticos de esta campaña fueron los panfletos del padre Joseph B. Code, *The Spanish Civil War and Lying Propaganda*, Paulist Press, Nueva York, 1938; padre Joseph Thorning, *Why the Press Failed on Spain!*; padre Joseph Thorning, *Mercy and Justice!*, Peninsular News Service, Nueva York, 1939; padre Joseph Thorning, *Fernando de los Ríos Refutes Himself*, Paulist Press, Nueva York, 1939. < <

[31] Carta de Allen a Hamilton, 16 de enero de 1964, Documentos de Jay Allen. <<

[32] Cartas de Thorning a Weir, 5 y 15 de marzo de 1938, Documentos de Bowers. < <

[33] *The Fresno Bee* (1 de abril) y *Modesto Bee* (4 de abril de 1938). < <

[34] *Chicago Daily Tribune* (9 de octubre de 1936), publicado también en *The News Chronicle* (24 de octubre de 1936); Ian Gibson, *En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980, pp. 161-170; Herbert Rutledge Southworth, *Antifalange. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1967, pp. 144-148.<<

[35] Carta de Claude G. Bowers al secretario de Estado en funciones, 20 de noviembre de 1936, *Foreign Relations of the United States 1936*, vol. II, U. S. Government Printing Office, Washington, 1954, p. 568.< <

[36] Carta de Allen a Hamilton, 28 de febrero de 1963, Documentos de Jay Allen. <<

[37] Jay Allen, «The Spanish Nightmare», discurso ante el Consejo de Relaciones Internacionales de Chicago. Texto remitido desde la Biblioteca de Información Británica, Nueva York, 22 de abril de 1937, FO 371/21291 W 8895/1/41. < <

[38] «Confidential Information from E. H. Knoblaugh», distribuida por Joseph Thorning, copia remitida por Jay Allen a Claude Bowers, Documentos de Bowers. < <

[39] Knightley, *The First Casualty*, pp. 200-201; Allen, «Fragments of Memoirs»; Southworth, *Guernica! Guernica!…*, pp. 109-118 y 441; Marta Rey García, *Stars for Spain. La Guerra Civil española en los Estados Unidos*, Ediciós do Castro, Sada-A Coruña, 1997, pp. 65 y 118-119; H. Edward Knoblaugh, *Correspondent in Spain*, Sheed & Ward, Londres y Nueva York, 1937, pp. 82-99 [hay trad. cast.: *Corresponsal en España*, trad. de M.ª Victoria Álvarez de Sotomayor, Fermín Uriarte, Madrid, 1967]. < <

[40] Carta de Allen a Hemingway, 17 de marzo de 1943, Colección Hemingway, John F. Kennedy Presidential Library and Museum, Boston (en adelante, Documentos de Hemingway). <<

[41] Carta de Seldes a Hemingway, 24 de febrero de 1938, Colección Hemingway; George Seldes, «“Ken” The Inside Story», *The Nation* (30 de abril de 1938); «Insiders», *Time* (21 de marzo de 1938); carta de Michael Allen al autor, 1 de abril de 2006. <<

[42] Carta de Allen a Bowers, 28 de septiembre de 1937, Documentos de Bowers. Véase también Peter J. Schlinger y Holman Hamilton, *Spokesman for Democracy. Claude G. Bowers, 1918-1958*, Historical Society, Indianapolis, 2000, p. 198. <<

[43] Entrada del diario del 7 de mayo de 1938, Harold L. Ickes, *The Secret Diary of Harold L. Ickes*, vol. II, *The Inside Struggle*, Simon & Schuster, Nueva York, 1954, pp.
388-389
.<<

[44] Carta de Michael Allen al autor, 1 de noviembre de 2006. < <

[45] Carta de Allen a Southworth, 6 de enero de 1964, Documentos de Allen. <<

[46] Carta de Allen a Bowers, 13 de enero de 1938, Documentos de Bowers. <<

[47] Carta de Allen a Messersmith, 8 de enero de 1939; carta de Allen a Fischer, 9 de julio de 1962; carta de Allen a Southworth, 6 de enero; carta de Southworth a Allen, 20 de enero de 1964, Documentos de Jay Allen. < <

[48] En mucha correspondencia posterior entre Jay y Herbert se hace referencia a este proceso. Estoy en deuda con Michael Allen por sus recuerdos. También recurrí a mis conversaciones con Herbert Southworth. Hay fragmentos sustanciales de la cronología en la Colección ALBA de la Biblioteca Tamiment, en la Universidad de Nueva York. Estoy muy agradecido a Gail Malmgreen y a la profesora Isabelle Rohr por ayudarme a localizar este material. < <

[49] Carta de Michael Allen al autor, 1 de abril de 2006. < <

[50] Carta de J. D. LeCron a Jay Allen, 16 de marzo de 1939, Documentos de Jay Allen; Soledad Fox, *Constancia de la Mora in War and Exile. International Voice for the Spanish Republic*, Sussex Academic Press, Brighton, 2007, pp.
84-87
.< <

[51] Carta firmada «Anónimo» del Consejo Nacional de Relaciones Laborales a Jay Allen, 25 de marzo de 1939, Documentos de Jay Allen. <<

[52] Carta de Michael Allen al autor, 30 de noviembre de 2006. < <

[53] Buckley, *Life and Death*, pp. 171-172
.<<

[54] Fox, *Constancia de la Mora*…, pp. 89-95, 98-99 y 103-105. <<

[55] Entrada del diario del 13 de mayo de 1939, Ickes, *The Secret Diary*…, p. 633. < <

[56] Cartas de Allen a Bowers, 3 y 13 de julio de 1939, Documentos de Bowers. <<

[57] Memorándum del jefe del Departamento de Asuntos Europeos, 27 de marzo de 1939, *Foreign Relations of the United States 1939*, vol. II, Government Printing Office, Washington, 1956, pp. 767-778; Palencia, *Smouldering Freedom*…, pp. 152-153.<<

[58] Fox, *Constancia de la Mora*…, pp. 110-111 y 120. <<

[59] Carta de Constancia de la Mora a Jay Allen, 9 de abril de 1940; Fondo Amaro del Rosal, Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias. Estoy en deuda con Soledad Fox por hablarme de la existencia y el valor de este documento. <<

[60] Carta de Allen a Bowers, 19 de abril de 1940, Documentos de Bowers. < <

[61] Carta de Allen a Fischer, 9 de julio de 1962, Documentos de Jay Allen; Fox, *Constancia de la Mora…*, pp.
124-131
.<<

[62] *The Volunteer for Liberty*, vol. II, n.º 3 (mayo de 1940), pp. 1-2
.<<

[63] Carta de Allen a Negrín, 12 de julio de 1940, Archivo Negrín, AJN 55,
75A-75D
.<<

[64] Carta de Allen a Negrín, 12 de julio de 1940, Archivo Negrín, AJN 55, 75C. <<

[65] Carta de Allen a Bowers, 19 de abril de 1940, Documentos de Bowers. <<

[66] Carta de Allen a Frankfurter, 24 de octubre de 1940, Documentos de Jay Allen. <<

[67] Carta de Michael Allen al autor, 21 de julio de 2006. < <

[68] Andy Marino, *A Quiet American: The Secret War of Varian Fry*, St. Martins Press, Nueva York, 1999, pp. 210-213; Varian Fry, *Surrender on Demand*, Random House, Nueva York, 1945, pp. 154-155.

[69] Buckley, *Life and Death*, p. 164; Fry, *Surrender*…, p. 155. Se cree que la primera entrevista de Jay y Fry tuvo lugar el 2 de enero de 1941. <<

[70] Jay Allen, «Weygand Denies Rifts With Pétain», *The New York Times* (12 de diciembre de 1940); carta de Hull a Murphy, 13 de diciembre de 1940, *Foreign Relations of the United States 1940*, vol. II, United States Government Printing Office, Washington, 1957, p. 420. < <

[71] Carta de Allen a Fry, 2 de enero de 1941, Documentos de Varian Fry, Universidad de Columbia. < <

[72] Carta de Allen a Fry, 20 de enero de 1941, Documentos de Varian Fry. <<

[73] Carta de Fry a AERC HQ, Nueva York, 21 de enero de 1941, Documentos de Varian Fry; Fry, *Surrender*…, p. 155; Marino, *A Quiet American*…, p. 253. < <

[74] Marino, *A Quiet American*…, pp. 255-258
.< <

[75] Carta del teniente coronel Richard Broad a Allen, s. f. (pero probablemente de 1947); carta de Ruth Allen a Priscilla Allen, 11 de mayo de 1980, Documentos de Jay Allen. < <

[76] Jay Allen, «Pétain Sees France Part of New Order»; «Algeria’s Loyalty Pledged to Pétain», *The New York Times* (18 de enero y 18 de febrero de 1941). < <

[77] Diario de guerra de la Ejecutiva de Operaciones Especiales (SOE), 6, 16, 17, 29 y 30 de marzo de 1941, TNA: PRO, HS 7/214; carta de Michael Allen al autor, 27 de septiembre de 2006. < <

[78] Carta del secretario de Estado en funciones al almirante Leahy, 17 de marzo; carta del agregado en Alemania al secretario de Estado, 21 de marzo de 1941, *FRUS 1940*, vol. II, pp. 597-598 y 601; carta de Michael Allen al autor, 21 de julio de 2006; Marino, *A Quiet American*…, p. 265. < <

[79] Fry, *Surrender*…, p. 208; Marino, *A Quiet American*…, pp. 265-267
.< <

[80] Carta del secretario de Estado en funciones a Leahy, 20 de marzo de 1941; cartas de Leahy al secretario de Estado (Hull), 22 y 24 de marzo de 1941, *FRUS 1940*, vol. II, pp. 601-603
.<<

[81] Carta de Halifax al FO, 30 de mayo de 1941, TNA: PRO, FO 371/29022, W6858; carta de Leahy a Hull, 28 de marzo de 1941, *FRUS 1940*, vol. II, pp. 603-604; Jay Allen, «The Prisoners of Chalon», *Magazine Harper’s* (septiembre de 1940). < <

[82] Cartas de Leahy a Hull, 16 de abril, 19 de mayo y 23 de junio; cartas de Hull al encargado en Berlín (Morris), 25 y 26 de abril y 6 de mayo; cartas de Morris a Hull, 2 y 10 de mayo y 10 de junio; carta de Berle a Morris, 23 de junio de 1941, *FRUS 1940*, vol. II, pp. 606-619; Jay Allen, «The Prisoners of Chalon»; Jay Allen, «Autobiographical summary»; carta de Ruth Allen a sus padres, 3 de abril de 1941, Ruth Allen, «Family Chronology», Documentos de Jay Allen. < <

[83] Transcripción, TNA: PRO, FO 371, 2874, Z 7458/45/17. < <

[84] Almirante William D. Leahy, *I Was There*, Victor Gollancz, Londres, 1950, p. 124. < <

[85] Carta de Michael Allen al autor, 6 de noviembre de 2006; Jay Allen, «Autobiographical summary», Documentos de Jay Allen. < <

[86] Capitán Harry C. Butcher, *My Three Years with Eisenhower*, William Heinemann, Londres, 1946, p. 192. <<

[87] Carta de Michael Allen al autor, 6 de noviembre de 2006; Jay Allen, «Autobiographical summary», Documentos de Jay Allen. < <

[88] Carta de Michael Allen al autor, 6 de noviembre de 2006; Jay Allen, «Autobiographical summary», Documentos de Jay Allen. < <

[89] Carta de Hemingway a Allen, 17 de febrero de 1943, Documentos de Hemingway. < <

[90] Jay Allen, «Autobiographical summary», Documentos de Jay Allen. < <

[91] Carta de Michael Allen al autor, 27 de septiembre de 2006. < <

[92] Michael Allen, «An Answer», *Episcopal Church News* (22 de enero de 1956). <<

[93] Carta de Allen a Negrín, 14 de diciembre de 1945, Archivo Negrín, AJN 29,
33-33J
.<<

[94] Michael Allen, «An Answer», *Episcopal Church News* (22 de enero de 1956). < <

[95] Cartas de Allen a Bowers, 30 de noviembre de 1948, 19 de enero y 12 de septiembre de 1957, Documentos de Bowers. <<

[96] Carta de Allen a Southworth, 6 de enero de 1964, Documentos de Allen. <<

[97] Carta de Allen a Southworth, 21 de junio de 1968, Documentos de Allen. < <

[1] William Forrest, «Mr Henry Buckley», *The Times* (15 de noviembre de 1972). <<

[2] Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1961, p. xxi [hay trad. cast.: *La Guerra Civil española*, trad. de Neri Daurella, Mondadori, Barcelona, 2001]. <<

[3] William Forrest, «Mr Henry Buckley», *The Times* (15 de noviembre de 1972). <<

[4] Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic*, Hamish Hamilton, Londres, 1940, pp. 15 y 33 [hay trad. cast.: *Vida y muerte de la República española*, trad. de Ramón Buckley, Espasa-Calpe, Pozuelo de Alarcón [Madrid], 2004]. <<

[5] Constancia de la Mora, *In Place of Splendor. The Autobiography of a Spanish Woman*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1939, p. 291 (original cast.: *Doble esplendor: Autobiografía de una aristócrata española, republicana y comunista*, Gadir, Madrid, 2006). < <

[6] Buckley, *Life and Death*…, pp. 13-17
.<<

[7] Buckley, *Life and Death*…, pp. 34-36, 46-47, 75 y 80. <<

[8] Buckley, *Life and Death*…, pp. 30 (Queipo de Llano), 73 (Besteiro), 83-84 (Alcalá Zamora), 97-98 (Esplá), 109 (Gil Robles) y 133 (Largo Caballero). < <

[9] Cedric Salter, *in Spain*
Try-out
, Harper Brothers, Nueva York, 1943, p. 113. < <

[10] Buckley, *Life and Death*…, pp. 312-314 (Ibárruri) y 336-337 (Prieto). <<

[11] Buckley, *Life and Death*…, pp. 364 (El Campesino), 370 (Líster) y 397-398 (Negrín). <<

[12] Buckley, *Life and Death*…, pp.
321-324
,
330-333
y
382-384
.< <

[13] Buckley, *Life and Death*…, pp. 420-423
.<<

[14] Kitty Bowler, «Memoirs», caps. 6 y 7, LHCMA, Documentos de Wintringham, 1, carpeta 3. <<

[15] Geoffrey Cox, *Eyewitness. A Memoir of Europe in the 1930s*, University of Otago Press, Dunedin, 1999, p. 214. < <

[16] De la Mora, *In Place of Splendor*, p. 291. <<

[17] Peter Besas, «Henry Buckley, Reporter and 40-year Veteran of Madrid», *Guidepost* (1970), pp. 17-18; Herbert L. Matthews, *The Education of a Correspondent*, Harcourt Brace, Nueva York, 1946, p. 138; Sheean, *Not Peace*…, pp. 336-337. < <

[18] Salter, *in Spain*
Try-out
, p. 211.< <

[19] Buckley, *Life and Death*…, pp. 376-377
.<<

[20] De la Mora, *In Place of Splendor*…, p. 408.< <

[21] Buckley, *Life and Death*..., p. 419.<<

[1] Carta de Southworth a Allen, 21 de diciembre de 1965, Documentos de Jay Allen. <<

[2] Albert Forment, *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000, pp. 238 y 241. <<

[3] Citado en carta de Southworth a Allen, 21 de diciembre de 1965, Documentos de Jay Allen. < <

[4] Ricardo de la Cierva y de Hoces, *Cien libros básicos sobre la guerra de España*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1966, p. 40. <<

[5] Herbert R. Southworth, «A modo de prólogo», en *El mito de la cruzada de Franco*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986, pp.
10-12
.<<

[6] Southworth, «A modo de prólogo», pp. 13-14; conversaciones con el autor. < <

[7] Herbert R. Southworth, «Franco Draws Italians, Nazis and Portuguese», *The Washington Post* (14 de noviembre de 1937). < <

[8] Herbert R. Southworth, «Apology for Revolt», *The Washington Post* (7 de julio de 1937); F. Theo Rogers, *Spain. A Tragic Journey*, The Macaulay Company, Nueva York, 1937, p. ix. < <

[9] Herbert R. Southworth, «Franco's Friend», *The Washington Post* (24 de noviembre de 1937); F. Theo Rogers, *Spain: A Tragic Journey*; Harold G. Cardozo, *The March of a Nation: My Year of Civil War*

Spain's

, The Right Book Club, Londres, 1937, pp. 11, 59, 74 y 157. < <

[10] *«Mein Kampf». A Fascist State in Rebel Spain*
Franco's
, Nueva York, 1939; José Pemartín, *Qué es «lo nuevo»: consideraciones sobre el momento español presente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1940, 2.ª ed. <<

[11] Carta de Jay Allen a Holman Hamilton, 16 de enero de 1964, Documentos de Jay Allen. < <

[12] Herbert R. Southworth, «The Catholic Press», *The Nation* (16 de diciembre de 1939). < <

[13] Cartas de Southworth a Allen, 25 de mayo de 1946 y 28-29 de diciembre de 1948, Documentos de Jay Allen. < <

[14] Southworth, «A modo de prólogo», p. 19. <<

[15] Carta de Southworth a Allen, 25 de mayo de 1946, Documentos de Jay Allen. <<

[16] Carta de Southworth a Allen, 28-29 de diciembre de 1948, Documentos de Jay Allen. < <

[17] Carta de Southworth a Allen, 28-29 de diciembre de 1948, Documentos de Jay Allen. <<

[18] Carta de Southworth a Allen, 29 de enero de 1964, Documentos de Jay Allen. <<

[19] Carta de Southworth a Allen, 20 de enero de 1964, Documentos de Jay Allen. <<

[20] Carta de Southworth a Allen, 7 de mayo de 1971, Documentos de Jay Allen. < <

[21] Herbert R. Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1963; Herbert R. Southworth, *Le mythe de la croisade de Franco*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1964. Esta edición ampliada se publicó también en español con el título de *El mito de la cruzada de Franco*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986. <<

[22] Forment, *José Martínez*…, pp. 241-242

.<<

[23] Herbert R. Southworth, *Antifalange. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero*, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1967. <<

[24] Forment, *José Martínez*…, pp. 257-258, 263-264, 272-273, 305-306 y 311-312.<<

[25] Cartas de Southworth a Allen, 21 de diciembre de 1965 y 12 de diciembre de 1968, Documentos de Jay Allen. < <

[26] Herbert R. Southworth, «Los bibliófobos: Ricardo de la Cierva y sus colaboradores», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 28-29 (diciembre de 1970 y marzo de 1971). < <

[27] Carta de Southworth a Allen, 7 de mayo de 1971, Documentos de Jay Allen. < <

[28] Herbert Rutledge Southworth, «“The Grand Camouflage”: Julián Gorkin, Burnett Bolloten and the Spanish Civil War», en Paul Preston y Ann Mackenzie, eds., *The Republic Besieged: Civil War in Spain 1936-1939*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1996, pp. 260-310 [hay trad. cast.: *La República asediada: hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, trad. de Raúl Quintana Muñoz, Península, Barcelona, 2001]; entrevistas del autor con Burnett Bolloten. < <

[29] Herbert R. Southworth, *Conspiracy and the Spanish Civil War: The Brainwashing of Francisco Franco*, Routledge-Cañada Blanch Studies, Londres, 2002 [hay trad. cast.: *El lavado de cerebro de Francisco Franco. Conspiración y Guerra Civil*, Editorial Crítica, Barcelona, 2000]. <<

[1] Peter J. Sehlinger y Holman Hamilton, *Spokesman for Democracy. Claude G. Bowers 1878-1958*, Indiana Historical Society, Indianapolis, 2000, p. 200. < <

[2] Sumner Welles, *The Times for Decision*, Harper & Brothers, Nueva York, 1944, p. 59 [hay trad. cast.: *Hora de decisión*, Sudamericana, Buenos Aires, 1944]; Dante A. Puzzo, *Spain and the Great Powers, 1936-1941*, Columbia University Press, Nueva York, 1962, pp. 149-160.<<

[3] Dolores Ibárruri, *El único camino*, Editorial Castalia, Madrid, 1992, pp.
423-425
.<<

[4] Dominic Tierney, *FDR and the Spanish Civil War. Neutrality and Commitment in the Struggle that Divided America*, Duke University Press, Durham y Londres, 2007, pp. 1 y 139-140; Richard P. Traina, *American Diplomacy and the Spanish Civil War*, Indiana University Press, Bloomington, Indiana, 1968, pp. 230-232.<<

[5] Welles, *The Times for Decision*, pp. 57 y 61 [hay trad. cast.: *Hora de decisión*, Sudamericana, Buenos Aires, 1944]. < <

[6] Herbert L. Matthews, *Half of Spain Died. A Reappraisal of the Spanish Civil War*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1973, p. 176. < <

[7] Tierney, *FDR*…, p. 89. < <

[8] F. Jay Taylor, *The United States and the Spanish Civil War 1936-1939*, Bookman Associates, Nueva York, 1956, p. 7; Matthews, *Half of Spain Died*…, p. 173.<<

[9] George Orwell, *Homage to Catalonia*, Secker & Warburg, Londres, 1971, pp.
246-247
[hay trad. cast.: *Homenaje a Cataluña: un testimonio sobre la revolución española*, trad. de Carlos Pujol, Ariel, Barcelona, 1973]. <<

[10] Carta de Herbst a Mary y Neal Daniels, 17 de febrero de 1966, Colección Za Herbst, Biblioteca Beinecke, Universidad de Yale. Está reproducida al completo en Elinor Langer, *Josephine Herbst*, Little, Brown, Boston, 1984, pp.
ix-x
.<<